

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

**ANÁLISIS
MULTIDIMENSIONAL DE
LEGITIMIDAD POLÍTICA**

DIRECTORA: Dra. Silvina Brussino

DOCTORANDA: Lic. Daniela R. Alonso

MAYO DE 2018

A MI ABUELA EMILIA ♡

Mujer fuerte e independiente.

Soñó para mi lo que no se hubiese atrevido a soñar para ella misma.

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis es el producto de un extenso proceso de investigación que siempre fue nuestro antes que mío. Ese nosotros está compuesto por personas imprescindibles con las que pensamos y trabajamos en conjunto, también por aquellas que me sostuvieron personalmente y muchas que hicieron bastante de las dos.

Ante todo quiero agradecer a mi directora, Silvina Brussino, que no sólo es una de las mujeres más brillantes, comprometidas y tenaces que conozco; sino que, además, es increíblemente generosa. En un proceso tan especial como este, haberme enseñado a hacer y querer la ciencia es sólo una pequeña parte de lo que representa para mí. Gracias Sil por confiar, por pensar juntas y por tu aporte fundamental a la psicología política, la ciencia y la educación.

A la Universidad Pública, un espacio valioso de aprendizaje en todos los niveles; que no solo me permitió alcanzar una meta personal de otro modo inaccesible; sino también vincularme con gente increíblemente valiosa en la co-construcción del conocimiento y en la búsqueda de una sociedad más justa e inclusiva. Estoy convencida de que sin ciencia no hay un mejor futuro y que nuestro trabajo se completa solo si se transfiere y cuando existan políticas públicas que lo incluyen.

Al IIPsi, un espacio estimulante donde aprendimos a encontrarnos y trabajar juntas y pasarla bien mientras tanto. Sobre todo, a la gente del viejo labo de cognitiva; donde el amor por el conocimiento, el compromiso y la solidaridad se ponían a prueba entre el amontonamiento y las inclemencias del tiempo.

A mis compañeras y compañeros del Equipo de Psicología Política con quienes crecí académica y personalmente. El conocimiento surge en la respuesta, en el debate, en pensar juntas. Y ahí estuvieron. Y estuvimos.

También a tesistas y practicantes del equipo que, con compromiso, capacidad y muchísima paciencia, colaboraron en tareas fundamentales para este trabajo; en un proceso de aprendizaje que siempre es de ida y vuelta.

Muy especialmente a Ceci Reyna, que cree en mí más que yo misma, que siempre tuvo el tiempo y las ganas de brindar desde una respuesta estadística a un abrazo apretado. A Hugo Rabbia, una influencia positiva y generosa para mí, una voz de confianza y el primer compañero en abrirme las puertas del labo.

A mis amigas becarias y becarias amigas: Debo, Lu y Any. Gracias por el afecto, el apoyo y por caminar juntas. Sobre todo, gracias por hacerme pensar, por creer, por luchar.

A Dany y Xavier. Mis imprescindibles, lxs incondicionales.

Muy fundamentalmente a mi papá, mi mamá y mi hermano. Gracias infinitas por estimularme, guiarme y acompañarme siempre. Gracias por la paciencia, la escucha, el amor incondicional y por las innumerables horas de discusión política.

Sobre todo, gracias por ayudarme a ser una mujer libre.

FUENTES DE FINANCIAMIENTO

El desarrollo de este trabajo fue financiado por una beca interna doctoral otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en el período 2013-2018. Además, contó con el apoyo de subsidio SeCyT (UNC) y MinCyT (AR) otorgados a la directora de esta investigación.

RESUMEN

Este trabajo tuvo como objetivo central realizar un abordaje multidimensional a la legitimidad política democrática desde la perspectiva de la psicología política. Proponemos aquí una perspectiva analítica que es multidimensional en dos sentidos diferentes. En primer lugar, porque propone el análisis del rol complementario de tres desarrollos teóricos sobre la relación de la ciudadanía con el sistema político: los abordajes institucionales centrados en el desempeño (analizando variables como la confianza política, percepción de corrupción, percepción de justicia procedimental, consistencia ideológica), la perspectiva cultural que estudia los procesos de posmodernización (valores sociales, movilización cognitiva, eficacia política, cinismo político) y el rol del capital social (confianza social, participación cívica, clima socioemocional, anomia) en la democratización y la perspectiva psicológica de la justificación de sistema (incluyendo constructos como el conservadurismo político, autoritarismo del ala de derechas, orientación a la dominancia social y creencia en un mundo justo). En segundo lugar, es multidimensional porque reconoce, y procura evaluar empíricamente, la complejidad de nuestro objeto de análisis, definiendo a la legitimidad política como un constructo psicosocial que contiene desde evaluaciones específicas sobre el sistema político (justificación de la democracia argentina y satisfacción con la democracia) hasta orientaciones más básicas hacia los principios e ideales democráticos (preferencia por la democracia y apoyo al ideal democrático).

Para el abordaje empírico de nuestro problema de investigación presentamos tres tipos de estudios. Por un lado, exponemos los resultados de tres estudios instrumentales desarrollados para la obtención de instrumentos confiables y localmente válidos para la evaluación de nuestras variables. En segundo lugar, con el objetivo de comprender a qué adhiere la ciudadanía cuando manifiesta su apoyo a la democracia, presentamos un estudio de representaciones sociales sobre democracia argentina llevado a cabo con dos muestras en población cordobesa ($N=450$ y $N=454$) relevadas en dos momentos políticos diferentes (antes y después de un cambio de signo de gobierno). En tercer lugar, realizamos un estudio cuantitativo con metodología de encuestas, también en población de la ciudad de Córdoba ($N=454$), a partir del cual presentamos datos descriptivos de la cultura política local así como modelos explicativos de la legitimidad política.

En términos generales, nuestros resultados evidenciaron que la democracia sigue siendo una categoría relevante para la ciudadanía, aunque no se trataría de una categoría en disputa. Así, encontramos evidencia de una representación social hegemónica sobre la democracia argentina, centrada en una visión liberal representativa y polarizada entre una noción ideal/positiva y una real/negativa. Además, pudimos comprobar la existencia de distintos niveles de abstracción en la atribución de legitimidad política, evidenciando un apoyo explícito y difuso a la democracia mucho mayor que la legitimación del sistema político tal como funciona localmente. Por su parte, estos niveles eran predichos por dimensiones diferentes: las perspectivas del desempeño fueron más relevantes para la explicación de las actitudes de apoyo específico que, además, se asociaban a orientaciones ideológicas conservadoras; mientras que las dimensiones normativas e ideológicas resultaron nodales en la explicación del apoyo básico a la democracia y sus principios centrales. Además, a partir del análisis de perfiles de ciudadanos/as en función de sus orientaciones difusas y específicas al sistema, mostramos la relevancia de las dimensiones de la cultura política en el desarrollo de actitudes democráticas. Finalmente, a partir del análisis de la sofisticación política, pudimos discutir la importancia del involucramiento político para pensar en una dimensión prospectivo-ideal de la democracia que devuelva el protagonismo a una ciudadanía más asertiva y crítica.

Palabras Clave: legitimidad política; democracia; cultura política; sofisticación política; ideología política.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL	1
CAPÍTULO 1: DEMOCRACIA Y LEGITIMIDAD. PERSPECTIVAS TEÓRICAS	3
Democracia y Democracias: conceptualizaciones básicas	4
La democracia en la actualidad. América Latina en el contexto global.....	8
Representaciones Sociales sobre Democracia	14
Teoría de las Representaciones Sociales	14
Perspectiva Estructuralista de las Representaciones Sociales. Abordaje Metodológico	17
Representaciones sociales sobre democracia. Antecedentes Empíricos.....	19
Legitimidad Política	29
Abordajes de la Legitimidad Democrática: Instituciones vs. Cultura	38
La cultura cívica.....	43
Teoría de justificación de sistema.....	47
CAPÍTULO 2: LA LEGITIMIDAD POLÍTICA EN LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA	53
Aproximaciones empíricas a la legitimidad política: confianza, satisfacción y apoyo	53
Apoyo específico y Difuso: la multiplicación de demócratas insatisfechos	56
Predictores de la legitimidad democrática: desempeño, modernización y justificación de sistema.....	61
Perspectivas institucionales: hipótesis del desempeño.	62
Evaluaciones económicas y satisfacción con la democracia	64
Congruencia ideológica y ganadores vs. perdedores	66
Otras evaluaciones vinculadas al desempeño	71
<i>Confianza Política</i>	71
<i>Justicia procedimental</i>	79
<i>Percepción de corrupción política</i>	83
Teorías de la posmodernización y las bases sociales de la democracia	89
Variables sociodemográficas	93
Valores psicosociales	96
Movilización cognitiva	106
<i>Desafección política: Ineficacia política y cinismo</i>	114
Capital social: confianza, cohesión y participación civil	122
<i>Percepción de anomia y clima socioemocional</i>	135
Justificación de sistema: la construcción ideológica de la legitimidad democrática	142
Creencia en un mundo justo (CMJ)	142
Autoritarismo del ala de derechas (RWA)	145
Orientación a la dominancia social (SDO)	147
Ideología política y autopoicionamiento ideológico	152
Evidencia empírica	155
<i>Justificación de sistema y variables sociodemográficas. Rol del estatus</i>	155

<i>Justificación de sistema, legitimidad política y democracia</i>	159
<i>Justificación de sistema y el contexto sociopolítico</i>	163
<i>Justificación de sistema, valores e ideología política</i>	168
<i>Justificación de sistema y procesamiento de información política</i>	175
CAPÍTULO 3: PROBLEMA, OBJETIVOS E HIPÓTESIS	181
Problema de Investigación	181
Objetivos de los estudios Instrumentales	181
Objetivos del estudio de representaciones sociales sobre democracia argentina	182
Objetivos del estudio sobre modelos explicativos de la legitimidad política democrática ...	182
Objetivos del estudio de perfiles psicopolíticos de demócratas y no demócratas	183
Objetivos del estudio de sofisticación política y democracia prospectivo-ideal	183
Hipótesis	184
Hipótesis sobre el estudio de representaciones sociales sobre democracia argentina	184
Hipótesis sobre el estudio de modelos de legitimidad política democrática	184
Hipótesis Generales	185
Rol de las variables sociodemográficas	186
Rol de las variables de la perspectiva del desempeño	187
Rol de las variables de la perspectiva de la modernización	189
Rol de las variables de la perspectiva de justificación de sistema	191
Hipótesis sobre el estudio de perfiles psicopolíticos de demócratas y no demócratas	192
Hipótesis sobre el estudio de sofisticación política y democracia prospectivo-ideal	193
CAPÍTULO 4: ESTUDIOS INSTRUMENTALES	195
ESTUDIO INSTRUMENTAL 1: Creencias Globales en un Mundo Justo, Valores Psico-sociales y Actitudes hacia la Democracia	195
Descripción de las Variables e Instrumentos en estudio	195
<i>Creencias Globales en un Mundo Justo (CMJ)</i>	195
<i>Valores Psicosociales</i>	196
<i>Actitudes Hacia la Democracia</i>	197
<i>Variables Sociodemográficas</i>	198
Población y Muestra	198
Procedimiento de Recolección de Datos	199
Análisis de datos	200
Resultados	201
ESTUDIO INSTRUMENTAL 2: Justificación de la Democracia Argentina, Percepción de Anomia y Confianza Política	206
Descripción de las Variables e Instrumentos en estudio	206
<i>Justificación de la Democracia Argentina</i>	206
<i>Percepción de Anomia</i>	207
<i>Confianza Política</i>	207
<i>Variables Sociodemográficas</i>	208
Población y Muestra	208

Procedimiento de Recolección de Datos	209
Análisis de datos	209
Resultados	209
ESTUDIO INSTRUMENTAL 3. RWA, SDO, Conocimiento, Interés y Eficacia y Cinismo Político, Percepción de Clima Socioemocional, Confianza Política, Capital Social, Tolerancia Política y Justificación de un Golpe de Estado	214
Descripción de los Instrumentos en estudio	214
<i>Autoritarismo del Ala de Derechas (RWA)</i>	214
<i>Orientación a la Dominancia Social (SDO)</i>	215
<i>Conocimiento Político</i>	215
<i>Interés Político</i>	216
<i>Eficacia Política</i>	216
<i>Cinismo Político</i>	217
<i>Percepción de Clima Socioemocional</i>	218
<i>Confianza Política</i>	218
<i>Dimensión relacional del Capital Social</i>	219
<i>Tolerancia Política</i>	220
<i>Justificación de un Golpe de Estado</i>	221
<i>Variables Sociodemográficas</i>	221
Población y Muestra	221
Procedimiento de Recolección de Datos	222
Análisis de Datos	222
Resultados	222
CAPÍTULO 5: REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE DEMOCRACIA EN ARGENTINA	233
Instrumentos de Recolección de Datos	234
Población y Muestra	235
Procedimiento de Recolección de Datos	236
Análisis de Datos	237
Resultados	239
<i>Representaciones Sociales sobre Democracia Argentina según Auto posicionamiento Ideológico</i>	248
<i>Representaciones Sociales sobre democracia según sofisticación política</i>	258
<i>Representaciones Sociales sobre Democracia Argentina según Nivel de Legitimidad Política</i>	263
Consideraciones finales	268
CAPÍTULO 6: MODELOS EXPLICATIVOS DE LEGITIMIDAD POLÍTICA DEMOCRÁTICA	273
Instrumentos de Recolección de Datos	273
Población y Muestra	275
Procedimiento de Recolección de Datos	275
Análisis de Datos	275
Resultados	278

Justificación de la Democracia Argentina	280
<i>Justificación de la Democracia Argentina según Autoposicionamiento Ideológico</i>	283
<i>Justificación de la Democracia Argentina según Sofisticación Política</i>	289
Satisfacción con la Democracia	293
<i>Satisfacción con la Democracia según Autoposicionamiento Ideológico</i>	295
<i>Satisfacción con la Democracia según Sofisticación Política</i>	300
Preferencia por la Democracia	304
<i>Preferencia por la Democracia según Autoposicionamiento Ideológico</i>	307
<i>Preferencia por la Democracia según Sofisticación Política</i>	312
Actitudes hacia la Democracia como Ideal	317
<i>Democracia como ideal según Autoposicionamiento Ideológico</i>	318
<i>Democracia como Ideal según Sofisticación Política</i>	324
Consideraciones Finales	327
CAPÍTULO 7: DEMÓCRATAS INSATISFECHOS. ANÁLISIS DE PERFILES PSICO-POLÍTICOS	337
Aspectos metodológicos generales	337
Procedimiento de Análisis de Datos	338
Comparación de Perfiles: actitudes generales hacia la democracia	339
Comparación de Perfiles: actitudes específicas hacia la democracia argentina.....	348
CAPÍTULO 8: LA SOFISTICACIÓN POLÍTICA Y LA DEMOCRACIA PROSPECTIVO-IDEAL	357
Aspectos metodológicos generales	359
Resultados	360
CAPÍTULO 9. CONCLUSIONES GENERALES Y DISCUSIÓN	367
Breve Reseña de la Consolidación Democrática en Latinoamérica	367
Características de la cultura política: ¿Crisis de Representación?.....	369
Representaciones Sociales sobre Democracia y Legitimidad política	373
Modelos teóricos de legitimidad política democrática.....	378
Desempeño, sociedad y orientaciones normativas: la cultura democrática.....	384
Involucramiento Político y profundización de la democracia.....	395
Alcances, limitaciones y nuevos interrogantes	403
REFERENCIAS	407

INTRODUCCIÓN GENERAL

"En medio de esa lucha por la justicia, la libertad y el imperio de la voluntad del pueblo, sepamos unirnos para construir una sociedad más justa, donde el hombre no sea lobo del hombre, sino su hermano".

Rodolfo Walsh

Esta tesis representa la culminación de un trabajo de doctorado que, desde la perspectiva de la psicología política, aspira a realizar un abordaje multidimensional de la legitimidad política de la democracia; articulando los aportes teóricos y empíricos de tres perspectivas explicativas centrales: institucionalistas, culturalistas y de justificación de sistema. Así, representa un trabajo único en el ámbito regional en función de discutir y poner a prueba el potencial explicativo relativo de desarrollos que se sustentan fuertemente en antecedentes de contextos políticos, culturales y económicos muy diferentes al latinoamericano y que, además, por sus preocupaciones por la comparación transcultural, han tenido menos avance en el análisis a nivel individual o microsocioal. En este sentido, la mirada de la psicología política representa un aporte valioso al permitir un análisis comprensivo de la interacción de las personas con sus grupos de pertenencia y con el contexto sociopolítico en la producción de actitudes y comportamientos políticos. Así, nuestra perspectiva evita los determinismos de los que adolecen muchas investigaciones antecedentes al ubicar la legitimidad política como producto de las condiciones de vida *objetivas*; devolviendo el protagonismo a la ciudadanía en función de –junto a otras dimensiones– la interpretación que hace de esas condiciones.

La inquietud fundamental que subyace a este trabajo, además del aporte disciplinar en términos de discusión teórica de las bases de la legitimidad política y de su relevancia, es profundizar en la comprensión de la documentada brecha entre los altos niveles de apoyo explícito y adhesión a la democracia y el escaso involucramiento, la creciente desafección e insatisfacción con el funcionamiento de la política (Dalton, 2004; Norris, 2011). Así, con estudios que complementan análisis de representaciones sociales, aproximaciones descriptivas y modelados multivariantes, nuestro objetivo último es identificar qué prevalencia tienen estas actitudes en la ciudadanía, que significados le asigna y, además, sobre qué aspectos psicosociales y psicopolíticos se sustentan. En la literatura previa, en la medida en que se han asociado estos procesos a crisis de representación, se ha considerado

que la democracia podría verse amenazada en el mediano plazo por la erosión de sus bases sociales. Sin embargo, la evidencia empírica previa no es clara respecto del alcance que tengan estas actitudes a nivel sistémico, sobre todo en la medida en que se dan juntamente con bajos niveles de movilización. Por nuestra parte, nos interesa no sólo identificar los elementos que cooperan en la construcción (o erosión) de legitimidad por parte de la ciudadanía, en la medida en que es relevante para su estabilidad; sino también –y en función de un abordaje de cultura política– identificar aquellas variables centrales en la construcción de una ciudadanía crítica, que se vincule políticamente de modo asertivo, siendo potencialmente un agente de cambio. Es decir, nos interesa no sólo estudiar la estabilidad, sino también identificar posibilidades de cambio en un contexto global en el que se discuten cada vez más los mecanismos de democracia participativa (González & Oliveira de Castro, 2007; Levine & Molina, 2007). Si bien este es un objetivo ambicioso y el carácter transversal de nuestro trabajo no nos permite extraer conclusiones respecto de relaciones de causalidad entre nuestras variables; la complementación de metodologías y tipos de análisis, junto con la literatura antecedente, nos permiten producir hipótesis sobre estas, sugiriendo algunas líneas centrales de investigación sobre las que se puede profundizar hacia el protagonismo ciudadano en la construcción de democracia.

CAPÍTULO 1: DEMOCRACIA y LEGITIMIDAD. PERSPECTIVAS TEÓRICAS

“La Democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” señalaba Abraham Lincoln en el célebre discurso de Gettysburg en 1863. Por su parte, la real academia española la define como una forma de gobierno en la que el poder político es ejercido por los ciudadanos (Real Academia Española, 2014). Estas definiciones, por sencillas que parezcan, abren la puerta a la complejidad que implica la definición misma del concepto de democracia. Tal como Birch (2007) se pregunta, ¿qué es pueblo? ¿Quiénes son ciudadanos? ¿Se incluye a toda la población adulta? ¿Importa si se excluye a grupos, como sucedió con las mujeres hasta después de la segunda guerra mundial en países entonces reconocidos como democráticos? ¿Puede un sistema ser democrático si se excluyen sectores de la población? ¿Es diferente si estos sectores son mayoritarios o minoritarios? Lo mismo sucede con la idea de gobierno: si la definimos en términos de la toma de decisiones que resultan en leyes y regulaciones para la sociedad, sólo una minoría puede efectivamente ejercerlo en las sociedades modernas. Entonces, la idea de gobierno necesariamente tiene que ser entendida en un sentido más laxo; por ejemplo, como la posibilidad de elegir a aquellos que toman esas decisiones. Pero bien, ¿cómo se sostiene la esencia de esa definición? ¿Las decisiones de estos deben representar la voluntad popular? En ese caso, ¿cómo identificamos cuál es la voluntad popular? Las respuestas a estas preguntas implican aspectos valorativos, conllevan una perspectiva ideológica que es indisociable de la definición misma de democracia (Birch, 2007; Valles, 2007a). Así, lo primero que podemos sostener respecto de la democracia es que no existe una cualidad objetiva que pueda identificarse con la misma y que su conceptualización va a depender siempre de qué aspectos se enfatizan. Al respecto, la propia definición de diccionario nos señala esta complejidad; no sólo porque introduce también requisitos que atañen a la idea de representación y la igualdad de derechos, sino porque propone una serie de adjetivaciones que la complementan: democracia burguesa, democracia censitaria, democracia cristiana, democracia directa, liberal, popular o representativa.

Tomando en consideración esta complejidad, no es nuestro objetivo brindar una definición exhaustiva y cerrada del concepto de democracia, sino un marco interpretativo básico que ponga en contexto un elemento central de este trabajo. Así, presentamos en

este capítulo inicial una revisión breve del concepto para centrarnos en la idea moderna de democracia y las dificultades asociadas a los abordajes teóricos respecto de esta. Además, exponemos brevemente el estado de situación de las democracias, principalmente en la región latinoamericana. En este marco, desarrollamos las representaciones sociales sobre democracia y las nociones de legitimidad política. Además, exponemos los modelos explicativos institucionalistas, culturales y la perspectiva de justificación de sistema.

Democracia y Democracias: conceptualizaciones básicas

El concepto de Democracia proviene de la antigua Grecia y significa literalmente: *gobierno del pueblo*. Sin embargo, el sistema de gobierno que implicaba entonces no se corresponde con las prácticas y valores democráticos de la actualidad. Al respecto, Birch (2007) señala que la idea griega de democracia no contemplaba la noción de derechos individuales -que es central en las visiones modernas- y sólo concedía la posibilidad de participar a pequeñas minorías. Además, no tenían el carácter representativo que tienen hoy; de modo que, cuando estas minorías efectivamente podían tomar decisiones políticas, lo hacían a través del voto directo sobre cada tema. Así, comunidad política y comunidad civil eran indisolubles y estos sistemas sólo eran aplicables a comunidades pequeñas. Por su parte, la democracia moderna es indisoluble de una estructura institucional y administrativa pública encarnada en el *Estado* y atañe a las relaciones entre éste y la sociedad (Gonzalo & Requejo, 1999).

Por otro lado, si bien la idea moderna de democracia es connotada mayormente en términos positivos, esto no fue así hasta bien entrado el siglo XIX (Birch, 2007). Por ejemplo, en el pensamiento griego era señalada como el gobierno de los ignorantes y de los pobres. Al respecto, en su definición de los tipos ideales de los sistemas políticos de su tiempo, Aristóteles señalaba a la democracia como una forma corrupta de la *Politeia* (República): si la *Politeia* era el gobierno de muchos ejercido para el bien común, la democracia era su forma de ejercicio para el interés propio (Gonzalo & Requejo, 1999; Valles, 2007b). Así, la democracia fue un concepto en disputa por más de dos mil años.

El término democracia en su forma moderna comienza a usarse durante el siglo XIX para describir un sistema de gobierno representativo en el cual estos representantes se escogen en elecciones competitivas libres y en el que son los ciudadanos hombres quienes pueden votar. La literatura identifica una serie de procesos que posibilitaron este desarrollo

de la idea de democracia, entre los que destacan desde la firma de la Carta Magna en 1215 y las revoluciones francesa y americana en el siglo XVIII, hasta la ampliación del derecho al sufragio en Europa y Norteamérica en el siglo XIX (Sen, 1999). Por su parte, Dahl (2004) da cuenta de que fue la necesidad de resolver problemas prácticos planteados por la expansión de las ciudades-estado la que posibilitó la emergencia de sistemas representativos. Así, la idea de representación fue una solución al dilema entre incrementar la capacidad para resolver problemas de mayor escala de las asociaciones políticas (de acuerdo con el incremento de su tamaño e influencia) y mantener la posibilidad de que los ciudadanos participen del gobierno.

Sin embargo, su emergencia como la forma deseable de gobierno a la cual cualquier nación tiene derecho a acceder tomó un tiempo y no se consolidó sino hasta el siglo XX (Sen, 1999). Al respecto, Dahl (2004) señala una serie de motivos que fortalecieron la difusión de la democracia en esta época: las fallas políticas, económicas, militares y diplomáticas de los sistemas no democráticos; los cambios en las economías que se vuelven más descentralizadas, con la consiguiente merma del poder político sobre los mercados; el bienestar económico de las poblaciones y los cambios en la cultura política que implicaron la difusión de creencias y valores democráticos en la población, a los cuales se atribuyó la posibilidad de su subsistencia aún en contextos de crisis aguda como la Gran Depresión.

A pesar de esta difusión, actualmente sólo el 63% de los estados viven en democracias electorales; a la vez que -según datos de Freedom House de 2017- sólo el 45% puede clasificarse como libres, los cuales incluyen apenas a un 39% de la población mundial. Asia y África son las regiones de mayor concentración de los países clasificados como *no libres*, mientras que en gran parte de Latinoamérica los procesos de democratización -si bien más recientes que en Europa y América del Norte- se encuentran relativamente consolidados. Como vemos, aún con indicadores relativamente generales y laxos como los de Freedom House, las diferencias entre la calidad y consolidación de las democracias en el mundo son notables. Consistentemente, Dahl (2004) señala que las diferencias históricas, étnicas y religiosas -entre otras- conllevan distinciones importantes en la forma en que se desarrollan las instituciones políticas, dando origen a sistemas democráticos de distinto tipo (por ejemplo: presidenciales o parlamentarios, bipartidistas o multipartidistas, etc.).

Más allá de estas diferencias, existen algunos elementos básicos que recogen consenso en la idea moderna de democracia. Una visión acotada la señala como un régimen

político en el que los ciudadanos (y, más recientemente, ciudadanas) tienen derecho a determinar quién los gobierna. Así, las elecciones competitivas, libres y limpias son un requisito elemental. Sin embargo, ésta es una condición necesaria pero no suficiente: sin libertad de expresión, reunión y otras libertades básicas, las elecciones carecen de sentido (Sen, 1999; Sodaro, 2010). Así, Sodaro (2010) señala tres principios básicos que ninguna democracia puede eludir y sobre los que existiría consenso: 1) el estado de derecho, que implica que el poder del estado se encuentra limitado por la leyes y nadie se ubica por encima de éstas; 2) la inclusión, que implica que se le reconozcan derechos democráticos a toda la población adulta y excluye la discriminación a sectores específicos y minorías (como sucedió, por ejemplo, con las mujeres y con minorías étnicas o religiosas) y c) la igualdad, que implica que estos derechos y libertades que la democracia otorga deben distribuirse entre todos y todas por igual. Este último, por lo general, se aplica en términos de igualdad política pero no se extiende hacia la igualdad económica.

Por su parte, Dahl (2004) señala una serie de rasgos mínimos que debe exhibir una democracia, que se superponen parcialmente con los propuestos en el párrafo anterior. Si bien en este caso también se trata de principios generales, correspondientes con un tipo *ideal*, su definición se encuentra ya orientada a aspectos procedimentales de las democracias liberales representativas:

- *Participación efectiva*: todos los miembros del *demos* deben poder dar a conocer sus opiniones antes de adoptar o rechazar una política
- *Igualdad de votos*: todos los votos se computan igual y todos los miembros del *demos* deben tener oportunidad de votar a favor o en contra de una política.
- *Electorado Informado*: oportunidad de aprender sobre política, las alternativas y sus consecuencias
- *Control Ciudadano del programa de acción*: es el *demos* el que decide qué temas se incluyen en la agenda política y cómo, lo cual implica un proceso democrático abierto.
- *Inclusión*: todos los miembros del *demos* tienen derecho a participar.
- *Derechos fundamentales*: todos los rasgos anteriores implican derechos. Cada miembro del *demos* tiene derecho a comunicarse con otros, a que su voto se compute del mismo modo que el de los demás, a recabar información, participar en igualdad de condiciones y ejercer el control de agenda.

Como mencionábamos, estos principios hallan su posibilidad de aplicación a través de las instituciones de las democracias representativas modernas: la representación, como forma de participación efectiva y control ciudadano del programa de acción; las elecciones libres, limpias y periódicas también como garantía de participación efectiva e igualdad de votos; la libertad de expresión y asociación y las fuentes independientes de información como necesarias para la participación efectiva, un electorado informado y el control ciudadano del programa de acción (Dahl, 2004).

Tal como señalan Dalton, Sin y Jou (2007), la definición que brinda Dahl tiene un carácter principalmente procedimental y está orientada a los procesos e instituciones del gobierno representativo. Al respecto, Valles (2007b) identifica dos tipos democráticos principales que son recogidos por la literatura: la democracia procedimental o instrumental y la democracia sustantiva. La primera de ellas se define en función de los procesos políticos y la existencia de reglas claras e iguales para quienes participan en ellos. Este tipo de definiciones se orientan al *input* del sistema político (procesos de entrada) y encarnan la concepción liberal hegemónica vigente. Así, se define como forma y no como sustancia y su procedimentalismo remite casi exclusivamente al proceso electoral. Si bien éste no excluye intrínsecamente formas ampliadas de participación, en estas perspectivas acotadas sí lo hace (Santos & Avritzer, 2004). Esto se profundiza a partir de los años '70-'80 con la creciente crisis del Estado de Bienestar y, posteriormente, con la caída de la URSS. En ese momento, el neoliberalismo gana espacio potenciando democracias de baja intensidad, donde la ciudadanía tiene un rol cada vez más pasivo-espectador que es funcional a su perspectiva ideológica (Monedero Fernández, 2016; Rauber, 2001).

Por otra parte, las democracias sustantivas o materiales remiten a los objetivos políticos atendiendo así al *output* del sistema (procesos de salida). En este caso, no se restringe a los procedimientos, sino que reclama al sistema resultados económicos y sociales. Esta última categoría introduce cierta ambigüedad a través del concepto de resultados, dado que el alcance de lo que se entiende por democracia dependerá de determinados valores que condicionen el universo de lo percibido como deseable. Así, en sentido amplio, una visión liberal e individualista de la democracia que exija sólo ciertas libertades y derechos ciudadanos (libertad de expresión y asociación, acceso al voto, igualdad ante la ley, etc.), podría ser entendida como una definición sustantiva en tanto remite a los resultados del sistema y no sólo a sus procedimientos (Dalton et al., 2007; Sen,

1999). Sin embargo, en un sentido más específico, una definición sustantiva vincula los resultados de la democracia al objetivo último de justicia social, enmarcada en una visión ampliada de derechos que incluye el acceso a la salud, la educación y el trabajo, siendo el estado el garante de estos (Crow, 2010; Valles, 2007b). De este modo, un sistema sería más democrático cuanto más disminuyera las desigualdades económicas y sociales. Dalton et al. (2007) entienden a estos aspectos como la dimensión social de la democracia y la asocian principalmente a la perspectiva de los ciudadanos en naciones de *bajos ingresos*, entendiendo que sería una visión aspiracional de la democracia como medio para alcanzar un mejor estándar de vida. Volveremos sobre esto en nuestro capítulo sobre representaciones sociales sobre democracia argentina, en tanto nos faciliten entender las percepciones de la ciudadanía respecto de esta forma de organización política (Capítulo 5).

Hasta aquí pudimos presentar algunos elementos básicos de las democracias que nos permitieron identificar las perspectivas sobre los principios y el ideal de este tipo de organización política y social y, a su vez, esbozar las dificultades de su expresión en las sociedades actuales. Además, señalamos la importancia de los contextos sociohistóricos en el desarrollo de estas, así como de los aspectos valorativos e ideológicos que condicionan su recorrido. Esto nos habilita a examinar algunas características de las democracias reales, principalmente en el país y la región, para luego aproximarnos a sus representaciones sociales y a la noción de legitimidad.

La democracia en la actualidad. América Latina en el contexto global

Como mencionábamos antes, tanto desde definiciones procedimentales como sustantivas, sólo unos pocos países pueden ser clasificados como democracias plenas en la actualidad (Valles, 2007b). Al respecto, existen criterios dispares sobre qué se entiende por democracia plena. Por ejemplo, si bien Freedom House (2018) reconocía un 45% de los estados como libres, Valles (2007b) -con un criterio más exigente que considera no sólo las dimensiones procedimentales sino también sus resultados- sostenía que sólo una treintena de estados podían considerarse plenamente democráticos, incluyendo apenas a un 15% de la población mundial. Este autor otorga la categoría de democracias sólo a aquellos que pueden definirse como *poliarquías* o *estados liberales democráticos*. En esta lista incluye a las que denomina *economías desarrolladas* de Europa occidental y septentrional, Estados

Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Así, quedan excluidos todos los países asiáticos, africanos y Latinoamérica en su conjunto.

Entre las características de estos estados reconoce la negociación del poder con los colectivos que tienen representación en los distintos órganos, de modo que las decisiones políticas son resultado de estas negociaciones entre intereses de distintos grupos. En la misma línea, el poder se comparte y distribuye entre mayoría y oposición, de modo que los colectivos más poderosos no pueden ignorar sistemáticamente a los quiénes tienen menos. Además, identifica una ampliación de derechos civiles y políticos al conjunto de los ciudadanos y ciudadanas, al mismo tiempo que los derechos sociales adquieren centralidad, siendo el estado el garante de un nivel de bienestar mínimo a través de un sistema de previsión social. En relación con esto último, el estado asume responsabilidades económicas importantes, como la regulación de las crisis cíclicas del capitalismo, la redistribución de recursos, el control de sectores estratégicos y la mediación entre asalariados y capital.

Según el autor, el desarrollo de estos estados se dio en un contexto particular de expansión del capitalismo industrial que se extendió por unos 40 años. Sin embargo, desde fines de los '60 se registra un declive de la economía mundial que empieza a erosionar este modelo político. Sumado a esto, los procesos de globalización han desdibujado algunas de las características básicas de los estados, principalmente aquellas que remiten a un poder ilimitado y coactivo sobre un territorio definido. Así, a inicios del siglo XXI son pocos los estados que pueden llevar adelante una política económica o de bienestar particular por su cuenta: el papel del estado se ve condicionado por la interdependencia con otros (Valles, 2007b).

De este modo, al tiempo que en los '90 se duplicaban los países que se proclamaban democráticos (Birch, 2007), se reconocía la crisis del estado liberal; cuya principal estrategia de afrontamiento fue a través de su achicamiento, plasmada en el desarrollo de los modelos neoliberales. Estos fueron aplicados no sólo a democracias de larga data, sino también a aquellas de trayectoria reciente (Monedero Fernández, 2016; Valles, 2007b). Concretamente, los modelos neoliberales hegemónicos tienen una serie de elementos comunes que confluyen en una reducción del gasto social –el bienestar social es inviable–, priorización de los mercados y de lo privado por sobre lo público y una prioridad de los derechos civiles sobre los políticos y sociales –prioridad de las libertades individuales, individualismo–. Además, desde el punto de vista político, se promueve una

des-ideologización coincidente con una tecnificación de la política y la búsqueda del consenso por sobre la gestión del conflicto –esencia de la política– (Monedero Fernández, 2016). Así, se produce un nuevo sentido común desde un *estado gerencial* que sustituye la idea de ciudadanía por lógicas de empresa/cliente. Estas lógicas neoliberales, junto con el contexto socio histórico de globalización, la creciente complejidad social y las sucesivas crisis económicas generadas por la lógica de acumulación capitalista, tienen consecuencias no menores para los sistemas políticos y su legitimidad que veremos plasmadas en los antecedentes empíricos y en nuestros propios datos.

Por otra parte, Wolin (2004; citado en Puerta Riera, 2016) ubica la crisis de la democracia en la contradicción fundamental entre ésta y el capitalismo; destacando que esta contradicción es la que existe entre la política de las corporaciones y la política de las democracias, entre la cultura del trabajador y la cultura cívica. En este sentido, el capitalismo desfiguraría la condición de ciudadano del trabajador en tanto las premisas del capital estimulan conductas individualistas que se distancian de los valores democráticos centrados en el bien común. Al respecto, Puerta Riera (2016) señala que, si el propósito común desaparece, la democracia se debilita, convirtiéndose en anómica. Así, mientras Inglehart (1990; 1997; 2000) ve en el desarrollo de las sociedades occidentales –sustentado en procesos de industrialización– la base para la difusión y consolidación de valores democráticos –posmaterialistas– Wolin (2004, citado en Puerta Riera, 2016) percibe lo contrario: una erosión del capital ciudadano. De cualquier modo, aún aquellos que señalan la crisis de la democracia en su forma actual –al menos de aquellas consolidadas–, no auguran una vuelta a regímenes totalitarios, sino más bien un desarrollo hacia otras formas políticas que conserven y profundicen los valores fundamentales de la democracia (Puerta Riera, 2016).

Respecto de Latinoamérica, el proceso de consolidación democrática se inicia hacia fines de los años '80, luego de unos 20 años de alternancia entre democracias y autoritarismos (Alister Sanhueza, Cea Sánchez & Guerrero Chinga, 2015). Así, actualmente atraviesa lo que se ha denominado *tercera ola de democratización*, haciendo referencia a esta alternancia que históricamente ha caracterizado a la región (Seligson, 2000). La noción de *tercera ola* conlleva la idea de que los regímenes autoritarios permanecen en el horizonte de posibilidades. De hecho, a inicios de este proceso de consolidación los investigadores auguraban una nueva ola de autoritarismos que llegaría alrededor de los 2000, sustentada

en un déficit de legitimidad política (Alister Sanhueza et al., 2015). Sin embargo, esto no ha sucedido y la democracia –con algunas excepciones– se ha visto fortalecida, contando con aprobación casi unánime de la población y sin signos de debilitamiento. A pesar de ello, su desempeño y calidad institucional no parecen haberse consolidado en igual manera. Para dar cuenta de ello, desarrollamos a continuación algunas características de las democracias latinoamericanas actuales, con énfasis en el caso argentino.

Como mencionábamos antes, Valles (2007b) no reconoce democracias plenas en la región. Por su parte, Freedom House (2018) –basada en definiciones procedimentales de democracia– identifica como libres al 66% de los estados americanos (incluyendo a Estados Unidos y Canadá), lo cual contiene al 69% de la población; mientras que sólo el 6% de los estados entra en la categoría de no libres (con un 4% de la población). Para Argentina en particular, la valoración de esta agencia para 2017 fue positiva, con un puntaje de 82/100. Así, fue descrita como una democracia representativa vibrante, donde se celebran elecciones competitivas y existe el debate público; identificando a la corrupción y la criminalidad violenta como sus principales desafíos. Estos datos mostrarían un panorama de consolidación: si bien se identifica un declive en la calidad de las democracias en todo el mundo, se reconocen signos de resiliencia en la región.

Sin embargo, el Índice de Desarrollo Democrático de Latinoamérica de 2016¹ brinda resultados menos alentadores. Éste recoge datos sobre 4 dimensiones: *democracia de los ciudadanos*, que refiere al respeto de derechos y libertades, *democracia de las instituciones*, que evalúa aspectos de la calidad institucional y eficiencia política de acuerdo con principios republicanos; *democracia social*, que analiza la gestión de los gobiernos para la generación de mejores condiciones para el desarrollo humano a través del desempeño en salud, educación, desempleo y pobreza y *democracia económica*, que evalúa la evolución de la gestión de la economía en beneficio de la sociedad e incluye índices vinculados al endeudamiento, inversión, PBI per cápita y brecha de ingresos. Así, supone tanto aspectos procedimentales como sustantivos, otorgando una centralidad a las condiciones de vida y no sólo a las libertades y derechos básicos. Respecto de sus resultados, identifican un retroceso en los puntajes de desarrollo democrático en Argentina, aunque éste aún se ubica por encima del puntaje mínimo–desde que se iniciaran los registros en 2002– que se obtuvo en 2014. Además, Chile, Uruguay y Costa Rica son los países que consistentemente

¹ Informe disponible en: <http://www.idd-lat.org/2016/>

obtienen mejores puntuaciones y se ubican en los primeros puestos del ranking; mientras que Argentina se ubicaría en el bloque de países de *desarrollo democrático medio*, manifestando un retroceso en el 2016 en todas las dimensiones, pero aun ligeramente por encima del promedio regional. Los principales puntos débiles en la región, señalados por el informe, remiten a la protección de los derechos y libertades, la calidad de las instituciones y la consolidación de la representación política. Para el caso particular de Argentina se mencionan como debilidades el condicionamiento de las libertades por la inseguridad, la percepción de corrupción y ausencia de mecanismos de rendición de cuentas (*accountability*), inestabilidad institucional, desempleo, carencias en el plano de las libertades económicas y la inversión. El informe alerta particularmente sobre las debilidades en el plano institucional, ubicándose entre los peor posicionados de toda la región. Por su parte, las principales fortalezas se centrarían en las dimensiones sociales de la democracia, principalmente en función de la inversión en educación y las tasas de egreso en nivel secundario; aunque aún en estos aspectos manifiesta una curva descendente.

Estos indicadores evaluativos de la calidad de las democracias se corresponden también con las percepciones de la ciudadanía respecto de su funcionamiento. Así, la literatura señala un descontento creciente de la ciudadanía respecto del sistema político y sus instituciones y actores centrales, aún en democracias establecidas (Dahlberg, Linde & Holmberg., 2015). Esta insatisfacción se expresa tanto en niveles decrecientes de confianza, como en una baja valoración de la calidad institucional y de sus resultados. Sin embargo, este descontento no parece haber afectado al apoyo a los valores centrales de la democracia y a la preferencia sobre otras formas de gobierno. De hecho, numerosas investigaciones señalan que este tipo de apoyo es cada vez mayor, trascendiendo fronteras culturales, religiosas y políticas hasta convertirse casi en el único modelo político apreciado globalmente (Corporación Latinobarómetro, 2016; Dahlberg, et al., 2015; Dalton et al., 2007; Inglehart, 2003; Magalhaes, 2014). En Argentina, por ejemplo, mientras que más del 70% de los/as ciudadanos/as prefería la democracia a cualquier otra forma de gobierno, casi el 50% se encontraba poco o nada satisfecho con su funcionamiento (Corporación Latinobarómetro, 2016).

Una de las preguntas centrales que subyace a esta evidencia es por qué la ciudadanía manifiesta niveles de apoyo tan altos a un sistema político que creen que no funciona y/o no brinda los resultados que esperan de él. Para abordar esta aparente contradicción, nuestro

trabajo presenta dos tipos de estudios complementarios. Por un lado, proponemos un enfoque de representaciones sociales que permita comprender qué entienden las personas por democracia y a qué valores, normas, procedimientos e instituciones están adhiriendo cuando expresan su apoyo explícito. El segundo tipo de estudio busca identificar factores psicosociales explicativos de estas actitudes diferenciales valiéndose de la noción de legitimidad política. La aplicación de este constructo nos permite distinguir entre este tipo de apoyo político más básico y estable, y –para algunas visiones– superficial y otros aspectos más vinculados a los cambios en la coyuntura política que remiten a variables como la satisfacción y la confianza. En este sentido, resulta importante poder distinguir entre la generalización de una imagen positiva de la democracia en el mundo y las raíces más profundas que sostienen las democracias efectivas a nivel social (Inglehart & Welzel, 2003). Así, el objetivo central de esta tesis es realizar un abordaje multidimensional de la legitimidad política que nos permita describir –desde una perspectiva de psicología política– las conceptualizaciones hegemónicas y no hegemónicas sobre democracia, junto con la interrelación de definiciones abstractas y específicas de este sistema político; así como identificar cuáles son las variables centrales que predicen la legitimidad política, entendiendo que este es uno de los atributos centrales en la explicación de la estabilidad de las democracias. Así, en la próxima sección desarrollamos algunos conceptos básicos sobre representaciones sociales que nos permitirán comprender mejor la evidencia previa sobre este tema y, posteriormente, abordamos la noción de legitimidad política y los principales programas teóricos que, desde múltiples disciplinas, han intentado explicarla.

Representaciones Sociales sobre Democracia

En función de esta propuesta, en un primer apartado exponemos nociones básicas de la teoría de las representaciones sociales (en adelante: TRS) en general y la perspectiva estructuralista en particular, para luego recuperar antecedentes teóricos y empíricos de la aplicación de la TRS al campo de la psicología política, particularmente en el análisis de la democracia como objeto de representación social (en adelante: RS).

Teoría de las Representaciones Sociales

El concepto de RS, tal como lo abordamos aquí, halla su origen en la propuesta de Serge Moscovici en 1961 y, desde entonces, ha encontrado aplicación en numerosas investigaciones en distintas áreas de la psicología y las ciencias sociales (Araya Umaña, 2002), jugando un rol relevante en la comprensión de la subjetividad individual y social (Perera Pérez, 2003). Se trata de un concepto que se ubica en una encrucijada entre sociología y psicología Moscovici (1979), dado que su raíz histórica se sitúa en la noción de representación colectiva de Durkheim, que remite a estados de conciencia colectivos que constituyen la forma en que un grupo piensa sobre los objetos que lo afectan (Perera Pérez, 2003). Sin embargo, se diferencia de ella en tanto remite a procesos *individuales* que surgen *desde* los grupos y tienen un carácter más específico y dinámico, en función de la intensidad y ritmo de los procesos sociales (Perera Pérez, 2003).

Las RS constituyen una forma de conocimiento de sentido común que contiene elementos tanto cognitivos como afectivos y son producto de grupos u organizaciones sociales, inmersos en un contexto histórico, cultural e ideológico determinado (Castorina, Barreiro & Toscano, 2005). Es un conocimiento práctico que participa en la construcción social de una realidad común y sirve a la comunicación y a la orientación de la conducta social (Jodelet, 2011). Así, aunque sean expresión de sujetos individuales, la RS deben ser comprendidas como una apropiación de conocimientos elaborados colectivamente. Es en este sentido que se vincula a las RS con la identidad social dado que, en sí mismas, incluyen la pertenencia grupal y su participación en la cultura.

Consecuentemente, el aspecto social de la RS es múltiple. Las representaciones son sociales por producirse en un contexto determinado; por los procesos de comunicación entre los individuos que implican; por los marcos de interpretación que brinda el bagaje cultural; por los códigos, valores e ideologías vinculados a la pertenencia social específica

(Jodelet, 1986) y también por la función social de ordenamiento, interpretación del mundo y orientación de la acción que ejercen (Perera Pérez, 2003). En relación con esto último, señalamos la relevancia del estudio de las RS en tanto guía de acción para la vida cotidiana: el conocimiento de las RS sobre un objeto social nos aproxima a una mejor comprensión de las conductas relacionadas con éste.

En línea con lo anterior, Abric (2001a) identifica 4 funciones principales de las RS: 1) *de saber*, facilitando la comunicación social, definiendo un marco común de intercambio y la transmisión y difusión de ese saber; 2) *identitarias*, permitiendo situar a individuos y grupos en el campo social y elaborar una identidad social y personal compatible con los valores social y culturalmente aceptados; 3) *de orientación*, en tanto son guías para la acción, ayudando a definir el tipo de relaciones pertinentes y gestión cognitiva a utilizar, así como un sistema de anticipaciones y expectativas e identificando las reglas y lazos que rigen la interacción y 4) *justificadoras*, interviniendo luego de la acción, permitiendo explicar y justificar las propias conductas en respuesta a una situación determinada. En este sentido, las RS operan para reforzar y justificar la diferenciación social, lo cual puede redundar en conductas discriminatorias o de distancia social. Además, esta clasificación de las funciones nos permite entender el valor heurístico de la RS y ubicarlas en la base de muchos comportamientos y relaciones interpersonales, grupales e intergrupales. Así, En el desarrollo de RS intervienen aspectos culturales, ideológicos, de pertenencia social, a la vez que aspectos afectivos, cognitivos, simbólicos y valorativos. La RS es siempre de algo (objeto) y de alguien (sujeto o grupo) y deben estudiarse ambos (Perera Pérez, 2003).

Por otra parte, las RS son más que opiniones o actitudes, son teorías o ramas de conocimiento; sistemas de valores, ideas y prácticas (Farr, 1984; citado en Perera Pérez, 2003). Así, no pueden comprenderse como meras reproducciones de la realidad o productos estáticos de ella, sino que son recreaciones activas del mundo (Parales-Quenza, 2005). En esta línea, no todos los objetos sociales pueden generar RS, sino que deben ser objetos socialmente relevantes -presentes en conversaciones cotidianas y en los medios de comunicación- y que, además, remitan a valores (Jodelet, 1986). Adicionalmente, Páez (1987) señala que las RS emergen ante procesos u objetos que requieren *normalización*, es decir, ajustarse a algo conocido o concreto. Por su parte, Moscovici (1976; citado en Wachelke, 2012) señala que debe tratarse de objetos definidos de modo ambiguo, las

personas deben sentir la necesidad de realizar inferencias acerca de él y diferentes aspectos de ese objeto deben ser relevantes para distintos grupos.

El análisis de los procesos psicosociales básicos que subyacen a la conformación de las RS evidencia cómo el entorno social transforma en representación a un conocimiento y, a su vez, cómo este conocimiento modifica lo social: la actividad psicológica y las condiciones sociales de su ejercicio son interdependientes (Jodelet, 1986). Esto sucedería a través de dos mecanismos básicos: la *objetivación*, que implica la transformación de elementos abstractos en icónicos, convirtiéndolos en algo concreto y familiar (Perera Pérez, 2003) y el *anclaje*, que refiere al enraizamiento de la RS y su objeto, a los procesos de integración de las informaciones que provienen de la objetivación -nuevas RS- a un sistema de pensamiento ya configurado (Perera Pérez, 2003). Así, el anclaje representa el lazo entre la función cognitiva de base de la representación y su función social. Además, objetivación y anclaje tienen un carácter dialéctico: mientras que la objetivación da cuenta de cómo la información se transforma en imagen-representación; el anclaje evidencia cómo ésta es modulada y utilizada para beneficio de los grupos (Valencia Abundiz, 2007).

Por otra parte, Moscovici (1986; citado en Perera Pérez, 2003), propone distintos tipos de RS en función de su grado de consenso y sus condiciones grupales de emergencia. Así, diferencia las *RS hegemónicas*, que tienen un alto grado de consenso grupal; las *RS emancipadas*, que no son hegemónicas ni uniformes y emergen en subgrupos que representan nuevas formas de pensamiento social y las *RS polémicas*, que surgen en grupos en conflicto o controversia respecto a hechos u objetos sociales relevantes ante los que tienen formas de pensamiento divergentes. Estos aspectos pueden ser relevantes para nuestros análisis a nivel macrosocial y hacia el interior de los grupos estudiados.

En esta línea, las RS no son estáticas, sino que se encuentran sujetas a procesos de cambio. Al respecto Castorina et al. (2005) identifica dos tipos fundamentales de cambios en las RS: los cambios que atañen a procesos más vinculados al desarrollo individual y que se evidencian, por ejemplo, en los procesos de enseñanza; y los cambios a nivel grupal o social, que tienden a ser más graduales y más difíciles de identificar. En este sentido, Valencia Abundiz (2007), señala que las RS evolucionan a medida que las sociedades lo hacen, pero es difícil medir el poder de los cambios sociales y la magnitud de estos. Algunos factores que condicionan estos cambios son la divulgación de avances científicos en la comunidad lego; las construcciones de RS a través de la historia de prácticas sociales,

ancladas en la identidad de grupos específicos, y la confrontación social entre grupos sobre aspectos de la vida social que resultan conflictivos y que, como tienen un interés actual, son menos estables y compartidas por grupos más pequeños (Castorina et al. ,2005). En línea con esto, resulta relevante conocer no sólo los contenidos hegemónicos de una RS (en este caso sobre la democracia argentina), sino también identificar núcleos de sentido relevantes para grupos más pequeños que puedan ser indicios de procesos de cambio en curso.

En la sección siguiente presentamos la perspectiva estructural de la RS que es una de las miradas posibles desde este tipo de enfoques y es la que adoptamos en nuestro estudio.

Perspectiva Estructuralista de las Representaciones Sociales. Abordaje Metodológico

El enfoque estructuralista de las RS, identificado también como *teoría del núcleo central*, fue propuesto originalmente por Abric (1976; citado en Moliner & Abric, 2015), su principal referente. Su postulado central es que las RS se organizan como un sistema dual núcleo/periferia, cuya principal función es mantener su estabilidad. Así, el núcleo central recogería un número limitado de elementos, con un consenso grupal amplio y relativa estabilidad en el tiempo. Además, estos elementos estarían ligados a la historia del grupo, a aspectos ideológicos, valores, normas y formas colectivas de ver el mundo y actuar en él (Parales-Quenza & Vizcaíno-Gutiérrez, 2007; Wachelke, 2012). Por su parte, los elementos periféricos serían una cantidad notablemente mayor, menos compartida y sujeta a cambios a lo largo del tiempo (Moliner & Abric, 2015). Así, representarían aspectos más flexibles de la RS, conectándola con el ambiente y permitiendo adaptarla a situaciones específicas. Consecuentemente, el sistema periférico tendría una función defensiva del núcleo ante contradicciones: si una situación desafía el significado de los elementos centrales, éste se activa y trata de justificarla para lograr su perdurabilidad (*mecanismos de racionalización*) (Wachelke, 2012). Consecuentemente, al decir de Parales-Quenza y Vizcaíno-Gutiérrez (2007), mientras que el núcleo tiene carácter normativo, la periferia es funcional.

Este enfoque, además de centrarse en la estructuración de las RS, también es útil para examinar los cambios en las RS. En este sentido, mientras que estos no afecten el núcleo central, pueden darse modificaciones en los elementos periféricos sin que ello implique una transformación de la RS en sí, cuyo significado seguirá siendo el mismo. Sin embargo, cuando ésta conlleve la emergencia o desaparición de elementos del núcleo central, estaremos evidenciando cambios en el significado asociado al objeto, lo cual

implica una transformación de la RS (Moliner & Abric, 2015). A su vez, Wackelke (2012) señala que estos cambios en los elementos centrales de la RS deben ser percibidos como irreversibles para que efectivamente activen una modificación de esta.

De acuerdo con las múltiples perspectivas teóricas de abordaje de las RS, también es posible desplegar una variedad de técnicas para su estudio empírico. En este sentido, la literatura reconoce tanto técnicas cuantitativas (e.g. cuestionarios), como cualitativas (e.g. etnografía, entrevista) y estrategias de triangulación metodológica que combinan ambas. Particularmente, en el marco de la perspectiva estructuralista, Moliner y Abric (2015) diferencian los métodos exploratorios -como la asociación libre y la evocación jerárquica- de los corroborativos -como métodos de desafío y pruebas de independencia del contexto-. Los primeros estarían orientados a la detección de los elementos centrales; mientras que los segundos identificarían esos elementos. En este apartado desarrollamos la técnica de asociación libre que es una de las más utilizadas en la literatura en el área y, además, es la aplicada en nuestro estudio sobre RS sobre democracia argentina.

La técnica de asociación de palabras implica pedir a la persona que produzca términos, expresiones o adjetivos que asocia con un término inductor, el cual es el objeto de la representación en estudio. Tiene un carácter espontáneo y proyectivo, lo cual debería permitir un acceso rápido y fácil a los elementos del universo semántico del objeto (Abric, 2001b). Sin embargo, el propio autor señala la importancia de la interpretación que se da a esos datos, ya que la misma puede ser *a priori* difícil. Al respecto, una práctica común implica analizar no sólo la frecuencia de los elementos, sino también la relevancia que adquieren en la RS. Para ello, la estrategia más frecuente es considerar el orden de evocación, suponiendo que aquellos elementos que aparecen primero en las asociaciones de los sujetos serían más salientes. Abric (2001b) critica la validez de este postulado en sí mismo, pero señala que el hecho de analizar el rango medio de evocación en el conjunto de la población refuerza la posibilidad de interpretarlo como indicador de su saliencia. Además, una práctica complementaria es pedir a los sujetos que, luego de finalizada la evocación, ordenen los términos en función de la relevancia que le adscriben para definir al objeto de la RS (*técnica de evocación jerárquica*). Así, en la medida en que los elementos sean frecuentes y más salientes en ambos análisis, es más probable que sean representativos del núcleo. Alternativamente, Verges (1992; citado en Abric, 2001b) propone analizar el campo semántico, identificando si los términos más frecuentes permiten crear un conjunto de

categorías. Así, el análisis de las categorías temáticas permite obtener información relevante acerca de la naturaleza del contenido de la representación.

En el caso particular de nuestro trabajo, aplicamos la técnica de asociación de palabras y realizamos análisis cuantitativos de tipo descriptivo y comparativo entre grupos y también un análisis de tipo léxico -en este caso cualitativo- que nos permite aproximarnos a la naturaleza del contenido representaciones ([Capítulo 5](#)).

Representaciones sociales sobre democracia. Antecedentes Empíricos.

Abundante literatura, tanto local como internacional, aborda representaciones sociales respecto de distintos elementos de la política. En el caso de las RS sobre democracia, los primeros estudios se dan en los '90 (Echebarría & Álvarez, 1996) y en estos últimos nos centramos en las próximas páginas. Al respecto, podemos adelantar que se recuperaron antecedentes que abordan este campo desde perspectivas tanto cualitativas como cuantitativas -incluyendo estudios experimentales-, lo cual enriquece la información disponible y brinda evidencia de un campo prolífico. Asimismo, estas investigaciones tienden a indagar por la democracia en un sentido amplio, sin implicar una evaluación situada de la misma en cada contexto. Además, la mayoría de los trabajos se realizan sobre población joven, principalmente estudiantes universitarios. Estos dos aspectos, sumado a la actualización permanente de conceptos como este y la importancia de su contexto de producción, sustentan la relevancia de llevar adelante un estudio de RS sobre democracia local y de centrarnos en la democracia argentina en particular. De cualquier modo, conocer resultados previos servirá a interpretación de nuestros propios hallazgos.

La democracia es un concepto generalizado -la mayoría de las personas tienen al menos alguna idea sobre qué es- pero polisémico y, aún en democracias industrializadas *desarrolladas*, sigue siendo descripto de modo relativamente poco sofisticado (Dalton et al., 2007). En este sentido, la democracia no sólo implica procedimientos políticos y una forma de organización social, sino también valores sociales y morales. Así, involucra un sistema ideológico de creencias que da un valor a personas, grupos e instituciones democráticas y, si bien su valencia suele ser positiva, su significado va a depender de perspectivas y circunstancias particulares (Staerklé, Falomir-Pichastor, Pereira, Berent & Butera, 2015).

Adicionalmente, cómo se defina a la democracia no resulta inocuo, sino que las acciones individuales y colectivas se asocian al pensamiento sobre el estado de las cosas

(Torres Stockl & Zubieta, 2015) y, en el caso de las RS, la noción de democracia que se sostenga puede impactar inclusive sobre los niveles de satisfacción con la misma. Así, la idea de democracia que se tiene implica un conjunto de expectativas acerca de resultados políticos, sociales y económicos; de modo que, cuando las personas perciben una brecha entre lo que esperan de ella y lo que obtienen realmente, pueden concluir en que la democracia no está funcionando. Al respecto, Crow (2010) encontró que quiénes sostenían visiones más restrictivas de la democracia, vinculadas simplemente a la idea de procesos electorales, tendían a estar más satisfechos con ella que quiénes la entendían en términos más amplios, de derechos y equidad social. A la vez, el autor señala cómo estos niveles de satisfacción se vinculan con el comportamiento político, afectando al compromiso cívico y la participación (en términos cuantitativos y cualitativos).

Conjuntamente, el carácter polisémico de la noción de democracia no atañe sólo a las perspectivas de la ciudadanía sobre ella, sino que tiene su correlato en los desarrollos teóricos sobre esta desde las ciencias sociales. En consecuencia, algunas categorizaciones teóricas sobre democracia se sostienen tanto desde la abstracción teórica como desde las RS que sobre ella circulan. Si bien ya abordamos la conceptualización de democracia de modo más específico en la primera sección (pp.4-8), recuperamos aquí una categorización que resulta relevante porque se ha replicado -al menos parcialmente- en estudios sobre RS sobre democracia en distintos contextos (Bermúdez, Savino & Zebklussen, 2004; Crow, 2010; Dalton, et al. 2007) y será una de nuestras dimensiones analíticas. Así, nos vamos a basar específicamente en la propuesta de Crow (2010), recuperando sus etiquetas, pero incorporando los aportes de diversos estudios que llegaron a conclusiones similares. De este modo, identificamos 3 nociones de democracia que van desde visiones más restrictivas a otras más amplias y sustantivas y que nos serán de utilidad para la comprensión de nuestros propios resultados en términos de sus alcances y limitaciones:

- 1) Democracia Electoral: es una definición restrictiva de la democracia que la comprende principalmente como mecanismo de elección de quiénes toman decisiones. Así, es una definición minimalista al restringir la democracia al ámbito de la autoridad política, excluyendo tanto a otros actores como a consideraciones sociales y económicas. Desde otras perspectivas, se trata de lo que se ha denominado democracia formal o procedimental. Esta última definición puede ser relativamente más amplia, pudiendo incluir otros procedimientos diferentes al eleccionario. Sin embargo, también es

restrictiva dado que no incluye mecanismos de acción no formales y las mencionadas cuestiones económicas y sociales; además de que los procedimientos a los que remite tienden a redundar en la posibilidad de la libre elección de los representantes. Desde un punto de vista empírico, esta dimensión recoge definiciones vinculadas al voto, las elecciones, el sistema multipartidario, pero también la libertad de expresión y asociación (Bermúdez et al, 2004; Crow, 2010; Dalton et al., 2007).

- 2) Democracia Liberal: este tipo de definición tiene su raíz en el liberalismo del siglo XIX. En este marco, la democracia es una suma de derechos y libertades asociadas a la idea de ciudadanía (Crow, 2010). Los elementos centrales remiten a las libertades individuales y la igualdad, no en términos de igualdad social, sino ante la ley y como garantía de derechos ciudadanos (Bermúdez et al., 2004). En este grupo se incluyen nociones vinculadas a valores que, en función de su raíz liberal, tienden a reflejar visiones individualistas del orden social (Moodie, Marková & Plichtová, 1995). En el trabajo de Dalton et al. (2007) una noción cercana a esta se recoge en la idea de una democracia definida por resultados, en tanto se entiende que estos valores mencionados representan los resultados deseables de la institucionalidad democrática. Al respecto, D'Avirro (2007) señala que estos contenidos son representativos del conocimiento no erudito de sentido común y, cómo veremos a continuación, suelen recoger la mayoría del contenido representacional de este objeto político en distintos contextos, principalmente en las democracias menos establecidas (Dalton et al., 2007). De cualquier modo, esta conceptualización resulta relativamente más amplia respecto de la anterior, en tanto implica constricciones al poder político, entre poderes y rendición de cuentas vertical (Crow, 2010).
- 3) Democracia Sustantiva: desde nuestro punto de vista -coincidente con el de Crow (2010)- esta es la noción más amplia y abstracta de la democracia, en tanto comprende a la justicia social como el objetivo último de la misma. Así, descansa en una idea de ciudadanía social que implica el derecho de todos y todas de compartir los beneficios de la sociedad. Esta dimensión remiten a una visión amplia de derechos, incluyendo educación, salud, trabajo; siendo el estado el responsable de proveerlos a quien no pueda hacerlo por sí mismo. Así, los derechos de igualdad política y participación no significarían nada en tanto parte de la sociedad no pueda satisfacer sus necesidades básicas (Dalton et al., 2007). Por su parte, Bermúdez et al. (2004) amplían más la

conceptualización para incluir en las definiciones sustantivas aspectos culturales y de participación de la sociedad civil (en términos no electorales). Así, mientras que las concepciones liberales de democracia limitan su visión de derechos a los políticos y civiles, las perspectivas sustantivas incluyen derechos sociales y económicos. Sin embargo -desde perspectivas como la de Dalton et al. (2007)- estas referencias son entendidas como un indicador aspiracional de sociedades *menos desarrolladas*: el apoyo a la democracia en estos términos reflejaría el deseo de éstas de alcanzar un nivel de bienestar económico y social correspondiente con el de democracias desarrolladas de larga data. El correlato de esta perspectiva es que se comprende como evidencia de una noción de democracia *desarrollada* su definición en términos de libertades y derechos (democracia liberal, individualista), mientras que una definición en términos de equidad social sería reflejo de una ciudadanía poco desarrollada. Al respecto, nuestra posición es cercana a la de Bermúdez et al. (2004), quienes describen a las concepciones liberales como minimalistas y conformistas.

Como mencionábamos, estos *tipos ideales* pueden ser identificados en las asociaciones y discursos de la ciudadanía respecto de la idea de democracia; donde -además- se corrobora la supremacía de un enfoque liberal y restrictivo de la misma, basado casi exclusivamente en la idea de libertades individuales e igualdad ante la ley. A continuación, presentamos los principales hallazgos empíricos vinculados a esta forma de categorización del contenido representacional.

Un estudio que recoge RS sobre democracia en 49 países de distintos continentes y con distinto grado de desarrollo en su sistema político encontró que la noción de democracia electoral resultaba insuficiente para la mayoría, siendo el doble de frecuentes las representaciones vinculadas a libertades y derechos (Dalton et al., 2007). Los autores entienden esto como un indicador positivo del desarrollo de cierta *conciencia* democrática. Además, no encontraron las grandes diferencias entre países que esperaban en función de la *calidad* de las democracias y el desarrollo económico. Más específicamente, sólo se identificaron algunas diferencias sutiles que evidenciaban que las naciones con una trayectoria democrática menor tendían a generar contenidos más cercanos a una idea procedimental (electoral) de democracia, mientras que las de mayor trayectoria asociaban más elementos de las democracias liberales.

También en el ámbito internacional, en otro estudio comparativo, Moodie et al. (1995) evidenciaron en dos muestras de ciudadanos y ciudadanas eslovacos y escoceses la prevalencia de definiciones liberales de democracia, expresadas en significados compartidos por ambos grupos vinculados a la libertad, igualdad y derechos individuales. Además, los conceptos vinculados a procesos políticos y los aspectos ideológicos tuvieron un rol secundario, que los autores interpretaron remitía a los medios para alcanzar los ideales recogidos como centrales. Más recientemente, pero también en Europa Central, un estudio experimental reportó resultados similares (Staerke et al., 2015); mostrando la preferencia por nociones liberales de la democracia donde la libertad e igualdad eran los valores centrales. Además, en ambos casos se trataba de definiciones de valores individualistas. En la misma línea, el estudio de Magioglou (2000) con población joven griega identificó la centralidad de las nociones liberales de democracia, evidenciada en la prevalencia de la libertad, igualdad y justicia. Además, estas eran secundadas por una idea electoralista restrictiva donde se destacaban principios y procedimientos de sistemas representativos como la deliberación y las elecciones.

Por su parte, este contenido no es ajeno a las RS sobre democracia en el contexto regional y local, donde los sistemas políticos gozan de una edad y estabilidad relativamente menor. Al respecto, Zovatto (2002) -con base en datos de Latinobarómetro- sostiene que la noción *latinoamericana* de democracia se centra en la libertad, la justicia y la igualdad (democracia liberal) y, en menor medida, en las elecciones (democracia electoral). Además, cuando se indagaba de modo guiado, la existencia de elecciones periódicas, limpias y transparentes era el principal atributo de este sistema de gobierno. Esto se ve reflejado también en los hallazgos en población estudiantil mexicana (González Aguilar, 2016) donde los descriptores de mayor peso semántico en un estudio de redes sociales fueron igualdad, libertad y pueblo. Otros resultados en esta misma población van en la misma línea, asociando estas representaciones a la noción de un ideal de democracia también liberal (Rodríguez Cerda, Cadena Herrera, Saldívar moreno & Mendoza Romero, 2016; Yépez Hernández, 2002). Adicionalmente, Ruiz y Coy (2004) identificaron los esquemas, contenidos de base y estructura de las RS sobre democracia en estudiantes universitarios colombianos y, en análisis convergentes, dieron cuenta de la centralidad de nociones de participación, igualdad, libertad y justicia.

Para el caso de Argentina, Bruno y Barreiro (2015) examinaron las RS sobre democracia de adolescentes de Ciudad de Buenos Aires utilizando la técnica de asociación de palabras. Los hallazgos permitieron identificar un núcleo representacional donde conviven elementos de la democracia liberal y electoral, con primacía de los primeros. Estos se expresaron en lo que las autoras reconocen como valores: libertad, igualdad, derechos, pueblo, libertad de expresión. Por su parte, los segundos referían al voto (definidora principal), la participación y opinión. En términos generales, todos remitían a una noción ideal de democracia con poco anclaje en el contexto local. Para el caso de Córdoba, Bermúdez et al. (2004) realizaron un estudio cualitativo con población entre 16 y 18 años donde también identificaron la prevalencia de visiones liberales de democracia, evidenciada en las nociones de libertad e igualdad ante la ley. Sin embargo, también encontraron un contenido representacional vinculado a una noción sustantiva donde la satisfacción de las necesidades de la ciudadanía es condición de una democracia plena.

Asimismo, es preciso reconocer que estas dimensiones cualitativas no resultan mutuamente excluyentes. Así, quienes sostienen definiciones sustantivas de la democracia pueden comprender a la participación cívica y electoral (propia de nociones electorales restrictivas) como medios para conseguir derechos económicos y también aceptar derechos propios de una idea liberal, incluso la idea de propiedad privada (Crow, 2010).

Por otra parte, existe otro eje que atraviesa los estudios sobre RS sobre democracia vinculado a la distancia entre las definiciones utópicas/ideales de la democracia (*el deber ser*) y las que remiten a la aplicación real de la misma (*el ser real*). En términos generales, esta diferenciación se corresponde con la que hay entre visiones positivas (ideal) y negativas (real) de este objeto representacional. Son numerosos los estudios que identifican esta ambivalencia que convive en el discurso de una misma persona (Echebarría & Álvarez, 1996; González Aguilar, 2016; Lozada, 1997; Magioglou, 2000; Rodríguez Cerda et al., 2016; Yépez Hernández, 2002). Esta *convivencia* no resulta incompatible en tanto una dimensión remite a un universo simbólico, reflexivo o conceptual y la otra a un plano empírico o real (Torres Stockl & Zubieta, 2015). Esto estaría en la base de lo que González Aguilar (2016) denomina *paradoja de la democracia actual*: la coexistencia de un ambiente con expectativas continuas de cambio político y el desencanto y pesimismo respecto de las posibilidades de verlo realizado.

Sintetizando lo hasta acá expuesto y poniéndolo en relación con esta tensión *ideal/real*, en la mayoría de los estudios empíricos los elementos del *deber ser* democrático se desprenden de la idea liberal, donde se enfatizan valores de corte individualista. En menor medida, el ideal democrático representaba la igualdad social. Sin embargo, lo que no mencionamos hasta acá es que, en muchos de estos estudios -principalmente en el contexto latinoamericano- esta centralidad es compartida con otros elementos, de valencia generalmente negativa, que remiten a aspectos concretos del funcionamiento democrático (*el ser real*). A modo de ejemplo, Echebarría y Álvarez (1996) comparaban las RS de democracia en población de Monterrey y del País Vasco y, en ambos casos, se replicaba una estructura que polarizaba entre visiones ideales positivas (derechos y deberes, libertad de expresión, convivencia, consenso, debate, etc.) y la realidad efectiva de valencia negativa (farsa, manipulación, egoísmo, represión, engaño, etc.). Más recientemente, González Aguilar (2016) presentaba un contenido representacional vinculado a valores y sus medios para alcanzarlos (e.g. voto) *-deber ser-*; al mismo tiempo que encontraba al elemento *corrupción* como nodal en el discurso de los estudiantes universitarios mexicanos estudiados *-ser real-*. Además, ésta era asociada a las nociones de poder y partidos políticos y, al recodificar los datos en un número menor de dimensiones, la dimensión de contenido crítico (según la denomina el autor) de connotación negativa, era la que recogía mayor cantidad de menciones. En el contexto cordobés, Bermúdez et al. (2004) también contrastaban la distancia entre esta democracia *teórica* (el mejor régimen político) y el funcionamiento en el país, identificado en una crisis de valores, falta de cumplimiento de promesas electorales, descreimiento hacia la clase política fundado en la corrupción y el clientelismo, todo ello combinado con la apatía de la mayoría de la ciudadanía.

Por su parte, Lozada (1997) en un estudio cualitativo con población venezolana, suma una tercera dimensión a esta dualidad: la *democracia prospectivo-ideal*. Así, podríamos identificar los elementos ideales (*deber ser*), los reales (*ser real*) y los posibles: la democracia prospectivo-ideal es la que es posible de ser construida a partir de los vestigios de la real y lo realizable de la teórico-ideal. Según esta autora, el camino principal para ello sería la participación y el involucramiento de los sectores hoy excluidos. En la misma línea, Yépez Hernández (2002) identifica en los estudiantes mexicanos esta idea de la posibilidad del acceso al *deber ser* de la democracia a través del cambio político. Sin embargo, les resulta llamativo el escaso rol que se asigna a actores centrales como los partidos políticos

en este proceso de cambio. Más aun, éstos son valorados en términos negativos, como organizaciones corruptas orientadas a conquistar el beneficio propio. Esto es consistente con la visión negativa que se recoge en estudio locales, donde el sistema de partidos y los políticos en sí no se incluyen como elementos centrales de la definición de la democracia y, en general, recogen expresiones de desconfianza y rechazo (Bruno & Barreiro, 2015). En este sentido, Torres Stockl y Zubieta (2015), aplicando la técnica de asociación de palabras, identifican en el núcleo representacional del dirigente político los elementos: corrupción, representación, liderazgo, poder y ambición; ninguno de ellos asociados al cambio político ni a connotaciones puramente positivas. Complementariamente, Rodríguez Cerda et al. (2016) señalan las nociones de pluralidad, participación y expresión como elementos que configuran el enlace entre lo simbólico-ideal y lo real. Así, se encuentra replicada la idea de que el potencial de cambio se ubica más en el involucramiento cívico que en los canales formales de la institucionalidad democrática real.

Hasta aquí hemos recuperado elementos comunes que recogen los estudios de RS sobre democracia. Resulta llamativo que, con metodologías, contextos y poblaciones diferentes, los resultados muestren más similitudes que diferencias. Esto puede explicarse por el hecho de que la mayoría de los grupos en estudio están familiarizados con la idea de democracia, de que esta idea responde a una concepción liberal predominante y, además, no parece ser un objeto controversial en sí mismo. En este sentido, estaríamos analizando RS de carácter hegemónico (Moscovici, 1986; citado en Perera Pérez, 2003). De cualquier modo, se registran también algunas disimilitudes recogidas en estudios comparativos que nos permiten discutir el rol del contexto social de producción de las representaciones en su configuración. Así, tanto el contexto sociopolítico como las características de los grupos y su inserción en el entramado social pueden condicionar el contenido representacional.

Un aspecto que resulta central al respecto es el nivel educativo. Por ejemplo, Torres Stockl y Zubieta (2015) en su estudio de RS sobre la dirigencia política señalaban que, quienes tenían más años de formación universitaria -pero también quienes participaban políticamente y/o pertenecían a entornos donde había mayor involucramiento con la política- tenían visiones más positivas sobre este objeto político. Sin embargo, en otros estudios, parece ser más relevante el tipo de formación que la cantidad de años. Al respecto, D'Avirro (2007) diferencia entre las definiciones *eruditas* de democracia y aquellas de sentido común. Según su perspectiva, las primeras remitirían más a conocimientos sobre

instituciones y procedimientos, mientras que las de sentido común referirían a valores como la libertad, la igualdad y la autodeterminación. En esta línea, Ruiz y Coy (2004) encontraron diferencias en el contenido representacional en función del tipo de carrera que cursaban las y los participantes. Así, estudiantes de ciencias políticas daban respuestas más vinculadas a las características de la democracia liberal representativa (representación, sistema político, estado, elecciones), los de psicología, vinculadas a valores (honestidad, equidad, utopía, unión, derechos) y los de ingeniería tenían una visión crítica del sistema usando más términos como corrupción y oligarquía, además de asociaciones a valores (compromiso, solidaridad, tolerancia). En este caso, los estudiantes de ciencias políticas exponían RS *eruditas* que, según los autores, son una ideología más que una representación, en tanto incorporan discursos preelaborados por una autoridad institucionalizada. Sin embargo, otros estudios cuestionan el efecto socializador de la universidad respecto de las RS sobre democracia, primando otras agencias como la socialización familiar, la pertenencia de clase y la experiencia personal (Yépez Hernández, 2002). En esta línea, las y los estudiantes mexicanos de ciencia política no desarrollaron RS sobre democracia más teóricas, como era esperable previamente, sino que fueron esencialmente similares que las de un grupo de estudiantes de administración (Yépez Hernández, 2002).

Otro aspecto que la literatura ha estudiado tiene que ver con las características socioeconómicas y políticas del contexto y, en particular, la trayectoria y *calidad* de las democracias vigentes. Es preciso mencionar que algunos de los estudios comparativos no encontraron diferencias significativas en función de aspectos de cultura política o coyunturales. Por ejemplo, Moodie et al. (1995) comparaban población eslovaca y escocesa, dos democracias con trayectorias y niveles de consolidación muy diferentes al momento del estudio, y encontraban un contenido representacional central compartido, mientras que las diferencias remitían más a aspectos periféricos, de carácter más idiosincrático. Del mismo modo, Echebarría y Álvarez (1996) encontraban una estructuración de estas RS sobre democracia similar entre población del País Vasco y de Ciudad de Monterrey (México), aunque estos últimos tendían a mencionar aspectos relativamente más negativos que los primeros. Los autores vinculaban estas diferencias a la experiencia democrática. Consecuentemente con estos hallazgos, Dalton et al. (2007) se preguntaban cómo es posible que circulen tantos significados compartidos en contextos tan diferentes, proponiendo dos hipótesis alternativas. La primera de ellas, que denominan *modelo de*

difusión, sostiene que las personas conocen los derechos y libertades asociados a la democracia y su impacto en la vida de cada uno, aun cuando no puedan experimentarlos. La hipótesis alternativa, *lógica de aprendizaje*, apunta más a explicar las diferencias y sostiene que las ideas de democracia se aprenden fundamentalmente en la experiencia. Sin embargo, a partir de un estudio comparativo en 49 naciones, no pudieron obtener evidencia concluyente que favorezca a una u otra hipótesis. Por un lado, la generalización de contenidos asociados a la idea liberal de democracia parece brindar apoyo al *modelo de difusión*; pero, por otro lado, el estudio de la evolución de las RS al interior de países con transiciones democráticas recientes muestra cómo se incrementa la familiaridad con el concepto en la medida en que se experimenta directamente.

A modo de síntesis, la evidencia sustenta la posibilidad de encontrar un núcleo representacional relativamente estable, asociado a una RS hegemónica de la democracia comprendida en términos liberales. Además, se espera un contenido polarizante entre aspectos ideales (positivos) del sistema democrático y su aplicación en la realidad (negativos). Asimismo, la literatura, fuera de estos núcleos compartidos, estas RS manifestarían variaciones entre grupos. Al respecto, es preciso destacar que no registramos antecedentes que recuperaran explícitamente elementos cercanos a nuestras variables de interés y examinaran su efecto en la estructuración del contenido representacional (como la ideología política, la sofisticación política y la atribución de legitimidad). Además, la mayoría de los estudios abordan grupos relativamente homogéneos en términos etarios y sociodemográficos, dejando abierto el interrogante acerca de la existencia de subgrupos que muestren características idiosincráticas. Finalmente, todos los trabajos examinados tenían como estímulo a la democracia en un sentido general y abstracto y ninguno de ellos indagaba sobre *una* democracia en particular, como es nuestro caso. Consecuentemente, no sabemos si este estímulo suscitará respuestas más específicas o bien funcionará de modo similar a lo que sucede con la perspectiva general.

Una vez presentada nuestra conceptualización teórica de democracia y también su abordaje en términos representacionales, desarrollamos a continuación las conceptualizaciones básicas que subyacen a la noción de legitimidad política, constructo central de este trabajo.

Legitimidad Política

La noción de legitimidad política, si bien es un concepto de larga data, tiene una trayectoria de estudio relativamente reciente en el campo de la psicología social y política, con múltiples aplicaciones a distintos aspectos de la vida social (Jost & Major, 2001). Al respecto, Kelman (2001) identifica en la legitimidad e ilegitimidad principios organizadores que explican fenómenos como el poder, la autoridad, las relaciones con el sistema social, los movimientos sociales y el cambio. En este sentido, Kelman (1969) reconoce en la legitimidad un concepto genuinamente psico-sociológico en tanto, a pesar de ser una propiedad del sistema en sí, no puede definirse en función de características objetivas y, además, no tiene ningún significado fuera de los individuos que la perciben y los grupos que comparten las normas.

En términos más específicos, la literatura reconoce la relevancia que tiene ser legítima para el éxito de una autoridad, institución o sistema social o político (Lipset, 1959; Kelman, 1969; Matheson, 1987; Tyler, 2006). El ejercicio de la autoridad sobre la base única de recompensas y castigos resulta una práctica costosa y poco confiable en el largo plazo, mientras que la legitimidad conlleva un sentimiento de obligación a obedecer que es independiente a estos estímulos (Lipset, 1959; Matheson, 1987). Esto último es particularmente relevante en situaciones de crisis, escasez o conflicto (Kelman, 1969; Tyler, 2006) o cuando las demandas de la autoridad colisionan con las propias preferencias personales. Así, una demanda percibida como legítima adquiere el carácter de una realidad externa que define las dimensiones de la situación y la respuesta requerida (Kelman, 1969). Consecuentemente, admitir a una autoridad u orden social como legítimo conlleva el reconocimiento de su derecho de dictar y regular las normas y comportamientos sociales en un dominio específico: los individuos sujetos a ese sistema de autoridad aceptan las demandas de este independientemente de su interés, preferencias personales, recompensas y castigos. En este caso, el deber de obedecer órdenes superiores reemplaza la moral personal (Tyler, 2006) y, al permitir a las autoridades definir los límites de lo apropiado, implica procesos de influencia social —es decir, de ejercicio del poder—.

La pregunta central detrás de estas conceptualizaciones es aquella que remite a los mecanismos que subyacen a la atribución de legitimidad. En este sentido, Matheson (1987) señala que debe existir cierta *racionalidad* subyacente a la demanda de legitimidad que otorgue una explicación de por qué la autoridad y/o norma es apropiada. Desde este punto

de vista, la legitimación implica algún grado de conocimiento que sirva a la explicación y justificación del orden social. Al respecto, la literatura reconoce en la propuesta teórica de Weber las raíces del pensamiento moderno sobre las fuentes (motivos) de legitimidad. La perspectiva Weberiana se centra en la autoridad e identifica tres principios centrales de legitimación -tradicional, carismático y legal/racional-, cada uno de los cuales se corresponde con un aparato de dominación o estructura de relaciones entre quienes detentan el poder, quiénes se someten a él y el aparato administrativo (Matheson, 1987). Este autor realiza una revisión de estos tres tipos de autoridad básicos sobre los que se sostienen las demandas de legitimidad. Además, complejiza su conceptualización al reconocer mecanismos que confluyen en cada uno de ellos:

- *Autoridad Tradicional*: se sustenta en tradiciones inmemoriales que gobiernan las relaciones de autoridad. Así, un mandato es legítimo si está de acuerdo con las costumbres y la obediencia se da por un sentimiento de lealtad personal. Matheson (1987) identifica en este tipo de autoridad motivaciones basadas en la convención, la sacralidad de la tradición y la relación personal entre la autoridad y quién se somete a ella. Este tipo de mecanismos de legitimación son propios de relaciones patriarcales, patrimoniales y de la gerontocracia.
- *Autoridad Carismática*: implica el sometimiento a una autoridad a la que se le atribuye alguna característica extraordinaria. Además de ser la cualidad de una persona específica, puede identificarse una forma *despersonalizada* del carisma cuando éste se convierte en el atributo de un grupo o norma (carisma institucional o familiar). A este tipo de autoridad pueden subyacer consideraciones vinculadas a cualidades extraordinarias (atribución de poderes o cualidades supernaturales, superhumanas o excepcionales) con un carácter vinculado a lo sagrado, que trasciende a las personas particulares o puede ser cualidad de la personalidad de individuos específicos. Este tipo de liderazgos son propios de períodos en que las estructuras institucionalizadas de dominación ya no son adecuadas y se desafía este orden establecido. Matheson (1987) identifica en este tipo de legitimidad la antítesis de la tradicional y la racional/legal por no estar ligada a procesos rutinarios.
- *Autoridad racional/legal*: una autoridad es legal cuando ha sido designada de acuerdo con una racionalidad consensuada o una constitución. En este caso, el mandato y la obediencia responden más a la obediencia a una norma que a una libertad, favor o

privilegio arbitrarios o como expresión de devoción a una autoridad. Así, se trata de un orden impersonal: no se obedece a un individuo que ejerce la autoridad, sino a los principios que se encarnan en ella (Ciobanu, 2005). Este tipo de legitimación se sostiene o bien en la legalidad de las normas que gobiernan la relación de poder o en el hecho de que éstas han sido promulgadas de acuerdo con procedimientos definidos legal o constitucionalmente para el acceso al poder (racionalidad de los procedimientos). Este tipo de autoridad se contextualiza en el capitalismo occidental.

A pesar de la relevancia de sus aportes, algunos autores han realizado diversas críticas a estos desarrollos. En primer lugar, dos de los tres tipos de autoridad casi no pueden aplicarse al mundo contemporáneo: la autoridad tradicional y la carismática; reduciendo la noción de legitimidad a una perspectiva racional, legal y burocrática que excluye a muchos de los regímenes políticos actuales (Dogan, 2009). Por su parte, Ciobanu (2005) señala que la propuesta de Weber no clarifica los procesos mediante los cuales un orden legítimo pierde su legitimidad, o las condiciones bajo las cuales se acepta una nueva forma de legitimidad; es decir, los procesos de legitimación y deslegitimación. Además, también se cuestiona el faltante de un elemento clave: la ideología. Tanto en regímenes democráticos como no democráticos, el uso y manipulación de la ideología han sido cruciales. En la misma línea, Dogan (2009) destaca cómo esta perspectiva –fuertemente culturalista– tiende a ignorar las diferencias hacia el interior de las sociedades en términos ideológicos y partidarios, la existencia de porciones importantes de la población que son pasivas y la penetración de los medios en el tejido social.

Finalmente, la propuesta de Weber no diferencia entre la dimensión normativa de la legitimidad –la demanda y la justificación de la autoridad respecto de su derecho a ejercer el poder– y la dimensión empírica –el nivel real y la naturaleza de su aceptación–. De hecho, según señala Netelenbos (2016), esta es una falencia común también de muchas de las propuestas de análisis actuales. Además, este autor sugiere que la mayoría de estos enfoques se basan en una perspectiva *objetiva* o sistémica de la legitimidad política en la cual la subjetividad apenas tiene algún rol. Sin embargo, si bien las estructuras políticas y sus demandas de legitimidad son importantes, condicionando cómo se organiza la política y la acción política, esta última no puede entenderse sin prestar atención a las orientaciones, interpretaciones y significados subjetivos. Esta propuesta coincide con lo que planteábamos

siguiendo a Kelman (1969) al entender a la legitimidad como un concepto puramente psicosociológico. Consecuentemente, esta es la perspectiva que nos interesa desarrollar con mayor profundidad aquí, relativamente alejada de la tradición sociológica clásica y sustentada en los abordajes psicosociales de carácter empírico que buscan comprender la relación entre los individuos y el sistema político, es decir, una perspectiva propia de la psicología política.

El trabajo de Easton (1975) es uno de los primeros desarrollos reconocidos desde esta perspectiva psicopolítica y que, además, representa uno de los primeros esfuerzos por realizar un abordaje multidimensional de la legitimidad política. Si bien ha sido cuestionado –principalmente por no probar empíricamente su propuesta teórica– ha sido de enorme influencia en la investigación posterior y algunos de sus postulados centrales son retomados en estudios recientes. Este autor proponía que, en muchas ocasiones y en concordancia con su significado común, la legitimidad (o apoyo, según la terminología del autor) se abordaba haciendo referencia más a los comportamientos que a las actitudes implícitas detrás de ellos. En este sentido, destacaba la diferencia entre actitud y comportamiento, dado que no todas las situaciones en que se considera a un determinado orden social o a una determinada autoridad como ilegítima culminarían en acciones orientadas hacia el cambio de ese orden establecido. De este modo, planteaba la relevancia de establecer una diferenciación entre dos tipos de apoyo: el apoyo específico y el apoyo difuso. En consecuencia, las evaluaciones más concretas e inmediatas respecto de lo que las autoridades políticas hacen y cómo lo hacen serían más relativas a lo que consideraba apoyo específico; mientras que las evaluaciones respecto de los aspectos más básicos del sistema (apoyo difuso) representarían lazos más duraderos y permitirían que una persona pueda oponerse, por ejemplo, a los políticos en particular, pero aún respetar los cargos en sí mismos. Es este último aspecto el que, en general, se reconoce como más propio de la legitimidad política; definido como un *reservorio de buena fe* o buena voluntad, que opera para que las personas acepten o toleren resultados a los que se oponen o los efectos de estos que ven como contrarios a sus deseos (Easton, 1975). Esta distinción es consistente con la necesidad de diferenciar la dimensión normativa y la dimensión empírica de la legitimidad (Netelembos, 2016). Así, nos permite abordar las mencionadas distancias entre los niveles de confianza en las instituciones y la popularidad de los líderes políticos (que son más fluctuantes y relacionadas a afinidades partidarias) y la legitimidad del régimen en sí,

que no es desafiada en tanto no se percibe una alternativa más adecuada que una reforma dentro de los parámetros de la propia democracia (Dogan, 2009).

Asimismo, y en función de sus diferencias conceptuales, Easton (1975) reconocía distintas fuentes u orígenes para cada tipo de apoyo. En este sentido, el apoyo específico surgiría de las evaluaciones acerca de la medida en que las expectativas o demandas ciudadanas han sido cumplidas por las autoridades, y de las evaluaciones sobre el desempeño general de las mismas (*perspectiva institucionalista*). Por otra parte, el apoyo difuso, con características más estables y duraderas, surgiría de los procesos de socialización política (*perspectiva culturalista*) y de las propias experiencias. De un modo sintético, puede entenderse que Easton (1975) proponía como fuente primaria del apoyo a una autoridad o institución a la satisfacción con sus decisiones y que, con el tiempo, estas decisiones se convertirían en un *reservorio de buena fe* que permitiría mantener el apoyo (legitimidad), aún ante decisiones insatisfactorias. Así, si bien son conceptual y empíricamente diferentes, el apoyo específico y difuso se encontrarían relacionados en el largo plazo.

Por otra parte, Easton diferenciaba el apoyo hacia tres niveles de objetos políticos: la comunidad política, el régimen y las autoridades específicas (Easton, 1965; citado en Dalton, 2004). El primero de ellos refiere al sistema en términos amplios, más allá de los límites del sistema político. La comunidad política se sostiene en la existencia de un grupo de personas que se unen para elaborar algún tipo de constitución que regule su relación política. Por su parte, el apoyo al régimen incluye el que remite a los principios generales – parámetros amplios de su funcionamiento–, a sus normas y procedimientos –las reglas específicas que regulan la acción política– y a las instituciones –orientaciones hacia las instituciones de gobierno como el parlamento, los partidos y la justicia–. Estas distinciones resultan relevantes en tanto tienen distintos alcances e implicaciones. Por ejemplo, la ciudadanía puede cuestionar determinadas normas y exigir reformas, pero acordar con los principios básicos de una democracia. Finalmente, incluye el análisis del apoyo a las autoridades específicas que ocupan los cargos, dado que son quienes en cada momento son responsables de tomar las decisiones. Como vemos, no todos los niveles de análisis son igualmente cercanos a nuestra noción de legitimidad, pero conjuntamente apuntan a la vinculación básica entre la ciudadanía y el sistema político. De cualquier modo, estas

diferenciaciones frecuentemente son difíciles de identificar y aislar a nivel empírico (Dalton, 2004).

Una de las críticas centrales a este enfoque tiene que ver con interpretarlo en términos instrumentales, entendiendo que -en última instancia- remite principalmente a lo favorable o desfavorable de los resultados de las decisiones tomadas por las autoridades. De ser esto cierto, las instituciones o autoridades nuevas serían especialmente vulnerables, dado que no han tenido oportunidad de ganar el apoyo de las personas a través de sus decisiones anteriores (Baird, 2001). En relación con esto, Sunshine y Tyler (2003) sostienen que los aspectos instrumentales, aunque necesarios, no serían suficientes para capturar la complejidad y especificidad del concepto de legitimidad política. Retomaremos esto respecto de los enfoques institucionalistas de la legitimidad en la próxima sección. Así, puede señalarse que las perspectivas instrumentales remiten más a la noción de efectividad del sistema que a la legitimidad, que es más compleja y no siempre está asociada a ella. De hecho, antes destacábamos la distancia entre los niveles de apoyo (legitimidad) al sistema político y la percepción de su efectividad en el contexto regional; evidenciando que no sólo son diferentes a nivel conceptual, sino que también lo son a nivel empírico.

Una de las líneas de estudio que recoge esta crítica a las conceptualizaciones puramente instrumentales de la legitimidad política es aquella desarrollada por Tyler y sus colaboradores; también basada en el desempeño, pero desde una perspectiva normativa sostenida en la noción de justicia procedimental. Estos autores proponen que la justicia de los procedimientos de toma de decisión empleados por las autoridades es uno de los aspectos centrales que determina la percepción de legitimidad (Tyler, 2001). Así, es más probable que las personas internalicen normas de autoridad que legitimen las relaciones de poder y las autoridades establecidas si interpretan que éstas actúan de acuerdo con normas de justicia procedimental que se corresponden con aquellas en las que creen. Según esta perspectiva, esta sería una de las motivaciones principales de la adhesión al sistema normativo y la cooperación con las autoridades, diferente no sólo de los mecanismos de disuasión, sino también de la influencia de los pares, la moral personal y la medida en que las personas creen que las autoridades están considerando sus intereses (Márquez, 2016).

Sin embargo, la evidencia empírica provista desde esta perspectiva brinda resultados heterogéneos (Baird, 2001; Caldeira & Gibson 1992; De Cremer & Tyler, 2007; Gibson 1991; Gibson & Caldeira, 1995). Además, Gibson (1991) señala que ésta no permite examinar la

cuestión de la causalidad: dado que las personas suelen no tener conocimientos acerca de los procedimientos que usan las autoridades, podrían inferir las percepciones de justicia basadas en si apoyan o no a una institución; así, las valoraciones de legitimidad de una autoridad podrían influir en las percepciones de justicia procedimental de la toma de decisiones y no al revés (Baird, 2001). Por otra parte, los estudios que examinan la legitimidad en función de la justicia de los procedimientos se han enfocado casi exclusivamente en la legitimidad de autoridades específicas y del ámbito legal, con las que las personas tienen contactos relativamente cotidianos; lo cual implica mayor posibilidad de conocimiento de los procedimientos, a la vez que el hecho de que sean autoridades legales, facilita la comprensión de la legitimidad en términos de justicia e injusticia. Así, si bien datos locales con autoridades legales (Alonso & Brussino, 2012) confirman la relación entre justicia procedimental y legitimidad de las autoridades (la justicia procedimental explicó un 27% de la varianza en legitimidad), no justifican el desarrollo de un modelo de legitimidad basado exclusivamente en la justicia de los procedimientos, ya que sugieren que existen otros aspectos que ésta no incluye.

Una de las dificultades de la mayoría de los abordajes sobre legitimidad política radica en el contraste entre su complejidad teórica y abordajes empíricos simplistas, frecuentemente unidimensionales. Como veremos más adelante, muchos de los estudios en el área recuperan mediciones como el índice de confianza en el gobierno de la universidad de Michigan (Seligson, 2000) o de encuestas globales que, si bien tienen la ventaja de poner a disposición series completas de datos de distintos contextos -permitiendo análisis longitudinales y transculturales- frecuentemente lo hacen a través de indicadores simples de confianza política. Al respecto, Gibson, Caldeira y Spence (2003b) señalaban que, si bien las mediciones unidimensionales de la confianza se relacionaban con la legitimidad, sólo explicaban un porcentaje de varianza menor y, en general, se vinculaban a los aspectos más concretos de la misma (por ejemplo, evaluaciones de desempeño).

A pesar de sus dificultades respecto de la validación empírica de sus constructos, Booth y Seligson (2005) reconocen algunos modelos multidimensionales de la legitimidad política. Por ejemplo, Norris (1999) propone cinco dimensiones de legitimidad en función de las actitudes respecto de: *la comunidad política* (nación), *los principios del régimen* (valores centrales del sistema político), *desempeño del sistema* (funcionamiento del régimen en la práctica), *instituciones del régimen* (las instituciones de gobierno concretas) y los *actores*

políticos. Como puede notarse, este modelo tiene algunos puntos de contacto con el modelo de Easton (1975), dado que establece diferenciaciones entre comunidad, instituciones y autoridades, aunque amplía en alguna medida la propuesta teórica. Por otra parte, algunos aspectos que otros autores han considerado como variables antecedentes de la legitimidad política (valores, justicia procedimental), se entienden aquí como dimensiones propias de la misma. Siguiendo en esta línea, en algunos casos la autora define la dimensión en función del objeto político en sí (institución, régimen, actor político) y en otras en función de los valores o desempeño de ese objeto. Además, Booth y Seligson (2005) exponen una serie de propuestas teóricas que prueban modelos multidimensionales de legitimidad, estableciendo sus dimensiones en torno a los objetos políticos. De este modo, por ejemplo, Kornberg y Clarke (1992; citados en Booth & Seligson, 2005) identificaron en una muestra canadiense 3 dimensiones jerárquicas: apoyo a la comunidad política, apoyo a las instituciones del régimen y apoyo a las autoridades políticas concretas. En el mismo sentido, Dalton (1999) y Canache (2002; citado en Booth & Seligson, 2005) encontraron estructuras similares en distintos contextos. Sin embargo, Booth y Seligson (2005) plantean que ninguno de estos esquemas ha sido validado. Por esta razón, formularon y probaron un modelo multidimensional, desarrollando una medición que fue probada en una muestra costarricense. A partir de los resultados de ese estudio, construyeron 7 dimensiones jerárquicas, pero interrelacionadas, de legitimidad política: existencia de la comunidad política, apoyo a principios centrales del régimen; evaluación del desempeño del régimen; apoyo al sistema; apoyo a las instituciones del régimen; apoyo por el gobierno local y apoyo a los actores políticos. Además, encontraron que los niveles de legitimidad atribuidos decrecían a medida que las dimensiones se volvían más concretas. A partir de las dimensiones desarrolladas, puede observarse que, si bien se complejiza el marco interpretativo, de algún modo se mantiene esta diferenciación entre los aspectos más concretos de la legitimidad de las autoridades similares al apoyo específico y los aspectos menos concretos, similares al apoyo difuso.

En el presente trabajo recuperamos esos antecedentes, pero señalando a la legitimidad de la democracia como nuestro objeto de estudio. Así, muchas de estas dimensiones de los modelos precedentes (como el apoyo hacia instituciones políticas específicas, aspectos de desempeño y valores) son para nosotros variables explicativas más que componentes de la noción de legitimidad.

En línea con lo anterior, y recogiendo la complejidad conceptual de la legitimidad política, Kelman (1969) identificaba dos tipos principales de relación de la ciudadanía con el sistema político: por un lado, la mencionada vinculación de tipo instrumental que implica su percepción como vehículo efectivo para conseguir los fines propios y de otros miembros del grupo; y, por el otro, una vinculación que denomina sentimental y que remite a la percepción de que el sistema refleja la identidad cultural y étnica de su grupo de pertenencia. Así, este último tiene un componente identitario fuerte. Además, estos no son mutuamente excluyentes y la predominancia de uno u otro puede depender tanto de características personales, de la posición en el espacio social y las propias experiencias, así como también de rasgos del sistema. En este sentido, si bien las condiciones objetivas de vida y el desarrollo económico y político pueden ser aspectos relevantes para la legitimidad, la apelación a aspectos identitarios -entre otros- puede ser también una fuente poderosa. Si bien esta perspectiva no es muy difundida, nos permite volver a ubicar a la legitimidad en su carácter de fenómeno psicosocial, señalando también sus bases sociales/culturales.

Como vimos, la noción de legitimidad es polisémica y tiene un desarrollo teórico que excede ampliamente su comprobación empírica. Además, ha sido abordada desde diferentes disciplinas y, como sugiere lo hasta acá expuesto, hay una tensión central que subyace a las formas de abordarla: instituciones vs. cultura. A continuación, presentamos brevemente lo central de ambas perspectivas, para centrarnos luego en la noción de cultura cívica que nos permite integrar distintos niveles de análisis.

Abordajes de la Legitimidad Democrática: Instituciones vs. Cultura

Como señalábamos, la mayoría de la literatura sobre la consolidación y legitimación de las democracias en el mundo se asienta principalmente sobre uno u otro de dos enfoques: institucionalista vs. culturalista. De hecho, el propio planteo de Easton (1975) refleja esa tensión al identificar las fuentes diferenciales del apoyo específico y difuso. En los próximos apartados presentamos los postulados centrales de estas perspectivas, mostrando que sus relaciones son más de complementariedad que de oposición. Además, enfatizamos en las nociones de cultura política y cultura cívica que –abordadas desde perspectivas amplias e inclusivas– permiten una comprensión teórica más integral de los procesos psico-políticos y las bases sociales de la consolidación y legitimación de las democracias, sin descuidar el desempeño institucional.

De modo general, puede postularse que las perspectivas institucionalistas ubican a la legitimidad y confianza política como producto de aspectos endógenos de la estructura y funcionamiento del sistema político; mientras que las culturalistas ponen el énfasis en variables exógenas, arraigándose en normas culturales transmitidas por procesos de socialización temprana (Mishler & Rose, 2001). Por supuesto esto es una simplificación y la mayoría de los enfoques reconocen algún grado de interacción entre ambas esferas; sin embargo, las bases fundamentales parecen encontrarse en una u otra. Además, la elección de uno u otro enfoque tiene también sustentos teóricos diferentes: mientras que la primera se basa fuertemente en enfoques racionales de un ser humano que priorizaría la obtención de resultados que satisfagan sus necesidades y expectativas (*e.g.* teorías de la elección racional); la segunda implica contemplar la dimensión social del pensamiento y los procesos intergrupales, enfatizando en la socialización temprana (Inglehart, 2003; Mishler & Rose, 2001; 2005; Norris, 2011). Al mismo tiempo, uno y otro enfoque tienen implicaciones diferentes respecto de la relevancia que adscriben a la legitimidad política en términos de consolidación, supervivencia y calidad de las democracias: para los enfoques institucionalistas, las evaluaciones de confianza política surgen principalmente de la evaluación ciudadana *objetiva* del funcionamiento del sistema político; de modo que lo relevante para su sostenimiento es brindar los resultados correspondientes a su rol, más que contar con la legitimación de los ciudadanos (que sería consecuencia y no causa de un buen desempeño) (Marengo dos Santos, 2006). Para los enfoques culturalistas, por su parte, la confianza política –arraigada en aspectos socioculturales vinculados a cuestiones como el

capital social y los valores— estará en la base de la legitimación de la democracia, condición necesaria para su supervivencia (Mishler & Rose, 2005; Norris, 2011).

Respecto de las perspectivas institucionalistas, estas tienen raíz en visiones estructuralistas del mundo social y político —como el Marxismo— que argumentan que los factores *objetivos* como el desarrollo económico y la estructura de clases son determinantes de la política, siendo la cultura solo una superestructura efímera (Putnam, Leonardi & Nanetti, 1988). Además, para la explicación de actitudes y comportamientos políticos de la ciudadanía, el enfoque de la psicología recupera la teoría de la elección racional como marco interpretativo común (Norris, 2011). La noción básica subyacente es que las personas actúan de modo intencional y con un propósito y, consecuentemente, buscarán tomar las decisiones racionales —en función de la información, los recursos y las limitaciones que ofrezca el contexto— para conseguir su interés personal (Friedman & Hechter, 1988). Así, las perspectivas de desempeño suponen cierta capacidad (e interés) de la ciudadanía para analizar el contexto político con base en información objetiva y conformar sus actitudes, orientaciones y decisiones políticas en función de ella.

El argumento general de este enfoque puede entenderse a partir de una noción de confianza política sustentada en la percepción de capacidad y de honestidad: una autoridad percibida como corrupta, inepta o que actúa en su propio beneficio no será digna de confianza (Norris, 2001). Así, la confianza política sería una relación individual que opera al nivel de las orientaciones específicas del apoyo político. Sin embargo, este enfoque sostiene que la misma lógica puede aplicarse al desarrollo de aspectos más difusos de la legitimidad, entendiendo que esta última reflejaría la evaluación acumulativa de sucesivos gobiernos, ya sea en función del cumplimiento de las expectativas normativas sobre los procesos democráticos o del logro de ciertos resultados deseables. La noción del *reservorio de buena fe* propuesta en el trabajo clásico de Easton (1975) podría compatibilizarse con esta hipótesis: los gobiernos son evaluados en términos de su desempeño, de modo que los niveles específicos de apoyo caen cuando este lo hace por debajo de las expectativas de la ciudadanía. Además, cuando esta insatisfacción se prolonga por un largo período de tiempo puede generalizarse, afectando progresivamente a las orientaciones hacia aspectos más generales de la institucionalidad democrática y aun del régimen en sí.

En relación con lo anterior, la experiencia democrática sería un factor clave en el sostenimiento de la legitimidad política, dejando en una situación de particular vulnerabilidad a los regímenes políticos nuevos. En estos casos, la diferenciación entre el rol del gobierno y el del sistema político puede ser más imprecisa, lo cual conllevaría un impacto sistémico mayor de las evaluaciones de desempeño ante la inexistencia de una reserva de apoyo difuso generalizado (McAllister, 1999). Al respecto, distintos autores señalan que efectivamente el desempeño es más relevante en contextos donde la democracia tiene una trayectoria más breve o se encuentra menos legitimada entre la ciudadanía; mientras que en las democracias más establecidas es más relevante que las elites políticas representen las propias visiones (Dahlberg et al., 2015; Klingemann & Fuchs, 1995; Stecker & Tausendpfund, 2016). Una consecuencia de esta perspectiva es que los niveles de confianza y legitimidad política podrían ser más variables en el corto y mediano plazo, aunque serían relativamente inocuos para la supervivencia del sistema en la medida que se resuelvan los problemas vinculados al desempeño que los ocasionan (e.g. la alternancia en el poder sería central en la recuperación de legitimidad).

Así, una de las incompatibilidades centrales de los enfoques alternativos expuestos remite a la fluctuación (*perspectiva institucionalista*) vs. estabilidad (*perspectiva culturalista*) de las orientaciones hacia el sistema político. Sin embargo, si bien la literatura efectivamente replica cierta fluctuación del apoyo político en términos específicos, en la medida en que determinadas condiciones permanecen en el tiempo es posible que pasen a conformar aspectos propios de la cultura política de una comunidad (por ejemplo, la percepción y tolerancia de la corrupción como inherente a la política o la generalización del cinismo) (Klingemann & Fuchs, 1995). En este sentido, la cultura política y la institucionalidad democrática podrían retroalimentarse en lugar de ser excluyentes. De hecho, muchos análisis institucionalistas terminan remitiendo a factores individuales y socioculturales cuando tienen explicar cómo las personas construyen sus evaluaciones de desempeño y honestidad (Mishler & Rose, 2005). Como contracara, desde la perspectiva culturalista clásica se asignaba estabilidad a las orientaciones hacia el sistema político, construidas en procesos de socialización tempranos. Sin embargo, la literatura contemporánea sobre socialización política reconoce que estos procesos ocurren durante todo el ciclo vital y participan múltiples agentes en ellos (Benedicto, 1995); lo cual permite pensar la posibilidad del cambio actitudinal.

Veamos ahora las implicancias de incluir una perspectiva culturalista en nuestros análisis. Este tipo de enfoques sobre el orden social –de los cuales Weber es uno de los exponentes más clásicos– sostiene que la cultura en sí misma condiciona el desarrollo económico y la elección política (Putnam et al., 1988). Como señalábamos, un aspecto central de la noción de cultura política es su carácter que –aunque no inmutable– es relativamente estable. Esto nos permite diferenciar entre estudios de opinión pública y estudios de cultura política: mientras los primeros remiten a cuestiones coyunturales, circunstancialmente relevantes; los segundos abordan orientaciones más básicas hacia el sistema político y menos sensibles a cambios en el entorno (Magré Ferrán & Martínez Herrera, 1999). Sin embargo, el contexto socio histórico ha sufrido transformaciones significativas desde los estudios clásicos de cultura política, principalmente de la mano de procesos de globalización y desarrollo tecnológico; de modo que los cambios se han acelerado, los anclajes territoriales de los rasgos culturales son más difusos y más conectados con diferentes niveles contextuales y las culturas se han vuelto menos homogéneas hacia el interior, pudiendo comprenderse en términos de procesos activos de construcción y disputa de significados. En ese sentido, los procesos de producción y cambio cultural se encuentran atravesados por relaciones de poder tanto al interior como entre ellas (Schneider & Avenburg, 2015).

Por otra parte, señalamos –al igual que lo hacíamos respecto de la legitimidad política– el carácter puramente psicosocial de la noción de cultura política tal como la entendemos aquí, en tanto representa un nexo entre los aspectos micro y macro de la política, entre las orientaciones individuales y las características generales del sistema (Almond & Verba, 1963; Pye, 1965). Así, una cultura política determinada es resultante tanto de la historia colectiva del sistema político como de las experiencias personales de los individuos (Magré Ferrán & Martínez Herrera, 1999). Consecuentemente, esta perspectiva no examina las estructuras formales o informales de la política o los sucesos relacionados a ella, sino lo que las personas creen, sienten y piensan sobre estas cuestiones; es decir, la dimensión subjetiva de la política. Así, la cultura política puede analizarse tanto desde las orientaciones individuales (abordajes *micro*) como desde un nivel agregado (abordajes *macro*), permitiendo la comparación tanto entre naciones como entre grupos al interior de estas en función de aspectos territoriales, étnicos, religiosos, de clase e ideológicos, entre otros. El trabajo de Putnam et al. (1988) representa un ejemplo de este último caso al

identificar diferencias marcadas entre lo que entiende como *subculturas* al interior de Italia en función de las regiones. Al respecto, Eckstein (1988) señalaba que estas variaciones no se debían directamente a situaciones sociales objetivas sino al aprendizaje culturalmente determinado (*socialización política*). Más recientemente, Schneider y Avenburg (2015) señalaban la necesidad de cuestionar la idea de que todos los integrantes de una sociedad puedan compartir sentidos respecto de las relaciones de poder, la toma de decisiones y valores sociales dominantes y reconocer que, aún al interior de las sociedades más pequeñas, existen interpretaciones y experiencias heterogéneas. Consecuentemente, nuestro trabajo no busca identificar una cultura política homogénea, sino que pretende reconocer y examinar esas diferencias a partir de las relaciones entre distintos aspectos psicosociales y políticos. En cualquier caso, los enfoques de cultura política han sido más eficientes en explicar los aspectos comunes que las orientaciones individuales hacia el interior de las sociedades.

Esta corriente tiene como referente clásico al trabajo de Almond y Verba (1963) quienes entienden a la cultura política en términos de orientaciones psicológicas hacia distintos elementos del sistema político y hacia el propio rol como actor político; incluyendo aspectos cognitivos, afectivos y evaluativos. Así, los aspectos cognitivos remiten al conocimiento sobre el sistema político, sus instituciones, actores, roles y productos; el componente afectivo implica sentimientos de afección, adhesión o rechazo a estos elementos y el evaluativo –en ocasiones analizado juntamente con el afectivo– refiere a las orientaciones que implican aspectos valorativos. Así, las actitudes son la unidad básica de análisis: las personas no reaccionarían de modo directo y mecánico a los estímulos, sino a través de esquemas mentales, predisposiciones u orientaciones (Eckstein, 1988; Magré Ferrán & Martínez Herrera, 1999). Al respecto, Pye (1965) señalaba cómo estas actitudes son modeladas por un entendimiento racional y articulado producto de procesos de socialización y aprendizaje conscientes; pero también enfatizaba en la relevancia de las dimensiones emocionales vinculadas a la lealtad y la identidad grupal, así como aspectos concernientes a valores éticos. De cualquier modo, no todas las actitudes políticas y sentimientos de las personas son necesariamente relevantes para la definición de la cultura política; siendo muchos de ellos de carácter demasiado efímero o volátil como para afectar fundamentalmente su desarrollo. Al mismo tiempo, algunas cuestiones de aparentemente no políticas -como la confianza interpersonal- pueden ser muy relevantes (Pye, 1965).

Consecuentemente, el autor da cuenta de que serán los aspectos compartidos ampliamente y de relevancia para la estructuración del proceso político los que constituyan elementos de la cultura política. Así, la cultura política provee de un marco que da estructura y significado a la esfera política y su enfoque psicosocial evita –al menos parcialmente– el análisis determinista, introduciendo la interacción entre los procesos institucionales y culturales.

Así, si bien es posible que una persona exprese individualmente el reconocimiento de una norma, autoridad, régimen u orden social como legítimo, existe un nivel agregado que condiciona esas valoraciones y que permite dar cuenta de aspectos que una sociedad –o la mayoría de ella– reconoce como legítimos. En este sentido, Etzioni (2011) cuestiona los abordajes liberales institucionalistas de la legitimidad política, sustentados en una visión racional del individuo que tomaría decisiones respecto de la legitimidad de un hecho social a través de procesos de deliberación razonada. De este modo, señala que al examinar la legitimidad damos cuenta de procesos colectivos y no sólo de la agregación de juicios individuales que, además, no son exclusivamente *racionales*: las personas no generan sus valoraciones en un vacío ni son totalmente libres e independientes cuando lo hacen, sino que en gran medida reflejan aspectos normativos de la cultura –o culturas– a las que pertenecen. En este sentido, las orientaciones personales son sólo parcialmente autónomas e incluyen, además, aspectos distintos del cálculo racional como lo son las emociones. Este enfoque permite reconocer la importancia de las orientaciones individuales, pero en el marco de procesos sociales y culturales que condicionan esas preferencias y que permiten comprender mejor los procesos de legitimación.

A continuación, queremos profundizar en la noción de cultura cívica que es, en nuestro trabajo, la que integra lo hasta aquí expuesto. Luego de ello, dedicaremos un apartado a exponer algunos planteos centrales de las teorías de justificación de sistema que, desde la perspectiva de análisis específica de la psicología política, buscan identificar, describir y explicar el rol de las orientaciones de tipo ideológico en la legitimación de los sistemas sociales, económicos y políticos.

La cultura cívica

Como señalamos, uno de los intereses básicos de las perspectivas de cultura política ha sido el de identificar las características que posibilitan y sostienen los procesos de democratización en distintos contextos. Al respecto, Almond y Verba (1963) argumentaban

que la supervivencia de un régimen político se vería –en parte– condicionada por la coherencia de las actitudes y comportamientos de la ciudadanía con las que éste demandaba; identificando con la cultura cívica al conjunto de rasgos consistentes con la democracia presentes en una sociedad. Si bien esta afirmación general que subyace a las perspectivas culturales ha sido largamente cuestionada, la literatura en el área ha podido proveer de datos empíricos que constatan su relevancia. Dalton (1996) realiza una exhaustiva revisión de dicha evidencia en el contexto de la denominada *tercera ola de democratización*; coyuntura que permitió examinar distintas actitudes políticas en épocas de cambios institucionales profundos como en el caso de la Rusia poscomunista y los procesos de democratización en Asia del este y África Subsahariana. Según el autor, si bien esto implicó un gran aporte empírico, el alcance teórico de los estudios sobre cultura política no se incrementó particularmente y sigue siendo congruente con los planteos iniciales.

Al respecto, la perspectiva pionera de Almond y Verba (1963) señalaba tres características básicas de este *síndrome* de cultura cívica subyacente a la estabilidad democrática: la coherencia, la agregación y la durabilidad. La coherencia remite a aquella entre actitudes, opiniones y evaluaciones, y también a la correspondencia entre una forma democrática de sistema político y un tipo particular de cultura política. La agregación remite a la prevalencia de estas características que representan a una sociedad en su conjunto. Finalmente, la durabilidad refiere a que sus efectos perduran a lo largo de la historia y son difíciles de transformar (Schneider & Avenburg, 2015). En esa perspectiva teórica, la cultura cívica se caracteriza por el equilibrio entre orientaciones pasivas (súbditos respetuosos de las normas y, en ocasiones, indiferentes) y activas (una proporción de ciudadanos comprometidos y políticamente activos), entre confianza interpersonal y relaciones afectivas e instrumentales con la política y una polarización limitada (Schneider & Avenburg, 2015). Así, subyace una visión normativa de la democracia, con una participación ciudadana modesta, principalmente convencional y leal al sistema político (Dalton & Welzel, 2014).

Esta noción es controvertida al señalar que habría un tipo de cultura política –que además coincide con la de las sociedades occidentales industrializadas– que sería más compatible con la democracia. Al respecto, Putnam et al. (1988) señalaban que esto tiene el efecto de *culpabilizar a la víctima* en contextos de bajo desarrollo de las democracias al ignorar los determinantes básicos de las estructuras de riqueza y poder locales e

internacionales. Además, Schneider y Avenburg (2015) señalan el sesgo ideológico etnocentrista que subyace a esta consideración y su carácter determinista. De hecho, los propios autores revisan estos planteos en trabajos posteriores y desestiman las características de coherencia y consistencia entre cultura cívica y democracia; señalando que pueden darse discontinuidades e incongruencias en las actitudes políticas sin que ello amenace necesariamente la estabilidad. Así, reconocen una relación recíproca entre cultura política y democracia que estará presente en los trabajos posteriores desde este enfoque (Schneider & Avenburg, 2015).

El trabajo de Inglehart (1988) es uno de lo que señala esta interdependencia, argumentando que el desarrollo de los sistemas políticos democráticos no dependía únicamente de factores económicos y que, aunque estos puedan ayudar a proveer legitimidad, si no están acompañados de cambios en la estructura social y la cultura política es poco probable que la democracia resulte (Inglehart, 1988; 1990). Así, una democracia estable reflejaría la interacción entre aspectos económicos, políticos y culturales. En este marco, las variables de cultura política serían un enlace necesario entre aspectos objetivos del sistema político-económico y el desarrollo y estabilidad de las democracias (Almond & Verba, 1963; Inglehart, 1988; Putnam et al., 1988). Además, en estudios más recientes, Inglehart y sus colaboradores constatan empíricamente una cultura cívica que sugiere una ciudadanía más asertiva que aquella que identificaban Almond y Verba (1963) como deseable (Inglehart, 1990; Inglehart & Welzel, 2003; 2005; 2010). Desde una perspectiva de posmodernización encuentran que en las democracias establecidas se estarían produciendo cambios en los sistemas de valores que contienen a una ciudadanía más crítica, aspecto valorado positivamente. Al respecto, Inglehart y Welzel (2003; 2005) sostienen que, en la medida en que las sociedades alcanzan un grado mayor de desarrollo, pudiendo garantizar las necesidades básicas a la mayoría de las personas, los valores dominantes se mueven de intereses materialistas (subsistencia material, bienestar económico, seguridad) a otros posmaterialistas (libertad, igualdad social, derechos, autoexpresión). Además, estas transformaciones jugarían un importante rol en los procesos de democratización. Consecuentemente, identifican un conjunto de actitudes que enfatizan aspectos como la libertad, la tolerancia a la diversidad, la confianza interpersonal, satisfacción con la vida y participación y lo que denominan valores de autoexpresión (Inglehart, 1990; Inglehart & Welzel, 2005; 2010). Este conjunto de actitudes sería propio de las sociedades industriales

posmodernas y estaría en la base de una cultura política democrática más asertiva. En este sentido, en lugar de identificar las caídas en los niveles de confianza y aceptación pasiva de la institucionalidad política y sus resultados con una crisis de legitimidad, señalan el impacto positivo de la crítica sobre la calidad de las democracias. Así, si bien es un enfoque que provee de un mayor protagonismo a la ciudadanía, no dejar de ser etnocentrista en tanto siguen identificándose a las características culturales de sociedades occidentales industrializadas como el parámetro de las culturas cívicas.

En síntesis, la noción de cultura política debe comprenderse en el contexto de la estabilidad y el cambio social y político procurando evitar los determinismos e identificando nociones etnocentristas. Además, aunque muchos comportamientos puedan ser explicados en términos de cultura política, esta no agota las causalidades posibles (Schneider & Avenburg, 2015). Esto implica reconocer que las condiciones materiales de existencia y otros aspectos contextuales a nivel local o global no serán inocuos en relación, no solo con la estabilidad de los sistemas políticos, sino con el desarrollo de actitudes sociales y políticas que conformen una cultura política dominante. Sin embargo, la complejidad de los procesos involucrados habilita un enfoque de psicología política que examine el rol de los individuos y los grupos sociales en ellos; dado que aún en las perspectivas culturales de la modernización y posmodernización, en tanto priorizan aspectos colectivos y procesos macrosociales, la intervención de las variables ideológicas se encuentra frecuentemente descuidada. Sin embargo, un enfoque psicológico de la legitimidad política que apunte a comprender la relación de las personas con el sistema político necesariamente debe reconocer el protagonismo de éstas en la construcción de esos procesos, lo cual es imposible sin entender el conjunto de orientaciones ideológicas que median muchas de las respuestas al entorno. A esos fines, exponemos a continuación la perspectiva de justificación de sistema.

Teoría de justificación de sistema

En esta sección introducimos una perspectiva teórica que, en los últimos 10 años, ha adquirido centralidad en el análisis de procesos psicológicos de carácter ideológico subyacentes a la legitimación de los órdenes económicos, sociales y políticos establecidos: la teoría de justificación de sistema (Jost & Banaji, 1994; Cichocka & Jost, 2014). Se trata de un programa de investigación que articula y complejiza desarrollos teóricos sustantivos como la teoría de la identidad social, la teoría de mundo justo, la teoría de la disonancia cognitiva, los abordajes marxistas-feministas de la ideología y la teoría de la dominancia social (Jost & Hunyady, 2003). Esta perspectiva define a los sistemas sociales –en sentido amplio– como sistemas de procesos de interacción entre actores; que ocurrirán en relación con órdenes de distinto nivel de abstracción (Jost, Liviatan, van der Toom, Ledgerwood, Mandisodza & Nosek, 2010): desde la sociedad, el gobierno o el sistema económico o político como un todo; hasta instituciones, grupos o normas sociales (Thorisdottir, Jost & Kay, 2009). El interés fundamental subyacente es la búsqueda de explicaciones a fenómenos paradójicos como el conservadurismo de la clase trabajadora, el compromiso creciente con las autoridades, la ideología meritocrática entre grupos desfavorecidos, la idealización del capitalismo y el favoritismo de las minorías hacia miembros de la mayoría (Jost & Hunyady, 2003; 2005).

Así, la teoría de justificación de sistema se orienta hacia dos objetivos generales centrales. Por un lado, aporta a la comprensión de las motivaciones de las personas para legitimar a un sistema y entenderlo como justo y beneficioso. En este sentido, teniendo en cuenta que la mayoría de los sistemas –aún los más igualitarios– tienen formas de organización jerárquicas, estas tendencias terminan por conducir a la justificación de la desigualdad económica y social. Por otra parte, se aboca a analizar las consecuencias personales –en el corto y largo plazo– sociales y políticas de estas ideologías legitimadoras. Así, aborda fenómenos como el prejuicio, la discriminación, la derogación de las víctimas, el comportamiento prosocial y la participación política, en otros (Feygina, Jost, & Goldsmith, 2011; Jost & Banaji, 1994; Jost & Hunyady, 2003; 2005; Jost & Thomson, 2000; Wakslak, Jost, Tyler & Chen, 2007).

Respecto de la primera línea mencionada, la perspectiva de justificación de sistema presenta tres motivaciones básicas de ella: epistémicas, existenciales y –más recientemente– relacionales (Cichocka & Jost, 2014; Hennes, Nam, Stern & Jost, 2012; Jost

et al. 2010). La primera, remite a la necesidad psicológica de reducción de incertidumbre: las ideologías legitimadoras del estatus quo permiten sostener la creencia de que uno vive en un ambiente estable, familiar, predecible y controlable. Por su parte, los motivos existenciales remiten al mecanismo para lidiar con amenazas potenciales. En este sentido, el estatus quo además de ser predecible es seguro y tranquilizador. Finalmente, los motivos relacionales remiten a la necesidad de pertenencia, de compartir una realidad con otros significativos. En relación con ello, es posible generar un sentido de pertenencia que implique la adscripción a sistemas de creencias que cuestionen el orden establecido; sin embargo, es más sencillo establecer una realidad compartida respecto de ideas tradicionales y consistentes con el estatus quo. Así, estos sistemas de creencias son normativos y tienen un carácter adaptativo en las sociedades capitalistas occidentales, lo que los hace socialmente deseables (Thorisdottir et al., 2009). Sin embargo, también tienen consecuencias no deseadas al sostener sistemas esencialmente desiguales y -en ocasiones- intereses contrarios a los propios.

Es preciso señalar que esto no supone que estas motivaciones se distribuirán de modo uniforme en todas las personas, sino que se verán condicionadas por aspectos personales y sociales. Por ejemplo, estudios previos mostraron que variables como la exposición a amenazas a la legitimidad del sistema, su inestabilidad, el sentimiento de dependencia e inevitabilidad del orden existente, la identificación con el grupo de pertenencia o aspectos individuales como la intolerancia a la ambigüedad y el autoengaño tienden a activar o incrementar estas motivaciones (Cichocka & Jost, 2014; Jost & Hunyady, 2005; Jost et al., 2010). Consecuentemente, es esperable que el sostenimiento de estas ideologías defensivas, así como la consecuente legitimación de los sistemas varíe de individuo a individuo y se vea condicionada por aspectos contextuales (Jost et al., 2010).

Respecto de la segunda de las inquietudes mencionadas, los referentes de este enfoque destacan efectos -tanto adaptativos como no deseados- de estas ideologías en distintos niveles. En primer lugar, a nivel personal tienen una función paliativa que permite sentirse mejor acerca de la propia situación al creer que se vive en el mejor de los mundos posibles; incrementando el bienestar subjetivo en el corto plazo (Cichocka & Jost, 2014). Además, permiten reducir sentimientos de indignación moral y culpa ante las desigualdades (principalmente entre personas/grupos de mayor estatus) y de frustración (entre los de menor estatus) (Jost & Hunyady, 2005). Sin embargo, mientras que para quienes se

encuentran en una posición favorable la justificación de sistema no hace más que elevar ideológicamente su buena posición; quienes pertenecen a grupos desfavorecidos se enfrentan a un conflicto entre las motivaciones para favorecer al propio grupo y los motivos para la justificación del sistema (Cichocka & Jost, 2014; Jost et al., 2010). Así, para los grupos desfavorecidos estas ideologías pueden tomar la forma de una ilusión positiva o falsa conciencia: creencias falsas o inexactas contrarias a los propios intereses sociales y que favorecen la perpetuación de la desigualdad. Para estos grupos, esto puede conllevar consecuencias negativas tanto personales (por ejemplo, baja autoestima y sentimientos de depresión) (Cichocka & Jost, 2014; Jost et al., 2010) como sociales, como la oposición a políticas de redistribución de recursos, a la ayuda a grupos desfavorecidos y al cambio social en general, así como la toma directa de acciones para conseguirlo (Jost & Hunyady, 2005; Wakslak et al., 2007). También, las necesidades epistémicas, existenciales y relacionales pueden operar a favor del cambio cuando este implica una profundización de los ideales del estatus quo o una vuelta hacia estados anteriores idealizados. Más aún, pueden estar asociadas a mayores niveles de movilización y participación, en tanto esté dirigida hacia una defensa del estado actual.

Como puede observarse, esta perspectiva tiene un carácter principalmente *psicologicista* y trata de identificar disposiciones y comportamientos comunes –en la forma de predisposiciones humanas básicas y regularidades de la vida social– más allá de las características de los contextos sociopolíticos en que se sitúan los individuos y grupos; explicando más la estabilidad de los órdenes sociales y políticos y los sistemas de creencias que los sustentan que los cambios. En este sentido, sostienen que –si bien el contenido de las ideologías puede variar en contextos muy diferentes– los procesos sociales y psicológicos involucrados serán similares (Jost & Hunyady, 2005). Esto implica un aporte valioso que permite enfatizar en aspectos ideológicos largamente descuidados por muchas perspectivas culturales, pero no prescinde de la necesidad de establecer vinculaciones entre estos aspectos personales o microsociales y aquellos culturales y contextuales a los que, de cualquier modo, se les asigna un rol de condicionamiento en la expresión de estos procesos (Jaume & Etchezahar, 2013).

En esta línea, el enfoque de justificación de sistema es uno cuyos esfuerzos se han orientado principalmente a poder explicar los altos niveles de legitimación de sistemas esencialmente desiguales. En este sentido, es un aporte interesante a la comprensión de los

obstáculos sociales y psicológicos para el cambio (Jost et al., 2010), representando un aporte a nuestro interrogante sobre la estabilidad y apreciación positiva de sistemas políticos como la democracia, aún ante la identificación de un funcionamiento escasamente satisfactorio. Sin embargo, se ha cuestionado en qué medida esta perspectiva teórica es apropiada para explicar situaciones particulares de baja legitimación. Al respecto, es preciso destacar que la mayoría de la investigación que sostiene este enfoque surge de las llamadas democracias occidentales (principalmente en Europa y Estados Unidos), cabiendo la posibilidad de que en contextos de transición o de crisis que conlleven cambios sociales, económicos y/o políticos, la justificación del estatus quo muestre tendencias diferentes (Kelemen, Szabó, Mészáros, László & Forgas, 2014). Cichocka y Jost (2014) reconocen en las sociedades poscomunistas –por sus bajos niveles de legitimidad política y alta desconfianza en general– un contexto apropiado para testear estas hipótesis. Efectivamente, en ese marco encontraban relaciones negativas entre sentimientos de alienación, frustración y falta de sentido y la justificación de sistema; proponiendo que es más difícil sostener creencias favorables al sistema en contextos sociopolíticos que se perciben como arbitrarios, con un funcionamiento pobre de los sistemas legales y políticos y donde hay situaciones evidentes de discriminación hacia distintos grupos. Así, es posible que la baja justificación de sistema sea producto de estados de anomia social y alienación política; contexto en el que no se satisfacen las necesidades epistémicas, existenciales y relacionales que la motivarían. Otra alternativa es que, cuando el sistema político no satisface esas necesidades, los individuos pueden obtener cierta tranquilidad al percibirlo como predeciblemente malevolente e injusto. Mientras que esta solución probablemente no satisfaga las necesidades existenciales de seguridad, puede proveer la apariencia de cierta certeza, confianza y un sentimiento de realidad social compartida.

Finalmente, nos interesa destacar aquí la articulación de esa perspectiva con lo propuesto respecto de la cultura política. En este sentido, Thorisdottir et al. (2009) daban cuenta de cómo las ideologías pueden abordarse tanto desde perspectivas *top-down* (de arriba hacia abajo) como *bottom-up* (de abajo hacia arriba). Así, mientras que los primeros analizan los procesos mediante los cuales tanto las elites políticas como otros actores sociales –incluidos los medios de comunicación– construyen y diseminan públicamente ideologías dominantes; los segundos abordan los procesos surgidos de necesidades y motivos psicológicos de la ciudadanía, dando cuenta de cómo estos aspectos modelan las

expresiones individuales de las ideologías. Mientras que las lecturas *top-down* han predominado en los enfoques sociológicos y de la ciencia política, las perspectivas psicológicas permiten identificar variables que condicionan la interpretación y aceptación de estas influencias. Si bien la literatura tiende a ubicar estas interpretaciones en un plano de incompatibilidad, Jost (2017a) y, en el ámbito local, Jaume y Etchezahar (2013) abordan su complementariedad. Así, la justificación de sistema puede involucrar tanto una superestructura discursiva (construcción social) como una subestructura funcional o motivacional. De este modo, al tiempo que la primera implicaría redes de actitudes, valores y creencias socialmente construidos en un tiempo y lugar determinado (en nuestros términos: cultura política); la segunda aportaría a la comprensión de las diferencias individuales sustentadas en aspectos motivacionales estudiados desde la psicología. En conjunto, permitirían una mejor comprensión de por qué las personas justifican el sistema.

En síntesis, nuestro capítulo teórico realizó un breve recorrido por las nociones de democracia y legitimidad política para sentar las bases de nuestra lectura del objeto de estudio. Además, realizamos una breve exposición teórica de los abordajes clásicos centrales –institucionalistas y culturalistas– de la perspectiva de la ciencia política y la sociología sobre la interacción entre la ciudadanía y el sistema. En este marco, enfatizamos en la necesidad de evitar interpretaciones deterministas en la explicación de fenómenos sociales y políticos complejos. Así, señalamos la especificidad de la psicología en el estudio de la legitimidad democrática a través de la noción de cultura cívica y la inclusión de las perspectivas de justificación de sistema como herramienta para comprender el rol de las orientaciones ideológicas en la explicación de actitudes y comportamientos políticos. En el próximo capítulo recuperamos los antecedentes teóricos y empíricos específicos del abordaje de la legitimidad política, tanto en términos de su relevancia en las sociedades actuales como del análisis de sus predictores. Además, repasamos la literatura antecedente que analiza las relaciones entre las variables que incluimos en nuestro modelo teórico.

CAPÍTULO 2: LA LEGITIMIDAD POLÍTICA EN LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

Aproximaciones empíricas a la legitimidad política: confianza, satisfacción y apoyo

En esta sección presentamos la literatura que examina empíricamente la legitimidad y el apoyo político en contextos democráticos. De modo consecuente con la polisemia y complejidad de la noción de legitimidad política, no existe una forma unánime para *referirse a* y *definir* las características de las actitudes hacia el sistema político democrático, sus instituciones y actores. En efecto, tal como señalan Booth y Seligson (2009), la legitimidad es un concepto con un gran desarrollo teórico, pero difícil de delimitar empíricamente. Además, es intrínsecamente multidimensional, de modo que no puede capturarse con mediciones simples de un ítem y –hasta el momento– no cuenta con una única medición validada y aceptada². Al respecto, las investigaciones en el área suelen comprender aspectos disímiles como la confianza, satisfacción y el apoyo político, en términos de legitimidad que, si bien son conceptos cercanos, frecuentemente tienen interpretaciones teóricas y aproximaciones empíricas diferentes (Klingemann & Fuchs, 1995). Por nuestra parte, reconocemos que todos estos constructos remiten a la noción de legitimidad, pero en distintos niveles de abstracción en función de los objetos hacia los que se orientan. Así, las variables vinculadas a confianza en los actores y las instituciones representan actitudes más específicas que no necesariamente se traducen en términos de legitimidad del sistema político en sí (Booth & Seligson, 2009), de modo que son predictores de la legitimidad política democrática más que elementos de esta. Por otra parte, las mediciones que evalúan sólo la satisfacción con la democracia poseen un alcance limitado, especialmente en los casos en que lo hacen a través de un único ítem. Estas no permiten abordar la complejidad de las orientaciones subjetivas hacia el sistema político sino simplemente uno de sus aspectos, más directamente vinculado a desempeño. Además, que la ciudadanía efectivamente separe sus niveles de satisfacción con la democracia como tal de aquellos orientados hacia el gobierno de turno es una hipótesis que aún debemos probar en nuestro

² Para una revisión de los abordajes empíricos uni y multidimensionales de la legitimidad política, ver: Booth, J. A. & Seligson, M. A. (2009). Chapter 1: The Legitimacy Puzzles (pp. 1-37). En J.A. Booth y M. A. Seligson. *The legitimacy puzzles in Latin America. Political Support and democracy in eight nations*. New York: Cambridge University Press.

contexto. Al respecto, Canache, Mondak y Seligson (2001) examinan las propiedades conceptuales y empíricas del indicador de satisfacción con la democracia aplicado en la mayoría de las encuestas y encuentran que –por su propia ambigüedad– puede remitir a distintas dimensiones del apoyo político (evaluaciones sistémicas o específicas), variando en función de aspectos individuales (como el conocimiento político) y entre naciones. Finalmente, el apoyo político suele evaluarse en términos de preferencia por la democracia y/o de la valoración de algunos elementos centrales del régimen, de modo que resulta un buen indicador de la expresión explícita de legitimidad política de la democracia.

Por su parte, nuestro abordaje empírico de la legitimidad política recupera elementos de apoyo al sistema político tanto en términos situados –democracia argentina– como generales –democracia como sistema de gobierno–. Además, evalúa dimensiones más abstractas como el apoyo a los principios del régimen en términos ideales y la preferencia sobre otras formas de gobierno y aquellas más específicas vinculadas a la satisfacción. Procurando dar cuenta de esta complejidad –y reconociendo las limitaciones en el alcance de cada uno de los constructos– la síntesis que ofrecemos a continuación recoge estudios que abordan empíricamente la noción de legitimidad en términos de la relación entre ciudadanía y sistema político, tanto si la definen explícitamente en esos términos, como si lo hacen como confianza, satisfacción o apoyo político.

Adicionalmente, es preciso destacar algunas características centrales de la mayoría de los abordajes empíricos de la vinculación de la ciudadanía con el sistema político y que representan otra limitación respecto de su aplicabilidad en nuestro trabajo. En primer lugar, evalúan los niveles, tendencias y posibles predictores del apoyo político en el contexto de lo que denominan *democracias occidentales avanzadas o industrializadas*, donde esta forma de gobierno tiene una trayectoria relativamente larga y se le atribuye cierta estabilidad. Así, se centran en su mayoría en estudios comparativos de países de Europa Occidental y Estados Unidos. Esta perspectiva se enfoca en las consecuencias –actitudes y comportamientos políticos– de los procesos de posmodernización y cambio cultural (Inglehart, 1990; 1997; 2000) en contextos muy diferentes del local y regional en el los procesos de consolidación democrática son mucho más recientes y las crisis económicas cíclicas conllevan una mayor inestabilidad y exclusión de grandes grupos poblacionales. Si bien los contextos poscomunistas –como ámbitos de estudio de procesos de consolidación democrática– han despertado algún interés en la literatura, aún son muy distantes del nuestro en términos de

su historia y sus condiciones sociopolíticas y culturales. Por esta razón, siempre que sea posible, damos cuenta de la perspectiva regional y local sobre cada aspecto examinado.

Por otra parte, la mayoría de estos estudios utilizan indicadores de encuestas globales como las *Encuesta Mundial de Valores (World Values Survey -en adelante: WVS)*, *Encuesta Europea de Valores (European Values Survey – en adelante: EVS)*, *Eurobarómetro* o los *Estudios Electorales Nacionales Americanos (American National Election Studies – en adelante: ANES)*, *Latinobarómetro* o *Barómetro de Américas*. Si bien estos tienen la ventaja de proveer datos de grandes muestras poblacionales, comparables tanto longitudinalmente como entre países, también conllevan ciertas limitaciones. La más importante de ellas implica el abordaje de un constructo complejo como es la legitimidad y la vinculación con el sistema político a partir de uno o pocos indicadores que no necesariamente responden a una perspectiva teórica específica. Así, en ocasiones se recuperan indicadores simples de confianza o satisfacción con los procesos políticos y se los comprende como actitudes generales hacia el sistema (e.g., Quaranta & Martini, 2016). Además, el número de variables predictoras que pueden considerarse se ve condicionado por los objetivos del estudio de referencia, resultando ajenos al programa teórico de la investigación en cuestión (Klingemann, 1999). En este sentido, si bien proveen un panorama general de la relación ciudadanía/sistema político y de las tendencias en el tiempo, frecuentemente tienen un alcance teórico limitado. Asimismo, en tanto tienen una perspectiva principalmente comparativa transcultural, proveen escasa explicación a las variaciones individuales en los niveles del apoyo político y la legitimidad hacia el interior de las comunidades políticas. Por esta razón, se recuperan también estudios con muestras más pequeñas, de un alcance relativamente menor pero que nos permiten un abordaje teórico más complejo.

Con estas limitaciones en mente, desarrollamos dos apartados centrales sobre los estudios de legitimidad y apoyo político. El primero de ellos expone la inquietud básica que subyace a la mayoría de las investigaciones en el área que señala las diferencias entre los niveles específicos y sistémicos del apoyo político. En este marco, se examinan las perspectivas que abordan las consecuencias diferenciales de la caída en los niveles de apoyo a distintos niveles y se introduce el interrogante acerca de la generalización de la desconfianza hacia el sistema político democrático y las nociones de crisis y desafíos a las democracias representativas. Estas perspectivas nos sirven para presentar la noción de ciudadanía crítica y comprender la relevancia de un abordaje complejo de la legitimidad

política. En un segundo apartado –más extenso– se presentan los abordajes empíricos generales de los determinantes de los niveles de apoyo y legitimidad política.

Apoyo específico y Difuso: la multiplicación de demócratas insatisfechos

La mayoría de la literatura empírica en el área plantea algún nivel de diferenciación entre actitudes específicas hacia actores e instituciones del sistema político y aquellas que remiten a los principios centrales del régimen democrático como tal: como señalaba Dalton (2004), la perspectiva clásica de Easton (1975) mantiene cierta vigencia. Es Dalton uno de los que prueba empíricamente ese modelo, pudiendo diferenciar no sólo entre apoyo político específico y difuso; sino también respecto de los distintos niveles de objetos políticos hacia los que este se dirige (véase también: Norris, 2011). Así, discrimina entre el apoyo hacia la comunidad política, el régimen y las autoridades. En su estudio –basado en datos de *WVS*– a través de un análisis factorial expone que estos tipos de apoyo corresponden a dimensiones empíricas diferentes e identifica fuentes específicas para estos. Por ejemplo, la participación en organizaciones voluntarias –como dimensión del capital social– correlacionaba positivamente con todos los tipos de apoyo; mientras que la confianza interpersonal –también parte del capital social– lo hacía con todos a excepción del apoyo a la comunidad política. Al mismo tiempo, los valores posmaterialistas no eran buenos predictores del apoyo específico (e.g. la confianza en autoridades e instituciones), pero sí lo eran del apoyo a los valores centrales de la democracia.

Por su parte, en un análisis en sociedades de Europa occidental, Klingemann y Fuchs (1995) no sólo replicaron estas dimensiones, sino que encontraron que los niveles de satisfacción con el funcionamiento real de la democracia en cada país eran notablemente más bajos (en ocasiones menos del 50%) que el acuerdo con la idea de democracia en sí (más del 90%) y sus valores centrales (más del 70%). Esta tendencia también fue registrada en estudios más recientes (e.g.: Abdelzadeh & Ekman, 2012; Dahlberg et al., 2015; Intawan & Nicholson, 2018; Klingemann, 2013; Norris, 2011). En el ámbito regional tanto los niveles de apoyo como la brecha entre ambos indicadores son menores, resultante de una idea de democracia menos consolidada. Específicamente, si bien el acuerdo con la idea churchilliana de democracia (“puede tener problemas, pero es el mejor sistema de gobierno”) es alto y sostenido (en un 75% promedio), los datos de Latinobarómetro del 2016 señalan una caída de dos puntos porcentuales en la preferencia por la democracia frente a

otras alternativas, alcanzando apenas un 54%. De cualquier modo, sí se registra una distancia respecto de la satisfacción con la democracia que cae 4 puntos porcentuales y se ubica apenas en un 34%. Este último indicador, además, muestra fluctuaciones vinculadas con los vaivenes económicos. Argentina, en particular, está entre los países de la región con mayor porcentaje de apoyo a la democracia en términos churchillianos (84%) y de preferencia por esta (70%), además de estar entre los más satisfechos (54%) (Corporación Latinobarómetro, 2015); ubicándose por encima del promedio regional, pero replicando también las diferencias entre las valoraciones abstractas y específicas de la democracia.

En relación con esta evidencia, un gran número de trabajos se ha orientado a describir las diferencias entre las actitudes hacia autoridades e instituciones de la democracia y aquellas que remiten al sistema político en términos abstractos. La inquietud básica subyacente a esta línea remite a la explicación de la coexistencia de altos niveles de apoyo generalizado a la democracia, con una desconfianza política creciente y la predicción de sus consecuencias potenciales en el mediano y largo plazo. Así, al tiempo que las democracias se consolidan en todo el mundo, recogiendo el apoyo explícito de amplias mayorías, se encuentran con una desvalorización creciente de instituciones y actores específicos que –a los ojos de elites y ciudadanía– no funcionan o lo hacen de modo deficiente (Dalhberg et al., 2015; Dalton, 2004; Doorenspleet, 2012; Geissel, 2008; Morlino, 2010; Qi & Shin, 2011). En términos de Easton (1975), si bien los niveles de apoyo difuso no se han visto erosionados, sí lo han hecho los niveles de apoyo específico. Por su parte, Shin (2015) señala la necesidad de ser cautelosos con la interpretación de estos altísimos niveles de apoyo explícito en tanto, en ocasiones, provienen de personas con escaso conocimiento de los procesos democráticos básicos. Así, combinando las medidas de apoyo explícito con el nivel de información sobre democracia, señala que sólo en las democracias *occidentales* predominarían los *auténticos demócratas*; mientras que en el resto del mundo se estarían recogiendo actitudes superficiales hacia la democracia. Según su perspectiva, sólo el 32% de los latinoamericanos pertenecerían al primer grupo.

Ya en 1995, Kaase y Newton señalaban una desconfianza y distanciamiento crecientes de la ciudadanía respecto del sistema político, sus instituciones y actores. Particularmente, evidenciaban el incremento de la alienación y la anomia, la desconfianza y la desilusión política, junto con un menor sentimiento de eficacia política; la caída en los niveles de participación y afiliación partidaria y a organizaciones sociales, conjuntamente

con un menor interés por temas políticos; menor participación electoral y mayor volatilidad; el apoyo a grupos extremistas y el incremento de la participación directa, tanto en nuevos movimientos sociales como en acciones que implicaban violencia política. Sin embargo, la mayoría de estos atañen a la vinculación con la institucionalidad política, no siendo claro que se generalicen hacia los principios básicos del sistema político democrático. De cualquier modo, la psicología ha podido evidenciar la centralidad y relevancia de las actitudes y comportamientos de la ciudadanía en términos de sus efectos en la estabilidad y desarrollo de los sistemas políticos (Kaase & Newton, 1995). Así, es difícil pensar que estos cambios en la cultura política dominante sean inocuos: si la ciudadanía no confía en el gobierno, eso se convierte en una realidad que modela su comportamiento (Dalton, 2004).

En este marco, pueden desprenderse hipótesis pesimistas y optimistas respecto de las consecuencias en el mediano/largo plazo de la desconfianza e insatisfacción con las democracias. Dentro de las primeras, se encuentran los desarrollos sobre crisis de legitimidad, representación o gobernabilidad que auguran la inviabilidad de las democracias representativas en el largo plazo. Desde un punto de vista teórico, Habermas (1973, citado en Klingermann & Fuchs, 1995) señalaba una contradicción fundamental entre la producción social de bienes y su apropiación privada, ubicando los orígenes de la crisis de legitimidad en factores exógenos al sistema. Por otra parte, se señalaron factores endógenos que atentarían contra la estabilidad democrática, efecto de cambios culturales producidos por la modernización. En estos enfoques, el incremento –y complejidad– de las demandas ciudadanas, así como la contradicción de intereses de subgrupos, derivarían en una incapacidad de los gobiernos de responder a ellas por los mecanismos previstos por los sistemas representativos (Crozier et al., 1975; citados en Klingermann & Fuchs, 1995).

En esta línea, Klingemann y Fuchs (1995) señalaban algunas condiciones bajo las cuales pueden darse estos procesos de generalización de las actitudes negativas. Según su propuesta, esto sucedería cuando las condiciones que generan insatisfacción se extienden durante demasiado tiempo, cuando no se percibe una alternativa mejor que resulte viable y pueda efectivamente acceder al poder en el corto o mediano plazo o cuando la estructura institucional del sistema político no ha sido legitimada -en términos de la concordancia entre los valores fundamentales que sostiene la ciudadanía y los que expresa el sistema institucional-. Por su parte, Dalton (2004) expone que la desconfianza política efectivamente se ha ido generalizando desde la orientación respecto de autoridades

específicas hacia instituciones centrales de la política como los partidos políticos, el parlamento y el gobierno representativo. De ese modo, las personas estarían perdiendo la fe en los agentes centrales de las democracias representativas.

Por otra parte, muchos abordajes actuales plantean hipótesis más optimistas que, sin embargo, no siempre se sostienen en la evidencia empírica (Doorenspleet, 2012; Fuks, Casalecchi & Morais Araújo, 2017). Esta literatura propone que cierto nivel de desconfianza e insatisfacción es inherente a la democracia representativa, dado que estos sistemas no pueden responder satisfactoriamente a todas las demandas de un conjunto heterogéneo de ciudadanos (Klingemann & Fuchs, 1995). Más aún, varios estudios entienden que cierto nivel de criticismo tiene efectos positivos en la rendición de cuentas de los gobiernos y la exigencia de un mejor desempeño, fortaleciendo procesos democráticos virtuosos (Abdelzadeh, Özdemir & Van Zalk, 2015; Dalton, 2004; Dalton & Welzel, 2014; Norris, 1999). En este sentido, los efectos en términos de cultura política de la modernización son interpretados de modo diferente y no se perciben como amenaza al sistema, sino como desafío: una ciudadanía con mayor acceso a la educación y a la información política, junto con la articulación de nuevas demandas y nuevas formas de participación podría de hecho mejorar los procesos democráticos (Dalton, 2004). Estas posiciones se ven expresadas en los textos sobre ciudadanía crítica -*demócratas insatisfechos*- y también en la perspectiva posmaterialista de Inglehart que desarrollaremos específicamente más adelante (ver: [teorías de la posmodernización y las bases sociales de la democracia](#)). En ambos casos se señala que la insatisfacción con el proceso democrático no alcanza a sus estructuras y principios centrales, sino sólo a la forma en que se expresan en la política actual. Así, se trata de ciudadanos insatisfechos con estos procesos, pero fuertemente comprometidos con los ideales y valores de la democracia (Dalton, 2004).

Hasta acá, exponíamos las interpretaciones pesimistas y optimistas respecto de las consecuencias sistémicas a mediano y largo plazo de la generalización de las actitudes de insatisfacción con la democracia. Pero, además, la contraposición de posiciones pesimistas y optimistas se da también a un nivel de análisis individual, al describir las características de los grupos de ciudadanos que apoyan explícitamente a la democracia, pero manifiestan orientaciones negativas hacia las instituciones y autoridades políticas (*ciudadanos críticos* o *demócratas insatisfechos*) (Fuks et al., 2017). Así, las visiones pesimistas postulan que los ciudadanos insatisfechos estarían más alienados y confundidos, tendrían menos

conocimiento político y nivel educativo y estarían poco interesados en la política (Doorenspleet, 2012). Sin embargo, a partir de los '90 comienza a primar una visión más optimista de este grupo y se comienza a definirlos como "ciudadanos críticos", quienes serían una fuerza para la mejora del sistema político a través de una crítica asertiva y constructiva (Norris, 1999). En este sentido, con la consolidación de las democracias y las mejoras en los niveles de acceso a la educación, los ciudadanos tendrían mayores demandas al sistema y serían más críticos en función de sus mayores niveles de conocimiento, interés e involucramiento con la política (Dahlberg et al., 2015; Norris, 1999).

No obstante, los antecedentes empíricos recientes no han podido identificar este tipo *ideal* de ciudadano, hallando resultados mayormente contradictorios, que representan una conjunción entre perspectivas pesimistas y optimistas. Más aún, la mayoría de ellos se han aplicado en contextos de democracias estables de larga data; mientras que, algunos estudios comparativos, han encontrado diferencias en la vinculación con el sistema político relacionadas con nivel de consolidación y características del sistema político (Dahlberg et al., 2015). En este sentido, es relevante conocer las características particulares de este grupo en una democracia como la Argentina que, si bien cuenta con cierta estabilidad dada por más de 30 años ininterrumpidos, no tiene las características de las *democracias maduras* en las que se suelen desarrollar estos trabajos. En esta línea, trabajamos aquí con la noción de *demócratas insatisfechos*, evitando identificar a priori a este grupo con la capacidad crítica y orientación al cambio político y social que les asigna la etiqueta de *ciudadanos críticos*.

En síntesis, si bien la literatura no ha podido probar exitosamente que la creciente insatisfacción con la democracia pueda traducirse en un ejercicio de ciudadanía crítica y asertiva; tampoco ha evidenciado que la estabilidad de las democracias actuales se vea amenazada por ella; estas han sobrevivido exitosamente a numerosas crisis políticas y económicas, demostrando consolidación. Sin embargo –al menos en el contexto regional– es discutible que la experiencia democrática efectivamente haya mejorado el funcionamiento de los procesos políticos y –principalmente– las condiciones de vida de las mayorías. Así, entendemos relevante no sólo pensar en su estabilidad en términos formales, sino comprender más ampliamente las bases de la desafección y el descontento de la ciudadanía, reconociendo su rol en los procesos de democratización reales.

Predictores de la legitimidad democrática: desempeño, modernización y justificación de sistema.

En las siguientes secciones desarrollamos antecedentes teóricos y evidencia empírica relativa a los factores que predicen la *satisfacción con y apoyo a* los procesos democráticos en distintos niveles. Damos cuenta hasta aquí de la complejidad conceptual y empírica de la legitimidad política, señalando su multidimensionalidad y la coexistencia de enfoques teóricos y metodológicos. Buscando recoger esa complejidad y centrándonos en las variables que forman parte de nuestro modelo teórico, presentamos la evidencia empírica en tres secciones. En primera instancia, exponemos una serie de estudios que atañen a las perspectivas institucionales, centradas en el desempeño. Existe un gran cuerpo de investigación –en parte impulsado por la disponibilidad de datos de encuestas globales– que estudia las variaciones en los niveles de satisfacción y apoyo desde perspectivas comparativas y señala su vinculación con variables económicas, de confianza (específica) y desempeño de los gobiernos. En la mayoría de estos estudios, el poder explicativo de los modelos propuestos es limitado, dado que tienden a vincular las actitudes hacia el sistema político principalmente con procesos coyunturales. Así, estas perspectivas no pueden explicar la reproducción de las mismas tendencias de apoyo decrecientes en un gran número de democracias (Dalton, 2004; Klingemann & Fuchs, 1995). En este sentido, si bien es posible que aspectos coyunturales condicionen la manifestación de la desconfianza, la velocidad del cambio y sus consecuencias; es difícil creer que no haya mecanismos más básicos que intervengan en estos procesos. En consecuencia, en un segundo momento proponemos variables de las teorías sobre procesos de modernización que señalan aspectos de cambios en la cultura política como determinantes de las modificaciones en la vinculación de la ciudadanía con el sistema político. En este marco se recuperan los aportes de Inglehart y sus colaboradores (Inglehart, 1988; 1990; 1997; 2000; Inglehart & Welzel, 2003; 2005) sobre el cambio de valores y la movilización cognitiva; así como también aspectos vinculados a las bases sociales de la democracia en términos de capital social (Dowley & Silver, 2003; Newton, 2001; 2006; Putnam, 1993; 1995). Finalmente, incluimos la evidencia de la perspectiva de justificación de sistema, relativamente novedosa en el campo de la legitimidad, pero con gran desarrollo en estudios básicos y aplicados desde la psicología política. Esta última nos permite discutir el rol de las variables ideológicas, largamente descuidadas en mucha de la literatura en el área; abordando su rol en los

procesos de legitimación del statu quo (Dalbert, 2009; Jost, 2006; 2017a; Jost & Hunyady, 2003; Sibley & Duckitt, 2010).

Perspectivas institucionales: hipótesis del desempeño.

En el análisis de la evidencia empírica proveniente de este enfoque pueden identificarse una variedad de indicadores y, al menos, dos niveles diferentes de análisis. Por un lado, un conjunto de literatura evalúa el desempeño político a nivel agregado, en función de indicadores macroeconómicos e índices y estadísticas globales. Así, esta perspectiva suele recuperar mediciones periódicas -como las de *Freedom House* o *Transparency International*- y también estadísticas oficiales de cada país como las de producto interno bruto, inflación y desempleo. Si bien los indicadores económicos son los más utilizados (McAllister, 1999) -posiblemente por ser más accesibles- algunas investigaciones incorporan también datos sobre políticas de salud, educación y derechos humanos (Norris, 2011). Estos enfoques suelen implicar análisis multinivel: las valoraciones de confianza y satisfacción con el sistema político se evalúan a nivel individual (generalmente a través encuestas globales), mientras que los indicadores de desempeño son macrosociales. Además, son particularmente aplicados a estudios longitudinales y análisis comparativos transnacionales.

Sin embargo, existe una discusión en relación con la interpretación de este tipo de resultados y de su confiabilidad, dado que implican en su mayoría evaluaciones construidas por un pequeño número de *expertos* o el reporte de índices con distinto nivel de cobertura en distintos países (Norris, 2011). En este sentido, las correlaciones entre las actitudes ciudadanas hacia el sistema político y los indicadores globales de desempeño -asumiendo su confiabilidad- podrían brindar evidencia de que estos basan su satisfacción en evaluaciones racionales de los procesos políticos; aunque la ausencia de correlación podría ser indicador tanto de errores de medición como de la intervención de otros factores evaluativos y afectivos. Además, es posible que el nivel de conocimiento político medie estas relaciones, reforzándolas entre los más educados (Norris, 2011).

Desde el punto de vista de nuestro estudio, este tipo de análisis tiene un interés relativamente menor, dado que responde a objetivos comparativos longitudinales y/o transculturales que exceden a nuestra perspectiva y, además, no permiten analizar las variaciones individuales al interior de las comunidades políticas. Así, un segundo nivel de

análisis –más relevante para la psicología– examina el rol del desempeño de los gobiernos y sistemas políticos desde una perspectiva individual, reconociendo la importancia de las percepciones de la ciudadanía respecto del funcionamiento de la política. Esta perspectiva está relativamente menos difundida en la literatura, ya que implica el análisis de indicadores que la mayoría de los estudios de encuestas globales no incluyen o lo hacen en términos limitados. Es en este sentido en el que abordajes complejos como el de esta tesis representan un aporte teórico significativo.

De un modo más específico, y siguiendo la propuesta de Norris (2001), podemos identificar tres grupos de predictores en estos abordajes: 1) variables vinculadas a los *procesos*, que incluyen evaluaciones de desempeño retrospectivas basadas en la evaluación de la calidad de los procedimientos, principalmente la justicia de las elecciones, la capacidad de respuesta y rendición de cuentas de los representantes electos y la honestidad de los funcionarios públicos (trascendiendo la insatisfacción con resultados o decisiones específicas); 2) *políticas implementadas*, una evaluación retrospectiva de las políticas centrales implementadas por los gobiernos (por ejemplo, calidad de los servicios públicos, sistema de salud, seguridad, bienestar) y 3) cuestiones *institucionales*, que señala cómo las evaluaciones de desempeño se ven condicionadas por la forma de distribución del poder entre *ganadores* y *perdedores*. En este último caso, interactúan aspectos sistémicos (división de poderes), pero también individuales (afinidad y/o voto al partido ganador o perdedor).

Finalmente, es preciso señalar que –si bien incluimos las hipótesis del enfoque de desempeño y sintetizamos sus principales hallazgos– evaluamos en esta tesis sólo algunos de estos elementos –percepciones de corrupción, percepción de justicia procedimental y percepción de confiabilidad y desempeño de las instituciones democráticas–. Así, no analizamos evaluaciones específicas de procedimientos y resultados de políticas públicas. Las razones para ello son, por un lado, la complejidad de la definición de la calidad de los procesos democráticos y, por el otro, aspectos específicos del contexto sociopolítico local. Respecto de la primera, no existe acuerdo sobre los criterios más adecuados de evaluación de desempeño y calidad democrática, así como de los estándares básicos de referencia y su aplicabilidad independientemente del contexto (Tchintian, 2017). Así, estas definiciones ameritarían en sí mismas el desarrollo de un estudio específico. Respecto de los factores contextuales, los antecedentes locales señalan los bajos niveles de sofisticación política de la ciudadanía (Sorribas & Brussino, 2016) lo cual afecta la posibilidad de generar

orientaciones y actitudes hacia procesos y objetos políticos complejos, con los que se está escasamente familiarizado. En este sentido, Shin (2015) señala que sólo el 33,2% de los latinoamericanos podía considerarse como *bien informado* al ser capaz no sólo de reconocer las características centrales de la democracia (evaluada a través de 4 atributos simples), sino también de diferenciar cuáles de ellas son esenciales; mientras que un 53,7% eran señalados como mal informados en tanto no podrían señalar la centralidad de algunas de ellas. El porcentaje restante o bien tenían información parcial o ninguna. Además, por nuestra parte, intentos previos de medir las orientaciones hacia las instituciones del estado en función de sus atribuciones no fueron exitosos³.

Así, en las próximas secciones abordaremos los resultados empíricos que provee el enfoque basado en el desempeño, enfatizando en aquellos estudios que proveen información confiable a nivel individual y sobre variables relevantes para este trabajo.

Evaluaciones económicas y satisfacción con la democracia

Aunque las acciones de los gobiernos remiten a distintas esferas de la vida social y política, el rol de las evaluaciones económicas ha sido central para los enfoques de confianza y legitimidad política basados en el desempeño, tanto en estudios a nivel *macro* como *micro* (Alister Sanhueza et al., 2015; Clarke, Dutt & Komber, 1993; Dalton, 2004; Murillo & Visconti, 2017; Norris, 2011; Quaranta & Martini, 2016). A pesar de su difusión, la evidencia empírica que sostiene esta perspectiva ha arrojado resultados contradictorios. Por ejemplo, Clarke et al. (1993) usando datos del eurobarómetro encontraron una relación apenas modesta entre la condición económica (inflación y tasa de desempleo) y la satisfacción con la democracia, aunque señalaron que podía deberse a que las diferencias y fluctuaciones económicas en las democracias occidentales desarrolladas son relativamente bajas. Por su parte, McAllister (1999) recuperó datos de la WVS en un número más amplio de países y encontró una relación negativa –opuesta a lo esperado teóricamente– entre PBI y la confianza en instituciones políticas, sugiriendo que su causa radica en las expectativas de resultados: en los países *más ricos* las expectativas de la ciudadanía serían más altas, de modo que es más difícil satisfacerlas.

³ Se desarrolló un instrumento de medición de la legitimidad política que incluía la evaluación de las atribuciones de los poderes políticos (ejecutivo, legislativo y judicial). Este instrumento fue aplicado con éxito en población de alto nivel educativo (Alonso & Brussino, 2014), pero no obtuvo indicadores de validez y confiabilidad adecuados en una muestra poblacional ampliada; siendo afectado por los niveles de conocimiento y sofisticación política.

Más recientemente y en el contexto latinoamericano, Murillo y Visconti (2017) aportaron evidencia de la importancia del desempeño económico (medido en un nivel macro en términos de inflación, crecimiento económico y nivel de reservas) en la satisfacción con el gobierno y la lealtad electoral, interpretándolo como evidencia que apoya al voto económico. Por su parte, Alister Sanhueza et al. (2015) arribaron a conclusiones similares, pero con una variable dependiente más amplia. Así, señalaban que la percepción de la situación económica –junto a otros indicadores de desempeño y confianza política y social– es un predictor significativo de la satisfacción con la democracia, aunque su rol respecto del apoyo político a nivel sistémico sería menor y más condicionado por factores estructurales. Sin embargo, en el contexto sudamericano, Katz y Levin (2018) analizan una serie de datos de 20 años y concluyen que, a diferencia de otras democracias *industrializadas*, las crisis económicas no sólo socavarían el apoyo a actores de gobierno particulares, sino también alimentarían un desencanto con la democracia en sí. Por su parte, en un estudio multinivel –que recoge indicadores económicos *objetivos* y evaluaciones individuales de satisfacción- en 28 países miembros de la Unión Europea con datos desde 1973 a 2013, Quaranta y Martini (2016) encuentran una relación consistente entre ambas variables. Además, señalan que las razones por las que muchos estudios no encuentran relaciones entre la situación económica y la satisfacción con la democracia son de tipo metodológico, vinculadas al tipo de datos o especificación del modelo. Por nuestra parte señalamos que -más allá de la confiabilidad de sus resultados- sólo explican la satisfacción con la democracia y no abordan las consecuencias del sentimiento económico para el sistema político en el largo plazo.

En esta línea, en el estudio de Dalton (2004), con datos a nivel individual, si bien la relación entre el sentimiento económico y el apoyo político se sostuvo en una evaluación transversal; no se pudo comprobar la relación causal, dado que la ciudadanía se había vuelto paulatinamente más optimista respecto de la economía, a la vez que el apoyo político había bajado. En este sentido, cuando existe, esta relación también puede explicarse en un sentido inverso: las personas pueden ser pesimistas respecto de la economía porque desconfían de un gobierno. Así, señala que los resultados de este *modelo de desempeño económico* son contradictorios y éste tiene sólo un rol marginal en la predicción de las tendencias en el apoyo político. Por otra parte, a nivel individual y con datos regionales, tampoco se comprueba esta relación ya que, como veremos más adelante, al analizar el rol

de los aspectos sociodemográficos, los grupos más favorecidos económicamente no mostraban mayores niveles de confianza (Cohen, Lupu & Zechmeister, 2017).

Una conclusión posible de esta evidencia es que, si bien las evaluaciones económicas pueden tener efectos en el corto plazo, no son suficientes para erosionar o fortalecer los apoyos en el largo plazo. En esta línea, Inglehart (1999) señala que las mejoras en las condiciones económicas generan una mayor satisfacción democrática en el corto plazo pero que, en el largo plazo, conducen a la emergencia de nuevos estándares contra los cuales se evalúa el desempeño; lo cual podría derivar en menores niveles de respeto y confianza en las autoridades. Algo similar al argumento que proponía McAllister (1999) al encontrar relaciones inversas entre el nivel de ingresos de una sociedad y sus niveles de apoyo político.

Congruencia ideológica y ganadores vs. perdedores

La *distancia ideológica* entre los propios posicionamientos y los del gobierno de turno es otra de las dimensiones de análisis de las perspectivas centradas en el desempeño. La complejidad de su estudio radica principalmente en la evaluación confiable y objetiva de las posiciones ideológicas de los gobiernos, principalmente en sistemas multipartidarios donde estos clivajes son menos evidentes. Además, la literatura señala que las personas son sensibles a las orientaciones que perciben de los gobiernos, pero estas no necesariamente coinciden con los indicadores *objetivos* (Stecker & Tausendpfund, 2016); a la vez que pueden intervenir otras variables vinculadas al conocimiento y la motivación política en esta relación. Al respecto, Stecker y Tausendpfund (2016) realizan un estudio que combina mediciones *objetivas* de los posicionamientos de los gobiernos sobre temas políticos (de la Chapel Hill Expert Survey) y dos rondas de la ESS, para evaluar las preferencias de los ciudadanos en relación con esos temas y la satisfacción con la democracia. Sus resultados confirman que las personas están menos satisfechas con la democracia cuando sus visiones difieren de las del gobierno –tanto en función de los *issues* evaluados, como del autoposicionamiento ideológico– y que el interés político media esta relación; de modo que la satisfacción sufre más con la distancia ideológica cuando las personas están más interesadas. Un abordaje similar sigue el trabajo de Reher (2015), también en el contexto de la Unión Europea, encontrando que la satisfacción con la democracia se incrementa cuando el gobierno comparte sus preocupaciones. Además –y de modo consistente con lo que

proponíamos en el apartado anterior sobre desempeño económico— este efecto se incrementa con la experiencia democrática.

Una perspectiva alternativa para resolver esta brecha entre niveles de análisis es que las evaluaciones de los posicionamientos del gobierno se extraigan de la misma población a la que se pregunta por sus propios posicionamientos (Mayne & Hakhberdian, 2017). Por ejemplo, Golder y Stramski (2010) utilizan las respuestas del 40% más *educado* acerca de los posicionamientos ideológicos (en términos de izquierda/derecha) de los partidos políticos como parámetro de la orientación del gobierno, que luego es comparado con la posición de las personas en la misma escala. Este tipo de mediciones es la que aplican Mayne y Hakhberdian (2017) en una muestra de 25 democracias *desarrolladas*, arribando a resultados similares a los expuestos: la congruencia entre los propios posicionamientos y el del gobierno impactaba positivamente en la satisfacción con la democracia y este efecto se veía mediado por la sofisticación política. De cualquier modo, la mayoría de estos estudios no comparan el peso relativo de estos factores cuando se evalúan juntamente con otros aspectos del desempeño y del sistema político. En esta línea, Dahlberg y Holmberg (2014) encuentran que variables como el desempeño de los gobiernos eran más importantes que la congruencia ideológica.

En conjunto, la evidencia señala que es posible que en el marco de ciudadanías de baja sofisticación y de democracias con una trayectoria relativamente corta como la argentina, el peso de estas evaluaciones en términos de consistencia ideológica sea relativamente menor. Además, la evaluación de la calidad de los procesos democráticos también impactaría en el peso de estas evaluaciones. Al respecto, Reher (2015) señalaba que, ante contextos de alta corrupción e ineffectividad institucional, la congruencia en las prioridades políticas no es un indicador significativo de la calidad de la representación política. En el mismo sentido, Dalton et al. (2007) mostraban que en estos casos el entendimiento de la democracia es más instrumental y menos centrado en procesos.

En esta línea y de un modo más simple, muchos estudios analizan directamente la relación entre ser *ganador* o *perdedor* en una elección y los niveles de satisfacción con la democracia: quiénes votaron por un partido ganador estarían más satisfechos con la democracia que quienes prefirieron al perdedor, votaron en blanco o no votaron (Anderson y Tverdova, 2001; Blais, Morin-Chassé & Singh, 2017; Campbell, 2015; Curini, Jou & Memoli;

2011; Delgado Sotillos, 2015; Lelkes, 2016; Singh, Karakoc & Blais, 2012; Singh, Lago & Blais, 2011; Vairo, 2012).

Siguiendo lo que proponen Anderson, Blais, Bowler, Donovan y Listhaug (2005), en su libro sobre legitimidad democrática y elecciones, esta hipótesis se sostiene desde tres perspectivas teóricas propias de la psicología. Por un lado, desde la teoría de la elección racional que enfatiza el valor utilitario que tiene apoyar al partido de gobierno; es esperable que las personas anticipen resultados positivos, consistentes con sus propios intereses y prioridades y, consecuentemente, se muestren más favorablemente orientados hacia éste. Un segundo enfoque se centra en las reacciones emocionales a la victoria o derrota, señalando cómo las emociones positivas (o negativas) que genera votar por el ganador (o perdedor) pueden transferirse al sistema. Finalmente, una tercera perspectiva señala los correlatos cognitivos de ganar/perder valiéndose de la teoría de la disonancia cognitiva: votar a un partido o candidato perdedor se asociaría a evaluaciones negativas del sistema político en función de los mecanismos de evitación de la disonancia. En conjunto, estos argumentos proponen que la experiencia de ganar/perder una elección son constructos mentales que afectan las actitudes y comportamientos posteriores. De hecho, Singh et al. (2012) encuentran que la experiencia misma de ganar –aun cuando se limite a un nivel local o regional– incrementa los niveles de satisfacción y que esto no se asocia necesariamente al desempeño del gobierno, dado que sus mediciones se registraron inmediatamente después de la elección. Así, esta variable operaría a nivel de las expectativas y no sólo en función del desempeño.

Desde el punto de vista empírico, la mayoría de los estudios ya citados comprueban estas hipótesis. Una excepción es el de Mateos Díaz (2011) con datos de LAPOP, en el que esta variable no predice la satisfacción con la democracia cuando se consideran otras como la confianza institucional, la eficacia política externa y la percepción de la situación económica. De cualquier modo, la mayoría de ellos tienen una limitación propia de las encuestas masivas y es que no evalúan diferencias individuales. Parte de la literatura reconoce esto y señala que la relación entre ser *ganador/perdedor* y la satisfacción con el sistema político democrático no es lineal ni directa, y que distintos aspectos disposicionales y –más estudiados– contextuales operan como mediadores (Curini et al., 2011; Campbell, 2015; Dahlberg & Linde, 2016)

Al respecto, Lelkes (2016) repasa algunos de estos elementos sistémicos que operarían para ampliar o reducir la *brecha de legitimidad* entre ganadores y perdedores: a) la antigüedad del sistema democrático (ya mencionada); b) el desarrollo socioeconómico, siendo más pequeña la brecha en países con más desarrollo; c) el tipo de institucionalidad política (proporcionalidad de la representación); siendo más pequeña en sistemas más proporcionales, donde los cambios de políticas son menos abruptos; d) el federalismo, donde el efecto de perder en una elección nacional se minimiza, dado que los electores puede distribuir el poder en diferentes niveles de gobierno, y d) la alineación de los medios masivos con el partido ganador, que interactuaría con el nivel de exposición individual a las noticias para incrementar (o reducir) esta brecha. En este sentido, Dahlberg y Linde (2016) con datos de la ESS de 25 países europeos encontraron que la brecha en niveles de satisfacción con la democracia entre ganadores y perdedores se achicaba en la medida en que el sistema político tenía un mejor desempeño (evaluado a través de indicadores globales del estado de derecho y calidad del proceso electoral). Así, en países donde la calidad de la democracia y el gobierno es alta, haber votado al candidato ganador parecía ser menos importante.

Por otra parte, Curini et al. (2011) señalan que la mayoría de los estudios evalúan el hecho de ganar o perder en un único momento, sin considerar la experiencia de elecciones anteriores y cómo podría esto impactar en la satisfacción con la democracia. En su modelo con datos de 31 países (incluyendo algunos de Sudamérica y Asia) replicaron la relación entre *ganar* y estar más satisfecho con la democracia; pero también encontraron que este efecto se atenuaba si se ganaba repetidamente y que, entre quienes eran *perdedores*, el haber ganado en el pasado reciente amortiguaba el efecto negativo. Estos hallazgos se replican en un estudio con población española en la que, además, encuentran que los votantes de los partidos más pequeños se encuentran más insatisfechos con la democracia en general y que su satisfacción no se incrementa aun cuando su partido crezca en cantidad de votos en una elección legislativa (Delgado Sotillos, 2015). Por su parte, en un estudio en Alemania, Campbell (2015) encuentra que el tiempo y el contexto político condicionan las actitudes de los ganadores.

Por otro lado, Kim (2009) cuestiona la validez de estos hallazgos en general, en tanto sobrestimarían la significación de los efectos al analizar muestras de gran tamaño. Además, contrasta la relevancia de la congruencia ideológica y la brecha entre ganadores y

perdedores, encontrando que es la primera la que en realidad predice la satisfacción con la democracia; siendo un constructo superior de los abordajes dicotómicos y más preciso en términos de la vinculación de la ciudadanía y el sistema político. Por su parte, si bien no desestima la relevancia de esta brecha ganadores/perdedores, Campbell (2015) entiende que la distancia ideológica es un factor mediador de su efecto.

Asimismo, la mayoría de estos estudios toman mediciones acotadas de satisfacción con la democracia, que resultan limitadas en relación con nuestro objeto de estudio. Una excepción es el trabajo de Singh et al. (2011) que evalúa satisfacción con la democracia incluyendo indicadores de apoyo específico (por ejemplo, evaluaciones de desempeño del gobierno) y difuso (por ejemplo, apoyo explícito al sistema democrático). Estos autores encuentran que, si bien ser *ganador* afecta a la satisfacción democrática en distintos niveles, es más relevante en la evaluación de los gobiernos que en aspectos más difusos. Al mismo tiempo, controlan aspectos del contexto político y electoral (como el federalismo y la competitividad de la elección), pero estos no afectan sistemáticamente la satisfacción con la democracia. Por su parte, Conroy-Krutz y Kerr (2015) aportan evidencia de una democracia reciente que muestra que, si bien los niveles de satisfacción con la democracia decaen entre los perdedores, el apoyo a la democracia como sistema político no lo hace y, en algunos casos, se incrementa.

Finalmente, destacamos que –posiblemente por la disponibilidad de series de datos– la enorme mayoría de estos trabajos provienen de países de la unión europea y/o democracias de larga data. Si bien la literatura citada respecto del rol de la congruencia ideológica demostraba diferencias en función del desarrollo de las democracias, los antecedentes sugieren que no ocurriría lo mismo con la brecha en la percepción de legitimidad entre ganadores y perdedores. Por ejemplo, Anderson y Tverdova (2001) señalaban que, si bien esta brecha variaba significativamente entre países, no lo hacía en función de su desarrollo político. En este marco, el estudio de Vairo (2012) es el único que analiza estos aspectos con una muestra latinoamericana amplia; arribando a resultados similares. Además, evalúa multidimensionalmente la legitimidad política (apoyo a la democracia y satisfacción con su funcionamiento) y controla variables contextuales (indicadores de nivel de democracia, estabilidad, distancia desde la última elección, rotación de partidos) e individuales (simpatía partidaria, autopoicionamiento ideológico y variables sociodemográficas). En este marco, encuentra que efectivamente quienes votaban por un

candidato perdedor apoyaban menos y estaban menos satisfechos con la democracia, siendo el efecto más importante en relación con esta última variable. Además, quienes anulaban su voto o no votaban tenían actitudes más negativas que el resto. Sin embargo, esta autora también señalaba que algunas personas van a traducir el hecho de perder en opiniones significativamente más negativas que otras y esto va a depender tanto del contexto político-institucional como de actitudes individuales.

En conjunto, los antecedentes establecen la necesidad de controlar los posicionamientos ideológicos y el comportamiento electoral como variables que tienen un rol significativo en la predicción de las actitudes hacia el sistema político democrático. De cualquier modo, la evidencia previa no ha examinado lo suficiente su interacción con aspectos de cultura política y variables individuales y, solo en excepciones, ha incluido mediciones multidimensionales de la legitimidad política que excedan a los aspectos valorativos específicos vinculados a los gobiernos de turno, con resultados más débiles.

Otras evaluaciones vinculadas al desempeño

Hasta acá hemos desarrollado algunas variables vinculadas al desempeño propias de visiones más restrictivas del análisis de la vinculación de la ciudadanía con el sistema político. Sin embargo, y tal como señalábamos antes, el rango de aspectos y procesos de la vida social y política en los que interviene el sistema político es amplio. De todos modos, algunos antecedentes señalan que –aún en democracias de trayectoria– los ciudadanos tienen poco conocimiento y experiencia con relación a aspectos procedimentales (como, por ejemplo, aquellos vinculados a mecanismos de participación directa, representación proporcional o por mayoría, atribuciones de los poderes del estado, libertades y derechos básicos) (Norris, 2011). Por esta razón es que resulta más apropiado indagar en las orientaciones valorativas amplias. En los próximos apartados desarrollaremos algunas variables actitudinales vinculadas a la percepción del desempeño de las instituciones y actores del sistema político que tienen carácter valorativo y no remiten a conocimiento cívico o político.

Confianza Política

La confianza política es uno de los indicadores de la vinculación de los ciudadanos con el sistema político y se comprende como un elemento que incrementa los niveles de legitimidad y efectividad del gobierno democrático (Mishler & Rose, 2001). Más

específicamente, remite a orientaciones evaluativas hacia distintos objetos políticos basada en la correspondencia entre el desempeño institucional y las expectativas ciudadanas (Miller & Listhaug, 1990). En este sentido, recuperamos lo que proponen Levi y Stoker (2000) cuando señalan que los juicios de confianza en las instituciones y actores políticos conllevan implícitamente evaluaciones sobre la credibilidad, justicia y competencia y una expectativa de que éstos actuarán de acuerdo con los intereses de la sociedad y tratarán a los ciudadanos de forma correcta e igualitaria. Así, no puede comprenderse meramente como un rasgo básico de la personalidad individual –una disposición a confiar–, sino que implica una evaluación del mundo político: bajos niveles de confianza señalan que algún aspecto del sistema político no está funcionando como debería o bien no alcanza a cumplir con expectativas altas (Newton, 2001). En este sentido, la confianza se relaciona con aspectos que desarrollamos más adelante como la percepción de corrupción y justicia procedimental.

Este constructo, ha recibido mucha atención en la literatura en función de la relevancia que se le ha asignado en el análisis de actitudes y comportamientos políticos; de modo que se cuenta con importantes volúmenes de datos que examinan su evolución a lo largo del tiempo (VWS, ESS, Latinobarómetro, LAPOP, ANES, etc.). Ha sido entendida como uno de los predictores del apoyo y legitimidad política democrática, pero también como una variable a ser explicada en función de las transformaciones en la cultura política, las diferencias entre las normas y procedimientos de distintos sistemas políticos, así como en función de los vaivenes económicos y políticos relativos a la alternancia entre gobiernos. De hecho, este es el enfoque que adopta la mayoría de la literatura, donde la confianza política opera como variable dependiente (Godefroidt, Langer & Meuleman, 2017; Zmerli & Catillo, 2015). En nuestro caso, recuperamos esos antecedentes en la medida en que nos permitan explicar su interacción con otras variables de la cultura política, pero nos centramos en su rol como indicador de apoyo específico, a nivel de autoridades e instituciones, en la predicción de actitudes más generales hacia el sistema político democrático.

Desde los abordajes normativos clásicos como el de Almond y Verba (1963), la confianza política aparece como una de las condiciones de una cultura cívica compatible con la democracia. Así, que los ciudadanos confíen en las autoridades e instituciones de gobierno sería condición necesaria para su sostenimiento: la confianza incrementaría la legitimidad, eficiencia y estabilidad de los gobiernos al relacionar a los ciudadanos con las

instituciones que los representan (Godefroidt et al., 2017). Desde esta perspectiva, el registro de niveles crecientes de desconfianza y desafección política –acentuado en la década de 1960-70- fue visto con preocupación por sus posibles consecuencias para las democracias en el mundo, generando un gran interés en la temática (Levi & Stoker, 2000). Sin embargo, cierto nivel de desconfianza no sólo es frecuente, sino que también puede ser deseable; dado que una sociedad que confía excesivamente puede ser apática, disminuyendo las exigencias de rendición de cuentas por parte de sus representantes (Klingemann & Fuchs, 1995; Mishler & Rose, 2001). Por ejemplo, Sorribas (2012) recupera varios estudios que evidencian que la confianza política no se asocia con la participación o, en algunos casos, lo hace sólo moderadamente y con formas convencionales; mientras que la desconfianza puede ser un estímulo para que la ciudadanía se involucre políticamente buscando redireccionar las injusticias que percibe a causa de los políticos, relacionándose así a la participación en actividades de protesta.

Desde el punto de vista empírico, la confianza política suele ser evaluada a través de ítems que preguntan explícitamente por la confiabilidad que se atribuye a un gobierno o institución determinada. En la mayoría de los casos, se evalúa más de un objeto hacia el que se dirige la confianza ciudadana, indagando también acerca de las percepciones de otras instituciones o actores centrales como los partidos políticos, el parlamento o las instituciones de justicia o gobierno (por ejemplo, Brussino, Alonso & Dreizik, 2013; Godefroidt et al., 2017; Mannarini, Legittimo & Taló, 2008; Mishler & Rose, 2001; Turper & Arts, 2017; Van der Meer & Hakhverdian, 2017; Zmerli & Castillo, 2015). En estos casos, los puntajes de cada evaluación suelen combinarse en uno o varios indicadores de confianza política. Por nuestra parte, creemos que el uso de estos indicadores globales puede conllevar ciertas limitaciones, dado que no podemos estar seguros de que todas correspondan a evaluaciones de un mismo nivel (por ejemplo, la valoración de un gobierno puede ser más específica que la de una institución política cuando las personas pueden establecer las diferencias entre estado y gobierno). De hecho, la literatura sugiere que –al menos en parte– las evaluaciones de confianza institucional tienden a superponerse con las percepciones del desempeño, preferencias políticas y orientaciones emocionales hacia los representantes que están en el gobierno (Levi & Stoker, 2000). Así, estos factores vinculados tanto a la propia experiencia como al contexto sociopolítico pueden redundar en valoraciones diferenciales de distintos actores. En consecuencia, en nuestro trabajo

evaluamos si efectivamente existe una única dimensión de la confianza política o si es necesario generar indicadores específicos para evaluar distintas dimensiones. En esta línea, son excepcionales los estudios en que se examinan distintos elementos de los juicios de confianza política. Un ejemplo de ellos es el trabajo de Segovia, Haye, González, Manzi & Carvacho (2008) con población chilena donde se prueba un constructo que incluye las dimensiones de desempeño y benevolencia como componentes centrales de estos juicios. Sus resultados confirman la relevancia de ambos aspectos y su interacción en la producción de las valoraciones de confianza política, siendo la evaluación de capacidad el más relevante. En nuestro caso, también desarrollamos un abordaje empírico que los incluye.

Respecto de las investigaciones que examinan los predictores de la confianza política y –del mismo modo que señalábamos respecto de la legitimidad de la democracia- suelen encontrarse en pugna modelos institucionales y culturales. Así, mientras desde los primeros se enfatiza en las variables endógenas al sistema político, vinculadas al desempeño y diseño institucional; desde los segundos se abordan aspectos exógenos, basados en normas y valores culturales arraigados en procesos de socialización (Godefroidt et al., 2017; Mishler & Rose, 2001). A su vez, Mishler y Rose (2001) diferencian entre las perspectivas de nivel *macro* y *micro* dentro de cada enfoque: mientras que los abordajes *macro* buscan dar cuenta de tendencias homogéneas en las sociedades, los *micro* buscan explicar las variaciones que ocurren dentro de ellas. Así, las perspectivas culturales *macro* abordan tradiciones nacionales homogeneizantes, mientras que las de nivel *micro* se enfocan en las diferencias que introducen las experiencias de socialización (por ejemplo, las perspectivas del capital social que desarrollaremos en profundidad en la sección: *capital social: confianza, cohesión y participación civil*). Respecto de los enfoques institucionales, si bien predominan las perspectivas *macro* que señalan el impacto del desempeño político a un nivel agregado (en términos de crecimiento, efectividad del gobierno, transparencia), también se registran abordajes *micro* que enfatizan las variaciones individuales en la percepción de estos aspectos, condicionadas por las propias preferencias y experiencias.

Como es frecuente en la explicación de fenómenos psicosociales complejos, la evidencia empírica no apoya unívocamente una u otra perspectiva. Al respecto, Vairo (2012) señalaba que no basta uno u otro para explicar la vinculación con el sistema político dado que las instituciones políticas y el contexto interactúan con las percepciones de los ciudadanos y las modelan (ver también: Denters, Gabriel & Torcal, 2007). En función de ello,

nos interesan las perspectivas que realizan un análisis a nivel individual, abordan las diferencias entre sujetos, y contemplan la conjunción de aspectos tanto culturales (perspectiva de la posmodernización, capital social, valores) como orientaciones políticas (percepción de justicia, corrupción, honestidad, representación del partido preferido). Si bien presentamos a continuación algunos antecedentes empíricos que sustentan esta decisión, no nos centramos aquí en ellos en tanto involucran un conjunto de variables que describiremos en relación de actitudes más amplias hacia el sistema político y, además, suelen involucrar muchas de las explicaciones ya citadas respecto de la satisfacción con la democracia (por ejemplo, la brecha entre ganadores y perdedores y la consistencia ideológica).

El trabajo de Mishler y Rose (1999; 2001) representa un intento de contrastar la potencia explicativa ambos tipos de enfoques y de las perspectivas macro y micro dentro de cada uno, reportando una supremacía de las explicaciones micropolíticas. En un estudio en democracias nuevas en sociedades postsoviéticas, encontraron que una mejor calidad de la democracia (medida por Freedom House en términos de libertades políticas) se asociaba con una mayor confianza en las instituciones Mishler y Rose (1999). Sin embargo, en un estudio posterior que contrasta estas explicaciones en sistemas políticos con distintos grados de desarrollo, reportaron evidencia de que las variables macropolíticas y macroeconómicas sólo ejercían un efecto indirecto y lo hacían a través de evaluaciones individuales de aspectos institucionales. Sostienen que, aunque es poco probable que las personas no tomen en cuenta cuestiones como la inflación o la corrupción, la importancia que les atribuyan va a depender de circunstancias individuales (Mishler & Rose, 2001). En la misma línea, Van deer Meer y Hakhverdian (2017) encuentran que la confianza política tiene efectivamente un carácter evaluativo, basada en la valoración de la calidad institucional (principalmente vinculada a la corrupción). Sin embargo, estas evaluaciones no se corresponden necesariamente con el desempeño real, sino que se vinculan a las expectativas. Al mismo tiempo, Mishler y Rose (2001) advierten que las variables que modelan las percepciones individuales inevitablemente tendrán un componente cultural, vinculado a procesos de socialización y las características de la sociedad en que se inserta; devolviéndonos –nuevamente- a la idea de complementariedad de los enfoques.

En relación con lo anterior, el trabajo de Denters et al. (2007) reconoce que el aporte explicativo de los aspectos político-institucionales es mayor (expresado principalmente en

la satisfacción con la democracia y la percepción de la capacidad de respuesta del gobierno), pero aun así la confianza social y los valores posmaterialistas se asocian positiva y significativamente con la confianza política. De cualquier modo, estos trabajos no abordan la cuestión de la causalidad y, de hecho, la satisfacción con la democracia tiende a examinarse tanto como predictor de la confianza (al ser una variable de *desempeño*) como una consecuencia de ella (Johnson, 2005; Mateos Díaz, 2011; Zmerli, Newton & Montero, 2007). Al respecto, y en relación con la legitimidad de la corte suprema de justicia estadounidense –una institución algo diferente a las que venimos examinando–, Gibson, et al. (2003b) no encontraron efectos del desempeño – evaluación del fallo en la elección presidencial *Bush vs. Gore*– en los niveles de apoyo difuso a la institución. A su vez, señalaron que los factores de corto plazo relacionados a ese evento (valoración de los candidatos, afiliación partidaria y opinión sobre la elección) sólo impactaron en la valoración de esa decisión en particular y que la legitimidad institucional previa (alta) amortiguó el efecto de una decisión controvertida, aún entre los que estaban en desacuerdo. Así, la relación entre las valoraciones de desempeño y aquellas vinculadas a la lealtad institucional serían recíprocas en el largo plazo.

En esta línea, Klingemann y Fuchs (1995) señalaban que la confianza en las instituciones depende en gran parte de las actitudes y valores personales –por ejemplo, la confianza hacia las instituciones de la iglesia dependerá ampliamente de las propias convicciones religiosas– y también del tipo de instituciones –por ejemplo, las evaluaciones de desempeño serán más apropiadas para algunas que otras–. Con datos de democracias de Europa Occidental, encontraron que la adhesión a valores religiosos predecía la confianza política hacia distintas instituciones (aún hacia aquellas no vinculadas a lo religioso), siendo la variable más relevante entre las examinadas. Además, la confianza política fue predicha por la ideología política conservadora (a excepción de la confianza en sindicatos), el interés político, el nivel educativo (a excepción de la confianza en la iglesia y en las fuerzas armadas) y la edad. Sin embargo, sus modelos empíricos tienen un poder explicativo bajo, sugiriendo que hay una gran parte del fenómeno que no están pudiendo capturar; aunque tampoco pudieron dar cuenta de éste en función de indicadores de desempeño de nivel macro.

Por su parte, Catterberg y Moreno (2005), con datos de dos rondas de la WVS, probaron el poder predictivo de un conjunto de variables institucionales y culturales sobre la confianza política y encontraron que ambas tenían un rol significativo. Más

específicamente, el bienestar económico personal (atado a la evaluación de desempeño político), la eficacia política externa, el interés político y las actitudes democráticas fueron los factores que predijeron la confianza política de modo más consistente en distintos contextos. Por su parte, la tolerancia a la corrupción, los valores posmaterialistas (que conllevan orientaciones desafiantes hacia las autoridades establecidas) y el radicalismo político, la obstaculizaban; aunque no lo hacían en democracias más recientes. En estas últimas, la confianza interpersonal y el nivel de ingresos fueron predictores positivos de la confianza política.

Respecto a los aspectos sociodemográficos que casi todos los estudios examinan, Schoon, Chen, Gale, Batty y Deary (2010) aportaron datos de un estudio longitudinal con una muestra británica que coinciden con los ya expuestos, de modo que las personas de mayor nivel educativo y mayor estatus ocupacional manifestaban mayores niveles de confianza. Por su parte, Cohen et al. (2017) aportan evidencia del contexto latinoamericano –relativa a la confianza en los partidos políticos en particular- que va en el sentido opuesto: tanto el nivel socioeconómico como el nivel educativo fueron predictores negativos de la confianza política; además, las mujeres y las personas de sectores rurales mostraron más confianza, al tiempo que la edad no parecía ser una influencia significativa. Entendemos que el rol de las variables sociodemográficas puede estar condicionado por el desarrollo sociopolítico y las características culturales del contexto. Como veremos más adelante, las perspectivas de la posmodernización que abordan el cambio cultural y de valores aportan evidencia al respecto (ver: *variables sociodemográficas*). De cualquier modo, una porción importante de la literatura señala que estas variables han ido perdiendo importancia, con efectos apenas moderados sobre los niveles de confianza y otras actitudes hacia el sistema político (Bäck & Kestilä; 2009; Newton & Norris, 2000).

A modo de síntesis puede señalarse que la mayoría de los estudios que buscan explicar la confianza otorgan alguna supremacía a las variables políticas e institucionales vinculadas al desempeño por sobre las que refieren a abordajes culturales (Bäck & Kestilä; 2009; Catterberg & Moreno, 2005; Del Tronco, 2012; Dentes et al., 2007; Klingemann & Fuchs, 1995; Mishler & Rose, 2001; Morales Quiroga, 2008; Vairo, 2012). En tanto muchas de las valoraciones de confianza –especialmente al tratarse de instituciones del ámbito político– se realizan en términos de desempeño, es esperable cierto nivel de superposición

en estas dimensiones. Además, los aspectos culturales son más difíciles de evaluar y, en general, cuentan con menos datos disponibles.

Por parte, la confianza política nos interesa aquí como predictor de actitudes más generales hacia el sistema político, aspecto descuidado en la literatura, en la que se han minimizado las diferencias conceptuales y empíricas entre la confianza y la satisfacción y la legitimidad política; diferencias que queremos recuperar en nuestro trabajo. De cualquier modo, los estudios que sí abordan estas relaciones tienden a presentar evidencia congruente que relaciona significativamente y de un modo positivo los indicadores de confianza institucional con la satisfacción con la democracia, tanto en democracias de mayor desarrollo como en otras recientes (Cutler, Nuesser & Nyblade, 2013; Katz & Levin, 2017; Corporación Latinobarómetro, 2015; Mateos Díaz, 2011; Pavlovic, 2014; Zmerli et al., 2007). Sin embargo, la literatura también evidencia que no habría una correlación lineal y directa entre bajos niveles de confianza y la pérdida de legitimidad del sistema democrático en sí (Carrasquero, Varnagy & Welsch, 2003; Teixeira, Tsatsanis & Maria Belchior, 2014); de modo que la brecha entre expectativas y resultados del sistema parece sostenerse sin amenazar su estabilidad en el largo plazo. En este sentido, se espera que la confianza política sea un predictor directo del apoyo político a un nivel más específico, pero que su impacto en las orientaciones más generales sea menor, se vea mediatizado por otras variables o bien no exista en absoluto.

Sin embargo, lo anterior parece ser cierto en democracias más establecidas, mientras que la evidencia de democracias en proceso de consolidación o en contextos de menor desarrollo económico no es tan consistente (Katz & Levin, 2017; Mishler & Rose, 2005; Pavlovic, 2014). Mishler y Rose (2005), por ejemplo, en un estudio en Rusia señalan que, aunque la confianza política no tiene efectos en el apoyo al régimen democrático, sí fortalece las orientaciones positivas hacia los ideales democráticos y el involucramiento político. Por su parte, Pavlovic (2014) proveyeron datos de Serbia, una democracia reciente y con un desempeño económico *pobre*, que señalaban que el apoyo difuso al sistema político democrático es principalmente instrumental y basado en evaluaciones de confianza y desempeño. En este sentido, la experiencia democrática es aún escasa y, principalmente negativa, de modo que se produce un desencanto en la ciudadanía respecto de las posibilidades que la misma brinda. En la misma línea y en el ámbito regional, Katz y Levin (2017) aportan evidencia de un análisis de clases latentes con una serie de datos de 20 años

señalando que los indicadores de confianza política cargan tanto en las dimensiones de apoyo específico como en las de apoyo difuso, sugiriendo que tienen también un rol también en la conformación de actitudes sistémicas. Esto es consistente con lo expuesto anteriormente respecto del rol predominante de variables económicas en las actitudes políticas en democracias nuevas y que conlleva la noción de que las democracias más recientes podrían ser más vulnerables a los vaivenes políticos y económicos. Así, es posible que, en el ámbito local, la confianza política –y también otras variables vinculadas al desempeño– se vincule a los distintos niveles de actitudes hacia la democracia (Thomassen & van der Kolk, 2009).

En síntesis, este apartado nos permitió recuperar evidencia de las perspectivas institucionalistas y culturales de la confianza política, reconocer la supremacía de las primeras en términos de su potencia explicativa, pero enfatizando en la necesidad de complementarlas en los abordajes empíricos. Además, nos permitió identificar el carácter evaluativo de esta variable, diferenciándola de las orientaciones más amplias hacia la democracia, aunque en relación con ellas.

Justicia procedimental

Desde la perspectiva de la justicia procedimental se sostiene que la evaluación de los procedimientos que aplican las autoridades es un elemento central de los juicios de legitimidad (Tyler, 2001). Según el modelo de Tyler y Lind (1992) –referentes centrales de esta línea de investigación– estas percepciones se componen de tres elementos centrales: a) neutralidad, que implica la ausencia de sesgo, prejuicio o discriminación; b) estatus, que remite al trato digno y cortés y conlleva el reconocimiento de los derechos y opiniones de la persona por parte de la autoridad y c) benevolencia, que implica que la autoridad efectivamente intenta ser justa y ética y tiene intenciones de seguir siéndolo. Como puede observarse, estos elementos tienen puntos de contacto con evaluaciones vinculadas a la confianza y a la corrupción y, de hecho, en ocasiones se tratan como equivalentes (Magalhaes, 2016; Tyler, 2006).

Respecto de los orígenes de estas evaluaciones, existen dos vertientes explicativas centrales: por un lado, los abordajes instrumentales –consistentes con el planteo de la teoría de la elección racional– suponen que los procedimientos importan en tanto conducen (o no) a resultados deseados y relevantes; por el otro, las perspectivas relacionales –compatibles

con la teoría de la identidad social– entienden que es también importante el tipo de trato recibido, dado que brinda información relevante respecto del propio estatus en el grupo. Así, en el primer caso las valoraciones de justicia procedimental se vincularán a resultados y se priorizarán indicadores de competencia; mientras que, en el segundo, su impacto dependerá de otros aspectos como la identificación con la autoridad y/o el grupo que ésta representa y se buscarán indicadores de integridad y empatía (Tyler, 1997; 2009). La evidencia empírica –principalmente basada en el abordaje de las autoridades legales y organizacionales– comprueba la relevancia de las percepciones de justicia procedimental en la construcción de los juicios de legitimidad y obediencia a la autoridad (Colquitt, Conlon, Wesson, Porter & Ng, 2001; De Cremer & Tyler, 2007; Grimes, 2006; Hind & Murphy, 2007; Murphy, 2008; Sunshine & Tyler, 2003; Tyler, 1990). Además, muestra que, si bien los resultados pueden ser en alguna medida relevantes (Hind & Murphy, 2007), los aspectos relacionales son centrales en este tipo de evaluaciones (Blader & Tyler, 2009; Tyler, 2009). Adicionalmente, se señala que la disponibilidad de información acerca de la confiabilidad de la autoridad modela los efectos de la justicia procedimental en las reacciones de las personas: cuando se trata de autoridades percibidas como confiables, la justicia procedimental sería más relevante (De Cremer & Tyler, 2007). De cualquier modo, si bien la evidencia citada señala la importancia de incluir esta variable entre los predictores de la legitimidad política, la mayoría de estos modelos no contemplan un número amplio de factores que permita contrastar su potencia explicativa relativa (Alonso & Brussino, 2012).

En relación con nuestro objeto de estudio, los antecedentes nos presentan dos dificultades centrales: el problema de la causalidad y el objeto de análisis. Respecto del primero, algunos autores sostienen que no existe evidencia de que sea la justicia procedimental la que afecte los niveles de legitimidad, pudiendo la dirección de la relación ser inversa (Mondak, 1993): dado que las personas suelen tener poca información acerca de los procedimientos que las autoridades utilizan y/o deberían utilizar, es posible que infieran sus evaluaciones sobre la justicia de los mismos en base a si apoyan o no a la autoridad o institución y no al revés (Baird, 2001; Gibson, 1991; Gibson & Caldeira, 2005). Así, la legitimidad afectaría a las valoraciones de justicia. Esta es una posibilidad cierta en nuestro contexto en el que –como ya señalamos– la mayoría de la población tiene bajos niveles de conocimiento e información política. De hecho, Hegtvedt, Clay-Warner y Johnson (2003) plantean la posibilidad de que estas variables tengan un efecto de interacción sobre las

actitudes y comportamientos de las personas respecto de las autoridades. Así, por ejemplo, las personas podrían tolerar situaciones de injusticia cuando estas provienen de autoridades fuertemente valoradas. De este modo, las evaluaciones de legitimidad previas amortiguarían el efecto de un procedimiento injusto, previniendo la pérdida de legitimidad posterior (Hegtvedt & Jhonson, 2000). En la misma línea, Doherty y Wolak (2012), con datos de un estudio experimental, señalaban que las personas tendían a hacer evaluaciones basadas en la justicia procedimental cuando estos procedimientos son claramente justos o injustos; pero que tendían a basarse en sus actitudes previas cuando son ambiguos. Por nuestra parte, si bien nuestro estudio tiene un diseño transversal, se controlan variables que pueden intervenir en estas relaciones (por ejemplo, la sofisticación política).

Respecto del objeto de análisis, la mayoría de la bibliografía citada examina este modelo en relación con la legitimidad de autoridades específicas, de nivel local, con las que la ciudadanía tiene contactos relativamente directos y frecuentes. Sin embargo, las instituciones nacionales de gobierno son mucho más ajenas a la cotidianidad de las personas y sus decisiones son más abstractas, dado que no están dirigidas específicamente a cada una, aunque pueden afectarles (Tyler, 1994). Así, es posible que el rol de los procesos de toma de decisión en la formulación de políticas nacionales sea menos evidente. Por otra parte, el hecho de que gran parte de la empiria provenga del ámbito de las autoridades legales (policía, jueces, corte suprema), favorece que se realicen evaluaciones en términos de justicia/injusticia; pero es posible que esta dimensión sea menos clara al estudiar actitudes más generales hacia el sistema político.

De cualquier modo, sí hallamos algunos antecedentes que examinan el rol de esta variable en relación con la legitimidad de los gobiernos y sus instituciones (Kershaw & Alexander, 2003; Tyler, 1994) –principalmente enfocados en el congreso (Baird, 2001; Farnsworth, 2003; Gangl, 2003) y en órganos de administración de justicia (Benesh, 2006; Gibson, 1991; Gibson & Caldeira, 1993; Greene, Sprott, Madon, & Jung, 2010; Hollander-Blumoff, 2011; Tyler & Mitchell, 1994)– y algunos estudios en democracias europeas y contextos del pos-comunismo que lo hacen directamente en relación con la satisfacción con y actitudes hacia la democracia (Epstein, Goff, Huo & Hitomi Wong, 2013; Erlingsson, Linde & Öhrvall; 2014; Kluegel & Mason, 2004; Linde, 2012; Magalhaes, 2016). A continuación, se desarrollan los principales resultados de estos antecedentes relevantes.

Respecto de los abordajes sobre legitimidad institucional, Tyler (1994) analizó el rol de las percepciones de justicia procedimental en la legitimación del congreso estadounidense y de sus decisiones (entendida tanto en términos actitudinales como de intenciones comportamentales) a través de tres estudios que complementan encuestas y metodologías experimentales. Encontró que esta variable tenía un efecto significativo sobre la legitimidad institucional y que mantenía su relevancia aun cuando se controlaban aspectos sociodemográficos e ideología política. Además, el significado de la justicia procedimental no variaba significativamente entre estos grupos. En la misma línea, Mazepus (2015) presentó un estudio experimental con estudiantes de distintos países europeos con características políticas disímiles y encontró que, independientemente del contexto de socialización, las personas estaban más satisfechas con el gobierno cuando percibían que el procedimiento de distribución de recursos era justo, pero también cuando recibían un resultado más positivo.

Por otra parte, Linde (2012) es uno de los autores que examina la relación entre las valoraciones de justicia procedimental y actitudes generales hacia el sistema político democrático, particularmente en democracias europeas poscomunistas. Además, en su perspectiva incluye a la corrupción como uno de los indicadores de la violación de los principios de justicia procedimental (junto a aquellos relativos al tratamiento brindado por las autoridades). En su estudio con datos del Barómetro de la Nueva Europa (*New Europe Barometer*) encontró que la justicia procedimental, tal como la percibía la ciudadanía, era un predictor potente tanto de la evaluación de desempeño del régimen democrático como del apoyo a sus principios centrales. Más aún, el efecto de esta variable era aún más significativo que el de variables sociodemográficas, confianza social, situación económica personal e interés político.

En la misma línea, en un estudio en 29 democracias europeas, Magalhaes (2016) presentaba evidencia respecto del rol de las percepciones de justicia procedimental de las instituciones de gobierno a nivel nacional –evaluadas en términos de neutralidad, estatus y confianza– y la satisfacción con la democracia. Encontró que, si bien los resultados económicos favorables predecían la satisfacción con la democracia, la justicia procedimental tenía un efecto de interacción en esta relación; de modo que, si se percibía como alta, los resultados se volvían menos relevantes. En la misma línea, en democracias nórdicas –reconocidas por el buen funcionamiento de sus administraciones públicas y los

bajos índices relativos de corrupción- las valoraciones de justicia procedimental impactaban en la satisfacción con la democracia (Erlingsson et al., 2014). Por su parte, Ulbig (2002) reportó resultados similares con población estadounidense. Al mismo tiempo, Levi, Sacks y Tyler (2009) replicaron la relación entre la confiabilidad del gobierno, la justicia procedimental y la disposición de los ciudadanos a adherir a las decisiones de distintos organismos de gobierno (como indicador de legitimidad) en un amplio número de sociedades africanas.

En relación con lo anterior, Epstein et al. (2013) examinaron si estos postulados se sostenían en contextos de menos desarrollo democrático y contrastaron los enfoques de justificación de sistema y justicia procedimental en la explicación de las actitudes hacia el partido político dominante en Tanzania, una democracia joven. Más específicamente, estudiaron la importancia relativa de las valoraciones de justicia procedimental para grupos dominantes (cristianos) y minoritarios (musulmanes) en relación con procesos políticos concernientes a conflictos intergrupales. El primer hallazgo notable es que la justicia procedimental era relevante en esta democracia nueva, replicando resultados de democracias *desarrolladas*. Además, también se replicaba el carácter relacional de estos juicios y el hecho de que eran más relevantes para los grupos más desfavorecidos: la satisfacción con los procedimientos de toma de decisión incrementaba la confianza entre una minoría social, mientras que su impacto decaía en el grupo dominante.

En conjunto, los antecedentes apoyan la relevancia de un enfoque de justicia procedimental, al tiempo que algunos de ellos señalan cómo esta variable puede interactuar con aspectos del desempeño vinculados a resultados y, en consecuencia, relacionados al desarrollo económico, político y social. En esta línea, dimos cuenta de la cercanía de este a otros indicadores de desempeño, como la percepción de corrupción, cuyos antecedentes desarrollamos a continuación.

Percepción de corrupción política

El último aspecto relativo al desempeño que desarrollamos en nuestro modelo teórico es la percepción de corrupción política. Como señalamos antes, se encuentra vinculada a la percepción de justicia procedimental y, más aún, algunos autores la incluyen como uno de sus elementos (Erlingsson et al., 2014). De este modo, el tipo y dirección de su relación con nuestras variables dependientes tiene características similares a la literatura ya

expuesta. Sin embargo, presentamos aquí datos sobre la relevancia de su estudio en la región y también aspectos específicos de su interacción con otras variables de nuestro modelo.

La corrupción política, entendida como el uso de la posición o recursos provenientes de la función pública para el beneficio privado (Treisman, 2000), es un fenómeno complejo, multifacético y difícil de medir; por lo que el conocimiento sobre su alcance real es limitado y, generalmente, evaluado a través de sus efectos (Bohn, 2012). Además, se define normativamente y depende de juicios morales en función de lo que cada sociedad considera contrario a sus normas fundamentales e interés público (Bernardes de Moraes, Motttinha Santos & da Silva Torrecillas, 2014). Desde el punto de vista empírico, este problema ha recibido mucha atención en la literatura debido a la preocupación generada por sus altos niveles en distintas latitudes. Al respecto, *Transparency International* señala en su informe del 2017⁴ que, a pesar de algunos esfuerzos políticos específicos, en la mayoría de los países no se atacan las causas estructurales de la corrupción, lo que redundará en el sostenimiento de esta en niveles altos. De hecho, los datos de 2017 evidencian que más de dos tercios de los países del mundo se ubican en relación con ella por debajo de 50 puntos (sobre un máximo de 100). La región de Europa Occidental es la de mejor desempeño (especialmente los países nórdicos) mientras que África Sub-Sahariana, Europa del Este y Asia Central son las que registran los niveles de corrupción más elevados.

Para el caso de Latinoamérica, a pesar del crecimiento de leyes e instituciones que fomentan la transparencia y la rendición de cuentas en el sector público, los índices de percepción de corrupción entre la población se mantienen altos; quizás como respuesta al impacto de casos de corrupción con alto perfil mediático. Así, se ubica entre las principales preocupaciones de la ciudadanía, junto a cuestiones vinculadas al crimen y la economía (Cohen et al., 2017). En términos más específicos, uno de cada cinco ciudadanos ha sido víctima de corrupción en el período de un año, a la vez que también uno de cada cinco cree que puede justificarse pagar un soborno. Además, el 82,9% de los y las latinoamericanas entiende que la corrupción política se encuentra generalizada, siendo ese porcentaje de un 65,9% en el caso de Argentina, ubicada en la décima posición en el continente. Así, tanto la percepción de corrupción como la tolerancia a la misma han ido incrementándose (Cohen et al., 2017). Esto es particularmente preocupante dadas sus consecuencias sistémicas:

⁴ Información disponible en: <https://www.transparency.org>

reducción del crecimiento económico, el bienestar, la inversión, la confianza social y efectos negativos sobre las percepciones ciudadanas respecto de la democracia, las instituciones de gobierno y la satisfacción con su funcionamiento (Rothstein, 2014).

La relación entre la victimización y percepción de corrupción política y la confianza en autoridades e instituciones políticas así como sobre la satisfacción con la democracia es apoyada por un gran volumen de estudios empíricos, tanto en contexto de baja como – principalmente– alta corrupción (e.g. Bohn 2012; Chen, 2017; Chong, De la O, Karlan & Wantchejo, 2014; Donovan & Karp, 2017; Hakhverdian & Mayne, 2012; Seligson 2002, 2006; Van deer Meer & Hakhverdian, 2017; Villoria, Van Rysin & Lavena, 2013). Una excepción es el trabajo de Bernardes de Moraes et al. (2014) quienes no encuentran relación entre la percepción de corrupción y la confianza en el congreso y los partidos políticos, aunque sí comprobaron una fuerte relación entre la primera y una baja calidad democrática. Más allá de esto, los antecedentes que presentamos a continuación muestran que estas relaciones pueden no ser lineales, registrándose aspectos individuales y sistémicos que intervienen en la relevancia que adquiere esta variable.

La mayoría de la literatura examina las relaciones entre la percepción de corrupción y actitudes específicas vinculadas a la confianza, pero lo hace en menor medida respecto del sistema político. En esta línea, algunos antecedentes sostienen que las relaciones entre estas variables podrían ser recíprocas: los contextos de baja confianza interpersonal y política serían propicios para el desarrollo de la corrupción, en tanto existe una expectativa de comportamiento corrupto de terceros (Dalton, 2004; Morris & Klesner, 2010). Los resultados de Wroe, Allen y Birch (2013) de una muestra del Reino Unido sostienen este postulado, aportando evidencia de cómo la confianza condiciona las reacciones a la corrupción política; así, quienes confiaban menos eran más propensos a interpretar las acciones –ambiguas– de los políticos como corruptas. En el contexto estadounidense, Richey (2010) reportaba un efecto negativo de la corrupción política evaluada a nivel macro sobre los niveles de confianza social, aun cuando se controlaban otras variables vinculadas al capital social; señalando así su impacto a nivel social y no sólo político. Por su parte, en un estudio cualitativo con estudiantes universitario en el contexto local, Beramendi y Zubietta (2015) mostraron una percepción de un contexto de trasgresión normativa generalizada y que esta se utilizaba como base para legitimar la propia transgresión y tolerar la ajena. A su vez, no se vislumbraban posibilidades de cambio; debido al fuerte condicionamiento que

operaba un sistema normativo en el que se confía y que se percibe como injusto, pensado para el beneficio de los grupos de poder (retomaremos estos aspectos en relación con el concepto de anomia. Ver: *Percepción de anomia y clima socioemocional*).

En términos generales, Donovan y Karp (2017) señalan que la percepción de corrupción es una variable cuyo rol frecuentemente se desestima al momento de examinar la importancia de aspectos estructurales del sistema político sobre los niveles de satisfacción con la democracia. Más específicamente, con datos de la ESS mostraban de cómo la relación entre el tipo de sistema electoral y la percepción de desempeño de la democracia se disipaba cuando se introducía la percepción de corrupción y la inequidad. Este hallazgo tiene potencialmente consecuencias para las perspectivas macro-institucionales al señalar la posible sobreestimación del efecto de las variables macro. En esta línea, Stockemer y Sundström (2013) encontraron que la corrupción evaluada a nivel macro (con base en indicadores *objetivos* y opiniones expertas) no se relacionaba con la satisfacción con la democracia, mientras que sí lo hacía la percepción de corrupción –en este caso de la policía y los jueces– a un nivel individual. Por su parte, Van der Meer y Hakhverdian (2017), en un estudio con datos de 42 países europeos, contrastaron el rol de indicadores macroeconómicos y procedimentales en la explicación de la confianza política y satisfacción con la democracia; encontrando que los primeros no realizaban un aporte explicativo significativo cuando se tomaban en cuenta los segundos. Particularmente, la percepción de corrupción resultaba central y era aún más importante entre el segmento de mayor nivel educativo. En otro estudio, Hakhverdian y Mayne (2012) analizaron más específicamente el papel del nivel educativo, señalando que más educación se asociaba con un nivel de confianza institucional mayor en sociedades *limpias*, mientras que lo hacía con menor confianza en sociedades corruptas.

Por su parte, Tverdova (2011) ofrece un estudio interesante con datos de 30 países en los que examinó las diferencias en la percepción de corrupción en función de un conjunto de variables individuales. Sus resultados contradicen parcialmente los expuestos acerca del rol del nivel educativo, en tanto este se relacionó con una percepción de corrupción más ajustada a los niveles *reales* solo en los países donde los índices de corrupción eran bajos; mientras que los ciudadanos de países con una corrupción generalizada fueron menos precisos en su identificación, independientemente de su nivel educativo. Por otra parte, las personas de menos estatus socioeconómico y las mujeres tendían a percibir niveles más

elevados. Respecto de las actitudes previas, encontraron que el comportamiento electoral previo era una variable relevante, de modo que quiénes habían votado por el candidato ganador tendían a percibir menos corrupción (consistente con lo presentado anteriormente respecto de la brecha entre ganadores y perdedores. Ver: *Congruencia ideológica y ganadores vs. perdedores*); aunque –contrario a lo esperado- la eficacia política no tuvo un rol significativo. Por su parte, Arnold (2012), -basándose en datos de Latinoamérica- sugiere que es en realidad el nivel de información política el que impactaría en la identificación de la corrupción y, a diferencia de Tverdova (2011), no encuentra relación entre el comportamiento electoral previo y la percepción de corrupción una vez que controla otras variables vinculadas a actitudes generales hacia el sistema político.

En relación con aspectos vinculados al contexto, Erlingson et al. (2014) evaluaron el impacto de la percepción de corrupción sobre el apoyo político antes y después de una crisis política originada en un caso de corrupción grave. Sus resultados señalaron que el impacto de la percepción de corrupción sobre el apoyo al sistema político era mayor en la medida en que era un tema saliente en la agenda. Adicionalmente, Wang (2016) en un estudio con democracias del Este asiático encontró que la percepción del desempeño y de corrupción interactuaban en su relación con la confianza política; de modo que la percepción de corrupción reducía la probabilidad de confiar en las instituciones aun cuando se percibiera un buen desempeño de gobierno. Así, mientras la percepción de bajos niveles de corrupción incrementaba el efecto positivo de un buen desempeño sobre la confianza, éste no amortiguaba la asociación negativa entre corrupción y confianza política. Además, aspectos demográficos, el tradicionalismo y el autoritarismo no tuvieron un rol significativo en estas relaciones y sólo el partidismo se asoció a la confianza política. Al respecto, López-López et al. (2016) mostraron en un estudio sobre los significados de la corrupción con población colombiana, que las preferencias partidarias se relacionaban con la valoración de la corrupción: las personas percibían a un mismo hecho como más o menos corrupto dependiendo de si involucraba o no a referentes con los que simpatizaban. Además, encontraron que las personas de menor nivel educativo asociaban con la corrupción sólo a hechos de gran envergadura ejecutados por personas de mucho poder político, pero tenían dificultades para identificar actos menores –y más frecuentes- como el clientelismo político, el nepotismo, la manipulación de los medios o el soborno.

A modo de síntesis, destacamos que la percepción de corrupción es un aspecto evaluativo vinculado al desempeño de los sistemas políticos, ubicado entre los primeros puestos de las preocupaciones de la ciudadanía y vinculado a actitudes más generales de confianza y satisfacción con el funcionamiento de los sistemas políticos. Además, es posible que la relación con ellos sea bidireccional y que, además, su impacto se vea mediatizado tanto por aspectos individuales (principalmente el nivel educativo y conocimiento político), ideológicos (identificación partidaria, justificación de sistema y variables vinculadas al conservadurismo) y del gobierno y el contexto (partido de gobierno, desempeño económico, apoyo específico). Además, es posible que tenga efectos sociales más amplios vinculados a la tolerancia a la transgresión y erosión del capital social.

Teorías de la posmodernización y las bases sociales de la democracia

Señalábamos antes la oposición –hallada frecuentemente en la literatura en el área– entre las posiciones teórico/empíricas institucionalistas y culturalistas. Mencionábamos también cómo las primeras –de modo consistente con nuestra definición amplia de cultura política– terminan en última instancia remitiendo a factores psicosociales típicamente estudiados por tradiciones culturalistas. De hecho, ya en 1988, Putnam et al., reportando los hallazgos de un estudio de panel en comunidades italianas, identificaban las bases culturales de la efectividad institucional (medida a través de indicadores *objetivos* de desempeño), proponiendo que una cultura política activa y una red asociativa densa eran precondiciones relevantes de la misma. Además, el carácter longitudinal de sus datos les permitió probar que estos aspectos culturales predecían no sólo la efectividad institucional, sino también el nivel de desarrollo –en términos socioeconómicos– y modernización de una sociedad y que este efecto era más potente que el de la estructura socioeconómica previa en sí misma. En la misma línea, Welzel e Inglehart (1999) presentaban su perspectiva del *desarrollo humano* como una dimensión central del cambio histórico, en la base de la instauración y sostenimiento de las democracias. Así, el desarrollo socioeconómico, con la consiguiente seguridad material y el incremento de recursos cognitivos de la población, sumado a una cultura donde los valores emancipativos y el énfasis en las libertades personales fortalecerían las orientaciones subjetivas hacia la elección, generarían una presión hacia la democratización como forma de institucionalizar libertades y derechos (Inglehart, 2000; Welzel, Inglehart & Klingemann, 2003). En este sentido, con datos de la WVS, Inglehart (1990; 1997) mostraba la relación entre indicadores económicos (como el PBI y la ocupación laboral en el tercer sector) y un síndrome de actitudes prodemocráticas –que incluía a la confianza interpersonal, la satisfacción política y el bienestar subjetivo–, señalando que estas actitudes eran los mejores predictores de los niveles de democracia y de su consolidación. En consonancia con ello, la perspectiva de posmodernización que presentamos a continuación es un abordaje que –si bien no desestima el potencial explicativo del desempeño institucional– analiza las bases sociales de la democracia como elemento básico del desarrollo de estos sistemas políticos.

Se reconoce en el trabajo de referentes como Karl Marx, Max Weber y Emile Durkheim el origen de las teorías de la posmodernización, siendo popularizadas por la

sociología política hacia finales de los '50 (Norris, 2011). Estas buscaban describir los cambios políticos y sociales estructurales producidos como correlato de la transición desde las economías agrícolas a la producción industrial, aunque identificaban distintos orígenes de estos (e.g. mientras Karl Marx puede ser comprendido desde una perspectiva estructuralista; el desarrollo de Max Weber respondería a teorías culturales). Además, desde los '70, la teoría ha señalado una nueva ola de cambios –asociados a la noción de sociedades posindustriales– con nuevas consecuencias para la estructura social y política. Estos enfoques han buscado explicar los vínculos causales entre los cambios en la estructura socioeconómica y de producción y la modernización social, particularmente en términos de cultura política. Así, se propone que los cambios económicos, culturales y políticos ocurrirían conjuntamente, en un patrón coherente; de modo que –una vez que se inician ciertos procesos de cambio– es muy posible que en el mediano plazo emerja un conjunto relativamente predecible de características (Inglehart, Basañez & Moreno, 1998). Cuáles son estos procesos, es motivo de debate; sin embargo –en términos generales– podemos señalar algunos atributos de las denominadas sociedades posmodernas o posindustriales: una mayoría de la fuerza de trabajo empleada en el tercer sector, lo cual demanda mayor especialización y expansión de la educación formal; el desarrollo de los medios de comunicación masiva y la seguridad económica y física. Además, conllevan cambios en los sistemas de creencias básicos y visiones de mundo: la transición desde sociedades agrarias a industriales implicó una transición de concepciones más tradicionales que desalentaban la movilidad social, con fuerte énfasis en las obligaciones comunitarias y las normas religiosas; hacia un énfasis en el logro económico individual, la innovación y la secularización. Por su parte, la transición hacia sociedades posmodernas habría implicado la pérdida de relevancia de la seguridad material como valor (al dejar de ser un bien escaso) y la orientación hacia la calidad y elección del estilo de vida y la priorización de las libertades y la autoexpresión individual (Inglehart et al., 1998).

En consecuencia, los cambios económicos tendrían también consecuencias sociales y políticas duraderas, evidenciadas en la prioridad de valores posmaterialistas y de autoexpresión, niveles crecientes de tolerancia, confianza, formas directas de activismo político y demandas de libertades personales y políticas (Dalton, 2004; Inglehart, 1997; 1999; 2003; Norris, 2011). Estos aspectos son compatibles con la profundización de procesos de democratización, al ser expresión de una ciudadanía que adscribe a los valores centrales

de los regímenes democráticos, está más consciente de los procesos políticos y tiene más herramientas cognitivas y motivacionales para articular demandas orientadas a su desarrollo (movilización cognitiva) (Inglehart, 2003). Sin embargo, conllevará también mayores expectativas para la democracia, con la consecuencia de que los grupos que con mayores aspiraciones también tenderían a ser los que manifiesten una mayor desconfianza y cinismo respecto del funcionamiento real de los sistemas políticos, en la medida en que esto se distancian de ellas (Dalton, 2004). La tesis de la movilización cognitiva planteada por Inglehart y Welzel (2003; 2005) sigue esta línea de razonamiento y es una explicación posible de por qué serían los sectores de mayor nivel educativo, socioeconómico y los más jóvenes los que manifestarían mayor insatisfacción. Además, la inclusión de grupos cada vez más amplios al proceso político, la ampliación de derechos y el acceso a mayor educación han tenido como correlato una proliferación de intereses, de modo que se articulan nuevas demandas al gobierno -por ejemplo, sobre temas medioambientales, ampliación de derechos civiles, normas sociales, multiculturalismo- lo cual amplía la posibilidad de que las personas no se sientan representadas por los gobiernos que deben articular y generar prioridades sobre un amplio número de demandas (Dalton, 2004). En este sentido, la percepción de incapacidad de los gobiernos de dar respuesta a la ciudadanía no se resuelve con la alternancia, de modo que deja de funcionar el mecanismo central de neutralización de la insatisfacción (Klingemann & Fuchs, 1995). Finalmente, la percepción de un desempeño pobre afecta los niveles de apoyo y confianza también en el corto plazo.

Si bien los antecedentes coinciden en que la consolidación democrática ha redundado en una ciudadanía democráticamente orientada, que apoya masivamente sus principios y valores, pero que no extiende su confianza acríticamente al gobierno; la coincidencia es menor respecto de las consecuencias de esa desconfianza básica. Así, mientras parte de la literatura lo percibe de modo optimista, como una ciudadanía más activa, crítica y comprometida, más consciente de las atribuciones y responsabilidades de sus representantes, sobre los cuáles ejerce sus demandas (Abdelzadeh et al., 2015; Dahlberg et al., 2015; Doorenspleet, 2012; Geissel, 2008; Norris, 1999), otra vertiente lo identifica con niveles de escepticismo, apatía y alienación altos que señalan un retraimiento de la ciudadanía respecto de lo político (Laca Arocena, Santana Aguilar, Ochoa Madrigal & Mejía Ceballos, 2011; Maldonado, 2011; Torcal & Montero, 2006; Wood, 2014). En este último caso, la cultura política posmoderna estaría signada por una desafección política –

que implica la sensación de impotencia, cinismo y falta de confianza en los procesos, actores políticos e instituciones de la democracia– pero sin cuestionamiento del régimen político como forma estable, no atada a escándalos políticos, al deterioro de la economía o la frustración de expectativas específicas (Torcal & Moreno, 2006). Retomaremos estos aspectos más adelante en nuestra discusión de las implicancias de la *movilización cognitiva* (p.106).

A partir de lo expuesto, se evidencia que los supuestos efectos de los procesos de modernización sobre los sistemas políticos no son esencialmente positivos o negativos, e impactan diferencialmente en distintos grupos y contextos sociopolíticos y económicos. De cualquier modo, se espera que los cambios a nivel económico, cultural y político se interrelacionen y sean consistentes entre sí. Una consecuencia de esto, y en función de los procesos de globalización, es que la industrialización debería conllevar trayectorias similares para la democracia; aunque haya factores específicos y de la trayectoria cultural de cada comunidad política que moderarán la forma en que estos se expresen (Norris, 2011). Sin embargo, este cambio cultural –por definición– no será la norma en muchos de los países del mundo: estas hipótesis son válidas en las denominadas *democracias posindustriales* que, no sólo cuentan con una mayor riqueza en términos materiales, sino también con una trayectoria democrática más larga; siendo menos clara su articulación en otros contextos como el nuestro. Al respecto, Norris (2011) señala que en los países con menor bienestar económico y *en desarrollo* es posible que prevalezcan valores tradicionales materialistas, asociados a la seguridad; siendo más débiles las aspiraciones democráticas.

En los próximos apartados recuperamos algunas dimensiones centrales de esta perspectiva que, a diferencia de lo expuesto en relación con el enfoque institucionalista del desempeño, buscan explicar actitudes y valores democráticos en un sentido amplio, no limitándose a aspectos concretos como la confianza y la satisfacción con el sistema político. Así, en primer lugar, desarrollamos el rol de las *variables sociodemográficas* en relación con las actitudes hacia la democracia; luego la *perspectiva psicosocial de los valores* y su rol en el desarrollo de actitudes democráticas en relación con los procesos de modernización y *posmodernización*. A continuación, se expone el rol de las dimensiones de la *movilización cognitiva*: el conocimiento e interés político y las implicancias de los procesos de desafección política en términos del *cinismo* y –ausencia de- *eficacia política*. Después, introducimos la noción de *capital social*, desde la que abordamos la *confianza y cohesión*

social, la *tolerancia política* y la *participación social y política*. Si bien este constructo responde a una tradición teórica propia, tiene en común con las perspectivas de la posmodernización el rol atribuido a los factores propiamente culturales de la gobernanza democrática (Norris, 2011). Además, el propio Inglehart incluye a la confianza interpersonal, la tolerancia política y el activismo social como componentes de un *síndrome de actitudes prodemocráticas* que encarnan valores de autoexpresión o emancipativos (Norris, 2011; Inglehart, 1990; 1997); relacionándolos con mayores niveles de democracia, la deslegitimación de regímenes autoritarios y el activismo político no convencional (Inglehart & Welzel, 2005; Welzel, 2007). Finalmente, para dar cuenta de los aspectos culturales vinculados a la desafección política concluimos con el estudio de las variables *anomia* y *clima socioemocional*.

Variables sociodemográficas

Si bien ya hemos aportado algunos datos sobre el rol de estas variables en la explicación de las actitudes hacia el sistema político, la perspectiva de posmodernización ofrece un marco teórico pertinente para su comprensión. El primer aspecto que podemos examinar es el nivel educativo. Al respecto, este enfoque plantea que una mayor educación se relaciona con el desarrollo de habilidades cognitivas y, con ello, la capacidad de organizar y dotar de sentido al gran flujo de información disponible en las sociedades contemporáneas, fortaleciendo el conocimiento político (Almond & Verba, 1963; Klingemann & Fuchs, 1995; Norris, 2011.). Además, en la educación formal la educación cívica es parte de la currícula, proveyendo de información y habilidades aplicables específicamente al ámbito de lo político. En este sentido, se espera que las personas más educadas desarrollen no sólo un mayor conocimiento político, sino también actitudes más democráticas. También, la educación se relaciona con el interés político al incrementar la motivación de búsqueda de información (Norris, 2011). Así, no sólo se vincularía a una mayor movilización cognitiva, sino también a aspectos normativos que subyacen al sostenimiento de la democracia. Al respecto, Almond y Verba (1963) habían brindado evidencia acerca de la relación entre la educación formal y variables como la tolerancia, confianza social y participación política. En su propio estudio con datos de la WVS, encontraron que la educación se asociaba positivamente con las actitudes favorables a la democracia -en sentido general- y negativamente con la satisfacción con su

funcionamiento. Así, tal como sostiene Norris (2011), los segmentos más educados de la población serían también quienes perciben un mayor déficit democrático.

Sin embargo, la evidencia empírica reciente respecto del rol de esta variable no es en todos los casos igual de concluyente. Klingeman y Fuchs (1995) -en el marco de democracias europeas- encontraron que tener un nivel educativo más alto -así como también ser más joven y adherir más a valores posmaterialistas- se asoció con mayores niveles de satisfacción con la democracia. Por su parte, en un trabajo más reciente con datos de Finlandia, Bäck y Kestilä; (2009) reportaron datos similares respecto del rol de la edad y nivel educativo. Sin embargo, en un estudio longitudinal, Dalton (2004) señalaba que esta tendencia se estaría revirtiendo; de modo que los más educados se habrían convertido gradualmente en los más desconfiados respecto de las instituciones de la democracia. Para el caso latinoamericano, un estudio actual basado en datos del barómetro de las Américas encontró que el apoyo a la democracia (churchilliano) era más alto entre los más educados; quienes a su vez se manifestaban más en contra de un hipotético golpe de estado (Cohen et al., 2017). Además, estas tendencias se replicaban para las personas de mayores ingresos, de zonas urbanas, mayor edad y hombres (grupos de alto estatus social). Por su parte, Latinobarómetro (2015) reportaba resultados parcialmente diferentes: la educación sólo era un predictor significativo en países con una brecha social media. En ninguno de estos dos estudios se reportaron modelos explicativos del apoyo específico en función de variables sociodemográficas. Finalmente, Katz y Levin (2017) -con datos de Sudamérica- no encontraron diferencias significativas en los niveles de apoyo a la democracia entre quienes tenían una educación universitaria y quienes solo habían accedido a educación secundaria básica. Sin embargo, dentro del grupo de ciudadanos descontentos con el funcionamiento de la democracia (apoyo específico), era más probable que los de mayor nivel educativo mostraran mayores tendencias antisistema.

Respecto de la edad, la propuesta de Inglehart (1990; 1997; 2000) predice un efecto de cohorte en las transformaciones asociadas a la modernización. Este autor deposita una gran importancia en los procesos tempranos de socialización que condicionarían la experiencia política en el largo plazo. Por ejemplo, la generación socializada entre guerras (en contextos de desempleo, hambre, inseguridad y fragmentación social) reflejaría en sus valores la necesidad de mejora en los estándares materiales de vida (en términos de políticas: generar condiciones de pleno empleo, crecimiento económico y bienestar social).

Por su parte, la generación de posguerra habría sido socializada en condiciones de seguridad existencial y crecimiento económico, por lo que enfatizaría más en valores posmaterialistas (priorizar formas de participación directa, cuestiones de calidad de vida e inclusión) (Norris, 2011).

Sin embargo, la evidencia empírica al respecto tampoco resulta concluyente. El mencionado estudio de Klingemann y Fuchs (1995) en la Europa de mediados de los '90 muestra que los más jóvenes adherían más a los valores centrales de la democracia; siendo esto consistente con la perspectiva del cambio generacional. Además -y vinculado a las modificaciones en el acceso a la educación- Dalton (2004) encontraba que el grupo de jóvenes era también el más crítico respecto del funcionamiento de la democracia en sociedades posindustriales de Europa. Así, sería este segmento el que incrementaría su insatisfacción en función de las altas expectativas que tiene para la democracia. Sin embargo, Norris (2001) reporta datos que contradicen esto, siendo los de mayor edad los que tienen mayores aspiraciones democráticas y también un nivel de satisfacción ligeramente más alto (tanto para el conjunto de países de la WVS, como para las democracias electorales más antiguas y las sociedades posindustriales). En el mismo sentido se dan los datos que reportan Cohen et al. (2017) para Latinoamérica. Esto iría en contradicción con la hipótesis del cambio generacional y sería más consistente con los postulados que señalan un efecto evolutivo en estas tendencias en función del cual las personas mayores manifestarían un lazo más fuerte con las instituciones y una disminución de las actitudes críticas (Klingemann & Fuchs, 1995).

Finalmente, merece particular atención el rol del nivel de ingresos o estatus económico en relación con las actitudes hacia la democracia. Si bien en la muestra latinoamericana eran los sectores de mayores ingresos los que manifestaban mayor apoyo a la democracia; en el estudio de Norris (2001) sobre la WVS esta variable no tenía relación con las aspiraciones democráticas y, a su vez, se relacionaba negativamente con la satisfacción con la misma. Así, la tendencia era inversa a la del nivel educativo, lo cual resulta llamativo en tanto estas suelen ser variables correlacionadas positivamente entre sí. Esta autora concluye en que la forma en que la educación se relaciona con las actitudes políticas posiblemente se asocie –al menos parcialmente- al estatus socioeconómico, aunque las habilidades cognitivas, información y orientaciones cívicas aprendidas a través

de la educación formal podrían operar más directamente sobre las orientaciones generales acerca de cómo el sistema debería funcionar.

En este punto es relevante señalar que fueron los grupos que ocupan una posición favorecida por el statu quo -hombres, jóvenes, más educados, de mayores ingresos y zonas urbanas- quienes manifestaron una adhesión mayor al sistema en términos generales. Si bien esta es una hipótesis consistente con la perspectiva de posmodernización, también es posible una explicación alternativa desde las teorías de justificación de sistema. Como veremos más adelante (ver: *Justificación de sistema y variables sociodemográficas. Rol del estatus*) pueden tener una motivación adicional para legitimar el orden sociopolítico vigente. De cualquier modo, ya en 1995 Klingemann y Fuchs señalaban una caída progresiva de la relevancia de los clivajes sociodemográficos en relación con las actitudes políticas y encontraban relaciones débiles entre estas y aspectos como la confianza institucional y la competencia política.

Valores psicosociales

La noción de valores representa un constructo transversal a todas las perspectivas culturales de democratización y nodal en el abordaje de las bases sociales de la democracia. Los valores remiten a objetivos deseables, organizados en función de las prioridades que las personas asignan a un conjunto de principios tanto relativos a metas personales (como la familia, el trabajo o los bienes materiales) como sociales (igualdad, libertad, tolerancia) Por su parte, los valores políticos refieren a los principios que los ciudadanos consideran ideales para gobernar el estado, independientemente del tipo de régimen que esté en el poder. Estos sistemas de valores tienen un carácter relativamente difuso (pueden aplicarse a distintas esferas de la vida social) y durable, razón por la cual los cambios en esta esfera solo podrían ser graduales (Norris, 2011). Al respecto, Inglehart et al. (1998) señalan que las prioridades individuales reflejan en gran parte el contexto socioeconómico, de modo que se priorizan aquellas cosas que son escasas (*hipótesis de la escasez*). Pero, a su vez, la relación entre prioridades y entorno no es de ajuste inmediato, sino que se asienta fuertemente en procesos de socialización tempranos (*hipótesis de socialización*) (Inglehart, 2000; Inglehart & Flanagan, 1987). De este modo, el cambio en los sistema de valores es central en los enfoques de modernización y posmodernización y en el análisis del cambio generacional en las democracias desarrolladas (Inglehart, 1997; 2003; Inglehart et al., 1998; Inglehart &

Flanagan, 1987): el desarrollo económico, político y social ha generado un cambio *gradual* en las prioridades de las sociedades que –en democracias posindustriales– han ido virando desde preocupaciones materialistas (seguridad material y física, jerarquía, autoridad) hacia valores posmaterialistas que enfatizan en la calidad de vida (libertades individuales, expresión, participación). Según el trabajo de Inglehart y sus colaboradores (Inglehart, 1997; 2000; 2007; Inglehart & Flanagan, 1987) estos cambios generarían un efecto de *cohort* y redundarían en una expansión de los límites de la política y articulación de demandas ciudadanas (por ejemplo: movimientos de ampliación de derechos, demandas sobre temas medioambientales y minorías) (Dalton, 2004). Si bien es un aspecto central, la transición hacia valores posmaterialistas no es la única transformación, reconociéndose cambios en cuestiones normativas políticas, religiosas, sexuales y de género, entre otras (Inglehart, 2000; 2007; Inglehart et al, 1998). Desde esta perspectiva cultural, entonces, los valores no son meros epifenómenos de los cambios sociales o económicos, sino que también modelan estos cambios en una relación recíproca (Inglehart, et al., 1998).

Como mencionábamos, la literatura señala dos momentos centrales en los procesos de modernización: el cambio de las sociedades agrarias a industriales y el que se da de éstas hacia las sociedades posindustriales. En relación con estas transformaciones, Inglehart (2007) identifica dos ejes centrales en el análisis macro de los valores sociales que le permite ubicar a las sociedades en estos procesos de transición: el eje valores tradicionales-religiosos / valores seculares-rationales (tensión propia del proceso de modernización) y aquel entre valores de supervivencia / valores de autoexpresión (procesos de posmodernización). Esta última dimensión es cercana a la que antes conceptualiza como materialismo/posmaterialismo; aunque esta última enfatiza más en la dimensión individualista. En su análisis, reporta una correlación entre estos valores y el nivel de democracia (en función de indicadores de *Freedom House* sobre derechos políticos y libertades civiles y también de un indicador de democracia efectiva construido ad hoc), que se sostiene aun cuando se controlan otras variables como el apoyo explícito a la democracia, la confianza en las instituciones del estado, la participación voluntaria y la antigüedad de la democracia (Welzel & Inglehart, 2008). Así, un énfasis creciente en los valores de autoexpresión conllevaría mayores demandas de libertades civiles y políticas, igualdad de género y respuestas de los gobiernos, jugando un rol importante en la

democratización a través de la priorización de la capacidad de decidir (Welzel & Inglehart, 2008).

La propuesta de Inglehart supone relaciones de causalidad que parte de la literatura ha cuestionado. Al respecto, Dahlum y Knusten (2017) señalan que la coocurrencia de un alto nivel de democratización y la generalización de valores posmaterialistas en una sociedad puede deberse a otras variables que impactan sobre ambos, como la experiencia previa con la democracia. En cualquier caso, este enfoque es interesante y presenta un contraste con los abordajes clásicos de la cultura cívica que vinculaban la estabilidad democrática a una ciudadanía relativamente pasiva, que adhería a la autoridad y política y sólo se involucraba en los modos participativos convencionales. En este caso, una ciudadanía que fortalezca la democratización sería más asertiva y crítica, y sostendría valores que estimulen la libertad, la capacidad de expresión, elección y la tolerancia (Dalton & Welzel, 2014).

Por otra parte, el análisis a nivel macro que presenta Inglehart (2007) permite agrupar a los países en un plano bidimensional en función de sus posiciones en estos ejes, identificando una estabilidad en sus posiciones relativas que, además, se relacionan con sus niveles de desarrollo económico y sus tradiciones culturales, principalmente aquellas asociadas a la religión. La hipótesis del autor es que los países con sistemas económicos y político más desarrollados presenten una orientación hacia valores seculares y de autoexpresión. Para el caso de Latinoamérica, por ejemplo, encuentran un grupo (*clúster*) común caracterizado por una alta prioridad a valores tradicionales (de acuerdo con la herencia católica y su relevancia aún en el contexto actual) –aunque Argentina se ubica entre los más seculares de la región–, pero con alta prioridad a valores de autoexpresión, lo cual no era esperable en tanto no forman parte del grupo de países de mayor desarrollo (Inglehart, 2007).

Respecto del análisis de los valores a nivel individual, la mayor parte del trabajo de Inglehart y sus colaboradores se centra en el eje materialismo/posmaterialismo (Inglehart, 2003; 2007; Inglehart et al., 1998), que representa –de modo abreviado– la dimensión supervivencia/autoexpresión. Respecto del materialismo, se señala el énfasis en el crecimiento económico, el mantenimiento del orden y la lucha contra el crimen (Inglehart et al., 1998). Además, dado que lo ubica en contextos de incertidumbre que generan ansiedad y estrés, se relacionaría con una mayor necesidad de certidumbre y rigidez (Inglehart, 2000).

Así, los valores materialistas se vincularían con la adhesión a sistemas normativos rígidos y absolutos y con una mayor orientación hacia la autoridad; lo cual explicaría su relación con los valores religiosos: proveen de marcos normativos rígidos, apelan a la unidad familiar como eje de sociedades tradicionales y tienen una función social de control y orden (Inglehart et al, 1998). En este sentido, tienden a asociarse también con orientaciones políticas autoritarias y xenofóbicas (Inglehart, 2000). Por su parte, estos aspectos serían menos relevantes para quienes sostienen orientaciones posmaterialistas, propias de contextos de relativa seguridad y estabilidad. Así, para estas personas la necesidad de certidumbre y de reglas sería menor, tolerarían mejor la ambigüedad y estarían más orientadas al cambio social y cultural. Los valores posmaterialistas, entonces, enfatizan en la posibilidad de expresión y participación en las decisiones de gobiernos, en la protección de la libertad de expresión y la tolerancia (Inglehart, 2000; 2003). Así, se asocian con una mayor apertura en sus actitudes hacia temas como la homosexualidad, aborto, divorcio, prostitución, eutanasia, cambios en los roles tradicionales de género; a la vez que los materialistas permanecerían apegados a normas tradicionales en estos aspectos (Inglehart, 2000; 2007; Inglehart & Welzel, 2005). Por su parte, Dalton (2004) da cuenta de que los posmaterialistas tendrían también mayores niveles de capital social y se orientarían ideológicamente más hacia la izquierda.

Al respecto, Inglehart et al. (1998) proponen que los cambios que han sufrido las sociedades contemporáneas en estos aspectos también han ido transformando los significados y bases estructurales de las posiciones ideológicas. Así, mientras antes la izquierda se veía representada por la clase trabajadora (articulada en términos de la lucha por los medios de producción y la distribución del ingreso), actualmente tendría sus bases entre personas de clase media que se identifican con valores posmaterialistas, mientras que la derecha recogería apoyo de la clase trabajadora (Dalton, 2004; Inglehart & Flanagan, 1987). Además, aparecerían nuevos clivajes entre partidos que ya no remiten a política económica sino a aspectos culturales: partidos culturalmente conservadores –por ejemplo, xenófobos- apoyados por materialistas; en oposición a partidos que apoyan el cambio –por ejemplo, ecologistas-, apoyados por posmaterialistas (Inglehart, 2000). Por su parte, las sociedades en las que siguen predominando características de las democracias industriales, aún definirían izquierda y derecha en función del rol que se le da a la intervención del estado en la economía y la sociedad y los clivajes ideológicos remitirían más a cuestiones

sociodemográficas (Inglehart et al., 1998). En relación con esto, Braithwaite, Makkal y Pittelkow (1996) comprobaron en una muestra con estudiantes australianos, que efectivamente las prioridades materialistas o posmaterialistas no se relacionaban con orientaciones ideológicas respecto de temas económicos, aunque sí lo hacían en relación con posicionamientos de izquierda/derecha sobre otros temas, representando los posmaterialistas las posiciones progresistas.

Por otra parte, en tanto las autoridades siguen representando mayormente visiones tradicionales y jerárquicas de la política, mayores niveles de posmaterialismo se asociarían con una mayor crítica a la autoridad establecida, cuestionando las jerarquías y la naturaleza estructurada de la democracia representativa contemporánea (Inglehart, 1999). Sin embargo, esto no implicaría un retiro de la política, sino solo un alejamiento de los partidos y formas de acción política convencionales y una articulación de prácticas políticas y sociales no convencionales (Inglehart, 1999; 2000). Esto podría entenderse como potencialmente riesgoso para la gobernabilidad de las democracias, dado que remite a un respeto menor a las autoridades políticas y a vínculos débiles entre ciudadanos y representantes (Dalton, 2004). Sin embargo, la literatura sugiere que el cambio hacia sociedades posmaterialistas es una fuerza democratizadora -en función de su relación con mayores aspiraciones democráticas-, aunque con visiones críticas del funcionamiento político (Dalton, 2004; Inglehart, 1999; Norris, 2011). En este sentido, Dalton (2004) encuentra relaciones bajas o moderadas entre el posmaterialismo y la confianza política, pero sí señala que estos apoyan más a la democracia -como forma de gobierno, en términos de sus valores centrales e ideales- y su apoyo al gobierno es mayor cuando se trata de representantes de izquierda que cuando son de derecha. Además, manifiestan menos adhesión a la noción de comunidad política que refleja aspectos del nacionalismo. En otro trabajo señala que los posmaterialistas expresan menos confianza en la mayoría de las instituciones de gobierno, especialmente en aquellas que enfatizan la autoridad y el orden (como los militares y la policía) (Dalton, 2000). En la misma línea, pero en el contexto ruso (una sociedad de democratización reciente en el momento del estudio), Gibson y Duch (1994) encontraban que los posmaterialistas apoyaban más las instituciones y procesos democráticos, a la vez que era más probable que participaran políticamente de modo no convencional y de actividades que desafiaran al régimen. Por su parte, Norris (2001) replicó sólo parcialmente estos hallazgos dado que en su trabajo los valores posmaterialistas también se asociaron

con una mayor satisfacción con la democracia. En la misma línea, Borre y Anderesen (1997) reportaron una relación positiva entre valores posmaterialistas y confianza política en Dinamarca. Por su parte, Gabriel (1998) encontraba que, en términos generales, el poder explicativo de las orientaciones valorativas sobre la confianza política era bajo en democracias de Europa occidental. Sin embargo, sí identificó un efecto moderado de la religión sobre la confianza en el gobierno: si bien esperaba que este efecto fuera modelado por la orientación del partido de gobierno, esta tuvo un rol menor y, en general, una mayor religiosidad se asoció con menor desconfianza. En esta línea, las orientaciones autoritarias también se relacionaban –en algunos de los países– con una mayor confianza política.

Como vemos, es posible que personas que prioricen valores materialistas también tengan mayores niveles de actitudes religiosas, autoritarias y conservadoras y menores niveles de tolerancia; mientras que para los posmaterialistas la orientación sería inversa. Además, estos últimos manifestarían mayor adhesión a los principios democráticos y sus valores centrales, pero extenderían menos confianza a las autoridades e instituciones políticas. Así, serían una fuerza reformista más que anti sistémica, indicador de una democracia vital; aunque el éxito de sus demandas podría percibirse como una pérdida de gobernabilidad para aquellos que adhieren a visiones de mundo materialistas (Dalton, 2004).

En términos metodológicos, la propuesta de Inglehart y sus colaboradores entiende al materialismo y posmaterialismo como dos polos en un continuo (lo que implica que sean mutuamente excluyentes), unidimensionalidad que ha sido criticada por otras perspectivas: el apoyo a objetivos posmaterialistas no implicaría necesariamente el abandono de metas materialistas (para una revisión ver: Braithwaite, et al., 1996). Además, estos autores señalan que las mediciones que presenta la línea de Inglehart no diferencian adecuadamente entre actitudes –orientaciones descriptivas, prescriptivas o evaluativas hacia objeto específicos– y valores –de carácter más general sobre metas y comportamientos deseables– (Rokeach, 1973). Por su parte, Schwartz (2003) señala que sus respuestas pueden depender demasiado del contexto y evalúan las metas en términos sociales, pero excluyendo su relevancia para el individuo. Por nuestra parte, sostenemos estas diferencias entre actitudes y valores y creemos que la unidimensionalidad de la propuesta de Inglehart resulta insuficiente; reconociendo que puede verse afectada por el contexto. Sin embargo, sí destacamos que es un antecedente relevante que permite captar

valores sociales y no sólo objetivos y metas individuales. En este sentido, la perspectiva de Schwartz (1992; 1994; 2003; 2005), si bien es la más aplicada en psicología, puede no ser adecuada en relación con nuestro objeto de estudio. A continuación, desarrollamos una breve reseña de esta y algunas de sus limitaciones que nos conducen a un tercer enfoque que es el aplicado en este trabajo.

En términos conceptuales, la definición de valores no suele resultar conflictiva y la perspectiva de Schwartz (1992; 1994) no difiere significativamente de lo que hemos presentado hasta aquí. De modo breve, reconoce cinco rasgos centrales de los valores: 1) son conceptos o creencias, 2) remiten a fines o comportamientos deseados, 3) trascienden a situaciones específicas, 4) guían el comportamiento y 5) se ordenan de acuerdo con la importancia relativa que se les adscribe. Además, en un trabajo posterior agrega una sexta característica: distintos valores contribuyen simultáneamente a las actitudes o comportamientos en función de la relevancia que tienen para la acción y de su importancia para el actor (Schwartz, 2003). Así, también los diferencia del concepto más específico de actitud (Rokeach, 1973) y propone que estos son expresión de necesidades básicas de la existencia humana –biológicas y materiales de supervivencia, de interacción social y de supervivencia y bienestar de los grupos-; de modo tal que distintos valores expresarían distintos objetivos motivacionales.

Respecto de su organización, según Schwartz (1992, 1994) es posible identificar una estructura universal subyacente, de modo que gran parte de su trabajo se aboca a la identificación transcultural de su contenido básico. Así, si bien la jerarquía entre valores manifestará variaciones entre individuos y culturas, las relaciones de conflicto y compatibilidad entre ellos sería similar. Más específicamente, distingue 10 tipos motivacionales articulados en dos bipolaridades centrales, conformando una estructura circular (Schwartz, 1992; 1994; 2007). De este modo, mientras algunos valores tendrán relaciones de oposición ente sí, otros serán adyacentes: la primera dimensión opone la *apertura al cambio* (incluye motivaciones de estimulación y autodirección) a la *conservación* (seguridad, conformidad y tradición); mientras que la segunda opone la *autotrascendencia* (que incluye universalismo y benevolencia) a la *autopromoción* (que retoma motivaciones de poder y logro). Finalmente, la dimensión hedonista respondería tanto a la apertura al cambio como a la autopromoción. Respecto del hedonismo, Klingemann y Fuchs (1995) señalaban su carácter individualista –dado por el deseo de gratificación inmediata y la

prioridad a bienes individuales por sobre los colectivos— y su incompatibilidad con la visión tradicional de la política y el gobierno, ya que esta no brinda incentivos para la autoactualización hedonista. Así, serían propios —al igual que los valores posmaterialistas— de sociedades posmodernas, pero se asociarían con un interés y participación política menor, principalmente a través de medios convencionales. En términos generales, entonces, el primer eje opone valores que motivan a las personas a seguir sus intereses intelectuales y emocionales en direcciones impredecibles, donde se promueve el pensamiento, las experiencias novedosas y la acción independiente; a aquellos que preservan el estatus quo y la certeza que éste les proporciona, promoviendo la auto-restricción sumisa y la resistencia al cambio para la protección de la estabilidad y el orden. Como puede observarse, este eje tiene puntos de contacto con las características que Inglehart (2003; 2007) atribuye a las polaridades materialismo/posmaterialismo o supervivencia/autopromoción. Por su parte, la segunda bipolaridad opone la preocupación por intereses colectivos a aquellos que enfatizan el éxito y dominio personal (individualista); polaridad que Inglehart no había desarrollado.

Es preciso mencionar que, más allá de las diferencias teóricas y metodológicas, los hallazgos de Schwartz (2003) coinciden con lo que encuentra Inglehart (2000; 2007) en su análisis de sociedades posindustriales: los valores de benevolencia, autodirección y universalismo son consistentemente más importantes, a la vez que los vinculados al poder y la tradición —pero también a la estimulación— son los menos importantes. Por su parte, la seguridad, conformidad, logro y hedonismo se ubicaron en medio, aunque en su caso encontraron tendencias sorprendentemente similares en contextos socioculturales diversos (Schwartz & Bardi, 2001). Además, Barnea y Schwartz (1998) analizaron la relación entre estos valores y el comportamiento electoral y encontraron que los valores de autotranscendencia se asociaban positivamente a la preferencia por partidos de ideología democrática y negativamente a la preferencia por partidos religiosos; mientras que sucedía lo opuesto con los valores de conservación.

Respecto de la propuesta de evaluación empírica de este constructo, diversos estudios locales y regionales aplicaron tanto una versión completa (e.g.: Castro Solano & Nader, 2006; Delfino & Muratori, 2011; Delfino & Zubieta, 2011b; Peiró & Palencia, 2009) como reducida (e.g.: Imhoff & Brussino, 2013; Zubieta, Fernández & Sosa, 2012) del *Portrait Values Questionnaire* (PVQ) de Schwartz, reportando sus propiedades psicométricas. A

pesar de su relevancia para el análisis de aspectos políticos y sociales, en ningún caso se consiguió replicar la estructura original, ni se consiguieron indicadores de consistencia adecuados en todas las subescalas (ver también: Hinz, Brähler, Schmidt, & Albani, 2005 y para un metaanálisis: Steinmetz, Isidor & Baeuerle, 2012). Además, se trata de una escala extensa, con un planteamiento complejo de sus ítems –lo cual ha generado problemas en su aplicación, por ejemplo, en población sin educación formal (Schwartz, 2003)– y que se centra en una conceptualización y expresión puramente individual de los valores al preguntar a las personas por sus prioridades en término personales. Por estas razones, decidimos en nuestro trabajo recuperar una perspectiva alternativa, de carácter psicosocial y desarrollada regionalmente, que conjuga aportes relevantes de las perspectivas individuales y sociales (Pereira, Camino & Bastos da Costa, 2005). Además, cuenta con un formato de evaluación empírico más simple (Pereira, Camino & Bastos da Costa, 2004) que ha mostrado validez y pertinencia en la predicción de actitudes políticas (Pereira, Lima & Camino, 2000; Barros, Torres & Pereira, 2009).

Esta perspectiva reconoce y recupera los aportes de las principales corrientes en el estudio de los valores y, particularmente, integra el nivel de análisis de los tipos motivacionales (Schwartz, 1992) con la perspectiva sociológica de los cambios culturales (Inglehart, 1990) en un abordaje psicosocial (Barros et al., 2009; Pereira et al., 2004 2005). Consecuentemente, su definición incluye también la dimensión ideológica: los valores sociales son producciones de carácter social que surgen en el marco de las luchas intergrupales por el acceso al poder. Así, en la base de su desarrollo -más allá de las necesidades individuales- se encontrarían las identidades ideológicas vigentes de los grupos sociales (Torres, Pereira, Guimarães, Albernaz, Vieira & Barros, 2001). En esta línea, señalan que su perspectiva permite captar las contradicciones que surgen al interior mismo de los sistemas de valores en el marco de sociedades posmodernas que, a la vez que enfatizan en valores posmaterialistas para el desarrollo de la sociedad, subordinan sus leyes a un mercado globalizado en la búsqueda de un mayor lucro económico.

Más específicamente, esta perspectiva propone cuatro sistemas centrales de los valores: materialista, posmaterialista –que incluye sub-dimensiones de bienestar individual, social y trabajo–, hedonista y religioso (Pereira et al., 2011; 2004; 2005). En términos conceptuales, el contenido del sistema materialista es cercano a los valores de poder y el posmaterialista a los de universalismo, benevolencia y autodirección. Además, el sistema

religioso sería conceptualmente cercano a motivaciones de conformidad y tradición; mientras que el hedonismo se asociaría a la estimulación y al sistema hedonista de Schwartz (1992). En un estudio con población estudiantil brasilera se reportaron correlaciones entre el materialismo y la dimensión de orden superior de autopromoción (principalmente asociados al poder social), el posmaterialismo y la autotrascendencia (universalismo y benevolencia), la religiosidad y la conservación (principalmente tradición y conformidad) y el hedonismo y la apertura al cambio. Además, la conservación mostró una correlación significativa con el posmaterialismo, un hallazgo que puede ser contra intuitivo (Pereira et al., 2005). Asimismo, y en función de que todos los valores remiten en última instancia a metas deseables, se evidenció que no existían relaciones de oposición entre ellos, de modo que no podrían comprenderse como polos opuestos en un mismo eje. Respecto de su validez predictiva, encontraron que los valores hedonistas se relacionaban positivamente con una mayor tolerancia y negativamente con el autoritarismo; los valores religiosos se asociaban negativamente con la tolerancia y los materialistas lo hacían positivamente con el autoritarismo (Barros et al., 2009). Finalmente, evaluaron la relación de los valores con actitudes de apoyo a la democracia y encontraron que los valores religiosos se asociaban con actitudes negativas hacia la democracia, mientras que los posmaterialistas lo hacían con actitudes positivas (Pereira et al., 2001). En conjunto, se aportó evidencia no sólo de la estructura y confiabilidad del instrumento desarrollado, sino de su pertinencia en el abordaje de aspectos ideológicos y actitudes políticas. Sin embargo, su principal limitación es no haber sido probado en poblaciones no estudiantiles, aspecto que abordamos aquí.

A modo de síntesis, señalamos la relevancia del estudio de los valores no sólo en las perspectivas comparadas transculturales y el análisis del cambio social, sino también a nivel del análisis y comprensión de las actitudes y comportamientos políticos individuales. Así, destacamos su carácter de producción social, con contenido ideológico que modela muchas de las orientaciones más específicas hacia el mundo político. En este sentido, reportamos evidencia empírica suficiente de la asociación no sólo entre valores e ideología política, sino también entre éstos y aspectos vinculados al involucramiento político, la confianza institucional y las orientaciones hacia la democracia. Además, señalamos cómo los procesos de modernización y democratización han tenido un correlato en el desarrollo de las sociedades y, particularmente, de los recursos, capacidades y orientaciones individuales

hacia la política. En el próximo apartado exponemos los aspectos cognitivos vinculados a esas transformaciones.

Movilización cognitiva

La *competencia cívica* es una de las precondiciones fundamentales para la democracia: aún en los modelos de democracia electoral restringida, la ciudadanía debe contar con las herramientas básicas para evaluar el desempeño de los partidos y las alternativas y entender los procesos electorales (Welzel & Inglehart, 2010). Afirmaciones como estas se han utilizado para cuestionar la posibilidad de democracias más participativas, sobre la base de los bajos niveles de conocimiento político registrados aún en las democracias más desarrolladas (Luskin 1987). Sin embargo, los recursos de las personas no se agotan en conocimientos cívicos formales, sino que pueden hacer de uso de otras herramientas en los procesos de toma de decisión política (Brussino, Alonso & Imhoff, 2015), resultando el conocimiento un indicador insuficiente para captar los procesos de movilización cognitiva en relación con lo político. En este sentido, el enfoque de posmodernización sostiene que los mencionados incrementos del acceso a la educación, la expansión de las tareas intelectuales y la exposición creciente a información diversa – reduciendo el costo de acceso a la información política– han contribuido a la expansión de las habilidades para realizar juicios y tomar decisiones políticas (Dalton, 1984). Así, aunque el conocimiento no se haya incrementado formalmente, sí se habrían modificado las habilidades cognitivas y la información disponible (Welzel & Inglehart, 2010). Además, el trabajo de Inglehart (1979) propone que las transformaciones en las prioridades (valores) de la ciudadanía hacia orientaciones posmaterialistas también impactarían en aspectos cognitivos del involucramiento político; no sólo por estar sobre-representadas entre la población con mayor acceso a la educación y a recursos materiales y simbólicos, sino también porque sus orientaciones valorativas representan aspiraciones minoritarias que – combinadas con su contenido normativo orientado hacia la política– pueden vehicular un interés en lo político como vía de incluirlas en la agenda. Esta hipótesis es comprobada empíricamente por Gabriel y Van Deth (1998): los valores posmaterialistas se relacionaron consistentemente con un mayor interés político en casi todos los países de Europa Occidental; mientras que la religión y la ideología política no tenían relación con éste. Sin embargo, la evidencia empírica no vincula necesariamente sofisticación política (en

adelante: SP) y orientación crítica; en la mayoría de los casos una mayor SP redundaría en menores niveles de desconfianza y cinismo y promovería el apoyo a valores democráticos (Finkel & Smith, 2011; Galston, 2001). Así, es una característica de una comunidad política más asertiva y crítica, rasgo de una cultura cívica deseable en el marco de sociedades posmodernas (Inglehart, 2000).

Como veremos, si bien las variables de conocimiento cívico y político son indicadores de la SP, ésta también incluye aspectos motivacionales y de involucramiento con la política. Al respecto, Prior (2005) señala que la disponibilidad de información y las alternativas que provee la oferta mediática actual sólo será una fuente de información relevante para aquellos que ya están interesados en política. En la misma línea, Gibson y McAllister (2015) encuentran que el acceso a la información política –principalmente con la expansión del uso de internet– ha contribuido a aumentar la brecha entre quienes tienen más y menos conocimiento político en lugar de conducir a un demos mejor informado. En este sentido, si bien el contexto sociopolítico actual puede favorecer la movilización cognitiva en torno a lo político, los aspectos motivacionales son ineludibles para ello. Por su parte, Luskin (1990) señalaba que la SP (evaluada a través del nivel de conceptualización política y reconocimiento de temas políticos vigentes) dependía más de las motivaciones y la habilidad cognitiva que de la simple exposición a información política y la educación formal. De hecho, la literatura en el área suele incluir aspectos motivacionales –evaluados a través del interés político– como indicadores de SP antes que como una variable exógena explicativa (Dalton, 1984; Lavine & Gschwend, 2007; Sulmont, 2009; Weisberg & Nawara, 2010). Además, algunos antecedentes incluyen simplemente el nivel educativo como dimensión relativa a las habilidades (por ejemplo: Dalton, 1984; Turper & Aarts, 2017), mientras que otros evalúan también el conocimiento político (por ejemplo: Rahn, Aldrich, Borgida, & Sullivan, 1990; Weisberg & Nawara, 2010). Por nuestra parte, analizamos indicadores de conocimiento cívico y político e interés político como variables que atañen a la movilización cognitiva, pero, salvo en casos específicos, evitamos combinarlos en una única variable, dado que nos interesa conocer la relevancia de cada una de sus facetas. Independientemente de su operacionalización, se trata de un constructo vinculado al procesamiento cognitivo de información política, que excede a la educación y el conocimiento político; siendo un recurso relevante para la participación en el proceso democrático. En este sentido, es un indicador del desarrollo de los esquemas políticos (Rhee

& Capella, 1997), que nos es útil como forma de valorar la capacidad de las personas de conectar estos esquemas con la toma de posición y comportamientos políticos (Michaud, Carlisle, & Smith, 2009). Así, el interés y conocimiento político pueden mejorar la calidad y la cantidad de participación, permitiendo que los ciudadanos tomen decisiones y ayudándoles a resistir la manipulación de la elite (Delli Carpini & Keeter 1996).

En función de esto, no es extraño que gran parte del trabajo empírico en esta línea analice su rol respecto del proceso de toma de decisión por excelencia en la democracia representativa: el voto y, en particular, sus implicancias respecto de las teorías del voto económico (por ejemplo: Dassonneville, 2012; Godbout & Bélanger, 2007; Gómez & Wilson, 2007; Miller, 2011). Además, se ha analizado su relación con otras variables vinculadas a la cultura política, muchas de las cuales son objeto de análisis en nuestro trabajo; por ejemplo, con las orientaciones ideológicas (Delfino & Zubieta, 2011a) –particularmente partidarias– examinando si los procesos vinculados a la movilización cognitiva cumplían algún rol en la pérdida de relevancia de los clivajes partidarios (Dalton, 1984; 2007; Lisi, 2010; Marthaler, 2008). En ninguna de estas áreas existe evidencia concluyente respecto de las implicancias de los niveles de sofisticación, pero, en todos los casos, se sugiere la necesidad de comprenderla como mediadora en las distintas evaluaciones, toma de posición y decisiones políticas, modelando el efecto de aspectos tanto ideológicos como emocionales y coyunturales.

De modo más específico, se sugiere que la SP se relaciona con una mayor posibilidad de responsabilizar a los gobiernos por los resultados de sus decisiones (Gómez & Wilson, 2007; Lisi, 2010), facilitando la capacidad de las personas de promover sus intereses en la agenda pública (Galston, 2001); contribuyendo a incrementar la volatilidad electoral (Dalton, 2007; Dassonneville, 2012) y transformando los vínculos partidarios. Respecto de esto último, contrariamente a lo que sugería Dalton (1984) respecto de un incremento de la proporción de ciudadanos con alta movilización cognitiva pero baja adhesión partidaria, la evidencia reciente señala que la ciudadanía políticamente más sofisticada es la que muestra mayores vínculos partidarios y confía en estas afiliaciones como heurísticos en la toma de decisión (Albright, 2009; Carreras, 2014; Lisi, 2010; Marthaler, 2008). Al respecto, es posible que uno de los mecanismos involucrados en esta relación sea la mayor consistencia en las actitudes políticas que demuestran las personas con un mayor conocimiento político, aunque –según Galston (2001)- ello no excluye la posibilidad de cambiar de opinión en

función de la información disponible sobre temas de relevancia pública. Por otra parte, Miller (2011) encuentra que las emociones no son incompatibles con la SP y que, de hecho, los ciudadanos más sofisticados son también los que experimentan más reacciones emocionales a estímulos políticos, interactuando con aspectos cognitivos y motivacionales en sus comportamientos. Finalmente, una mayor SP se asocia con mayores niveles de participación política –tanto a través de acciones convencionales como no convencionales (Carreras, 2014; Delli Carpini & Keeter, 1996; Galston, 2001; Turper & Aarts, 2017) – y, al menos en el contexto político argentino, las orientaciones ideológicas progresistas se asocian con una mayor motivación e interés político (Delfino & Zubieta, 2011a).

Por otra parte, nos interesa el rol de las variables vinculadas a la movilización cognitiva en el desarrollo de actitudes de apoyo (o crítica) a los sistemas políticos democráticos, sus instituciones y actores centrales. En primer lugar, recuperamos el trabajo de Turper y Aarts (2017) que, en un estudio de panel de la ESS en Holanda, encuentran que una mayor SP predice la confianza política (hacia el parlamento, los políticos y los partidos políticos) y que, si bien la brecha es pequeña, muestra una tendencia creciente en las sucesivas rondas. De cualquier modo, sus datos sugieren que las valoraciones de confianza política no serían sustantivamente diferentes para ciudadanos con baja y alta SP, en relación con actitudes más generales hacia la democracia y sus valores centrales. Al respecto, Galston (2001) también señala el rol de conocimiento político en el incremento de los niveles de confianza y la reducción de la sensación de alienación política: es más probable que las personas que tienen más conocimientos comprendan los factores contextuales que pueden condicionar deficiencias institucionales, en lugar de atribuirlos a fallas inherentes del sistema o aún del carácter de los funcionarios. Sin embargo, Carreras (2014), en un estudio con datos de LAPOP, no replica esta relación entre el conocimiento y la confianza política, atribuyéndolo a aspectos propios del contexto político regional vinculados a la corrupción y el cinismo: mientras que para algunos un mayor conocimiento puede efectivamente conllevar una comprensión de los condicionamientos institucionales de la toma de decisiones complejas, para otros puede conducir a una mayor conciencia de los problemas de corrupción e ineficiencias estructurales crónicas.

Respecto de la legitimidad política, Gibson y sus colaboradores representan uno de los esfuerzos más sistemáticos de abordar empíricamente la relación entre ésta y aspectos cognitivos y motivacionales de la SP –con especial énfasis en el nivel de conocimiento e

información política-; en su caso, evaluando las actitudes hacia la corte suprema de justicia estadounidense (por ejemplo: Caldeira & Gibson, 1992; Gibson, 2007; Gibson & Caldeira, 2009; Gibson et al., 2003b). Si bien se trata de un objeto político específico que, además, tiene particularidades en tanto es un órgano de justicia, que no tiene una función de gestión política, ni resulta de la elección popular; es relevante para nuestro trabajo al ser una aproximación compleja a la legitimidad –incluyendo indicadores de apoyo difuso– y unos de los pocos antecedentes específicos que incluyen estas variables. Sus resultados –provenientes de encuestas que incluyen manipulaciones experimentales– aportan evidencia consistente del impacto positivo de un mayor conocimiento y conciencia sobre el desempeño de esta institución sobre la expresión de lealtad y legitimidad hacia la misma (apoyo difuso), así como una mayor disposición a aceptar sus decisiones; aunque no tenía efectos significativos en la evaluación (positiva o negativa) de sus decisiones. Además, señalaron la relevancia de otros predictores como la eficacia política externa, el activismo político y social, el nivel educativo y los valores políticos; a la vez que la confianza política y otros aspectos sociodemográficos no realizaron aportes explicativos significativos (Caldeira & Gibson, 1992). De cualquier modo, el caso de la corte suprema norteamericana puede ser particular aún en otro sentido, expresado en la tesis del sesgo positivo: el mayor conocimiento de esta institución conlleva la mayor exposición a símbolos de la legitimidad judicial (como las túnicas y la forma privilegiada de trato: *su señoría*) (Gibson & Caldeira, 2009). Esta simbología y valoración social esencialmente positiva no se da para las instituciones políticas; de hecho, en un estudio sobre las actitudes hacia el congreso en Estados Unidos, Mondak, Carmines, Huckfeldt, Mitchell & Schraufnagel (2007) encontraron una relación negativa entre el conocimiento político y la aprobación del congreso, aunque eran los más sofisticados los únicos que podían realizar sus evaluaciones sobre la base de sus propios *méritos*, mientras que los poco sofisticados lo hacían mayormente en base a valoraciones dispares, como por ejemplo la asociación con alguna figura política popular. En nuestro caso, cómo veíamos respecto de las representaciones sociales (ver: [Representaciones sociales sobre democracia. Antecedentes Empíricos](#)), es posible que la democracia en términos ideales goce de un sesgo positivo, pero que este no sea el caso respecto de su aplicación en el contexto político real. Así, es posible que el rol de la movilización cognitiva sea de signo diferente en función del contexto político y, desde la perspectiva de la posmodernización, se espera impacte positivamente sobre las actitudes y

valores democráticos, aunque posiblemente disminuya la confianza (acrítica) en el funcionamiento de la política.

Otra parte de la literatura aborda estas actitudes democráticas a un nivel más general en relación con la movilización cognitiva. Por ejemplo, el trabajo de Linde y sus colaboradores sobre la corrupción y percepción de justicia en democracias nórdicas y poscomunistas señala que el interés político tiene un efecto positivo significativo tanto sobre la satisfacción como sobre el apoyo al sistema político democrático, aunque este es menor en comparación con los efectos de las variables vinculadas al desempeño; pero estable entre democracias con más y menos desarrollo (Erlingsson et al., 2014; Linde, 2012; Linde & Erlingsson, 2013). Además, en una muestra italiana, Memoli (2011) examinó un modelo explicativo del apoyo al sistema político y encontró que el interés y el nivel educativo eran mejores predictores que el apoyo específico. Además, identificaba relaciones significativas del nivel educativo, interés y conocimiento político entre sí; y enfatizaba en la relación entre el sexo y estatus ocupacional y el interés y conocimiento político (siendo estos últimos mayores para los hombres y las personas empleadas). Por su parte, en el contexto mexicano, Laca Arocena et al. (2011) encontraron una relación positiva entre el interés político y la aceptación de la democracia. Por su parte, con mediciones relativamente más complejas tanto del apoyo a la democracia como del nivel de entendimiento político, Cho (2014) encontró un efecto positivo y significativo de la segunda sobre la primera que, además, se incrementa en la medida en que una persona es más políticamente sofisticada y con la experiencia democrática (más fuerte en las democracias de más larga data). Además, este se mantiene aun cuando se controlan variables relevantes de los enfoques culturales (educación, interés político, participación cívica, confianza interpersonal, valores emancipativos) e institucionales (satisfacción económica, nivel de democracia percibido) que, sin embargo, también realizan aportes explicativos significativos

Al respecto, Delli Carpini y Keeter (1996) sostienen que en la medida en que los ciudadanos tengan más conocimiento sobre las normas y procedimientos de la democracia, es más probable que apoyen sus principios centrales y manifiesten una mayor tolerancia hacia grupos con los que desacuerdan (en función del respeto a las libertades civiles como rasgo normativo básico de la democracia). En el trabajo de Carreras (2014) con datos regionales se sustenta empíricamente esa hipótesis, encontrando una relación positiva

entre conocimiento y tolerancia política y, además, un aporte explicativo aún mayor del interés político y el nivel educativo; tres dimensiones vinculadas a la SP. Por su parte, Galston (2001) enfatiza en la relación entre conocimiento político y nivel educativo y el apoyo a valores democráticos y la tolerancia política. En esta línea, en un estudio cuasi experimental sobre las actitudes hacia el matrimonio entre personas del mismo sexo, Hall (2014) aportó evidencia acerca del impacto del conocimiento (en este caso, de la constitución estadounidense) sobre la formación de actitudes, incrementando la tolerancia. Además, Peterson, Duncan y Pang (2002) examinaron en una muestra de estudiantes universitarios estadounidenses la relación entre actitudes autoritarias (RWA) y el conocimiento e interés político, encontrando que eran los estudiantes más autoritarios quienes tenían menores niveles en ambas variables y, además, que el autoritarismo no se relacionaba con el tipo de información ni la credibilidad de las fuentes. Esta relación es replicada en el contexto latinoamericano por Carreras (2014), quien encuentra también que una mayor educación reduce el autoritarismo.

Finalmente, Laca Arocena et al. (2011) dan cuenta de la relación entre el interés por la política y la capacidad de comprender los sucesos políticos, señalando que esto afecta la posibilidad de formar opiniones políticas. En este sentido, Carreras (2014) comprobaba que las personas que tenían más conocimiento, mayor educación y eficacia política, eran más capaces de formar una opinión sobre temas políticos (independientemente de su signo). Esto es relevante no sólo para analizar la estabilidad de las actitudes, sino especialmente en términos metodológicos: un estudio por encuestas como el nuestro demanda de la ciudadanía que responda a un conjunto de temas sobre los cuáles puede no tener una opinión previa. Así, el nivel de conocimiento e interés político pueden tener impacto también en la precisión y confiabilidad de estas respuestas. Al respecto, Sturgis y Smith (2010) examinan las relaciones entre el interés y conocimiento político y la disposición a brindar respuestas (a favor/en contra) a problemas ficticios. Así, las personas más interesadas tendían a brindar más respuestas a problemas ficticios (en lugar de admitir ignorancia), pero aquellas que tenían más conocimientos tendían a dar menos. Sin embargo, estas respuestas no se daban al azar, sino que se buscaba un significado y respondían a actitudes previas y tendencias partidarias. Estos datos nos alertan acerca de cómo no sólo pueden las actitudes diferir en función de nuestras variables de interés, sino también en la forma de reportarlas por parte de nuestros participantes. En la misma línea,

Norris (2001) señalaba que, en vistas del apoyo abrumador a la democracia –aún en contextos en donde se carece de garantías básicas o es un sistema político nuevo–, es relevante evaluar qué entienden las personas cuando manifiestan adhesión a la democracia. Es por esta razón que nuestro estudio comprende un análisis de las representaciones sociales de la democracia que, junto a los niveles de SP, nos permita conocer mejor las implicancias de las actitudes y comportamientos políticos relevados.

En conjunto, la evidencia empírica coloca a la SP como un factor modulador de las actitudes y comportamientos políticos, así como una influencia relevante en los procesos de modernización y democratización. Asimismo, presenta un panorama relativamente optimista para el desarrollo de formas más participativas de gobierno. Sin embargo, un conjunto de evidencia sugiere la frustración de estas expectativas en función del registro de una desafección política creciente. Por ejemplo, Lusoli, Ward y Gibson (2006) señalaban una caída en los niveles de interés político, confianza, eficacia política externa y voto, evidenciando un distanciamiento –cognitivo y comportamental– de las instituciones y la política en general. Así, como señalábamos antes, la oferta de información y la posibilidad de acceso a la misma necesita de otros aspectos motivacionales para redundar en actitudes políticas críticas, proactivas y positivas: En esta línea, Welzel & Inglehart (2010) proponen que la competencia cívica no sólo tiene un componente objetivo, sino también uno subjetivo que responde a la sensación de eficacia política: creer que uno puede participar en el sistema político de una forma significativa. Independientemente de su precisión, estas evaluaciones tendrán consecuencias significativas motivacionales, actitudinales y comportamentales: cuando las quejas se dan juntamente con sentimientos de baja eficacia política, resultan en pasividad y distanciamiento; mientras que cuando conviven con sentimientos de eficacia política redundan en acciones de expresión pública de estas preocupaciones y en la posibilidad de iniciar acciones contestatarias tendientes al cambio. Así, los aspectos objetivos de la movilización cognitiva y los subjetivos de la eficacia política operarán conjuntamente en el desarrollo de prácticas democráticas (Memoli, 2011).

Consecuentemente, en el próximo apartado desarrollamos variables vinculadas a esta noción de la competencia subjetiva y de su contracara, expresión de los procesos de desafección política democrática que forman parte de nuestra cultura política.

Desafección política: Ineficacia política y cinismo.

En esta sección exponemos evidencia empírica respecto de actitudes que suelen entenderse conjuntamente como indicadores –en su polo negativo– de alienación o desafección política (Lovseth, 2001; Southwell, 2012; Torcal & Montero, 2006): un sentimiento de extrañamiento, de carácter duradero, respecto de las instituciones políticas, la expresión de sus valores y sus líderes. Al respecto, Torcal y Montero (2006) establecen una diferencia entre la desafección y la alienación política, entendiendo que sólo esta última conlleva una amenaza a la legitimidad institucional. Por nuestra parte, las tratamos como equivalentes, dado que en los antecedentes empíricos suelen evaluarse través de un mismo conjunto de indicadores –como la eficacia política y el cinismo (Malkoun, 2005)– y, en ningún caso, se refiere directamente al extrañamiento respecto del ideal democrático o a la falta de apoyo al régimen político en términos difusos, sino que se vinculan más a la apatía y la pasividad. Así, parte de la apatía que se registra en muchos contextos (e.g. Duarte Moller & Jaramillo Cardona, 2009) es explicada por este sentimiento de impotencia política, polo de un continuo cuyo extremo opuesto sería la eficacia política (Laca Arocena et al., 2011). De este modo, el cinismo y la ineficacia política son variables relacionadas entre sí y, según sugieren Torcal y Montero (2006), son rasgos relativamente estables de las culturas políticas, no respondiendo a aspectos coyunturales: las fluctuaciones en las evaluaciones de los gobiernos en el corto plazo pueden afectar a la movilización política e inclusive conducir a la derrota electoral de un gobierno, pero no impactan en la desafección política. Así, si bien la literatura citada suele incluir como parte de este *síndrome* de desafección a la confianza política, lo hace vinculándola no ya al desempeño institucional –y, por tanto, atada a los cambios de gobierno–, sino como aspecto más estable de la relación de la ciudadanía con el sistema político. En conjunto, la desafección o alienación política se asocian a la erosión del capital social, reflejando un debilitamiento de las redes de reciprocidad y cooperación (Putnam, 2000; Torcal & Montero, 2006); vinculándose así a contextos de anomia social (Laca Arocena et al., 2011), aspecto que desarrollaremos más adelante (ver: *Percepción de anomia y clima socio-emocional*).

En esa línea, Lovseth (2001) señala que en una ciudadanía políticamente alienada se generan las condiciones para la proliferación de la corrupción política como expresión de la incapacidad y desinterés en actuar colectivamente y la falta de confianza y lealtad respecto de las redes formales del sistema político. En consecuencia, se espera que los indicadores de

alienación política se asocian negativamente con la valoración del desempeño del sistema y sus instituciones, así como con su legitimidad; en tanto son contradictorios con el desarrollo de una cultura cívica, con la posibilidad de generar lazos sociales y políticos que organicen el interés común y de que este se vea representado en las instituciones de gobierno (Lovseth, 2001). Sin embargo, según Lovseth (2001), la alienación política sería más una consecuencia que una causa de la ilegitimidad política y ambas serían factores determinantes de la corrupción, aunque su estudio no permite probar la direccionalidad de estas relaciones.

De modo más específico, conceptualizamos a la impotencia política como la sensación de que el propio comportamiento no puede determinar los resultados políticos deseados (Lovseth, 2001), lo cual debilita la probabilidad de participar e interesarse por los procesos políticos y la confianza mutua entre individuo y sistema, en tanto está ausente la conexión más básica. Este constructo representa la contracara de la dimensión subjetiva de la eficacia política (en adelante: EP) en términos de disposiciones hacia la política y sentimientos de capacidad y efectividad en esta esfera (Easton & Dennis, 1967): esta es la sensación de que la acción política individual tiene –o puede tener– un impacto en el proceso político, que el cambio social y político es viable y que se puede participar en ese proceso. Además, la literatura en el área diferencia dos dimensiones: la eficacia política interna (en adelante: EPI) y la eficacia política externa (en adelante: EPE) (Niemi, Craig & Mattei, 1991; Southwell, 2012). La EPI concierne a la evaluación individual de cuánto poder o influencia puede la persona tener en el desarrollo de los eventos y resultados políticos. Esta dimensión es cercana a la noción de competencia política propuesta en el clásico trabajo de Almond y Verba (1963). Por su parte, la EPE refiere a la receptividad y capacidad de respuesta a las demandas ciudadanas (no sólo a las individuales) que se le atribuye a los gobiernos e instituciones políticas. De modo más específico, remite a si los partidos ofrecen opciones significativas, si las elecciones son un modo efectivo de influencia ciudadana sobre el sistema político y si los funcionarios electos efectivamente representan a la sociedad. Respecto de esta última, algunos antecedentes etiquetan como *confianza política* indicadores de la percepción de la capacidad e intención de respuesta de los gobiernos, respondiendo en realidad más a la noción teórica de EPE (por ejemplo, Wood, 2014). Sin embargo, Craig, Niemi y Silver (1990) presentaron evidencia empírica de que la EPE y la confianza política responden a conjuntos actitudinales diferenciados.

En términos empíricos, los niveles de eficacia y alienación política pueden manifestar variaciones individuales en función de aspectos personales (como el estatus) y coyunturales (como la posición respecto de la política de gobierno). Para el caso de América, con datos de LAPOP, Lee, Randall y Vaught (2015) evidencian puntuaciones de EPE que van de un 28/100 en Colombia a un 49,2/100 en Surinam, de modo que –en todos los casos– quedan por debajo de la media teórica. Por su parte, Argentina se ubica alrededor del promedio regional con 41,3/100 puntos. Respecto de sus predictores, Wood (2014) sostiene que las personas que pertenecen a estatus más bajos (minorías étnicas, mujeres, personas de bajos ingresos y menor acceso a la educación) se sentirán más alienadas políticamente. Contrariamente, quienes se identifiquen con grupos favorecidos por el gobierno actual (e.g., ciudadanos demócratas durante el gobierno de Obama), que tengan una identificación partidaria (independientemente de a qué partido pertenezcan y qué partido gobierne) y quienes participen más en organizaciones civiles/políticas manifestarían menos alienación política. En su estudio con población estadounidense luego de las elecciones presidenciales de 2008, encuentran que el compromiso cívico, la educación y la pertenencia a un partido político reducían los niveles de alienación política (evaluada en términos de eficacia política). Así, el único aspecto relevante vinculado al estatus fue el nivel educativo; ante lo cual sugieren que la apelación a los sectores minoritarios de la campaña electoral de Obama podría haber impactado en un sentimiento de mayor eficacia entre estos grupos previamente excluidos. Southwell (2012) reporta resultados similares, pero con una tendencia aún más marcada en el contexto poselectoral de 2008: las minorías étnicas y las mujeres mostraron mayores niveles de EPE y –principalmente– de EPI, aunque no mayores niveles de confianza política. Además, en este estudio, la educación formal y la identificación partidaria fuerte también fueron factores que redujeron significativamente la alienación política. En el caso de Latinoamérica, no se replicaron estos hallazgos, siendo la edad el único predictor sociodemográfico significativo: las personas de mayor edad tenían una mayor EPE (Lee et al., 2015). En línea con las hipótesis de Wood (2014), Mierina (2014) en su análisis de democracias *poscomunistas* encontraba que eran las personas de sectores más desfavorecidos las que se encontraban más alienadas políticamente (en términos de EPI y también de confianza). Además, señaló que las personas de izquierda y las que no tenían identificación partidaria también evidenciaban mayores niveles de alienación política. Esto se daba en un contexto donde predominaba la desconfianza social y política,

con relaciones sociedad/gobierno de carácter conflictivo; lo cual proveía las bases para la exclusión, el crimen, la discriminación y la violencia. Respecto de los aspectos normativos relacionados, Gabriel (1998) encontró que –con algunas excepciones- las orientaciones posmaterialistas y las orientaciones liberales (como opuestas al autoritarismo) tenían un efecto positivo en la competencia cívica (EPI) en democracias de Europa occidental. Sin embargo, en algunos casos, este efecto interactuaba con el nivel educativo y el involucramiento político. Además, examinaron el impacto de los valores religiosos sobre la EPI, sin encontrar un patrón concluyente.

Por otra parte, se espera que la EP se relacione con las valoraciones de legitimidad del sistema político tal como las entendemos aquí. De hecho, Easton y Dennis (1967) desarrollan una dimensión normativa de la EP –vinculada a los aspectos subjetivos y comportamentales– que remite al carácter representativo de las democracias liberales respecto del deber de las autoridades de actuar en correspondencia a las demandas ciudadanas. En esta línea, Iyengar (1980) analizó a la EP (en sentido general) como indicador de apoyo difuso al sistema político en un estudio de panel, encontrando que se trata de actitudes estables en el tiempo y que responden escasamente a valoraciones del contexto político. Sin embargo, sí registraron relaciones moderadas entre la EP, el haber votado por candidatos ganadores en períodos previos y la aprobación política (incluye satisfacción con la política económica y el manejo del gobierno de problemáticas centrales, así como el acuerdo con políticas de integración –aspecto ideológico–). Por su parte, Lee et al. (2015) sugieren que en Latinoamérica –región donde los niveles de apoyo difuso y específico manifestarían más conexión que en contextos como el estadounidense– es posible que, al menos la EPE, responda más a las evaluaciones de desempeño. Así, encuentran una relación entre la EPE, la aprobación presidencial y las evaluaciones de la tarea del gobierno respecto a la economía, el crimen y la corrupción. Por su parte, Alister Sanhueza et al. (2015) evidenciaron –en el contexto latinoamericano– que la EPI sí tenía un efecto sistémico positivo, pero sobre la satisfacción con la democracia; mientras que es la EPE lo tenía sobre el apoyo político en términos difusos. Complementariamente, Chen (2017) encontró en una muestra china que, mientras que la EPE predecía la confianza en el gobierno, la EPI se asociaba negativamente con esta. En términos generales, la evidencia sugiere que la EP respondería –en mayor o menor medida, dependiendo del desarrollo democrático– al tipo de políticas implementadas, principalmente a través del modo en que incluyen y excluyen

distintos grupos sociales; señalando que algunos de estos son sistemáticamente excluidos de los procesos políticos y es por esta razón que –salvo contadas excepciones– muestran mayores niveles de alienación política (Malkoun, 2005)

Por otra parte, la EPI y la EPE pueden tener diferentes consecuencias comportamentales, siendo su rol en relación con el comportamiento electoral en general, y a la decisión de concurrir a votar en democracias donde el voto no es obligatorio en particular, los aspectos más analizados (Becker, 2004; Michelson, 2000; Moeller, De Vreese, Esser & Kunz, 2014; Southwell, 1985; 2008; 2012; Southwell & Everest, 1998). Por ejemplo, en el citado estudio de Southwell (2012), la EPI se asoció con la decisión de ir a votar y –en menor medida– con la opción electoral por Obama, mientras que la EPE tuvo un efecto positivo fuerte y significativo sólo en la preferencia por Obama, pero no en la decisión de participar electoralmente. Al respecto, si bien la mayoría de los estudios tienden a priorizar el efecto de la EPI sobre el comportamiento electoral, también se identifica –en algunos casos– un aporte significativo de la EPE, aunque estos efectos suelen ser modestos y no deberían sobreestimarse (Becker, 2004). De cualquier modo, se reconoce en términos generales que es necesario cierto nivel de EP para emprender acciones políticas: la EP es una vía central para la transformación de las demandas en acciones, principalmente cuando involucra la movilización colectiva (Osborne, Yogeewaran & Sibley, 2015; Torcal, 2006) y es un factor de mediación importante entre las convicciones morales y, por ejemplo, el comportamiento de protesta (van Zomeren, Postmes, & Spears, 2012). Sin embargo, Osborne et al. (2015) señalan que la relación entre la EP y la participación política contestataria puede depender de un mecanismo más complejo en función de la mediación de aspectos vinculados a la justificación de sistema: en la medida en que las personas perciben que el sistema responde a las necesidades de la sociedad (EPE), también tenderán a percibirlo como más justo (justicia procedimental, justificación de sistema) y esto tiende a disminuir el enojo asociado a la percepción de injusticia, fortaleciendo orientaciones favorables al estatus quo y reduciendo la movilización. En este sentido, la justificación de sistema reduce el efecto positivo de la EPE sobre la movilización política de grupos desfavorecidos. Además, la relación entre la EP y la participación puede ser de doble vía, en tanto un mayor compromiso político redundaría en un fortalecimiento de la sensación de eficacia (tanto interna como externa) (Almond & Verba, 1963; Finkel, 1985; 1987; Joslyn & Cigler, 2001; Ikeda, Kobayashi, & Hoshimoto, 2008).

La otra variable central que contemplamos respecto de la desafección y alienación política es el cinismo político, entendido como una actitud negativa generalizada hacia los políticos y la política (Pattyn, Van Hiel, Dhont & Onraet, 2012) que se sostiene principalmente en la idea de que los políticos priorizan sus intereses personales por sobre los de la sociedad (Paramio, 1999). Así, puede ser entendida como una reacción a un sentimiento de desconfianza política generalizada (Schiffman, Thelen & Sherman, 2010) y, por lo tanto, suele analizarse en términos opuestos a la confianza. De hecho, el cinismo político aparece relacionado a bajos niveles de confianza y eficacia política –tanto interna como externa– (Brussino et al., 2015; Christensen & Lægheid, 2003; Pattyn et al., 2012). Por ejemplo, en un estudio con población holandesa, Pattyn et al. (2012) encontraron relación entre el cinismo político y la confianza política, aunque eran empíricamente distinguibles. Además, reporta su relación con indicadores de alienación política, impotencia política, anomia y –negativamente– con la participación y el interés político. En la misma línea, Pinkleton y Austin (2010) encontraban que quienes se involucraban políticamente tendían a ser menos cínicos. Consecuentemente, el vínculo del cinismo político con nuestras variables de interés sigue una línea similar a lo expuesto en relación con la eficacia política, la confianza y la alienación en general (Christensen, & Lægheid, 2003; Pattyn et al., 2012; Pinkleton & Austin 2010).

Sin embargo, pueden destacarse algunas particularidades de esta variable en su relación con el comportamiento político: mientras que bajos niveles de EP generalmente se asociaban con un retiro del espacio político y mayor apatía, el cinismo podría interactuar con esta para movilizar acciones políticas, principalmente contestatarias. De hecho, Fu, Mou, Miller y Jaleete (2011) encontraron una relación positiva y significativa entre el cinismo y el involucramiento político en términos de la búsqueda y atención a información política y señalaron que –al menos en parte– el cinismo podría deberse a una mayor tendencia a pensar críticamente. Por su parte, Southwell y Everest (1998) no encontraron relación entre el cinismo y la decisión no ir a votar. Además, Malkoum (2004) señalaba que la combinación de una sensación de ineficacia política con altos niveles de cinismo puede de hecho incrementar la concurrencia a votar como forma de expresión del descontento, un voto *protesta*. Así, entre votantes con mayores niveles de cinismo se registraría una tendencia mayor a votar por candidatos de partidos minoritarios que se presentan como *outsiders* y no tienen oportunidad de ganar una elección (Southwell, 2008; Southwell & Everest, 1998).

Así, el cinismo sólo implicaría apatía cuando coincide con bajos niveles de EPI. Por otra parte, el cinismo también se relaciona con menores niveles de confianza interpersonal y participación en el ámbito social (Schyns & Koop, 2010). Al respecto, las autoras sugieren que, mientras que en la mayoría de los países analizados el cinismo político tenía un efecto positivo en variables vinculadas a la cohesión social, en algunas regiones de Estados Unidos la dirección de la relación era inversa (Schyns & Nuus, 2007). También, la relación entre el cinismo político y el capital social era mayor en relación con aspectos actitudinales (como la confianza, la cohesión y la xenofobia) que comportamentales (participación política y social).

Por otra parte, una proporción importante de la literatura empírica sobre esta variable se aboca a analizar el efecto del consumo de noticias y el tratamiento informativo sobre los niveles de cinismo y su mediación respecto de comportamientos políticos, como el electoral (Avery, 2009; Bromley & Curtice, 2004; De Vreese, 2005; Valentino, Beckmann & Buhr, 2001). Este enfoque provee resultados contradictorios: algunos entienden que los medios potencian el distanciamiento de la ciudadanía respecto de lo político; mientras que otros señalan el efecto opuesto, ubicándolos como catalizadores del consumo de información política y la participación (Fu et al., 2011). En este sentido, es posible que sean otras variables vinculadas al contexto, tipo de información y sofisticación política las que estén modulando estas relaciones. Así, mientras que unos señalan que el tono crítico de los medios incrementaría el nivel de cinismo entre las personas más informadas políticamente (Bromley & Curtice, 2004), para otros esto va a depender de la estrategia mediática y de la sofisticación política (De Vreese, 2005): un mayor conocimiento cívico disminuiría los niveles de desconfianza y cinismo (Galston, 2001). Por nuestra parte, en un estudio sobre comportamiento electoral con población local, encontramos que efectivamente la sofisticación se asociaba con una disminución del cinismo político (Brussino et al., 2015). Además, Fu et al. (2011) señalaron que las personas más cínicas no necesariamente consumían menos información política, pero tendían a servirse más de fuentes informativas no convencionales (como recursos online y el humor político). Por su parte, Dancey (2012) encontró –en un estudio de panel– que los niveles de cinismo previos influenciaban la interpretación de los escándalos políticos, sugiriendo que podría condicionar las actitudes hacia los gobiernos. De cualquier modo, si bien estos resultados nos permiten destacar la

interacción de esta variable con elementos de la movilización cognitiva, el rol de los medios y el consumo informativo excede los objetivos de este trabajo.

Finalmente, nos interesa señalar la interacción del cinismo político con aspectos ideológicos. Al respecto, Miller (1974) analizó los niveles de cinismo en relación con posicionamientos políticos, encontrando dos grupos homogéneos: *cínicos de izquierda* y *cínicos de derecha*. Para los primeros, el cinismo era una manifestación de descontento basada en las limitaciones que el sistema pone al cambio social y político; mientras que, para los segundos, con una mayor disposición al control y mayor temor al cambio, las responsabilidades de las problemáticas se depositaban en el individuo. Además, estos dos grupos tenían diferencias sociodemográficas, siendo los conservadores mayormente blancos, republicanos, de más edad y menos nivel educativo. Así, la ideología no se relacionaba con los niveles de cinismo en sí, sino con las motivaciones subyacentes y las consecuencias de sus manifestaciones, ya que sólo en el primer caso podría conducir a acciones políticas contestatarias. En esta línea, Borre (2000) –con datos de población danesa– señalaba cómo la alienación política se relacionaba con los valores y su expresión en la política actual (distancia ideológica con el gobierno): mientras que en los 70s-80s la alienación política se manifestaba más entre personas de izquierda que se oponían a políticas con contenido nacionalista o aislacionista; la prominencia de temas vinculados a refugiados e inmigración en los '90 habría incrementado la alienación entre las personas de derecha. Por su parte, Hanson, Haridakis, Cunningham, Sharma & Ponder (2010) no encontraban relación entre la orientación ideológica y los niveles de cinismo. En conjunto, la evidencia parece sugerir que la ideología personal va a interactuar con la ideología del gobierno en el desarrollo de sentimientos de alienación política y cinismo. Sin embargo, Janos, Espinosa y Pacheco (2018) reportan –en un estudio con población peruana– una relación positiva significativa entre el autoritarismo (RWA) y la dimensión del cinismo de desconfianza generalizada hacia el sistema político, lo cual es consistente con la noción de que son las personas más autoritarias las más susceptibles a la amenaza y, con ello, a la desconfianza. Además, señalan una relación entre la orientación a la dominancia social (SDO) y una dimensión del cinismo vinculada a la laxitud moral. Por su parte, Carvacho y Haye (2008) –en un estudio con tres generaciones de chilenos– reportaban una correlación apenas modesta entre la orientación ideológica (en términos de derecha/izquierda) y el cinismo político. Además, González et al. (2005), también con población chilena, hallaron

una relación entre el cinismo político y el hecho de no identificarse políticamente, interpretándolo como uno de los indicadores del desencanto político, enfatizando en la relevancia de tener una identificación ideológica más que de la orientación en sí.

A modo de síntesis, destacamos cómo los antecedentes revisados nos permiten señalar que las dimensiones vinculadas a la alienación política se vinculan con variables sociodemográficas, con la movilización cognitiva, aspectos identitarios (como la identificación política y social) y, en menor medida, ideológicos. Además, si bien los antecedentes reconocen casi unánimemente su relación con la confianza y apoyo al sistema político, muchos de ellos no controlan las variaciones individuales en interacción con otras variables relevantes de la cultura política.

Capital social: confianza, cohesión y participación civil

El estudio del capital social— en la literatura científica moderna remite a los desarrollos de Robert Putnam, uno de los principales referentes de su estudio. Este autor define al capital social como una propiedad de las conexiones entre individuos que incluye no solo a las redes de interacción, sino también a las normas de reciprocidad y a la confiabilidad entre ellos (Putnam, 2000). Además, le reconoce una faceta individual —en tanto las personas conforman redes en beneficio de sus propios intereses— y una dimensión de *externalidad* —que afecta a la comunidad en general—; de modo que es simultáneamente un bien privado y público. La existencia de normas —explícitas y, sobre todo, implícitas— de reciprocidad y la confianza social facilitan la cooperación para el beneficio mutuo, redundando en una sociedad e institucionalidad más eficientes. Desde un punto de vista más político, Lipset (1994) ubicaba en las redes entre ciudadanos las bases de la institucionalización de los partidos políticos, elementos centrales de la política para la articulación de la voluntad popular y la influencia sobre el gobierno.

Como contracara, el capital social también podría ser explotado para fines *antisociales*, por ejemplo, por movimientos reaccionarios o elites de poder que busquen captar voluntades en beneficio propio (Badescu, 2003). En esta línea, Sullivan y Transue (1999) enfatizaron en que el asociacionismo construido horizontalmente construye capital social, mientras que cuando se organiza verticalmente puede socavarlo. De cualquier modo, el capital social refleja un sistema de valores, en el que la confianza social —como recurso moral— juega un rol central: promueve la empatía respecto de los intereses de otros, la

cooperación, la participación activa en la comunidad y la tolerancia (Badescu, 2003; Uslaner, 1999). Ya en los primeros desarrollos de Almond y Verba (1963) la confianza interpersonal jugaba un rol central como prerrequisito para la conformación de asociaciones necesarias para la participación en cualquier democracia moderna. Además, sería necesaria para el funcionamiento de las reglas del proceso democrático: para participar en la democracia uno debe creer en que la oposición es leal, que ejercerá eventualmente el gobierno con base en las leyes y que, llegado el momento, devolverá el poder al siguiente gobierno.

Sin embargo –y en contraposición con el optimismo presentado por las perspectivas de la posmodernización que perciben una ciudadanía crítica, activa y comprometida– el estudio del capital social en los últimos años se da signado por una visión pesimista de su evolución (Putnam, 1995). Así, se señalan una serie de elementos asociados a la modernización que podrían estar operando en estas tendencias: la inclusión masiva de las mujeres a la fuerza laboral, una mayor movilidad, la pérdida de centralidad de la familia, la transformación tecnológica del ocio que *privatiza* el tiempo libre y la urbanización, entre otras (Putnam, 1995). Esto habría modificado los patrones sociales de interacción hacia una caída de los contactos cara a cara en las comunidades locales, de la participación e involucramiento político y en la sociedad civil (reuniones políticas locales, apoyo a partidos, reuniones vecinales, clubes sociales) e inclusive habría impactado en el uso del tiempo libre con familia y amigos (Norris, 1999). Es preciso hacer una salvedad que atañe al crecimiento de lo que Putnam (1995) denomina organizaciones *terciarias* (por ejemplo, medioambientales o feministas) y que nosotros podríamos identificar como nuevos movimientos sociales (Rabbia & Dreizik, 2017), a las cuáles el autor –de modo debatible– asigna un rol menor respecto de su capacidad de promover la confianza interpersonal en función de su masividad, señalando que no implicarían contactos directos cercanos.

Para el caso particular de Argentina, tanto los datos de la VWS como otros de un estudio reciente (Grigera, Pascale & Alsina, 2016), señalan una tendencia decreciente en los niveles de confianza social que rondarían el 10%. Además, la confianza en la familia es la única que muestra un crecimiento (se ubicaba en el 55% en 2014) y, en conjunto, las universidades y organizaciones de la sociedad civil recogen mayor confianza que otras instituciones políticas, de gobierno y algunos medios de comunicación. Respecto de la participación, este estudio señala que menos del 20% de las personas participaban en organizaciones y/o actividades sociales o políticas; porcentaje que se reduce al 10% cuando

se indaga específicamente por asociaciones voluntarias. Además, Jorge (2015) muestra – con datos nacionales– que la participación en organizaciones civiles no se ha incrementado respecto desde los valores registrados a inicios de los '90 y que, además, las organizaciones que tienen más afluencia son religiosas (alrededor de un 38% participaba en una en 2015).

En conjunto, estas transformaciones habrían redundado en una disminución de la confianza social e interpersonal, con consecuencias para el compromiso cívico y también para la gobernabilidad. Al respecto, Lovseth (2001) señalaba al aislamiento como una de las facetas de la alienación: implica una evitación de la cooperación con la comunidad o una participación limitada a una esfera cerrada, con normas y objetivos acordes a las propias opiniones. Además, relaciona el aislamiento a la ausencia de normas (anomia), dado que estas no pueden funcionar sin la cooperación y la expectativa de que otros también van a seguirlas. Todo esto afectaría negativamente a las expectativas hacia el sistema (uno con el que no se comparten los valores básicos) y, principalmente, hacia otros actores de los que no se espera que cooperen para conseguir bienes comunes. Así, la caída en el capital social erosionaría la participación política, la confianza interpersonal y la confianza política (Putnam, 2000).

Por otra parte, según señala (Uslaner, 2003), las sociedades con historias recientes de autoritarismo gozarían de menos capital social e implicación política: los sistemas políticos autoritarios enfrentan a los ciudadanos entre sí y son contextos en los que la confianza interpersonal puede ser algo peligroso, de modo que la actividad social se limita a las personas cercanas en las que se confía. A su vez, en estos sistemas no se tolera la existencia de grupos que desafíen el estatus quo; prohibiendo la participación en muchas esferas. Finalmente –autoritarios o democráticos– los contextos de alta corrupción política también conllevarían una disminución de los niveles de confianza no limitado al plano político institucional. Como veremos más adelante, estos aspectos sistémicos redundan en una percepción de anomia que afecta al modo en que se percibe, se valora y se actúa en el plano social y político.

En el caso de Argentina, parte de la población adulta ha sido socializada en una dictadura militar; además, gran parte de los primeros años de democracia fueron en el marco de un gobierno neoliberal, período durante el cual la actividad política no fue particularmente alentada, primando la individualidad por sobre la acción colectiva; con excepción de movimientos sociales de resistencia, actores centrales de la protesta social en

ese período (Retamozo, 2011). Es recién a partir de la crisis del año 2001 que – principalmente a través de la participación en organizaciones de la sociedad civil y en redes de contención y ayuda mutua– se amplía el involucramiento político (inicialmente por vías no convencionales y de oposición a la política tradicional) y, paulatinamente, vuelven a articularse discursos políticos que apelan al compromiso y participación de la ciudadanía (Dinerstein, 2004; Mauro, 2014; Scribano & Schuster, 2001). Al respecto, Duch y Gibson (1992) señalan que las cohortes socializadas en períodos de rápida expansión democrática mostrarían mayores niveles de tolerancia política. En este sentido, no sólo es posible que la edad sea un factor relevante respecto de la confianza e involucramiento político, sino que también sus dinámicas locales pueden ser diferentes a aquellas esperadas para las democracias más longevas de Europa Occidental y Estados Unidos; aunque las motivaciones básicas y los procesos subyacentes sean similares (Uslaner, 2003).

En términos conceptuales, el capital social hace referencia a las características de la organización social: confianza, normas y sistemas que contribuyen a aumentar la eficiencia de la sociedad, facilitando las acciones coordinadas (Putnam, 1996, citado en Marengo dos Santos, 2006). Además, la inclusión en grupos de la sociedad civil no sólo tiene efecto sistémico y estimula la participación y el involucramiento político, sino que también afecta al desarrollo de las propias habilidades y la incorporación de normas propias de los procesos democráticos (Badescu, 2003; Dalton, 2004; Tessler & Gao, 2009). En esta línea, Putnam (2000) enfatizaba la importancia de las asociaciones civiles y voluntarias en la promoción de la participación política y de las actitudes democráticas: las actividades deliberativas cara a cara y la colaboración horizontal en este tipo de organizaciones promueven la confianza interpersonal, estimulando la capacidad de trabajar conjuntamente, creando los lazos sociales que son base de la sociedad civil y la democracia. Así, es más probable que las personas y grupos que construyen lazos entre sí puedan unir voluntades y construir movimientos sociales que expresen las preferencias colectivas en el estado democrático. Por esta razón, se espera que la confianza social, las normas de reciprocidad, las redes de involucramiento cívico y la cooperación exitosa sean interdependientes, reforzándose unas a otras (Putnam, 1993, 2000). Sin embargo, Badescu (2003) sostiene que la relación entre estas variables puede no ser tan lineal, interviniendo otros factores relativos a la heterogeneidad cultural y étnica de muchas sociedades. Por su parte, Uslaner (2003) señala que tanto la confianza como el involucramiento cívico responderían a motivaciones más

básicas como el optimismo respecto del futuro y el sentimiento de autoeficacia para *hacer mejor al mundo* (relacionada a la percepción de un ambiente controlable y predecible). Sin embargo, estas características no serían meros rasgos de personalidad, sino que dependen en gran parte del contexto y las experiencias colectivas (e.g.: condiciones económicas estables, distribución más igualitaria de los ingresos, sociedades menos jerárquicas). Adicionalmente, el fortalecimiento del capital social y la confianza redundaría en un fortalecimiento de la democracia por dos vías: desde el lado de la demanda, en tanto los ciudadanos en comunidades con altos niveles de confianza pueden insistir en un mejor gobierno y participar en acciones colectivas si el gobierno no responde a sus necesidades y, por el lado de la oferta, el gobierno representativo se beneficia de una reserva de ciudadanos con competencias políticas, que entienden la necesidad de la cooperación y el compromiso en un régimen democrático y pueden ejercer eventualmente como funcionarios (Lipset, 1994; Putnam, 1993).

Sin embargo, como señalábamos, parte de la literatura cuestiona esta relación tan directa entre el capital social –principalmente vinculado a la participación civil- y el apoyo a instituciones democráticas, especialmente en sociedades plurales donde la participación en grupos relativamente pequeños, que comparten características demográficas, étnicas, ideológicas, puede profundizar las divisiones y operar en la articulación de demandas particulares, pero no necesariamente de aquellas que promuevan el bien común (Badescu, 2003; Dowley & Silver, 2003). Así, no todas las asociaciones serán esencialmente buenas para la democracia: los niveles de tolerancia y cohesión social hacia el interior de las comunidades no necesariamente conllevan una cooperación generalizada; cuando estos profundizan en clivajes existentes (e.g.: étnicos) pueden conducir a la intolerancia a quienes se perciben como parte de un exogrupo y estimular la conflictividad con grupos sociales más amplios (Badescu, 2003; Marengo dos Santos, 2006). Para expresar estos aspectos *prosociales* y *antisociales*, Putnam (2000) diferencia entre un capital social puente (*bridging social capital*), que surge de redes sociales heterogéneas, mayor confianza social y normas de reciprocidad; de un capital de lazos (*bonding social capital*) que resulta de redes homogéneas, confianza intragrupo y normas de reciprocidad específicas. En la misma línea, Zmerli (2008; citado en Van Deth & Zmerli, 2010) diferencia entre las organizaciones que persiguen intereses individuales (*capital social exclusivo*) de aquellas que buscan el bienestar colectivo (*capital social inclusivo*).

En términos de su abordaje empírico, el capital social ha sido estudiado principalmente a través del análisis de los niveles y el rol de la confianza social (también: confianza interpersonal o confianza generalizada) respecto de las actitudes y comportamientos políticos. Como sucedía con los indicadores de desempeño y confianza política, así como con las actitudes hacia la democracia, gran parte de la investigación empírica en esta línea proviene de datos de encuestas globales, con énfasis en el análisis de democracias de larga trayectoria y recuperando indicadores que no fueron desarrollados específicamente para ese propósito (Rose & Weller, 2003). Esto conlleva algunas limitaciones para captar empíricamente la complejidad teórica de estos constructos y puede estar en la base de algunas inconsistencias y contradicciones que registra la literatura respecto del rol del capital social en la legitimación de las democracias. Así, la evidencia que presentamos arroja resultados mixtos que varían tanto en función de los contextos de aplicación como de las escalas utilizadas, tanto para evaluar el capital social como la confianza y apoyo al sistema político. En nuestro caso, en función de los conceptos expuestos, proponemos examinar no sólo los aspectos actitudinales relacionados a los niveles de confianza y cohesión social, sino también indicadores comportamentales de involucramiento político y social. Además, exponemos evidencia respecto de la tolerancia política, un indicador que ha recibido relativamente menos atención pero que se ha vinculado tanto a variables típicas del capital social como a actitudes democráticas (Vargas Cullell, Rosero-Bixby & Seligson, 2005).

La evidencia empírica que presenta Uslaner (2003) es interesante dado que examina el rol del capital social en contextos de democratización más reciente (sociedades *poscomunistas*) y su relación con un conjunto de variables de nuestro interés. Sus hipótesis plantean que las personas que manifiestan mayor confianza en el futuro y perciben más control sobre sus vidas, aquellas menos autoritarias, más tolerantes, menos religiosas, que priorizan valores posmaterialistas, y tienen mayor confianza en las instituciones democráticas –especialmente el sistema legal- tendrán niveles más altos de confianza social. También, propone que un mayor nivel educativo y satisfacción económica, residir en ciudades pequeñas y participar en organizaciones sociales serán predictores de la confianza política. De estas hipótesis, creemos que la relación con el autoritarismo y la religiosidad merecen explicación. Respecto de la primera, las actitudes autoritarias se asocian con una menor tolerancia, una condición básica de la confianza social. Respecto de la religión, es

posible que las personas religiosas manifiesten una mayor cohesión y confianza hacia el interior de sus grupos, pero mayor desconfianza en personas no religiosas; aunque esto podría ser propio de contextos de secularización de las democracias occidentales y no sería generalizable a sociedades donde la iglesia haya tenido un rol social significativo. Además, según Uslaner (2003), la participación en organizaciones católicas puede conllevar el aprendizaje de habilidades que pueden extrapolarse a la acción política y movilizar también la acción social y política; aunque esta visión es controvertida y otras perspectivas sostienen que la estructura jerárquica de estas organizaciones colisiona con lo central de la noción de capital social (Dowley & Silver, 2003; Putnam, 1993). En cualquier caso, la relación de la religiosidad y la confianza social se vería modelada por otros aspectos de la experiencia personal y el contexto. Sus resultados –basados en datos de la VWS- mostraron que los niveles de confianza, pertenencia grupal y compromiso cívico eran más bajos en las sociedades poscomunistas que en las de más trayectoria democrática y, además, que las variables explicativas involucradas eran casi las mismas. Además, se confirman las tendencias postuladas en sus hipótesis, destacándose particularmente el rol predictor de la confianza en el futuro, el apoyo a valores posmaterialistas, la tolerancia, la percepción de corrupción política (negativa) y el nivel educativo (Uslaner, 2003). Respecto de la religión, haber sido educado como religioso se relacionaba con menores niveles de confianza social en las democracias occidentales, pero con mayores niveles en las *poscomunistas*. Sin embargo, considerarse religioso hoy se relacionaba negativamente con la confianza social en ambos casos. Asimismo, la confianza en el gobierno y en el sistema legal fue menos relevante en las democracias más nuevas. De cualquier modo, en ambos casos, estas variables explicaban apenas un porcentaje menor de la varianza en confianza social. Por su parte, con datos de Estados Unidos, Brehm y Rahn (1997) encontraron que una mayor satisfacción con la vida, tener mayor nivel educativo e ingresos incrementaban los niveles de confianza social, a la vez que haber sido víctima de robo los disminuyen.

Respecto de la participación cívica y social, Tessler y Gao (2009) señalan que, además del efecto socializador en términos de la incorporación de habilidades y herramientas políticas, una sociedad civil vibrante es un control importante sobre el poder del gobierno: el asociacionismo permite a la ciudadanía controlar las acciones del gobierno, articular y agregar intereses y ejercer influencia política; siendo particularmente importante en democracias nuevas. En términos empíricos, las personas que confiaban más tendían a

mostrar mayor pertenencia a grupos sociales y organizaciones voluntarias, aunque Uslaner (2003) reporta que esta relación tendía a ser relativamente más fuerte en las democracias de larga data y más débil en las más jóvenes y en sociedades con mayor diversidad étnica (Badescu, 2003). Además, Brehm y Rahn (1997) mostraron una relación recíproca entre la confianza social y el compromiso cívico (participación en organizaciones civiles). Sin embargo, Stolle (1998) –con datos de participación en asociaciones voluntarias horizontales en Alemania y Suecia– señala que, mientras la participación tiende a incrementar notablemente los niveles de confianza social en un período inicial, estos decrecen cuando la participación se sostiene por largos períodos de tiempo. Además, encuentra una relación negativa entre la confianza intragrupal y la confianza generalizada, aportando evidencia empírica respecto del rol ambivalente de la participación en la construcción de capital social (Badescu, 2003; Dowley & Silver, 2003; Marengo dos Santos, 2006). Por otra parte, el nivel educativo, los ingresos económicos y la identificación partidaria se asociaron con mayor participación en Estados Unidos, a la vez que las personas que venían más televisión y tenían hijos pequeños participaban menos (Brehm & Rahn, 1997). Asimismo, Uslaner (2003) señala la relación entre el interés político, la percepción de corrupción (negativamente), la educación y la asistencia al culto religioso, adherir menos a valores materialistas y ser más joven y la participación cívica (Uslaner, 2003). En la misma línea, Tessler y Gao (2009) encuentran que el interés, conocimiento y participación política forman parte de una misma dimensión de cultura cívica que identifican con el *involucramiento*; en la que incluyen también a la confianza interpersonal, pero con una relación menor con el factor.

Por nuestra parte, evaluamos el capital social no sólo a través de la confianza social y la participación cívica, sino que incluimos también dos aspectos complementarios de las redes sociales (cohesión social y presencia de modelos de rol) y una dimensión actitudinal de tolerancia política. Estas variables son parte de las mediciones que propone el Barómetro de las Américas y que Vargas Cullell et al. (2005) recuperan para la evaluación del capital social. La cohesión social es un concepto polisémico que puede incluir desde un sentimiento de pertenencia nacional hasta la disposición a participar en la vida comunitaria, el respeto mutuo, aspiraciones comunes o la identidad (Markus, 2016). Desde nuestra perspectiva, remite a los lazos informales no íntimos con personas de la comunidad, que expresan niveles de confianza básicos. La interpretación de esta dimensión va desde perspectivas que

sostienen que es este el aspecto nuclear del capital social, en tanto no sería necesaria una confianza plena para desarrollar acciones colectivas orientadas al bien común (Granovetter, 1973; citado en Vargas-Cullell et al., 2005); a otras que le asignan un rol marginal o aún negativo. Dentro de estas últimas podemos ubicar aquellas que entienden que la participación en redes sociales homogéneas no favorece a la confianza generalizada sino que sólo refuerza lazos intragrupal (Putnam, 2000). Respecto de la variable *modelos de rol*, esta indaga acerca de la presencia en la comunidad de modelos dignos de imitar, evidenciando una valoración positiva de los miembros de la comunidad. En ambos casos, los datos de LAPOP muestran que éstas se comportan de modo similar a la confianza social, siendo predictores significativos de la confianza política y el apoyo a la democracia (Vargas Cullell et al., 2005). Además, varían de modo similar a la confianza interpersonal en función de la región, la ruralidad (asociada al tamaño de la comunidad) y, en menor medida, los ingresos y la religiosidad (asociación negativa). A su vez, la confianza social y la cohesión social tienen una relación positiva y estadísticamente significativa entre sí y –en esta muestra– ninguna de las dos se asocia con la acción comunitaria; aunque sí predicen la confianza política y el apoyo a la democracia (Vargas Cullell et al., 2005).

La tolerancia política, por su parte, puede ser entendida como un valor democrático esencial (Dalton, 2004), condición indispensable de la construcción de una comunidad política en sociedades plurales (Vargas Cullell et al., 2005): el estado democrático institucionaliza la tolerancia al reconocer la igualdad de todos los y las ciudadanas, pero su legitimación requiere de que la ciudadanía acepte y respete el derecho de otros (principalmente aquellos con los que no acuerda) a mantener y expresar puntos de vista con los que uno no está de acuerdo. Por otra parte, la tolerancia es necesaria también para la contestación política y el intercambio abierto de ideas, esenciales en los procesos democráticos. Duch y Gibson (1992) proponen que será resultado tanto de predisposiciones individuales, como de la estructura de valores de la comunidad política: en una cultura donde la tolerancia es un valor, las expresiones de intolerancia se verían más inhibidas y las personas se verían obligadas a considerar los costos de la intolerancia frente a otros valores apreciados. Sin embargo, la apropiación de esos valores variaría en función de la exposición a ellos y de la capacidad de aprenderlos; lo cual explicaría la mayor tolerancia entre las personas que muestran una mayor integración social. El trabajo pionero de Stouffer (1955)

aportó evidencia en esta línea, evaluando la tolerancia a través del apoyo a las libertades civiles de grupos de izquierda que –en ese contexto– eran percibidos mayoritariamente de modo negativo (principalmente comunistas y ateos). Sus resultados evidenciaron bajos niveles de tolerancia en la sociedad estadounidense y permitieron establecer relaciones con otras variables: la intolerancia se asociaba a una mayor percepción de amenaza por parte de estos grupos y, además, las personas que tenían roles de liderazgo en sus comunidades tendían a ser más tolerantes que la población general (coincidiendo con la hipótesis de Duch & Gibson, 1992). Esto último fue replicado en otros estudios con líderes partidarios y, además, se reportaron relaciones entre la tolerancia política y el nivel educativo y socioeconómico (para una revisión ver: Sullivan & Transue, 1999). Según señalan Sullivan y Transue (1999), el hecho de que sean las personas políticamente más sofisticadas y las más comprometidas políticamente las que muestren mayores niveles de tolerancia sería relevante para el futuro y estabilidad de las democracias, dado que estas son también las que tienen más probabilidades de actuar políticamente de acuerdo con esas creencias.

Además, revisaron variables que la literatura identifica como predictores de la tolerancia, incluyendo variables de personalidad, ideológicas y valores; como el autoritarismo, pesimismo, dogmatismo, neuroticismo como predictores negativos; y la autoestima, flexibilidad, confianza y apertura a la experiencia como positivos (Sullivan & Transue, 1999). En esta línea, Duch y Gibson (1992) adicionan la eficacia política, autopoicionamiento ideológico, el apoyo a la democracia y a la protección de derechos en general y la religiosidad. Esto serían predictores de orden individual que mostrarían un rol relativamente estable en su relación con la tolerancia política e interactuarían con variables contextuales culturalmente dependientes –como los valores y normas democráticas y la intensidad del conflicto y polarización política– en la predicción de la tolerancia política (Duch & Gibson, 1992; Sullivan & Transue, 1999). En su análisis transcultural con población de Europa Central, examinaron el rol de estas variables individuales en la predicción de la tolerancia política hacia grupos fascistas y encontraron que la percepción de amenaza, el nivel educativo y –en menor medida– la eficacia política eran los principales predictores individuales, mientras que otras variables consideradas –como el autopoicionamiento ideológico, el apoyo y satisfacción con la democracia y la identificación de clase– tenían un rol menos estable en los distintos contextos. De cualquier modo, no analizaron la intervención de la sofisticación política, la confianza social y el involucramiento cívico.

Adicionalmente, evaluaron el aporte explicativo a niveles agregados de tolerancia política de variables contextuales como la cantidad de años de democracia, los lazos entre la sociedad y los partidos políticos y el voto a partidos radicales (como indicador de la polarización); dando cuenta de que es en las democracias más nuevas donde la tolerancia política es mayor (posiblemente porque los valores democráticos se vuelven más prominentes en contraste con la deprivación previa). Además, lazos más fuertes con los partidos y el voto por partidos radicales también incrementaban los niveles de tolerancia. Al respecto, estos autores sostenían que la presencia de partidos radicales estimula un clima de diversidad política y legitima un amplio rango de ideas políticas, por lo cual –desde su perspectiva– el conflicto político favorecería la diversidad y tolerancia y no al revés. En el contexto latinoamericano, Vargas Cullell et al. (2005) encontraron que las variables de desempeño político, así como el capital social no tenían relación significativa con la tolerancia política; siendo la cantidad de años de educación y una menor religiosidad los principales predictores. Por otra parte, Cohen et al. (2017) la relacionaron con los niveles de apoyo a la democracia para dar cuenta de un índice de estabilidad democrática, señalando su tendencia creciente en Latinoamérica. Sin embargo, Argentina es uno de los países donde el nivel de tolerancia en particular es decreciente, perdiendo 5,6 puntos desde 2014 y 18,5 desde 2006; ubicándose entre los más bajos de la región.

Por otra parte, la mayoría de la literatura reporta relaciones entre alguna de las dimensiones del capital social y alguna de las dimensiones del apoyo político. Por ejemplo, Bäck y Kestilä (2009) –en una muestra finlandesa– señalan al capital social como predictor tanto de la confianza hacia políticos e instituciones como de la satisfacción con la democracia; aunque este efecto fue sólo moderado y desde la variable confianza interpersonal, mientras que la participación no era significativa. Además, en su modelo, la movilización cognitiva (interés y eficacia política interna), el desempeño (satisfacción con la economía) y, en menor medida, la ideología (identificación partidaria) resultaban más relevantes. Por su parte, Norris (2001) reportó una asociación positiva entre lo que denomina *confianza generalizada* y el activismo social (participación en asociaciones voluntarias), las aspiraciones democráticas y la satisfacción con la democracia. Además, Zmerli y Newton (2008) con datos de la ESS de 2002 de 24 naciones, encontraron una relación significativa a nivel individual entre la confianza social, la confianza en instituciones políticas y la satisfacción con la democracia. Para el caso de Argentina, en un estudio

correlacional con estudiantes universitarios de Buenos Aires, Beramendi, Delfino y Zubieta (2016) encontraron una baja confianza social e institucional y una relación significativa entre ambas. Contrariamente, Newton y Norris (2000) –con datos de la WVS- sostienen que las relaciones entre la confianza social y política son fuertes cuando se analizan a un nivel macro, pero tienden a ser débiles en el análisis intraindividual. Por su parte, Dalton (2004) analiza estas relaciones con datos de la misma fuente, pero incluye sólo a las denominadas *democracias occidentales desarrolladas*, encontrando que estas relaciones son más fuertes; reportando además la relevancia de la participación en la sociedad civil en relación con el apoyo a autoridades políticas, valores democráticos y comunidad política. Respecto de las diferencias entre los países, concluye que la participación en asociaciones voluntarias es más probable que colabore con la formación del capital social y la confianza política cuando ocurre en un contexto pluralista democrático: la confianza en otros puede conducir a la cooperación en cuestiones políticas en un contexto democrático, pero puede tener consecuencias diferentes en los menos democráticos. Es esta línea, Albano y Barbera (2010) comparan 4 países con características estatales diferentes y encuentran que, el tiempo de dedicado a ayudar a otros se relaciona con actitudes críticas hacia el sistema político en contextos de un estado de bienestar débil, y con actitudes positivas en estados de bienestar más fuertes. Por su parte, Paxton (2002) –con datos de la VWS- analizó el efecto de distintas formas de involucramiento político en la promoción de la democracia y encontró que la participación en organizaciones más conectadas socialmente (aquellas cuyos miembros participan de distintos tipos de asociaciones) tenía un efecto positivo en la promoción de la democracia, mientras que aquellas aisladas (con pocas conexiones con otras organizaciones a través de sus miembros) tenían un fuerte efecto negativo. En esta línea, Rose y Weller (2003) hallaron un potencial explicativo muy bajo del paradigma del capital social respecto del apoyo a los principios centrales de la democracia y el rechazo a alternativas no democráticas; primando explicaciones vinculadas a lo que denomina capital humano (principalmente sociodemográficas).

Respecto de la *calidad* de las democracias, en el contexto de democracias *nuevas* en Europa del Este, Dowley y Silver (2003) no encuentran relación entre las variables del capital social (confianza interpersonal, participación social y política y también interés político) y el nivel de democracia según lo evalúa *Freedom House*. Sin embargo, el análisis a nivel individual sí evidenció relaciones significativas entre el capital social y la confianza política y

apoyo a la democracia, especialmente a través de la confianza interpersonal. Respecto de la participación política, los miembros de las mayorías más involucrados políticamente manifestaban mayor apoyo al gobierno y a las instituciones de la democracia; mientras que los miembros más movilizados de las minorías étnicas apoyaban menos a la democracia que los más pasivos. Esto sugería la necesidad de contemplar la pluralidad como un aspecto interviniente en la relación entre el capital social y la legitimidad política. Por su parte, Marengo dos Santos (2006) en un análisis multinivel con datos de la VWS e indicadores de Freedom House de 47 países encontró una relación apenas modesta –aunque significativa– entre el capital social y la democracia: las relaciones son significativas sólo en los países clasificados como democracias; las democracias longevas tienen altos niveles de capital social, pero también hay algunas –principalmente las de menos trayectoria– que tienen bajos niveles de capital social. Además, las relaciones se debilitan cuando se toman en cuenta las mediciones de capital social en un período previo y las de democracia en un período posterior. Su conclusión al respecto es que el capital social no es una condición necesaria para la democracia, pero puede ser una consecuencia de la experiencia democrática. En esta línea, Brehm y Rahn (2003) no sólo identifican un efecto de la confianza social y la participación cívica sobre la confianza institucional, sino que dan cuenta de un efecto importante de la confianza institucional sobre los niveles de confianza social; esto implicaría que un buen desempeño de gobierno puede no ser suficiente para ganar la confianza de la ciudadanía pero puede afectar los vínculos sociales: la confianza social y política tendrían una relación recíproca. De modo similar, Paxton (2002) –con datos de la WVS de 47 países– reporta relaciones bidireccionales entre el capital social (medido como confianza social y participación en asociaciones) y el nivel de democracia: el capital social promueve la democracia, a la vez que esta ayuda a la construcción de capital social.

En conclusión, el desarrollo teórico de esta línea ha otorgado al capital social un rol central en los procesos de democratización que no ha sido replicado con la misma uniformidad en la literatura empírica. Si bien se reportan relaciones entre éste y el apoyo y confianza en la democracia, la dirección causal de estas relaciones no ha sido suficientemente probada, siendo posible que la experiencia de democratización sea la que fortalezca el capital social y no al revés. Además, también se ha abordado la contracara del capital social (*o capital social negativo*) para señalar que no siempre más confianza social y

más participación es más democracia. Nuestras hipótesis coinciden con los abordajes que reconocen una interdependencia entre estas variables que, de cualquier modo, señalan la relevancia de estudiar las bases sociales de la democracia (Brehm & Rahn, 1997; Putnam, 1993). De modo más específico, esperamos que un mayor capital social (principalmente en sus dimensiones actitudinales) se asocie con una mayor movilización cognitiva respecto de lo político, con valores y posicionamientos ideológicos compatibles con la democracia, con una mayor tolerancia y confianza política, así como con actitudes favorables respecto de la legitimidad del sistema político democrático. En cualquier caso, es posible que la relación entre estas variables se vea modelada tanto por aspectos contextuales que controlamos (como los niveles de corrupción percibidos, el clima social o la anomia), así como otros macropolíticos o macrosociales cuyo efecto sólo podría estimarse apropiadamente en estudios comparativos. Respecto de los primeros, desarrollamos antes el rol de la percepción de corrupción como una de las variables vinculadas al desempeño del sistema y, en el próximo apartado, presentamos la evidencia empírica respecto de la percepción de anomia y el clima socioemocional.

Percepción de anomia y clima socioemocional

Como hemos venido reportando hasta aquí, la situación de Latinoamérica en términos políticos y sociales evidencia un deterioro en los niveles de confianza y cohesión social, juntamente con una baja confianza institucional, altos niveles de corrupción, desigualdad y pobreza que, sin embargo, suceden en un marco de elevadas expectativas para el sistema político. En este contexto, la aprobación de los gobiernos se reduce, no sólo por un mal desempeño, sino por la frustración de demandas de bienes políticos sustantivos (Corporación Latinobarómetro, 2016). Estos desfasajes no sólo son indicadores de la erosión del capital social y político, sino que también pueden estar en la base del malestar social. Aquí, sin apartarnos de la noción marco de capital social, desarrollamos dos variables que remiten a la valoración que la ciudadanía hace de aspectos del entramado normativo y social: la anomia social y el clima-socioemocional.

La anomia es un concepto proveniente de la tradición sociológica de Durkheim (1928) que remite a períodos de transición en los que un modelo social (normativo, político y económico) está siendo abandonado sin que otro que haya podido sustituirlo. Desde la psicología social, más cercana a la perspectiva sociológica de Merton (1965) del análisis de la

conducta desviada, la anomia se asocia al desequilibrio de las metas que una sociedad propone a las personas y los logros reales de éstas y al efecto de ello en sus expectativas y propósitos (Muratori, Delfino & Zubieta, 2013). Así, remite a una ruptura entre las personas y la sociedad y a una identificación débil de unas con otras (Rodríguez García, 2006), lo cual conlleva sensaciones de incomodidad, indefensión y sentirse fuera de lugar (Adnanes, 2007). En este sentido, la anomia remite a estos correlatos subjetivos de condiciones sociales de desregulación y ausencia de normas claras; constituyendo un constructo que articula elementos macrosociales y macropolíticos con aspectos individuales. Consecuentemente, no evaluamos las condiciones sociales que conducen a estados de anomia social sino los correlatos actitudinales de vivir bajo esas condiciones descritas. Desde la psicología política se ha estudiado también esta faceta del fenómeno bajo el concepto –relativamente más específico– de *normlessness* o *meaninglessness*, que señalan una incapacidad para entender cómo funciona el sistema político o el mundo social, elegir entre distintos estímulos y predecir resultados (Lovseth. 2011).

En este marco, las condiciones sociales de anomia se han asociado en la literatura a la alienación e inclusive muchos desarrollos la entienden como un indicador más de ésta, junto con el aislamiento, la impotencia política y el cinismo (Cichocka & Jost, 2014; Parales-Quenza, 2008; Srole, 1956). Por su parte, Teymoori, Bastian y Jetten (2017) la definen como una *percepción compartida* de que la sociedad se está derrumbando (una percepción de desintegración y desregulación) y, en este sentido, se asocia al clima sociopolítico general. Así, enfatizan en su carácter de cognición social, destacando que es la percepción de la realidad social, más que los elementos políticos, económicos y sociales reales, la que impacta en las actitudes y comportamientos. En el contexto latinoamericano, la anomia se ha estudiado principalmente en relación con la ilegalidad, corrupción e inobservancia de normas y reglas, productos de proyectos nacionales incompletos que excluyen a amplios sectores de las poblaciones (Parales-Quenza, 2008). Para el caso argentino, Beramendi (2011) señala que la norma tiene una connotación negativa, asociada al autoritarismo y no a la autoridad y enmarcada en un sistema normativo corrupto; siendo también de cumplimiento optativo en función de los propios criterios personales (valores y creencias), más que por su legalidad.

De modo general, la literatura señala que la anomia opera en el sentido de erosionar el capital social y político, debilitando las bases sociales de la democracia. Así, puede

reundar en un incremento de la trasgresión normativa y la corrupción: en contextos anómicos, la trasgresión normativa individual pasa a ser justificada y evaluada como astucia para sobrevivir (Benbenaste, Etchezahar, Del Río, 2008). En esta línea, donde la anomia social ha sido una constante, los ciudadanos pueden estar habituados a ella y pueden tener dificultades en identificarla y calibrarlas (Laca Arocena, Mejía Ceballo & Yañez Velasco, 2010). Asimismo, la anomia se asocia a una mayor incertidumbre e imprevisibilidad, lo cual puede redundar en una percepción del contexto como amenazante en tanto las necesidades psicológicas que subyacen a la justificación de sistema se ven frustradas (Cichocka & Jost, 2014). Como veremos en la próxima sección la percepción de amenaza tiende a activar actitudes conservadoras y autoritarias. Además, la anomia se asocia con una contracción del self en la esfera personal (menor bienestar y satisfacción con la vida), redundando en reacciones autoritarias como forma de recuperar el control (Jugert & Duckitt, 2009; Oesterreich, 2005); y una contracción del self en la esfera social, lo cual redundaría en un retiro de la vida social hacia grupos pequeños y seguros (Teymoori, et al., 2017). Finalmente, se espera que las personas que perciben al entorno como más anómico manifiesten más alienación política (más cinismo, menos eficacia política, menor interés) y aislamiento social (menos confianza e integración, menor participación cívica), a la vez que menores niveles de confianza política y apoyo a la democracia. Más allá de estas hipótesis teóricas, recuperamos alguna evidencia empírica que apoya esta línea de razonamiento.

Diversos estudios empíricos apoyan la mencionada relación entre el cinismo, la impotencia política y la percepción de anomia (Lovsth, 2001; Malkoun, 2005; McClosky & Schaar, 1965). Por su parte, Genov (1998) reportaba el impacto de la anomia y la integración social en el descenso de la calidad de vida, el desencanto y la agresividad. En la misma línea, Bjarnason y Merton (2009) -con base en datos de jóvenes europeos- identificaban mayores niveles en jóvenes de Europa del este y la asociaban a variables macroeconómicas como el PBI y su crecimiento y a efectos negativos en la calidad de vida (depresión, autoestima, consumo de sustancias). Para Argentina, Muratori, et al. (2013) encontraron altos niveles de frustración anómica entre la población de estudiantes universitarios de Buenos Aires, que se relacionaban negativamente con la percepción de confianza institucional y con el bienestar social. Sin embargo, en este trabajo se evidencian altos niveles de anomia y desconfianza que conviven con un alto grado de bienestar social, paradoja que las autoras interpretan

como evidencia de la anomia y la desconfianza como rasgos culturalmente arraigados: esta ya no sería síntoma de una crisis o transición sino una característica estable.

A nivel sistémico, Laca Arocena et al. (2011) encuentran que la percepción de anomia incrementa el rechazo a la democracia; además, en otro estudio señalan que se relaciona negativamente con la identidad nacional y –como era esperable- con el desinterés político (Laca Arocena et al., 2010). Ľevina, Mārtinsone y Klinec (2016) encontraron también que la anomia se asociaba positivamente con la desconfianza política y con el aislamiento social y negativamente con la importancia de la religión y de la política como valores sociales. Beramendi, Sosa y Zubieta (2012) señalaban que las personas que se ubicaban en el centro tendían a manifestar más anomia. En relación con otras variables ideológicas, diversos estudios reportan la asociación positiva entre la anomia y actitudes autoritarias. Por ejemplo, Heydari, Teymoori, Haghis y Mohamadi (2014) reportan evidencia de una muestra iraní de que los sentimientos de anomia tienen influencia sobre actitudes etnocentristas y que estas son mediadas por el autoritarismo (ver también: Agroskin & Jonas, 2010; Fritsche, Jonas & Kessler, 2011; Scheepers, Felling & Peters, 1992).

Respecto del rol de variables sociodemográficas, Eckart y Durand (1975) sugerían que las personas que veían que no podían alcanzar sus metas serían las más propensas a identificar estados de anomia; de modo que ésta tendía a ser más elevada entre grupos sociales desfavorecidos. Pero encuentran que la evidencia empírica al respecto es inconcluyente y que, por ejemplo, el barrio o zona de residencia podían impactar en esas mediciones independientemente de aspectos como la etnia o el nivel educativo. Al respecto, Huschka y Mau (2005) con datos de Sudáfrica, identificaron que la percepción de anomia se basaba fuertemente en desigualdades económicas y que el estatus –principalmente basado en la pertenencia étnica que también condiciona el acceso a educación y bienestar material– era un predictor importante. Beramendi, et al. (2012) encontraron que las personas que vivían en Ciudad de Buenos Aires (ciudad más grande y de mayor densidad poblacional) tenían mayores niveles de anomia que las que vivían en el gran Buenos Aires o el interior, así como también las personas que se percibían pertenecientes a grupos desfavorecidos en términos de clase social.

Por su parte, el clima socioemocional remite a la percepción de predominancia de determinado tipo de sentimientos, emociones y juicios sobre la sociedad (Páez et al., 1997;

Zubieta, Muratori & Mele, 2012). Es un concepto relativamente más específico que el anterior y remite directamente a la dimensión emocional de la evaluación del contexto. A la vez, excede al humor social o a emociones colectivas episódicas por su duración temporal: si bien el puede variar en el tiempo, no lo hace rápidamente (De Rivera, 1992). Al mismo, mientras que las primeras implican que la atención de todos los individuos se centra en un objeto o incidente coyunturalmente relevante, originando procesos de retroalimentación que tienden a unificar la respuesta emocional; el clima socioemocional – siendo también un fenómeno grupal– se basa en estructuras sociales subyacentes y programas políticos e implica a cómo las personas se relacionan emocionalmente entre sí (De Rivera, 1992). Para ejemplificar esta diferencia, De Rivera (1992) señala que, mientras el humor social puede etiquetarse con emociones singulares como alegría o miedo; el clima socioemocional tiende a referir a relaciones emocionales como hostilidad o solidaridad. Así, este constructo no implica sólo a las emociones que experimenta el individuo, sino también a aquellas que percibe que predominan en el entorno, impregnando tanto las relaciones sociales (Páez et al., 1997) como las propias emociones que ante los objetos sociales y políticos, interviniendo en la conformación de actitudes, conductas colectivas y participación social (Skitka, Bauman, & Mullen, 2004; Zubieta et al., 2012).

Además, es concepto más específico que el de cultura emocional: este último se arraiga en redes y prácticas de socialización, sus cambios son más graduales y se dan sólo cuando la cultura se modifica a través de las generaciones; por su parte, el clima socioemocional puede cambiar en el curso de una generación, atado a factores políticos, religiosos, económicos y educacionales. En esta línea, De Rivera (1992) señala que los gobiernos y los gobernantes no son responsables por la cultura de un país, pero sí tienen alguna responsabilidad sobre el clima emocional y siendo una cualidad del ambiente que rodea a las personas y afecta sus comportamientos (e.g. los climas de miedo en contextos dictatoriales que redundan en aislamiento social y sumisión a la autoridad) (Páez, Espinosa & Bobowik, 2013). A la vez, no sólo operan las condiciones objetivas en el desarrollo de un clima, sino también el comportamiento individual y social: el clima socioemocional puede estar condicionado por necesidades y características individuales y por procesos microsociales de participación y comunicación (De Rivera & Páez, 2007). Consecuentemente, si bien los gobiernos pueden organizar un clima nacional, existen climas locales, de modo que diferentes grupos manifestarán percepciones particulares en

función de su posición en la sociedad (por ejemplo, el impacto diferencial de procesos de expansión que afectan de modo desigual a distintos grupos sociales). Como vemos, estos desarrollos nos devuelven a la noción del capital social, señalando la relevancia del tipo de interacciones entre las personas, esta vez en el análisis de los aspectos emocionales, y cómo el contexto político ejerce efectos y es afectado por ellas.

Hay muchos estudios regionales y de Iberoamérica que examinan esta variable desde una perspectiva de psicología política, destacándose una línea de investigación vinculada a la violencia y trauma político en término de sus efectos (e.g. Cárdenas, Páez, Arnosó & Rimé, 2013; Conejero & Etxebarria, 2007) y de la construcción de identidad política y memoria colectiva (e.g. Espinosa, Pacheco, János & Páez, 2016). Además, encontramos investigaciones orientadas a examinar variables vinculadas al bienestar social y personal, la percepción de problema sociales, corrupción y miedo al delito (e.g. García Mazzieri, 2011; Muratori & Zubieta, 2013; 2015; Rodríguez Hernández & Cruz Calderón, 2014), la confianza institucional (e.g. Beramendi et al., 2012; Zubieta et al., 2012) y el comportamiento electoral (Brussino et al., 2015), entre otros. Sin embargo, no recuperamos estudios que lo analicen en relación con la construcción de legitimidad política a nivel sistémico. A continuación exponemos la evidencia empírica relevante para comprender su rol como variable interviniente en los procesos que estamos estudiando.

De modo general, Páez et al. (2013) señalan que el clima socioemocional se asocia con factores macrosociales. Por ejemplo, un análisis de la relación en el índice de desarrollo humano en países de Sudamérica y España mostró que, mientras que en los primeros prevalecía un clima negativo, en España era positivo. Además, presentó evidencia de la relación entre el estatus social y clase social y la percepción de clima, tendiendo a ser más positivo entre los grupos más favorecidos. También, presentaron su relación con valores sociales, tanto a nivel colectivo como individual, encontrando que los valores igualitarios e individualistas se relacionaban con percepciones de clima más favorables; dado que son contextos con menos eventos estresantes, mayor equidad, apoyo social y autonomía (De Rivera & Páez, 2007; Espinosa 2011, citado en Páez et al., 2013). Pero, a nivel individual, los valores colectivistas han mostrado asociaciones tanto con un afecto positivo (la tradición y los valores de conformidad otorgarían significado e incrementarían la satisfacción con el ambiente social) como negativo (los valores conservadores erosionan el clima socioemocional en tanto limitan a las personas) (Espinosa, 2011; citado en Páez et al, 2013).

Además, Muratori y Zubieta (2015) encontraron que las personas de izquierda mantenían visiones del clima más positivas.

Respecto de su valor predictivo a nivel comportamental, De Rivera (2005) reportó que el clima social tenía un rol relevante en la predicción de la decisión de ir a votar, aun cuando se tomaban en cuenta otras variables usuales. Además, Brussino et al. (2015) encontraron que una percepción positiva del clima socioemocional se asociaba con la intención de voto al oficialismo en un contexto de reelección presidencial. Por su parte, Conejero y Etxebarria (2007) encontraron que las reacciones al ataque terrorista en Madrid se relacionaban con la percepción de clima emocional, siendo este un predictor relevante del comportamiento colectivo (participación en demostraciones, manifestaciones y elecciones). Además, los climas donde predomina el miedo se asocian con comportamientos defensivos del grupo, mayor etnocentrismo e intolerancia política (Skitka et al., 2004). En relación con actitudes políticas, Beramendi (2012) encuentra en un estudio con población de Argentina que –en el marco de un clima general negativo– las personas que lo evaluaban más negativamente mostraban mayor desconfianza institucional. Además, una percepción positiva del clima se relacionaba con una menor percepción de problemas sociales (en búsqueda de trabajo, vivir tranquilamente, encontrar una vivienda, tener asistencia social y médica). Por su parte, Rodríguez Hernández y Cruz Calderón (2014) replican estos hallazgos con población mexicana. En la misma línea, García Mazzieri (2011) reportaron relaciones entre la percepción positiva del clima y el bienestar social y no encontraron diferencias en función de variables sociodemográficas.

En síntesis, en este apartado pudimos exponer dos aspectos coyunturalmente relevantes concernientes a una noción ampliada de capital social, permitiéndonos una mejor comprensión de la interacción de las personas y grupos sociales con el contexto sociopolítico. En términos generales, la evidencia empírica de estas variables en relación con nuestra variable dependiente es limitada, pero sí pudieron reportarse antecedentes sobre su vinculación con valores, actitudes y comportamientos políticos centrales en nuestro modelo teórico.

Justificación de sistema: la construcción ideológica de la legitimidad democrática

En nuestro capítulo teórico expusimos los postulados centrales de la perspectiva de justificación de sistema que implica un programa de investigación amplio que aborda distintos fenómenos interpersonales, intergrupales, sociales y políticos con un enfoque en las motivaciones ideológicas subyacentes. En términos empíricos, la literatura señala un conjunto de variables que conforman un conglomerado actitudinal compatible con la legitimación del orden establecido; algunas de las cuales recuperamos en nuestro trabajo por su relación con nuestro objeto de estudio: la creencia en un mundo justo (en adelante: CMJ), el autoritarismo del ala de derechas (en adelante: RWA), la orientación a la dominancia social (en adelante: SDO y la ideología conservadora (en nuestro contexto expresada en términos de izquierda/derecha). Es preciso señalar que son constructos cuyas relaciones ha evidenciado la literatura empírica en el área, señalando que –si bien sirven a motivaciones diferenciales y diferenciables– forman un conglomerado de actitudes ideológicas de carácter conservador (e.g. Azvedo, Jost & Rothmund 2017; Gatica, Martini, Dreizik & Imhoff, 2017; Jost, Pelham, Sheldon & Sullivan, 2003; Jost et al., 2009; 2017; Jost, Nosek & Goslin, 2008; Rottenbacher & Schmitz, 2012; Wilson & Sibley, 2013). En las próximas secciones exponemos las conceptualizaciones teóricas centrales a cada una de estas variables y luego realizamos una revisión de la literatura empírica enfocándonos su inserción en el marco de nuestro problema de investigación.

Creencia en un mundo justo (CMJ)

La literatura en el área reconoce en el trabajo de Lerner y sus colaboradores/as los aportes teóricos fundamentales al desarrollo de la teoría de mundo justo (Lerner, 1980; Lerner & Simmons, 1966). La inquietud básica que subyace a esta perspectiva es la explicación de los mecanismos a través de los cuáles las personas afrontan situaciones de desigualdad, impredecibilidad e incertidumbre (Dalbert, 2009) y, de este modo, se conecta analíticamente con la percepción de anomia. En términos generales, conceptualizamos la creencia en un mundo justo (en adelante: CMJ) como aquella que sostiene que *las personas obtienen lo que merecen y merecen lo que obtienen*. Dalbert, Lipkus, Sallay y Goch (2001) destacan el carácter disposicional de estas creencias y -en su aspecto más adaptativo– se las reconoce como orientaciones ideológicas defensivas que contribuyen a que las personas sostengan sentimientos de esperanza y confianza en el futuro (Lerner, 1980). En esta línea,

la CMJ no sólo permite construir una visión de un mundo estable y predecible; sino también racionalizar y justificar las desigualdades y el *status quo*. Además, estas creencias se sostienen sobre la base de una serie de atributos y comportamientos que determinan el *merecimiento*: las personas o grupos que son de determinada forma o actúan de tal modo obtendrán tales resultados. En este sentido, son consistentes con visiones de mundo meritocráticas que priman en las sociedades individualistas occidentales y que sostienen la idea de que las sociedades recompensan habilidad y motivación (Alves & Correia, 2010).

Así, según propone Lerner (1980), la CMJ no sólo tiene las mencionadas bases psicológicas motivacionales –necesidad de percibir orden en el mundo y necesidad de reducir el malestar que generan las situaciones de injusticia–, sino que también se ve condicionada por aspectos culturales. Por ejemplo, las religiones occidentales que acentúan la relación entre las acciones negativas hacia otros y el propio sufrimiento; las fábulas que se transmiten a los niños donde los personajes *buenos* son recompensados e inclusive la moral recreada por los medios de comunicación –en ficción y no ficción– donde se estereotipan personajes buenos y malos, enfatizando el triunfo del *bien*. Así, las culturas tienen un rol central en identificar los rasgos y comportamientos que se consideran apropiados y deseables y los que se desvían de ello y, consecuentemente, sirven como base a las creencias que legitiman el orden establecido. Esto nos permite poner en contexto el carácter *disposicional* de la CMJ, entendiendo que son constructos psicosociales que dan cuenta de un individuo situado en un contexto socio histórico específico; de hecho, en las sociedades occidentales, la CMJ tiene un carácter normativo, siendo su expresión socialmente valorada (Alves & Correia, 2010). Consecuentemente, las perspectivas actuales de la CMJ recuperan su carácter de construcción social y la relevancia de los procesos de socialización política en su desarrollo.

A pesar de esta necesidad de creer en la justicia del orden social, la realidad ofrece numerosas situaciones donde es difícil sostenerlas: permanentemente personas o grupos se encuentran en situaciones desfavorables que *objetivamente no merecen*. En estos casos, la creencia básica en un mundo justo funciona como una forma de justificar y legitimar estas situaciones, construyendo una noción de merecimiento a posteriori; así, por distintas situaciones o aún rasgos personales, las personas merecerían ese *destino*. Por ejemplo, Lerner y Simmons (1966) señalaban que, ante una víctima inocente, las personas reaccionaban compensando a la víctima cuando creían que podían hacerlo, es decir,

reconocían la injusticia; mientras que cuando –ante la misma víctima– la situación implicaba que esta seguiría sufriendo, las personas tendían a derogarla (evaluándola en términos negativos), desplazando la culpa en ella y no en la injusticia de la situación.

En esta línea, investigación se centró inicialmente en identificar tanto las funciones intraindividuales (como el bienestar psicológico) como sus consecuencias interindividuales (como la derogación de las víctimas) (Correia, Toscano Batista & Lima, 2009; Alves & Correia, 2010) y su asociación con variables como las de personalidad. Por ejemplo, Dalbert et al. (2001) encontraron que la creencia en un mundo justo se asociaba no sólo con indicadores de bienestar (satisfacción con la vida, humor positivo y afecto) sino también con la religiosidad y la preferencia por partidos políticos tradicionales. Por su parte, Begue (2002) reportó una relación positiva entre la CMJ y la confianza interpersonal. Además, Wolfradt y Dalbert (2003) encontraron, en una muestra de estudiantes universitarios y profesionales, que la CMJ se relacionaba positivamente con rasgos de personalidad de conformidad -principalmente entre los profesionales- y negativamente con neuroticismo y apertura.

Por otra parte, los estudios más recientes han incorporado una perspectiva más amplia de la CMJ que considera sus funciones y consecuencias sociales, como por ejemplo las actitudes de discriminación social y el comportamiento altruista (Alves & Correia, 2010; Begue & Bastounis, 2003). De un modo general, se propone que –más allá de su función adaptativa vinculada a aspectos como la reducción de la incertidumbre y la ansiedad– el sostenimiento de este tipo de creencias tiene consecuencias sociales negativas: la reducción en la percepción de injusticia y la percepción de legitimidad del estatus quo favorecen la desmovilización política y, con ello, el mantenimiento de un orden social desigual (Beierlein, Werner, Preiser & Wermuth, 2011). Es esta última perspectiva la que retomamos en este trabajo.

Finalmente, parte de la literatura propone que la CMJ en realidad es un constructo bidimensional: la CMJ referida al *self* y la CMJ referida a *otros*: mientras que la primera se asocia más a las variables del ajuste psicosocial, la segunda remite a actitudes y comportamientos sociales. Así, la CMJ *self* representa un recurso personal involucrado en la autopercepción, la interpretación del entorno y estrategias de afrontamiento; y la CMJ *otros* (frecuentemente descrita como creencia *general* en un mundo justo) refiere a la aplicación de la inclinación hacia la justicia en la interpretación del mundo social (Begue & Nastounis,

2003). Como se desprende de nuestro problema de investigación, es esta última dimensión la que nos interesa aquí como variable relevante del análisis de la vinculación con el sistema político y es a ésta a la que nos referiremos en el desarrollo de la literatura empírica previa.

Autoritarismo del ala de derechas (RWA)

El concepto de autoritarismo en psicología tiene sus primeros desarrollos reconocidos en la perspectiva de Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford (1950) que integra teorías marxistas de la ideología y la estructura social, con teorías de la personalidad basadas en el psicoanálisis freudiano (Jost, Glaser, Kruglanski & Sulloway, 2003) en la definición de lo que denominaron personalidad autoritaria. Estas teorías sostenían que la socialización en ambientes represivos sería el origen de actitudes de sumisión a la autoridad y agresión contra otros percibidos como inferiores (Barros et al., 2009): el miedo y la agresividad resultantes del castigo de los padres motivarían a los individuos a buscar predictibilidad y control en el ambiente (Jost, Glaser et al., 2003). A pesar de su indiscutible impacto en el estudio psicológico de fenómenos de obediencia, esta perspectiva recoge críticas en función de su carácter reduccionista y también por dificultades metodológicas en su aplicación empírica, señalando que la forma de evaluación de este constructo remite más a actitudes que a rasgos de personalidad (Barros et al., 2009; Napier & Jost, 2008).

El modelo posterior de Altemeyer (1981) presenta una aproximación más robusta en términos conceptuales y metodológicos para evaluar las dimensiones del autoritarismo del ala de derechas (RWA). En este caso, el término *derechas* no se usa en el sentido ideológico tradicional, sino en un sentido psicológico: adherir a las autoridades percibidas como legítimas. Este autor identifica tres rasgos centrales de este conglomerado actitudinal: sumisión autoritaria, agresión autoritaria y convencionalismo (en términos de Duckitt & Bizumic, 2013: conservadurismo, autoritarismo, y tradicionalismo). La *sumisión autoritaria* implica una alta adhesión a las autoridades, a las cuales tiende a cuestionarse poco, se percibe como legítimas y se está dispuesto a obedecer. Altemeyer (1996) propone que es esperable que mayores niveles de autoritarismo se asocien con una mayor legitimación de las autoridades reconocidas (son percibidas más frecuentemente como capaces, confiables y tienen el derecho a ser obedecidas), una menor tolerancia y mayor disposición a establecer límites a los derechos de otros a criticarlas y una mayor disposición a comportarse de acuerdo con sus mandatos (independientemente de que sean contrarios a

las leyes) (Altemeyer, 1996). En este caso, la noción de autoridad no se limita al ámbito político, sino que se extiende a distintas figuras de autoridad también en el ámbito legal, social y personal, a condición de que las personas las perciban como tal; lo cual implica que algunas autoridades establecidas pueden ser rechazadas por las personas autoritarias si no son vistas como legítimas.

Por su parte, la *agresión autoritaria* implica una agresividad general contra personas que se considera que deberían ser sancionadas por las autoridades. Esta implica la intención de ejercer un daño a otra persona, ya sea físico, psicológico, pérdida financiera, aislamiento social o cualquier otro estado negativo. La agresión sólo será autoritaria cuando se acompaña con la creencia de que la autoridad la aprueba o se cree que ayudará a preservarla. Esto no implica necesariamente el comportamiento agresivo, sino la orientación actitudinal hacia la agresión. Es en función de estas orientaciones que se espera que el RWA se asocie con el prejuicio étnico o racial y hacia personas que se perciben como *socialmente desviadas*. En esta línea, puede conducir a dos grupos diferenciales de actitudes y comportamientos diferenciados: por un lado, puede asociarse a una aproximación hostil o dominante en el trato con grupos socialmente devaluados o sancionados; por el otro, puede conllevar una sumisión pasiva hacia las autoridades, lo cual puede convertirlos en seguidores acríticos de líderes autoritarios (Jost, Glaser et al., 2003).

Finalmente, el *convencionalismo* remite a un alto grado de adherencia a las convenciones sociales y normas tradicionales que, en muchas sociedades, se asocian a una tradición religiosa judeo-cristiana y, consecuentemente, a una mayor religiosidad. Así, Altemeyer (1996) relaciona el RWA a actitudes negativas hacia el ejercicio de la sexualidad en general y hacia la homosexualidad en particular; el sostenimiento de roles tradicionales de género y la centralidad de la familia tradicional; así como también la adhesión a símbolos patrióticos, el nacionalismo y las costumbres sociales. Por ejemplo, Peterson, Doty y Winter (1993) presentaron evidencia de que estudiantes con mayores niveles de RWA tendían a apoyar manifestaciones y soluciones más duras y punitivas al HIV y el uso de drogas; en tanto estas podían percibirse como amenazantes a la forma de vida *americana*.

Adicionalmente, este autor sostiene que estos tres conglomerados actitudinales covarían y –si bien remiten rasgos individuales, características disposicionales o de personalidad– no desestima el efecto de variables contextuales en la expresión de las orientaciones autoritarias (Altemeyer, 1996). Por su parte, la perspectiva de Duckitt y

Bizumic (2013), desarrollada sobre la propuesta de Altemeyer, reconoce también tres dimensiones pero las analiza empíricamente como constructos diferenciados y enfatiza su carácter de actitudes ideológicas más que aspectos de la personalidad. En ambos casos, el enfoque es compatible con una perspectiva de aprendizaje social y habilita la posibilidad de que variables como la percepción de amenaza en el entorno incrementen los niveles de autoritarismo (Stevens, Bishin & Barr, 2006). También en línea con el enfoque de aprendizaje social, Solt (2012) no limita su análisis a variables individuales, sino que da un paso más para intentar comprender por qué en algunas sociedades los niveles de autoritarismo son más elevados que en otras y sostiene que los contextos de desigualdad económica (en tanto generan relaciones de poder también más desiguales) modelan las experiencias con las autoridades, reforzando visiones verticalistas de la autoridad características del autoritarismo (teoría del poder relativo): con datos de 5 rondas de la WVS y fuentes complementarias reporta análisis multinivel que confirman el efecto de la desigualdad económica sobre los niveles de autoritarismo (estilos de crianza autoritario, respeto a la autoridad y visiones de la autoridad en el ámbito laboral); efecto que se mantiene independientemente del estatus socioeconómico individual.

En términos generales, la propuesta teórica y empírica del RWA es consistente con los planteos de las teorías de la dominancia social (que se desarrolla a continuación) y justificación de sistema (Jost, Glaser, et al., 2003). Así, Los niveles de RWA han demostrado ser predictores de un amplio rango de actitudes y comportamientos relacionados al conservadurismo social, político y económico: por ejemplo, afiliación a partidos de derecha, actitudes pro-capitalistas, prejuicio étnico, homofobia, religiosidad ortodoxa, oposición al aborto, entre otras (Jost, Glaser et al., 2003). En esta línea, en ocasiones se ha cuestionado si en realidad el RWA remite a actitudes diferenciadas del conservadurismo político; sin embargo, numerosa evidencia empírica encuentra que, aunque se relacionen, representan constructos independientes (e.g.: Crowson, Thomas & Hestevold, 2005; Sibley et al., 2006; Van Hiel & Mervielde, 2002; Wilson & Sibley, 2013).

[Orientación a la dominancia social \(SDO\)](#)

La teoría de la dominancia social busca explicar procesos que subyacen a la legitimación y sostenimiento de las jerarquías y desigualdades entre los grupos sociales. Así, remite a dispositivos ideológicos esencialmente conservadores orientados a la preservación

de las jerarquías de estatus, poder, riqueza y a la evitación del cambio social y que se aplican como justificativos para legitimar la discriminación (Pratto, et al., 1994; Sibley, Robertson & Wilson, 2006). Para que sean efectivas y favorezcan la estabilización de la opresión y minimización del conflicto intergrupal, estas ideologías deben ser aceptadas ampliamente en la sociedad, apareciendo como verdades autoevidentes, como por ejemplo el Darwinismo social o la meritocracia (*mitos legitimadores de las jerarquías*) (Pratto et al., 1994). Así, distintas formas de opresión (como el clasismo, sexismo o racismo) son expresiones de estos procesos subyacentes que operarían en distintos contextos, más allá de las diferencias entre culturas en el grado de jerarquización social o en la cualidad de esas categorías jerárquicas (basadas en la clase, la etnia, el género, etc.) (Pratto, Sidanius & Levin, 2006). De modo más específico, estos autores identifican tres tipos básicos de jerarquías sociales basadas en los grupos: a) un sistema basado en la edad, en el cual los adultos tienen un poder social desproporcionado sobre los niños; b) un sistema patriarcal, según el cual los hombres tienen un poder social y político desproporcionado en relación con las mujeres y c) los sistemas arbitrarios, a partir de los cuales se construyen categorías grupales de acuerdo a la etnia, casta, clase social, religión. Estas últimas categorías se diferencian de las anteriores en que se asientan menos sobre aspectos *objetivos* y su construcción tiene un carácter más social, es más arbitraria y menos constante a través de las culturas. Así, se reconoce la centralidad de procesos ideológicos en la construcción de categorías arbitrarias que justifican el uso del poder de un grupo sobre otro(s).

Señalábamos antes que hay culturas donde estas jerarquías estarán más o menos marcadas, variando en función de la prevalencia de valores igualitarios a nivel social en consonancia con un contexto de relativa estabilidad y prosperidad (Fischer, Hanke & Sibley, 2012). Pero las diferencias en los niveles de SDO no solo ocurrirían a un nivel macrosocial, sino que también –en función de aspectos disposicionales y de socialización– los individuos manifestarán diferentes orientaciones (Pratto et al., 1994). Así, a un nivel de análisis individual, la SDO remite a una orientación actitudinal general hacia las relaciones intergrupales, que refleja una preferencia por relaciones desiguales y jerárquicas ordenadas en función de una dimensión de superioridad/inferioridad (Pratto et al., 1994), independientemente de si esto implica que el propio grupo cumpla un rol dominante o subordinado (Pratto et al., 2006). Hay distintas perspectivas respecto de las motivaciones y mecanismos implicados en la constitución de estas actitudes: desde una perspectiva de

identidad social sería esperable que solo las personas de grupos favorecidos o de alto estatus sostuvieran este tipo de actitudes, en tanto en los grupos en posición desfavorecida estas entrarían en contradicción con su identidad grupal (Jost & Thomson, 2000). Sin embargo, la evidencia sugiere que las personas de estos grupos también sostienen jerarquías que desfavorecen al endogrupo y estas son identificadas como mecanismos de justificación de sistema (Jost, Banaji & Nosek, 2004): por ejemplo, miembros de grupos desfavorecidos con alto niveles de SDO adoptaban actitudes de justificación de sistema antes que estilos de resistencia al estatus quo que favorecieran al propio grupo (Jost & Burgess, 2000). Alternativamente, Brandt y Reyna (2012) sugieren que ambas motivaciones responden a dimensiones ideológicas diferentes: mientras que la justificación de sistema expresaría la oposición al cambio social, la SDO daría cuenta de la dimensión de aceptación de la inequidad (ambas dimensiones transversales a la mayoría de las conceptualizaciones sobre ideología política).

Por su parte, Jost y Thomson (2000) sostienen que la SDO es en realidad bidimensional y sólo una de esas dimensiones remite a la identidad, mientras que la otra sirve a motivos de justificación de sistema. Así –sobre la base de los desarrollos teóricos y empíricos de Pratto et al. (1994) –, identifican a la *orientación a la dominancia grupal* (DG) y la *oposición a la igualdad* (OI) como dos elementos de la SDO, relacionados entre sí pero con un contenido y poder predictivo diferente en el análisis de actitudes y comportamientos favorables a las jerarquías sociales, permitiendo explicar el favoritismo exogrupal (sostenimiento de altos niveles de SDO por parte de grupos de bajo estatus). La propuesta de Pratto et al. (1994) incluye algunos ítems que evalúan la necesidad de dominar a *otros grupos* (DG) y otros que señalan la preferencia general por relaciones sociales desiguales (OI), independientemente de si la desigualdad favorece o perjudica al propio grupo. Esta última, si bien para personas de grupos favorecidos será congruente con los intereses endogrupales (se benefician de la desigualdad), para los grupos desfavorecidos va en contra de ellos, asistiendo a la perpetuación del mismo orden social que los relega a una situación desfavorable (Jost & Thomson, 2000). Así, es posible que la dimensión de OI tenga consecuencias actitudinales y comportamentales diferentes para los grupos según sean *dominantes o dominados*.

Los autores prueban empíricamente esta bidimensionalidad y señalan que estas se encuentran más relacionadas entre sí en un grupo de *européo-americanos* (alto estatus) que

en un grupo de *afroamericanos* (bajo estatus), (aunque con diferencias relativamente pequeñas), sugiriendo que la oposición a la igualdad puede ser más conflictiva para estos últimos. Además, si bien en ambos grupos la DG se relacionaba positivamente con el etnocentrismo, la OI no lo hacía en el caso de los *européo-americanos* y lo hacía negativamente entre los *afroamericanos*, lo cual se explica porque el etnocentrismo representa una orientación contraria al interés endogrupal. Además, la OI se asociaba a una mayor justificación del sistema económico en mayor medida que lo que lo hacía la DG. Según Kugler, Cooper y Nosek (2010) esto puede interpretarse como evidencia de que –en algunos casos– estos constructos sirven a motivaciones diferentes: mientras la DG representa un constructo de promoción endogrupal y derogación exogrupal y, por ende, responde a motivaciones de *identidad social*; la OI es un constructo de sostenimiento de las jerarquías sociales y responde a motivaciones de *justificación de sistema*. Así, en un estudio donde revisaron sistemáticamente la literatura previa y estimaron la correlación de estas dimensiones con un gran número de variables relevantes para la literatura, pudieron replicar estas hipótesis: mientras que la DG se relacionaba más con el RWA, prejuicio étnico, racismo simbólico, actitudes negativas hacia otros grupos, competición hostil, preocupación por amenazas externas, orgullo endogrupal, necesidad de cierre cognitivo, menor compromiso cognitivo y menor nivel educativo; la OI se asociaba más a actitudes negativas hacia grupos desfavorecidos, rechazo al universalismo, humanismo y compasión social, conservadurismo político, oposición a políticas sociales redistributivas y mayor estatus socioeconómico. Adicionalmente, Ho, Sidanius, Pratto, Levin y Thomen (2012) reportaron resultados similares con muestras de Estados Unidos e Israel.

En el contexto regional, Molina Guzmán y Rottenbacher (2014) presentan evidencia que sugiere algo similar: al evaluar la SDO de forma unidimensional, encuentran que esta se asocia positivamente con el RWA y el posicionamiento político de derecha en un grupo de ciudadanos de alto estatus; pero no tiene relaciones significativas con estas en un grupo de bajo estatus. Como no contamos con información desagregada de los dos componentes de la SDO en esta muestra, no podemos saber si efectivamente esto se debe a la bidimensionalidad del constructo y sus bases motivacionales diferenciales, pero sí podemos señalar que su comportamiento varía en grupos de alto y bajo estatus. Por su parte, los autores atribuyen esta inconsistencia a las condiciones propias de este grupo que difiere culturalmente de los que han sido etiquetados como grupos *desfavorecidos* en los contextos

de producción de estos constructos. Este dato no es menor en tanto nuestra muestra incluye población de todos los estratos sociales y es culturalmente más cercana a la de estos investigadores.

Finalmente, además de la asociación de la SDO con preferencias por políticas e ideologías que favorezcan las jerarquías y el orden social desigual, ésta muestra correlaciones con el comportamiento social y político (por ejemplo, en la elección de los roles a asumir o las instituciones o espacios en los que participar o los candidatos por quienes votar (Pratto et al., 1994; Van Hiel & Mervielde, 2002). Además, es preciso identificar el valor adicional que tiene el análisis de la SDO respecto de otras variables como el conservadurismo político o el RWA. Al respecto, efectivamente suelen reportarse relaciones positivas (aunque moderadas) entre el RWA y la SDO y asociarse –como vimos- a un conjunto de actitudes y comportamientos conservadores (racismo, etnocentrismo, prejuicio, conservadurismo político) (Altemeyer, 1996; Pratto et al., 1994). Sin embargo es posible que tengan bases y satisfagan motivaciones diferentes: mientras que el autoritarismo remite a orientaciones generales hacia las autoridades y se sostiene sobre la percepción del mundo como peligroso y, en consecuencia, a la percepción de ciertos grupos como amenazante; la SDO implica el deseo de que ciertas *categorías* de personas dominen a otras y una visión de mundo donde es necesario competir por recursos valiosos (Nicol, 2007; Pratto et al, 1994). Además, es posible que la RWA de cuenta principalmente de la deferencia o sumisión pasiva a la autoridad, mientras que la SDO explique mejor los intentos activos de castigar o humillar a miembros de exogrupos derogados (Altemeyer, 1996; Sibley et al., 2006; Duckitt, 2006). Por su parte, Pratto et al. (1994) probaron la capacidad predictiva y validez discriminante de la SDO, respecto del RWA y un conjunto de variables de contenido ideológico analizadas en 13 muestras estudiantiles. Sus resultados comprobaron no sólo las relaciones entre la SDO y los *mitos legitimadores* (conservadurismo, patriotismo y nacionalismo, elitismo cultural, prejuicio étnico, sexismo) – con excepción de la ética protestante del trabajo y la CMJ–; sino también con el apoyo a políticas de dominancia de EE.UU. por sobre otros países, programas militares y –en sentido inverso– a políticas de derechos igualitarios para personas homosexuales, derechos de las mujeres, programas sociales, política *racial* y medioambiental. Además, reportaron correlaciones importantes de la SDO con el conservadurismo político y –apenas

moderadas— con el RWA. En ambos casos comprobaron la capacidad predictiva independiente de la SDO en relación con estas (Ver también: Sibley et al., 2006).

En síntesis, la SDO implica una orientación ideológica favorable al sostenimiento del estatus quo cuando conlleva relaciones desiguales entre grupos. Así, sirve a una motivación defensiva frente a grupos sociales percibidos como derogados y se relaciona al conservadurismo económico (Duriez, Van Hiel & Kossowska, 2005). Además, entenderla como constructo bidimensional permite explicar diferencias motivacionales y actitudinales entre grupos de alto y bajo estatus en función de si sirven a motivos de justificación de sistema o de identidad social (Jost & Thomson, 2000). Finalmente, la evidencia apoya la hipótesis de la perspectiva del *proceso dual* (Duckitt & Silbey, 2010) que identifica dos procesos motivacionales diferentes subyacentes al RWA (conservadurismo social/cultural, amenaza) y la SDO (conservadurismo económico, jerarquía). Este aporte es teóricamente relevante y, como veremos más adelante, nos permite comprender mejor la interacción entre estas variables y el entorno sociopolítico y económico en el desarrollo de actitudes y comportamientos políticos.

Ideología política y autopoicionamiento ideológico

El uso del término ideología se ha adoptado históricamente de dos formas centrales: por un lado, conceptualizado de modo más neutral, referido a un sistema de creencias relativamente coherente, internalizado y abstracto; y, por el otro, con una connotación peyorativa, remitiendo a ideas distorsionadas y sujetas a una *falsa consciencia* (Brussino, Rabbia, Imhoff & Paz García, 2011; Jost, 2006; Jost et al., 2008). Mientras que en la primera interpretación (que prevalece en los enfoques de la ciencias sociales y comportamentales) se trata de un sistema estable, consistente, lógico y políticamente sofisticado; la segunda (propia de una concepción marxista) enfatiza aspectos motivacionales que reflejan una orientación básica contra el sistema social existente (Jost et al., 2008). Como señala Jost (2006), el énfasis de las ciencias sociales en esta lista de *características* de un sistema de creencias y la exigencia de coherencia y estabilidad, conllevaron que muchos teóricos sostuvieran que sólo un grupo menor de ciudadanos *poseía* una ideología y tomaba decisiones en función de ella. Por nuestra parte, nos inclinamos por los planteos actuales que sostienen que las personas —incluyendo a aquellas políticamente no sofisticadas—

efectivamente piensan, sienten y se comportan en formas ideológicamente significativas (Jost, 2006).

Como mencionamos anteriormente, el conservadurismo político puede ser evaluado como un conglomerado de actitudes que favorecen el sostenimiento del estatus quo y el rechazo al cambio social, de modo que todas las variables que hemos analizado en esta sección son orientaciones con contenido ideológico. En este caso en particular, abordamos la acepción más específica de la ideología en función de orientaciones hacia el orden político. Desde una perspectiva de psicología política, la ideología política puede entenderse como un sistema de creencias y actitudes políticas y morales compartido grupalmente, que provee de una interpretación del medio y de cómo éste debería ser y otorga sentido al comportamiento político (Brussino, et al., 2011; Jost, 2006). Así, tiene componentes cognitivos, afectivos y motivacionales y puede funcionar como un heurístico, dado que permite simplificar el entramado político a los ojos de la ciudadanía y, consecuentemente, puede ser parcialmente responsable de la selección, simplificación y distorsión de la información política y de su sofisticación política (Jost, 2006; Jost et al. 2008).

El modo más frecuente de aproximación a la ideología política es una evaluación en términos simbólicos que implica la autopercepción ideológica en un continuo que va desde un extremo conservador/de derecha a un extremo progresista/de izquierda (Brussino et al., 2011; Jost 2006; Jost et al., 2008). Sin embargo, este abordaje introduce la dificultad de entender a la ideología política como constructo unidimensional y, además, no permite identificar la coherencia y estabilidad de los posicionamientos de las personas, que se ven afectados por los niveles de sofisticación política, ni la heterogeneidad de categorías cognitivas asociadas a estas etiquetas (Brussino et al., 2011). Alternativamente, las aproximaciones operativas a la ideología política (Ellis & Stimson, 2005) la examinan a través de los posicionamientos actitudinales respecto de temas objeto de políticas públicas y han demostrado ser modos eficientes de resolver esas limitaciones y particularmente útiles en su aplicación en sistemas políticos multipartidistas (Brussino et al., 2011). Como desventaja, estas últimas conllevan la aplicación de técnicas largas y más complejas. Por nuestra parte, teniendo en cuenta que se abordan múltiples orientaciones con contenido ideológico, optamos por un abordaje simbólico que, según señala la literatura en el área, aún es relevante y retiene capacidad predictiva (Jost, 2006). Por ejemplo, Colomer y Escatel (2005) con datos de Latinobarómetro señalaron que, si bien Argentina se ubica en el grupo

de países donde la ciudadanía tiene más dificultades para ubicarse en el continuo ideológico, aún entre el 71 y el 92% de las personas pueden hacerlo. A su vez, no identifica una tendencia temporal hacia el aumento o disminución de estos porcentajes, lo cual nos permite concluir favorablemente respecto de su vigencia. También, alrededor de un 36% del total de ciudadanos son votantes ideológicos (se posicionan ideológicamente y tienen una preferencia partidaria), aunque Argentina es el país que demuestra mayor alienación respecto del sistema de partidos.

Sin embargo, existe cierto consenso acerca de que no es posible agotar el significado de la ideología política en un único eje sin perder información relevante sobre las orientaciones individuales. Al respecto, Feldman y Jhonston (2009) proponen un modelo bidimensional que discrimina entre orientaciones hacia aspectos sociales/ morales y económicos que, de todos modos, se encuentran relacionados. Por su parte, gran parte de la literatura desde el enfoque de justificación de sistema propone como ejes centrales a las orientaciones hacia el cambio social y hacia la igualdad, pero también relacionados entre sí (Jost, 2006; Jost, Krochik, Gaucher & Hennes, 2009; Jost, Pelham, et al., 2003): mientras que las personas de izquierda estarían más abiertas al cambio y favorecerían la igualdad, las de derecha tenderían a resistir las transformaciones sociales y a percibir a la sociedad como inevitablemente jerárquica (Bobbio, 1996; citado en Jost, Glaser, et al., 2003). Así, aunque no son necesariamente incompatibles, la primera de las categorizaciones presenta diferencias en función de los dominios políticos a los que remite (consistente con un análisis operativo de la ideología política), mientras que la segunda discrimina aspectos motivacionales subyacentes (consistente con la perspectiva de justificación de sistema).

En cualquier caso, la ideología es un constructo complejo y polisémico y su significado puede variar en función del contexto (Jost, Glaser et al., 2003). Más aún, en casos particulares, estas dimensiones pueden entrar en conflicto (por ejemplo, en el contexto de un régimen autoritario como el de Hitler, se favorecía el cambio social pero hacia un escenario menos igualitario). De cualquier modo, la mayoría de los sistemas sociales tradicionales son más jerárquicos que los no tradicionales; de forma que normalmente la resistencia al cambio implica también una resistencia a orientaciones igualitarias (Jost, Glaser et al., 2003) y las motivaciones subyacentes no entrarían en conflicto. Además, como veremos más adelante en torno a la evidencia empírica, la literatura consistentemente ha mostrado la aplicabilidad de un continuo ideológico en tanto liberales y conservadores

consistentemente han evidenciado diferencias en variables de personalidad (e.g. Hirsh, De Young, Xu & Peterson, 2010; Jost, 2006; Schlenker, Chambers & Le, 2012), estilos cognitivos (e.g. Castelli & Carraro, 2011; Shook & Fazio, 2009; Jost & Amodio, 2012; Kimmelmeier, 2008; Michaud et al., 2009; Sidanius, 1984), valores sociales y políticos (e.g. Delfino & Zubieta, 2011a; Hirsch, Walberg & Peterson, 2013; Pereira et al., 2001; Schwartz & Davidov, 2011), preferencias políticas (e.g. Crawford & Pilanski, 2014; Fischer, 2011; Kumlin, 2006; Molina Guzmán & Rottenbacher, 2015; Rottenbacher & Schmitz, 2012) entre otras (e.g. Jost, 2009, Jost, Pelham, et al., 2003; Malka, Lelkes, Srivastava, Cohen & Miller, 2012). También, Jost et al. (2008) señalan que estas diferencias son robustas y se sostienen a través de medidas implícitas: utilizando tests de asociación implícita (IAT por sus siglas en inglés) encontraron que quienes se autopoicionaban como conservadores tendrían a preferir la tradición (vs. progreso), conformidad (vs. rebelión), orden (vs. caos), estabilidad (vs. flexibilidad) y valores tradicionales (vs. feminismo). Además, los conservadores tendían a preferir a los grupos de alto estatus más que los liberales (tanto en medidas explícitas como implícitas) y consistentemente puntuaban más alto en distintas dimensiones de la justificación de sistema (justificación de sistema general y del sistema económico, oposición a la igualdad, ideología del mercado justo). En conjunto, la literatura sugiere no sólo la relevancia del estudio de la ideología política –independientemente de los niveles de sofisticación política- sino que también da cuenta de una mayor estructuración y coherencia de los posicionamientos que lo que se creía, avalando también el uso del autopoicionamiento ideológico como aproximación robusta a su estudio.

Evidencia empírica

Si bien hasta acá hemos dado cuenta de alguna evidencia empírica general que sostiene la inclusión de este conjunto de variables dentro de un enfoque de justificación de sistema, en los próximos apartados exponemos evidencia empírica que aporta datos respecto de la relación entre estos aspectos ideológicos y nuestras variables de interés. Es preciso mencionar que este enfoque teórico cuenta con una cuantiosa producción de investigaciones, por lo que nuestra revisión de ningún modo lo agota.

Justificación de sistema y variables sociodemográficas. Rol del estatus.

Desde la perspectiva de justificación de sistema, la hipótesis más intuitiva es que los grupos más favorecidos por el sistema serán quienes exhiban una mayor tendencia a

legitimar y justificar el *status quo*, dado que sus necesidades relacionales y existenciales son consistentes con la continuidad de este sistema (Rutto, Ruso & Mosso, 2014). En esta línea, Zimmerman y Reyna (2013) encontraban que efectivamente las personas de menor estatus eran la que más identificaban las discrepancias entre los objetivos ideales que propone el sistema y su consecución en la realidad y, además, que las personas de más estatus estaban ligeramente más inclinadas a legitimar el sistema actual en lugar de promover un sistema ideal. También Thorisdottir et al. (2009) encontraban, en una muestra representativa de ciudadanos estadounidenses, que la educación se asociaba –aunque modestamente- con una mayor justificación del sistema económico.

Sin embargo, la literatura también ha reportado evidencia –aparentemente paradójica- de que en ocasiones son precisamente los grupos más desfavorecidos quienes más sostienen este tipo de ideologías; esto entraría en contradicción con la perspectiva de las personas como actores racionales que buscan maximizar sus beneficios (Downs, 1957). Una explicación posible a estos hallazgos está en que pueden estar operando otras necesidades cognitivo-motivacionales, por ejemplo, la reducción de la disonancia cognitiva de participar en un sistema que es personalmente costoso (Henry & Saul, 2006; Jost, Pelham, et al., 2003) o una mayor necesidad de cierre cognitivo y reducción de la incertidumbre (Cichocka & Jost, 2014; McCoy, Wellman, Cosley, Salow & Epel, 2013). En esta línea, por ejemplo, existe cierto consenso que asocia distintas formas de intolerancia y orientaciones autoritarias a las clases trabajadoras (desde la noción de *autoritarismo de la clase trabajadora* propuesta por Lipset, 1959) y a menores niveles de educación formal (e.g. Napier & Jost, 2008). Así, las personas de menor estatus y nivel educativo tendrían una disposición más favorable a comportamiento políticos y religiosos intolerantes y extremistas (Lipset, 1959). A la vez, es posible que esta relación se vea inflada, dado que las personas con una mayor educación están mejor preparadas para dar opiniones socialmente deseables cuando se les pregunta por estos temas (Napier & Jost, 2008). Adicionalmente, Napier y Jost (2008) mostraron que la obediencia a la autoridad (como dimensión de autoritarismo) se relacionaba con el estatus socioeconómico en el sentido esperado, mientras que el convencionalismo y el absolutismo moral no lo hacían en ningún sentido. Al mismo tiempo, Jost, Pelham et al. (2003) encontraron en población estadounidense que los grupos más desfavorecidos (de menos ingresos, de regiones más pobres, inmigrantes y afroamericanos) mostraban una tendencia mayor a legitimar el sistema. Además, Laurin

(2012) encontró que la creencia en la justicia social (conceptualmente cercana a la CMJ) se asociaba consistentemente con la motivación a perseguir metas de largo plazo y que esta tendencia era mayor en los grupos desfavorecidos; tendencia que se sostuvo en distintos contextos en los que se evaluó, tanto en estudios correlacionales como en situaciones experimentales. Resultados similares reporta Dirilen-Gumus (2011) con una muestra turca en la cual el estatus socioeconómico se asociaba negativamente con la justificación de sistema.

En el contexto regional, Henry y Saul (2006), en un estudio con niños bolivianos, encontraron que eran aquellos pertenecientes a pueblos indígenas –que coinciden con el segmento de menores recursos económicos de la población– quienes manifestaban mayor aprobación, menos cinismo y desconfianza hacia el gobierno y estaban más de acuerdo con la censura de manifestaciones contrarias a él (ejercido en el momento por Eduardo Rodríguez Veltzé⁵). También regionalmente pero con población adulta, Molina Guzmán y Rottenbacher (2015) encontraban que los grupos socialmente más desfavorecidos (en términos socioeconómicos) mostraban mayores niveles de RWA, justificación de inequidad económica, justificación de la inequidad social, justificación de la inequidad educativa y justificación de inequidad étnica. Además, Kelemen et al. (2014), con datos de Hungría, encontraron que las personas con mayor nivel educativo manifestaban menos orientaciones autoritarias; a la vez que ésta se relacionaban con el estilo cognitivo; de modo que quienes tenían mayor necesidad de orden e intolerancia a la ambigüedad eran también más autoritarios. Sin embargo, en este mismo estudio, la CMJ se comportaba de modo diferente, manifestando mayores niveles entre los grupos más favorecidos: así, la población de Europa Occidental creía más en un mundo justo que la muestra Húngara (comparativamente más desfavorecida). También, hacia el interior de esta, las personas que percibían que estaban en una mejor posición socioeconómica, tenían mayor edad y nivel educativo y vivían fuera de la capital, mostraban una mayor CMJ. Los resultados de Bai, Liu y Kou (2014) en población China son consistentes con esto, evidenciando correlaciones positivas entre la CMJ y el nivel educativo, aunque no entre ésta y los ingresos, la edad o el

⁵ Presidente designado como sucesor de Carlos Mesa Gisbert, ejerció la presidencia por un breve lapso hasta que la entregó a Evo Morales. Es católico, abogado, curso estudios en Harvard y fue presidente de la Corte Suprema Boliviana y, en términos identitarios, representa a los sectores de mayor estatus en Bolivia.

sexo. En la misma línea, Thorisdottir et al. (2009) señalaban que la justificación del sistema económico se asociaba positiva –aunque modestamente- con el ingreso y el nivel educativo.

Respecto de la edad, es interesante señalar algunas inconsistencias: mientras que Oppenheimer (2006) reportaba datos de jóvenes holandeses en los que la CMJ tenía a disminuir con la edad (a partir de los 12 años); Zubieta y Barreiro (2006) reportaban la tendencia inversa con jóvenes argentinos. Los primeros, señalaban que la CMJ es una forma poco sofisticada de razonamiento que es paulatinamente reemplazada por otras más adecuadas para manejar el mundo como un lugar que no es justo. Por su parte, la hipótesis de las segundas autoras es que, por un proceso de socialización secundaria, los jóvenes interiorizarían gradualmente una creencia que es normativa en la cultura en un contexto de alta desigualdad. Es posible así que estas diferencias tan marcadas se deban a diferencias en el entorno y la cultura, contrastando la normatividad de la CMJ en un contexto social de baja (Holanda) y alta (Argentina) inequidad. El hecho de que en la muestra Holandesa la percepción de inequidad se relacionara positivamente con la CMJ podría apoyar esta línea de razonamiento.

Así, la evidencia empírica sobre el rol del estatus y las variables sociodemográficas es contradictoria y sugiere atender a otras variables intervinientes. Por ejemplo, Sengupta, Osborne y Sibley (2014) mostraron que las personas de bajo estatus mostraban mayor tendencia a legitimar la desigualdad pero sólo respecto de los sistemas jerárquicos responsables de su propia desventaja. Así, en una muestra neozelandesa, los grupos étnicos de bajo estatus percibían que las relaciones étnicas eran más justas en comparación con las percepciones de los grupos de alto estatus; mientras que sus valoraciones del sistema político en general no eran diferentes. Esto también se halló en el citado estudio de Laurin (2012), donde las creencias de justificación de sistema (en ese caso CMJ) eran más relevantes para los grupos desfavorecidos en temas centrales para ellos en comparación con otros menos importantes. Apoyando esta hipótesis, Jost et al. (2017) presentan datos del Líbano que señalan que las personas de menores ingresos puntuaban más bajo en la escala de justificación de sistema en general, pero más alto en la de justificación de sistema económico.

Complementariamente, Newman, Johnston y Lown (2015) analizan la relevancia del contexto en las relaciones entre la justificación de sistema y el estatus y encuentran que, en contextos de alta desigualdad, se incrementa el rechazo a la meritocracia entre grupos

desfavorecidos (de bajos ingresos), mientras que en contextos más igualitarios no hay diferencias significativas entre grupos de bajo y alto estatus. En el mismo sentido, con datos de la ISSP (*International Social Survey Programme*) Caricati y Lorenzi-Cioldi (2012) encontraron que las personas atribuían más legitimidad y justicia al sistema social se sentían menos deprivadas (percibían menos diferencias entre sus ingresos reales y los que creían que merecían), lo cual sugiere que estas creencias cumplen una función de racionalización de las inequidades sociales. Sin embargo, no pudieron comprobar que ésta se acentúe en grupos desfavorecidos, tanto en términos individuales como globales (entre países más y menos igualitarios y más y menos ricos); sino que la tendencia fue inversa: el estatus se asociaba positivamente con la justificación de sistema. En la misma línea, en una serie de análisis multinivel con 3 series de datos de encuestas de Estados Unidos y de la WVS, Brandt (2013) encontró que –en la mayoría de los casos– la evidencia contradecía la hipótesis de que, en función de los mecanismos de disonancia cognitiva, serían los grupos de menor estatus los que más justificarían el sistema; mientras que en otros casos la relación era cercana a cero.

Respecto de lo expuesto, Jost et al. (2017) concluyen que, si bien en el corto plazo la justificación de sistema tiene un efecto paliativo que genera mayores niveles de bienestar en distintas esferas, a largo plazo implica el sostenimiento de un sistema que legitima la propia opresión. Así, no es esperable que los grupos desfavorecidos siempre –o aun usualmente– exhiban mayores niveles de justificación de sistema. Por nuestra parte, enfatizamos que para los grupos desfavorecidos se trata de motivaciones en conflicto (aquellas que favorecen el bienestar e interés personal y aquellas que satisfacen necesidades motivacionales más básicas de reducción de la disonancia y la incertidumbre) cuyo equilibrio varía en función de otras variables como las analizadas. Así, si bien evidenciamos cierto consenso respecto del efecto positivo que tiene la educación en relación con los niveles de autoritarismo y tolerancia, la relación de esta y otras variables sociodemográficas con otros aspectos de la justificación de sistema es menos clara y parece ser más dependiente de factores exógenos.

Justificación de sistema, legitimidad política y democracia

Es comparativamente más escasa la literatura que –desde una perspectiva de justificación de sistema– analiza los componentes ideológicos que subyacen a la

legitimación de la democracia y la confianza política. Sin embargo, las hipótesis y evidencia empírica que este enfoque ha recogido en diversos ámbitos indican que los motivos de justificación de sistema serán compatibles con el sostenimiento también de los órdenes políticos existentes (Brandt & Reyna, 2012). No obstante, como veremos en próximos apartados, hay numerosos aspectos del contexto sociopolítico y económico que pueden intervenir para que estas relaciones no sean tan lineales. Asimismo, la representación social de la democracia como un sistema político deseable, el énfasis en el ideal democrático de igualdad, libertad e inclusión, conllevan que este sistema sea percibido en términos más positivos en general. En esta línea, Brandt y Reyna (2012) –con datos de 27 países y 3 rondas de la EES– mostraron que, mientras que las orientaciones ideológicas que sirven al rechazo del cambio social y la conservación del estatus quo (en su caso, tradicionalismo) siempre se asociaban positivamente con la legitimidad política; aquellas más orientadas a la oposición a la igualdad lo hacían de modo diferente según se trate de sistemas políticos igualitarios o desiguales: mientras que la oposición a la igualdad se relacionaba positivamente con la legitimidad política en sistemas desiguales, lo hacía negativamente en democracias más igualitarias. Si bien este trabajo tiene algunas limitaciones propias del uso de indicadores globales (en este caso de la ESS) no diseñados para los fines del estudio, presenta hallazgos interesantes sobre la interacción entre las orientaciones ideológicas, sus motivaciones subyacentes y el contexto respecto de la legitimación de las democracias.

En esta línea, con datos de la WVS, Fischer (2011) señala que las personas más conservadoras tendrían a mostrar mayores niveles de confianza política que las de centro y estas que las de izquierda; al tiempo que las personas que se definían apolíticas eran las que menos confiaban. Adicionalmente, la congruencia ideológica con el gobierno incrementaba la confianza tanto para las personas de izquierda como las de derecha. Algo diferente son los resultados de Morisi, Singh y Jost (2017; citado en Jost, 2017c) que –con datos de encuestas de Estados Unidos– encontraron una asimetría ideológica en la confianza en el gobierno en interacción con la ideología de quién lo ejercía: mientras que los liberales manifestaban iguales niveles de confianza en el gobierno independientemente de si quien lo ejercía coincidía con su orientación ideológica, los conservadores mostraban significativamente más confianza cuando lo ejercía el partido republicano. Además, los republicanos manifestaban significativamente más apoyo a la reducción del gasto público y el tamaño del estado cuando el gobierno era ejercido por un demócrata en comparación a

cuando lo ejercía un republicano; mientras que este tipo de actitudes no se veían afectadas por la orientación política del gobierno en el caso de los liberales. Contrariamente, Frimer, Gaucher y Schaefer (2014) presentaron evidencia de tres estudios que sugería que liberales y conservadores no tendrían diferencias en su disposición a la obediencia (uno de los elementos de la legitimidad política), sino que tendrían diferentes sentimientos respecto de las autoridades que demandan esa obediencia: las personas conservadoras tendían visiones morales más positivas de la obediencia sólo cuando las autoridades eran conservadoras (e.g. comandantes) y los liberales las tenían cuando las autoridades eran liberales (e.g. ambientalista); al tiempo que conservadores y liberales no manifestaban diferencias cuando se trataba de una autoridad *neutral* (e.g. encargado de oficina). Estos autores concluyen que las imágenes culturalmente asociadas a la obediencia remiten a autoridades conservadoras (estereotipo), lo cual explicaría que frecuentemente se encuentren asociaciones ente conservadurismo y obediencia; sin embargo, el conservadurismo no sería intrínseco ni a la noción de autoridad ni a la de obediencia. Por su parte, Porter (2008) evidenciaba que las relaciones entre la justificación de sistema y la confianza política no eran transversales en distintos contextos sino que dependían del entorno. En su estudio en el marco de una transición de gobierno que implicaba un cambio significativo en la organización política del distrito, el convencionalismo autoritario se asociaba negativamente (en lugar de positivamente, como usualmente lo sostiene la evidencia) con la confianza en el gobierno. En este caso, la resistencia al cambio tenía un efecto mayor que la lealtad a la autoridad. De cualquier modo, este efecto dejaba de ser significativo cuando se consideraban variables sociodemográficas que daban cuenta de la pertenencia grupal.

Respecto de la democracia, Miklikowska (2012) presentó datos de una muestra de estudiantes finlandeses que –analizando el rol de variables individuales– mostraba que el RWA era uno de los principales predictores (en sentido negativo) del apoyo a valores democráticos, evaluados a través de una escala que incluye indicadores de legitimidad política de la democracia. Además, un estilo identitario normativo (preferencia por comportarse de acuerdo con lo esperado socialmente) predecía los valores democráticos en el mismo sentido que el RWA; al tiempo que la confianza interpersonal y la empatía lo hacían de modo positivo. En el contexto latinoamericano con datos de una muestra costarricense, Mora Solano, Sólis Salazar y Soto Kiewit (2014) encontraron que, si bien alrededor de un 70% de los encuestados presentaban un rechazo explícito a formas

autoritarias de gobierno (una de las mediciones más usadas de apoyo difuso a la democracia), la mayor parte de la población (63%) sostenía actitudes autoritarias (puntuaban alto en una escala de RWA) a la vez que apoyaban explícitamente a la democracia (*demócratas autoritarios*) y sólo un 7,4% podían clasificarse como *democráticos* (puntuaban bajo en RWA y apoyaban a la democracia). Además, las personas sostenían diferentes visiones de democracia en función de estas actitudes. Así, las personas democráticas tenían visiones más solidarias y sustantivas de la democracia, orientadas al bienestar colectivo y menos asentadas en los procedimientos y en la delegación de responsabilidades; mientras que los demócratas autoritarios la relacionaban más con el régimen político, las libertades y los derechos y tendían a definirla más en términos individualistas y materialistas. A su vez, los autoritarios no demócratas (*autoritarios radicales*) tenían más dificultades para definir a la democracia. También para Latinoamérica, Stevens, et al. (2006) analizaron la prevalencia y consecuencias de actitudes autoritarias entre elites (incluyendo de sectores de gobierno, academia, negocios y medios) en 6 países, incluyendo Argentina. Así, encontraron altos niveles de agresión autoritaria (siendo las argentinas y colombianas las más autoritarias) que se relacionaban con el apoyo a las instituciones del orden y a gobiernos más autoritarios y con las preferencias en política económica. Además, predecían la adhesión a la posibilidad de alternativas no democráticas de gobierno, mayor preferencia por el orden y mayor apoyo a la intervención del estado en política económica sobre temas que amenazan el orden social, pero no cuando la amenaza no es evidente.

Por otra parte, Rottenbacher y Schmitz (2012) presentaron resultados interesantes que nos permiten diferenciar el rol de las orientaciones ideológicas en la legitimación del sistema económico neoliberal (que implicaba la política económica vigente y tema central de la campaña política presidencial peruana en el momento) y el sistema político democrático. Encontraron que, mientras que el SDO, RWA y la orientación política de derecha ejercían una influencia directa sobre el apoyo al modelo económico neoliberal; la SDO ejercía una influencia inversa sobre el apoyo al sistema democrático. El signo de estas relaciones es esperable en tanto el modelo neoliberal es esencialmente desigual, mientras que la democracia en términos ideales implica aspiraciones igualitarias. Además, se esperaba que fueran también el RWA y el autopoicionamiento de derecha (en tanto dimensiones políticas del conservadurismo) los que predijeran negativamente el apoyo a la

democracia; aunque es posible que dada la trayectoria democrática de 30 años, ésta sea legitimada también por sectores autoritarios. Sin embargo, las relaciones encontradas contradicen alguna evidencia de democracias occidentales que –en consonancia con la perspectiva del proceso dual– asocian el RWA a un conservadurismo cultural y la SDO a un conservadurismo económico (Duriez et al., 2005). De hecho, Rottenbacher y Schmitz (2012), entienden que la relación del RWA y el autopoicionamiento de derecha con el apoyo al modelo neoliberal implicaría un solapamiento en las dimensiones sociales y económicas del conservadurismo. Por otra parte, la ideología política de derecha se asociaba positivamente con el desinterés político y este ejercía una influencia directa sobre el apoyo al modelo neoliberal. Los autores señalan que no pueden precisar si son las políticas neoliberales las que producen una apatía o si es esta la que moviliza una orientación favorable al neoliberalismo. En otro estudio, pero con una muestra de estudiantes, los autores sí encontraron que el RWA y la SDO predecían negativamente el apoyo a la democracia y ambos, junto con la orientación política de derecha predecían la criminalización de la protesta social. Finalmente, señalaban que el apoyo a la democracia se relacionaba inversamente con la criminalización de la protesta social; lo cual es esperable en tanto atentaría contra los derechos y libertades civiles básicas (Rottenbacher & Schmitz, 2013). Con algunos matices, ambos estudios dan cuenta de asociaciones negativas entre orientaciones ideológicas conservadoras (principalmente la SDO) y la legitimidad política democrática, y positivas en relación con el sostenimiento de sistemas desiguales (sistema económico neoliberal) o prácticas intolerantes y antidemocráticas (criminalización de la protesta social).

Justificación de sistema y el contexto sociopolítico

Según hemos señalado, nuestro enfoque teórico para el abordaje del aporte de las orientaciones ideológicas a la explicación de actitudes y comportamientos sociales y políticos es uno que entiende que estas orientaciones no dependen sólo de variables individuales (lecturas *bottom-up* de la ideología), sino que también se ven afectadas por aspectos situacionales (lecturas *top-down* de la ideología) (Jost, 2006; 2009). Además, no solo la ideología modela la percepción de la situación (Rose & McAllister, 1990), sino que también estas orientaciones ideológicas pueden actualizarse y cambiar en función de factores situacionales (Kumlin, 2006).

Uno de los aspectos que ha recibido atención es el rol de la justificación de sistema en general y orientaciones conservadoras en la percepción y tolerancia a la corrupción. Al respecto, Bai et al. (2014) –a partir de estudios correlacionales y experimentales con población China- encuentran que la CMJ se relaciona negativamente con la percepción de intencionalidad de corrupción (sobornos y nepotismo en escenarios hipotéticos): quienes más creían en la justicia del mundo (principalmente en la dimensión de creencias generales) tendían a juzgar que las personas actuarán corruptamente con menos frecuencia. Además, esta relación se encontraba parcialmente mediada por la percepción de la probabilidad de castigo. En la misma línea, Dalbert (2009) sostiene que las personas con mayor CMJ es más probable que crean que otros actuarán de modo justo y, en consecuencia, esperarán mayor honestidad. En este sentido, la CMJ se asocia positivamente con la percepción de justicia procedimental, la confianza interpersonal e institucional. En la misma línea, Tan, Liu, Huang, Zheng y Liand (2016) exponen evidencia de estudios correlacionales y experimentales que dan cuenta de una relación negativa entre la justificación de sistema (evaluada en términos generales) y la percepción de corrupción; pero que –a diferencia de otra evidencia previa (Tan et al., 2015) – esto disminuye, en lugar de incrementar, la intención de comportarse de modo corrupto. También en este caso encuentran relación entre la justificación de sistema y la confianza institucional. En conjunto sostienen que, en tanto la justificación de sistema representa una orientación ideológica defensiva del estatus quo, es esperable la minimización o negación de la corrupción como forma de evitar la amenaza.

Adicionalmente, en el contexto latinoamericano, aunque con una muestra reducida, Rottenbacher y Schmitz (2012) encuentran una relación positiva entre la orientación a la dominancia social (SDO) y la tolerancia a la trasgresión (en niveles que van desde la trasgresión de las convenciones sociales hasta el soborno, el tráfico de influencias y la violación de leyes) y una relación negativa entre esta última y el autoritarismo del ala de derechas (RWA). Así, la trasgresión puede ser una forma de mantener la dominancia y, por tanto, se explica su asociación con la SDO. Por su parte, la relación con el RWA se explica en tanto es una variable de conservadurismo social: es esperable que las personas más autoritarias manifiesten una mayor oposición a la trasgresión normativa. Si bien en nuestro trabajo no se controla la tolerancia a la trasgresión, los resultados son relevantes porque el nivel de tolerancia a la corrupción puede modelar la importancia que esta tenga en las

evaluaciones de las autoridades y el sistema político. En conjunto, estas investigaciones sugieren que los aspectos ideológicos se relacionan con el modo en que se percibe la corrupción y tienen un correlato actitudinal respecto de la relación con la institucionalidad y el sistema político. Sin embargo, el signo de estas relaciones puede estar condicionado por otras características del contexto o el tipo de orientación ideológica.

Por otra parte –en línea con lo que propone la literatura que relativiza el carácter *disposicional* de estas orientaciones– se ha explorado la posibilidad de que no sólo las orientaciones de justificación de sistema modelen la expresión de estas actitudes y orientaciones políticas, sino también que un entorno de baja justicia, alta corrupción y anomia tenga efectos en las orientaciones favorables al sostenimiento del estatus quo. En esta línea, por ejemplo, Malahy, Rubinlicht y Kaiser (2009) presentan datos longitudinales de Estados Unidos que señalan cómo la CMJ se incrementa en la medida que se incrementa la desigualdad a nivel macroeconómico, relacionándose significativamente aún después de controlar por otros factores como el ingreso y la ideología política. Así, los autores sugieren que un contexto de mayor inequidad resultaría en una mayor necesidad de hallar formas de justificarla. Algo similar señala Oppenheimer (2006) al reportar una asociación entre la CMJ y el colectivismo verticalista (como indicador de desigualdad social). En relación con el cambio en las orientaciones ideológicas, Kumlin (2006) –con datos multinivel de un estudio de panel en Suiza– encontró que una evaluación positiva del gobierno producía que las personas cambiaran sus posicionamientos ideológicos (en el eje izquierda/derecha y en posicionamientos sobre temas económicos) a una posición más cercana al gobierno en el corto y largo plazo (tanto si inicialmente estaban más a la derecha, como si estaban más a la izquierda). Además, este efecto de aprendizaje social existía independientemente de los niveles de sofisticación política. A la vez, su diseño de investigación permitió probar que la estabilidad de las orientaciones ideológicas era menor cuando se evaluaban a largo plazo y que el efecto de las orientaciones ideológicas iniciales sobre la percepción del desempeño de gobierno era significativo en el corto plazo (antes y después de la campaña), pero no en el largo plazo (4 años).

Adicionalmente, esta línea ha examinado en distintos escenarios el rol de variables vinculadas a la evaluación de la situación –como los sentimientos de impotencia política, dependencia del sistema o la exposición a amenaza– en la activación de las tendencias de justificación de sistema. En este sentido, los cambios en los niveles de conservadurismo

hallan explicación en el incremento ante estas situaciones de las necesidades epistémicas y existenciales de manejar la incertidumbre y la amenaza (Jost et al., 2008). Por otra parte, los autores señalan que hay menos desarrollo respecto de las variables que influyen en el cambio hacia posiciones más liberales, entre las que señalan experiencias educativas, viajar y cambios en la actividad laboral hacia posiciones que requieran sopesar distintos puntos de vista.

En relación con la impotencia y alienación política, Nicol (2007) presenta un estudio correlacional con población de estudiantes militares en el que reporta algunos resultados contradictorios: de modo consistente con la teoría, una mayor SDO se asoció con mayor alienación en el ámbito personal e institucional, juntamente con una sensación de falta de control en el ámbito sociopolítico. Sin embargo, evaluada con una escala de impotencia política personal y colectiva, la relación con la SDO era inversa: las personas que tenían mayor SDO se sentían menos impotentes. Los resultados son difíciles de interpretar y es posible que la combinación de los aspectos personales y colectivos de la impotencia política dificulte su comprensión, más allá de la limitación que implica un estudio correlacional que presenta solo datos bivariados y con un grupo poblacional particular, inserto en una institución militar fuertemente jerárquica. En el mismo estudio, si bien se esperaba una relación positiva entre la RWA y la impotencia y la alienación política y social, no se registraron relaciones significativas. Por su parte, Beierlein et al. (2011) señalan que la sensación de eficacia puede mediar las respuestas a una situación en que la CMJ es amenazada: quienes tengan niveles altos de eficacia política usarán la oportunidad para promover la justicia por sus propios medios. Consecuentemente, encontraron en una muestra de estudiantes que una alta eficacia política interna amortiguaba el efecto de una alta CMJ sobre el comportamiento político orientado a la promoción de la justicia y la justificación de la desigualdad. Así, entienden que los sentimientos de dependencia de la autoridad fortalecen las motivaciones a justificar el orden sociopolítico existente.

De modo más específico, Van der Toorn et al. (2015) encuentran que la sensación de dependencia incrementa la justificación del sistema social, económico y político en estudios en contextos laborales, experimentales y políticos. En otro trabajo, Van der Toorn, Tyler y Jost (2011) presentaban resultados de diversos estudios sobre la relación entre la sensación de dependencia y la legitimidad atribuida a la autoridad (evaluada como confianza, empoderamiento y adhesión a decisiones de las autoridades) en escenarios sociales,

políticos y legales. Además, en uno de sus estudios experimentales, la asignación a una condición de dependencia de la autoridad incrementaba la percepción positiva respecto de los resultados recibidos, aunque éstos fueran idénticos en las dos condiciones; efecto que estaba mediado por la legitimidad percibida de esa autoridad. En el mismo sentido, Sheperd (2012), con datos de Canadá, encuentra que la falta de información o conocimiento sobre un tema (en este caso: tecnología energética, manejo de reservas de petróleo, desastres medioambientales y recesión económica) estimula la sensación de dependencia y, con ella, la confianza y apoyo a un gobierno y al estatus quo en la toma de decisiones. Este mecanismo –compatible con los supuestos de la teoría de justificación de sistema– tiene un carácter cíclico, dado que esta dependencia y confianza genera a su vez una evitación de la búsqueda de información sobre el tema –principalmente la información ambigua o negativa–, como evitación de la amenaza.

Respecto de la influencia de un entorno amenazante, Jost, Stern, Rule y Sterling (2017) en un metaanálisis con datos de 134 muestras de 16 países, señalan que la exposición a circunstancias objetivamente amenazantes (como ataques terroristas, advertencias gubernamentales o cambio en la demografía étnica) se asociaba con un incremento de las tendencias conservadoras entre la población a un nivel individual y agregado. Además, el conservadurismo también se asociaba sistemáticamente con percepciones subjetivas de amenaza. En este sentido, en períodos de crisis, es más probable que las personas se orienten hacia líderes e instituciones autoritarias en una búsqueda de seguridad, estabilidad y estructura (Jost, Glaser et al., 2003). Esto es consistente con los hallazgos de Stevens et al. (2006) que mostraban altos niveles de autoritarismo en las elites argentinas luego de la crisis del 2001 y, además, encontraban que la percepción subjetiva de amenaza económica era un predictor significativo del nivel de agresión autoritaria, manifestando diferencias significativas tanto a nivel individual como agregado entre distintos países del continente. Estos resultados son relevantes porque nos alertan sobre la necesidad de considerar aspectos contextuales y disposicionales en la interpretación que hacen las personas de los resultados del sistema, aspecto ignorado por los enfoques institucionales del desempeño.

En línea con lo anterior, es poca la evidencia empírica proveniente del ámbito regional y, como evidenció el mencionado trabajo de Porter (2008) respecto de la confianza política en la región, nuestros sistemas políticos parecen introducir particularidades en las relaciones entre estas variables. Por ejemplo, Espinosa y Córdova (2013) exponen un estudio

con personas de todas las regiones del Perú y señalan que los marcos cognitivos de la cultura política peruana, donde el Estado y los actores políticos se perciben como no representativos e ilegítimos y los mecanismos de participación convencionales son ineficientes, pueden ser los responsables del hallazgo de resultados contradictorios. Así, en esta muestra, mayores niveles de RWA se asociaban con una mayor tolerancia política a distintas formas de protesta social (contra actores políticos y económicos). Los investigadores sugieren que, en este marco de insatisfacción de demandas básicas y debilidad institucional, la motivación a la preservación del orden social implicaba el apoyo a las únicas formas efectivas de participación (protestas y marchas) y la legitimación de los reclamos.

Finalmente; Jost, Ledgerwood y Hardin (2008) presentan la perspectiva de la realidad compartida señalando que el cambio en las orientaciones ideológicas puede tener no sólo las mencionadas bases epistémicas y existenciales, sino también relacionales. Esta perspectiva parte de los desarrollos iniciales de Hardin y Higgins (1996) y entiende que las motivaciones relacionales y epistémicas se relacionarían entre sí: las personas estarían motivadas a la construcción de una realidad común con otros significativos tanto para establecer, mantener y regular la relaciones –satisfaciendo la necesidad relacional de afiliación– como para percibirse a sí mismos y al ambiente como estables, predecibles y potencialmente controlables –satisfaciendo motivaciones epistémicas de certidumbre–. En este sentido, las personas podrían *ajustar* sus orientaciones y actitudes a aquellas que consideran relevantes para los otros significativos. Si bien esto podría explicar cambios tanto hacia el progresismo como hacia el conservadurismo; los autores sugieren que, en tanto las retóricas conservadoras son más simples, consistentes, y menos ambiguas, es más probable que –en la misma línea con las necesidades epistémicas y existenciales– las motivaciones relacionales generen cambios hacia actitudes conservadoras antes que progresistas.

Justificación de sistema, valores e ideología política.

Como mencionamos antes, el progresismo/conservadurismo se ha asociado a las nociones de izquierda y derecha, estructuradas principalmente en torno a las dimensiones de resistencia al cambio y aceptación de la inequidad (Jost, 2006; Jost et al., 2008). Sin embargo, señalábamos también que esta correspondencia puede ser dependiente del

contexto, al tiempo que la mayoría de la evidencia empírica proviene de democracias occidentales *desarrolladas*, lo cual hace necesario comprobar su aplicabilidad a nuestro contexto. En esta línea, Aspelund, Lindemann y Verkasol (2013) identificaban diferencias en estas relaciones entre democracias occidentales y democracias poscomunistas. Así, mientras que en las primeras el conservadurismo ideológico –entendido en términos de estos dos ejes– se asociaba con una orientación política de izquierda o de derecha; en las segundas estas relaciones variaban, siendo positivas, negativas o no existentes. Consecuentemente, sugerían que la interpretación de estas categorías debe tener en cuenta condiciones culturales, políticas y económicas. Contrariamente, Dimdins, Sangren y Montgomery (2016) comparaban datos de estudiantes de Latvia y Suecia (países cultural y políticamente muy diferentes) y encontraban que las variables ideológicas asociadas a las orientaciones políticas se estructuraban de manera robusta y estable alrededor de las dimensiones aceptación/rechazo al cambio y aceptación/rechazo a la igualdad: aunque las respuestas de los estudiantes de Latvia manifestaban mayores niveles de conservadurismo social y económico, religiosidad, RWA, SDO y tradicionalismo que la muestra Suiza, los resultados de análisis de escalamiento multidimensional para cada muestra mostraban patrones de asociación entre las variables muy similares. Así, identificaron 4 clústers: liberalismo social (apertura al cambio, tolerancia a la ambigüedad) vs. conservadurismo social (normativismo, RWA, bases morales vinculantes, conservadurismo) y, por otro lado, progresismo económico (bases morales individualistas, autotrascendencia, humanismo, orientación hacia los otros) vs. conservadurismo económico (SDO, justificación de sistema económico, autopromoción, orientación hacia sí mismo, conservadurismo económico). La única diferencia entre las muestras era la menor diferenciación entre conservadurismo social y económico en la muestra sueca, aspecto que se repite en Latinoamérica (Rottenbacher & Schmitz, 2012).

Por otra parte, Mirisola, Sibley, Boca y Duckitt (2007) expusieron la interacción entre variables del conservadurismo y la medida en que el sistema político se estructura en el eje izquierda-derecha o su nivel de *ideologización*: una mayor identificación política se asocia con una relación positiva más fuerte entre el RWA y la SDO. Duriez et al. (2005) aportan evidencia que apoya esta hipótesis de que la relación entre RWA y SDO depende del contexto: era fuerte y significativa en una muestra belga (contexto político estructurado en el eje izquierda/derecha, con partidos ideológicamente situados), pero no significativa en

Polonia (espectro ideológico complejo). Además, dentro de cada sociedad, también se registraban fluctuaciones en estas relaciones en función del interés y compromiso político; siendo los más políticamente comprometidos también ideológicamente más consistentes. A partir de esto, los autores sugieren que la dimensión izquierda/derecha es más relevante para los más educados y políticamente involucrados. Regionalmente, Rottenbacher (2012a) aporta datos sobre la vigencia del continuo izquierda/derecha, evidenciando su relación con el RWA, el comportamiento electoral y las reacciones emocionales al resultado de una elección presidencial en Perú.

Para el caso de Argentina, la izquierda y la derecha adquieren significados múltiples. En un estudio con población cordobesa, Brussino, Imhoff, Paz García, Dreizik y Rabbia (2016) identificaron una mayor riqueza semántica de la noción de izquierda respecto de la derecha, lo cual puede ser evidencia tanto de la relevancia que ha adquirido esta categoría en función del clima político de los últimos años, como de la heterogeneidad de sus expresiones políticas y partidarias. Además, estas categorías manifiestan algunas polaridades, principalmente asociadas a la supremacía del estado para la izquierda y la preponderancia del mercado para la derecha y algunos solapamientos respecto de identidades partidarias. Además, la izquierda aparece vinculada a un relato *setentista* que remite a su trayectoria pasada, recuperando tanto elementos positivos como peyorativos. Por su parte, la derecha se asocia fuertemente a la noción de democracia, pero desde una visión tradicional de la política representativa sostenida principalmente por los segmentos de menor nivel educativo. Además, se identificaban sentidos con fuerte carga negativa, principalmente entre los sectores de más edad, que señalan altos niveles de cinismo y desilusión con el sistema político. Finalmente, solo las nociones más sofisticadas y de mayor complejidad cognitiva remitían a los nudos semánticos característicos de estas posiciones ideológicas (sistémico/anti-sistémico; cambio social/conservación del estatus quo).

En otro trabajo analizamos los posicionamientos ideológicos en términos simbólicos (izquierda/derecha) en relación con las orientaciones ideológicas evaluadas en términos operativos (posicionamientos sobre temas sociales y políticos) en dos muestras, una con población general y una con estudiantes universitarios (Brussino, Imhoff & Alonso, 2016). Así, encontraron que efectivamente las personas que se posicionaban a la izquierda sostenían visiones más progresistas y aquellas que se ubicaban a la derecha eran más conservadoras. Además, los posicionamientos de centro (30% de la muestra) raramente

representaban posiciones ideológicas moderadas y, en ambas muestras, eran similares a los de quienes se ubicaban a la derecha. Al mismo tiempo, las personas que manifestaban no tener ideología o no podían ubicarse en el continuo (19% de la muestra) sí tomaban posiciones ideológicas respecto de los temas propuestos que, si bien en la población general tendían a ser también conservadoras, para el grupo de estudiantes universitarios representaban posiciones moderadas. De este modo, se obtuvo evidencia no sólo de la validez de las etiquetas ideológicas y de su correspondencia con las nociones tradicionales de progresismo y conservadurismo; sino también de la orientación conservadora del centrismo ideológico en el contexto local. En conjunto, los datos expuestos coinciden con los de las denominadas *democracias occidentales* y nos permiten comprender a los posicionamientos ideológicos de izquierda/derecha como expresión de actitudes y orientaciones ideológicas y políticas vinculadas –respectivamente- al progresismo y conservadurismo.

Complementariamente, se ha estudiado la relación entre las orientaciones ideológicas y los valores sociales, señalando las diferencias en contextos políticos, sociales y culturales disímiles; pero también un núcleo de evidencia transversal a distintos trabajos. De modo general, un gran número de estudios reporta asociaciones entre ideologías conservadoras (conservadurismo político, RWA, SDO, intolerancia política) y distintos valores que remiten a las dimensiones de resistencia al cambio y oposición a la igualdad (e.g. conformidad, orden, lealtad, tradiciones y cohesión grupal) (e.g. Brussino, Imhoff, Rabbia & Paz García, 2013; Heaven & Connors, 2001; Jost, 2006; Jost, 2017c; Jost et al., 2008; Simkin & Azzolini, 2014; Solano Silva, 2018; Zubieta et al., 2007). Por ejemplo, Braithwaite (1998) aplicó a una muestra de estudiantes australianos cuatro instrumentos que medían valores, con el objetivo de identificar dimensiones valorativas subyacentes al conservadurismo ideológico (evaluado a través de una escala de 50 ítems). Sus resultados permitieron identificar una estructuración de los valores que diferenciaba seguridad y armonía y encontró que estas permitían predecir el conservadurismo: los valores de seguridad a través del orden y el estatus (deseos de control, dominación y orden a nivel social y de éxito social y económico y aceptación de formas tradicionales de comportamiento a nivel individual) y la religión y restricción personal (religiosidad, autocontrol y –negativamente– creatividad, independencia y placer) predecían

positivamente el conservadurismo. Contrariamente, las preocupaciones humanistas y expresivas (armonía, igualdad, libertad, paz, humanismo y, a nivel familiar, imaginación, amplitud mental, seguridad familiar, crecimiento familiar y armonía interna) lo hacían negativamente. En la misma línea, Schwartz y Davidov (2011), con datos de la EES del 2002-2003, examinaron los significados motivacionales de la izquierda y la derecha a partir del estudio de los valores, encontrando que el universalismo y la benevolencia explicaban las orientaciones de izquierda, tanto en países tradicionales como liberales y que los valores de conformidad y tradición explicaban las orientaciones de derecha. Sin embargo, también señalaban que los valores tenían un poder explicativo muy bajo en las sociedades poscomunistas; pero eran mejores predictores que las variables sociodemográficas en los restantes.

Por su parte, Solano Silva (2018), con datos de la WVS, comparó 6 países *culturalmente occidentales* (Australia, Alemania, Países Bajos, Nueva Zelanda, Suecia y Estados Unidos) con 8 latinoamericanos (incluyendo Argentina) para examinar la correspondencia entre la orientación política (en términos de izquierda/derecha y de orientación a la igualdad) y los valores conservadores (conservación y autopromoción). Encontraron que, si bien estas asociaciones eran consistentes en las culturas occidentales, el patrón era menos claro en nuestra región. Sin embargo, en Argentina, todas las relaciones fueron significativas y en la dirección esperada: quienes se posicionaban más a la derecha tenían actitudes más desfavorables hacia la igualdad de ingresos y ambas se asociaban con mayor resistencia al cambio (valores de conservación) y –en menor medida– con una mayor aceptación de la desigualdad (valores de autopromoción). En el mismo sentido, con datos de población de Buenos Aires, Zubieta, Delfino y Fernández (2007) encontraron que las personas que se autoposicionaban más hacia la izquierda puntuaban más alto en valores de autodirección, universalismo y benevolencia; mientras que quienes se encontraban más cerca de la derecha puntuaban más alto en tradición, conformidad, seguridad, poder y logro. Además, en relación con las dimensiones subyacentes de los valores, el posicionamiento más cercano a la izquierda se relacionaba positivamente con la autotranscendencia y apertura al cambio y negativamente con la conservación. Resultados similares presentaron Simkin y Azzolini (2014) también con datos de Argentina. Finalmente, Brussino, Imhoff et al. (2013) encontraban que los valores de tradicionalistas (religiosidad, obediencia, tradición, estabilidad personal, éxito) eran predictores significativos del

conservadurismo ideológico; mientras que, en particular, la obediencia y religiosidad predecían negativamente el progresismo. En conjunto, la evidencia empírica local apoya las hipótesis más generales de las perspectivas de justificación de sistema sobre la correspondencia entre las orientaciones políticas y valores sociales.

Adicionalmente, Feldman (2017) expone un planteo teórico acerca de las bases de relaciones como las expuestas. Específicamente, analiza las actitudes autoritarias (uno de los elementos del conservadurismo) en función de aspectos normativos básicos, en un continuo que va desde la preferencia por la autonomía y la libertad personal hasta la priorización de la conformidad social; señalando cómo esto se corresponde con visiones del mundo político y social esencialmente diferentes: mientras que una persona que valora la autonomía por sobre la conformidad social manifestaría un fuerte apoyo a la libertad de expresión, la apertura y las libertades básicas; quienes priorizan la conformidad social se inclinarían a limitar la diversidad, como posible amenaza al orden social, por lo cual, para ellos es crítica la obediencia de normas sociales y reglas. Esto no implica que necesariamente apoyen la supresión de libertades, pero sí que apoyen más el poder de los gobiernos de incrementar el control social y el castigo a la no-conformidad. Si bien, en términos generales, esto implica que las personas menos autoritarias mostrarían mayores niveles de tolerancia y menor inclinación hacia valores tradicionales, conservadores y de conformidad que las autoritarias, Feldman (2017) señala que la asociación no siempre será lineal y que, la existencia de grupos o situaciones que impliquen una amenaza tiende a incrementar la intolerancia en los dos polos. Sin embargo, mientras que para los no autoritarios la amenaza provendría de grupos o situaciones que puedan limitar las libertades personales (por ejemplo, grupos terroristas o la violencia política), para las personas autoritarias provendrían de desafíos a las normas y valores tradicionales (por ejemplo, el incremento de la diversidad demográfica o política en una sociedad). A nivel empírico, evaluó la relación entre el autoritarismo y la intolerancia, en relación con situaciones que representan directamente una amenaza en el contexto estadounidense: en todos los casos mayor autoritarismo se asoció con mayor intolerancia, independientemente del tipo de amenaza. Así, se plantea que posiblemente sea necesario revisar qué situaciones implican amenaza para estos grupos.

Por su parte, Lambert, Burroughs y Nguyen (1999) encontraban que las personas que puntuaban más alto en RWA tendían a percibir más la amenaza y que la CMJ tenía un

efecto de interacción: entre los autoritarios, quienes creían en un mundo justo se sentían mucho menos en riesgo que los que no creían; sugiriendo que la CMJ disminuye la percepción de amenaza. Así, se remite a dos aspectos ideológicos conservadores con efectos diferentes en las actitudes e interpretación del entorno. En esta línea, con base en una revisión sistemática, Jost (2017c) reportó datos de Estados Unidos que señalaban que los republicanos eran significativamente más propensos que los demócratas a identificar a un amplio conjunto de grupos, organizaciones, líderes y fenómenos sociales como amenazantes, especialmente a aquellos a los que se oponían ideológicamente. Además, Lindner y Nosek (2009) habían presentado evidencia de que el conservadurismo predecía la intolerancia hacia un discurso antiamericano; pero el liberalismo no predecía intolerancia hacia un discurso anti-árabigo. Sin embargo, el trabajo de Crawford y Pilanski (2014) desafía esta aseveración y encuentra que las personas manifestaban mayores niveles de intolerancia hacia quienes representaban ideologías contrarias a las propias (e.g. sobre derecho de inmigrantes, derechos de homosexuales, aborto, separación de la iglesia y el estado, activismo partidario): las personas de izquierda eran intolerantes y mostraban menos agrado hacia las de derecha y viceversa. Además, los efectos eran mediados por la percepción de amenaza: la relación entre conservadurismo e intolerancia hacia la izquierda dejó de ser significativa cuando se controló la amenaza y el efecto del liberalismo en la intolerancia hacia la derecha fue mediado completamente por la amenaza que representaban. Esto sugiere que conservadores y liberales no serían esencialmente diferentes en sus reacciones a la amenaza. Sin embargo, este es aún un tema de debate y la literatura ha presentado evidencia contradictoria al respecto (ver: Hibbing, Smith & Alford, 2014 para una aproximación favorable y Brandt, Wetherell & Reyna, 2014 para un comentario contrario).

Por otra parte, aportamos evidencia de diversos estudios –la mayoría de ellos fuera del contexto estadounidense– que examinan la justificación de sistema en términos de otras actitudes ideológicas asociadas al autoritarismo, la intolerancia, el fundamentalismo religioso o la religiosidad. Jost et al. (2013) reportaron relaciones entre la pertenencia religiosa y la CMJ: los católicos, protestantes y –en menor medida– budistas mostraban una mayor CMJ que ateos y agnósticos. Además, señalaban que estas creencias se relacionaban también con otras orientaciones de justificación de sistema como la ética protestante del trabajo, la oposición a la igualdad (dimensión de la SDO), el RWA y el conservadurismo

político. En conjunto, sugieren que la religión puede ser un tipo particular de justificación ideológica del estatus quo y podrían remitir a las mismas necesidades epistémicas, relacionales y existenciales que subyacen a ella. Por ejemplo, el citado estudio de Dirilen-Gumus (2011) con población turca encuentra que la justificación general del sistema se asocia con la ideología política conservadora y el fundamentalismo religioso. Resultados similares reportan Jost et al. (2017) que -con datos de una muestra del Líbano- encontraron que la justificación de sistema se asociaba con la preferencia por un sistema político sectario y con un mayor nivel de religiosidad. Además, la justificación del sistema económico se asociaba con la preferencia por un partido neoliberal. Por su parte, Napier y Jost (2008) analizan datos de 19 democracias *desarrolladas* y encuentran que el autoritarismo (en sus dimensiones de convencionalismo, absolutismo moral, obediencia a la autoridad y cinismo) se asociaba con la intolerancia moral y étnica y con la orientación de derecha en general. Además, el convencionalismo y absolutismo moral eran predictores significativos del conservadurismo económico. Resultados similares reportaron Barros et al. (2009) con datos de una muestra brasilera. También en relación con la tolerancia y directamente vinculada al ámbito político, Jost et al. (2017) presentaron datos de población universitaria argentina, señalando que quienes puntuaban alto en la justificación del sistema económico, también rechazaban iniciativas diseñadas para promover la discusión abierta de temas controversiales por parte de los miembros de los dos partidos en disputa por la presidencia y justificaban la limitación de la cobertura noticia de actos públicos de Cristina Fernández para evitar la propagación de sus *ideas peligrosas*.

En conjunto, la evidencia señala la aplicabilidad de la perspectiva simbólica de la ideología política (autposicionamiento ideológico) al contexto local y regional, así como una fuerte vinculación de nuestras dimensiones normativas (valores) e ideológicas (justificación de sistema y conservadurismo político) entre sí. A su vez, se pudo establecer su relevancia en el análisis de la vinculación con el sistema político y su interacción con variables del contexto en la predicción de estas actitudes.

Justificación de sistema y procesamiento de información política

Existe una línea de desarrollo teórico-empírica que parte desde los postulados iniciales de Adorno et al. (1950) acerca de la personalidad autoritaria que postulaban una mayor *rigidez* de las personas conservadoras, asociada a una mayor intolerancia a la

ambigüedad, dogmatismo y menor apertura mental. Más recientemente, estas hipótesis se han desarrollado desde el enfoque de la cognición social motivada que –en línea con el abordaje de las necesidades epistémicas subyacentes a la justificación de sistema– analiza las relaciones entre las creencias de las personas y sus bases motivacionales (Jost, Glaser et al., 2003; Van Hiel, Kossowska & Mervielde, 2000). Las críticas centrales a las investigaciones desde esta perspectiva provienen principalmente del señalamiento de la existencia de ideologías y regímenes políticos de izquierda –como la URSS o China– con ideas y tácticas autoritarias. Así, se ha intentado brindar evidencia empírica sobre la existencia de un *autoritarismo de izquierda* (Jost, 2017b), pero en la mayoría de los casos no se ha podido comprobar que existan los mismos mecanismos de dogmatismo y rigidez cognitiva entre personas de izquierda: si bien las personas de extrema izquierda tienden a mostrar mayores niveles en estas variables comparadas con las de centro, son las personas de derecha las que muestran significativamente mayores niveles (Jost, Glaser et al., 2003). En esta línea, Jost, Napier, Thorisdottir, Gosling, Palfai y Otalfin (2007) presentan tres estudios en los que identifican que, tanto la necesidad de manejar la incertidumbre, como la amenaza contribuían de modo independientemente al conservadurismo, pero no se relacionaban con el extremismo ideológico en general y no específicamente con formas ideológicas autoritarias extremas. El trabajo de Thorisdottir, Jost, Liviatan y Shrout (2007) sugiere que es la justificación de sistema la que subyace a estas relaciones: las necesidades epistémicas y existenciales conllevarían una mayor orientación hacia la justificación de sistema, tanto si este es capitalista como socialista. Así, comparando datos de Europa Occidental y Europa del Este, encontraban que, mientras que la necesidad de seguridad se asociaba con una orientación de derecha en Europa occidental, en Europa del Este se asociaba con una orientación de izquierda (en ese caso, era la opción *conservadora* en términos sistémicos). Lo mismo sucedía con la apertura a la experiencia, pero invirtiendo los signos en las relaciones.

Así, la evidencia empírica sobre este aspecto resulta congruente. Jost, Glaser, et al. (2003) presentaron una revisión sistemática de estudios empíricos de 88 muestras de 12 países y encontraron que efectivamente el conservadurismo político era predicho por un conjunto de variables que señalaban una mayor rigidez en el procesamiento de información: mayor intolerancia a la ambigüedad y la incertidumbre, mayor dogmatismo y necesidad de orden y cierre cognitivo, junto a una menor apertura a la experiencia. Más recientemente,

Jost (2017c) presentó una revisión en la que registraron 281 estudios que abordan las asimetrías en necesidades epistémicas y existenciales entre personas de izquierda y de derecha; hallando diferencias importantes entre estos grupos en un conjunto similar de variables como el dogmatismo, rigidez cognitiva, necesidad de orden, estructura y cierre, intolerancia a la ambigüedad, necesidad de cognición, autoengaño y percepción de amenaza. Además, si bien la mayoría de los estudios incluidos en estas revisiones eran de carácter correlacional, Jost (2017c) reporta ejemplos de estudios en los que se introducen necesidades epistémicas de reducción de la incertidumbre o cierre cognitivo en contextos experimentales (a través de la sobrecarga cognitiva, distracción, presión de tiempo, amenaza o intoxicación alcohólica), encontrando que éstas tendían a incrementar la afinidad individual por la jerarquía, el orden y las opiniones y etiquetas conservadoras y de derecha (e.g.: Eidelman, Crandall, Goodman & Blachar, 2012, presentan evidencia confirmatoria en cuatro escenarios experimentales con muestras diferentes).

Por otra parte, una de las críticas que pueden hacerse a estos resultados es que la abrumadora mayoría proviene de democracias occidentales *desarrolladas*. Sin embargo, Jost (2017a) revisa hallazgos similares de estudios recientes en sociedades poscomunistas. En esta línea, Kelemen et al. (2014) encontraban en una muestra húngara, que el estilo cognitivo era un predictor significativo de las creencias autoritarias: la necesidad de cognición se relacionaba negativamente con las creencias autoritarias. Además, las personas a las que les disgustaba involucrarse en procesos de pensamiento preferían una forma de vida predecible y estructurada, tenían dificultades en la toma de decisiones y eran más propensas a mostrar actitudes autoritarias. En conjunto, este tipo de procesamiento favorecía el proceso de cierre. También, en el contexto regional, Rottenbacher (2012b) evaluó un conjunto de indicadores de rigidez cognitiva (intolerancia a la ambigüedad, intolerancia a la incertidumbre, necesidad de cierre cognitivo e –inversamente– apertura a la experiencia) y el conservadurismo ideológico (RWA; SDO, justificación de la equidad y posicionamiento ideológico de derecha). Los resultados de una muestra de estudiantes universitarios limeños muestran que, cuando se incluyen todas en un modelo de regresión, es la intolerancia a la ambigüedad la que explica significativamente el conservadurismo político. Sin embargo, a nivel bivariado, la mayoría de los indicadores de rigidez cognitiva se asociaron con orientaciones conservadoras y, en ningún caso, se registraron relaciones opuestas a lo esperado teóricamente. De cualquier modo, a través de un análisis de

conglomerados, el autor identificó que sólo una proporción de las personas conservadoras era también cognitivamente rígida (35% del total); aunque el hecho de que se trate de estudiantes universitarios puede explicar una menor rigidez cognitiva en general. En cualquier caso, estos hallazgos fortalecen la hipótesis de que los procesos psicológicos subyacentes a la justificación de sistema comparten características básicas en distintos contextos.

Si bien nosotros no abordamos específicamente los mecanismos que subyacen a al procesamiento de la información política, sí nos interesan en función de sus consecuencias respecto de la movilización cognitiva y de sus implicancias en la conformación de actitudes. Parte de la literatura se ha orientado a examinar no sólo los sesgos ideológicos en el procesamiento de información, sino el efecto que estos tienen en la búsqueda y exposición a información política. En esta línea, Jost (2017c) señala que la evidencia empírica al respecto es inconsistente: mientras que algunos estudios reportan que tanto liberales como conservadores tienden a evitar información disonante, otros sostenían que –en consonancia con la perspectiva de la asimetría ideológica en las necesidades epistémicas– los conservadores eran más propensos a ese comportamiento de evitación en comparación con los liberales. Sidanius (1984), por ejemplo, había reportado un estudio con jóvenes suecos en el que hallaban una relación curvilínea entre las orientaciones políticas conservadoras (evaluadas en cuatro dimensiones) y el interés y búsqueda de información política: los estudiantes de extrema izquierda y extrema derecha tenían mayor interés y buscaban mayor cantidad de información política que los del centro. Contrariamente, el trabajo experimental de Crawford, Jussim, Cain y Cohen (2013) hallaba que el RWA y la SDO eran predictores significativos de la medida en que las personas se enfocaban en información confirmatoria de sus creencias y desestimaban información contraria sobre temas social y políticamente controvertidos. Además, su trabajo permitía apoyar la idea de motivaciones diferenciales de estas orientaciones (*teoría del proceso dual*) en tanto estos efectos se daban sobre temas vinculados a grupos socialmente amenazantes para el RWA y a grupos subordinados para la SDO. En el mismo sentido, un estudio reciente que analiza el comportamiento en la red social Twitter reportó que conservadores y liberales tenían un comportamiento asimétrico respecto de la información que compartían (a través del *retweet*): los liberales compartían significativamente más cantidad de información (política y no política) que no coincidía con su posición ideológica (Barberá, Jost, Nagler, Tucker &

Bonneau, 2015). También, en el contexto regional, Rottenbacher y Córdova Cáceres (2014) –en una muestra representativa limeña– encontraron que tanto el RWA como la justificación de la inequidad tenían una influencia negativa en los niveles de deliberación política (como una aproximación al interés político) que, a su vez, disminuían la participación política (tanto cara a cara como a través de internet).

Por su parte, Shook y Clay (2011) realizaron dos estudios experimentales a través de los cuáles mostraron cómo las formas diferentes de procesar la información asociadas al conservadurismo y progresismo tenían efecto en la conformación de actitudes: las personas conservadoras –en comparación con las progresistas– eran significativamente más sensibles al condicionamiento con estímulos negativos que con estímulos positivos. En este sentido, eran más sensibles a la información negativa, lo cual puede explicar por qué en algunos de los estudios que reportamos no sólo la amenaza activaba orientaciones conservadoras, sino que los grupos conservadores eran más propensos a percibir situaciones como amenazantes (Jost, 2017c; Jost, Sterling et al., 2017). Algo similar evidenciaban Castelli y Carraro (2011) pero aplicado a la formación de actitudes hacia grupos minoritarios. En este escenario, las personas conservadoras tendían también a sobreestimar más la información negativa en comparación con las liberales; a su vez, estas impactaban en impresiones más negativas respecto ese grupo. De modo interesante, el sesgo ideológico estaba ausente cuando se trataba de información positiva (ver también: Hibbing et al., 2014). Sin embargo, como mencionamos antes, este punto en particular sigue siendo un tema de debate (ver: Brandt et al., 2014).

En síntesis, si bien la literatura proveniente de los enfoques de posmodernización reconoce en la movilización cognitiva una fuerza democratizadora, la evidencia presentada introduce la posibilidad de que variables ideológicas modelen el signo de los efectos que la sofisticación política pueda tener: algunos de los estudios que presentamos señalan que los conservadores muestran en general menos interés por la información política y menos diversidad en sus elecciones –aunque otros señalan una relación curvilínea donde los dos extremos ideológicos son más movilizados–. A su vez, la ausencia de información parece tener un efecto más marcado entre los conservadores, que dependerían en mayor medida de la confianza en la autoridad en la evaluación de situaciones y resultados y, finalmente –en presencia de información– los conservadores tenderían a ser más rígidos y más sensibles a información negativa. De cualquier modo, si bien la evidencia sobre los procesos

psicológicos básicos subyacentes es bastante sólida, su aplicación al ámbito de la conformación de actitudes políticas en general y a la legitimidad democrática en particular es aún incipiente.

En conjunto, la evidencia del enfoque de justificación de sistema remite más al análisis de procesos interpersonales e intergrupales que al estudio de la legitimidad política a nivel sistémico. Además, analiza los orígenes de las orientaciones ideológicas, pero también sus consecuencias actitudinales y comportamentales. Así, la primera de estas líneas de análisis nos permitió una lectura de los orígenes de la ideología política que complementa las perspectivas *bottom up* y *top-down*: aspectos personales, disposicionales y vinculados a procesos de socialización temprana y pertenencia sociodemográfica participarán en el desarrollo de orientaciones ideológicas. Sin embargo, estas no serán inmutables, siendo necesario explicar cómo se dan los procesos de cambio en el mediano y largo plazo; pero también como respuesta de corto plazo a situaciones contextuales específicas. En este sentido, las disposiciones personales y el contexto interactúan en la producción de una respuesta ideológica, pero también en los efectos de estas en relación con las vinculaciones de la ciudadanía con el sistema político. Consecuentemente, la segunda línea –con algún grado de desarrollo menor– brindó evidencia sobre el contenido ideológico de la confianza institucional y política, de las formas de involucrarse políticamente y de legitimar el sistema político vigente. Desde nuestra perspectiva, es este abordaje el que permite un puente entre las visiones puramente institucionalistas –que confían principalmente en procesos *racionales* de pensamiento y en la evaluación objetiva del sistema político– y puramente culturalistas de la legitimidad política –que se sostienen sobre la base de procesos de socialización temprana, descuidando el cambio actitudinal y las variaciones individuales–. Ambas perspectivas se han fortalecido a través de abordajes macrosociales y, frecuentemente, han descuidado los procesos psicológicos básicos que atañen a las personas involucradas en los procesos que analizan; procesos que permiten explicar diferencias individuales e intergrupales que conviven al interior de las sociedades y, que en ocasiones, se expresan en la polarización y conflictividad política. Es este el aporte original de la perspectiva de la psicología política al estudio de la legitimidad democrática.

CAPÍTULO 3: PROBLEMA, OBJETIVOS E HIPÓTESIS

En este apartado planteamos de modo específico el problema de investigación que hemos venido esbozando; junto con los objetivos de investigación y las hipótesis. Los aspectos relativos al diseño de investigación, características de la población y muestra y procedimientos de recolección y análisis de datos se exponen en la sección metodológica de cada uno de los estudios que conforman este trabajo.

Problema de Investigación

El problema de investigación que articula esta tesis es desarrollar un abordaje complejo y multidimensional de la atribución de legitimidad política a la democracia, desde la perspectiva disciplinar de la psicología política, que nos permita una comprensión situada de la relación entre la ciudadanía y el sistema político. Así, en términos teóricos, este problema representa un aporte doble: en primer lugar, ensaya una explicación integral de la legitimidad política que reubique al/la ciudadano/a como actor social, entendiendo que no es un agente que realiza evaluaciones puramente racionales y objetivas del desempeño de las instituciones, ni toma decisiones políticas en el vacío; sino que lo hace en un marco cultural y normativo en el que no sólo intervienen características de la cultura política y el contexto institucional, sino también aspectos individuales e ideológicos que condicionan la expresión de sus actitudes (Etzioni, 2011). Por otra parte, nuestro abordaje es también multidimensional respecto del constructo mismo de legitimidad política democrática; de modo que identificamos niveles de análisis de este objeto con distintos grados de abstracción, procurando analizar el rol de las variables predictoras en relación con niveles específicos y difusos del apoyo político. Además, nos interesa conocer los significados asociados a la noción de democracia y describir características centrales de la cultura política de la ciudadanía cordobesa, procurando identificar elementos relevantes de la capacidad de agencia de las personas y las variables asociadas al involucramiento político.

Objetivos de los estudios Instrumentales

La primera fase de esta tesis estuvo orientada a la prueba y adaptación de instrumentos localmente válidos para el estudio de nuestras variables. Si bien esta fase responde puntualmente a una necesidad derivada de la escasez de estudios locales sobre el tema, resulta también en un aporte relevante al campo de la psicología política.

1. Desarrollar, aplicar y presentar evidencia psicométrica de escalas para medir confianza política, apoyo al sistema político democrático y justificación de la democracia argentina.
2. Adaptar, aplicar y presentar evidencia de validez psicométrica de las versiones locales de las escalas de creencia en un mundo justo (CMJ), valores psicosociales, percepción de anomia, autoritarismo del ala de derechas (RWA), orientación a la dominancia social (SDO), confianza social, cohesión social, presencia de modelos de rol, tolerancia política y justificación de un golpe de estado
3. Presentar evidencia psicométrica confirmatoria de los instrumentos que ya cuentan con adaptaciones locales: conocimiento político, interés político, eficacia política, cinismo político y percepción de clima socioemocional-

Objetivos del estudio de representaciones sociales sobre democracia argentina

4. Conocer la estructura y contenido de las representaciones sociales sobre la democracia argentina que tienen ciudadanos/as de 18 a 70 años de la Ciudad de Córdoba.
5. Identificar si existen diferencias en la estructura y contenido de las RS en función de variables sociodemográficas (sexo, edad, nivel educativo y nivel socioeconómico).
6. Identificar categorías de palabras que permitan comprender cualitativamente el contenido de las RS sobre democracia.
7. Identificar diferencias en la estructura y contenido de las RS sobre la democracia argentina de ciudadanos/as de Córdoba en función de su autopercepción ideológica, nivel de sofisticación política y atribución de legitimidad democrática.

Objetivos del estudio sobre modelos explicativos de la legitimidad política democrática

8. Describir los niveles de legitimidad política democrática en una muestra de ciudadanos/as de Córdoba de 18 a 70 años.
9. Analizar si existen diferencias significativas en las puntuaciones medias en los distintos niveles de análisis de la legitimidad política democrática (democracia como ideal, preferencia por la democracia, satisfacción con la democracia y justificación de la democracia argentina).
10. Identificar si existe relación entre las variables sociodemográficas y la percepción de legitimidad política democrática en los distintos niveles de análisis.

11. Examinar el rol de variables vinculadas al desempeño político (confianza política, percepción de corrupción, percepción de justicia procedimental, nivel de democracia percibido), de cultura política (capital social, percepción de anomia, clima socioemocional, valores sociales, tolerancia política, justificación de un golpe de estado, eficacia política, sofisticación política y participación política) y de justificación de sistema (autoposicionamiento ideológico de derecha, RWA, SDO y CJM) en la explicación de cada una de las dimensiones de legitimidad política democrática.
12. Identificar las diferencias en los modelos explicativos de los distintos niveles de la legitimidad política democrática en función del autoposicionamiento ideológico y nivel de sofisticación política.

Objetivos del estudio de perfiles psicopolíticos de demócratas y no demócratas

13. Examinar y comparar las características psicopolíticas (evaluación de desempeño político, variables de cultura política y justificación de sistema) de tres grupos de ciudadanos/as configurados en función de sus actitudes hacia la democracia: no demócratas, demócratas insatisfechos y demócratas satisfechos.
14. Analizar la asociación de las variables sociodemográficas y el comportamiento electoral con la pertenencia a cada uno de los grupos estudiados.

Objetivos del estudio de sofisticación política y democracia prospectivo-ideal

15. Describir las características de la vinculación de la ciudadanía cordobesa con el sistema político en función de variables de implicación y alienación política.
16. Examinar las relaciones entre las variables sociodemográficas y el comportamiento electoral con el nivel de sofisticación política.
17. Examinar y comparar las características psicopolíticas (atribución de legitimidad política democrática, evaluación de desempeño político, variables de cultura política y justificación de sistema) en función de distintos niveles de sofisticación política (baja SP, media SP y alta SP).
18. Analizar a nivel multivariado el aporte explicativo a la sofisticación política de las variables psicopolíticas que hayan manifestado diferencias significativas entre grupos en los análisis anteriores.

Hipótesis

Hipótesis sobre el estudio de representaciones sociales sobre democracia argentina

1. Las RS sobre democracia argentina son poco sofisticadas y de carácter hegemónico, centradas casi exclusivamente en una idea liberal de la democracia, basada principalmente en las nociones de libertad y elecciones (Zovatto, 2002).
2. Las personas sostienen RS sobre democracia ambivalentes que expresan una polarización entre la noción del deber ser democrático -ideal y positivo- y la del ser real -concreto y negativo (Echebarría & Álvarez, 1996; González Aguilar, 2016; Lozada, 1997; Magioglou, 2000; Rodríguez Cerda et al., 2016; Yépez Hernández, 2002).
3. Los grupos con distintas orientaciones ideológicas, niveles de sofisticación política y de atribución de legitimidad política comparten elementos centrales de la democracia (Dalton et al., 2007), a la vez que se registran diferencias entre ellos en lo elementos periféricos. No se conoce previamente el carácter de estas diferencias.
4. Las personas más sofisticadas políticamente generan más asociaciones al estímulo democracia argentina por ser un concepto de mayor centralidad para ellas y, además, remiten más a conocimientos sobre procedimientos e instituciones y menos a aspectos como la libertad y la igualdad, expresando un conocimiento de carácter erudito (D'Avirro, 2007; Ruiz & Coy, 2004)

Hipótesis sobre el estudio de modelos de legitimidad política democrática

En las siguientes secciones exponemos las hipótesis respecto de nuestro modelo teórico de legitimidad política. Creemos pertinente enfatizar que la mayoría de la evidencia empírica proviene de estudios en sociedades económica, política y culturalmente diferentes de la Argentina. Además, la literatura que ha expandido el análisis a otros contextos (principalmente durante procesos de democratización de sociedades poscomunistas) y la evidencia recogida, han permitido señalar que –si bien hay procesos psicosociales básicos que subyacen a las orientaciones hacia el sistema político– las actitudes más específicas son altamente dependientes del contexto. Priorizando la parsimonia en la presentación y, teniendo en cuenta que en nuestro marco teórico y antecedentes empíricos expusimos la evidencia contrastante, sólo consignamos aquí hipótesis hegemónicas y, cuando su aplicación en el contexto regional lo amerite, adicionamos otras hipótesis específicas. Para

esto, presentamos las relaciones directas e indirectas de nuestras variables en estudio con los distintos niveles de atribución de legitimidad política democrática y, cuando corresponda, las relaciones de intermediación entre las variables explicativas. A los fines de facilitar la lectura e interpretación de la información, siempre que los antecedentes lo avalen, utilizamos las nociones de apoyo difuso para incluir las variables dependientes *preferencia por el régimen democrático* y *democracia como ideal* y las nociones de apoyo específico para referirnos a la *satisfacción con la democracia* y la *justificación de la democracia argentina*. Además, en todos los casos trataremos a la confianza política como una variable predictora, diferenciándola de la noción de legitimidad. También, usamos las nociones de legitimidad democrática y apoyo político en términos genéricos cuando queremos referirnos a todas las dimensiones en conjunto. Finalmente, en la mayoría de los casos nos abstenemos de hipotetizar respecto de las direcciones causales de las relaciones, dado que la evidencia empírica no suele ser concluyente al respecto; la hipótesis sobre esta dirección se sostiene fundamentalmente en relación con la perspectiva teórica adoptada que será explicitada en el planteamiento de nuestros modelos empíricos.

Hipótesis Generales

5. Los niveles de apoyo al sistema político varían según los niveles de abstracción de las actitudes: el apoyo difuso a la democracia (democracia como ideal y preferencia por la democracia) es más alto que el apoyo específico (satisfacción con la democracia y justificación de la democracia argentina) (Corporación Latinobarómetro, 2015; 2016; Dahlberg, et al., 2015; Klingemann, 2013; Klingemann & Fuchs, 1995; Norris, 2011).
6. Las dimensiones del apoyo específico serán mejor predichas por factores de corto y mediano plazo vinculados al desempeño (percepción de justicia procedimental, percepción de corrupción, confianza política, congruencia ideológica) que por variables ideológicas de cultura política; mientras que sucederá lo opuesto en la predicción del apoyo difuso (Easton, 1975; Norris, 2011).
7. En el marco de la perspectiva de posmodernización de Inglehart (1988; 1990; 1997), la educación, la sofisticación política (interés y conocimiento político) y los valores posmaterialistas modifican las expectativas de la ciudadanía respecto del sistema político y, en consecuencia, median las relaciones entre variables de estatus (sociodemográficas) y la legitimidad política democrática en todos los niveles.

Rol de las variables sociodemográficas

Alguna literatura en el área sugiere que las variables sociodemográficas han ido perdiendo relevancia en la explicación de fenómenos sociales y políticos (Klingemann & Fuchs, 1995). Sin embargo, Inglehart et al. (1998) señalan que esto sería cierto en las sociedades que atraviesan la posmodernización, mientras que en aquellas aun en etapa de industrialización, los clivajes vinculados a la clase podrían seguir teniendo más relevancia. En cualquier caso, todas las perspectivas teóricas desarrolladas reconocen algún aporte de estas a la explicación de la relación de la ciudadanía con el sistema político y, en términos amplios, la mayoría sugiere que las personas de mayor estatus social y económico son las que tiene actitudes más favorables hacia el sostenimiento del sistema político. Así, esperamos que este conjunto de variables tenga un aporte relativamente pequeño pero significativo en la explicación de la legitimidad política. Es preciso mencionar que excluimos la variable sexo porque ha tenido un rol marginal en la literatura, demostrando escasa capacidad predictiva.

8. El estatus socioeconómico se relaciona con los distintos niveles de la legitimidad política, pero lo hace de modo diferente según se trate de un nivel difuso o específico. Además, los enfoques teóricos institucionales, culturales y de justificación de sistema tienen hipótesis diferentes respecto del signo de estas relaciones:

A. Hipótesis negativa (económica): los grupos más desfavorecidos manifiestan los niveles más bajos de apoyo político en los distintos niveles de la legitimidad democrática (Dalton, 2004). Así, el NSE se asocia negativamente con la legitimidad política democrática en todos los niveles de análisis.

B. Hipótesis positiva (cultural): los grupos favorecidos socialmente muestran mayores niveles de crítica a nivel de apoyo específico; pero mayor compromiso con la democracia a nivel de apoyo difuso (Cohen et al, 2017). Así, el NSE se asocia negativamente con el apoyo específico y positivamente con el apoyo difuso.

C. Hipótesis de justificación de sistema: el rol del estatus depende del tipo de objeto evaluado. Un estatus desfavorable (NSE bajo) se relaciona positivamente con una mayor justificación de sistema cuando se trata de sistemas responsables de su situación; mientras que no hay relación en otros casos (Laurin, 2012; Jost, Sterling et al., 2017). Así, el NSE se relaciona positivamente con el apoyo específico, pero no con

el apoyo difuso; en tanto es más probable que las personas encuentren una relación entre su propio estatus y aspectos concretos del funcionamiento político y no entre su estatus y el ideal de democracia.

9. El nivel educativo y la legitimidad política suponen hipótesis similares a las expresadas respecto del estatus socioeconómico, recogándose diferencias en el signo de la relación en función del nivel de legitimidad evaluado. La hipótesis que tiene más asidero en la literatura empírica sostiene que el nivel educativo se relaciona fuerte y positivamente con el apoyo difuso, mientras que lo hace negativamente con el apoyo específico. En consecuencia, los demócratas insatisfechos serán los de mayor nivel educativo comparados con no demócratas o demócratas satisfechos (Almond & Verba, 1963; Cohen et al, 2017; Norris, 2011)
10. Las hipótesis sobre la edad siguen una línea similar a las anteriores desde la perspectiva de la posmodernización. Sin embargo, para el caso de Latinoamérica, esta hipótesis sigue una perspectiva evolutiva según la cual las personas mayores generan más lazos institucionales y reducen sus orientaciones críticas. Así, los más jóvenes no sólo manifiestan menor apoyo específico, sino también menor apoyo difuso (Cohen, et al., 2017; Norris, 2011).

Rol de las variables de la perspectiva del desempeño

11. La confianza política se relaciona positivamente con la legitimidad política democrática en todos los niveles de análisis (Almond & Verba, 1963), siendo más relevante en la predicción de los niveles de apoyo específico (Katz & Levin, 2017; Mishler & Rose, 2005; Pavlovic, 2014; Thomassen & van der Kolk, 2009)
 - A. El capital social interactúa con la confianza política en la explicación de la legitimidad política democrática dado que son dos variables que se refuerzan entre sí (Paxton, 2002).
12. Las hipótesis sobre el rol de la percepción de justicia procedimental siguen una línea similar a la del rol de la confianza política; así, se relaciona positivamente tanto con el apoyo específico, como con el apoyo difuso (Linde, 2012), pero es un predictor más potente de este último (Colquitt, et al., 2001; De Cremer & Tyler, 2007; Epstein, et al., 2013; Erlingsson, et al., 2014; Grimes, 2006; Hind & Murphy, 2007; Kershaw & Alexander, 2003; Sunshine & Tyler, 2003; Ulbig, 2002)

A. La justicia procedimental interactúa con el conocimiento político, siendo un predictor más relevante de las actitudes políticas para las personas que tienen más conocimiento (Doherty & Wolak, 2012)

13. Respecto de la percepción de corrupción, casi toda la literatura coincide en que se relaciona negativamente con el apoyo político y –aunque puede generalizarse al sistema político, principalmente en contextos de alta corrupción– su aporte explicativo es más significativo en relación con el apoyo específico (Bohn 2012; Chen, 2017; Chong et al. 2014; Donovan & Karp, 2017; Hakhverdian & Mayne, 2012; Lovseth, 2001; Seligson 2002, 2006; Van deer Meer & Hakhverdian, 2017; Villoria et al., 2013). También se señalan algunas relaciones indirectas con el apoyo político a través de variables mediadoras:

A. La relación entre la percepción de corrupción y el apoyo político es modulada por el nivel educativo; así, es más importante para las personas de mayor nivel educativo (Van deer Meer & Hakhverdian, 2017).

B. La relación entre la percepción de corrupción y el apoyo político es más significativa en contextos donde ésta es un tema saliente de la agenda pública (Erlingson et al., 2014)

C. La percepción de corrupción interactúa con la evaluación de desempeño (en nuestro caso: percepción de justicia procedimental y confianza política) en la relación con la legitimidad política: cuando se percibe alta corrupción, se reduce el impacto favorable de un buen desempeño sobre la legitimidad política (Wang, 2016).

D. La relevancia de la percepción de corrupción respecto de la legitimidad política democrática está modelada por el RWA y el SDO. Para esta hipótesis sólo contamos con evidencia empírica indirecta: el RWA se asocia negativamente y la SDO positivamente con la tolerancia a la corrupción (Rottenbacher & Schmitz, 2012); si bien no medimos esta variable, es posible que la corrupción sea menos relevante para las personas más tolerantes a ella. Así, para quienes puntúan alto en RWA la percepción de corrupción se relacionará con la legitimidad política, mientras que para quienes puntúen alto en SDO esta será más débil o no significativa.

14. En términos generales, la sofisticación política (SP) (interés y conocimiento político) modela el rol de las variables vinculadas al desempeño (confianza política, percepción de corrupción, percepción de justicia procedimental y distancia ideológica): las personas políticamente más sofisticadas tienen una mayor capacidad para identificar la

responsabilidad de los gobiernos por los resultados; así, las variables de desempeño se relacionarán más con el apoyo específico ante niveles altos de sofisticación política (Gómez & Wilson, 2007; Lisi, 2010; Norris, 2011)

15. Respecto de la distancia ideológica con el gobierno en el poder, según una perspectiva hegemónica, se relaciona con un menor nivel de apoyo específico (e.g. Anderson & Tverdova, 2001; Campbell, 2015; Golder & Stramski, 2010; Mayne & Hakhberdian, 2017; Vairo, 2012) pero no con un menor apoyo difuso (Conroy-Krutz & Kerr, 2015; Singh et al., 2011). Así, los votantes de Mauricio Macri y las personas que se ubican más a la derecha tienen mayores niveles de apoyo específico, pero no necesariamente mayores niveles de apoyo difuso.

A. Esta relación se ve mediada por la evaluación del desempeño (percepción de corrupción, percepción de justicia procedimental, confianza política) que modela el efecto de la distancia ideológica sobre la legitimidad política democrática en general (Dahlberg & Holmberg, 2014; Mateos Díaz, 2011); el interés político, que implica que el efecto de la distancia ideológica sobre el apoyo específico es más importante para quienes tienen mayor interés político (Stecker & Tausendpfund, 2016) y el autopoicionamiento ideológico, que conlleva que la distancia ideológica es más relevante para las personas conservadoras que para las progresistas (Morisi et al., 2017; citado en Jost, 2017c).

Rol de las variables de la perspectiva de la modernización

En términos generales, la literatura propone que estas variables, que remiten a aspectos arraigados culturalmente, son más relevantes en la predicción del apoyo difuso a la democracia que del apoyo específico. Incluimos aquí las hipótesis respecto de valores sociales, capital social, movilización cognitiva, anomia y clima socioemocional. Sin embargo, algunas de ellas implican también abordajes de otras de las vertientes teóricas examinadas que consideramos en este planteo.

16. De modo general, los valores sociales se relacionan más con los niveles de apoyo difuso que con el apoyo específico; mientras que el signo de la relación es diferente para distintas dimensiones de estos.
17. Los valores materialistas y religiosos se asocian positivamente con la preferencia por el autoritarismo (Inglehart et al., 1998; 2000; Pereira et al, 2001), de modo que predicen

positivamente el apoyo específico (por su orientación a la autoridad) y negativamente el apoyo difuso (por la oposición democracia/autoritarismo) (Dalton, 2004).

18. Los valores posmaterialistas se relacionan de modo positivo con el apoyo difuso a la democracia (Dalton, 2004; Gibson & Duch, 1994; Inglehart, 1997; 2000; Pereira et al, 2001), pero su relación con el apoyo específico es menos clara. Siguiendo una perspectiva de posmodernización, los valores posmaterialistas se relacionan positivamente con la crítica a las autoridades establecidas y a la política convencional; de modo que son predictores negativos del apoyo específico (Inglehart, 1999; 2000).

A. El signo ideológico del gobierno modela la relación entre el posmaterialismo y el apoyo difuso: los valores posmaterialistas tienen un impacto positivo mayor en el apoyo específico cuando se trata de un gobierno de izquierda (Dalton, 2004).

19. La mayoría de la literatura no aborda el rol de los valores hedonistas en el desarrollo de actitudes y comportamientos políticos. Alguna evidencia previa sostiene una relación negativa entre estos y la legitimidad política democrática en todos los niveles, en función de su contenido individualista y la incompatibilidad con la visión tradicional de la política y el gobierno (que no proveen incentivos para la autoactualización hedonista) (Klingemann & Fuchs, 1995).

20. El capital social se relaciona positivamente con la legitimidad política democrática en todos los niveles (Almond & Verba, 1963; Dalton, 2004; Dowley & Silver, 2003; Inglehart, 1988; 1990; 1997; Norris, 2011; Putnam, 2000; Vargas-Cullell et al., 2005; Zmerli & Newton, 2008), aunque es una dimensión menos relevante en las democracias más recientes y en aquellas de baja *calidad* (Albano & Barbera, 2010; Dalton, 2004).

21. La tolerancia política se relaciona positivamente con el apoyo difuso a la democracia (Duch & Gibson, 1992)

22. La percepción positiva del clima socioemocional se relaciona con el nivel específico de apoyo político; de modo que su percepción negativa, predice menores niveles de apoyo y su percepción positiva mayores niveles (Brussino et al., 2015; Sktika et al., 2004). No se cuenta con hipótesis respecto de su rol en la predicción del apoyo difuso.

A. El rol de esta variable se ve modulado por la distancia ideológica con el gobierno (variables ideológicas conservadoras) y por los valores sociales (Páez et al., 2013): las orientaciones ideológicas conservadoras profundizan la relación positiva entre el clima positivo y el apoyo específico y la inversa entre el clima negativo y este

último; mientras que las orientaciones progresistas amortiguan su efecto. Respecto de los valores, las dimensiones posmaterialistas interactúan con visiones positivas del clima (De Rivera & Páez, 2007).

23. Respecto de la percepción de anomia, de acuerdo con los motivos de justificación de sistema, ésta activa las motivaciones para legitimar y justificar el estatus quo, de modo que se relaciona positivamente con la legitimidad política en todos los niveles (Jost, Sterling et al., 2017; Jost, Glaser et al., 2003; Stevens et al., 2006)
24. El cinismo político se relaciona negativamente con la legitimidad política en los distintos niveles (Christensen & Lægreid, 2003; Pattyn et al., 2012; Pinkleton & Austin 2010).
25. La sofisticación política (SP) (interés y conocimiento político) se relaciona positivamente con el apoyo difuso (Cho, 2014; Gibson, 1992; 2009; Finkel & Smith, 2011; Galston, 2001; Gibson, 2007; Laca Arocena et al., 2011) y, desde una perspectiva de posmodernización, lo hace negativamente con el apoyo específico (debido a una mayor capacidad crítica con el funcionamiento de la política).
 - A. El tipo de institución/sistema evaluado modula la relación entre la SP y la legitimidad política: una mayor sofisticación política se relaciona positivamente el apoyo específico cuando se evalúa una institución socialmente valorada, pero inversamente cuando esta no lo es (Mondak et al., 2007).
26. Le eficacia política externa (EPE) responde parcialmente a evaluaciones de desempeño político, de modo que es un mejor predictor positivo de los niveles de apoyo específico que de los niveles difusos (Lee et al., 2015).
27. En función del incremento de la sensación de una mayor dependencia de la autoridad, la eficacia política interna (EPI) se relaciona negativamente con la legitimidad política en todos los niveles (Beierlein et al., 2011; Van der Toorn et al., 2014; Sheperd, 2012).

Rol de las variables de la perspectiva de justificación de sistema

En términos generales, la literatura de justificación de sistema sostiene que todas las variables ideológicas del conglomerado conservador (CMJ, RWA, SDO y posicionamiento ideológico de derecha), en tanto se orientan al sostenimiento del estatus quo, se relacionarán con actitudes favorables hacia el sistema político y las autoridades (incluye confianza política) (Altemeyer, 1996; Beierlein et al., 2011; Brandt & Reyna, 2012; Jost

Glaser et al., 2003; Kelemen et al., 2014; Chichocka & Jost, 2014). En función de ello, se espera una relación positiva entre éstas y la legitimidad política democrática en todos los niveles. Sin embargo, las dimensiones del apoyo difuso a la democracia que evaluamos remiten explícitamente a la oposición al autoritarismo (preferencia por la democracia) y apoyo a la igualdad (democracia como ideal), de modo que los motivos de justificación de sistema y adhesión a la autoridad colisionan con la oposición a la igualdad. Presentamos hipótesis alternativa según estas motivaciones. En función de esto, se plantea la hipótesis alternativa sustentada en los datos.

28. El RWA, la SDO y la CMJ se relacionan positivamente con la legitimidad política de sistemas percibidos como desiguales, pero lo hacen negativamente con la legitimidad de sistemas igualitarios (Brandt & Reyna, 2012; Mikikowska, 2012; Stevens et al., 2006). Así, se relacionan negativamente con la legitimidad política a nivel difuso, pero positivamente con su nivel específico.
29. La orientación ideológica de derecha se relaciona directamente con el apoyo específico, pero no con el apoyo difuso a la democracia (Rutto et al., 2014; Rottenbacher & Schmitz, 2012).
 - A. La relación entre la orientación ideológica conservadora y el apoyo específico depende de la congruencia ideológica con el gobierno (Frimer et al, 2014; Porter, 2008).
30. Las variables del conglomerado conservador (RWA, SDO, CMJ, autopoicionamiento ideológico de derecha) modulan el rol de la percepción del contexto en la explicación de la legitimidad política democrática. Para quienes puntúan alto en estas ideologías defensivas, la percepción negativa del contexto (variables de desempeño) resulta más amenazante, incrementando su impacto negativo en la predicción del apoyo específico (Agroskin & Jonas, 2010; Chichocka & Jost, 2014; Eidelman et al., 2012; Fritsche et al., 2011; Scheepers et al., 1992).

Hipótesis sobre el estudio de perfiles psicopolíticos de demócratas y no demócratas

31. Existen diferencias significativas entre no demócratas, demócratas insatisfechos y demócratas satisfechos en sus características vinculadas con las variables en estudio, en variables de evaluación de desempeño, cultura política y justificación de sistema

(Abdelzadeh et al., 2015; Doorenspleet, 2012; Dahlberg et al., 2015; Fuks et al., 2017; Geissel, 2008). No podemos predecir el signo de estas diferencias dado que, mientras para alguna parte de la literatura los demócratas insatisfechos son críticos y políticamente sofisticados (Abdelzadeh et al., 2015; Dahlberg et al., 2015; Doorenspleet, 2012; Geissel, 2008; Norris, 1999), otros antecedentes los identifican con los segmentos más alienados (Laca Arocena et al., 2011; Maldonado, 2011; Torcal & Montero, 2006; Wood, 2014).

Hipótesis sobre el estudio de sofisticación política y democracia prospectivo-ideal

En términos generales, existen diferencias significativas entre personas con niveles bajos y altos de SP en variables de evaluación de desempeño, cultura política y justificación de sistema.

32. Las personas de mayor estatus socioeconómico y nivel educativo tienen mayores niveles de SP (Almond & Verba, 1963; Galston, 2001; Klingemann & Fuchs, 1995; Norris, 2011; Wood, 2014)
33. Los valores posmaterialistas se relacionan con una mayor SP (Dalton, 2004; Inglehart, 1979; 1999; Kaase & Newton, 1995; Welzel & Inglehart, 2010).
34. Las personas más conservadoras tienen mayor rigidez cognitiva, mayor necesidad de cierre y, por lo tanto, suelen tener comportamiento de evitación de información disonante en mayor medida que las progresistas (Jost, 2017c; Jost, Glaser et al., 2003; Jost, Napier et al., 2007; Kelemen et al., 2014; Thorisdottir et al., 2007). En función de ello, las orientaciones ideológicas progresistas se relacionan positivamente con el interés político y las orientaciones de derecha lo hacen negativamente (Barberá et al., 2015; Crawford et al., 2013; Delfino & Zubieta, 2011a; Peterson et al., 2002; Rottenbacher, 2012b; Rottenbacher & Schmitz, 2012).
35. La participación política y la SP tienen un efecto de retroalimentación: la participación política permite la incorporación de herramientas cognitivas; pero, a su vez, el interés y conocimiento político estimulan la participación (Tessler & Gao, 2009).

CAPÍTULO 4: ESTUDIOS INSTRUMENTALES

En el presente capítulo se desarrollan tres estudios de las propiedades psicométricas de las variables analizadas en esta tesis para la explicación de la legitimidad política democrática. En los estudios 1 y 2 presentamos procedimientos de adaptación y prueba de variables que no contaban con aplicaciones locales y/o regionales previas. En el estudio 3, se exponen una serie de variables que ya han sido aplicadas en el contexto local y/o se encuentran en idioma castellano y han sido utilizadas en estudios regionales. En todos los casos se incluyeron variables sociodemográficas para conocer las características de nuestras muestras.

ESTUDIO INSTRUMENTAL 1: Creencias Globales en un Mundo Justo, Valores Psico-sociales y Actitudes hacia la Democracia

El primer estudio instrumental tuvo como objetivo adaptar y evaluar las propiedades psicométricas de escalas que no habían sido probadas en nuestro contexto. En esta primera etapa se incluyeron las mediciones de creencias globales en un mundo justo (CJM), valores psicosociales y actitudes hacia la democracia.

Descripción de las Variables e Instrumentos en estudio

Creencias Globales en un Mundo Justo (CMJ)

Tal como fue expuesto en nuestro marco teórico, para el análisis de esta variable recuperamos la perspectiva de justificación de sistema. Así, la CMJ se define como la necesidad psicológica de las personas de creer que el mundo es un lugar justo, en el que cada uno recibe lo que merece y merece lo que recibe (Dalbert, 2009), lo que permite dotar al contexto de orden y predictibilidad, cumpliendo una función adaptativa de reducción de la incertidumbre y disminución del malestar que generaría el reconocimiento de las contradicciones e injusticias del sistema social (Dalbert, 2009; Lerner, 1980). Desde esta perspectiva, la CMJ tiene además una función y raíz ideológica, siendo una de las orientaciones que sirve a la legitimación del estatus quo (Jost & Hunyady, 2003).

Para evaluación empírica retomamos la escala original de CMJ que fue desarrollada por Lipkus (1991) y se encuentra en idioma inglés. Además, fue traducida al portugués por Gouveia, Pimentel, Miranda Coelho, Maynart y Dos Santos Mendoça (2010). En el momento de realizar este estudio no se contaba con la adaptación local de Barreiro, Etchezahar y

Prado-Gascó (2014), por lo que, para este estudio, tuvo que ser traducida desde el idioma portugués, utilizando un procedimiento de traducción inversa. Este implica que un experto realiza la traducción al español de la versión original del instrumento, y luego un segundo experto realiza una traducción al inglés. A partir de ello, las dos versiones se contrastan, se evalúa su correspondencia y se determina la traducción definitiva (Werner & Campbell, 1970; citados en Vergara & Balluerka, 2000). Además, se realizó una prueba piloto en una muestra reducida previa a su administración en este estudio instrumental. La escala está conformada por 7 ítems, con formato de respuesta en escala tipo Likert de 6 puntos y estructura unidimensional.

Valores Psicosociales

Desde el enfoque que adoptamos, los valores son entendidos como normas o criterios compartidos por los grupos sociales, que sirven para la orientación de acciones, decisiones, juicios, actitudes y explicaciones sociales (Pereira et al., 2005). Además, señalamos su origen en las identidades ideológicas que orientan los intereses grupales, más que en las necesidades individuales (Barros et al., 2009; Pereira et al., 2005); recuperando su rol político como escenarios donde se disputan las luchas de poder (Pereira et al., 2001).

Para el abordaje empírico de esta variable se recuperó la perspectiva psico-social a partir de la aplicación de la escala desarrollada por Pereira et al. (2004). Esta escala propone una lista de 24 valores elaborada para evaluar 4 sistemas normativos: 1) materialista, 2) hedonista, 3) religioso y 4) posmaterialista. A su vez, este último estaría compuesto por tres subsistemas: a) bienestar social, b) bienestar individual y c) bienestar profesional. Las opciones de respuesta van de 1 a 5 en función de la importancia que atribuye la persona a cada valor, pensando en el desarrollo de una sociedad ideal. Sin embargo, los mismos autores utilizan, en otros estudios, un rango más amplio de respuestas, que van de 1 a 10 (Pereira et al., 2001). Para este estudio se aplica la última opción, teniendo en cuenta que es consistente con la mayoría de las propuestas para la evaluación de los valores y con el resto de las escalas que aplicaremos. Esta escala se encontraba solo en portugués, por lo cual –al igual que la escala de CMJ– fue sometida a un procedimiento de traducción inversa Werner & Campbell, 1970; citados en Vergara & Balluerka, 2000) y a una prueba piloto en un grupo reducido previa a este estudio instrumental.

Actitudes Hacia la Democracia

La evaluación de las actitudes hacia la democracia remite a un amplio cuerpo de investigación que se ha orientado a examinar los niveles de apoyo y satisfacción con los sistemas democráticos. A partir de una revisión exhaustiva de sus abordajes empíricos, identificamos dos tipos principales de aproximaciones. En primer lugar, aquellos que examinan directamente –a través de una o un grupo reducido de preguntas– la preferencia por la democracia, es decir, la creencia de que la democracia es el mejor sistema de gobierno que existe o el único deseable. Estas perspectivas suelen ser propias de programas de encuestas globales (por ejemplo, Lodola & Seligson, 2011; 2013; Corporación Latinobarómetro, 2013). Por otra parte, identificamos mediciones relativamente más complejas que combinan algunos ítems similares a los de mediciones directas, pero también incluyen otros orientados a conocer actitudes de apoyo a los principios democráticos y/o ítems que miden evaluación del desempeño o satisfacción con la democracia. En función de sus características, es posible que las mediciones indirectas generen respuestas relativamente menos cínicas o sesgadas por la deseabilidad social.

Por estas razones, se decidió aplicar una medición indirecta que combina indicadores de dos fuentes complementarias. Por un lado, se retomaron los ítems de la Word Values Survey que Magalhaes (2014⁶) utilizó para la confección de una escala de apoyo al sistema democrático. Además, se tomaron 4 ítems correspondientes a la escala de actitudes democráticas desarrollada por Pereira et al. (2001). La primera de las escalas se encuentra en inglés y la segunda en portugués. En consecuencia, ambas fueron sometidas al mismo proceso de traducción inversa y adaptación lingüística (procedimiento descrito en párrafos anteriores, y fueron probadas en un estudio piloto en una muestra reducida.

Respecto de la escala de Magalhaes (2014), la misma cuenta con 8 ítems, 4 de los cuales están orientados a la preferencia general por un régimen autocrático o democrático y los 4 restantes captarían la evaluación de desempeño del sistema. Sin embargo, a partir de sus análisis de las propiedades psicométricas del instrumento, los autores encuentran tres dimensiones. Concretamente, los dos ítems que remiten explícitamente al apoyo a la democracia se unifican en una tercera dimensión que pasan a denominar: apoyo explícito a

⁶ Una versión preliminar de este trabajo se encontraba disponible digitalmente en 2012, al ser presentada en la conferencia “The Quality of Democracy in Hard Times” (January 2012) organizada por Barometer of the Quality of Democracy (Institute of Social Sciences of the University of Lisbon, Portugal).

la democracia. Las opciones de respuesta se dan en una escala tipo Likert de 6 puntos. Además, los ítems que referían a evaluaciones negativas sobre la democracia o preferencia por regímenes no democráticos fueron codificados de modo inverso. Así, un mayor puntaje indica siempre una actitud más favorable hacia la democracia.

Por su parte, la escala de Pereira et al. (2001) supone un abordaje complementario al anterior, remitiendo a las actitudes hacia el ideal democrático (por ejemplo: solo en un país democrático las personas pueden desarrollarse plenamente). Este instrumento consta de 4 ítems con opciones de respuesta en formato tipo Likert en una escala de 5 puntos. Sin embargo, teniendo en cuenta que nuestro objetivo es construir una nueva escala para abordar este constructo y probar empíricamente su estructura interna y confiabilidad, se decidió unificar el formato de respuesta de ambas en 6 puntos.

Variables Sociodemográficas

Para evaluar sexo, edad y nivel educativo se construyeron preguntas cerradas de alternativa fija que fueron administradas al inicio del cuestionario. En el caso del NSE, se tomó un índice que contempla la relación entre cantidad de personas que aportan ingresos y miembros del hogar, la ocupación (tipo de trabajo, cantidad de personas a cargo, cantidad de empleados si corresponde), nivel educativo y cobertura de obra social del principal sostén del hogar (Comisión de Enlace Política, AAM-SAIMO-CEIM, 2006).

Población y Muestra

La población en estudio incluyó ciudadanos y ciudadanas residentes de la ciudad de Córdoba que tuvieran entre 18 y 70 años. El rango etario fue escogido teniendo en cuenta que, según la normativa del código electoral argentino, este es el rango de edad en el que el voto es obligatorio y su ausencia debe ser justificada. Así, las personas menores de 18 años (pero mayores de 16) y las mayores de 70 no tienen obligación de participar en la toma de decisión electoral.

Dadas las dificultades, en términos de recursos económicos y humanos, que conlleva el relevamiento de muestras probabilísticas, fue necesario recurrir a métodos no probabilísticos de muestreo. En este caso, se optó por un muestreo no probabilístico por cuotas de sexo, edad y nivel socioeconómico (en adelante: NSE) conformadas en función de los datos de la encuesta anual de hogares urbanos del INDEC del año 2010 (Muraro, 2012). De este modo, si bien el modelo escogido no permite estimar las probabilidades de

selección de cada participante ni identificar con certeza la posibilidad de sesgos por parte del entrevistador en la selección de cada uno (Pérez López, 2010); sí nos permite controlar que la muestra tenga características sociodemográficas similares a la población general.

Para el desarrollo de esta fase instrumental se relevaron dos muestras: la muestra 1 - relevada en el segundo semestre de 2013- cuyos datos se utilizaron para realizar análisis psicométricos exploratorios y la muestra 2 -relevada en el segundo semestre de 2016- cuyos datos se utilizaron para análisis confirmatorios. A continuación, se exponen las características sociodemográficas de cada una.

Muestra 1: 300 participantes, de las cuales el 50% fueron mujeres. La media de edad fue de 37,5 años. Respecto del nivel educativo, El 13,3% tenía estudios primarios completos o incompletos, el 18,7% estudios secundarios incompletos, el 25% secundario completo, el 27,3% estudios terciarios o universitarios incompletos y el 15,5% restante estudios terciarios o universitarios completos. Respecto del NSE, el 25% pertenecían a un nivel bajo inferior o marginal, el 26,3% a un nivel bajo, el 26,7% a un nivel medio bajo, el 16% a un nivel medio típico y el 6% a un NSE medio alto o alto⁷.

Muestra 2: 454 participantes. El 52,4% de las participantes fueron mujeres y la media de edad fue de 37,3 años. Respecto del nivel educativo, el 4,7% tenía un nivel educativo primario completo o incompleto, el 16,2% secundario incompleto, el 22,8% un nivel secundario completo, el 33,5% terciario o universitario incompleto y el 22,8% restante un nivel educativo superior completo. Finalmente, en relación con el NSE el 13,7% pertenecían a un nivel marginal o bajo inferior, el 31,6% a un nivel bajo, el 28,8% a un nivel medio-bajo, el 18,6% a un nivel medio típico y el 7,3% restante a un NSE medio alto o alto.

Procedimiento de Recolección de Datos

Ambas muestras fueron relevadas a través de procedimientos idénticos. Se generó un cuestionario con preguntas cerradas y opciones de respuesta fijas en formato papel que incluía las variables en estudio y los aspectos sociodemográficos controlados. La administración se realizó de modo individual y presencial. Previo a la administración se solicitó a cada participante un consentimiento informado y se enfatizó el carácter anónimo y voluntario de la participación en el estudio, así como su derecho a abandonarlo en el

⁷ Las dos categorías más bajas y las dos más altas fueron unificadas entre sí dado que los datos de NSE desagregados disponibles las consignan de ese modo. Este procedimiento se seguirá para todas las muestras cuotificadas.

momento que lo desee. Además, se garantizó el tratamiento confidencial de los datos y su uso con fines exclusivamente académicos. Una vez que se obtuvieron los datos se generó una matriz utilizando el programa estadístico SPSS 17 donde fueron vertidos para su posterior análisis.

Análisis de datos

En primera instancia –y para ambas muestras- se realizaron análisis descriptivos para conocer la distribución de frecuencias para cada ítem, así como algunas propiedades de estos. De este modo, se comprobaron los supuestos subyacentes a los análisis factoriales que implican distribución normal de los datos (indicadores de asimetría y curtosis no superiores a $\pm 1,5$), linealidad (a través de la observación de los diagramas matriciales de dispersión) y ausencia de multicolinealidad (correlaciones no superiores a ,90) (Pérez & Medrano, 2010). En segunda instancia, utilizamos los datos de la muestra 1 para conducir una serie de análisis psicométricos exploratorios. Para conocer la factibilidad de realizar un análisis factorial exploratorio (en adelante: AFE) –en función de la relación entre los ítems- se condujo el test de esfericidad de Bartlett –considerando coeficientes de significación menores a ,05- y la prueba de adecuación muestral de Kaiser-Mayer-Olkin (KMO) –considerando adecuados valores iguales o superiores a ,70- (Hair, Anderson, Tatham & Black, 1999). Una vez comprobados estos supuestos se procedió al AFE utilizando el método de componentes principales y rotación promax –oblicua- dado que es más congruente con la estructura de nuestras variables debido a la relación entre factores⁸. Finalmente, se estimó el coeficiente de confiabilidad Alfa de Cronbach, considerando aceptables puntuaciones superiores a ,60 y óptimos valores superiores a ,70 (Aaron & Aaron, 2001). Además, se estimó el coeficiente Alfa de Cronbach si se elimina cada elemento para conocer si era necesario remover ítems de las escalas. El resto de los análisis fueron estimados con los softwares SPSS y AMOS.

En función de estos resultados –y teniendo en cuenta la estructura teórica de los constructos- se realizaron análisis factoriales confirmatorios (en adelante: AFC) y pruebas de consistencia interna con datos de la muestra 2. En el primer caso, se utilizó el método de máxima verosimilitud y se consignaron los indicadores de ajuste sugeridos por la literatura

⁸ En todos los casos se inicia el procedimiento de AFE con una rotación oblicua. En aquellos casos en que la relación entre factores sea inferior a ,32 se procederá a estimar un nuevo AFE con una rotación ortogonal (Varimax) (Tabachnick y Fidell, 2013).

(Kline, 2010). Como indicador de ajuste absoluto se estimó para cada modelo el estadístico chi cuadrado y la discrepancia mínima sobre grados de libertad (CMIN /gl), el Índice de Bondad del Ajuste (GFI) y el residuo cuadrático medio estandarizado (SRMR). Además, como indicador de ajuste incremental se retomó el Índice de Ajuste Comparativo (CFI) y como indicador de parsimonia el Error Cuadrático Medio de Aproximación (RMSEA). Siguiendo los criterios propuestos por Hu y Bentler (1995) se considerarán óptimos valores superiores de a .95 en CFI y GFI. Además, se considerarán adecuados valores de RMSEA y SRMR inferiores a ,08 y un valor de CMIN/gl menor a 5, considerando valores menores a 3 como óptimos (Arbuckle; 2003; Kline, 2009). Finalmente, se esperan valores de chi cuadrado no significativos que darían cuenta de que las distancias entre la matriz de covarianzas predicha y los datos pueden ser explicadas por el error de medición.

Respecto de la consistencia interna, -al igual que en los análisis correspondientes a la muestra 1- se volvieron a estimar los coeficientes de confiabilidad Alfa de Cronbach y el coeficiente Alfa de Cronbach si se elimina cada elemento.

Resultados

Escala de Creencias Globales en un Mundo Justo: el AFE con datos de la muestra 1 arrojó una única dimensión (KMO=,82 $p \leq ,001$) que explicó el 41,73% de la varianza (Ver cargas factoriales en Anexo 1. Tabla A.1). Además, la consistencia interna resultó óptima de $\alpha = ,76$ y los análisis no sugirieron la eliminación de ningún ítem. En función de estos resultados, se probó un modelo unidimensional en un AFC con datos de la muestra 2. En la [Tabla 1.1](#) se exponen sus indicadores de ajuste y en la [Tabla 1.2](#) las cargas de los ítems sobre la dimensión con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.1

Indicadores de Ajuste del Modelo de Creencias Globales en un Mundo Justo.

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	18.754 ^a	1.443	.035	.978	.984	.042 ^b

^a gl=13; $p = .131$; ^b IC: .000 - .081

Los resultados muestran un ajuste adecuado que permite confirmar la unidimensionalidad del modelo. Finalmente, se calculó nuevamente el coeficiente de confiabilidad alfa para la muestra 2 y también óptimo ($\alpha = ,86$). No se sugirió la eliminación de ningún ítem.

Tabla 1.2

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala Global de Creencias Globales en un mundo justo.

Ítems	Componente
	β
Pienso que las recompensas y castigos son atribuidos de forma justa	.74***
Las personas obtienen los castigos y recompensas que merecen	.67***
Las personas reciben lo que tienen derecho a tener	.66***
Las personas obtienen lo que merecen	.61***
Cuando una persona se esfuerza, es reconocida y recompensada	.46***
Las personas se encuentran con las desgracias que ellas mismas ocasionan	.41***
Yo generalmente pienso que el mundo es un lugar justo	.40***

*** $p \leq .001$

Valores Psicosociales: si bien con el criterio de extracción de autovalores mayores que 1, el AFE inicial de la muestra 1 arroja 5 dimensiones, la inspección del gráfico de sedimentación evidencia 4 (Anexo 1. Gráfico A1), estructura acorde con la propuesta teórica de los autores. Así, se obtiene un modelo de 4 dimensiones que explican el 57,85% de la varianza ($KMO = .82$; $p \leq .001$). El valor alegría no discrimina entre la dimensión posmaterialista y la hedonista. Además, los valores *comodidad* y *competencia* – teóricamente posmaterialistas- cargan sobre la dimensión materialista. En función de esto, se decide estimar un nuevo AFE eliminándolos. El nuevo modelo explican el 60,65% de la varianza ($KMO = .81$; $p \leq .001$) (ver estructura en Anexo 1. Tabla A2). Adicionalmente, se estimaron los índices de consistencia interna que, en todos los casos, fueron óptimos. La dimensión de valores posmaterialistas arrojó un $\alpha = .81$; valores materialistas un $\alpha = .81$; valores religiosos un $\alpha = .92$ y valores hedonistas $\alpha = .80$. Además, los análisis no sugerían la eliminación de ítems.

En función de los resultados del AFE se condujo un AFC con datos de la muestra 2, que confirmó el modelo con indicadores de ajuste adecuados (tabla 1.3) según la estructura que se detalla en la tabla 1.4. Si bien el estadístico chi cuadrado dio un resultado significativo no esperado, el CMIN/gl resultó óptimo, al igual que el resto de los indicadores. Una de las posibles razones para este resultado es una alta relación entre las variables observables (Kline, 2010).

Tabla 1.3.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Valores Psicosociales.

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	351.13 ^a	2.096	0.759	.921	.908	.065 ^b

^a gl=168; $p \leq .001$; ^b IC: .056 - .074

Tabla 1.4.
Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Valores Psicosociales.

Ítems	DIMENSIÓN			
	Posmaterialista	Religiosa	Materialista	Hedonista
	B	β	β	β
Realización Profesional	.70***			
Autorrealización	.69***			
Fraternidad	.54***			
Responsabilidad	.48***			
Dedicación al trabajo	.48***			
Amor	.45***			
Igualdad	.40***			
Justicia Social	.39***			
Libertad	.37***			
Obediencia a la Ley de Dios		.95***		
Salvación del Alma		.88***		
Religiosidad		.87***		
Temor de Dios		.81***		
Estatus			.85***	
Lucro			.74***	
Riqueza			.68***	
Autoridad			.63***	
Placer				.81***
Sensualidad				.77***
Sexualidad				.69***
Una Vida Excitante				.64***

***p \leq .001

Adicionalmente, se volvió a estimar la consistencia interna de cada dimensión resultando óptima en todos los casos. Para la dimensión de valores posmaterialistas fue de $\alpha=,78$; para valores religiosos de $\alpha=,93$, valores materialistas de $\alpha=,80$ y para valores hedonistas de $\alpha=,82$. En ningún caso se sugirió la eliminación de ítems.

Finalmente, en la [tabla 1.5](#) se exponen las covarianzas entre las dimensiones de valores psico-sociales. Este dato resulta relevante en tanto da cuenta de la relación entre las distintas dimensiones latentes de un mismo constructo y resulta una evidencia adicional de la confiabilidad de nuestro modelo. Las dimensiones más asociadas entre sí son las que remiten a valores religiosos y materialistas entre sí y a valores hedonistas y materialistas entre sí. Las menos relacionadas son las que remiten a valores religiosos respecto a los posmaterialistas y hedonistas.

Tabla 1.5.
Matriz de Covarianza. Valores psico-sociales

	Posmaterialista	Religiosa	Materialista	Hedonista
Posmaterialista	-	.19	.20	.23
Religiosa		-	.42	.12
Materialista			-	.35
Hedonista				-

Actitudes hacia la Democracia: el AFE ($KMO=.79$; $p \leq .001$) con datos de la muestra 1 arrojó tres dimensiones que explicaron el 57,91% de la varianza. En el Anexo 1 (tabla A3) se expone la estructura dimensional de la variable. La dimensión 1 alude al apoyo a la democracia como principio (*apoyo a la democracia como ideal*), la dimensión 2 refiere a la satisfacción con el funcionamiento del sistema democrático como forma de gobierno (*satisfacción con la democracia*), y la dimensión 3 al rechazo de formas autocráticas de gobierno (*preferencia por la democracia*). Es preciso mencionar que los ítems que indicaban actitudes negativas hacia la democracia fueron codificados de modo inverso; de modo que un puntaje mayor indica siempre actitudes más favorables hacia la democracia. Respecto de la consistencia interna, las dimensiones 1 y 2 tuvieron coeficientes de confiabilidad óptimos ($\alpha=.84$ y $\alpha=.77$ respectivamente), mientras que la dimensión 3 tuvo una consistencia interna aceptable ($\alpha=.61$). En ningún caso se sugirió la eliminación de ítems.

En función de esta estructura, sumada a la evidencia previa sobre los constructos en estudio (Magalhaes, 2014; Pereira et al., 2001), se utilizaron los datos de la muestra 2 para realizar un AFC. Los resultados nos permitieron confirmar la estructura propuesta, aunque debió eliminarse un ítem de la dimensión 3 (*tener expertos, no gobernantes, que tomen decisiones acerca de lo que piensan que es lo mejor para el país*) dado que no mostraba relación significativa con el constructo latente. En la tabla 1.6 se exponen los indicadores de ajuste del modelo final y en la tabla 1.7 se exponen los coeficientes estandarizados beta de los ítems sobre la dimensión. Si bien los indicadores de ajuste resultan adecuados, aquí también el estadístico chi cuadrado resulta significativo, lo cual es un resultado no esperado. De todos modos, los restantes indicadores de ajuste global resultan adecuados.

Tabla 1.6.
Indicadores de Ajuste del Modelo de Actitudes hacia la Democracia.

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	113.34 ^a	2.172	.057	.949	.956	.063 ^b

^a gl=41; $p \leq .001$; ^b IC: .044 - .078

Tabla 1.7.

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Actitudes hacia la democracia.

Ítems	Componente		
	<i>Apoyo al Ideal democrático</i>	<i>Satisfacción con la Democracia</i>	<i>Preferencia por la Democracia</i>
	β	β	β
La democracia es esencial para el buen funcionamiento de un país	.85***		
Solo en un país democrático las personas pueden desarrollarse plenamente	.74***		
La democracia puede tener problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno	.69***		
Tener un sistema político democrático	.56***		
Las democracias no son buenas para mantener el orden ^a		.68***	
En democracia, el sistema económico funciona mal ^a		.66***	
Las democracias son indecisas y tienen muchas disputas ^a		.64***	
Tener un régimen militar ^a			.71***
Es mejor una dictadura competente que una democracia incompetente ^a			.53***
Las elecciones no son necesarias para tener un buen gobierno			.53***
Tener un líder fuerte que no tenga que preocuparse por el congreso y las elecciones ^a			.51***

*** $p \leq .001$

^a Ítem invertido

Adicionalmente, volvieron a estimarse los coeficientes de consistencia interna, resultando en este caso óptimos para todas las dimensiones. La dimensión de apoyo al ideal democrático tuvo un coeficiente $\alpha = .81$; la dimensión de satisfacción con la democracia de $\alpha = .70$ y de preferencia por la democracia de $\alpha = .71$. Respecto de la covarianza entre las dimensiones, la misma es muy alta respecto del apoyo al ideal democrático y la preferencia por la democracia (.71) y moderada entre esta última y la satisfacción con la democracia (.42) y entre la satisfacción y el apoyo a los principios democráticos (.44). Estos coeficientes dan cuenta de la relación de los componentes latentes de un mismo constructo.

En conjunto, los datos permiten concluir positivamente respecto de la confiabilidad de nuestras mediciones de las variables: creencias globales en un mundo justo, valores psicosociales y actitudes hacia la democracia; habilitándonos para su utilización en nuestro estudio poblacional (Ver: estudio poblacional). Además, estos resultados permitieron replicar las estructuras teóricas propuestas por los autores de las escalas en cada caso.

ESTUDIO INSTRUMENTAL 2: Justificación de la Democracia Argentina, Percepción de Anomia y Confianza Política

En este estudio instrumental se examinaron las propiedades psicométricas de las escalas correspondientes a las variables: justificación de la democracia argentina, percepción de anomia y confianza política.

Descripción de las Variables e Instrumentos en estudio

Justificación de la Democracia Argentina

Esta variable aborda la legitimidad política de la democracia de modo complementario a la escala expuesta en el estudio 1 sobre actitudes hacia la democracia y tiene dos aspectos distintivos respecto de aquella, que fundamentan la relevancia de su inclusión. En primer lugar, tiene un carácter situado, dado que indaga por actitudes hacia el sistema político argentino en particular y no hacia la democracia en general. Por otra parte, desde un punto de vista teórico, este constructo se enmarca en las teorías de justificación de sistema que examinan los procesos cognitivos/motivacionales subyacentes a la identificación del estatus quo. Esto es particularmente relevante no sólo porque la mayoría de los estudios sobre legitimidad tienden a descuidar la perspectiva psico-social, sino también porque la mayor parte de la producción en el marco de estas teorías se centra en la justificación del sistema económico y social, pero no aborda el orden social democrático (Rutto et al. 2014).

En este marco, se decidió aplicar la escala desarrollada por Rutto et al., 2014 para una muestra italiana. Este instrumento se encontraba en idioma italiano e inglés, pero no en español (Rutto et al., 2014). Por esta razón, fue sometido a un procedimiento de traducción inversa y adaptación lingüística (el mismo procedimiento mencionado en el estudio 1 (p. 199). Consta de 8 ítems, con opciones de respuesta en escala tipo Likert de 5 puntos y estructura unidimensional que evalúan en qué medida las personas justifican el sistema político democrático y su funcionamiento en Argentina. Algunos ítems están redactados de modo negativo, de modo que fueron invertidos durante el análisis para que en todos los casos un mayor puntaje responda a una mayor justificación del sistema político.

Percepción de Anomia

La anomia social –concepto de tradición teórica sociológica- remite a períodos o estados transicionales entre dos modelos sociales. Desde nuestro abordaje con perspectiva de la psicología, remite a un desbalance entre las metas que propone la sociedad y su posibilidad real, afectando las expectativas de la ciudadanía (Muratori, et al., 2013). Así, es un indicador de una ruptura entre individuos y sociedad y se asocia a niveles de malestar, corrupción, ruptura de los lazos sociales, cinismo, alienación e impotencia política y a sensaciones de incomodidad e indefensión (Adnanes, 2007; Cichocka & Jost, 2014; Parales-Quenza, 2008; Rodríguez García, 2006).

En nuestro caso, recuperamos la perspectiva de análisis psicológica que refiere a las percepciones de las personas sobre el contexto y sus consecuencias. Así, para el abordaje empírico de este constructo se escogió la escala desarrollada por McClosky y Schaar (1965) en su versión en español adaptada en una muestra costarricense por Rodríguez García (2006). Consta de 9 ítems en una estructura unidimensional y, a diferencia de la escala original cuyas opciones de respuesta eran dicotómicas (sí/no), provee opciones de respuesta en escala tipo Likert de 6 puntos.

Confianza Política

Existe una larga tradición de estudios de opinión pública y encuestas globales que indagan los niveles de confianza política, principalmente en la búsqueda de monitorear sus fluctuaciones como un indicador más de salud del sistema político (Newton & Norris, 2000). Así, la confianza política no es definida como una disposición personal, sino como un constructo actitudinal orientado a objetos específicos. Además, comprendemos aquí que, si bien las evaluaciones de confianza van dirigidas siempre hacia actores o instituciones particulares, tienden a ser consistentes internamente, estructuradas en una única dimensión latente (Van Elsas, 2015).

Respecto de su abordaje empírico, la mayoría de las investigaciones la evalúan de modo directo a través de ítems singulares sobre niveles de confianza hacia cada institución (Dalton, 2017). Sin embargo, siguiendo la perspectiva de Segovia et al. (2008), también puede comprenderse a la confianza política como un constructo que recoge dos tipos de evaluaciones centrales: aquellas sobre la preparación y recursos institucionales para el cumplimiento de metas (capacidad) y las que remiten a la creencia en la orientación de esas

metas hacia el bienestar de la ciudadanía (benevolencia). En función de ello es que se decide confeccionar ad hoc un indicador que recupere tanto las menciones directas sobre confianza, como aquellas que remiten a juicios de benevolencia y capacidad. Más específicamente, nuestro indicador evalúa la confianza política a través de tres aspectos: percepción de honestidad, percepción de desempeño y confianza. Cada uno de estos indicadores fue aplicado a: poder ejecutivo, poder legislativo, poder judicial, funcionarios públicos y partidos políticos. Así, nuestro instrumento quedó compuesto por 15 ítems, cuyas opciones de respuesta van de 1=nada de confianza a 5=mucha confianza.

Variables Sociodemográficas

Preguntas cerradas de alternativas fijas presentadas al inicio del cuestionario según se expuso en el [estudio instrumental 1](#) (p. 198).

Población y Muestra

La población en estudio incluía ciudadanos y ciudadanas entre 18 y 70 años, residentes de la Ciudad de Córdoba. Para este estudio se seleccionaron dos muestras: la primera de ellas fue utilizada para realizar análisis psicométricos exploratorios y la segunda para confirmar los modelos hallados. En ambos casos el muestreo fue no probabilístico y de carácter accidental. Si bien se procuró una representación de todos los sectores socioeconómicos y grupos etarios, el carácter accidental de este muestreo resultó en muestras de un nivel educativo y socioeconómico relativamente alto.

Muestra 1: 250 ciudadanos y ciudadanas de Córdoba de las cuáles el 65,5% eran mujeres. La media de edad fue de 31 años. Respecto de su nivel educativo, el 0,4% tenía estudios primarios completos o incompletos, el 1,2% secundario incompleto, el 9,2% secundario completo, el 56,2% terciario/universitario incompleto y el 32,9% universitario completo. En relación con el NSE, el 5,7% pertenecía al nivel bajo inferior o marginal, el 22,3% a un nivel bajo superior, el 36,4% a un nivel medio-bajo, el 23,5% a un nivel medio típico y el 12,1% a un NSE medio alto o alto. En función de estos datos, contamos con una muestra relativamente joven y con un sesgo hacia NSE y educativos más altos.

Muestra 2: 450 ciudadanos y ciudadanas de Córdoba de los cuáles el 59,1% eran mujeres. La media de edad de la muestra era de 33,7 (relativamente más alta que en la muestra 1). Respecto del nivel educativo, el 0,5% de los participantes tenía nivel primario

completo o incompleto, el 3,5% nivel secundario incompleto, el 13,9% secundario completo, el 56,8% terciario o universitario incompleto y el 25,4% terciario/universitario completo. Respecto del NSE, el 5,1% pertenecía a un nivel bajo inferior o marginal, el 17,9% al nivel bajo superior, el 37% a un nivel medio bajo, el 27,3% a un nivel medio alto y el 12,7% restante a un nivel medio alto o alto.

Procedimiento de Recolección de Datos

Se siguió el procedimiento consignado en el estudio instrumental 1. La muestra número 1 fue relevada a mediados de 2015, mientras que la muestra número 2 fue relevada en los últimos meses del año 2016. Esto implica un importante cambio en el contexto político entre un relevamiento y el otro, aspecto relevante para nuestros estudios que son sensibles al contexto. En este sentido, es un indicador más de la confiabilidad de nuestras mediciones que sus características psicométricas se sostengan aún ante variaciones contextuales significativas.

Análisis de datos

Se siguió el mismo procedimiento de análisis de datos que en el caso del [estudio instrumental 1](#) (p.200).

Resultados

Justificación de la Democracia argentina: el AFE con datos de la muestra 1 evidenció una estructura unidimensional que explicó el 48,5% de la varianza ($KMO=,88$; $p\leq,001$) (ver cargas factoriales en Anexo 1. Tabla A4). Además, la consistencia interna de la escala fue óptima de $\alpha=,84$ y este análisis no sugirió la eliminación de ningún ítem.

En segunda instancia, se procedió a calcular un AFC con los datos correspondientes a la muestra 2. En la [tabla 1.8](#) se exponen los indicadores de ajuste del modelo, que resultaron adecuados, a excepción del chi cuadrado que dio un resultado significativo no esperado. En la [tabla 1.9](#) se consignan los coeficientes estandarizados beta de cada ítem sobre la dimensión latente con su correspondiente significación estadística. Si bien la carga del ítem "Los políticos en la actualidad, actúan más en favor de los lobbies (y presiones) que de otros ciudadanos" fue baja, resultó estadísticamente significativa, por lo que se decidió preservarlo.

Tabla 1.8.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Justificación de la democracia argentina.

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	41.082 ^a	2.416	.038	.977	.959	.056 ^b

^a gl=17; $p \leq .001$; ^b IC: .034 - .078

Tabla 1.9.

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Justificación de la democracia argentina.

Ítems	Componente
	β
En general, creo que nuestro sistema democrático es justo	.70***
En general, el sistema político argentino funciona como debería funcionar	.62***
Nuestro sistema democrático es el mejor posible.	.61***
El funcionamiento de la política está establecido de manera que las cosas puedan mejorar	.53***
Los partidos políticos representan los diferentes espíritus de la sociedad	.48***
La mayoría de las políticas públicas contribuyen al bien común	.45***
El sistema político argentino necesita ser profundamente reformado ^a	.36***
Los políticos en la actualidad actúan más en favor de los lobbies (y presiones) que de otros ciudadanos ^a	.14*

^a Ítem invertido

*** $p \leq .001$; * $p \leq .05$

Adicionalmente, se calculó la confiabilidad para la muestra 2 que arrojó un valor de $\alpha = .71$. Si bien la eliminación del ítem con menor carga factorial incrementa levemente la consistencia interna de la escala ($\alpha = .74$), se decide priorizar la preservación de la estructura original dado que este incremento es pequeño. De cualquier modo, en nuestro estudio poblacional se evaluaron nuevamente las propiedades psicométricas de todas las escalas y, en ese caso, el ítem en cuestión no disminuía la consistencia interna de la escala.

Percepción de Anomia: el AFE inicial con datos de la muestra 1 –utilizando el método de extracción basado en autovalores mayores que 1– arrojó dos factores que explicaron el 56,49% de la varianza-. Sin embargo, la inspección del gráfico de sedimentación (Ver Anexo 1. Gráfico A2) sumado a la estructura teórica de la escala, nos inclinan hacia la extracción de un único factor. Así, el nuevo AFE arrojó un único factor que explicó el 43,51% de la varianza (KMO = .850; $p \leq .001$) (Ver cargas factoriales en Anexo 1. Tabla A5). En esta muestra, la consistencia interna de la escala fue óptima de $\alpha = .83$.

En función de estos resultados, se comprobó el modelo unidimensional en un AFC conducido en la muestra 2. En la [tabla 1.10](#) se exponen los indicadores de ajuste que

resultan adecuados y en la [tabla 1.11](#) se consignan los coeficientes estandarizados beta de cada ítem sobre el constructo no observable. En esta muestra la consistencia interna de la escala fue óptima de $\alpha=,77$ y no se sugirió la eliminación de ningún ítem.

Tabla 1.10.
Indicadores de Ajuste del Modelo de Percepción de Anomia

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	34,23 ^z	1,426	,043	,970	,983	,043 ^b

^a gl=24; $p=,081$; ^b IC: .028 - .068

Tabla 1.11.
Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Percepción de Anomia.

Ítems	Componente
	β
La gente estaba mejor en los tiempos de antes, cuando todos sabían exactamente qué es lo que tenían que hacer.	.71***
El problema con el mundo de hoy es que la mayoría de la gente realmente no cree en nada.	.65***
A menudo siento que muchas cosas que eran valiosas para nuestros padres se están perdiendo frente a nuestros ojos	.62***
Lo que escasea hoy en día son el antiguo tipo de amistades que duraban toda la vida.	.56***
Con tal estado de desorden en que están las cosas, para una persona es difícil saber qué le va a pasar de un día para otro.	.46***
Me parece que a otras personas se les hace más fácil que a mi decidir qué es lo correcto	.42***
A menudo me siento incómodo y fuera de lugar	.40***
En estos días todo cambia tan rápidamente que frecuentemente tengo problemas para decidir cuáles son las reglas correctas a seguir.	.37***
Hoy en día con las cosas tan inciertas, parece que casi cualquier cosa podría suceder.	.31***

*** $p \leq .001$

Confianza Política: el AFE inicial con datos de la muestra 1 arrojó 5 dimensiones que explicaron el 86,26% de la varianza ($KMO=,837$; $p \leq ,001$). La estructura de la escala se sostiene de modo que cada dimensión incluye los indicadores de confianza para cada actor examinado (Ver: Anexo 1. Tabla A6). Respecto de la consistencia interna, resultó óptima en todos los casos: confianza en el poder ejecutivo obtuvo un $\alpha=,93$; en el poder legislativo un $\alpha=,89$; en el poder judicial $\alpha=,94$ y confianza en funcionarios públicos y partidos políticos de $\alpha=,91$.

En consecuencia, se procedió a la confirmación de este modelo a través de una AFC conducido en la muestra 2. Si bien las cargas factoriales de los ítems sobre cada dimensión son altas ([tabla 1.13](#)), los indicadores de ajuste no resultaron adecuados ([tabla 1.12](#)).

Tabla 1.12.
Indicadores de Ajuste del Modelo de Confianza Política

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	485.63	4.047	0.343	.880	.946	.082

^a gl=120; $p \leq .001$; ^b IC: .075 - .090

Tabla 1.13.
Coeficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Percepción de Confianza Política

Ítems	Componente				
	Ejecutivo	Legislativo	Judicial	Funcionarios	Partidos
	β	β	β	β	β
Honestidad Poder Ejecutivo	.87***				
Desempeño Poder Ejecutivo	.97***				
Confianza Poder Ejecutivo	.94***				
Honestidad Poder Legislativo		.88***			
Desempeño Poder Legislativo		.81***			
Confianza Poder Legislativo		.87***			
Honestidad Poder Judicial			.92***		
Desempeño Poder Judicial			.83***		
Confianza Poder Judicial			.88***		
Honestidad Funcionarios Públicos				.95***	
Desempeño Funcionarios Públicos				.86***	
Confianza Funcionarios Públicos				.88***	
Honestidad Partidos Políticos					.90***
Desempeño Partidos Políticos					.93***
Confianza Partidos Políticos					.80***

*** $P \leq .001$

De cualquier modo, se volvió a estimar la consistencia interna de cada dimensión, esta vez con datos de la muestra 2, resultando nuevamente óptima. Para la confianza en poder ejecutivo se obtuvo un coeficiente de $\alpha = .93$; para el poder legislativo de $\alpha = .89$; para el poder judicial y los partidos políticos de $\alpha = .91$ y para el caso de la confianza en funcionarios públicos de $\alpha = .92$.

Finalmente, en la [tabla 1.14](#) se expone la matriz de covarianzas que da cuenta de la relación entre las dimensiones latentes del constructo, evidenciando de relaciones altas entre las dimensiones. Las covariaciones más fuertes se dan entre la confianza en el poder legislativo y los funcionarios públicos (.55), los partidos políticos (.50) y el poder judicial (.43); también entre los partidos políticos y los funcionarios públicos (.44).

Tabla 14.

Matriz de Covarianzas entre las dimensiones de escala de Confianza Política.

	Poder Ejecutivo	Poder Legislativo	Poder Judicial	Funcionarios Públicos	Partidos Políticos
Poder Ejecutivo	-	.37	.43	.28	.00
Poder Legislativo		-	.43	.55	.50
Poder Judicial			-	.33	.14
Funcionarios Públicos				-	
Partidos Políticos					-

Tomados en conjunto, estos datos sugieren la necesidad de re-especificar nuestro modelo de confianza político-institucional, aspecto que será abordado en el estudio instrumental 3 (p.218).

En función de lo expuesto, pudimos presentar evidencia sobre la confiabilidad de las escalas en estudio y dar cuenta de su validez, replicando, además, las estructuras teóricas propuestas por los autores de cada escala.

ESTUDIO INSTRUMENTAL 3. RWA, SDO, Conocimiento, Interés y Eficacia y Cinismo Político, Percepción de Clima Socioemocional, Confianza Política, Capital Social, Tolerancia Política y Justificación de un Golpe de Estado

En este estudio se exponen los resultados correspondientes a análisis psicométricos de variables que se encuentran en castellano y han sido aplicadas previamente en contextos locales y/o regionales. Si bien se reconoce que es deseable realizar análisis exploratorios y confirmatorios con muestras diferentes, en este caso, ambos tipos de análisis serán realizados en una única muestra que coincide con la muestra 2 del [estudio instrumental 1](#) (p.198). De todos modos, el tamaño de la muestra (N=454), permitió partirlas aleatoriamente y conducir análisis exploratorios con una serie de datos y confirmatorios con otra, fortaleciendo la validez de estos indicadores. Asimismo, muchas de estas escalas ya cuentan con adaptaciones locales, de modo que estos análisis resultan suficientes y tienen como objetivo conocer las propiedades psicométricas de las variables que utilizaremos en nuestros análisis multivariados.

Descripción de los Instrumentos en estudio

Autoritarismo del Ala de Derechas (RWA)

En línea con lo expuesto en nuestro marco teórico, el RWA queda definido como la covariación de tres conglomerados actitudinales: sumisión autoritaria, que implica el sometimiento a autoridades establecidas y percibidas como legítimas; agresión autoritaria, que implica una agresividad general dirigida hacia personas que pueden ser sancionadas por la autoridad y convencionalismo, que implica una alta adherencia a las convenciones sociales que apoyan las autoridades y las mayorías (Altemeyer, 1996). Así, el RWA comprende a las actitudes ideológicas que expresan la motivación por el establecimiento y mantenimiento del orden social, la cohesión y la seguridad (Duckitt & Sibley, 2007).

Para su evaluación empírica, recuperamos la versión reducida de la escala de RWA adaptada al contexto argentino por Etchezahar, Cervone, Biglieri, Quattrocchi y Prado-Gascó (2011). La misma consta de 6 ítems con formato de respuesta tipo Likert de 5 puntos que conforman una única dimensión que evalúa actitudes generales autoritarias.

Orientación a la Dominancia Social (SDO)

Definimos conceptualmente a la SDO como un tipo de orientación hacia las relaciones intergrupales que señala la preferencia de relaciones de tipo jerárquicas, donde algunos grupos tengan poder por sobre otros (Kugler et al., 2010; Pratto, 1999; Sibley & Duckitt, 2010). Esta tiene dos componentes básicos: por un lado, la promoción de la *dominancia grupal* que implica la promoción del endogrupo y derogación del exogrupo y, por el otro, la *oposición a la igualdad* que indica la preferencia generalizada por relaciones sociales desiguales, independientemente de si estas favorecen o no al propio grupo (Jost & Thomson, 2000). Desde nuestro enfoque, estas dimensiones remiten a motivaciones diferentes: mientras que las primeras servirían a motivos de identidad social (favoritismo endogrupal), los segundos remitirían a motivaciones de justificación de sistema (Kugler et al., 2010).

Consecuentemente, se aplicó aquí la escala de SDO desarrollada y validada por Etchezahar, Prado-Gascó, Jaume y Brussino (2014) para el contexto argentino, en función de las escalas de Pratto, Sidanius, Stallworth y Malle (1994), Jost y Thompson (2000) y a la de Silván-Ferrero y Bustillos (2007). Esta consta de 10 ítems con formato de respuesta tipo Likert, distribuidos en dos dimensiones de 5 ítems cada una, coincidentes con las dimensiones teóricas expuestas: dominancia grupal, que examina actitudes que afirman la deseabilidad de la existencia de grupos superiores e inferiores y oposición a la igualdad, que refiere a la deseabilidad de la igualdad entre grupos de personas. En este último caso, los ítems se recodifican de modo inverso, de modo que un mayor puntaje pueda dar cuenta de una mayor oposición a la igualdad.

Conocimiento Político

El conocimiento político es una de las variables centrales en los estudios que abordan las cogniciones que subyacen a actitudes y comportamientos políticos (Delli Carpini & Keeter, 1993). Es un concepto que suele ser entendido como indicador –junto a otras variables– de la sofisticación política (Weisberg & Nawara, 2010). Desde un punto de vista conceptual, se define como el nivel de entendimiento que la ciudadanía tiene acerca del funcionamiento del sistema político en el que se encuentra (Brussino, Sorribas & Medrano, 2008). Esta definición tiene carácter amplio y habilita la inclusión de distintos contenidos.

Consecuentemente, la investigación sobre conocimiento político ha adoptado numerosas mediciones con diversos grados de alcance.

Por nuestra parte, decidimos aplicar la escala de conocimiento político y cívico desarrollada por Acuña, Fernigrini y Brussino (2003) y validada en el contexto local por Brussino et al. (2008). Esta escala, de estructura unidimensional, consta de 8 preguntas sobre conocimiento cívico y político (por ejemplo, nombre de los tres poderes del estado y partido con mayor cantidad de miembros en el poder legislativo provincial). Las respuestas se categorizan en tres posiciones: 0=no sabe/incorrecta, 1=parcialmente correcta y 2=correcta. La sumatoria de respuestas correctas y parcialmente correctas da como resultado el puntaje total de la escala.

Interés Político

El interés político es definido como la medida en que la política despierta la curiosidad de la ciudadanía, la atención que se presta a la política y una disposición potencial a participar (Van Deth & Elff, 2001). En este sentido, el interés político no es lo mismo que el involucramiento o participación política. Esta variable se encuentra vinculada al conocimiento político y frecuentemente es estudiada como el aspecto motivacional de la sofisticación política (Weisberg & Nawara, 2010); de modo que tanto interés como conocimiento político se constituyen en indicadores del desarrollo de los esquemas políticos (Rhee & Capella, 1997). De cualquier modo, el desarrollo de estos esquemas no es independiente del contexto, de modo que es esperable que esta variable –junto al conocimiento– se vinculen no sólo a aspectos individuales (como el nivel educativo), sino también a otros propios de la cultura política como el nivel de politización y el tipo de sistema político (Van Deth & Elff, 2001).

Para su abordaje empírico, recurrimos a la escala adaptada al contexto local por Brussino, Rabbia y Sorribas (2009) a partir de la desarrollada por Hahn (1999). Ésta consta de 6 ítems con una estructura unidimensional que plantean distintas situaciones vinculadas a la política a las cuales la persona debe responder indicando el nivel de interés que le generan en una escala que va desde 1=ningún interés a 5=mucho interés.

Eficacia Política

Mucha de la literatura sobre esta variable identifica dos constructos separados que señalan niveles de eficacia política: por un lado, la *eficacia política interna* que refiere a las

creencias sobre la propia competencia para comprender y participar en política y, por el otro, la *eficacia política externa* que refiere a las creencias sobre la capacidad de respuesta de las autoridades e instituciones de gobierno a las demandas ciudadanas Niemi, et al. (1991). Estas variables son centrales en la comprensión de la vinculación de los ciudadanos con el sistema político y, según sostiene Southwell (2012), junto con otras variables como el cinismo y la desconfianza política, su ausencia da cuenta de un sentimiento de alienación política: la desaprobación y rechazo de la forma en que se toman las decisiones políticas, frecuentemente expresado como extrañamiento y apatía.

Para su abordaje empírico se utilizó la versión adaptada al contexto local por Brussino, Sorribas, Rabbia y Medrano (2006) de la escala de Niemi et al. (1991) que replica las dos dimensiones teóricas expuestas de eficacia política interna y externa, cada una evaluada a través de 4 ítems. Las opciones de respuesta se dan en una escala tipo Likert de 5 puntos.

Cinismo Político

El cinismo político es una variable vinculada a las anteriores, que refleja una actitud general hacia el sistema político y/o los políticos a través de una percepción negativa respecto de las motivaciones de su conducta (Pattyn et al., 2012). Esta percepción implica creer que los funcionarios y gobernantes trabajan en pos de sus propios intereses y se comportan de modo deshonesto (Dancey, 2012). Algunas investigaciones comprenden a este constructo como un componente de las evaluaciones de confianza política (Dancey, 2012) y, en algunos casos, se ha examinado como sinónimo de escepticismo, desconfianza y alienación política (Schyns & Nuus, 2007). En nuestro caso, abordamos al cinismo político como un constructo independiente pero vinculado a las nociones de eficacia y confianza política como indicadores de la vinculación de los ciudadanos con el sistema político desde una perspectiva cultural.

Para su evaluación recurrimos a un indicador desarrollado por González et al. (2005) que ya ha sido probado en estudios locales previos (Brussino et al., 2015) y que mide las actitudes cínicas de las personas hacia los políticos y su rol. Las opciones de respuesta se daban en un formato tipo Likert de 6 puntos. Se espera que este constructo tenga una estructura unidimensional.

Percepción de Clima Socioemocional

El clima socioemocional refiere a un conjunto de emociones básicas distribuido socialmente: remite a la percepción de predominancia de determinado tipo de sentimientos, emociones y juicios sobre la sociedad (Páez et al., 1997; Zubieta, Muratori & Mele, 2012) que –si bien pueden variar– no lo hacen rápidamente (De Rivera, 1992). Así, se trata de un hecho social que implica que este predominio durante un período sociopolítico de una serie de reacciones e interacciones sociales impregnaría, además, las relaciones sociales (Páez et al., 1997). De este modo, no implica sólo las emociones que experimenta el individuo, sino aquellas que percibe que predominan en el entorno. Esta variable se ha relacionado en la literatura previa a la confianza institucional, la percepción de problemas sociales y el propio bienestar psicológico (Zubieta et al., 2012).

Para poder evaluarlo empíricamente se aplicó el autoinforme de Clima Emocional diseñado por Páez et al. (1997) que consta de dos escalas: clima socioemocional positivo (7 ítems) y clima socioemocional negativo (3 ítems). Cada ítem pide a la persona que evalúe en una escala de 5 puntos (desde 1=nada a 5=mucho) en qué medida percibe cada una de las emociones en el clima social actual.

Confianza Política

Los aspectos conceptuales relacionados a esta variable ya fueron desarrollados en nuestro estudio instrumental 2 (página 207). Se introduce aquí en función de exponer las modificaciones que sufrió el indicador operacional probado en dicho estudio dado que los indicadores de ajuste de este no resultaron adecuados. Aquel indicador pedía a las personas que evaluaran a cada actor sobre 3 aspectos: honestidad, desempeño y confianza. En el caso de este nuevo indicador, se decidió remover la pregunta que indaga directamente sobre confianza, priorizando la parsimonia de la medición y evitando introducir ítems redundantes. Así, las personas debían evaluar sólo dos aspectos de cada actor: honestidad y desempeño que son aquellos identificados por Segovia et al. (2008) como indicadores directos de confianza. Adicionalmente, se decidió incluir entre los actores examinados a las organizaciones de la sociedad civil que no habían sido contempladas antes y se descartó la pregunta sobre funcionarios públicos. En este último caso, la decisión se tomó en función de que la respuesta sobre esos actores tenía correlaciones muy altas con otras dimensiones lo que podría dar cuenta de una superposición entre ellas. De este modo, se obtuvo una

medición de 10 ítems para evaluar 5 actores respecto de la percepción de su honestidad y desempeño: Poder Ejecutivo, Poder Legislativo, Poder Judicial, Partidos Políticos y Organizaciones Sociales. Las opciones de respuesta van de 1=nada a 5= mucho.

Dimensión relacional del Capital Social

La teoría del capital social proviene de la sociología, expresada en los desarrollos de Bourdieu (1985; citado en Booth & Bayer Richard, 2009), quien entiende al capital social como la suma de los recursos reales o potenciales relacionados a redes duraderas de relaciones de reconocimiento mutuo. Desde la perspectiva de la psicología social y política, el capital social adquiere notoriedad en los años '90. Desde esta óptica se propone que las sociedades y las democracias funcionan mejor cuando los ciudadanos confían en los otros, cooperan con ellos para conseguir metas comunes y comparten una cultura cívica (Booth & Bayer Richard, 2009). Así, este constructo nos permite abordar las bases sociales de la democracia, aspecto que Putnam (1993) destaca en su abordaje de este constructo. En este sentido, el capital social y el desarrollo de la democracia se relacionarían en un círculo virtuoso: "capital social, desempeño político y apoyo político son interdependientes" (Newton, 2006: 850).

Tal como desarrollamos en nuestro marco teórico, esta perspectiva incluye múltiples variables. En este apartado abordamos la dimensión que hace referencia a los vínculos interpersonales a nivel social. Así, retomamos aquí la perspectiva teórico-empírica de estudios regionales que evalúa tres aspectos complementarios: la confianza social, la cohesión social y los modelos de rol (Vargas Cullell, et al., 2005). En este sentido, destacamos que se trata de tres variables que –aunque relacionadas– son diferentes. La *confianza social*, definida como la creencia de que los demás –al menos– no le harán un daño intencional y –de máxima– actuarán a favor de uno, es entendida como el componente central del capital social (Newton, 2001). Así, la confianza posibilita el mantenimiento de relaciones sociales pacíficas y estables, que son las bases del comportamiento colectivo y cooperativo. Por su parte, la *cohesión social* es también un concepto polisémico. Markus (2014) señala algunos elementos comunes a sus definiciones; así, entiende a la cohesión social como un proceso continuo que atañe a grupos o comunidades y que implica que éstos compartan objetivos y responsabilidades y estén dispuestos a cooperar. Este proceso requiere valores compartidos, respeto mutuo, aspiraciones comunes o una identidad

compartida entre sus miembros. Finalmente, el concepto de *modelos de rol* remite a la presencia en la comunidad de "modelos dignos de imitar" (Vargas Cullell et al., 2005: 129).

En función de estas conceptualizaciones, para el abordaje empírico del capital social se recuperaron tres indicadores aplicados por Vargas Cullell et al. (2005) en un estudio sobre cultura política de la democracia. Así, se incluyen tres variables vinculadas entre sí pero independientes: a) *Confianza Social*; evaluada a través de 3 ítems con formato de respuesta tipo Likert de 5 puntos que examinan niveles generales de confianza interpersonal; b) *Cohesión Social*, que consta de tres ítems que evalúan vínculos de apoyo en la comunidad cercana y cuyo formato de respuesta también es de 5 puntos (1=nunca a 5=siempre) y c) *Modelos de Rol (Role Models)*, también conformada por tres ítems en formato de respuesta dicotómico que indagan sobre la presencia en la comunidad de personas destacadas por desempeño deportivo, por ser trabajadores y por ser muy cooperativos.

Tolerancia Política

Definimos a la tolerancia política como el respeto de la ciudadanía a los derechos políticos de otros ciudadanos, aunque –y especialmente cuando– no se esté de acuerdo con ellos (Lodola & Seligson, 2013). Este constructo se aborda aquí en el marco de la valoración de la convivencia democrática y es entendido por Vargas-Cullell et al. (2005) como un indicador de una democracia estable (junto a niveles de apoyo al sistema democrático). En este sentido, Lodola y Seligson (2013) reconocen la importancia de un equilibrio entre los niveles de apoyo a la democracia y los de tolerancia política, dado que un gran apoyo con bajos niveles de tolerancia puede conllevar un viraje hacia regímenes de carácter autoritario. Esta variable se ha asociado a numerosos indicadores ideológicos, en particular a aquellos que dan cuenta de orientaciones conservadoras como el autoritarismo y la religiosidad (Vargas Cullell et al., 2005). Sin embargo, también puede vincularse a aspectos contextuales como la percepción de amenazas externas, las crisis de seguridad y una baja democratización (Lodola & Seligson, 2013).

Para su abordaje empírico, recuperamos el indicador aplicado en los estudios del Barómetro de las Américas (LAPOP; 2014). Consta de 4 ítems que indagan en qué medida las personas aprueban formas de expresión y participación de personas que se oponen al sistema político. Las opciones de respuesta van de 1=desaprueba totalmente a 10=aprueba totalmente. Esta escala fue aplicada en un número significativo de países latinoamericanos -

incluida Argentina- con indicadores de ajuste óptimos. Para el caso de Argentina, la medición de 2014 tuvo una estructura unidimensional ($KMO=,770$; $p\leq,001$) que explicó el 76,41% de la varianza y un coeficiente de confiabilidad óptimo de $\alpha=,90$.

Justificación de un Golpe de Estado

Esta variable se incluye como otro indicador de la tolerancia política y las actitudes democráticas, dado que examina situaciones específicas ante las cuales las personas estarían dispuestas a justificar una salida autoritaria. En este sentido, el golpe de Estado ocurrido en Honduras en 2009, sumado a las situaciones de crisis económicas actuales despertaron nuevamente el interés por indagar el apoyo de la ciudadanía a estas salidas autoritarias en la región (Lodola & Seligson, 2011).

Para realizar este abordaje aplicamos un indicador de 5 ítems recuperado del trabajo de Vargas Cullell et al. (2005) que evalúa la justificación de un golpe de estado ante distintas situaciones: delincuencia, corrupción, protesta social, desempleo e inflación. Las opciones de respuesta van de 0=no se justifica a 10=se justifica. Si bien esta escala no ha sido aplicada en Argentina, en las encuestas de Barómetro de las Américas de 2010, 2012 y 2014 se tomaron 3 de estos ítems, aunque con opciones de respuesta dicotómicas.

Variables Sociodemográficas

Preguntas cerradas de alternativas fijas presentadas al inicio del cuestionario según se expuso en el [estudio instrumental 1](#) (p.198)

Población y Muestra

La población en estudio comprendía ciudadanos y ciudadanas de la Ciudad de Córdoba entre 18 y 70 años. La muestra, de 454 casos relevados a través de un muestreo no probabilístico por cuotas, coincide con la muestra 2 del estudio instrumental 1 (ver página 199). A continuación, se mencionan las características sociodemográficas de cada una de las submuestras aleatorias en las que se condujeron los análisis:

Sub-muestra 1: 223 participantes de las cuales el 52,9% eran mujeres. La media de edad fue de 36,4. Respecto del nivel educativo, el 4,6% tenía estudios primarios completos o incompletos, el 16,2% secundario incompleto, el 25,7% secundario completo, el 30,6% estudios terciarios/universitarios incompletos y el 23% completos. Además, el 14,8%

pertenecía a un NSE bajo inferior o marginal, el 30,9% a un nivel bajo, el 28,3% a un nivel medio bajo, el 19,7% medio típico y el 6,3% restante a un NSE alto o medio alto.

Sub-muestra 2: 231 participantes de las cuales el 51,9% eran mujeres. La media de edad fue de 38,2 años. Respecto del nivel educativo, el 4,8% tenía un nivel educativo primario completo o incompleto, el 16% nivel secundario incompleto, el 20,3% secundario completo, el 35,9% estudios terciarios o universitarios incompletos y el 22,9% restante completos. Respecto del NSE, el 12,6% pertenecía a un nivel bajo inferior o marginal, el 32,5% a un nivel bajo, el 29% medio bajo, el 17,3% a un nivel medio típico y el 8,7% restante a un NSE medio alto o alto.

Procedimiento de Recolección de Datos

El procedimiento de recolección de datos es idéntico al consignado en el [estudio instrumental 1 y 2](#) (p.199). Como se mencionó, esta muestra fue relevada durante el segundo semestre de 2016.

Análisis de Datos

El procedimiento de análisis de datos es idéntico al consignado en el [estudio instrumental 1 y 2](#) (página 200). Sin embargo, como se mencionó, en este caso tanto el análisis factorial exploratorio como el confirmatorio fueron conducidos en submuestras aleatorias de una misma muestra tomada en un único momento (N=454).

Resultados

Autoritarismo del Ala de Derechas (RWA): se condujo un AFE en la submuestra 1 que arrojó una dimensión (KMO=,871; $p \leq ,001$) que explicó el 58,5% de la varianza. El coeficiente de confiabilidad en esta muestra fue de $\alpha = ,86$ y no se sugirió la eliminación de ningún ítem. Las cargas factoriales se exponen en la tabla A7 del Anexo 1. Adicionalmente, se realizó un AFC con datos de la submuestra 2. En la [tabla 1.15](#) se exponen los indicadores de ajuste del modelo estimado y en la [tabla 1.16](#) los coeficientes estandarizados beta de cada ítem sobre la dimensión latente, con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.15.

Indicadores de Ajuste del Modelo de RWA

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	11.56 ^a	1.44	.022	.964	.995	.044 ^b

^a gl=8; $p = .172$; ^b IC: .000 - .096

Tabla 1.16.

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de RWA

	Componente β
Los hechos muestran que debemos ser más duros con el crimen y la inmoralidad sexual con el fin de mantener la ley y el orden	.84***
Hay muchas personas extremistas e inmorales tratando de arruinar las cosas; la sociedad debe detenerlos	.81***
Si la sociedad así lo quiere, es deber de todo buen ciudadano ayudar a eliminar el mal que destruye nuestro país desde adentro	.78***
Nuestros ancestros debieron ser más honrados por la forma en que construyeron esta sociedad, por ello, es necesario poner fin a las fuerzas que la están destruyendo	.71***
Nuestro país necesita un líder poderoso que pueda enfrentar a los extremistas e inmorales que actualmente prevalecen en nuestra sociedad	.67***
Las leyes de dios sobre el aborto, la pornografía y el matrimonio deben ser seguidas estrictamente antes de que sea demasiado tarde, sus transgresiones deben ser castigadas	.62***

*** $p \leq .001$

Los resultados obtenidos resultaron adecuados, brindando evidencia de un buen ajuste. Además, se volvió a estimar la consistencia interna de la escala en esta submuestra arrojando un valor óptimo de $\alpha = ,88$.

Orientación a la Dominancia Social (SDO). El AFE conducido en la submuestra 1 arrojó dos dimensiones ($KMO = ,757$; $p \leq ,001$) que explicaron el 53% de la varianza (Anexo 1. Tabla A8). La dimensión 1 coincide con el constructo *oposición a la igualdad* y su consistencia interna fue de $\alpha = ,79$ y la dimensión 2 corresponde a *dominancia grupal* cuya consistencia interna fue de $\alpha = ,71$. En ningún caso se sugirió la eliminación de ningún ítem.

En función de esta estructura y de la propuesta teórica de los autores (Etchezahar et al., 2014), se procedió a la estimación de un AFC con datos de la submuestra 2. En la [tabla 1.17](#) se exponen los indicadores de ajuste de este modelo y en la [tabla 1.18](#) se consignan los coeficientes estandarizados beta de cada ítem sobre la dimensión latente con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.17.

Indicadores de Ajuste del Modelo de SDO

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	44.48	1.43	.043	.966	.977	.043

^a gl=31; $p = .055$; ^b IC: .000 - .070

Tabla 1.18

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de SDO

Ítems	Componente	
	Oposición a la igualdad	Dominancia Grupal
	β	β
La igualdad entre grupos de personas debería ser nuestro ideal ^a	.82***	
Se debe aumentar la igualdad social ^a	.68***	
Habría menos problemas si tratáramos a los diferentes grupos de manera más igualitaria ^a	.52***	
Debemos luchar por conseguir ingresos más igualitarios para todos ^a	.62***	
Sería deseable que todos los grupos fueran iguales ^a	.45***	
Probablemente es bueno que ciertos grupos estén en una posición superior y otros en una posición inferior		.77***
Es normal que haya grupos superiores y grupos inferiores		.69***
Para salir adelante en la vida, algunas veces es necesario pasar por encima de otros grupos de personas		.61***
Todos los grupos superiores deberían dominar a los grupos inferiores		.57***
Los grupos inferiores deberían mantenerse en su posición		.51***

*** $p \leq .001$ ^a ítem Invertido.

Los resultados aportaron evidencia de un ajuste adecuado. Por su parte, la covarianza entre ambas dimensiones fue de ,53 y la consistencia interna de la dimensión dominancia grupal en la submuestra 2 fue de $\alpha = ,74$ y de la dimensión oposición a la igualdad de $\alpha = ,77$; ambos en valores aceptables.

Conocimiento Político: El AFE exploratorio inicial con datos de la submuestra 1 y en base a la obtención de autovalores mayores que 1, arrojó dos dimensiones que explicaron el 47,68% de la varianza ($KMO = ,833$; $p \leq ,011$). Sin embargo, en función de lo sugerido por la estructura de la escala en estudios locales (Brussino et al., 2008) y del gráfico de sedimentación (Anexo 1. Gráfico A3) resulta más apropiada una estructura unidimensional. Consecuentemente, se procedió a la estimación de un nuevo modelo factorial limitando la cantidad de dimensiones a 1. El nuevo modelo unidimensional explicó un 34,9% de la varianza (Ver cargas factoriales en Anexo 1. Tabla A9). Además, se estimó la consistencia interna de la escala que fue de $\alpha = ,72$ y no se sugirió la eliminación de ningún ítem.

Posteriormente, con datos de la submuestra 2, se procedió a la confirmación del modelo. En la [tabla 1.19](#) se exponen los indicadores de ajuste considerados y en la [tabla 1.20](#) las cargas estandarizadas de cada ítem sobre la variable conocimiento político, junto con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.19.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Conocimiento Político

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	26,35	1,32	,039	,980	,972	,037

^a gl=20; $p=,155$; ^b IC: .000 - .072

Tabla 1.20

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Conocimiento Político

Ítems	Componente
	β
Denominación de los 3 poderes del Estado	.69***
Organismo encargado de promulgar leyes provinciales	.67***
Responsables del nombramiento de Jueces de la Suprema Corte de Justicia	.60***
Partido con más miembros en el poder legislativo provincial	.57***
¿Un ciudadano puede asistir a las sesiones del Poder Legislativo?	.58***
Organismo de decisión sobre la constitucionalidad de las leyes	.44***
Partido al que pertenece Ramón Mestre	.41***
Mayoría requerida en el Senado para vetar un decreto presidencial	.28***

*** $p \leq .001$

Los resultados de ajuste son óptimos y, si bien el ítem *mayoría requerida en el senado para vetar un decreto presidencial* tuvo un valor de beta bajo, se decidió mantenerlo dado que el mismo resultó significativo y, además, su eliminación no incrementaba la consistencia interna de la escala que es adecuada ($\alpha=,76$), priorizando la preservación de la estructura de la escala original.

Interés Político: el AFE con datos de la submuestra 1 arrojó una dimensión que explico el 74,41% de la varianza ($KMO=,89$) (Ver cargas factoriales en Anexo 1. Tabla A10). Además, la consistencia interna de la escala fue óptima de $\alpha=,93$.

En función de estos resultados, se procedió a la estimación de un AFC con datos de la submuestra 2. En la [tabla 1.21](#) se exponen los indicadores de ajuste del modelo y en la [tabla 1.22](#) los coeficientes estandarizados beta de cada ítem sobre la variable interés político con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.21.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Interés Político

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	13.13	1.64	.014	.981	.996	.053

^a gl=8; $p=,107$; ^b IC: .000 - .102

Tabla 1.22

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Interés Político

Ítems	Componente
	β
Leer información sobre política es interesante	.88***
Escuchar o ver noticias sobre política es interesante	.88***
Usualmente estoy interesado en los asuntos de política	.84***
Disfruto teniendo conversaciones sobre asuntos políticos y de gobierno	.84***
Me interesa averiguar cómo funcionan los partidos políticos	.84***
Me atrae el momento donde se dan las campañas políticas	.76***

*** $p \leq .001$

Los resultados expuestos confirman satisfactoriamente el modelo. Finalmente, se estimó la consistencia interna de la escala en la submuestra 2 resultando óptima de $\alpha = .94$. No se sugirió la eliminación de ningún ítem.

Eficacia Política: el AFE con datos de la submuestra 1 arrojó 2 dimensiones que explicaron el 62,3% de la varianza ($KMO = .75$; $p \leq .001$). Estas coinciden con las dimensiones teóricas correspondientes a eficacia política interna y externa (ver estructura factorial en Anexo 1. Tabla A11). La consistencia interna de ambas escalas fue óptima, de $\alpha = .84$ para la dimensión de EPI y de $\alpha = .72$ para la EPE.

En función de esta estructura, se estimó un modelo confirmatorio con datos de la submuestra 2. En la [tabla 1.23](#) se exponen los indicadores de ajuste del modelo y en la [tabla 1.24](#) los coeficientes estandarizados beta de cada ítem sobre su dimensión de la variable y su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.23.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Eficacia Política.

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	28.83	1.27	.053	.975	.992	.034

^a gl=18; $p = .197$; ^b IC: .000 - .072

Estos resultados aportan evidencia que confirma el modelo de medición. La covarianza entre ambas dimensiones fue de ,20. Finalmente, se volvieron a estimar los coeficientes de consistencia interna con datos de la submuestra 2, resultandos óptimos para el caso de la eficacia política interna ($\alpha = .85$) y aceptables en la dimensión de eficacia política externa ($\alpha = .67$). Si bien en esta última dimensión algunos de sus ítems tenían cargas factoriales relativamente baja, este análisis no sugirió la eliminación de ninguno de ellos.

Tabla 1.24.

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Eficacia Política

Ítems	Componente	
	β	β
Me considero competente para participar en política	.95***	
Podría desempeñarme en un puesto político tan bien como cualquier persona	.81***	
Sería interesante postularse para un puesto político	.65***	
Disfrutaría siendo del grupo donde eligen los candidatos a los puestos políticos	.55***	
¿Cuánta atención cree Ud. que el Gobierno le presta a lo que la gente piensa, cuando decide lo que debe hacer?		.78***
¿En qué medida Ud. siente que tener elecciones hace que el Gobierno preste atención a lo que la gente piensa?		.51***
¿Cree Ud. que su opinión ejerce alguna influencia sobre las decisiones del Gobierno?		.58***
Las acciones del gobierno ¿mejoran el bienestar de la gente?		.50***

*** $p \leq .001$

Cinismo Político: el AFE con datos de la submuestra 1 evidenció una única dimensión que explicó el 74,7% de la varianza ($KMO = .826$; $p \leq .001$) (Anexo 1. Tabla A12). Además, tuvo una consistencia interna óptima de $\alpha = .89$. Consecuentemente, se procedió a la estimación de un modelo confirmatorio con datos de la submuestra 2. En la [tabla 1.25](#) se exponen los indicadores de ajuste del modelo –que resultaron adecuados– y en la [tabla 1.26](#) los coeficientes estandarizados beta con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.25.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Cinismo Político.

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	2.795	2.795	.012	.994	.996	.088

^a gl=1; $p = .095$; ^b IC: .000 - .219

Tabla 1.26.

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Cinismo Político

Ítems	Componente
	β
Casi todos los políticos traicionarían sus ideales o romperían sus promesas si eso incrementara su poder	.91***
Esté quien esté en el poder, siempre busca sus intereses personales.	.77***
La mayoría de las personas que entran en la política se vuelven deshonestas.	.73***
La mayoría de los políticos hablan mucho, pero hacen poco para resolver las cosas realmente importantes.	.72***

*** $p \leq .001$

Finalmente, se volvió a estimar la consistencia interna con datos de la submuestra 2, resultando también óptima de $\alpha=,87$. No se sugirió la eliminación de ningún ítem.

Percepción de Clima Socioemocional: el AFE inicial con datos de la submuestra 1 arrojó 3 dimensiones que explicaban el 61,8% de la varianza ($KMO=,801$; $p\leq,001$). Sin embargo, la estructura teórica de dos dimensiones y la evidencia del gráfico de sedimentación (Ver Anexo 1. Gráfico A4) sugieren que una estructura bidimensional resulta más adecuada. En consecuencia, se estimó un nuevo AFE limitando el número de dimensiones a dos. Estas explicaron el 51,5% de la varianza y coincidieron con las dimensiones de percepción de clima socioemocional positivo y negativo (ver estructura en Anexo 1. Tabla A13). La consistencia interna de la dimensión positiva fue de $\alpha=,79$ y de la dimensión negativa de $\alpha=,71$. En ningún caso se sugirió la eliminación de ítems.

En función de estos datos, se procedió a la estimación de un AFC en la submuestra 2. En la [tabla 1.27](#) se exponen los indicadores de ajuste del modelo estimado y en la [tabla 1.28](#) los coeficientes estandarizados beta para los ítems de cada dimensión, con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.27.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Percepción de Clima Socioemocional.

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	43.41	1.36	.042	.965	.986	.039

^a gl=32; $p=.086$; ^b IC: .000 - .067

Tabla 1.28.

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Clima Socioemocional.

Ítems	Componente	
	Positivo	Negativo
	β	β
De esperanza, esperanzado	.81***	
De alegría, confianza, contento	.77***	
El clima o ambiente general afectivo de su país es muy bueno	.67***	
De confianza en las instituciones	.64***	
Solidario, de ayuda mutua	.58***	
De tranquilidad para hablar	.58***	
La situación económica es muy buena	.41***	
De miedo, ansiedad, preocupación		.79***
De enojo, hostilidad, agresividad entre las personas		.67***
De tristeza, Pasividad, bajo estado de ánimo		.63***

*** $p\leq,001$

En conjunto, los datos muestran un ajuste adecuado del modelo, aunque el ítem *la situación económica es muy buena*, de la dimensión positiva tiene una carga factorial baja. Igualmente, los análisis de confiabilidad no sugieren su eliminación. Así, la consistencia interna en la submuestra 2 de la dimensión positiva fue de $\alpha=,82$ y para la dimensión negativa de $\alpha=,74$. Por su parte, la covarianza entre ambas dimensiones fue de $-.50$

Confianza Política: el AFE arrojó 3 dimensiones que explicaron el 70,02% de la varianza ($KMO=,67$; $p\leq,001$). Estas tres dimensiones discriminan entre las actitudes de confianza hacia los poderes del estado, los partidos políticos y las organizaciones civiles (Ver cargas factoriales en Tabla A14, Anexo 1). Sin embargo, las cargas factoriales de las actitudes hacia el poder legislativo son relativamente bajas ($,54$ y $,51$) y se superponen parcialmente con la confianza hacia partidos políticos ($,38$ y $,37$).

Por su parte, el AFC arrojó resultados consistentes con el modelo exploratorio, aunque los indicadores de ajuste no resultaron óptimos. En este caso, el estadístico chi cuadrado dio un resultado significativo, lo cual no es esperable, pero el valor de discrepancia mínima dividido por los grados de libertad (CMIN/gl) se encuentra dentro de los límites aceptables para un ajuste adecuado (Kline, 2010). Además, el RMSEA se encuentra por encima de los valores esperados para un modelo parsimonioso (Tabla 1.29). Sin embargo, tomados en conjunto y teniendo en cuenta que los modelos cuyas dimensiones cuentan sólo con dos ítems son más propensos a presentar problemas de ajuste (Kline, 2010) y que, además, serán utilizadas de modo independiente, se considera al modelo aceptable. En la tabla 1.30 se exponen las cargas factoriales del modelo confirmatorio.

Tabla 1.29
Indicadores de Ajuste del Modelo de Confianza Política

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	50.377	2.290	.055	.960	.980	.075

^a gl=22; $p\leq,001$; ^b IC: .048 - .102

Finalmente, se estimó la consistencia interna de estas dimensiones con datos de la submuestra 2. Para la confianza en los poderes del estado que resultó óptima de $\alpha=,83$. Este análisis no sugirió la eliminación de ningún ítem. Además, teniendo en cuenta que este estadístico no puede calcularse para escalas con dos ítems, se estimó la correlación entre ellos para la confianza en los partidos políticos y las organizaciones de la sociedad civil. En el primer caso ésta fue de $r=,69$ ($p\leq,001$) y para las organizaciones de la sociedad civil de $r=,74$

($p \leq .001$). En ambos casos se trata de relaciones fuertes y estadísticamente significativas que apoyan el uso de estos ítems en un único indicador de confianza para cada caso.

Tabla 1.30

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Percepción de Confianza Política

Ítems	Componente		
	Poderes del Estado	Partidos Políticos	Organizaciones Civiles
	B	β	B
Honestidad Poder Ejecutivo	.50		
Desempeño Poder Ejecutivo	.49		
Honestidad Poder Legislativo	.85		
Desempeño Poder Legislativo	.81		
Honestidad Poder Ejecutivo	.64		
Desempeño Poder Ejecutivo	.53		
Desempeño. Partidos Políticos		.90 ^{***}	
Honestidad. Partidos Políticos		.81 ^{***}	
Desempeño. Organizaciones Civiles			.80 ^{***}
Honestidad. Organizaciones Civiles			.94 ^{***}

^{***} $p \leq .001$

Dimensión relacional del Capital Social: para su evaluación se midieron la confianza social, la cohesión social y la presencia de modelos de rol. Si bien se espera que estas tengan relación, no constituyen subescalas, sino que son independientes. Además, dado que tienen niveles de medición diferentes, no sería pertinente tratarlas como parte de un mismo constructo latente. En función de lo expuesto, para conocer las propiedades psicométricas de las escalas de confianza social y cohesión social, condujimos los AFE y AFC del mismo modo que lo hicimos anteriormente. Por su parte, para el caso de la variable modelos de rol -compuesta por ítems dicotómicos- estimamos un análisis factorial y coeficiente alfa ordinal utilizando matrices tetracóricas a través del programa estadístico Factor.

El AFE para la variable Confianza Social arrojó una dimensión que explicó el 51,7% de la varianza ($KMO = .615$; $p \leq .001$) (Anexo 1, Tabla A15). Para la cohesión social, el AFE también evidenció una dimensión que explicó el 67,42% de la varianza ($KMO = .64$; $p \leq .001$) (Cargas factoriales en Anexo 1, Tabla A16). Para la variable modelos de rol se calculó el análisis de componentes principales sobre matrices tetracóricas, arrojando también una dimensión que explica el 69% de la varianza ($KMO = .62$; $p \leq .001$) (Anexo 1, Tabla A17). En este caso, no se estimaron los modelos confirmatorios porque se trata de constructos

unidimensionales con sólo tres ítems cada uno, de modo que los parámetros a estimar son más que los grados de libertad, dando como resultado modelos no identificados.

Finalmente, calculamos la consistencia interna para cada variable. Para la confianza social esta fue baja, de $\alpha=,51$, mientras que para la cohesión social fue adecuada, de $\alpha=,77$. En el caso de la variable modelos de rol, se estimó el alfa ordinal que dio un resultado adecuado de $\alpha=,87$. En función de ello, se reconoce la necesidad de fortalecer a futuro la medición de confianza social y se interpretarán con reparos los resultados vinculados a ella.

Tolerancia Política: El AFE con datos de la submuestra 1 arrojó una única dimensión que explicó el 71,16% de la varianza ($KMO=,742$; $p\leq,001$) (Ver cargas factoriales en Anexo 1. Tabla A18). La consistencia interna de la escala en esta submuestra fue de $\alpha=,86$ y no se sugirió la eliminación de ningún ítem. Consecuentemente con estos resultados, se estimó un modelo factorial confirmatorio con datos de la submuestra 2. En la [tabla 1.31](#) se exponen los indicadores de ajuste del modelo y en la [tabla 1.32](#) los coeficientes estandarizados de cada ítem sobre la dimensión latente con su correspondiente significación estadística.

Tabla 1.31.
Indicadores de Ajuste del Modelo de Tolerancia Política

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	2.221	2.221	.011	.995	.997	.073

^a gl=1; $p=.136$; ^b IC: .000 - .125

Tabla 1.32.
Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Tolerancia Política

Ítems	Componente
	β
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba que estas personas salgan en la televisión para dar un discurso?	.92***
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba que estas personas puedan postularse para cargos públicos?	.89***
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba el que estas personas puedan llevar a cabo manifestaciones pacíficas con el propósito de expresar sus puntos de vista?	.63***
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba el derecho de votar de esas personas?	.42***

*** $p\leq,001$

Estos indicadores muestran un buen ajuste del modelo. Si bien el indicador *derecho al voto* tuvo una carga factorial baja, el análisis de consistencia interna no sugería su eliminación y la confiabilidad de la escala total era adecuada de $\alpha=,82$.

Justificación de un Golpe de Estado: con datos de la submuestra 1, se estimó un AFE que arrojó una única dimensión que explicó el 78,7% de la varianza ($KMO=.86$; $p\leq,001$) (Ver cargas factoriales en Anexo 1. Tabla A19). La consistencia interna de esta escala fue óptima de $\alpha=.93$. Consecuentemente, se procedió a la estimación de un AFC con datos de la submuestra 2. En la [tabla 1.33](#) se muestran los indicadores de ajuste del modelo y en la [tabla 1.34](#) las cargas de cada ítem sobre la dimensión expresadas en puntajes beta con su correspondiente nivel de significación estadística.

Tabla 1.33.

Indicadores de Ajuste del Modelo de Justificación de un Golpe de Estado

	χ^2	CMIN / gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	2.69	1.34	.008	.995	.999	.039

^a gl=2; $p=.260$; ^b IC: .000 -.143

Tabla 1.34.

Coefficientes Estandarizados Beta. Análisis Factorial Confirmatorio de la Escala de Justificación de un Golpe de Estado

Ítems	Componente
	β
Frente al Desempleo muy alto	.89 ^{***}
Frente a la alta inflación, con aumento excesivo de precios	.83 ^{***}
Frente a muchas protestas sociales	.83 ^{***}
Frente a mucha corrupción	.76 ^{***}
Frente a mucha delincuencia	.74 ^{***}

^{***} $p\leq,001$

Como puede observarse, los indicadores de ajuste se encuentran dentro de los parámetros adecuados y, además, las cargas factoriales de los ítems sobre la dimensión latente son altas y estadísticamente significativas. Además, se estimó la consistencia interna de esta escala con datos de la submuestra 2, la cual resultó óptima de $\alpha=.91$.

En síntesis, los resultados expuestos nos permiten concluir satisfactoriamente respecto de la confiabilidad de las mediciones utilizadas para la evaluación de las variables: Conocimiento, Interés, Eficacia y Cinismo Político, Percepción de Clima Socioemocional, Confianza Política, Confianza Social, Cohesión Social, Modelos de Rol, Tolerancia Política y Justificación de un Golpe de Estado. Además, pudimos confirmar la estructura teórica de las escalas propuesta por sus autores, apoyando la validez de estas.

CAPÍTULO 5: REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE DEMOCRACIA EN ARGENTINA

"La democracia no es únicamente un conjunto de garantías constitucionales, una libertad negativa. Es la lucha de unos sujetos, en su cultura y su libertad, contra la lógica dominadora de los sistemas"

Alain Touraine (1995:8).

Las percepciones de la ciudadanía sobre el sistema democrático no son inocentes, sino que afectan a la percepción y satisfacción con la democracia real y condicionan –al menos en parte– las decisiones y comportamientos políticos (Crow, 2010). A su vez, la democracia es conceptualmente compleja y polisémica, introduciendo la necesidad de conocer qué entienden las personas por democracia y a qué están adhiriendo cuando manifiestan apoyo a la misma. Así, creemos necesario abordar estas cuestiones antes de poder aplicar un modelo explicativo de la legitimidad política y entendemos que un estudio sobre representaciones sociales es una forma idónea para hacerlo, enriqueciendo nuestra posibilidad de interpretar los resultados de los modelos explicativos en función de características del contexto sociopolítico. En esta línea, señalábamos antes las diferencias entre las evaluaciones globales de la democracia como sistema político en abstracto, respecto de las valoraciones específicas que la ciudadanía hace sobre el sistema político real en el que se inserta, particularmente en el contexto latinoamericano donde estas últimas resultan mucho más negativas (Corporación Latinobarómetro 2013; Zovatto, 2002). Además, la evidencia empírica que presentamos comprobaba algunos conceptos que hegemonícamente describían a la democracia en contextos culturalmente diversos, pero también elementos idiosincráticos culturalmente específicos. En conjunto, esto justifica una propuesta de análisis que evalúe las RS no sobre la democracia en abstracto, sino sobre la democracia tal como existe actualmente en Argentina.

En el próximo apartado presentamos las técnicas de recolección de datos, los procedimientos específicos aplicados y la estrategia de análisis de datos. Posteriormente, exponemos los principales resultados y algunas conclusiones parciales.

Instrumentos de Recolección de Datos

Variables Sociodemográficas: se utilizó el mismo cuestionario cerrado que en los [estudios instrumentales 1](#) y [2](#) (p.198). Así, se evaluó sexo, edad, nivel educativo y nivel socioeconómico.

Representaciones Sociales sobre Democracia Argentina: la técnica utilizada para recoger las RS sobre democracia en Argentina fue la técnica de asociación de palabras. La misma consistió en brindar a la persona un estímulo –en nuestro caso: Democracia Argentina– y solicitarle que mencionara palabras o conceptos (evitando utilizar frases completas) que asociara a ese estímulo. En nuestro caso, se limitó el número de asociaciones a un máximo de 5, dado que la literatura previa que sugiere que esa es la cantidad de palabras que las personas son capaces de asociar espontáneamente (Wagner & Hayes, 2005).

Autoposicionamiento Ideológico: evaluado a través de un único ítem que pide a la persona que se posicione en un continuo que va de izquierda-derecha en función de su autopercepción ideológica. Esta escala tiene 7 posiciones posibles, desde totalmente de izquierda a totalmente de derecha, pasando por la opción centro. En este caso, la variable no fue utilizada como continua sino como una variable de clasificación, permitiéndonos segmentar tres grupos: izquierda (totalmente de izquierda, bastante de izquierda y algo de izquierda) (N=166), centro (N=134) y derecha (totalmente de derecha, bastante de derecha y algo de derecha) (N=78). Además, generamos una cuarta categoría para identificar si las personas que no adscribían a ninguna etiqueta ideológica (no podían responder o se definían como *apolíticos*) sostenían RS diferenciales sobre este objeto político (N=61). Esta variable sólo fue medida en el estudio dos, por lo que el tamaño de la muestra para estos análisis es menor.

Sofisticación Política: esta variable fue evaluada a través de las puntuaciones de conocimiento político e interés político, cuyas características y propiedades psicométricas fueron ya expuestas en el [estudio instrumental 3](#) (p.221). Dado que las puntuaciones posibles de las escalas de conocimiento e interés político son diferentes, se procedió a la estandarización de sus puntajes antes de combinarlas en un único indicador de sofisticación política, de modo que ambos constructos tengan un mismo peso en su conformación. De igual forma que en el caso del autoposicionamiento ideológico, no se utilizó la variable como un continuo, sino que se empleó para la generación de grupos. Así, fueron

denominados ciudadanos/as de “baja sofisticación política” (N=82) quienes puntuaban una desviación estándar o más por debajo de la media del grupo y, como de “alta sofisticación política” quienes puntuaban una desviación estándar o más por encima de la media muestral (N=85). Consecuentemente, cuando se consideró esta variable se excluyeron de los análisis a todas las personas con puntuaciones intermedias (N=284). Al igual que en el caso de la variable anterior, esta sólo estaba disponible para la muestra del estudio 2.

Justificación de la Democracia Argentina: se tomó la variable expuesta en el capítulo instrumental (p. 206) que medía actitudes específicas hacia el sistema político argentino como indicador de legitimidad política. Aquí también fue utilizada como variable de clasificación y no como variable continua. Siguiendo el mismo procedimiento que en el caso de la sofisticación política, se identificaron como pertenecientes al grupo de “baja legitimidad” aquellos/as participantes que obtuvieron puntuaciones una desviación estándar o más por debajo de la media (N=173); y como de alta legitimidad aquellos que puntuaron una desviación estándar o más por encima de la media (N=172). También, teniendo en cuenta que el objetivo era contrastar grupos con diferencias importantes en esta variable, se excluyeron de estos análisis aquellos/as participantes que tenían puntuaciones intermedias.

Población y Muestra

Este estudio incluye datos correspondientes a dos muestras relevados en dos momentos diferentes, manteniendo constante la técnica y en un período de 14 meses⁹. En ambos casos, la población en estudio comprendía ciudadanos/as residentes de la Ciudad de Córdoba entre 18 y 70 años.

Estudio 1: es una muestra más grande de la cual nuestra muestra 1 del [estudio instrumental 2](#) es una submuestra (p. 208). El método de muestreo fue no-probabilístico de carácter accidental. Quedó conformada por 450 ciudadanos/as, de las cuales un alto porcentaje era mujeres (74,9%). La media de edad fue de 27,5 años. Debido a su mayor

⁹ Teniendo en cuenta que las muestras tienen características sociodemográficas diferentes y consideran el posible efecto de los cambios en el contexto sociopolítico entre un relevamiento y el otro, se compararon las RS al interior de cada una de las muestras. Sin embargo, no se identificaron diferencias importantes en los elementos centrales de la RS. Por esta razón se decidió combinar ambos estudios en una presentación de resultados.

accesibilidad y disposición a la participación, el 73,1% eran estudiantes universitarios¹⁰. Además, El 10,4% tenía estudios secundarios completos o nivel educativo inferior y el 24,6% estudios terciarios o universitarios completos. Respecto del NSE, el 3,2% pertenecían a un nivel bajo inferior, el 12,7% a un nivel bajo superior, el 36,3% a un nivel medio bajo, el 30,5% a un nivel medio típico y el 17,3% restante a un NSE medio alto o alto. De este modo, se contó con una muestra joven y con un alto nivel educativo. Estas variables serán controladas en nuestros análisis.

Estudio 2: muestra de 454 ciudadanos/as de Córdoba seleccionada a través de un muestreo no probabilístico cuotificado por sexo, edad y NSE en función de los datos de la encuesta anual de hogares urbanos provista por el INDEC (Muraro, 2012). Este procedimiento, si bien no es probabilístico, nos permitió contar con una muestra con características sociodemográficas similares a la población general. En este caso, el 52,6% de las participantes fueron mujeres y la media de edad fue mayor a la muestra del estudio 1 (37,3 años). Respecto del nivel educativo, el 16% de los participantes tenía secundario incompleto o nivel educativo inferior, el 22,6% un nivel secundario completo, el 34,1% terciario o universitario incompleto y el 22,6% restante un nivel educativo superior completo. Finalmente, en relación con el NSE el 13,7% pertenecían a un nivel marginal o bajo inferior, el 31,6% a un nivel bajo superior, el 28,8% a un nivel medio-bajo, el 18,6% a un nivel medio típico y el 7,3% restante a un NSE medio alto o alto.

Procedimiento de Recolección de Datos

El procedimiento seguido es idéntico al que se explicó en ocasión de la presentación del [estudio instrumental 1](#) que implica una administración en formato papel, de modo individual y cara a cara (p.199). La muestra del estudio 1 fue relevada en los meses previos a la elección presidencial de 2015 y aquella correspondiente al estudio 2 en los meses de agosto a diciembre de 2016. De este modo, se cuenta con datos de contextos políticos marcadamente diferentes, que incluyen un cambio del signo político de gobierno a nivel nacional.

¹⁰ A pesar de que la inclusión de un alto porcentaje de estudiantes universitarios representa un sesgo, se procuró que pertenecieran a distintas unidades académicas y, además, es una variable que fue controlada en nuestros análisis.

Análisis de Datos

La estrategia de análisis de datos se diseñó a partir de una perspectiva estructural de las RS que busca conocer no sólo su contenido, sino también el peso que tienen distintos elementos de estas. El primer paso de este procedimiento consistió en volcar los datos cualitativos a una matriz de Excel en la cual se generó una columna para cada mención, manteniendo el orden de evocación que dio la persona durante la prueba. Además, se consignaron en la misma matriz las variables sociodemográficas y un código asignado a cada grupo de pertenencia en función de las variables de categorización (autoposicionamiento ideológico, sofisticación política y justificación de la democracia argentina).

A partir de esta primera matriz, se editaron las definidoras unificando singulares y plurales (ej.: derecho y derechos) y género de estas (e.g. corrupto y corrupta), así como también se corrigieron errores de ortografía y se procuró hallar un término común para aquellas palabras que representaban sinónimos (e.g. voto y sufragio), prefiriendo siempre la opción más común y que tuviera una frecuencia mayor en la muestra. En el Anexo 2. Tabla A1 se expone el detalle de las palabras reemplazadas.

Una vez realizado este procedimiento, se calculó el tamaño de la red, cantidad de definidoras diferentes, cantidad de evocaciones promedio por participante y la connotación asociada a las mismas (positiva, negativa y neutra). Para este último análisis llevamos adelante dos estrategias complementarias. Por un lado, calculamos el porcentaje total de palabras con connotaciones positivas, negativas y neutras respecto del total de menciones. Por otra parte, estimamos el *índice de polaridad* para cada persona (De Rosa, 2002) que nos permitió un análisis intra-sujeto que diera cuenta de la connotación predominante para cada una de ellas. Este índice surge de la resta del total de definidoras negativas que da una persona al total sus definiciones positivas, dividido por la cantidad total de sus evocaciones. El resultado es un coeficiente que va de -1 a 1. La literatura sugiere que los valores entre -1 y -,50 dan cuenta de representaciones negativas, entre -,40 y ,40 neutras y entre ,50 y 1 de RS positivas (De Rosa, 2002).

En un segundo momento se procedió al examen de la estructura de las RS a través de un análisis de prototipicidad utilizando el software Iramuteq. Este análisis, de tipo cuantitativo, permite estimar qué definidoras conforman el núcleo de la RS y cómo se estructuran el resto de los elementos periféricos tomando en cuenta la cantidad de

menciones y el orden de evocación de cada definidora en cada caso. Los puntos de corte para identificar los elementos del núcleo, periferia y zona de contraste en cada grupo son estimados en función de sus puntuaciones medias.

Posteriormente, teniendo en cuenta la gran heterogeneidad de definidoras asociadas a este concepto y, sin perder de vista que nuestro objetivo era fortalecer nuestra comprensión de los procesos de legitimación del sistema político, se procedió a realizar un análisis cualitativo del contenido de las RS sobre democracia argentina, a través del cual pudiésemos generar un número más acotado de categorías que operan en las definiciones de la democracia. Para realizar esta tarea no se trabajó con categorías predefinidas, sino que se siguió un procedimiento deductivo que conllevó la creación de categorías fundamentadas en los datos (Strauss, Corbin & Zimmerman, 2002). Además, para fortalecer el resultado de este proceso se contó con la revisión de dos jueces independientes. En el Anexo 2, tabla A2 se expone un detalle de las categorías donde se consignan las definidoras incluidas en cada una.

Una vez conformadas estas categorías, se procedió a repetir los análisis de prototipicidad para la muestra general, incorporando además el examen de estas RS en subgrupos segmentados según nuestras variables de interés ya descritas. Además, se controlaron las diferencias entre grupos según aspectos sociodemográficos (sexo, edad, nivel educativo y nivel socioeconómico) pero, teniendo en cuenta que no se encontraron diferencias importantes y que no conforman el objetivo central de nuestro trabajo, estos no son reportados en esta oportunidad.

En relación con lo anterior, la literatura previa señala que los cambios en el contexto político generarían diferencias en la socialización de ciudadanos/as de distintos grupos etarios, lo cual conllevaría distintas visiones del mundo político (Taguenca Belmonte & Lugo Neria, 2011). Además, dábamos cuenta de antecedentes que señalan la importancia de la educación formal en el desarrollo de actitudes democráticas (D'aviro, 2007; Ruiz & Coy, 2004; Torres Stockl & Zubieta, 2015). Sin embargo, en nuestro estudio no hemos encontrado que estas variables impactaran en la forma en que se comprende a la democracia. Es posible que esto se vincule con la familiaridad de la población con el concepto y su definición predominante en términos liberales, presentándose un RS de carácter hegemónico, donde las diferencias radicarán más en los elementos periféricos (Moscovici, 1986; citado en Perera Pérez, 2003). Así, es posible que estas variables

sociológicas sí afecten a la vinculación con el sistema político, aunque no tengan impacto sobre su forma de conceptualizarlo; aspectos que abordaremos en el próximo capítulo ([Capítulo 6: modelos explicativos de legitimidad política democrática](#)). Además, es posible que el rol de los aspectos sociodemográficos sea más evidente a nivel agregado, en muestras nacionales o en estudios comparativos entre países, donde se registren diferencias en el desarrollo económico y nivel educativo de las poblaciones en conjunto (DeLeon & Naff, 2004; Inglehart & Welzel, 2003).

De cualquier modo, la literatura sostiene que los anclajes más estables vinculados a variables sociodemográficas han ido perdiendo relevancia en la explicación de actitudes y comportamiento políticos. Por ejemplo, en un análisis de la cultura política chilena; Haye, Carvacho, González, Manzi y Segovia (2009) dan cuenta de un patrón general de actitudes políticas -como el autoritarismo, las actitudes hacia la democracia y el temor al desorden- compartido en distintos segmentos socioeconómicos. En la misma línea, una investigación en población joven colombiana encontró relaciones débiles entre estas las variables sociológicas y actitudes como la satisfacción con la democracia, la confianza en líderes y partidos políticos y la eficacia política (Ramírez, Ramírez & Flores, 2013). Así, los análisis que incluyen variables sociológicas las entienden como aspectos que no influyen directamente sobre las actitudes y comportamientos políticos, sino que lo hacen en la medida en que posibilitan o limitan determinado tipo de interacciones y experiencias. Por ejemplo, en una revisión sobre los modelos explicativos del voto, Montecinos (2007) señala la potencialidad de los enfoques de redes sociales en tanto dan cuenta de la pérdida de relevancia de los anclajes como la pertenencia de clase o el sexo frente al tipo de relaciones sociales que las personas establecen entre sí que. De este modo, se reconoce a la posición en el contexto social como aspecto condicionante, pero se hace énfasis en la naturaleza social de los individuos y su rol activo en la creación de redes sociales. Así, aún es posible que los aspectos sociodemográficos condicionen las representaciones sociales de la democracia argentina pero que lo hagan a través de otras variables de la cultura política como las que examinemos a continuación.

Resultados

Del total de participantes de nuestro estudio (N=904), sólo 23 no pudieron dar ninguna asociación a la palabra estímulo. Esto representa un 2,5% de la muestra, muy por

debajo del 25% promedio que hallaban Dalton et al. (2007). En total, se registraron 3684 evocaciones, de las cuales 794 fueron definidoras diferentes (luego de que se unificaran singulares y plurales, género y sinónimos). De estas, 429 palabras fueron mencionadas sólo una vez (54,03%) El promedio de evocaciones por participante fue de 4,07, siendo relativamente alto teniendo en cuenta que se fijó en 5 el número máximo de evocaciones posible.

En la [tabla 2.1](#) se exponen los resultados correspondientes a la connotación de las definidoras. En primera instancia se muestran los *porcentajes generales de palabras* negativas, neutras y positivas en toda la muestra y, en la segunda columna, el índice de polaridad intra-sujetos que muestra el *porcentaje de personas* que dieron definiciones negativas, neutras y positivas de la democracia argentina.

Tabla 2.1

Connotación de las definidoras e índice de polaridad intra-sujetos para la muestra global. Frecuencias (F) y Porcentajes (%).

	Connotación de las Definidoras en la Muestra		Índice de Polaridad Intra- sujetos	
	F	%	F	%
Negativa	1349	36,62	236	26,8
Neutra	699	18,97	347	39,4
Positiva	1636	44,41	298	33,8
Total	3684	100	881	100,0

Como puede observarse, tanto en términos generales como en los análisis intra-sujetos, un porcentaje no menor de la muestra generó asociaciones negativas a este estímulo y, otro grupo también importante generó asociaciones tanto positivas como negativas, expresadas en el incremento de la proporción de neutralidad cuando el análisis se realiza desde la perspectiva de cada sujeto. Aun así, y a pesar de la estudiada crisis de representación, las definidoras positivas siguen siendo mayoritarias, principalmente cuando se las trata en términos absolutos. De todas maneras, estos resultados son consistentes con la literatura previa, señalando la convivencia de elementos positivos y negativos (Cárdenas, Parra, Picón & Rojas, 2007; Echebarría & Álvarez, 1996; González Aguilar, 2016; Lozada, 1997; Rodríguez Cerda et al., 2016; Torres Stockl & Zubieta, 2015; Yépez Hernández, 2002). Veremos en nuestros análisis del contenido de la RS si estos se corresponden con el diferencial: *deber ser-ser real*.

A continuación, se procedió al análisis de prototipicidad según la metodología ya indicada. Los resultados se exponen en la [Tabla 2.2](#). Teniendo en cuenta el gran tamaño de la muestra y la gran dispersión de definidoras, sólo se trabajó con aquellas que tuviesen 6 menciones o más, lo que implicó analizar el 68,8% del corpus total. Para la correcta lectura de los datos señalamos que cada palabra se presenta junto con su frecuencia (F) y el orden de evocación promedio (rango), siendo distribuidas en cuadrantes según estos valores. En este caso, el núcleo de la RS quedó conformado por aquellas categorías que recogían más de 19 menciones (frecuencia media) y tenían, en promedio, un orden de evocación menor a 2,61 (sobre un total de 5 posiciones). Por su parte, la primera periferia -que refiere a aquellos elementos con un consenso alto, pero menos prioritarios según el orden en que se mencionan- quedó conformada por categorías con más de 19 menciones con un orden de evocación promedio mayor a 2,61. En el cuadrante inferior izquierdo se consignan los elementos contrastantes, que son aquellos muy relevantes para un número pequeño de participantes. En este caso, recoge las definidoras que tienen menos de 19 menciones, pero con un orden de evocación promedio de 2,61 o menos. Finalmente, en la segunda periferia se ubicaron las definidoras con menos de 19 menciones y un promedio alto de orden de evocación (mayor a 2,61). Estos últimos representan elementos más idiosincráticos y poco compartidos entre los participantes de la muestra y, en general, no son objeto de análisis.

El núcleo de la RS sobre democracia argentina es similar a lo esperado en función de los antecedentes (Bruno & Barreiro, 2015; Dalton et al., 2007; Moodie et al., 1995; Staerklé, et al., 2015). Así, se evidencia un contenido principalmente vinculado a una visión liberal de la democracia (Libertad, Libertad de Expresión, Expresión, Igualdad), incluyendo también algunos elementos de una visión restrictiva electoralista de la misma (Voto, Gobierno, Alfonsín). El caso de la figura de Alfonsín es interesante, en tanto remite directamente al carácter representativo -y presidencialista- de la democracia en Argentina. Esta figura estaba presente también en el estudio de Bruno y Barreiro (2015) con estudiantes de Buenos Aires, pero como un elemento contrastante (muy relevante para un grupo menor de personas). Asimismo, a estos elementos vinculados a tipos ideales de democracia, se oponen otros asociados al *ser real* como son la corrupción, la mentira y la idea de inexistencia de la democracia, también presente en antecedentes (Bruno & Barreiro, 2015; Cárdenas et al., 2007).

Tabla 2.2.
Frecuencia Intermedia y Rango Promedio de las Asociaciones de los/as participantes (N=904).

		Rango Medio $\leq 2,61$		Rango Medio $> 2,61$		
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA		
		F	Rango	F	Rango	
Frecuencia $> 19,2$	Libertad	237	1,9	Elecciones	119 2,7	
	Corrupción	136	2,2	Derechos	72 2,8	
	Igualdad	101	2,5	Pueblo	66 2,8	
	Voto	96	2,3	Justicia	57 3,2	
	Libertad de Expresión	81	2,2	Respeto	32 2,2	
	Alfonsín	60	2,1	Injusticia	31 2,7	
	Participación	59	2,4	Pobreza	30 3,5	
	Mentira	55	2,4	Política	30 2,7	
	Gobierno	43	2,2	Dictadura	29 2,9	
	Expresión	32	2,6	Fraude	27 2,7	
	Inexistente	24	2,2	Presidente/a	24 2,9	
					Cristina	20 2,8
			ELEMENTOS CONTRASTANTES		SEGUNDA PERIFERIA¹¹	
		F	Rango	F	Rango	
Frecuencia $\leq 19,2$	Historia	19	2,1	Poder	19 2,8	
	Soberanía	18	2,3	Estado	18 3,2	
	Poder del Pueblo	18	2,6	Equidad	18 3,1	
	Lucha	17	2,4	Opinión	17 2,9	
	Falsa	16	2,3	Nación	17 3	
	Esperanza	16	2,6	Responsabilidad	17 3,8	
	Decisión	15	2,6	Unión	16 3	
	Robo	12	2	Partidos Políticos	16 3,6	
	Farsa	12	1,6	Educación	15 3,9	
	Desigualdad	12	2,4	Representación	15 2,9	
	Elección del Pueblo	12	2,2	Trabajo	15 3,2	
	República	11	2,4	País	15 2,7	
	Joven	10	1,3	División de Poderes	15 3,3	
	Libertad de Elección	10	1,9	Utopía	14 2,7	
	Voto Popular	10	2,2	Patria	13 2,9	
	Perón	10	2,2	Paz	13 2,7	
	Peronismo	10	2,4	Sociedad	13 3,2	
	Débil	9	2	Políticos	13 3,5	
	Manifestaciones	9	2,2	Elegir	12 3	
	Gobierno del Pueblo	9	2,2	Compromiso	12 3,2	
	Demagogia	9	2,3	Inclusión	12 3,6	
	Inestable	8	1,9	Oportunidad	12 4,3	
	Néstor Kirchner	8	2,4	Derechos Humanos	11 2,7	
	Inmadura	8	2,4	Constitución Nacional	11 2,8	
	Votar	7	1,7	Bandera	10 3	
	Buena	7	1,7	Impunidad	10 3	
	Orden	7	2,3	Oligarquía	10 2,7	
Difícil	7	2,4	Solidaridad	10 3,5		
Militares	7	2,4	Ignorancia	9 3,6		

¹¹ Por cuestiones de legibilidad de la tabla no se consignan los elementos de menor frecuencia en este cuadrante dado que no representan un objeto de análisis en la descripción de las representaciones sociales.

Incompleta	6	1,8	Necesaria	9	3,6
			Fin de la Dictadura	9	3,1
			Diálogo	9	3,2
			Personas	9	3,4
			Seguridad	9	3,6

Por su parte, los elementos de la primera periferia de la RS ofrecen un panorama similar, recuperando nociones cercanas a las mencionadas, con mayores elementos de una democracia restrictiva electoral y referencias directas al presidencialismo (presidente/a y Cristina). Se destaca aquí una presencia mayor de definidoras con connotaciones negativas y cercanas al *ser real*: injusticia, pobreza, dictadura, fraude. Si bien surge asociada a las falencias, la mención a la pobreza conlleva un reconocimiento del rol de la democracia en relación con la justicia social, acercándose a una visión sustantiva de la misma.

Es particularmente interesante el contenido de la zona de contraste donde, recordemos, se consignan elementos que resultan muy importantes, pero para un número pequeño de personas. Nos resulta importante destacar sus características en tanto, al tratarse de una muestra grande y heterogénea, es posible que existan subgrupos con características particulares. En este cuadrante identificamos muchos elementos de aquello que los autores mencionaban como la transición entre el *deber ser* y el *ser real* de la democracia, la zona de posibilidad de transformación política (González Aguilar, 2016; Lozada, 1997; Rodríguez Cerda et al., 2016; Yépez Hernández, 2002). Entendemos a esta categoría tal como lo hace Lozada (1997) como dimensión *prospectiva-ideal*, incluyendo en ella definidoras como soberanía, lucha, poder del pueblo, esperanza, manifestaciones. Así, damos cuenta -al igual que lo hacía Yépez Hernández (2002)- de que la posibilidad de cambio no parece asentarse en mecanismos formales de la democracia y en sus actores tradicionales -como los partidos políticos- sino en el potencial de la sociedad civil organizada. Finalmente, señalamos que, junto con esta visión relativamente optimista del cambio, conviven en este cuadrante gran cantidad de definidoras de connotación negativa que señalan tanto las limitaciones del sistema político actual (débil, inmadura, inestable, incompleta, desigualdad), como sus mecanismos corruptos (falsa, farsa, robo, demagogia). Además, siguen encontrándose múltiples referencias a la democracia electoral y a figuras del ejecutivo (Kirchner, Perón).

En términos generales, y a modo de síntesis, encontramos una representación social que replica esta estructuración en torno al eje: *deber ser- ser real*. Además, el primero de

ellos remite casi exclusivamente a un ideal de democracia definido en términos liberales que, si bien resulta más amplio que concepciones puramente electoralistas, sigue siendo restrictivo y asentado principalmente en valores de carácter individualista. Esto da cuenta de una visión *globalizada/hegemónica* de la democracia y que no remite particularmente a la experiencia con el sistema político argentino. Sin embargo, los elementos en torno al polo *ser real* sí recogen visiones específicas vinculadas al contexto que, además, son mayormente negativas. Finalmente, nos resulta relevante destacar la existencia de un contenido representacional de menor frecuencia, pero relevante, que ubica a la participación ciudadana en un lugar de protagonismo, configurando lo que hemos entendido como una dimensión *prospectivo-ideal* de la democracia. Así, la sociedad civil sería portadora del cambio político. Complementariamente, se destaca la ausencia de actores tradicionales de la democracia como los partidos políticos, dirigentes y funcionarios políticos, legisladores, etc. Estas referencias sólo se dan en un porcentaje muy menor de la muestra y aparecen tardíamente en las asociaciones. También lo hacen las referencias a las nociones sustantivas de la democracia, como por ejemplo la salud, la educación, la inclusión y la igualdad social.

Como pudo observarse en este primer análisis, existe una gran heterogeneidad y dispersión de significados: en una muestra de 904 participantes, más del 35% de las palabras fueron mencionadas 5 veces o menos (por menos del 0,5% de los participantes). Asimismo, cuando realizamos una aproximación cualitativa a nuestros datos identificamos una gran presencia de elementos que remiten a adjetivos calificativos (buena, mala, difícil, incompleta) y también a estados emocionales (alegría, tristeza). Estas definidoras suelen generar múltiples expresiones pero que, sin embargo, remiten a elementos cercanos. En este sentido, al tener formas expresivas idiosincráticas, resultan subrepresentadas en los análisis basados en frecuencias. Sin embargo, entendemos que no sólo dan cuenta de una definición relativamente menos sofisticada del objeto de la RS, sino también de un tipo particular de vinculación con el mismo que -desde la perspectiva de la legitimidad política- consideramos relevante reconocer.

Consecuentemente, tanto la gran heterogeneidad y dispersión de significados como la subrepresentación de elementos cualitativamente relevantes fueron los principales determinantes de la decisión de realizar una categorización de las definidoras y una nueva

estimación de resultados¹². A partir de este proceso se obtuvieron un total de 69 categorías de palabras, restando 178 definidoras que no pudieron ser clasificadas, de las cuales 154 tenían sólo una mención, 13 dos menciones y las restantes menos de 5. Además, muchas de estas palabras representaban definidoras no pertinentes al objeto (por ejemplo: piso, telón, mesa).

Tomando este conjunto de categorías e incluyendo las definidoras no clasificadas, se estimó un nuevo análisis de prototipicidad sobre la muestra global. En este caso, la frecuencia mínima fue de 10 menciones, lo que implicó trabajar con un 92,83% del corpus de palabras. En este análisis, el punto de corte en función del orden de evocación promedio fue de 2,71 y la frecuencia media de 55,16. Sus resultados se exponen en la [tabla 2.3](#)

Las estimaciones de la estructura de la RS luego del proceso de categorización nos permiten aportar evidencia adicional en el mismo sentido del análisis anterior; pero dando cuenta, además, de la magnitud del aporte de definidoras negativas de carácter inespecífico y poco sofisticado en términos políticos, que se ven recogidas en las dimensiones de *adjetivos negativos hacia el sistema, mentira y engaño y democracia imperfecta*. La primera de estas dimensiones contiene más de 50 expresiones diferentes con una fuerte carga negativa como inútil, contradictoria, mediocre, absurda, perversa. La dimensión *mentira y engaño* apenas 10 definidoras que representan formas diferentes de referirse a los mismos términos; lo cual hace particularmente llamativo que entre al núcleo representacional. Finalmente, la dimensión de *democracia imperfecta* contiene 31 expresiones que remiten a las falencias del sistema político democrático en tanto es entendido como un sistema potencialmente valioso pero que no ha alcanzado el desarrollo que debiera (el contenido de cada dimensión puede consultarse en el anexo 2). Como puede observarse, todas estas referencias negativas recuperan aspectos concretos del *ser real* y no atacan la noción teórica/ideal de la democracia, sino su aplicación en el contexto actual. Adicionalmente, del lado del *deber ser*, los elementos de la democracia electoral y la democracia liberal siguen siendo centrales, mientras que referencias a la democracia sustantiva se encuentran directamente ausentes.

¹² Este proceso de categorización fue descripto más arriba (p.237)

Tabla 2.3

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los participantes (N=904).

		Rango Medio $\leq 2,71$		Rango Medio $> 2,71$	
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA	
		F	Rango	F	Rango
Frecuencia $> 55,16$	Voto y Elecciones	278	2,5	Gobierno y Sistema Político	126. 2,8
	Libertad	250	1,9	Sociedad, Comunidad y Ciudadanos	113 3
	Corrupción	222	2,5	Derechos	97 2,8
	Participación	119	2,6	Avance y Desarrollo	89 3,3
	Libertad de Información y Expresión	115	2,3	Valores	73 3,1
	Igualdad	110	2,5	Respeto, Tolerancia y Convivencia	67 3,3
	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	90	2,7	Justicia	64 2,9
	Mentira y Engaño	70	2,5	Desigualdad y Desigualdad Social	63 3,2
	Referencias al Radicalismo	60	2,3	Opiniones y Debate	61 3
	Democracia Imperfecta	58	2,2	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	59 2,9
				Patria, País y Nación	56 3
				Definidoras Negativas Inespecíficas	56 2,9
			ELEMENTOS CONTRASTANTES		SEGUNDA PERIFERIA
		F	Rango	F	Rango
Frecuencia $\leq 55,16$	Falsedad	46	2,3	Referencias a Dictaduras	55 3
	Emociones Positivas	42	2,7	Democracia Delegativa	48 2,8
	Inexistencia de la Democracia	37	2,3	Injusticia	44 2,8
	Debilidad e Inestabilidad	32	2,1	Referencias al Sistema Económico	40 3,1
	Poder del Pueblo	31	2,5	Símbolos Patrios y de la Democracia	36 2,9
	Inmadurez del Sistema Político	30	2,3	Referencias al Kirchnerismo	35 2,9
	Soberanía	30	2,7	Recuperación de la Democracia	35 3,3
	Inseguridad y Delincuencia	29	2,3	Decisión sin referencia electoral	34 2,9
	Referencias al Peronismo	29	2,7	Importancia de la Democracia	29 3,6
	Emociones Negativas	26	2,4	Violencia y Conflicto	28 3,1
	Adjetivos Positivos	25	2,5	Otras referencias a políticos	28 3,4
	Historia y Referentes de la Historia	23	2,7	Unión	26 3
	Libertad de Elección	22	2,2	Abuso de Poder	26 3,1
		10	1,9	Obligaciones	26 3,8
				Poder	25 3
				Poder Ejecutivo Nacional	24 2,9
				Bienestar Social y Económico	24 3,5
				Equidad	21 3,1
				Utopía	19 2,8
			Partidos Políticos	19 3,5	
			Ideología	18 2,9	
			Inclusión	17 3,6	
			Apatía y Desinterés	14 3,3	
			Medios de Comunicación	14 3,6	

Desconocimiento	11	3,3
Seguridad	10	3,6

Un párrafo particular amerita la inclusión de la noción de participación que, tal como fue definida por nosotros en el proceso de categorización, recupera elementos diferentes de la participación electoral como la idea de lucha, militancia y resistencia, cercanos a los elementos del *camino hacia* el cambio político con protagonismo ciudadano y de vehículo entre el ámbito simbólico/ideal y su aplicación (Rodríguez Cerda et al., 2016). Sin embargo, la mayor proporción del peso de esta categoría está dada por las definidoras *participación* y *participar* que, en este marco, resultan ambiguas respecto de qué entienden que es participación quiénes las mencionan. Así, estas referencias pueden corresponderse con una visión de la participación de carácter convencional, dentro de los canales institucionales de la democracia o, alternativamente, a formas menos convencionales y más cercanas a la idea de cambio político. La información disponible no nos permite concluir al respecto.

Por su parte, los elementos periféricos sí nos permiten identificar ideas políticamente más sofisticadas y amplias de la democracia, donde se refiere no sólo a la democracia como forma de organización social (*gobierno y sistema político*) y a los valores que subyacen a ella (*valores, justicia, respeto, derechos, tolerancia y convivencia*), sino también a definiciones sustantivas (*Avance y Desarrollo, Desigualdad y Desigualdad Social*). En este último caso, la categoría *Avance y Desarrollo* recoge elementos relativos al progreso (como posibilidad), la salud, la educación, la ciencia y la cultura. Como contracara, las nociones vinculadas a la desigualdad recuperan elementos relativos a la pobreza, el desempleo, la inequidad y la exclusión. Así, la primera de ellas representa un horizonte de posibilidades que permite la democracia, mientras que la segunda da cuenta de las dificultades en su implementación. También en este cuadrante se recogen definidoras menos sofisticadas, inespecíficas y de valencia negativa (*Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema y Definidoras Negativas Inespecíficas*) que remiten a lo que se percibe como el *ser real* de la democracia argentina.

Finalmente, la zona de contraste es la que muestra mayores cambios a partir del proceso de categorización, posiblemente como consecuencia de que muchos elementos de baja frecuencia, pero relevantes, quedaron incluidos en categorías más mencionadas. Aparecen aquí por primera vez los *adjetivos positivos* que también remiten al *ser real* democrático, pero esta vez desde una perspectiva favorable. Se incluyen en esta categoría

nociones como buena, hermosa, saludable y consolidada. Sin embargo, conviven con nociones también concretas pero negativas (*inseguridad y delincuencia, falsedad, inexistencia de la democracia, debilidad e inestabilidad, inmadurez del sistema, inseguridad y delincuencia, emociones negativas*) que resultan predominantes.

En los próximos apartados reportamos los resultados de las RS sobre democracia argentina hacia el interior de distintos subgrupos; así, es posible que podamos identificar qué grupos sostienen algunos de estos elementos contrastantes.

[Representaciones Sociales sobre Democracia Argentina según Autoposicionamiento Ideológico](#)

Como mencionábamos antes, la TRS nos permite comprender el carácter social de la construcción de los conocimientos de sentido común que funcionan como ordenadores de la complejidad social. Es en este sentido que nos interesa identificar si las personas que comparten determinadas características relevantes en nuestro campo de estudio sostienen visiones similares entre sí -y diferentes a otros subgrupos- respecto del objeto de la RS que estamos evaluando.

La primera de estas variables es el auto-posicionamiento ideológico. En [la tabla 2.4](#) se exponen los datos descriptivos de las definidoras dadas por cada grupo. Recordamos que esta aproximación inicial se realiza sobre el total de definidoras sin categorizar. Como puede verse, los grupos tienen un tamaño desigual por lo que no pueden compararse la cantidad total de evocaciones. Sin embargo, si analizamos el promedio de definidoras por participante, el grupo de personas que se identifican con la izquierda tiene una frecuencia promedio mayor (4,28) y distante del resto de los grupos, quienes se ubican por debajo del promedio de la muestra general que era de 4,07.

Respecto de la connotación de las definidoras, el grupo de quienes “no tienen ideología” es el que brinda un mayor porcentaje de definidoras negativas y un menor porcentaje de positivas. Este dato es relevante en tanto es posible que este grupo que no se identifica ideológicamente puede tener una vinculación también menor o más negativa con el sistema político, aspecto que será examinado tanto en el análisis del contenido de la RS como en nuestro estudio poblacional ([Capítulo 6](#)). Adicionalmente, a medida que nos desplazamos de izquierda a derecha, van disminuyendo la cantidad de definidoras negativas y aumentando las positivas. Los grupos de centro e izquierda son similares en

términos de las valencias de las definidoras, aunque estos últimos tienden a tener un porcentaje relativamente menor de definidoras positivas. Es en la submuestra de personas de derecha donde se registran mayores porcentajes de definidoras positivas y menos negativas, aunque -aún en este caso- representan un 36% del total. De cualquier modo, este dato nos resulta llamativo dado que la democracia tradicionalmente ha sido un objeto más vinculado y valorado desde las posiciones de centroizquierda / izquierda. Veremos en términos de contenido cuáles son los aspectos positivos que destaca cada uno de los grupos teniendo en mente el diferencial *deber ser/ser real*.

Tabla 2.4

Análisis descriptivos cuantitativos de RS sobre democracia según autoposicionamiento ideológico.

	Izquierda	Centro	Derecha	Ninguna
N	166	134	78	61
Cantidad de Evocaciones (F)	710	502	300	243
Evocaciones Promedio por Participante	4,28	3,75	3,85	3,98
Definidoras Diferentes (F)	327	241	161	156
Definidoras con una Mención (F)	219	160	113	122
Connotación (% sobre el total)				
Negativa	41,13 %	41,43%	36%	51,44 %
Neutra	20,28 %	14,94%	17,66%	13,99 %
Positiva	38,59 %	43,63%	46,33%	34,57 %
Índice de Polaridad Intra-sujetos (%)				
Negativa	27,7 %	35,8 %	29,8%	44,3 %
Neutra	45,2 %	33,6 %	31,2%	34,4 %
Positiva	27,1 %	30,6 %	39%	21,3 %

Por su parte, cuando analizamos el índice de polaridad intra-sujetos encontramos que, si bien las personas de izquierda están entre los grupos con menor porcentaje de personas que realizan valoraciones positivas, también es el que tiene un menor porcentaje de definiciones negativas, lo cual se ve explicado por la importancia que tiene la categoría neutra en este grupo. Es preciso destacar que esto no implica necesariamente que estas personas utilicen más expresiones neutras (de hecho, lo hacen en una proporción apenas mayor que las personas de derecha), sino que es posible que, para cada sujeto, convivan tanto elementos positivos como negativos generando que se *anulen* cuantitativamente entre sí al calcular el indicador. Esta ambivalencia es consistente con la identificada en estudios antecedentes (Cárdenas et al., 2007; Echebarría & Álvarez, 1996; González Aguilar, 2016). Adicionalmente, el grupo de participantes "sin ideología" contiene a un 44,3% de personas que dan definiciones principalmente negativas. Como mencionábamos, esto

puede estar dando cuenta de su distanciamiento de lo político expresado en la negativa a utilizar las etiquetas ideológicas. Nuevamente, es el grupo de ciudadanos/as de derecha quién tiene visiones más positivas.

A continuación, reportamos los resultados de los análisis de estructura de la RS sobre democracia argentina para cada grupo en función de las palabras agrupadas en las categorías propuestas. Recordamos que, en todos los casos, los análisis de RS para cada subgrupo se realizan sobre la base del corpus categorizado y no sobre las definidoras brutas.

En primera instancia, exponemos los resultados correspondientes a personas que se identifican con la izquierda (tabla 2.5). En este caso, se incluyeron elementos con frecuencia mínima de 3, lo cual nos permitió trabajar sobre el 86,93% del corpus (incluidas palabras que no pertenecían a ninguna categoría). El punto de corte según orden de evocación promedio (rango) quedó establecido en 2,67 y la frecuencia media en 11,33.

Tal como destacábamos, los elementos negativos tienen una prevalencia menor en este grupo, comparados a los resultados de la muestra general. Así, sólo se incluyen en el núcleo representacional aquellos asociados a la *corrupción* y a la *democracia imperfecta* (que contiene elementos como relativa, mejorable, limitada, etc.). Sin embargo, las definiciones centrales en este grupo también remiten a una noción liberal de democracia (*Libertad, Igualdad*) y, fundamentalmente, a una concepción electoralista restringida (*Voto y Elecciones, Democracia Delegativa*). De cualquier modo, no forman parte del núcleo representacional elementos inespecíficos y poco sofisticados vinculados a adjetivos calificativos y emociones; aspectos que en la muestra general resultaban centrales.

Sin embargo, estos últimos sí tienen un peso importante entre las categorías periféricas que recogen adjetivos calificativos negativos tanto hacia el sistema en general como hacia sus actores en particular. También se da cuenta aquí de *referencias al sistema económico* (con connotación negativa; por ejemplo: neoliberalismo, oligarquía, corralito) y a la *desigualdad*. Así, en este cuadrante predominan elementos del *ser real* de la democracia argentina, los cuales son evaluados negativamente también por este grupo.

Tabla 2.5

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes de izquierda (N=166).

	Rango Medio $\leq 2,67$			Rango Medio $> 2,67$		
	NÚCLEO			PRIMERA PERIFERIA		
	F	Rango		F	Rango	
Frecuencia $> 11,33$	Voto y Elecciones	61	2,3	Derechos	22	3
	Corrupción	41	2,5	Desigualdad y Desigualdad Social	21	3,2
	Participación	29	2,5	Gobierno y Sistema Político	21	2,7
	Libertad	26	2,1	Sociedad, Comunidad, Ciudadanos	20	3,1
	Igualdad	24	1,8	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	19	3,1
	Democracia Imperfecta	18	2,3	Referencias al Sistema Económico	14	3,4
	Libertad de Información y Expresión	16	2,1	Avance y Desarrollo	14	3,2
	Democracia Delegativa	14	2,6	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	13	3
	ELEMENTOS CONTRASTANTES			SEGUNDA PERIFERIA		
	F	Rango		F	Rango	
Frecuencia $\leq 11,33$	Debilidad e Inestabilidad	11	2	Definidoras Negativas Inespecíficas	11	2,8
	Referencias al Radicalismo	11	2,2	Justicia	11	3,5
	Poder del Pueblo	8	2,1	Símbolos Patrios y de la Democracia	10	2,9
	Referencias a Dictaduras	8	2,3	Falsedad	10	2,7
	Ideología	7	2,3	Respeto, Tolerancia y Convivencia	10	3,6
	Opiniones y Debate	7	2,6	Referencias al Kirchnerismo	8	2,9
	Inmadurez del Sistema	6	1,3	Patria, País y Nación	7	2,7
	Historia y Referentes de la Historia	5	1,6	Injusticia	7	2,7
	Medios de Comunicación	5	2,6	Mentira y Engaño	7	2,8
	Referencias al Peronismo	4	1,8	Partidos Políticos	7	3
				Valores	7	3,4
				Inexistencia de la Democracia	6	2,7
				Poder	6	2,8
				Política	6	2,8
				Violencia y Conflicto	6	3,3
				Otras Referencias a Políticos	6	3,7
				Adjetivos Positivos	5	3,2
				Recuperación de la Democracia	4	3,2
				Equidad	4	3
				Inclusión	4	3,5
				Abuso de Poder	4	4
				Soberanía	3	2,7
				Emociones Positivas	3	3
				Poder Ejecutivo Nacional	3	3,3
				Emociones Negativas	3	3,3
				Poder Legislativo	3	3,7
				Promesas	3	3,7
			Bienestar Social y Económico	3	4	

Así, los elementos del núcleo de la RS recogen elementos abstractos del *deber ser*, representando una visión más teórica de la democracia que, además, responde al modelo liberal representativo; mientras que la periferia se estructura en torno a cómo se ven plasmados -o no- estos principios en la democracia real. Finalmente, en los elementos contrastantes surgen menciones a los dos partidos tradicionales (*peronismo y radicalismo*) y también referencias directas e indirectas a la información (*medios de comunicación, opiniones y debates*), tema que ha permanecido en agenda en el tiempo en que desarrolló este estudio. Por su parte, la noción de *poder del pueblo* es particularmente interesante en tanto remite a una visión ideológica compatible con las posiciones de izquierda al incluir nociones como *poder popular, construcción ciudadana y soberanía popular*. Además, la noción misma de *ideología* resultó relevante para algunos miembros de este subgrupo.

A continuación, se presentan los resultados correspondientes al grupo de personas de centro (tabla 2.6). Se incluyen aquí categorías con una frecuencia mínima de 2, permitiéndonos incluir un porcentaje de definidoras similar al del grupo anterior (90,24% del corpus). El orden de evocación promedio (rango) fue fijado en 2,49 y la frecuencia media en 7,95. Recordamos que estos puntos de corte ordenan la distribución de las categorías en los cuadrantes. En este caso, opuesto a lo que sucedía con el grupo de izquierda, podemos identificar un núcleo representacional donde priman los elementos del *ser real* democrático por sobre los aspectos ideales. Además, este *ser real* es evaluado casi exclusivamente en términos negativos. Así, la categoría más frecuente es *corrupción* (que incluye también términos asociados como fraude, falta de transparencia, soborno, coima, etc.) que fue mencionada por más del 35% de este grupo y, además, en un orden de prioridad alto. También se recogen las categorías *mentira y engaño, adjetivos negativos hacia el sistema y otras definidoras negativas inespecíficas*. Esta última categoría incluye expresiones particulares como circo, problemas, atraso y abismo. Entendemos que esta prevalencia no sólo da cuenta de una visión negativa-pesimista de la situación de la democracia, sino también poco sofisticada. De cualquier modo, también están los elementos centrales que, como veremos, son compartidos -en mayor o menor medida- por casi todos los grupos, en torno a la concepción liberal de democracia: Libertad e Igualdad. También en esta línea, resultan nucleares las ideas de Justicia, Derechos y Soberanía que no lo serán en todos los

grupos. Esta última, remite a la independencia y autodeterminación del país en relación con un *exogrupo*.

Tabla 2.6

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes de centro (N=134).

		Rango Medio $\leq 2,49$		Rango Medio $> 2,49$		
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA		
		F	Rango	F	Rango	
Frecuencia $> 7,95$	Corrupción	48	2,4	Voto y Elecciones	29	2,6
	Libertad	41	2	Gobierno y Sistema Político	21	2,5
	Mentira y Engaño	16	2,3	Participación	16	2,8
	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	15	2,4	Avance y Desarrollo	14	3,2
	Libertad de Información y Expresión	14	2,2	Valores	13	2,9
	Derechos	14	2,3	Sociedad, Comunidad y Ciudadanos	11	2,5
	Igualdad	13	2,2	Poder del Pueblo	8	2,5
	Justicia	12	2,4	Respeto, Tolerancia y Convivencia	8	2,9
	Definidoras Negativas Inespecíficas	8	1,7	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	8	2,5
	Soberanía	8	1,9			
			ELEMENTOS CONTRASTANTES		SEGUNDA PERIFERIA	
			F	Rango	F	Rango
	Frecuencia $\leq 7,95$	Democracia Imperfecta	7	1,9	Injusticia	7
Inseguridad y Delincuencia		7	2	Emociones Positivas	6	2,8
Desigualdad y Desigualdad Social		7	2,3	Unión	6	3,2
Referencias al Radicalismo		6	1,5	Democracia Delegativa	6	3,3
Emociones Negativas		5	2,4	Patria, País y Nación	5	2,8
Inexistencia de la Democracia		4	2	Obligaciones	5	4
Apatía y Desinterés Política		4	2	Símbolos Patrios y de la Democracia	4	2,5
Política		3	1,3	Recuperación de la Democracia	4	3,8
Poder		3	1,5	Equidad	3	2,5
Otras Referencias a Políticos		3	2,3	Referencias a Dictaduras	3	4,3
Falsedad		3	2,3	Opiniones y Debate	3	4,3
Adjetivos Positivos		2	1	Partidos Políticos	3	4
Referencias al Sistema Económico		2	1,5	Decisión sin Referencia Electoral	2	2,5
Referencias al Peronismo		2	1,5	Inmadurez del Sistema	2	2,5
Poder Ejecutivo Nacional		2	2	Desaprovechada	2	3
				Seguridad	2	3
				Referencias al Kirchnerismo	2	3
				Debilidad e Inestabilidad	2	3
				Violencia y Conflicto	2	3
			Abuso de Poder	2	3	
			Bienestar Social y Económico	2	3,5	
			Desconocimiento	2	3,5	
			Importancia de la Democracia	2	4	

Por otra parte, las nociones vinculadas a la democracia electoral forman parte de los elementos periféricos; donde también se recuperan menciones relativas al *gobierno* y

sistema político y la *participación* en términos amplios. Además, la periferia da cuenta de elementos que componen el *deber ser* desde una perspectiva más sustancial de la democracia. Se recogen referencias al *avance y desarrollo, valores, al respeto, tolerancia y convivencia* y a la idea de *comunidad y ciudadanía*. Varios de estos elementos posicionan a la ciudadanía en un lugar de protagonismo, complementario a la categoría *poder del pueblo* que también participa de esta estructura representacional. Así, tenemos un núcleo representacional poco sofisticado, principalmente negativo y que define lo que se percibe como el *ser real* de la democracia argentina y un conjunto de elementos periféricos que dan cuenta de visiones más amplias del *deber ser* democrático; señalando una ambivalencia y una brecha importante entre ambos aspectos. Además, como mencionábamos, es interesante esta visión de “espejo” en relación con el grupo de izquierda donde el núcleo era un ideal democrático (aunque de corte más restringido) y la periferia remitía a su aplicación, valorada de modo parcialmente negativo.

Finalmente, en la zona de contraste, predominan nuevamente elementos negativos y concretos, muchos de ellos de baja elaboración (*democracia imperfecta, emociones negativas, inexistencia de la democracia, falsedad*). Sin embargo, identificamos un predominio de definidoras “políticas”, tanto por referencias directas a ella (*poder, política*) como a través de sus actores centrales: *políticos* en general, partidos políticos tradicionales (*peronismo y radicalismo*) y *poder ejecutivo nacional*.

Por su parte, para el subgrupo de ciudadanos/as de derecha, se analizaron las RS sobre democracia argentina a partir de las categorías con una frecuencia mínima de 3, representando al 87,54% del corpus total. En este caso, el orden de evocación promedio fue de 2,65 y la frecuencia media de 6,85. Los resultados se exponen en la [tabla 2.7](#).

En este caso, el núcleo de la RS también recoge una noción liberal de la democracia, que resulta definida en términos abstractos a través de sus “valores” (*libertad, libertad de información y expresión, igualdad*) y procedimientos (*Voto y Elecciones*). Vinculadas a esto último, se dan referencias a uno de los dos partidos más tradicionales del sistema político argentino (*radicalismo*). Además, como en casi todos los grupos, la asociación *democracia argentina-corrupción* es también central. Por su parte, la idea de *ciudadanía/comunidad* ingresa por primera vez al núcleo representacional. Recordemos que este grupo se encontraba entre los que recogían visiones más positivas de la democracia, lo cual se ve

reflejado en el contenido del núcleo donde sólo uno de sus elementos puede entenderse de modo negativo.

Tabla 2.7

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes de derecha (N=78)

		Rango Medio $\leq 2,49$		Rango Medio $> 2,49$		
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA		
		F	Rango	F	Rango	
Frecuencia $> 6,85$	Libertad	22	1,9	Gobierno y Sistema Político	12 2,8	
	Corrupción	22	2,2	Respeto, Tolerancia y Convivencia	10 3,2	
	Voto y Elecciones	18	2,6	Avance y Desarrollo	9 3,2	
	Libertad de Información y Expresión	13	2,6	Participación	8 2,8	
	Sociedad, Comunidad y Ciudadanos	8	2,2	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	8 4,1	
	Igualdad	8	2,6	Definidoras Negativas Inespecíficas	7 3,3	
	Referencias al Radicalismo	7	2,3			
	ELEMENTOS CONTRASTANTES				SEGUNDA PERIFERIA	
			F	Rango	F	Rango
Frecuencia $\leq 6,85$	Referencias al Sistema Económico	6	2,3	Valores	6 2,7	
	Injusticia	6	2,5	Democracia Delegativa	6 3,3	
	Emociones Positivas	6	2,2	Bienestar Social y Económico	6 3,3	
	Soberanía	6	1,8	Otras Referencias a Políticos	5 3,2	
	Derechos	6	2,3	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	5 3,2	
	Debilidad e Inestabilidad	5	2,4	Referencias a Dictaduras	4 3	
	Inexistencia de la Democracia	4	1,7	Mentira y Engaño	4 3	
	Crisis	4	2,5	Desigualdad y Desigualdad Social	4 3,2	
	Justicia	3	1,7	Patria, País y Nación	4 3,8	
	Democracia Imperfecta	3	1,7	Decisión sin Referencia Electoral	3 2,7	
	Falsedad	3	1	Poder	3 4,3	
	Inmadurez del Sistema	3	1,7	Seguridad	3 5	
	Poder del Pueblo	3	1,7			

Además, aún en la periferia de la representación predominan elementos con connotaciones positivas, a excepción de un conjunto de *definidoras inespecíficas* y *adjetivos negativos*. Las categorías de mayor peso en este cuadrante dan cuenta de la democracia como forma de organización política, pero también como ordenador de la vida en sociedad y medio para el desarrollo. Se incluye también la noción de *participación*. Conjuntamente, las nociones de *derechos* y *justicia* sólo se recuperan como elementos contrastantes, lo cual resulta llamativo dada la relevancia que tienen en otros grupos y que, en los antecedentes, han sido centrales en casi todos los contextos. También conviven en este cuadrante

elementos positivos y negativos. Se destaca que algunos de los primeros son concretos y no vinculados al *ideal* de la democracia (emociones positivas).

Finalmente, en el grupo de las personas que no pudieron o no quisieron identificarse con ninguna etiqueta ideológica ("sin ideología") trabajamos con una frecuencia mínima de 2; esto implicó la inclusión de un 88,8% del total del corpus. En este caso, el punto de corte según orden de evocación promedio fue de 2,59 y de 5,49 en función de frecuencia. Los resultados se exponen en la [tabla 2.8](#).

Tabla 2.8

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes "sin ideología" (N=61)

		Rango Medio $\leq 2,59$		Rango Medio $> 2,59$		
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA		
		F	Rango	F	Rango	
Frecuencia $> 5,49$	Voto y Elecciones	22	2	Corrupción	19 2,7	
	Libertad	11	,5	Avance y Desarrollo	8 3	
	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	10	1,5	Desigualdad y Desigualdad Social	7 3,4	
	Injusticia	10	2,5	Opiniones y Debate	7 3	
	Definidoras Negativas Inespecíficas	9	1,9	Participación	6 2,7	
	Libertad de Información y Expresión	8	2,4	Justicia	6 2,8	
	Derechos	7	2,4	Violencia y Conflicto	6 2,8	
	Inseguridad y Delincuencia	6	2,5			
	ELEMENTOS CONTRASTANTES				SEGUNDA PERIFERIA	
			F	Rango	F	Rango
	Frecuencia $\leq 5,49$	Igualdad	5	1,8	Referencias al Sistema Económico	3 2,3
Mentira y Engaño		5	2,2	Inexistencia de la Democracia	3 2,7	
Democracia Imperfecta		4	1,5	Poder Ejecutivo Nacional	3 3	
Gobierno y Sistema Político		4	2,5	Apatía y Desinterés	3 3	
Decisión sin Referencia Electoral		3	2,3	Inclusión	3 3,7	
Falsedad		3	2,3	Seguridad	2 3	
Desconocimiento		2	1	Patria, País y Nación	2 3	
Referencias a Dictaduras		2	1,5	Unión	2 3,5	
Sociedad, Comunidad y Ciudadanos		2	2	Referencias al Radicalismo	2 3,5	
Símbolos Patrios y de la Democracia		2	2,5	Bienestar Social y Económico	2 4	
				Respeto, Tolerancia y Convivencia	2 5	

Este grupo manifiesta algunas particularidades respecto de los otros, poniendo en un lugar central elementos que no lo eran para los anteriores: la *injusticia* y la *inseguridad y delincuencia*. Esto puede interpretarse no sólo como una visión negativa de la realidad de la democracia argentina (también forman parte del núcleo los *adjetivos negativos hacia el*

sistema y las *definidoras negativas inespecíficas*), sino también como expresión de qué de lo que se espera de una democracia se estaría vulnerando. En este sentido, a estas referencias pueden subyacer visiones más amplias de la democracia que las liberales y procedimentales. De cualquier modo, estas también están presentes: *libertad*, *libertad de Información y expresión*, *voto y elecciones* y *derechos*. Respecto de esta última categoría, señalamos que recoge una noción amplia de derechos, que excede a la concepción individualista de los mismos. Si bien el mayor peso de la categoría está dado por la palabra *derechos* (que no permite interpretar la concepción subyacente que se tiene de los mismos), también se ve configurada por ideas de derechos igualitarios, derechos humanos, derechos laborales y derechos civiles.

Por su parte, el análisis de los elementos periféricos refuerza la interpretación de que se trata de una representación relativamente sofisticada y amplia de la democracia en tanto remite a aspectos propios de las definiciones sustanciales de la misma (*avance y desarrollo*, *desigualdad y desigualdad social*, *opiniones y debate*, *violencia y conflicto*). Algunas de ellas quedan definidas positivamente, siendo la mayoría evaluadas en términos negativos. Estos resultados son interesantes en tanto el hecho de definirse como apolítico o no poder identificarse con posiciones ideológicas podría entenderse como un indicador de apatía o poco conocimiento del mundo político. Sin embargo, estos datos parecen indicar que este grupo sí tiene un conocimiento y opinión formada relativamente sofisticada y amplia sobre este objeto político, pero se distancia de las etiquetas ideológicas en un sentido activo, expresando un rechazo a un sistema que no cumple con las expectativas que tienen para él. Retomamos en este punto el estudio de Crow (2010) que señalaba cómo las concepciones de democracia implican un conjunto de expectativas sobre resultados políticos, económicos y sociales y que impactan en los niveles de satisfacción con el sistema político. Así, al *esperar* más de la democracia, sus niveles de insatisfacción con la misma pueden ser más altos (hecho que es consistente con el contenido de la RS). Volveremos sobre estas hipótesis en nuestros estudios cuantitativos.

Respecto de la zona de contraste, se destaca la noción de *igualdad*, que en otros grupos tiene un carácter relevante o central. Otros elementos novedosos en este grupo son los que remiten a la *toma de decisiones* sin un componente de carácter electoral (contiene elementos como: *decisión compartida*, *consulta*, *elección propia*, etc.), las *referencias a dictaduras* (casi exclusivamente asociadas a la última dictadura militar), el *desconocimiento*

(principalmente el señalamiento de un *pueblo ignorante*) y las *referencias a símbolos patrios y de la democracia* (bandera, constitución, casa rosada, etc.).

Representaciones Sociales sobre democracia según sofisticación política

La segunda variable de interés para nuestro estudio sobre RS es la sofisticación política (SP), comprendida como una combinación de los niveles de interés y conocimiento político. En este sentido, es esperable que las personas que manifiestan mayores niveles en esta variable sostengan concepciones más elaboradas sobre la democracia. Según señalábamos en los antecedentes, el conocimiento sobre una temática en particular tiende a condicionar el contenido representacional y, frecuentemente, opera en el sentido de producir RS más homogéneas y coherentes con un discurso teórico o hegemónico en la temática (Ruiz & Coy, 2004). Sin embargo, en tanto no se trata en este caso de un conocimiento institucionalizado (por ejemplo, producto de un proceso de formación específico en la temática), no es claro que aquí suceda lo mismo.

En la [tabla 2.9](#) se exponen los resultados de análisis descriptivos en función de las frecuencias de las evocaciones previas a la categorización. El primer dato relevante surge de identificar el número de evocaciones promedio por participantes, que es significativamente más alto en el grupo de ciudadanos/as de alta SP (4,43), superior a la media de la muestra (4,07) y muy superior al del grupo de Baja SP (3,49). Al respecto, el hecho de que asocie un número mayor de términos puede entenderse como producto del conocimiento y familiaridad con el concepto (Dalton et al., 2007), pero también como indicador de la importancia que tiene para el grupo (Magioglou, 2000).

Tabla 2.9

Análisis descriptivos cuantitativos de RS sobre democracia según Sofisticación Política (SP).

	Baja SP	Alta SP
N	82	85
Cantidad de Evocaciones (F)	286	377
Evocaciones Promedio por Participante	3,49	4,43
Definidoras Diferentes (F)	148	211
Definidoras con una Mención (F)	105	150
Connotación (% sobre el total)		
Negativa	46,92 %	40,68 %
Neutra	14,38 %	20,21 %
Positiva	38,7 %	39,11 %
Índice de Polaridad Intra-sujetos (%)		
Negativa	37,6 %	32,6 %
Neutra	37,6 %	39,5 %
Positiva	24,8 %	27,9 %

Asimismo, siendo grupos de tamaños similares, en el de Alta SP se registra una cantidad notablemente mayor de definidoras diferentes y, además, un número mayor de definidoras con una única mención. Esto puede entenderse como indicador de un menor consenso al interior del grupo. Respecto de la connotación de las definidoras, las diferencias entre grupos son menos notables, teniendo el grupo de Alta SP una visión ligeramente más positiva de la democracia argentina. En ambos casos se destaca una proporción baja de participantes que brindan definiciones principalmente positivas (24,8 y 27,9%), por debajo de las proporciones de la muestra general. En términos absolutos, más del 40% de las definidoras son negativas en ambos subgrupos.

Con relación al contenido de la RS, para el grupo con puntuaciones bajas en SP trabajamos con las categorías con frecuencia igual o mayor a 2, lo que nos permitió dar cuenta del 90,17% del total del corpus. En este caso, el punto de corte según orden de evocación promedio fue de 2,39 y la frecuencia media de 6,12. Los resultados se muestran en la [tabla 2.10](#).

Este grupo es el que recoge RS más homogéneas, con pocas categorías tanto en el núcleo como en la primera periferia. De modo específico, el núcleo de la RS remite tanto a los valores de la democracia liberal representativa (*libertad e igualdad*) como a los procedimientos (*voto y elecciones*). Además, se incluyen valoraciones negativas de la democracia real de contenido poco sofisticado (*corrupción, definidoras negativas inespecíficas y mentira y engaño*). Sin embargo, los elementos periféricos recuperan elementos de una noción de democracia más amplia y sustantiva, aspecto que no resultaba esperable en función del poco interés y conocimiento político del grupo. Por su parte, la zona de contraste recoge una gran amplitud de elementos entre los que se encuentra la noción de justicia. En este grupo, las referencias a políticos y a la política son escasas, así como también las menciones vinculadas al protagonismo ciudadano. Más aun, este es el único grupo en el que la participación no forma parte del contenido representacional en ningún nivel. Así, encontramos un grupo que define a la democracia principalmente en términos de libertades, procedimientos y beneficios sociales, enfatizando su vulneración en la aplicación real del sistema político; sin embargo, no reconoce ningún actor formal e informal de la política ni la capacidad de agencia de la ciudadanía en ese marco.

Tabla 2.10

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes con Baja SP (N=82)

		Rango Medio $\leq 2,39$		Rango Medio $> 2,39$	
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA	
		F	Rango	F	Rango
Frecuencia $> 6,12$	Corrupción	28	2,2	Desigualdad y Desigualdad Social	11 3,6
	Voto y Elecciones	26	2,2	Libertad de Información y	11 2,6
	Libertad	20	1,9	Expresión	
	Definidoras Negativas	10	1,9	Injusticia	10 2,8
	Inespecíficas			Avance y Desarrollo	9 2,9
	Mentira y Engaño	10	2,3	Derechos	7 2,6
	Igualdad	8	1,4		
		ELEMENTOS CONTRASTANTES		SEGUNDA PERIFERIA	
		F	Rango	F	Rango
Frecuencia $\leq 6,12$	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	6	2,2	Inseguridad y Delincuencia	6 2,5
	Valores	5	1,8	Participación	6 3,3
	Gobierno y Sistema Político	5	2,2	Violencia y Conflicto	4 3
	Inexistencia de la Democracia	4	1,3	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	4 3,8
	Soberanía	4	1,5	Democracia Delegativa	3 2,7
	Otras Referencias a Políticos	4	2	Patria, País y Nación	3 2,7
	Justicia	4	2	Crisis	3 2,7
	Emociones Positivas	4	2	Obligaciones (3-3)	3 3
	Poder del Pueblo	4	2	Respeto, Tolerancia y Convivencia	3 3,3
	Poder Ejecutivo Nacional	4	2,2	Referencias al Kirchnerismo	2 3
	Democracia Imperfecta	3	1,5	Utopía	2 3
	Referencias al Sistema Económico	3	2	Símbolos Patrios y de la Democracia	2 4
	Adjetivos Positivos	3	2	Bienestar Social y Económico	2 4
	Decisión sin Referencia Electoral	3	2	Opiniones y Debate	2 4,5
	Falsedad	3	2		
	Sociedad, Comunidad y Ciudadanos	3	2		
	Unión	2	2		

Para el caso del grupo que puntuó alto en SP también se estimó el análisis de prototipicidad sobre la base de las categorías con una frecuencia igual o mayor a 2, dando cuenta del 88,71% del corpus total de palabras. El orden de evocación promedio fue de 2,73 y la frecuencia media de 6,38.

El primer aspecto destacable de estos resultados es la mayor heterogeneidad de las categorías que conforman el núcleo de la RS (tabla 2.11), particularmente llamativo tratándose de un grupo relativamente pequeño. Esto denota que el nivel de conocimiento e información de este grupo no conlleva la reproducción de un único discurso

institucionalizado y hegemónico, de carácter ideológico, como ocurría en el caso de grupos con formación específica (Ruiz & Coy, 2004).

Tabla 2.11

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes con Alta SP (N=85)

		Rango Medio $\leq 2,73$		Rango Medio $> 2,73$		
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA		
		F	Rango	F	Rango	
Frecuencia $> 6,38$	Corrupción	23	2,6	Voto y Elecciones	28 2,9	
	Participación	21	2,4	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	14 2,9	
	Libertad	16	2	Referencias al Sistema Económico	9 3	
	Gobierno y Sistema Político	13	2,7	Avance y Desarrollo	9 3,9	
	Igualdad	10	2	Derechos	7 3,1	
	Sociedad, Comunidad y Ciudadanos	10	2,2	Injusticia	7 2,9	
	Poder del Pueblo	8	2,1			
	Referencias al Radicalismo	8	2,1			
	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	8	2,6			
	Democracia Delegativa	8	2,6			
	Democracia Imperfecta	7	1,6			
			ELEMENTOS CONTRASTANTES		SEGUNDA PERIFERIA	
			F	Rango	F	Rango
	Frecuencia $\leq 6,38$	Libertad de Información y Expresión	6	2	Otras Referencias a Políticos	6 4,5
Inmadurez del Sistema		6	1,3	Respeto, Tolerancia y Convivencia	5 2,8	
Referencias al Kirchnerismo		6	2,7	Mentira y Engaño	5 2,8	
Justicia		6	2,7	Símbolos Patrios y de la Democracia	5 3	
Referencias a Dictaduras		5	2,5	Falsedad	5 4	
Ideología		4	2,5	Opiniones y Debate	5 4	
Debilidad e Inestabilidad		4	2,5	Desigualdad y Desigualdad Social	4 2,8	
Soberanía		3	1,3	Poder	4 2,8	
Inexistencia de la Democracia		3	1,7	Apatía y Desinterés	4 3	
Inseguridad y Delincuencia		3	1,7	Definidoras Negativas	4 3,2	
Historia y Referentes de la Historia		2	1	Inespecíficas		
Poder Ejecutivo Nacional		2	1	Patria, País y Nación	4 4	
Medios de Comunicación		2	2	Recuperación de la Democracia	4 4,2	
Seguridad		2	2,5	Crisis	3 3,3	
				Abuso de Poder	3 4	
				Importancia de la Democracia	3 4,7	
				Estilo de Vida	2 3	
			Valores	2 3,5		
			Obligaciones	2 4		
			Unión	2 4		
			Equidad	2 4		
			Bienestar Social y Económico	2 4,5		
			Violencia y Conflicto	2 4,5		

Respecto del contenido, los elementos de la democracia liberal representativa resultan predominantes en este grupo, tanto en términos teóricos/ideales como concretos. Así, esta RS se asienta fuertemente sobre la idea de *gobierno y sistema Político*, incluyendo referencias directas a la idea de delegación del poder en los representantes (*democracia delegativa*) y a uno de los partidos políticos tradicionales (*referencias al radicalismo*). Además, se recogen en el núcleo los mismos valores centrales que se mencionan en otros (*libertad e igualdad*), pero no los elementos asociados al *voto y elecciones*, que tienen aquí carácter periférico. Si bien algunos elementos negativos resultan centrales, sobre todo la *corrupción* -que es el de mayor frecuencia y relevancia- también hay elementos que señalan la capacidad de agencia de la ciudadanía. Por ejemplo, la idea de *poder del pueblo* sólo conforma el núcleo representacional en este grupo; a la que se suma la *participación* y referencias a la *sociedad, comunidad y ciudadanos*. Es interesante destacar que, junto a este protagonismo ciudadano, se registran pocas referencias a la política y sus actores tradicionales, aún entre los elementos periféricos o contrastantes. Por su parte, el contenido periférico de la representación registra referencias negativas relativas a la aplicación de la democracia, incluyendo aquellas que remiten al *sistema económico* (neoliberalismo, capitalismo, oligarquía). La zona de contraste es heterogénea. Se destacan la presencia de la categoría *ideología*, ausente en la mayoría de los grupos, así como los *medios de comunicación* y la idea de *soberanía*.

Hasta aquí, entendíamos a la idea sustantiva de la democracia -sostenida en nociones como la ampliación de derechos sociales, la justicia social y el bienestar de la ciudadanía- como una visión amplia, connotada positivamente respecto de sus implicancias para la vinculación con el sistema político y la articulación de demandas ciudadanas. Sin embargo, Dalton et al. (2007) señalaban la contracara de esta perspectiva, entendiendo que estaría determinada por un contexto de carencia de esos elementos: en la medida en que en un contexto sociopolítico determinado estas *necesidades* estuviesen satisfechas, cobrarían más relevancia aspectos vinculados a las libertades y derechos (concepción liberal de la democracia) generando una mayor "conciencia democrática". Si bien consideramos discutible esta aseveración, en tanto entendemos que restringe el papel del sistema político en la vida de una sociedad, creemos relevante ponerla en tensión en tanto efectivamente fue el grupo menos sofisticado políticamente el que brindó estas definiciones más *amplias* de la democracia, sustentadas en el bienestar social, mientras que aquellos con mayor

conocimiento e interés brindaron mayores referencias a la democracia liberal representativa, sus valores y procedimientos.

Representaciones Sociales sobre Democracia Argentina según Nivel de Legitimidad Política

Finalmente, realizamos una segmentación de la muestra en función de las puntuaciones en la variable Justificación de la democracia argentina, uno de nuestros indicadores de legitimidad política de carácter más específico y vinculado directamente al contexto local. A los fines prácticos nos referiremos a estos grupos como de “baja legitimidad” (N=173) y de “alta legitimidad” (N=172) entendiendo que han sido clasificados a través de una de las formas empíricas que tenemos para aproximarnos a este constructo. Esta resulta particularmente interesante como variable de clasificación en tanto nos permite una aproximación a la idea de democracia que sostienen, principalmente, quiénes atribuyen bajos niveles de legitimidad al sistema político.

En este caso trabajamos con dos grupos de tamaño casi idéntico, lo cual facilita la comparación de los datos (tabla 2.12). Si bien no hay grandes diferencias en cuanto a la cantidad de evocaciones promedio por participante, sí difieren en el grado de dispersión de estas, en tanto el grupo de baja legitimidad recupera un número mayor de definidoras diferentes (351 contra 283 del grupo de alta legitimidad) y registra más palabras que se mencionan sólo una vez (237 contra 167). Recordamos que estos análisis se realizan sobre el total de definidoras y no sobre sus categorías.

Tabla 2.12.

Análisis descriptivos cuantitativos de RS sobre democracia según Nivel de Legitimidad

	Baja Legitimidad	Alta Legitimidad
N	173	172
Cantidad de Evocaciones (F)	726	758
Evocaciones Promedio por Participante	4,20	4,41
Definidoras Diferentes (F)	351	283
Definidoras con una Mención (F)	238	167
Connotación (% sobre el total)		
Negativa	54,54 %	18,61 %
Neutra	14,05 %	25,06 %
Positiva	31,41 %	56,33 %
Índice de Polaridad Intra-sujetos (%)		
Negativa	49,7 %	7 %
Neutra	28,9 %	44,2 %
Positiva	21,4 %	48,8 %

Respecto de la connotación de las menciones, y como resultaba esperable, las diferencias son notables. En el grupo de baja legitimidad no sólo se registra un porcentaje mayoritario de definidoras negativas (54,54%) sino que también casi la mitad de los participantes brindan definiciones donde estos elementos negativos son predominantes (49,7%) y sólo un 21,5% de ellos da definiciones que resultan positivas. En el grupo de alta legitimidad sucede exactamente lo opuesto, destacando que en ningún otro grupo se registraron porcentajes tan bajos de participantes que daban definiciones negativas (7%). Así, no solo casi la mitad de ello da definiciones positivas, sino que -quienes no lo hacen- es porque tienden a brindar definiciones neutrales antes que negativas (44,2%). Estos datos, además de la significación que adquieren en sí mismos, brindan una fuente de validez convergente a nuestra aproximación empírica a la legitimidad política.

En la [tabla 2.13](#) se expone el contenido representacional para el grupo con bajos niveles de legitimidad política, para el cual se estableció una frecuencia mínima de 3 que incluye al 90,08% del total de corpus. En este caso, el orden de evocación promedio fue de 2,73 y la frecuencia media de 11,28.

Como podía esperarse, el núcleo de la RS se encuentra dominado por elementos negativos que no atacan a la noción de democracia en sí (*deber ser*) sino que remite a su aplicación incorrecta (*ser real*). De hecho, la idea de que se trata de un régimen político imperfecto o que no existe, son elementos centrales de los significados asociados a la democracia argentina en este grupo. Además, más del 10% del total de las menciones (F=76) remite a la corrupción; a lo que se suman las categorías *mentira y engaño, falsedad, injusticia* y elementos más inespecíficos (*adjetivaciones negativas*). El resto de los elementos remiten a los valores de la democracia liberal, ya replicados en los distintos subgrupos, y a las elecciones. Lo que resulta más llamativo es que, aún entre los elementos periféricos, este grupo sostiene visiones principalmente negativas. De cualquier modo, aparecen aquí los actores sociales (ausentes en el contenido central) a través de la *participación* y la idea de *sociedad, comunidad y ciudadanos*.

Por su parte, en los elementos contrastantes se destacan las referencias a la *política* y a distintos actores de la institucionalidad democrática, tanto actuales como del pasado (*referencias al radicalismo, referencias al kirchnerismo, referencias al peronismo, historia y*

referentes de la historia, poder ejecutivo nacional). En función del contexto en que se mencionan, es posible que se les atribuyan características negativas.

Tabla 2.13

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes con Baja Legitimidad Política (N=173)

		Rango Medio $\leq 2,73$		Rango Medio $> 2,73$		
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA		
		F	Rango	F	Rango	
FRECUENCIA $> 11,28$	Corrupción	76	2,5	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	28 2,8	
	Libertad	32	1,9	Desigualdad y Desigualdad Social	19 3,4	
	Voto y Elecciones	31	2	Sociedad, Comunidad y Ciudadanos	19 3,5	
	Mentira y Engaño	30	2,2	Derechos	18 3,1	
	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	26	2,6	Definidoras Negativas	17 3	
	Falsedad	18	2,5	Inespecíficas		
	Libertad de Información y Expresión	17	2,3	Gobierno y Sistema Político	16 3,2	
	Igualdad	16	2,4	Referencias al Sistema Económico	16 3,2	
	Democracia Imperfecta	14	2,1	Avance y Desarrollo	14 3,6	
	Inexistencia de la Democracia	14	2,1	Participación	13 2,8	
	Injusticia	14	2,6	Valores	13 3,3	
			ELEMENTOS CONTRASTANTES		SEGUNDA PERIFERIA	
			F	Rango	F	Rango
	FRECUENCIA $\leq 11,28$	Emociones Negativas			Poder del Pueblo	8 2,9
Referencias al Radicalismo		8	1,9	Abuso de Poder	8 3,5	
Debilidad e Inestabilidad		8	1,9	Poder	7 2,9	
Inmadurez del Sistema		6	2,5	Opiniones y Debate	7 3	
Inseguridad y Delincuencia		6	2,7	Democracia Delegativa	7 3,4	
Referencias al Kirchnerismo		5	2,4	Violencia y Conflicto	7 3,6	
Soberanía		5	2,6	Referencias a Dictaduras	7 3,7	
Historia y Referentes de la Historia		4	1,8	Justicia	6 3	
Referencias al Peronismo		3	1,3	Símbolos Patrios y de la Democracia	6 3,7	
Ideología		3	1,7	Respeto, Tolerancia y Convivencia	5 2,8	
Poder Ejecutivo Nacional		3	2	Decisión sin Referencia Electoral	5 3	
Libertad de Elección Política		3	2,3	Patria, País y Nación	5 3	
				Utopía	5 3,8	
				Equidad	4 2,8	
			Falta de Respeto	4 3		
			Censura	4 3		
			Bienestar Social y Económico	4 4		
			Recuperación de la Democracia	4 4,2		
			Otras Referencias a Políticos	3 3		
			Medios de Comunicación	3 4		
			Apatía y Desinterés	3 4		
			Partidos Políticos	3 4,3		
			Desconocimiento	3 5		

Finalmente, en la [tabla 2.14](#) se muestra el contenido de la RS para un grupo con altos niveles de legitimidad. Aquí la frecuencia mínima fue también de 3, dando cuenta del 91,51% del corpus. En este caso, el punto de corte según el orden de evocación quedó establecido en 2,81 y la frecuencia media en 13,02.

Tabla 2.14

Frecuencia intermedia y Rango Promedio de las asociaciones categorizadas de los/as participantes con Alta Legitimidad Política (N=172)

		Rango Medio $\leq 2,81$		Rango Medio $> 2,81$		
		NÚCLEO		PRIMERA PERIFERIA		
		F	Rango	F	Rango	
Frecuencia $> 13,02$	Voto y Elecciones	78	2,7	Avance y Desarrollo	27 3,2	
	Libertad	64	2,2	Derechos	21 ,1	
	Gobierno y Sistema Político	29	2,4	Patria, País y Nación	20 3,4	
	Participación	29	2,5	Opiniones y Debate	17 3,1	
	Igualdad	29	2,6	Valores	16 3,6	
	Sociedad, Comunidad y Ciudadanos	25	2,8	Respeto, Tolerancia y Convivencia	14 3,4	
	Referencias al Kirchnerismo	20	2,5	Referencias al Radicalismo	14 2,9	
	Libertad de Información y Expresión	19	2,4	Democracia Delegativa	14 3,1	
	Emociones Positivas	15	2,5			
			ELEMENTOS CONTRASTANTES		SEGUNDA PERIFERIA	
			F	Rango	F	Rango
Frecuencia $\leq 13,02$	Corrupción	11	2,6	Referencias a Dictaduras	13 3,1	
	Política	11	2,5	Justicia	13 3,2	
	Poder del Pueblo	9	2	Recuperación de la Democracia	10 3	
	Adjetivos Positivos	9	2,4	Bienestar Social y Económico	9 3,3	
	Adjetivos Negativos hacia el Sistema	8	2,2	Importancia de la Democracia	9 3,8	
	Referencias al Peronismo	8	2,2	Unión	9 3,3	
	Decisión sin Referencia Electoral	8	2,8	Desigualdad y Desigualdad Social	8 3,1	
	Soberanía	8	2,8	Inclusión	7 3,9	
	Poder Ejecutivo Nacional	7	2,3	Obligaciones	7 3,3	
	Símbolos Patrios y de la Democracia	7	2,4	Otras Referencias a Políticos	7 4	
	Historia y Referentes de la Historia	6	1,8	Medios de Comunicación	6 3,3	
	Poder	4	2,5	Adjetivos Negativos hacia Actores del Sistema	5 3,2	
	Inmadurez del Sistema	3	1,3	Violencia y Conflicto	5 4,8	
	Debilidad e Inestabilidad Compleja	3	1,7	Partidos Políticos	4 4	
	Estilo de Vida	3	2,7	Referencias al Sistema Económico	3 4	
	Ideología	3	2,7	Inexistencia de la Democracia	3 3	
				Equidad	3 3	
			Injusticia	3 3,3		
			Cuidar la Democracia	3 4,7		

El núcleo de la RS en este grupo no sólo tiene un contenido principalmente positivo, sino que además remite casi exclusivamente a la democracia como forma de organización

política y social de carácter representativo e indirecto y a los valores liberales que subyacen a estas definiciones hegemónicas. Así, no sólo son centrales los elementos comunes a los distintos grupos como la *libertad*, la *igualdad* y el *voto y elecciones*; sino también aquellos que refieren al *gobierno y sistema político*.

Por otro lado, este es el único grupo en el que las *referencias al kirchnerismo* forman parte del núcleo. En este sentido, podemos pensar en que la visión favorable del sistema puede responder más a la coyuntura (tener una visión positiva del partido de gobierno en ese momento y su gestión) que a una valoración general del sistema político. Esto es interesante porque, si bien la variable de segmentación (baja/alta legitimidad política) indagaba aspectos sobre la democracia local, lo hacía en términos de sistema político y no de un gobierno. Consecuentemente, es válido preguntarse si las personas realizan esta distinción cuando dan cuenta de sus actitudes hacia este objeto político. De hecho, las concepciones del *deber ser* democrático no son sustancialmente diferentes en este grupo respecto de los otros en general -y de aquellos que le adscriben baja legitimidad en particular- sino que las diferencias se asientan más en la evaluación del *ser real*. Consecuentemente, este es el único grupo en el que la corrupción es un elemento poco frecuente (forma parte de la zona de contraste) y en el que los aspectos emocionales (en este caso positivos) resultan centrales. De cualquier modo, sólo la mitad de esta muestra fue relevada durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, por lo que la idea del anclaje coyuntural de esta representación deber interpretarse con cautela.

Respecto de los elementos periféricos, si bien permanecen categorías típicas de visiones restrictivas de la democracia (a partidos y delegación de poder), predominan aquellas que incluimos entre las visiones sustantivas de la democracia, principalmente las nociones de *derechos* (que en nuestra categorización exceden a su concepción individualista), la convivencia democrática, el intercambio de opiniones y también la idea de progreso. Notamos que, aún entre estos elementos, no se registran elementos negativos que sólo tienen un rol como parte de la zona de contraste. De este modo, si bien son pocas las personas de este grupo que identifican los aspectos negativos del sistema político, cuando lo hacen tienden a asignarle importancia.

Consideraciones finales

A modo de síntesis, recuperamos los elementos de mayor consistencia entre los grupos, que son aquellos sobre los que podemos concluir con mayor seguridad respecto de su asociación con el objeto de la RS y, además, señalaremos algunas de las diferencias más importantes entre estos grupos. Estas últimas nos permitirán una mejor interpretación de los resultados de nuestros estudios cuantitativos.

En términos generales, hay 5 elementos que son consistentemente centrales para todos o casi todos los grupos y que dan cuenta de representaciones de carácter hegemónico (Moscovici, 1986; citado en Perera Pérez, 2003): la *libertad*, *libertad de expresión*, la *igualdad*, *el voto y las elecciones* y la *corrupción*. Los primeros 4 representan elementos centrales de la noción de democracia en casi todos los contextos de los estudios antecedentes (Bruno & Barreiro, 2015; Dalton et al., 2007; Magioglou, 2000; Moodie et al., 1995; Staerklé, et al., 2015; Yépez Hernández, 2002; Zovatto, 2002). Por su parte, la relevancia de la corrupción en sí no ha sido tan consistente (aunque sí lo fue la presencia de valoraciones negativas) y, en nuestro caso, puede relacionarse con la especificidad del estímulo (democracia argentina en lugar de democracia) y con su saliencia en la agenda mediática al momento de los relevamientos de datos.

De modo más específico, la libertad es el único elemento que forma parte de los núcleos de la RS en todos los grupos; mientras que la *libertad de expresión* no fue central para aquellos segmentados según SP (tanto baja como alta). Por su parte, la igualdad es un elemento de contraste en el grupo de personas sin ideología; mientras que la corrupción lo es para el de alta legitimidad. Para el grupo que no se identifica con ninguna ideología, la corrupción tiene carácter periférico. Por su parte, el voto y las elecciones son periféricos para los grupos de ideología de centro y de alta sofisticación política. En términos generales, este núcleo representacional consistente da cuenta de una noción liberal y representativa de la democracia, que se define más por su *deber ser* que por el ser real, comprendido en términos principalmente negativos.

En segundo lugar, se destacan las nociones de *derechos* y *justicia*. Si bien estos elementos eran destacados en la literatura antecedente -por ejemplo, Zovatto (2002) coloca a la Justicia como un elemento central de la definición *latinoamericana* de democracia- su rol en las RS sobre la democracia argentina no es generalizado. La categoría de derechos -en su carácter amplio- sólo forma parte del núcleo representacional para las

personas de centro y para aquellas que no se identifican ideológicamente. Sin embargo, es un elemento presente en todos los grupos, mayormente en la periferia de la representación. Esto da cuenta de que muchas personas lo asocian con la democracia, aunque reconocen otros aspectos antes que este. Por su parte, la noción de Justicia sólo es parte del núcleo representacional para las personas de centro y no está presente en todos los grupos. Sin embargo, se destaca más por su ausencia: la mayoría de los grupos incluyen palabras asociadas a la injusticia en sus RS. Así, esta categoría resultó central para las personas que no se identificaban con ninguna ideología y las que adscribían baja legitimidad (grupos que comparten muchos elementos entre sí) pero también es un elemento periférico para los grupos segmentados por sofisticación política (tanto para los de baja como alta SP) y contrastante en el grupo de derecha.

Tomando en conjunto a estos dos grupos de categorías podemos señalar, no sólo la predominancia de las nociones liberales de la democracia, sino que son los aspectos más individualistas de la misma los que recogen un consenso mayor entre los grupos. Además, remiten mayormente a valores y no dan cuenta ni de los actores de la democracia ni tampoco de lo que entendíamos como democracia *prospectivo-ideal* que señalaba la potencialidad del cambio político (Lozada, 1997). En este sentido, el rol de la ciudadanía es más bien pasivo y receptor.

También nos interesa destacar los elementos vinculados a nociones sustantivas de la democracia, las cuales no conforman los núcleos representacionales de ninguno de los grupos examinados. Sin embargo, la categoría *avance y desarrollo* es un elemento periférico común a todos ellos. Esta dimensión contiene elementos vinculados a las perspectivas de desarrollo como futuro, progreso, crecimiento económico; pero también otros que remiten a la idea del bienestar social como trabajo, salud, educación, cultura. Así, su mención implica un reconocimiento de que la democracia es más que un conjunto de instituciones y reglas para la organización de la vida política y el ejercicio de libertades individuales, sino que debe garantizar condiciones de existencia básicas y mejorar la calidad de vida de las personas. Al respecto, la idea de *desigualdad y desigualdad social* remite también a esta concepción subyacente, pero en este caso como carencia: el hecho de asociar la desigualdad con nuestra democracia implica el reconocimiento de que es algo que esta debería garantizar, aunque falle en hacerlo. Este elemento también formó parte de la

periferia en la mayoría de los grupos a excepción de las personas que se identificaban con la derecha, las de alta SP y alta legitimidad.

Como mencionábamos, en todos estos casos se encuentran ausentes las referencias a los actores del sistema político y su institucionalidad, así como a la ciudadanía como agente del sistema político. Respecto del primer aspecto, si bien los partidos políticos suelen definirse como actores fundamentales del sistema democrático representativo; en nuestro caso, las referencias a ellos son escasas y se dan con nombres propios, señalando principalmente a referentes de los partidos políticos tradicionales a los que se suma el kirchnerismo.

De modo específico, el partido que es asociado más consistentemente con la democracia es el radicalismo, cuyas referencias incluyen a la figura de Alfonsín que, en la historia reciente, ha sido señalado como *el padre de la democracia*. Estas referencias forman parte del núcleo representacional tanto en la muestra general como para las personas de derecha y las de alta SP; mientras que es parte de la periferia para ciudadanos de que atribuyen alta legitimidad al sistema político. En el resto de los grupos, este resulta un elemento contrastante: relevante para un número menor de sujetos. Por su parte, el peronismo -como partido tradicional- es mucho menos asociado con la democracia argentina y, en los casos en que forma parte de la RS, sólo lo hace como elemento contrastante. Esto sucede tanto en la muestra general como en personas de ideología de izquierda y centro y en ambos polos de la atribución de legitimidad (posiblemente con connotaciones diferenciales). Esta diferencia radicalismo-peronismo resulta llamativa en tanto los partidos peronistas han sido protagonistas en el gobierno desde la recuperación de la democracia, sin embargo, no consiguen ser asociados con este concepto. Finalmente, las referencias al kirchnerismo son centrales para el grupo de alta legitimidad política, lo cual puede ser indicador de una evaluación positiva del partido de gobierno y su vinculación con una mayor satisfacción con el sistema político (aunque sólo estaba en el poder durante la primera parte de este estudio). Además, son elementos de la zona de contraste en los grupos de alta sofisticación política y también en los de baja legitimidad. En conjunto, las referencias a partidos y actores políticos son mucho más frecuentes en los grupos de izquierda y centro y en el de alta legitimidad. Además, para este último grupo la idea de gobierno y sistema político es también central. En esta línea, los grupos de personas de izquierda, aquellos que tienen altos niveles de SP y altos niveles de legitimidad política

recuperan mayor cantidad de expresiones vinculadas al sistema político, a la idea de gobierno, representación y delegación; dando cuenta de un mayor conocimiento y centralidad de aspectos de carácter procedimental.

Respecto del rol de la ciudadanía, sintetizamos las menciones vinculadas directamente a la participación, pero también aquellas que remiten al empoderamiento y capacidad de agencia de la sociedad civil. Respecto de la primera, sólo forma parte del núcleo en el grupo de personas de izquierda y de alta legitimidad política; sin embargo, está más o menos presente en todos los grupos a excepción del de baja SP. Si bien incluimos dentro de la categoría *participación* elementos de una definición amplia de la misma que no la limitan a los canales convencionales, en la mayoría de las menciones no se puede deducir si la participación es o no asociada a la institucionalidad vigente (por ejemplo, voto). De este modo, no podemos interpretarla como indicador de la potencialidad para el cambio político. Más directamente asociada a esta idea se encuentra la noción de *poder del pueblo*. Sin embargo, este es central sólo para el grupo de alta sofisticación política y forma parte de la periferia de la representación en el grupo que se identifica ideológicamente con el centro. Además, es un elemento de la zona de contraste para la muestra general y los grupos de alta legitimidad política, baja sofisticación, ideología de derecha y de izquierda. Resulta llamativo que su baja saliencia en este último grupo en particular, dado que es un elemento consistente con su discurso ideológico. También puede mencionarse aquí la categoría de *opiniones y debate* que remite a la pluralidad, las ideas, propuestas e intercambios de puntos de vista; expresiones de carácter constructivo vinculadas a su ejercicio por parte de la ciudadanía y enlace entre lo simbólico-ideal y lo real (Rodríguez Cerda et al., 2016). Sin embargo, sólo se recuperan en la muestra general, el grupo de izquierda y el de alta legitimidad política donde son periféricos y en el grupo de baja sofisticación política donde es un elemento contrastante.

En términos generales, las asociaciones vinculadas a la transformación política resultaron escasas y poco estables entre los grupos, donde el protagonismo es cedido al sistema en sí o sus actores tradicionales. Resulta destacable la mención a la categoría *sociedad, comunidad y ciudadanos* que es central para las personas de derecha, alta SP y alta legitimidad política y sólo está ausente en el grupo que no se identifica con ninguna ideología. Si bien se puede entender como una categoría que da cuenta de esta capacidad de agencia de la ciudadanía, en realidad recoge expresiones de carácter neutro, que no

contienen en sí mismas la capacidad de acción (por ejemplo: colectivo, gente, pueblo, argentinos, colectividad). Por su contenido, es posible que estas definidoras estén respondiendo más a aspectos de carácter identitario, de pertenencia grupal que al ejercicio participativo de la ciudadanía.

Finalmente, mencionamos las referencias negativas vinculadas a la dimensión del *ser real* de la democracia argentina: *adjetivos negativos hacia el sistema, adjetivos negativos hacia actores del sistema, definidoras negativas inespecíficas, emociones negativas*. Éstas surgen consistentemente en todos los grupos y son adjetivaciones con escaso contenido político, ideológico o social; pero con una carga negativa muy fuerte. Los únicos grupos que no mencionan ninguna de estas dimensiones entre los elementos del núcleo son los de derecha (uno de los grupos con mayor porcentaje de definidoras positivas), izquierda (el grupo con menor porcentaje de evaluaciones negativas y mayores neutras) y los de alta legitimidad política. Estos elementos no sólo son consistentes con la polaridad identificada en estudios previos entre significados positivos/*deber ser* y negativos/*ser real*, sino que también dan cuenta de una intensidad emocional (negativa) generalizada, que no se resumen en un aspecto particular del funcionamiento del sistema.

En conjunto, nuestros resultados brindaron evidencia de una RS de la democracia argentina de carácter hegemónico, con pocos elementos controversiales. Además, fueron consistentes con los hallazgos de los estudios antecedentes donde la noción abstracta o ideal de democracia no demuestra mayores variaciones: el *deber ser* democrático surge de una idea hegemónica, positiva y -en apariencia- indiscutible de lo que significa "la" democracia. Sin embargo, sí se registraron algunos aspectos del sistema político que resultan más salientes para algunos grupos que para otros. Esto sustenta nuestra hipótesis de que estos grupos puedan vincularse de modo diferente con el sistema político, principalmente en función del énfasis sobre elementos ideales o reales en la conformación de sus actitudes y, además, en la predominancia de valoraciones negativas o positivas entre estos últimos.

CAPÍTULO 6: MODELOS EXPLICATIVOS DE LEGITIMIDAD POLÍTICA DEMOCRÁTICA

El presente estudio se corresponde con el objetivo central de esta tesis orientado a la construcción de modelos explicativos de las actitudes de la ciudadanía respecto del sistema político, tanto en términos globales como específicos. Para su desarrollo se recuperan los hallazgos de los estudios instrumentales, así como también del estudio sobre representaciones sociales sobre democracia argentina. Así, representa un aporte al desarrollo de modelos teóricos de legitimidad política democrática desde una perspectiva multidimensional en el marco de la psicología política. De modo más específico, se busca conocer el rol de variables de evaluación de desempeño (nivel de democracia percibido, percepción de corrupción, percepción de justicia procedimental y confianza política), variables de distintas dimensiones de la cultura política (cinismo político, percepción de anomia, clima socio-emocional; eficacia, sofisticación y participación política; confianza y cohesión social, presencia de modelos de rol, valores sociales, tolerancia política y justificación de un golpe de estado) y de justificación de sistema (RWA, SDO, CMJ y autopoicionamiento ideológico), junto a aspecto socio-demográficos (sexo, edad, nivel educativo y nivel socio-económico) en la explicación de la percepción de legitimidad de la democracia argentina. Esta última, es abordada desde una perspectiva multidimensional en cuatro componentes: justificación de la democracia argentina, satisfacción con la democracia, preferencia por la democracia y valoración del ideal democrático. Nos interesa identificar el potencial explicativo de las distintas perspectivas de análisis y, adicionalmente, comprender mejor sus interacciones.

Instrumentos de Recolección de Datos

En el siguiente apartado se presentan las características de los instrumentos utilizados. Además, en el Anexo 3 se adjunta el cuestionario completo. Antes de cada consigna se incluye allí el nombre de la variable a la que corresponde la medición.

Variables Sociodemográficas: relevadas a través del mismo instrumento y procedimiento mencionados en los estudios instrumentales y estudios de representaciones sociales sobre democracia argentina (p.199).

Representaciones Sociales Sobre Democracia: de acuerdo con la técnica de asociación de palabras ya expuesta, se relevaron 5 asociaciones al estímulo democracia argentina; pidiendo al participante posteriormente que las ordenara según la relevancia que les asignaba por su relación con la palabra estímulo.

Nivel de Democracia Percibido: teniendo en cuenta que nuestro estudio evalúa la valoración de la democracia como sistema político en abstracto y, por otra parte, la percepción sobre el sistema político argentino se consideró pertinente controlar en qué medida cada participante cree que el sistema político argentino se corresponde actualmente con un sistema democrático. Para ello, se incluyó una pregunta cerrada recuperada de la encuesta del barómetro de las Américas aplicada en Argentina en 2012 (LAPOP, 2012) cuyas opciones de respuesta van de 1=nada democrático a 6=totalmente democrático.

Percepción de Corrupción: este indicador también fue recuperado del trabajo Linde y Elingsson (2012) y consta de dos ítems que indagan acerca de cuántos políticos y cuántos funcionarios las personas creen que se encuentran involucrados en situaciones de corrupción. Las opciones de respuesta van de 1=casi ninguno a 5=casi todos. La correlación entre los ítems fue de $r=,64$ ($p \leq ,001$).

Percepción de Justicia Procedimental: indicador confeccionado con dos ítems recuperados del trabajo de Linde y Elingsson (2012) que indagan con qué frecuencia cree el participante que los funcionarios tratan con justicia a las personas similares a él y en qué medida el trato que reciben las personas depende de a quién conocen. Las opciones de respuesta van de 1 a 5 y se combinan en un único indicador. La correlación entre los ítems fue moderada, de $r=,38$ ($p \leq ,001$).

Autoposicionamiento Ideológico: evaluado a través de un único ítem que pide al/la participante que se posicione en una escala de 7 puntos que va desde totalmente de izquierda a totalmente de derecha en función de su autopercepción ideológica. Además, contempla las opciones apolítico, apartidario, ninguna ideología y no sabe/no puede auto-ubicarse que no se leen y sólo se consignan cuando son mencionadas espontáneamente.

Voto en Segunda Vuelta de Elecciones Presidenciales 2015: teniendo en cuenta el contexto de polarización política que ha marcado el contexto electoral y poselectoral desde 2015 (Alonso & Brussino, 2018), se decidió controlar el comportamiento electoral en la última

elección presidencial. Se generó una pregunta cerrada cuyas opciones de respuesta eran: Daniel Scioli, Mauricio Macri, en blanco/impugnado, no voté.

Además, se relevaron las 4 dimensiones de la legitimidad política democrática, valores psicosociales, RWA, SDO, CMJ, clima socioemocional, tolerancia política, justificación de un golpe de estado, percepción de anomia, cinismo político, confianza política, confianza social, cohesión social y modelos de rol, eficacia política, interés político y conocimiento político tal como fueron expuestas en los [estudios instrumentales 1 y 2](#) (p.197 y p.209)

Población y Muestra

La población en estudio comprendió ciudadanos/as de 18 a 70 años residentes en la Ciudad de Córdoba. Respecto de la muestra, se trató de la misma cuyas características se describieron en el estudio 2 de representaciones sociales sobre democracia (p.236) conformada por 454 participantes seleccionados de modo no probabilístico siguiendo cuotas de edad, sexo y nivel socioeconómico.

Procedimiento de Recolección de Datos

El procedimiento de recolección de datos es idéntico al expuesto en secciones anteriores (p.199). Implicó la construcción de un cuestionario cerrado que se administró en formato papel, de modo individual y personal previo consentimiento informado de los/as participantes (Anexo 3: cuestionario aplicado en el estudio poblacional). Además, se garantizó el anonimato y la confidencialidad en el tratamiento de los datos, así como la voluntariedad de la participación.

Análisis de Datos

En primera instancia se realizaron una serie de análisis descriptivos que nos permitieron conocer las características sociodemográficas de nuestra muestra, así como la distribución de los resultados en la misma. Respecto de los datos de escalas, se obtuvieron puntuaciones medias y desviación estándar. Además, se obtuvieron los índices de asimetría y curtosis para detectar variables que no asumieran una distribución normal (ver anexo 4). En segunda instancia, se examinaron las propiedades psicométricas de las variables en estudio a través de análisis factoriales confirmatorios utilizando el método de máxima verosimilitud en el software AMOS 19 y del cálculo de la consistencia interna con el estadístico Alfa de

Cronbach. Los indicadores de ajuste y criterios de confiabilidad fueron los mismos que aquéllos expuestos en los estudios instrumentales (p.200) y los resultados fueron consignados en la sección: instrumentos de recolección de datos correspondiente a este estudio (p.274). En función de estos indicadores y de la estructura resultante, se construyeron las escalas correspondientes. Además, se identificaron y reemplazaron valores perdidos. Debido a un control de calidad durante el proceso de toma de datos, estos representaron porcentajes muy pequeños de la muestra que en ningún caso superaron el 3%. De cualquier modo, se utilizó el método de estimación multivariante para su reemplazo por ser considerado más adecuado que el reemplazo por la media.

En un segundo momento, se procedió a la identificación de casos atípicos tanto a nivel univariado (gráficos de caja) como multivariado. En este último caso, se utilizó como criterio el estadístico de distancia de Mahalanobis, considerando atípicos aquellos casos que obtuvieran una significación estadística menor a ,001. Este procedimiento resultó en la eliminación de 8 casos con puntuaciones atípicas.

En tercer lugar, se procedió a la conformación de las escalas de acuerdo con los modelos expuestos en los tres estudios instrumentales ([Capítulo 4](#)). Una vez que se obtuvieron los puntajes para cada variable, se estimó una matriz de correlaciones bivariadas para conocer la relación entre las mismas¹³. Esto nos permitió tener una mejor comprensión de los datos, así como tomar decisiones acerca de que variables y grupos de variables incluir en nuestros análisis multivariados. En función de ello, y previo a la estimación de modelos multivariados, se procedió a la comprobación de los supuestos subyacentes a este tipo de análisis. Así se controlaron la normalidad (uni y multivariada), la homocedasticidad, linealidad, y ausencia de multicolinealidad. Así, la normalidad univariada se evaluó a través de indicadores de asimetría y curtosis, considerando problemáticos valores de asimetría inferiores a ± 3 y de curtosis superiores a ± 10 (Pérez, Medrano & Sánchez Rosas, 2013). Todas las variables obtuvieron valores dentro de los límites propuestos (Ver anexo 4, tabla A1). Por su parte, la normalidad multivariada fue examinada a través del coeficiente de Mardia usando el software estadístico AMOS y, siguiendo el criterio propuesto por Pérez et al. (2013), se consideraron aceptables valores menores a 70, dado que el método de estimación utilizado es robusto ante desviaciones ligeras de la normalidad. Es preciso mencionar que sólo dos de

¹³ Por cuestiones de espacio, en este trabajo se reportan solo las asociaciones y relaciones bivariadas de las dimensiones de la legitimidad política democrática entre sí y con las variables sociodemográficas.

los modelos obtuvieron coeficientes entre 20 y 23 (el modelo explicativo de la valoración de la democracia como ideal y el modelo explicativo de la preferencia por la democracia en una submuestra de personas de izquierda), mientras que la mayoría de los restantes obtienen puntuaciones por debajo de 7.

Respecto del supuesto de homocedasticidad, que refiere a que las variables dependientes exhiban iguales niveles de varianza a lo largo del rango del predictor de las variables (Hair, et al., 1999), fue examinado al momento de la estimación de los modelos de regresión múltiple a través de la inspección de los gráficos de dispersión de los valores tipificados de los residuos con los valores tipificados. Estos gráficos fueron utilizados también para la determinación del supuesto de linealidad. Además, se obtuvieron los gráficos parciales para identificar la existencia de alguna variable que incumpliera este supuesto.

Finalmente, evaluamos la multicolinealidad entre las variables independientes utilizando diferentes métodos complementarios. En primer lugar, estimamos una matriz de correlaciones entre las variables independientes teniendo en cuenta que aquellas que tengan correlaciones elevadas entre sí podrían presentar problemas de colinealidad. Adicionalmente, al momento de estimar los modelos de regresión múltiple se obtuvieron los valores de tolerancia y el factor de inflación de la varianza (VIF). Siguiendo el criterio de Hair et al. (1999), se esperan indicadores cercanos a 1 y, se entiende que mientras menor sea el valor de tolerancia y mayor el VIF, mayor será el grado de colinealidad. De cualquier modo, teniendo en cuenta que algunas de nuestras variables representan diferentes aspectos de un mismo constructo teórico, cierto nivel de colinealidad es esperable y aceptable. No se identificaron niveles problemáticos de multicolinealidad.

A continuación, se procedió a la estimación de modelos de regresión multivariados utilizando la técnica de pasos sucesivos. Esta técnica implica que las variables ingresan al modelo sucesivamente y sólo en la medida en que aporten significativamente a la explicación de la variable dependiente. Además, en este caso fueron ingresadas por bloques según se tratase de variables sociodemográficas, de contexto, aspectos ideológicos y valores o variables cognitivas.

En función de estos resultados y de las hipótesis planteadas a partir de antecedentes teóricos y empíricos, se probaron una serie de modelos path (o análisis de senderos) utilizando el método de estimación de máxima verosimilitud. Es preciso destacar que se

realizó un uso exploratorio de esta técnica, teniendo en cuenta que no hay en la literatura previa modelos teóricos multidimensionales con evidencia empírica consistente. La técnica del análisis de senderos implica una serie de regresiones múltiples sucesivas que nos permiten conocer los aportes directos e indirectos de las variables a la explicación de una variable dependiente y , en consecuencia, conocer el rol mediador de algunas de ellas. Operativamente, el método es similar al mencionado respecto de los análisis factoriales confirmatorios a través del software AMOS. Los indicadores de adecuación de los modelos que se presentan aquí y sus correspondientes valores de referencia son también idénticos (p.202). Además, para cada modelo se consignaron los efectos directos, indirectos y totales de las variables con sus correspondientes intervalos de confianza (IC) estimados a través de un método de remuestreo (bootstrapping) en 500 muestras con intervalos de confianza del 95%.

Resultados

En esta sección exponemos los resultados de los análisis descriptivos sobre nuestras variables dependientes. En primera instancia, señalamos que los niveles de asimetría y curtosis para todas las dimensiones se encuentran dentro de los límites aceptados por la literatura (Aaron & Aaron, 2001), aunque la curtosis de la preferencia por la democracia se encuentra ligeramente elevada. Además, se muestran datos de la distribución de las puntuaciones de las dimensiones de la legitimidad política democrática (Tabla 3.1). De la inspección de esta tabla se desprende que las puntuaciones medias son comparativamente más bajas en las dimensiones específicas de la percepción de legitimidad (justificación de la democracia argentina y satisfacción con la democracia) y notablemente más altas y muy por encima de la media teórica en las dimensiones del apoyo difuso (preferencia por la democracia y democracia como ideal). Esto replica lo hallado en la literatura previa respecto de las orientaciones y vinculaciones diferenciales con el sistema político según se trate de un apoyo explícito en abstracto o una adhesión al sistema político en su aplicación real. En función de estos datos se establecerá una comparación entre perfiles ciudadanos teniendo en cuenta estas distancias (capítulo 7). Más específicamente, el 47,3% de la muestra se ubica por debajo de la media teórica en la justificación de la democracia argentina y el 36,9% lo hace para la variable de satisfacción con la democracia. Contrariamente, casi la

totalidad de los participantes tienen puntuaciones superiores a la media teórica en las variables de preferencia por la democracia (97,6%) y democracia como ideal (96,9%).

Tabla 3.1

Media, desviaciones estándar y asimetría y curtosis de las escalas de legitimidad política democrática (N=454)

	Min.	Máx.	M	SD	Asimetría	Curtosis
Justificación de la democracia argentina	8	40	17,5	5,4	,421	-,386
Satisfacción con la democracia	4	24	11,6	3,7	-,12	1,17
Preferencia por la democracia	4	24	19,9	4,3	-,133	1,9
Democracia como ideal	3	18	19,8	4,0	-,247	-,517

Respecto de la relación de las dimensiones entre sí (tabla 3.2), la justificación de la democracia argentina tiene relaciones no significativas o bajas con el resto de las dimensiones, lo cual resultaba esperable teóricamente. Por otra parte, las otras tres dimensiones tienen relaciones moderadas entre sí, siendo componentes relacionados pero diferenciables de un mismo constructo de apoyo a la democracia.

Tabla 3.2

Relaciones bivariadas entre las dimensiones de la legitimidad política democrática

	(1)	(2)	(3)	(4)
(1) Justificación de la democracia argentina	1	,109*	,063	,217***
(2) Satisfacción con la democracia		1	,530**	,342***
(3) Preferencia por la democracia			1	,323***
(4) Democracia como ideal				1

*** $p \leq ,001$; * $p \leq ,05$

En relación con las variables sociodemográficas, el sexo no se asoció significativamente con ninguna de las dimensiones de la legitimidad política. Por su parte, la edad sólo se relacionó positiva y significativamente con la dimensión del apoyo al ideal democrático. Respecto del NE y el NSE, sólo la justificación de la democracia argentina (la dimensión más específica del apoyo) no se relacionó con ninguna de ellas y el apoyo al ideal democrático no lo hizo con el NE. En el resto de los casos, las relaciones fueron positivas y estadísticamente significativas, señalando que son las personas de más estatus las que más legitiman el sistema político (tabla 3.3) (Cohen et al., 2017). En conjunto, los datos son más consistentes con la perspectiva de justificación de sistema que con los postulados de las teorías de la posmodernización. Sin embargo, las relaciones son apenas moderadas y, como veremos más adelante, no siempre se sostienen a nivel multivariado.

Tabla 3.3

Relaciones bivariadas entre la legitimidad política democrática y la edad, el nivel educativo (NE) y el nivel socioeconómico (NSE)

	Edad	NE	NSE
Justificación de la democracia argentina	,020	-,019	,039
Satisfacción con la democracia	-,061	,329***	,311***
Preferencia por la democracia	,049	,278***	,252***
Democracia como ideal	,135**	,075	,114*

A continuación, presentamos los resultados correspondientes a los análisis de senderos (*path analysis*) cuyo objetivo fue identificar cuáles de nuestras variables en estudio resultaban predictores significativos de distintos conjuntos de actitudes hacia el sistema político argentino en particular y hacia la democracia en general. Para cada dimensión de la legitimidad política (justificación de la democracia argentina, satisfacción con la democracia, preferencia por la democracia y valoración de la democracia como ideal) se presenta primero el modelo para la muestra con población general y, en segunda instancia, una serie de modelos con submuestras segmentadas en función de dos variables relevantes para nuestro campo: el autopoicionamiento ideológico y la sofisticación política. En un estudio previo (Capítulo 5), dábamos cuenta de que las representaciones sociales sobre democracia tenían una estructura diferente al interior de estos grupos de modo que resulta pertinente conocer si también se registran diferencias entre ellos respecto a cómo se configuran las actitudes hacia este objeto político.

Asimismo, es preciso señalar que el orden de presentación de los modelos según su variable dependiente sigue un criterio teórico. Así, empezaremos exponiendo aquellos modelos que buscan explicar actitudes más específicas hacia el sistema político y hacia la democracia, para luego abordar actitudes más generales hacia la democracia. Para cada caso se consignan los modelos finales en los cuales solo se incluyen las variables y enlaces significativos priorizando la obtención de modelos parsimoniosos.

Justificación de la Democracia Argentina

En la figura 3.1 se expone el modelo para esta variable dependiente en la muestra general (N=385). Es preciso destacar que, para la estimación de estos análisis, debieron eliminarse los casos de aquellas personas que no podían identificarse con ninguna ideología dado que constituían casos perdidos para esta variable y el procedimiento estadístico aplicado es sensible a ellos.

Además, señalamos que cada vez que se presenta la figura de un modelo se muestran sólo los enlaces hipotetizados que resultaron significativos. Asimismo, las variables exógenas puras están covariadas entre sí, pero no se representa gráficamente por razones de espacio. Tampoco se incluyen los errores de las variables endógenas, aunque fueron estimados en los modelos.

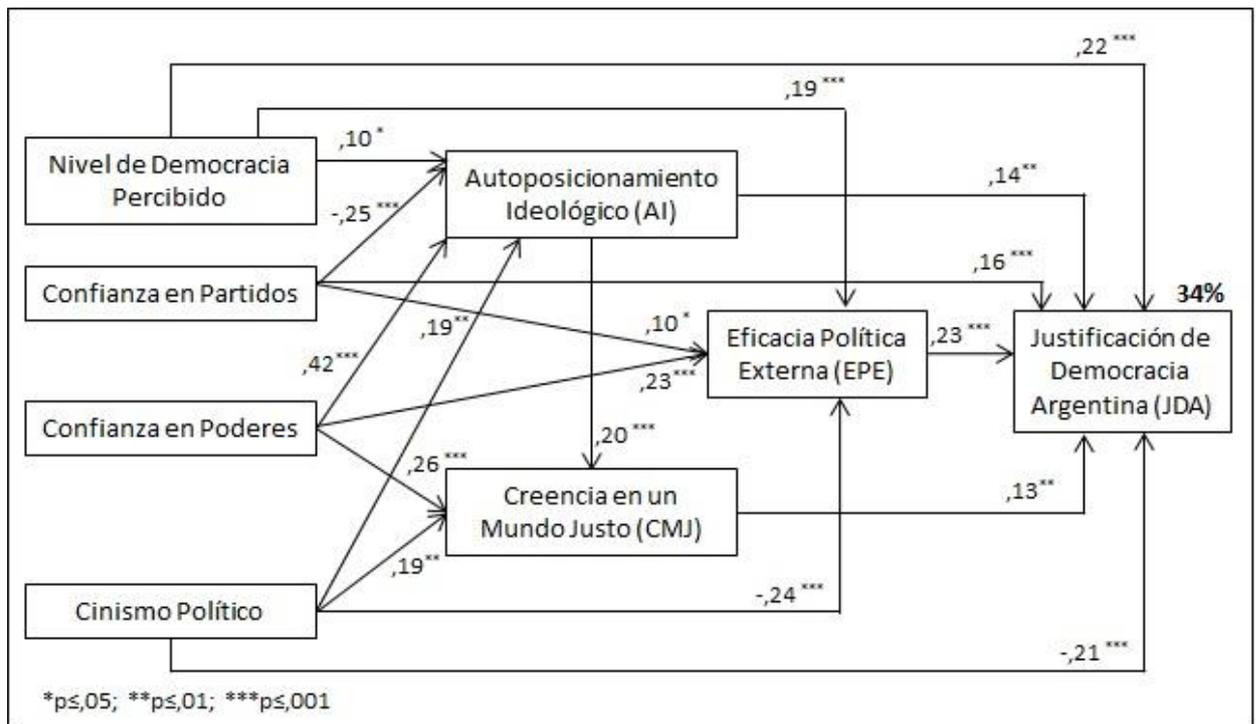


Figura 3.1
Modelo de Justificación de la Democracia Argentina (N=385).

Como puede observarse, el poder explicativo de este modelo es modesto. De cualquier modo, los indicadores de ajuste de este son adecuados (tabla 3-4).

Tabla 3.4
Índices de adecuación para el modelo de Justificación de la Democracia Argentina (N=385).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	7.554 ^a	1.511	.020	.995	.996	.036 ^b

^agl=5; p=.183; ^b IC: .000-.086

A continuación, se exponen los efectos totales, directos e indirectos estandarizados de las variables incluidas en el modelo. Además, se consignan los intervalos de confianza estimados (tabla 3.5). Esta tabla está conformada de modo que, para cada variable endógena (puras y mediadoras) se consignan todos los efectos que ésta recibe. Además, los intervalos de confianza ayudan, no solo a la interpretación de la magnitud del efecto de cada enlace, sino también a estimar la confiabilidad de cada efecto estandarizado.

Tabla 3.5

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables de las variables en el modelo de Justificación de la democracia argentina (N=385)

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A AI									
Nivel de Democracia	.102	-.009	.212	-	-	-	.102	-.009	.212
Confianza en Partidos	-.246	-.345	-.155	-	-	-	-.246	-.345	-.155
Confianza en Poderes	.420	.327	.512	-	-	-	.420	.327	.512
Cinismo Político	.189	.083	.275	-	-	-	.189	.083	.275
A CMJ									
Nivel de Democracia	-	-	-	.021	.000	.061	.021	.000	.061
Confianza en Partidos	-	-	-	-.050	-.097	-.016	-.050	-.097	-.016
Confianza en Poderes	.263	.156	.386	.086	.026	.150	.349	.250	.453
Cinismo Político	.185	.069	.274	.039	.010	.080	.224	.111	.306
AI	.204	.059	.333	-	-	-	.204	.059	.333
A EPE									
Nivel de Democracia	.191	.092	.296	-	-	-	.191	.092	.296
Confianza en Partidos	.099	-.008	.209	-	-	-	.099	-.008	.209
Confianza en Poderes	.225	.135	.339	-	-	-	.225	.135	.339
Cinismo Político	-.242	-.347	-.137	-	-	-	-.242	-.347	-.137
A JDA									
Nivel de Democracia	.218	.133	.303	.061	.028	.098	.280	.191	.360
Confianza en Partidos	.156	.072	.250	-.019	-.061	.026	.137	.048	.227
Confianza en Poderes	-	-	-	.158	.112	.227	.158	.112	.227
Cinismo Político	-.212	-.293	-.120	.001	-.052	.045	-.211	-.299	-.110
AI	.144	.041	.236	.027	.006	.063	.171	.072	.260
CMJ	.130	.028	.215	-	-	-	.130	.028	.215
EPE	.231	.128	.329	-	-	-	.231	.128	.329

Tomados en conjunto, los datos muestran que son principalmente los aspectos vinculados a la evaluación del desempeño y, en menor medida, a las dimensiones sociopolíticas de la cultura política los que tiene mayor poder explicativo sobre las actitudes hacia el sistema político argentino. Esto es esperable teniendo en cuenta que se trata de las actitudes de carácter más específico y situado donde la coyuntura puede tener más relevancia que aspectos más básicos como la ideología o los valores. Así, el nivel de democracia percibido en el país (.280) junto con el cinismo político (-.211) y la eficacia política externa (.231), fueron los predictores de mayor efecto total sobre la variable dependiente. Además, la mayor parte del poder explicativo de estas variables no se vio mediado por otras, siendo así directo. Por su parte, en términos ideológicos, se registra que

nuestra variable dependiente es predicha por posiciones más conservadores, tanto en términos simbólicos (autoposicionamiento ideológico) ($,144$) como en función de la creencia en un mundo justo ($,130$).

Respecto de los efectos de las variables endógenas mediadoras, la eficacia política externa es una variable mediadora del efecto de otras como la confianza en los poderes del estado y partidos políticos y del nivel de democracia percibido. En este sentido, tanto el nivel de democracia percibido como la confianza en los poderes del estado son predictores del nivel de eficacia política de modo directo ($,191$ y $,225$ respectivamente), mientras que el cinismo político lo es de modo inverso ($-,242$). También es relevante señalar cómo el autoposicionamiento ideológico se ve predicho por estas variables de evaluación del desempeño, pudiendo ser también mediador del efecto del contexto sobre la justificación de la democracia argentina. Por la codificación de esta variable, un mayor puntaje en la misma implica una posición más hacia la derecha. Así, recibir un efecto positivo de la confianza en los poderes del estado implica que esta confianza predice mayores niveles de conservadurismo en términos simbólicos ($,420$), del mismo modo sucede con el cinismo político ($,189$) y entre estas variables exógenas y la creencia en un mundo justo. Por su parte, con la confianza en los partidos el efecto sobre el autoposicionamiento ideológico es opuesto, quienes más confían en los partidos tienden a ubicarse más hacia la izquierda ($-,246$).

A continuación, se presentan los resultados de los modelos path para los subgrupos conformados según ideología y sofisticación política.

Justificación de la Democracia Argentina según Autoposicionamiento Ideológico

En este apartado desarrollamos los modelos predictivos de la justificación de la democracia argentina al interior de tres grupos segmentados de acuerdo con su autopercepción ideológica: centroizquierda / izquierda ($N=168$), centro ($N=137$) y centroderecha / derecha ($N=80$). Quedan por fuera de este análisis aquellas personas que no adscribieron a ninguna de las etiquetas ideológicas por tratarse de un grupo pequeño y heterogéneo (en este grupo se incluyen tanto aquellas personas que no saben o no pueden ubicarse como aquellas que activamente prefieren no tomar una posición). Es preciso destacar que estas mediciones no constituyen una operacionalización del constructo ideología, aunque pueden interpretarse como un proxy de este. En este sentido, en un

estudio previo (Brussino et al, 2016) se ha dado evidencia de que, si bien las personas que se posicionan a la izquierda y la derecha suelen sostener posiciones ideológicas consistentes con esta autopercepción; quienes se ubican en el centro tienden a sostener posiciones similares a las personas de derecha.

Asimismo, es preciso mencionar que el uso corriente de los modelos path requiere de muestras de mayor tamaño. En este sentido, estos modelos con muestras pequeñas tienen un carácter *exploratorio*, con un número menor de variables seleccionadas en función de los análisis previos y requieren de confirmación con muestras de mayor tamaño.

El primer paso para nuestro análisis fue identificar si existían diferencias en los valores de nuestra variable dependiente en función de la pertenencia a uno u otro grupo de acuerdo con el autoposicionamiento ideológico. Para ello se realizó un análisis de varianza de un factor para grupos de tamaños desiguales. Si bien desde un punto de vista descriptivo encontramos que las puntuaciones medias de justificación de la democracia argentina son más bajas en el grupo de centroizquierda/izquierda ($M=17,26$) y más altas en el de centroderecha/derecha ($M=18,94$), representando el grupo de centro una puntuación intermedia -pero más cercana a la izquierda en este caso- ($M=17,55$); estas diferencias no fueron estadísticamente significativas ($F=2,788$, $gl=2$; $p=,063$). En términos de tendencia, esta variable se comporta de acuerdo con lo esperable según un enfoque de justificación de sistema donde las personas más conservadoras serían quienes más justificarían el orden social existente. En nuestro caso, a esto se suma el componente de la congruencia ideológica, dado que el partido gobernante en el momento del estudio es identificado con posiciones ideológicas más conservadoras.

En primer lugar, se expone el modelo path para el grupo de ciudadanos/as autoidentificados con la centroizquierda o izquierda. En este caso, con un menor número de variables se explica un mayor porcentaje de varianza en comparación con el modelo global, alcanzando un 43%. En la [figura 3.2](#) se exponen las variables que tuvieron un rol significativo en la explicación de nuestra VD y los enlaces significativos entre ellas. Además, en la [tabla 3.6](#) se exhiben los indicadores de ajuste del modelo que, de acuerdo con los criterios expuestos anteriormente, resultan adecuados y, en la [tabla 3.7](#) los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables con los intervalos de confianza correspondientes.

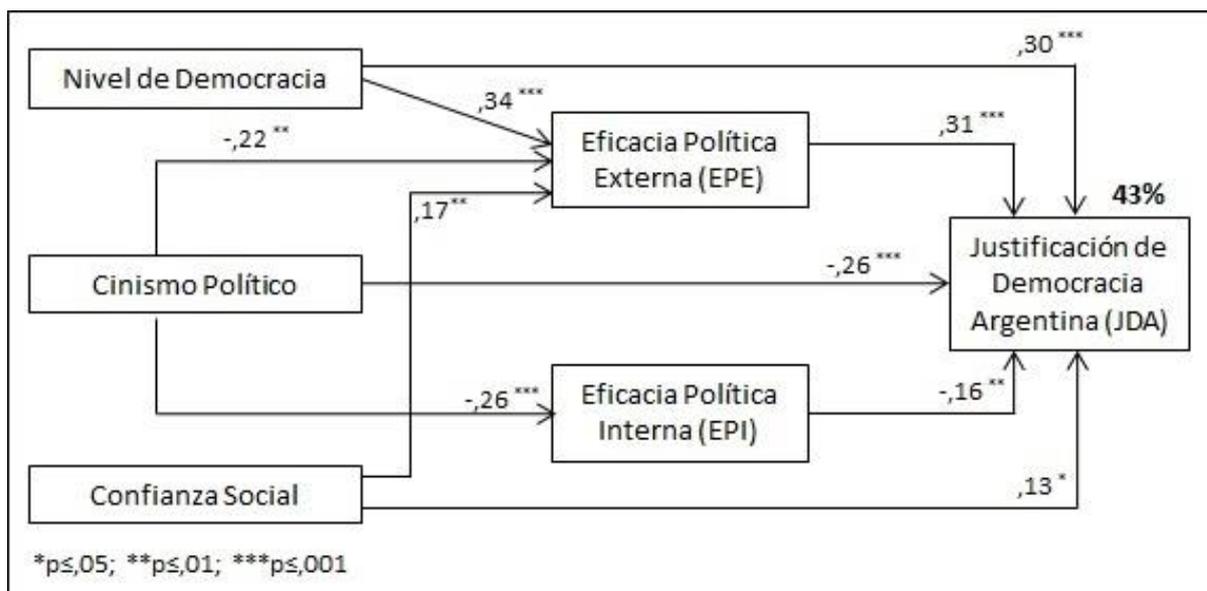


Figura 3.2

Modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

Tabla 3.6

Índices de adecuación para el modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	5.044 ^a	1.683	.037	.990	.987	.064 ^b

^a gl=3; $p=.168$; ^b IC: .000-.158

Tabla 3.7.

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables en el modelo de Justificación Democracia Argentina en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A EPE									
Nivel de Democracia	.337	.163	.488	-	-	-	.337	.163	.488
Cinismo Político	-.217	-.369	-.060	-	-	-	-.217	-.369	-.060
Confianza Social	.174	.049	.298	-	-	-	.174	.049	.298
A EPI									
Cinismo Político	-.326	-.461	-.137	-	-	-	-.275	-.461	-.137
A JDA									
Nivel de Democracia	.297	.168	.426	.105	.042	.183	.402	.308	.502
Cinismo Político	-.259	-.399	-.125	-.016	-.085	.087	-.275	-.413	-.113
Confianza Social	.127	-.040	.253	.054	.019	.101	.181	-.008	.313
EPE	.313	.136	.441	-	-	-	.313	.136	.441
EPI	-.158	-.274	-.020	-	-	-	-.158	-.274	-.020

Los resultados son consistentes con el modelo general, donde primaba el efecto de variables vinculadas a la evaluación del desempeño y el contexto sociopolítico, sumándose aquí el rol de la eficacia política interna. Además, los aspectos ideológicos que antes operaban como modeladores ahora no tienen un efecto significativo, lo cual puede ser esperable teniendo en cuenta que se trata de un grupo que comparte -al menos algunas- características ideológicas.

La variable que mayor aporte explicativo realizó fue el nivel de democracia percibido ($,402$), lo cual mostraría la importancia que tiene la experiencia democrática para este grupo al momento de justificar (o no) un sistema político. En segundo lugar, la eficacia política externa de modo positivo ($,313$) y el cinismo político de modo negativo ($-,259$) fueron predictores relevantes. Por su parte, el efecto de la eficacia política interna sobre nuestra variable dependiente es inverso ($-,158$), lo cual evidencia que, en la medida en que las personas tienen menor confianza en su capacidad de agencia, justificarían más el orden político vigente que, en este caso, es un sistema político donde se delega el gobierno en los representantes. Si bien tanto la eficacia política externa como -en menor medida- la interna, median parte del efecto de las variables exógenas puras, este efecto indirecto es pequeño.

A continuación, se muestra el modelo path para el grupo de participantes que se identificaron con el centro. En este caso, el porcentaje de varianza que explican nuestras variables es bajo (28%), lo cual indica que no son suficientes para explicar estas actitudes hacia la democracia argentina. En la [figura 3.3](#) se expone gráficamente el modelo y en la [tabla 3.8](#) los indicadores de ajuste de este.

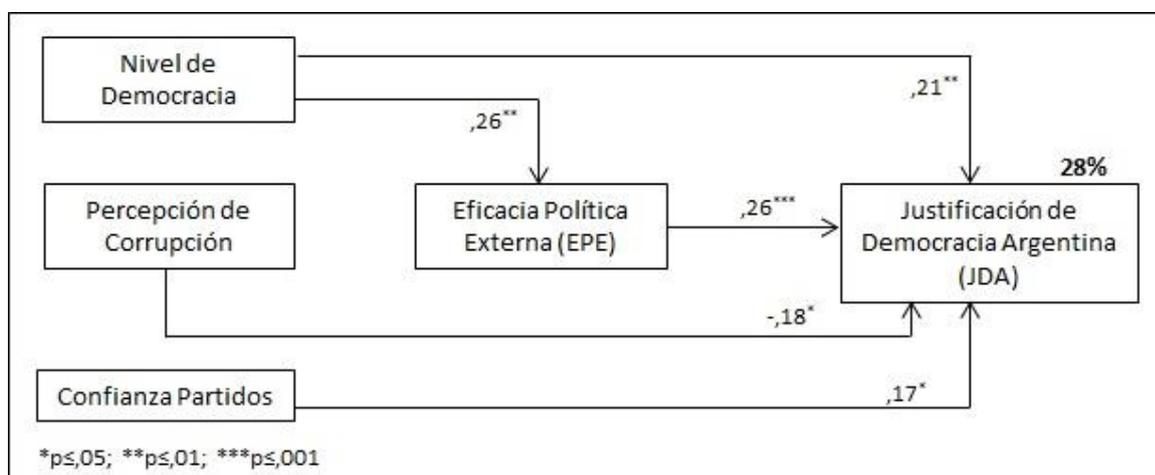


Figura 3.3.
Modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de Centro (N=137).

Tabla 3.8

Índices de adecuación del modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de Centro (N=137).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	4.580 ^a	2.290	.047	.987	.969	.097 ^b

^a gl=2; $p=.101$; ^b IC: .000 - .218

Si bien los indicadores expuestos dan cuenta de un ajuste adecuado, el error cuadrático medio de aproximación (RMSEA) -que indica la parsimonia del modelo- se encuentra ligeramente por encima del valor de referencia (.08). Esto es esperable teniendo en cuenta la cantidad de variables y el bajo porcentaje de varianza explicada.

Adicionalmente, en la [tabla 3.9](#) se consignan los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de cada una de las variables incluidas en el modelo con sus correspondientes intervalos de confianza.

Tabla 3.9

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as Centro (N=137).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A EPE									
Nivel de Democracia	.263	.089	.423	-	-	-	.263	.089	.423
A JDA									
Nivel de Democracia	.209	.052	.371	.069	.024	.163	.278	.115	.428
Percepción Corrupción	-.181	-.329	-.047	-	-	-	-.181	-.329	-.047
Confianza Partidos	.168	-.031	.348	-	-	-	.168	-.031	.348
EPE	.263	.117	.460	-	-	-	.263	.117	.460

Nuevamente, el nivel de democracia percibido (.278) y la eficacia política externa (.263) son los principales predictores y, además, están vinculadas positivamente entre sí; mediando esta última parte del efecto de la primera (.069) sobre la dependiente pura. A excepción de este caso, el resto de los efectos de las variables son directos. Además, en este modelo la confianza en partidos políticos (.168) y a la percepción de corrupción (-.181) tienen un rol en la predicción de la variable dependiente.

Finalmente, se presenta el modelo del grupo de ciudadanos/as de centroderecha y derecha ([figura 3.4](#)). Este grupo tiene un tamaño significativamente menor (N=80), lo cual puede afectar el ajuste de nuestro modelo. Sin embargo, aquí el porcentaje de varianza explicada es relativamente mayor, aunque con un número también mayor de variables

predictoras. Hay un núcleo central de variables que permanece constante en los distintos modelos explicativos.

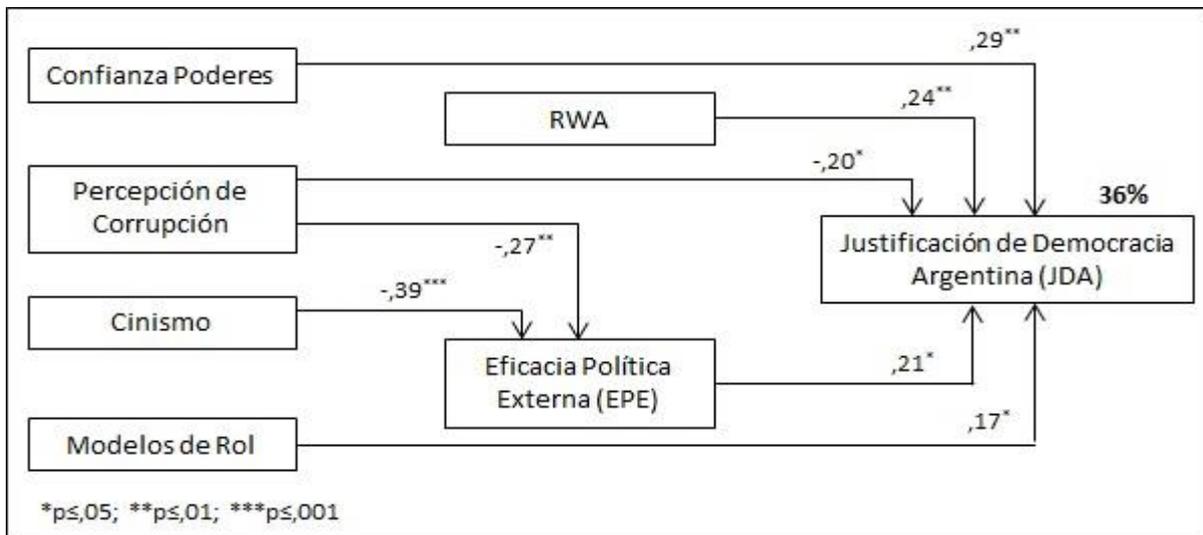


Figura 3.4
 Modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as centroderecha /derecha (N=80).

En la [tabla 3.10](#) se muestran los índices de adecuación del modelo para este subgrupo que, si bien son mejores que en el caso de la submuestra de centro, no son óptimos. Particularmente, un RMSEA ligeramente por encima del valor de referencia indica que nuestro modelo no es suficientemente parsimonioso. Por su parte, en la [tabla 3.11](#) se señalan los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de justificación de la democracia argentina en el grupo de personas que se identifican con la derecha. Además, se consignan los intervalos de confianza estimados luego del procedimiento de remuestreo (bootstrapping).

Tabla 3.10.

Índices de adecuación para el modelo de Justificación de la Democracia Argentina en una submuestra de ciudadanos/as de centroderecha /derecha (N=80).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	13.340 ^a	1.667	.075	.956	.927	.092 ^b

^a gl=8; $p=.101$; ^b IC: .000 - .176

Este modelo es el que muestra las mayores diferencias respecto del general. En primer lugar, el principal predictor en los otros casos -el nivel de democracia percibido- no resulta una variante relevante para este grupo, donde priman cuestiones de desempeño vinculadas a la confianza. De modo más específico, es la confianza en los poderes del estado la que tiene un efecto total mayor ($.293$) que, además, es directo. Por su parte, la percepción de corrupción tiene un efecto significativo inverso ($-.256$) cuya magnitud es casi totalmente

directa (-,201) y sólo mediada parcialmente por la EPE (-,056). El efecto de la EPE en este modelo es relativamente menor, aunque significativo (,206). Otra de las diferencias con los modelos anteriores es el efecto directo, positivo y significativo del RWA sobre la justificación de la democracia (,242). Así, aún dentro del grupo que se identificaba con la derecha, tener una puntuación mayor en autoritarismo se asociaba con una mayor justificación del sistema político.

Tabla 3.11.

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de centroderecha / derecha (N=80).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A EPE									
Percepción Corrupción	-.269	-.424	-.037	-	-	-	-.269	-.424	-.037
Cinismo Político	.388	-.555	-.210	-	-	-	-.388	-.555	-.210
A JDA									
Confianza Poderes	.293	.054	.493	-	-	-	.293	.054	.493
Percepción de Corrupción	-.201	-.411	.035	-.056	-.144	.003	-.256	-.459	-.036
Cinismo Político	-	-	-	-.080	-.199	-.006	-.080	-.199	-.006
Modelos de Rol	.170	-.016	.378	-	-	-	.170	-.016	.378
RWA	.242	.057	.431	-	-	-	.242	.057	.431
EPE	.206	-.003	.404	-	-	-	.206	.003	.404

Justificación de la Democracia Argentina según Sofisticación Política

Otra variable de relevancia en estudios sobre cultura política es la sofisticación política (Weisberg y Nawara, 2010). En nuestro caso, esta se define por una combinación del interés y el conocimiento políticos. Así, entendemos que es posible que las personas construyan actitudes hacia lo político de modo diferente en función de si están más o menos interesados y tienen más o menos conocimiento de ese ámbito.

Para comprobar esto decidimos generar dos grupos de participantes de alta y baja sofisticación. Para ello, seleccionamos sólo aquellos casos que estuvieran una desviación estándar o más por encima o por debajo de la media respectivamente¹⁴. Esto resulta en una cantidad relativamente pequeña de personas en cada grupo, por lo que -nuevamente- tendremos esto en cuenta en tanto puede afectar al ajuste de los modelos.

¹⁴ Este es el mismo procedimiento utilizado para la segmentación de estos grupos en nuestro estudio de representaciones sociales sobre la democracia argentina (Capítulo 5).

Antes de la estimación del path, procedimos a realizar una prueba t para muestras independientes con el objetivo estimar si existían diferencias significativas entre los grupos en las puntuaciones en justificación de la democracia argentina. Los resultados, al igual que respecto del autopoicionamiento ideológico, indicaron que no existen diferencias significativas entre los grupos en esta variable ($t=,141$; $gl=169$; $p=,88$). De cualquier modo, se procedió a la construcción de los modelos path para determinar si, más allá del nivel de justificación, los modos de explicación de esas actitudes son diferentes en función del nivel de sofisticación política.

En primer lugar, presentamos los resultados correspondientes al grupo de baja sofisticación. Como mencionábamos antes, el procedimiento para la construcción de los modelos path se basaba tanto en aspectos teóricos como en análisis de correlación y regresión múltiple previos. Para este grupo, no fue posible construir un modelo en tanto todas las variables que predecían a la justificación de la democracia argentina eran de un mismo nivel y no tenían relaciones de mediación entre ellas. Concretamente, se trató de un modelo conformado exclusivamente por aspectos evaluativos del desempeño y el contexto político. Consecuentemente, se presenta aquí el resultado de la regresión múltiple estimada con el método de pasos sucesivos (*stepwise*), con los coeficientes beta y nivel de significación estadística de cada variable independiente ingresada (tabla 3.12).

Tabla 3.12.

Modelo de regresión de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de baja sofisticación política (N=86).

Variables Predictoras	β
Clima Negativo	.504***
Justicia Procedimental	.421***
Confianza en Partidos Políticos	.327***
Nivel Socioeconómico	-.292**
R	.755
R²	57%

*** $p \leq ,001$; ** $p \leq ,01$

Como puede observarse, este modelo de regresión consigue explicar un 57% de la varianza. Resulta llamativo que la percepción de clima negativo tenga un rol inverso al que podría esperarse teóricamente y es, a la vez, el más significativo ($\beta=,504$). Así, quienes perciben más negativamente el clima socioemocional del país son también quienes justifican más el sistema político (brindaremos una hipótesis sobre este efecto en nuestras

discusiones). Además, la percepción de justicia procedimental ($\beta=,421$) y la confianza en los partidos ($\beta=,327$) son dos factores contextuales muy relevantes. En menor medida, un menor nivel socioeconómico predice mayores niveles de justificación de la democracia argentina ($\beta=-,292$).

Por su parte, en el grupo de alta sofisticación política si pudo construirse un modelo path que, en este caso, explica el 55% de la varianza (figura 3.5). Se destaca aquí la inclusión de las variables de eficacia política y nivel de democracia que no habían realizado aportes significativos en el grupo de baja sofisticación política, pero si en otros subgrupos

En la tabla 3.13 se consignan los indicadores de ajuste del modelo. Estos muestran un ajuste adecuado, en tanto todos los valores se ubican dentro de los parámetros de referencia establecidos.

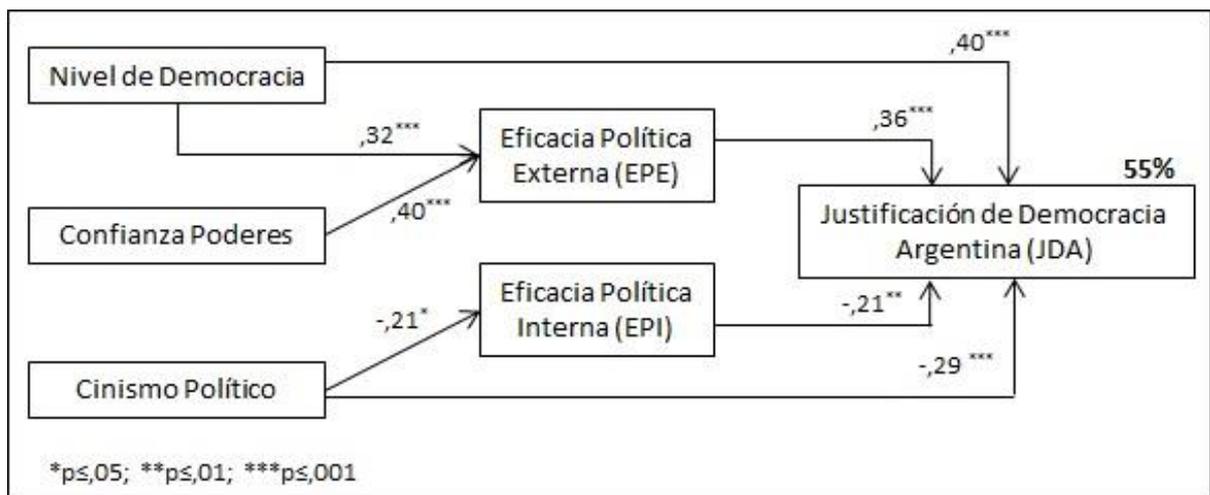


Figura 3.5. Modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

Tabla 3.13. Índices de adecuación para el modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	7.328 ^a	1.466	.054	.973	.979	.074 ^b

^a gl=5; $p=.187$; ^b IC: .000 - .180

Finalmente, en la tabla 3.14 se muestran los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables con sus correspondientes intervalos de confianza.

Tabla 3.14

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Justificación de la Democracia Argentina en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A EPE									
Nivel de Democracia	.320	.130	.511	-	-	-	.320	.130	.511
Confianza Poderes	.401	.238	.568	-	-	-	.401	.238	.568
A EPI									
Cinismo Político	-.208	-.380	-.006	-	-	-	-.208	-.380	-.006
A JDA									
Nivel de Democracia	.398	.218	.545	.114	.049	.233	.512	.354	.633
Confianza Poderes	-	-	-	.143	.055	.280	.143	.055	.280
Cinismo Político	-.294	-.480	-.130	.043	.007	.107	-.250	-.442	-.085
EPE	.356	.168	.529	-	-	-	.356	.168	.529
EPI	-.209	-.335	-.060	-	-	-	-.209	-.335	-.060

Este modelo estudiaba las actitudes específicas hacia el sistema político argentino en un grupo de personas con alto interés y conocimiento político; consecuentemente, no es sorprendente la importancia que adquiere la eficacia política -tanto interna (-,209) como externa (,356)- en la predicción de estas actitudes. Sin embargo, al igual que en modelos anteriores, estas variables se comportan opuesta una a la otra: en la medida en que las personas adscriben una mayor capacidad de respuesta a los gobiernos (EPE) tienen actitudes más favorables hacia el sistema actual; pero también lo hacen más en la medida en que tienen menor confianza en su propia capacidad de agencia (EPI). Como señalábamos antes, esto se explica en tanto nuestro sistema político tiene un carácter representativo, donde el ejercicio del poder ciudadanos es indirecto. Asimismo, la eficacia política media la acción de las variables vinculadas a la evaluación del desempeño, particularmente de la confianza en los poderes del estado, cuyo efecto sobre nuestra VD es totalmente mediado por la EPE (,143). Por su parte, el nivel de democracia percibido vuelve a ser el predictor de mayor efecto total sobre la justificación de la democracia argentina (,512), también mediado parcialmente por la EPE (,114). Finalmente, el cinismo predice menor EPI y, tanto a través de ella (,043) como -principalmente- de modo directo (-,250) predice actitudes más negativas hacia la democracia argentina.

En términos generales, se identificaron dos variables que tienen un rol más consistente en la predicción de la justificación de la democracia argentina. Por un lado, el nivel de democracia percibido y, por el otro, la eficacia política. Sin embargo, el nivel de democracia percibido no fue relevante en los grupos de centroderecha/derecha ni en los de baja sofisticación política, en ambos predominaron cuestiones coyunturales más relacionadas a la confianza y la corrupción. Para el caso de la eficacia política, fue en el grupo de baja sofisticación en el único en que no tuvo un rol significativo. Además, fue una de las principales variables mediadoras del efecto de las exógenas puras.. Por su parte, los aspectos ideológicos resultaron poco relevantes en la explicación de esta variable dependiente. Sólo en el caso de la muestra general, el autopoicionamiento ideológico y la creencia en un mundo justo tuvieron un rol predictor significativo (siendo las personas de centroderecha y derecha y quienes más perciben a al mundo como un lugar justo quiénes más justificaron a la democracia argentina) y, en el caso del grupo de ciudadanos/as de centroderecha/derecha, el RWA (también en sentido positivo). Veremos que, a diferencia de otras dimensiones de evaluación del sistema democrático, las que refieren a justificación de sistema tienden a asociarse con posiciones conservadoras.

Satisfacción con la Democracia

En el siguiente apartado, siguiendo el mismo formato que en el anterior, se presentan los modelos path para la predicción de la satisfacción con la democracia, primero para una muestra general y luego segmentada en función de variables de interés. Esta variable dependiente recoge también evaluaciones vinculadas al desempeño del sistema político, pero ya no situada en el caso argentino, sino en la democracia en sí misma como forma de gobierno. Así, tiene un nivel de abstracción relativamente mayor que la justificación de la democracia argentina y es posible que recoja evaluaciones relativamente más estables.

En la [figura 3.6](#) se observa el modelo correspondiente a la muestra global (N=385), con los enlaces significativos entre las variables. Su capacidad predictiva sobre la VD pura es moderada (35%). En la [tabla 3.15](#) se consignan los indicadores de ajuste de este modelo, que evidencian un ajuste óptimo. Respecto de los enlaces entre las variables, en la [tabla 3-16](#) se consignan los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las de las mismas, junto con sus correspondientes intervalos de confianza.

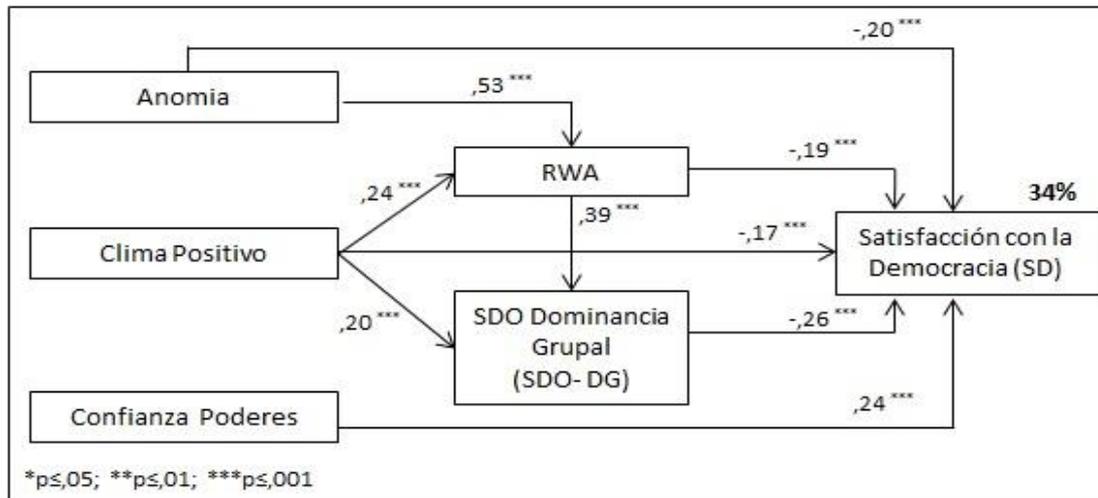


Figura 3.6
Modelo Path general para Satisfacción con la Democracia (N=385).

Tabla 3.15
Índices de adecuación para el modelo general de Satisfacción con la Democracia (N=385).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	5.630 ^a	1.877	.017	.971	.996	.044 ^b

^a gl=3; $p=.131$; ^b IC: .000 - .100

Tabla 3.16
Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Satisfacción con la Democracia (N=385).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A RWA									
Anomia	.534	.468	.596	-	-	-	.534	.468	.596
Clima Positivo	.244	.164	.307	-	-	-	.244	.164	.307
A SDO – DG									
Anomia	-	-	-	.207	.143	.266	.207	.143	.266
Clima Positivo	.205	.099	.310	.095	.060	.131	.300	.214	.396
RWA	.388	.297	.470	-	-	-	.388	.297	.470
A SD									
Anomia	-.196	-.293	-.092	-.156	.213	-.103	-.352	-.432	-.258
Clima Positivo	-.171	-.255	-.079	-.125	-.173	-.087	-.296	-.375	-.198
Confianza Poderes	.239	.156	.314	-	-	-	.239	.156	.314
RWA	-.191	-.290	-.095	-.102	-.155	-.064	-.293	-.391	-.198
SDO – DG	-.262	-.354	-.179	-	-	-	-.262	-.354	-.170

Tal como se mencionaba más arriba, y de acuerdo con un nivel de abstracción relativamente mayor de esta variable que recoge actitudes relativamente más estables, resultaba esperable que los aspectos ideológicos tuviesen un rol predictivo más importante que para la justificación de la democracia argentina.

Así, se destaca el aporte del RWA y la SDO -que además se vinculan positivamente entre sí- a la explicación de la satisfacción con la democracia. Se subraya que su vinculación con la VD no es aquí directa -como sucedía respecto de la justificación de la democracia argentina- sino inversa: esto implica que las personas menos autoritarias (-,293) y las que menos creen en la dominación de unos grupos por sobre otros (-,262) son las que se encuentran más satisfechas con la democracia. Además, estas variables median parte del efecto de las variables de cultura y desempeño político. Entre estas últimas se destaca la relevancia de la percepción de anomia: las personas que perciben mayores niveles de anomia en la sociedad son también más autoritarias (,534) y puntúan más bajo en los niveles de satisfacción con la democracia (-,352). Respecto de la percepción de clima socioemocional positivo, resulta aparentemente contradictorio que sea un predictor inverso de la satisfacción con la democracia (-,296). Su vinculación positiva con actitudes conservadoras como el RWA (,244) y la SDO- DG (,300) nos ayuda a comprender su rol en este modelo. De hecho, gran parte de su efecto sobre la VD se ejerce a través de estas variables (-,125). Es preciso destacar que, en un contexto de alta polarización política donde el partido de gobierno representa las vertientes ideológicas de la derecha, no es inesperado que las percepciones de clima positivo se vean vinculadas a actitudes conservadoras, aunque es llamativa una vinculación tan fuerte entre aspectos contextuales e ideológicos. Finalmente, la confianza en los poderes del estado tiene un efecto positivo directo sobre la satisfacción con la democracia (,239).

En los próximos apartados se presentan los modelos para los subgrupos estudiados.

Satisfacción con la Democracia según Autoposicionamiento Ideológico

Al igual que para el caso de la justificación de la democracia argentina, realizamos un análisis de varianza de un factor para comprobar si existían diferencias significativas entre grupos según su autoposicionamiento ideológico en relación con la satisfacción con la democracia. En este caso las diferencias sí fueron significativas ($F=9,579$; $gl=2$; $p\leq,001$), siendo el grupo de centroizquierda/izquierda el que mostró niveles más altos de satisfacción y se diferenció significativamente tanto de los de centro como de los de centroderecha/derecha, quienes no mostraron diferencias significativas entre sí. Esto es consistente con lo que se mostraba en el modelo general, donde eran las personas con

actitudes menos conservadoras las que más valoraban la democracia en términos de su funcionamiento.

En primer lugar, en la [figura 3.7](#) se expone el modelo path para la submuestra de personas que se identifican como de centroizquierda o izquierda (N=168). Además, en la [tabla 3.17](#) se muestran los indicadores de ajuste de este modelo. Aunque estos resultan adecuados, el modelo en conjunto tiene una capacidad explicativa modesta.

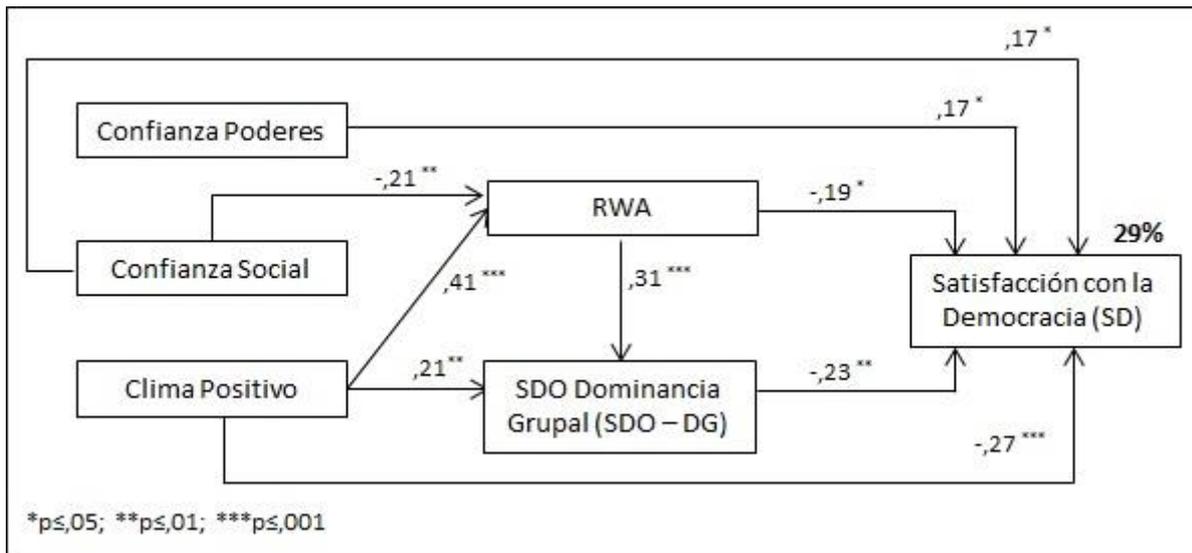


Figura 3.7.
Modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

Tabla 3.17
Índices de adecuación para el modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de centroizquierda /izquierda (N=168).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	4.533 ^a	1.511	.031	.991	.991	.055 ^b

^a gl=3; $p=.209$; ^b IC: .000 - .152

En la [tabla 3.18](#) se muestran los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas en el modelo junto con los intervalos de confianza. El modelo para este subgrupo es similar al de la muestra general. Los aspectos ideológicos que contribuyen significativamente a la explicación de la satisfacción de la democracia son los mismos (RWA y la dimensión de Dominancia Grupal de la SDO), así como también el clima positivo (-,423) y la confianza en los poderes del estado (-,171), cuyas relaciones entre sí tampoco se modifican. Por su parte, se incluye a la confianza social que contribuye positivamente a la explicación de la VD (-,229) tanto directamente (-,175) como a través del RWA (-,054). Así, las

personas que tenían una mayor confianza social también se mostraban más satisfechas con el funcionamiento de la democracia.

Tabla 3.18
Efectos directos, indirectos y totales de las variables del modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A RWA									
Confianza Social	-.209	-.350	-.054	-	-	-	-.209	-.350	-.054
Clima Positivo	-.413	.235	.548	-	-	-	.413	.235	.548
A SDO – DG									
Confianza Social	-	-	-	-.066	-.133	-.017	-.066	-.133	-.017
Clima Positivo	.206	.036	.372	.130	.066	.247	.336	.165	.485
RWA	.314	.182	.476	-	-	-	.314	.182	.476
A SD									
Confianza Poderes	.171	.009	.305	-	-	-	.171	.009	.305
Confianza Social	.175	.025	.316	.054	.008	.127	.229	.074	.355
Clima Positivo	-.268	-.403	-.123	-.155	-.252	-.073	-.423	-.545	-.278
RWA	-.187	-.377	.006	-.072	-.148	-.018	-.259	-.423	-.083
SDO – DG	-.231	-.369	-.053	-	-	-	-.231	-.369	-.053

Respecto del modelo path para el subgrupo posicionado en el centro ideológico (figura 3.8), las variables permitieron explicar un porcentaje significativamente más alto de la varianza (42%), con un modelo más robusto.

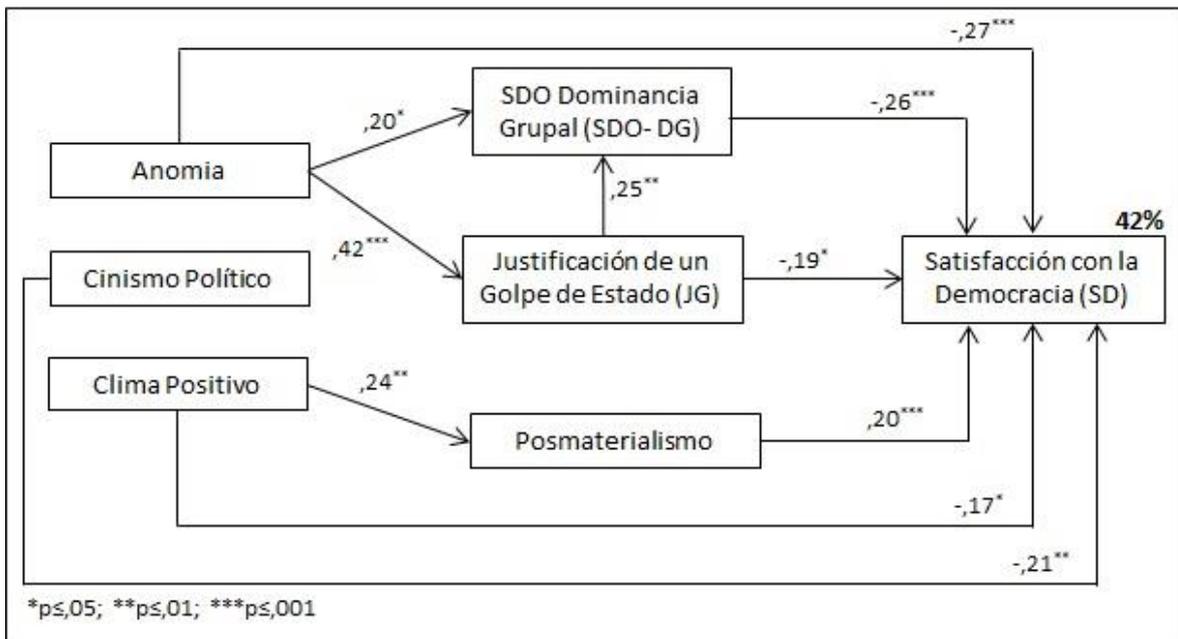


Figura 3.8.
Modelo de Satisfacción con la Democracia en Ciudadanos/as de Centro (N=137).

En la [tabla 3.19](#) se consignan los indicadores de ajuste, que resultaron adecuados y en la [tabla 3.20](#) los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas con sus correspondientes intervalos de confianza.

Tabla 3.19.

Índices de adecuación para el modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de Centro (N=137).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	11.413 ^a	1.427	.049	.919	.974	.056 ^b

^a gl=8; $p=.179$; ^b IC: 000 - .123

Tabla 3.20

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de Centro (N=137).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
SDO – DG									
Anomia	.203	.038	.389	.056	.033	.190	.306	.136	.440
JG	.247	.070	.428	-	-	-	.247	.070	.428
A Justifica Golpe (JG)									
Anomia	.415	.277	.541	-	-	-	.415	.277	.541
A Posmaterialismo									
Clima Positivo	.237	.040	.410	-	-	-	.237	.040	.410
A SD									
Anomia	-.267	-.426	-.139	-.157	-.259	-.084	-.424	-.554	-.296
Cinismo Político	-.213	-.338	-.072	-	-	-	-.213	-.338	-.072
Clima Positivo	-.169	-.298	-.033	.048	.008	.106	-.121	-.260	.023
SDO – DG	-.260	-.398	-.098	-	-	-	-.260	-.398	-.098
JG	-.186	-.319	-.057	-.064	-.147	-.020	-.250	-.379	-.099
Posmaterialismo	.203	.032	.338	-	-	-	.203	.032	.338

El clima positivo (-,121) y el factor de dominancia grupal de la SDO (-,260) son las dos variables que permanecen estables en todos los modelos de satisfacción con la democracia expuestos. Sin embargo, en este modelo cobran relevancia otros aspectos ideológicos que estaban ausentes en los modelos anteriores. Es el caso de la justificación de un golpe de estado, que contribuye negativamente (-,250), y los valores posmaterialistas que lo hacen positivamente (,203). Ambas variables tienen efectos consistentes con lo esperable desde un punto de vista teórico. Otro resultado relevante de destacar tiene que ver con el rol de la percepción de anomia que es la variable que tiene el mayor efecto total -e inverso- sobre nuestra VD (-,424). Este efecto se da tanto de modo directo (-,267) como mediado por aspectos ideológicos. Así, las personas que perciben mayores niveles de anomia también

manifiestan una mayor orientación a la dominancia grupal (.306) y justifican más un potencial golpe de estado (.415). En este sentido, puede comprenderse que esta idea de ausencia de normas sociales claras no sólo genera mayores niveles de insatisfacción con la democracia, sino que también activa actitudes defensivas del estatus quo y conservadoras.

Finalmente, la figura 3.9 da cuenta del modelo path de la submuestra de centroderecha/derecha. Este modelo consigue explicar un 31% de la varianza en la variable dependiente y tiene algunos aspectos diferenciales tanto al modelo general como a los de las otras submuestras, particularmente por el rol del nivel educativo y la eficacia política.

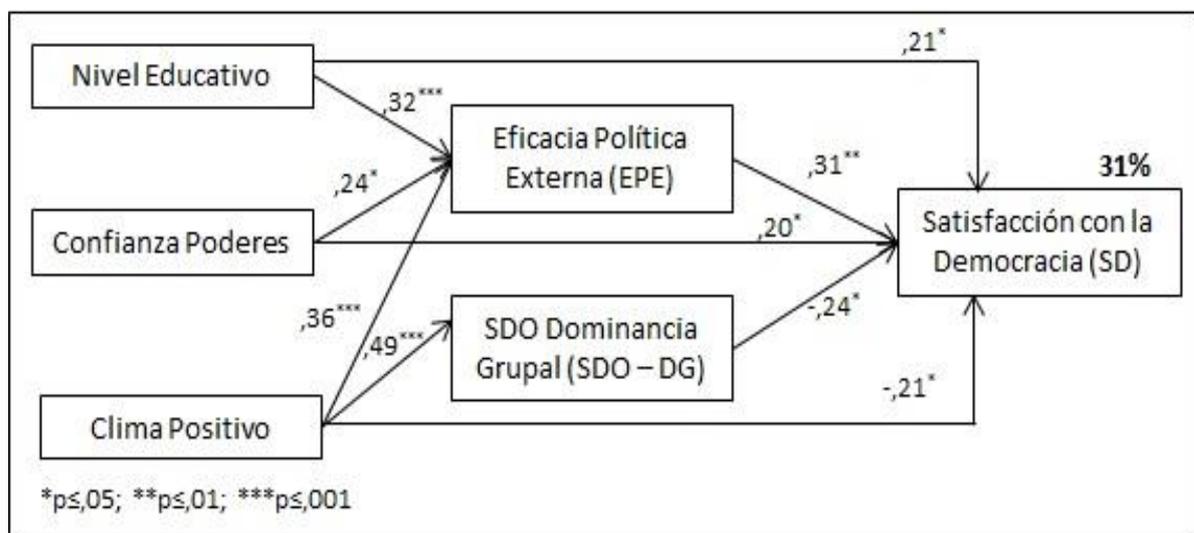


Figura 3.9 Modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de centroderecha/derecha (N=80).

Respecto de su ajuste, los indicadores resultan adecuados en todos los parámetros considerados (tabla 3.21). Sin embargo, el límite superior del intervalo de confianza (IC) para el RMSEA está por encima del valor esperado (.153).

Tabla 3.21. Índices de adecuación para el modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de centroderecha/ derecha (N=80).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	3.920	1.307	.034	.984	.988	.062

^a gl=3; p=.270; ^b IC: .000 - .209

A continuación, se exponen los efectos directos, indirectos y totales estandarizados, procurando dar cuenta de los enlaces y efectos entre las variables incluidas (tabla 3.22).

Tabla 3.22

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables en el modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de centroderecha/derecha (N=80).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A EPE									
Nivel Educativo	.322	.175	.465	-	-	-	.322	.175	.465
Confianza Poderes	.237	.062	.421	-	-	-	.237	.062	.421
Clima Positivo	.355	.174	.543	-	-	-	.355	.174	.543
A SDO – DG									
Clima Positivo	.494	.288	.637	-	-	-	.494	.288	.637
A SD									
Nivel Educativo	.208	-.003	.396	.101	.029	.218	.309	.105	.460
Confianza Poderes	.202	-.050	.411	.074	.019	.174	.276	.056	.479
Clima Positivo	-.209	-.412	.050	-.005	-.154	.174	-.214	-.376	.055
EPE	.313	.084	.540	-	-	-	.313	.084	.540
SDO – DG	-.236	-.466	.017	-	-	-	-.236	-.466	.017

El clima positivo (-,214) y el factor de dominancia grupal de la SDO (-,236) son las variables consistentemente significativas en todos los modelos y que, además, se comportan del mismo modo en términos del signo de esta vinculación. En el caso del grupo de centroderecha/ derecha se destaca el rol del nivel educativo y la eficacia política que no habían sido significativas en modelos anteriores de satisfacción con la democracia. Ambas realizan aportes positivos de modo que las personas de mayor nivel educativo (.309) y con mayor eficacia política externa (.313) manifestaron una satisfacción mayor. A su vez, están vinculadas entre sí (.322), de modo que la EPE media parte del aporte del nivel educativo sobre la VD (.101). A su vez, la EPE es también explicada por la percepción de clima positivo (.355) y la confianza en los poderes del estado (.237), de modo que media parte de su aporte explicativo al modelo.

Satisfacción con la Democracia según Sofisticación Política

En este apartado se describen los modelos explicativos de la satisfacción con la democracia dentro de los subgrupos conformados según niveles de sofisticación política. Al igual que en los análisis anteriores, previo a la estimación de estos examinamos las diferencias entre grupos en los niveles de la VD a través de una prueba t para muestras independientes. En este caso, encontramos diferencias significativas entre ambos ($t=6,04$; $gl=169$; $p\leq,001$). Así, las personas políticamente más sofisticadas manifestaron

puntuaciones medias significativamente más altas en satisfacción con la democracia (M=13,13) comparadas con las puntuaciones del grupo de ciudadanos/as de baja sofisticación política (M=10,07).

En la [figura 3.10](#) se presenta el modelo correspondiente al grupo de ciudadanos/as de baja sofisticación política. Como puede observarse, el porcentaje de varianza explicado es alto (54%). Adicionalmente, los indicadores de ajuste resultan adecuados según los parámetros de referencia considerados, aportando evidencia de su validez ([tabla 3.23](#)).

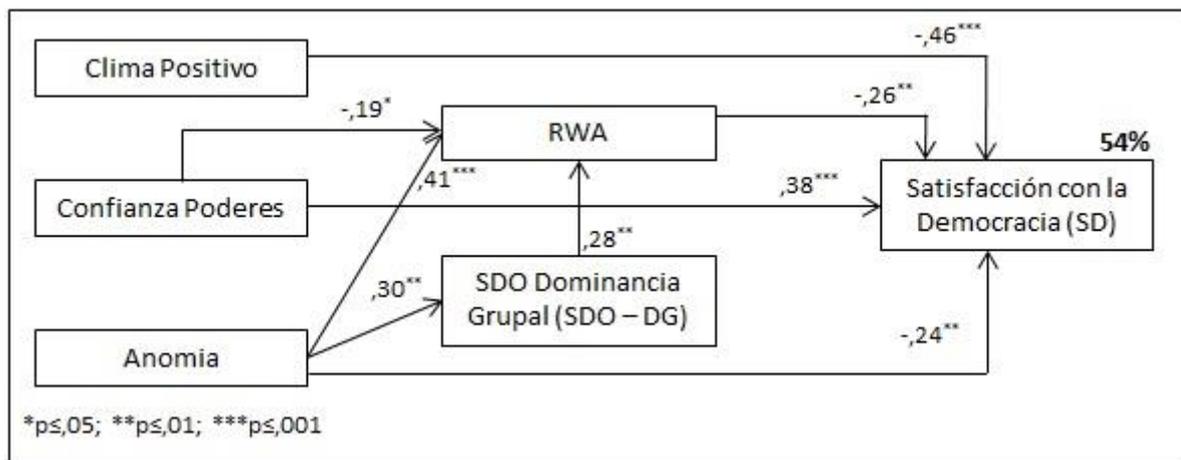


Figura 3.10. Modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

Tabla 3.23 Índices de adecuación del modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

	X ²	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	5.249	1.312	.049	.980	.990	.061

^a gl=4; p=.263; ^b IC: .000 - .185

Por su parte, en la [tabla 3.24](#) mostramos los efectos directos, indirectos y totales de las variables y los intervalos de confianza para dar cuenta de las relaciones directas y de mediación entre las mismas. En este caso el clima positivo, al igual que en los modelos anteriores, sigue teniendo un rol relevante -y de signo negativo- en la predicción de la VD (-,461), aunque su efecto es totalmente directo; mientras que la dimensión de dominancia grupal de la SDO tiene un efecto relativamente menor e indirecto (-,074), mediado por el RWA que es el elemento ideológico que realiza un aporte explicativo mayor (-,263). De hecho, este modelo en la submuestra de baja sofisticación es similar (aunque más potente en términos de varianza explicada) al de la muestra general, en tanto la percepción de

anomia (-,370) y la confianza en los poderes del estado (,430) también realizaron un aporte significativo en ambos casos, tanto directo como a través de aspectos ideológicos. Esto es consistente con resultados anteriores, principalmente en lo que respecta a una asociación potente entre la percepción de anomia y orientaciones de justificación de sistema (RWA y SDO en este caso).

Tabla 3.24

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A RWA									
Confianza Poderes	-.190	-.376	.006	-	-	-	-.190	-.376	.006
Anomia	.412	.232	.567	.083	.022	.176	.495	.333	.643
SDO – DG	.282	.123	.457	-	-	-	.282	.123	.457
A SDO – DG									
Anomia	.295	.076	.476	-	-	-	.295	.076	.476
A SD									
Clima Positivo	-.461	-.653	-.294	-	-	-	-.461	-.653	-.294
Confianza Poderes	.381	.205	.537	.050	.003	.129	.431	.260	.575
Anomia	-.239	-.394	-.046	-.130	-.259	-.043	-.370	-.509	-.211
SDO – DG	-	-	-	-.074	-.195	-.018	-.074	-.195	-.018
RWA	-.263	-.461	-.097	-	-	-	-.263	-.461	-.097

Finalmente, el modelo path para el grupo de alta sofisticación política muestra una menor capacidad predictiva (32%) y la inclusión de algunas variables diferentes (figura 3.11).

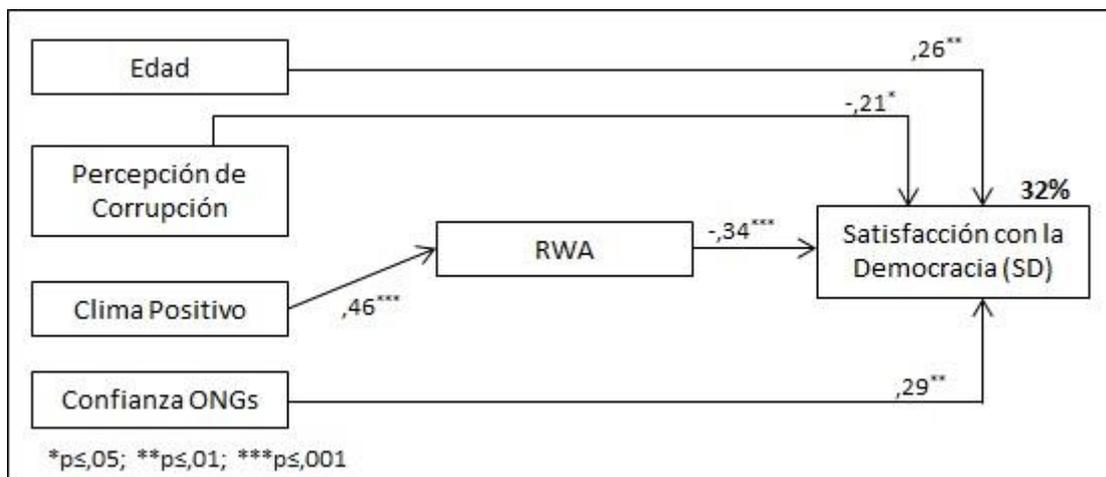


Figura 3.11.

Modelo Path para Satisfacción con la democracia en una submuestra Alta Sofisticación Política (N=85).

Respecto de su ajuste, los indicadores que se exponen en la [tabla 3.25](#) evidencian problemas vinculados a su parsimonia, dado que el error cuadrático medio de asociación (RMSEA) se encuentra por encima de lo esperado. En efecto, se trata de un modelo cuyos efectos son casi exclusivamente directos y no explica un porcentaje alto de la varianza. El resto de los índices considerados se encuentra dentro de los parámetros esperables.

Tabla 3.25.

Índices de adecuación para el modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	7.391 ^z	1.848	.059	.969	.930	.106 ^b

^a gl=4; $p=.117$; ^b IC: .000 – .225

A continuación, se muestran los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas con los correspondientes intervalos de confianza ([tabla 3.26](#)).

Tabla 3.26

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Satisfacción con la Democracia en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A RWA									
Clima Positivo	.456	.250	.647	-	-	-	.456	.250	.647
A SD									
Edad	.259	-.013	.460	-	-	-	.259	-.013	.460
Percepción de Corrupción	-.213	-.404	-.020	-	-	-	-.213	-.404	-.020
Clima Positivo	-	-	-	-.154	-.300	-.051	-.154	-.300	-.051
Confianza ONGs	.291	.059	.446	-	-	-	.291	.059	.446
RWA	-.338	-.532	-.092	-	-	-	-.338	-.532	-.092

Las variables clima positivo (-,154) y RWA (-,338) siguen teniendo un poder explicativo significativo en este subgrupo, aportando de modo inverso a la satisfacción con la democracia. Así, se identifica un rol consistente de estas que, además, en todos los casos se vincularon positivamente entre sí. Sin embargo, en el caso de los ciudadanos políticamente más sofisticados, el aporte del clima es solo indirecto y mediado por el nivel de autoritarismo, sobre el que tiene un efecto directo significativo (,456). Asimismo, en este grupo resultan relevantes otras variables que no habían sido significativas en otros modelos. Así es que tanto la edad (,253) como aspectos relativos a la confianza (confianza en ONGs y

percepción de corrupción) son variables significativas, aportando de modo directo a la explicación de la VD.

En términos generales, no fue posible identificar un grupo de variables que consistentemente predijeran estas actitudes: la única variable que mantiene un rol constante en todos los modelos de satisfacción con la democracia es el clima positivo. Asimismo, en todos los modelos se evidencia la relevancia de aspectos relativos al desempeño, principalmente a la confianza en los poderes del estado, a excepción del grupo de centro donde predominan aspectos de cultura política relativos al contexto social y político (anomia y cinismo político). En relación con las orientaciones justificación de sistema, estas median gran parte del efecto de las variables exógenas, ejerciendo también efectos directos sobre la satisfacción con la democracia. Así, en estos modelos los aspectos ideológicos adquieren más relevancia respecto del rol que tenían en la explicación del apoyo específico a la democracia argentina. Particularmente, se destaca el rol de la dimensión de dominancia grupal de la SDO en casi todos los modelos (con excepción del grupo de alta sofisticación) y del RWA. Una dimensión de los valores -posmaterialismo- sólo tuvo efecto en el grupo de ciudadanos/as de centro.

Preferencia por la Democracia

A continuación, se consignan los resultados de los modelos explicativos correspondientes a la preferencia por la democracia. Como se mencionó al inicio, los análisis van moviéndose progresivamente hacia dimensiones más abstractas de la valoración de la democracia. En el caso particular de esta dimensión, se indagaba por la preferencia por la democracia sobre otras alternativas de gobierno.

Como puede observarse, el modelo propuesto consigue explicar un porcentaje importante de la varianza (40%). Además, se destaca que es un modelo donde predominan fuertemente los aspectos ideológicos, pero -a diferencia de la justificación de la democracia argentina- en este caso las variables asociadas a actitudes conservadoras se relacionan negativamente con la VD (figura 3.12).

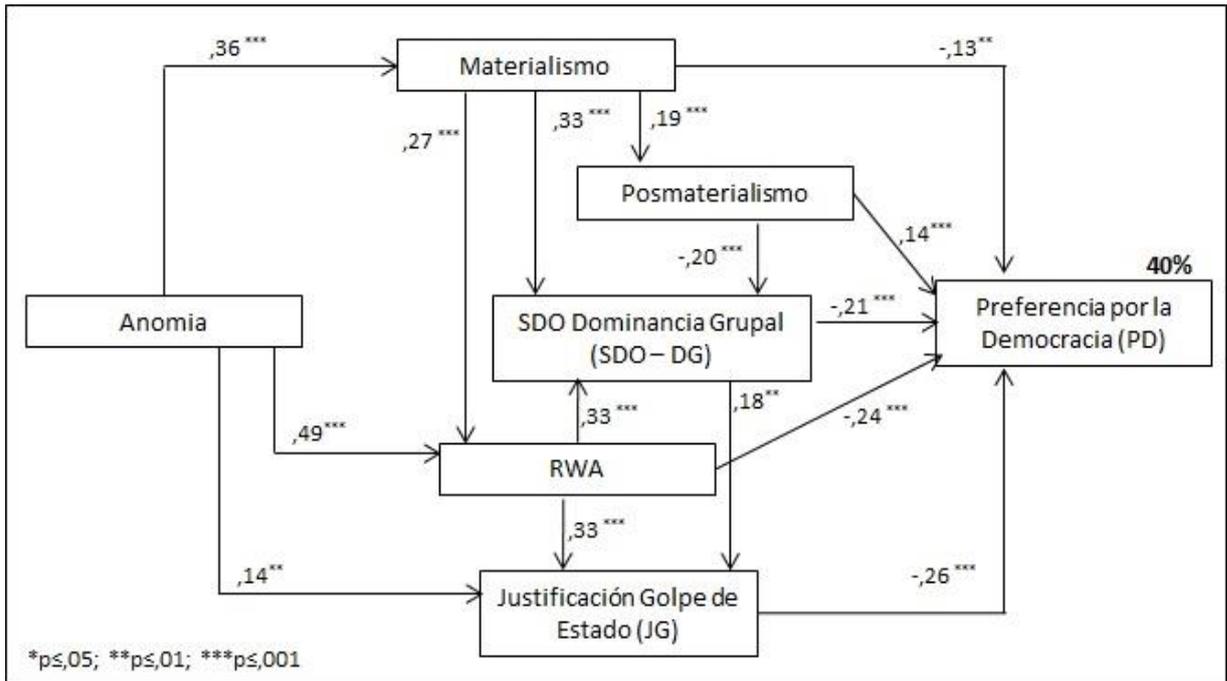


Figura 3.12. Modelo de Preferencia por la Democracia (N=385).

En la tabla 3.27 se exponen los indicadores de ajuste, que resultaron adecuados y en la tabla 3.28 los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas junto con sus intervalos de confianza.

Tabla 3.27. Índices de adecuación del modelo de Preferencia por la Democracia (N=385).

	X ²	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	11.391 ^a	1.899	.023	.992	.992	.048 ^b

^a gl=6; p=.077; ^b IC: .000 - .091

Este modelo es predominantemente ideológico, lo cual es esperable en tanto se indagan actitudes hacia sistemas políticos no democráticos y autoritarios además de la democracia. La justificación de un golpe de estado aporta directamente a la preferencia por la democracia, en el sentido de que quienes más lo justifican son quienes menos prefieren este sistema (-,263). Sin embargo, contrario a lo que podría esperarse, no es la variable de mayor efecto, aunque si media el efecto de todas las variables ideológicas del modelo. De estas, es el RWA el principal predictor de nuestra VD (-,405). Por su parte, los valores tienen efectos tanto directos como mediados por aspectos ideológicos. Resulta llamativo que, si bien los valores materialistas y posmaterialistas se vinculan positivamente entre sí (.187), su efecto sobre la preferencia por la democracia es de signo diferente, de acuerdo con lo esperado teóricamente. Así, una menor preferencia por valores materialistas (-,276) y una

mayor preferencia por valores posmaterialistas (.187) predicen actitudes favorables a la democracia en este modelo. Esto puede explicarse en función de lo que señalaban Pereira et al. (2005) de que los valores sociales no tienen se oponen entre sí, dado que todos remiten a metas deseables. Por otra parte, los valores materialistas se asocian significativamente con mayores niveles de autoritarismo (.270) y SDO (.376), mientras que los posmaterialistas lo hacen negativamente con la SDO (-.204). Finalmente, la única variable más vinculada a la cultura política que ingresa al modelo es la percepción de anomia, pero su aporte explicativo es totalmente mediado por aspectos ideológicos (RWA, Justificación de un golpe de estado) y valores materialistas (-.405). En este modelo no ingresan aspectos cognitivos.

Tabla 3.28

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Preferencia por la Democracia (N=385).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A Materialismo									
Anomia	.360	.277	.428	-	-	-	.360	.277	.428
A Posmaterialismo									
Anomia	-	-	-	.067	.031	.111	.067	.031	.111
Materialismo	.187	.088	.281	-	-	-	.187	.088	.281
SDO – DG									
Anomia	-	-	-	.294	.233	.352	.294	.233	.352
Materialismo	.326	.216	.491	.050	-.004	.099	.376	.285	.458
Posmaterialismo	-.204	-.310	-.116	-	-	-	-.204	-.310	-.116
RWA	.326	.245	.442	-	-	-	.326	.245	.442
RWA									
Anomia	.487	.406	.571	.097	.062	.140	.584	.524	.652
Materialismo	.270	.180	.350	-	-	-	.270	.180	.350
Justifica Golpe (JG)									
Anomia	.144	.028	.264	.232	.170	.308	.376	.298	.467
Materialismo	-	-	-	.138	.092	.187	.138	.092	.187
Posmaterialismo	-	-	-	-.026	-.067	-.004	-.026	-.067	-.004
RWA	.333	.210	.449	.042	.010	.091	.374	.263	.477
SDO – DG	.127	.020	.249	-	-	-	.127	.020	.249
A PD									
Anomia	-	-	-	-.334	-.392	-.266	-.334	-.392	-.266
Materialismo	-.124	-.203	-.031	-.152	-.223	-.088	-.276	-.359	-.195
Posmaterialismo	.138	.059	.230	.048	.021	.097	.187	.098	.289
RWA	-.240	-.353	-.126	-.165	-.238	-.109	-.405	-.491	-.320
SDO – DG	-.203	-.318	-.087	-.033	-.082	-.007	-.237	-.356	-.119
JG	-.263	-.385	-.150	-	-	-	-.263	-.385	-.150

A continuación, se presentan los modelos path correspondientes a cada uno de los grupos segmentados según autopoicionamiento ideológico y sofisticación política.

Preferencia por la Democracia según Autopoicionamiento Ideológico

Al igual que en los casos anteriores, previo a la estimación de los modelos path realizamos un análisis de varianza de un factor para conocer si existen diferencias en el nivel de preferencia por la democracia en función del autopoicionamiento ideológico. Los resultados muestran que las personas que se identifican con la centroizquierda e izquierda tienen una media significativamente más alta ($M=21,49$) que las de centro ($M=19,60$) y las de centroderecha/derecha ($M=18,29$) en lo que respecta a su preferencia por la democracia ($F=20,05$; $gl=2$; $p\leq,001$). Sin embargo, entre estos últimos dos las diferencias no son significativas.

En la [figura 3.13](#) se expone el modelo path para el grupo de ciudadanos/as que se posicionan a la izquierda, con los enlaces estadísticamente significativos entre variables. Como puede observarse, el porcentaje de varianza explicado es importante y, nuevamente, los aspectos ideológicos son centrales. Sin embargo, en este subgrupo también resultan significativos aspectos de la cultura política y el interés político.

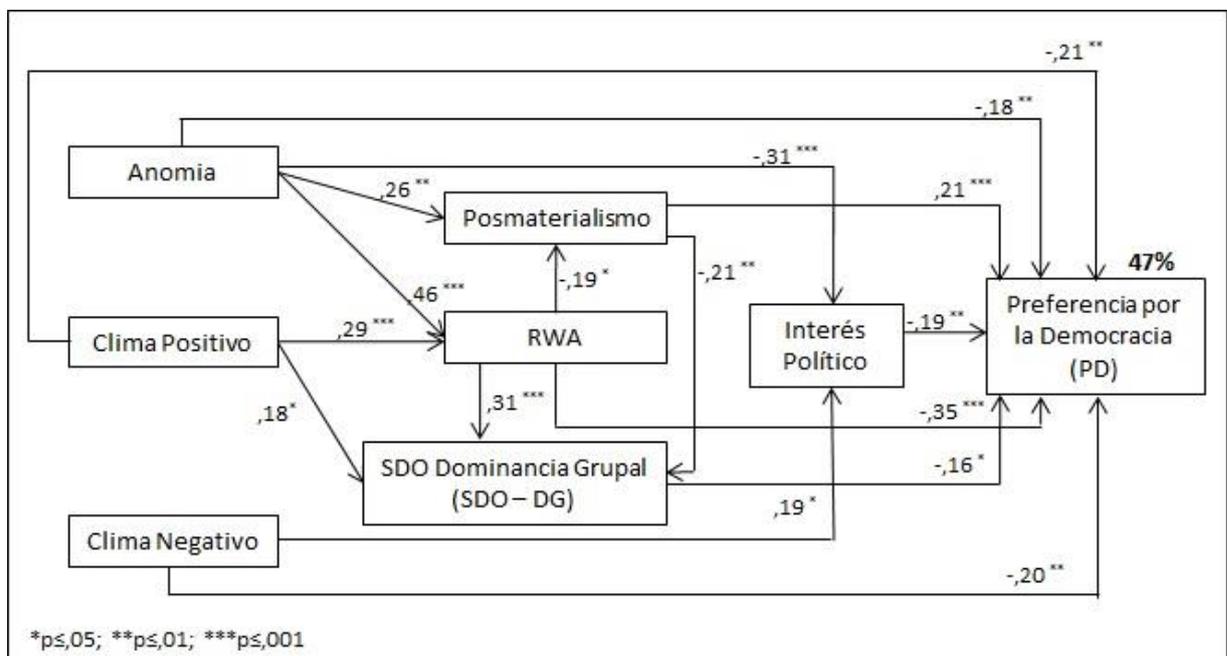


Figura 3.13
Modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda ($N=168$).

En la [tabla 3.29](#) se consignan los indicadores de ajuste para este modelo, que resultaron adecuados y en la [tabla 3.30](#) los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas.

Tabla 3.29.

Índices de adecuación para el modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	15.969	1.774	.050	.978	.977	.068

^a gl=9; $p=.068$; ^b IC: .000 - .122

Tabla 3.30

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A Posmaterialismo									
Anomia	.261	.084	.419	-.088	-.217	.023	.173	.035	.305
Clima Positivo	-	-	-	-.056	-.173	-.074	-.056	-.173	.013
RWA	-.190	-.452	.057	-	-	-	-.190	-.452	.057
A RWA									
Anomia	.464	.358	.591	-	-	-	.464	.358	.591
Clima Positivo	.294	.131	.419	-	-	-	.294	.131	.419
A SDO – DG									
Anomia	-	-	-	.109	.037	.194	.109	.037	.194
Clima Positivo	.184	.017	.340	.104	.044	.023	.288	.120	.425
Posmaterialismo	-.211	-.410	-.047	-	-	-	-.211	-.410	-.047
RWA	.314	.193	.457	.040	-.004	.166	.354	.202	.551
A Interés									
Anomia	-.134	-.453	-.167	-	-	-	-.134	-.453	-.167
Clima Negativo	.192	.061	.345	-	-	-	.192	.061	.345
A PD									
Anomia	-.180	-.342	-.049	-.087	-.202	.026	-.267	-.403	-.128
Clima Positivo	-.207	-.336	-.058	-.161	-.257	-.074	-.368	-.488	-.182
Clima Negativo	-.198	-.342	-.019	-.036	-.089	-.06	-.234	-.365	-.062
Posmaterialismo	.210	.063	.332	.034	.005	.109	.243	.083	.362
RWA	-.353	-.520	-.195	-.097	-.214	-.013	-.450	-.586	-.283
SDO – DG	-.160	-.298	-.025	-	-	-	-.160	-.298	-.025
Interés	-.186	-.319	-.043	-	-	-	-.186	-.319	-.043

Como puede observarse, al segmentar el grupo según ideología política, algunas orientaciones ideológicas son relativamente menos importantes, al tiempo que se recupera el rol de variables de la cultura política vinculadas al contexto. Además, la mayor parte de

los efectos de las variables ocurren de modo directo sobre la VD. De cualquier modo, parte del efecto del clima positivo (-,368) se ve mediado por las variables ideológicas RWA (-,450) y la dimensión dominancia grupal de la SDO (-,160). Esto es interesante, teniendo en cuenta que el efecto sobre la VD es negativo, si bien teóricamente se esperaba lo contrario. Por su parte, también de modo opuesto al esperado, el interés político tiene un efecto negativo en la preferencia por la democracia (-,186): quienes manifestaron menos interés fueron quienes expresaron mayores niveles de apoyo a la democracia. Respecto del resto de las variables, los efectos coinciden con lo esperado teóricamente.

En segundo lugar, consignamos el modelo correspondiente a la submuestra de ciudadanos/as de centro (figura 3.14). Este modelo alcanza a explicar un 48% de la preferencia por la democracia y en él se combinan aspectos del desempeño y contexto, ideológicos y cognitivos. Además, en la tabla 3.31 se muestran los índices de adecuación del modelo, que resultaron óptimos, y en la tabla 3.32 los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas, con los intervalos de confianza correspondientes.

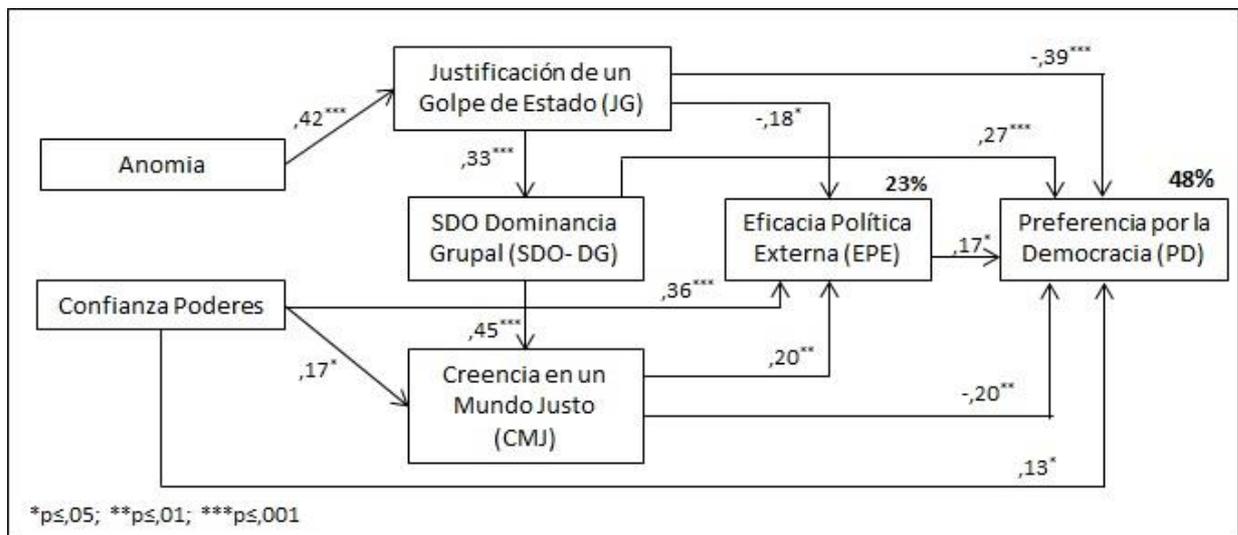


Figura 3.14 Modelo Path para Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de Centro (N=137).

Tabla 3.31 Índices de adecuación para el modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de Centro (N=137).

	X ²	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	8.223 ^a	1.028	.049	.984	.999	.014 ^b

^a gl=8; p=.412; ^b IC: .000 - .149

Tabla 3.32

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Preferencia por la democracia en ciudadanos/as de Centro (N=137).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A JG									
Anomia	.415	.277	.541	-	-	-	.415	.277	.541
A SDO – DG									
Anomia	-	-	-	.138	.074	.236	.138	.074	.236
JG	.331	.182	.493	-	-	-	.331	.182	.493
A CMJ									
Anomia	-	-	-	.061	.030	.116	.061	.030	.116
Confianza Poderes	.174	-.009	.327	-	-	-	.174	-.009	.327
JG	-	-	-	.148	.079	.252	.148	.070	.252
SDO – DG	.446	.290	.527	-	-	-	.446	.290	.572
A EPE									
Anomia	-	-	-	-.063	-.134	-.144	-.063	-.134	-.008
Confianza Poderes	.359	.202	.516	.034	.004	.100	.393	.243	.528
JG	-.182	-.325	-.040	.029	.004	.064	-.153	-.294	-.013
SDO – DG	-	-	-	.088	.013	.169	.088	.013	.169
CMJ	.198	.020	.347	-	-	-	.198	.020	.347
A PD									
Anomia	-	-	-	-.221	-.319	-.144	-.221	-.319	-.144
Confianza Poderes	.133	.021	.275	.031	.039	.100	.163	.050	.317
JG	-.388	-.509	-.253	-.145	-.241	-.082	-.533	-.645	-.388
SDO- DG	-.272	-.458	-.112	-.074	-.191	.012	-.345	-.398	-.185
CMJ	-.198	-.424	.020	.033	.002	.098	-.165	-.382	.049
EPE	.166	.018	.295	-	-	-	.166	.018	.295

Aquí también podemos destacar el rol de las orientaciones ideológicas; siendo en este caso más significativas en comparación con el subgrupo de izquierda. Además, la justificación de un golpe de estado fue el principal predictor (-,533). Si bien es esperable la relevancia de esta variable en función de su cercanía conceptual y empírica con la variable dependiente (que indaga valoración de formas no democráticas de gobierno), es destacable que en el grupo de ciudadanos de centroizquierda/izquierda no había ingresado al modelo y, para la muestra general, su aporte había sido modesto. La mayor parte del efecto de esta variable es directo y de signo negativo- (-,388) y sólo una pequeña parte fue mediada por otras variables ideológicas de justificación de sistema (SDO y CMJ) y por la eficacia política externa (,145). Estas variables ideológicas también ejercen la mayoría de su efecto sobre la VD pura de modo directo (-,345 y -,165 respectivamente). En todos los casos, las personas

que tuvieron actitudes asociadas a posiciones más conservadoras (mayores puntuaciones en esas variables) prefirieron menos la democracia; así, estas orientaciones tienen un rol inverso al que tenían respecto de la justificación de la democracia argentina. Además, los aspectos ideológicos y la EPE mediaron todo el efecto de la percepción de anomia (-,221). Por su parte, la confianza en los poderes del estado fue uno de los predictores de la CMJ (,148) y uno de los efectos directos más fuertes sobre la EPE (,359): Asimismo, tuvo un efecto directo y positivo sobre la preferencia por la democracia (,163).

En tercer lugar, consignamos el modelo path resultante para el grupo de ciudadanos/as posicionados a la centroderecha/derecha (figura 3.15). Este modelo, si bien resulta más parsimonioso, explica un porcentaje menor de varianza que los anteriores.

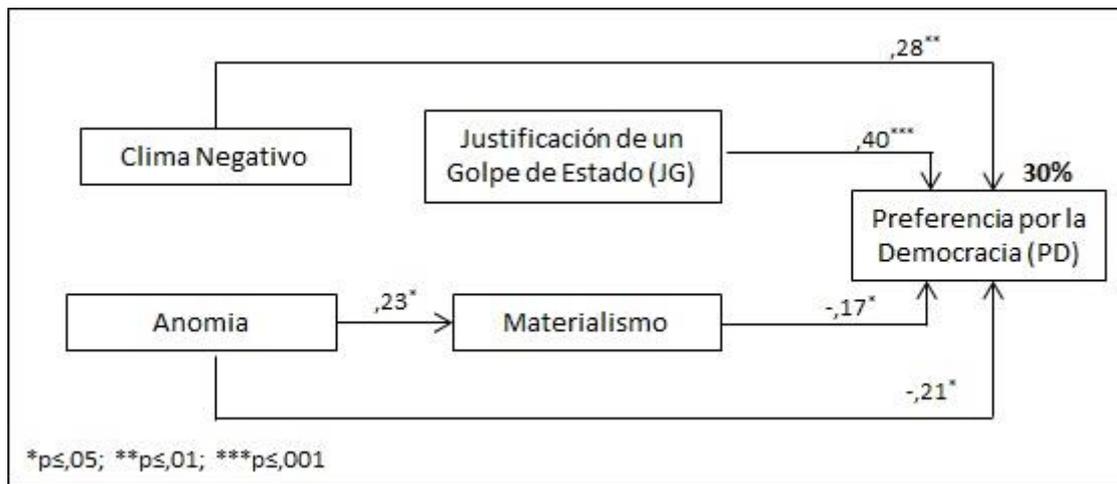


Figura 3.15 Modelo de preferencia por la democracia en ciudadanos/as de centroderecha/derecha (N=80).

En la tabla 3.33 se exponen sus índices de adecuación, los cuales resultaron óptimos y en la tabla 3-34 los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas.

Tabla 3.33 Índices de adecuación para el modelo de en Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de centroderecha/ derecha (N=80).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	5.044 ^a	1.261	.079	.976	.967	.057 ^b

^a gl=4; $p = .283$; ^b IC: .000 - .187)

Tabla 3.34

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de centroderecha/derecha (N=80).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A Materialismo									
Anomia	.227	.060	.422	-	-	-	.227	.060	.422
A PD									
Clima Negativo	.281	.033	.483	-	-	-	.281	.033	.483
Anomia	-.209	-.373	.034	-.038	-.116	-.004	-.247	-.403	-.009
JG	-.402	-.609	-.193	-	-	-	-.402	-.609	-.193
Materialismo	-.168	-.335	.054	-	-	-	-.168	-.335	.054

Nuevamente, aquí la mayoría de las variables tienen un efecto directo sobre la VD y priman las variables ideológicas, siendo la justificación de un golpe de estado el mejor predictor (-,402), también en sentido inverso. Además, como en modelos anteriores, el clima negativo se comporta de modo inverso a lo esperado (.281), aunque en este caso su efecto no ve modulado por variables ideológicas.

Tomados en conjunto, los modelos muestran algunas diferencias en función del autopoicionamiento ideológico. El más destacable de ellos remite a que la variable de mayor peso en los grupos de centro y centroderecha/derecha -la justificación de un golpe de estado- no tiene impacto significativo en el grupo de ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda, lo cual sugiere la posibilidad de que la idea de golpe de estado adquiera significados diferentes entre estos grupos. Además, los aspectos vinculados a la justificación de sistema, presentes en el resto de los modelos, no tuvieron un impacto significativo en el grupo de centroderecha/derecha. Finalmente, en este último caso tampoco hay aspectos de la movilización cognitiva que modelen el impacto de las otras variables, como era el caso de la eficacia política externa en los restantes modelos.

Preferencia por la Democracia según Sofisticación Política

Al igual que en los casos anteriores, se compararon las puntuaciones en la VD en función del nivel de sofisticación política. Tratándose de dos grupos, se realizó en este caso una prueba t para muestras independientes. Los resultados arrojaron diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos ($t=4,84$; $gl=169$; $p\leq,001$), de modo que el grupo de personas menos sofisticadas manifestó un apoyo significativamente menor ($M=18,47$) que el de alta sofisticación política ($M=21,34$).

En la [figura 3.16](#) se expone el modelo path para el grupo de baja sofisticación política (N=86), que tiene una potencia explicativa modesta (34% de la varianza en la VD) y un carácter principalmente ideológico.

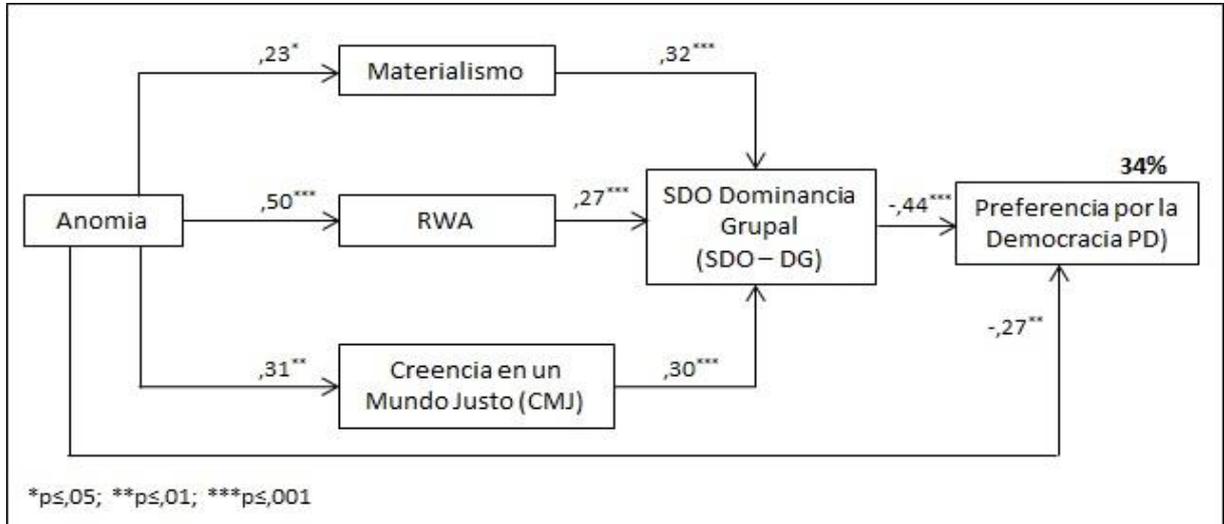


Figura 3.16

Modelo de preferencia por la democracia en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

Además, en la [tabla 3.35](#) se exponen sus indicadores de ajuste, que resultaron ser adecuados, y en la [tabla 3.36](#) los efectos directos, indirectos y totales estandarizados sobre las variables endógenas (puras y mediadoras) con los correspondientes intervalos de confianza.

Tabla 3.35

Índices de adecuación para el modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	9.727 ^a	1.390	,068	.960	.974	.068 ^b

^a gl=7; $p=.205$; ^b IC: .000 - .161

En este modelo se evidencia la interacción de las variables en la predicción de la VD pura, así, la mayoría de ellas ejercen efectos sobre la preferencia por la democracia que están mediados por otros predictores. Particularmente, la dimensión de dominancia grupal de la SDO es uno de los principales mediadores lo cual, sumado a su efecto directo sobre la VD, la convierte en una de las variables centrales del modelo (-,441). Como en los casos anteriores, todas las variables ideológicas y de valores se comportan de modo que las actitudes más conservadoras se asocian con una menor preferencia por la democracia. Además, la percepción de anomia tiene un rol que se mantiene estable en todos los casos.

Aquí tiene efectos tanto directos (-,275) como indirectos (-,134) sobre la VD mediados por valores e ideología. En este sentido, es relevante destacar su vinculación directa y positiva con las variables de justificación de sistema: RWA (,302) y CMJ (,313) y, a través de ellas, sobre la SDO (,304). Por su parte, las variables de movilización cognitiva no formaron parte del modelo en este subgrupo. Esto es esperable al tratarse de ciudadanos de baja sofisticación política. Además, tampoco tuvieron relevancia aspectos coyunturales vinculados al desempeño institucional.

Tabla 3.36.

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A Materialismo									
Anomia	.232	.022	.412	-	-	-	.232	.022	.412
A RWA									
Anomia	.502	.315	.657	-	-	-	.502	.315	.657
A CMJ									
Anomia	.313	.079	.514	-	-	-	.313	.079	.514
A SDO – DG									
Anomia	-	-	-	.304	.155	.433	.304	.155	.433
Materialismo	.319	.138	.478	-	-	-	.319	.155	.433
RWA	.269	.197	.435	-	-	-	.269	.197	.435
CMJ	.304	.098	.458	-	-	-	.304	.098	.458
A PD									
Anomia	-.275	-.454	-.077	-.134	-.239	-.056	-.409	.558	-.211
Materialismo	-	-	-	-.140	-.242	-.061	-.140	-.242	-.061
RWA	-	-	-	-.119	-.217	-.034	-.119	-.217	-.034
CMJ	-	-	-	-.134	-.261	-.035	-.134	-.261	-.035
SDO – DG	-.441	-.612	-.237	-	-	-	-.441	-.612	-.237

Finalmente, el modelo path para el grupo de ciudadanos/as de alta sofisticación política (figura 3.17) explica un porcentaje de varianza relativamente mayor (39%) y tiene algunas diferencias con el grupo de baja sofisticación, principalmente relacionados a la inclusión de la EPI. Los indicadores que se muestran en la tabla 3.37 dan cuenta de un buen ajuste, que apoya su validez. Además, en la tabla 3.38 se exponen los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de los predictores incluidos en el modelo y los intervalos de confianza correspondientes.

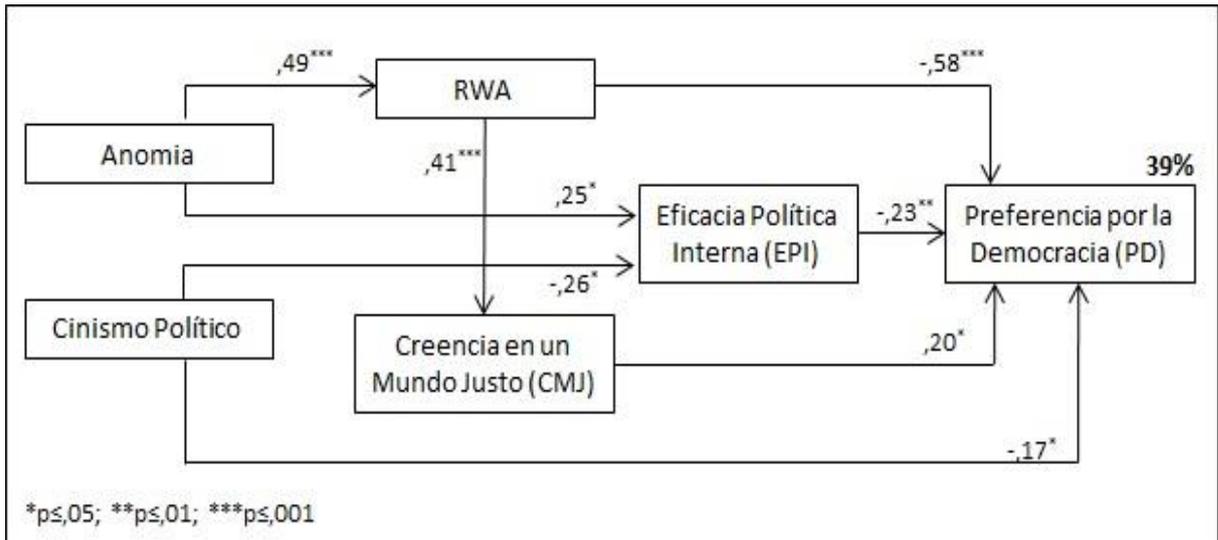


Figura 3.17 Modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

Tabla 3.37. Índices de adecuación para el modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

	X ²	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	5.751 ^a	,959	.052	.979	1,000	.000 ^b

^a gl=6; p=.452; ^b IC: .000 - .138

Tabla 3.38. Efectos directos, indirectos y estandarizados de las variables del modelo de Preferencia por la Democracia en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A RWA									
Anomia	.487	.324	.624	-	-	-	.487	.324	.624
A CMJ									
Anomia	-	-	-	.200	.095	.331	.200	.095	.331
RWA	.412	.200	.594	-	-	-	.412	.200	.594
A EPI									
Anomia	.250	.065	.470	-	-	-	.250	.065	.470
Cinismo Político	-.265	-.345	-.056	-	-	-	-.265	-.345	-.056
A PD									
Anomia	-	-	-	-.300	-.448	-.142	-.300	-.448	-.142
Cinismo Político	-.170	-.345	.006	.062	.014	.185	-.109	-.445	.075
RWA	-.580	-.761	-.333	.084	.014	.226	-.496	-.666	-.248
CMJ	.205	.037	.427	-	-	-	.205	.037	.427
EPI	-.234	-.409	-.050	-	-	-	-.234	-.409	-.050

Como mencionábamos, en este grupo hay un balance mayor entre distintos tipos de variables. Aquí el nivel de cinismo político es una variable que aporta significativamente a la predicción de la VD (-,169), mientras que en otros modelos estaba ausente. A su vez, es un predictor de los niveles de EPI, de modo que las personas más cínicas tenían menores niveles de EPI (-,265). Así, parte de su efecto se ve mediado por este aspecto de movilización cognitiva. Ambas variables impactan negativamente en la preferencia por la democracia (-,109 y -,234 respectivamente), lo cual era teóricamente esperable.

Por su parte, los niveles de anomia percibidos siguen siendo predictores de actitudes ideológicas de justificación de sistema; así, predicen positivamente a la RWA (,487) y a la CMJ (,200); estas últimas vinculadas también entre sí (,412) y con un efecto significativo sobre la variable endógena pura (-,496 y ,205) respectivamente. Sin embargo, en el caso de la CMJ se presenta un resultado inesperado dado que, en modelos anteriores, se comportaba en el mismo sentido que otras actitudes defensivas del estatus quo, de carácter conservador que predecían una menor disposición favorable hacia la democracia. En el grupo de personas de alta sofisticación, esta variable parece adquirir otro carácter. En este sentido, es más congruente con los planteos teóricos de las perspectivas de justificación de sistema: la creencia en un mundo justo tiene un carácter defensivo del estatus quo y, por tanto, se espera que se asocie positivamente con un sistema político en el que se delega la responsabilidad de la distribución de recursos y responsabilidades en función de un criterio de justicia.

En términos generales, la percepción de anomia es el único predictor que realiza un aporte predictivo significativo en todos los modelos, de modo que quienes perciben menores niveles de anomia manifiestan mayor preferencia por la democracia. A su vez, esta variable manifiesta una vinculación positiva y consistente con las orientaciones ideológicas de justificación del sistema (conservadoras), de modo que esta media su efecto sobre la preferencia por un sistema político democrático. Además, se destaca la supremacía de aspectos ideológicos -aún al interior de los grupos segmentados por su autopoicionamiento- por sobre los cognitivos y, sobre todo, los de evaluación del desempeño y el contexto. Así, la confianza institucional y aún los aspectos relacionales de la cultura política vinculados al capital social casi no realizan aportes significativos a la explicación de esta variable. Respecto de las variables de movilización cognitiva, sólo

realizan aportes significativos -y median los efectos de otras- en los grupos de centroizquierda/izquierda, centro y alta sofisticación política.

Actitudes hacia la Democracia como Ideal

Finalmente, presentamos los modelos path para la variable dependiente que aborda la legitimidad de la democracia desde el punto de vista más abstracto, a través de actitudes hacia la noción de la democracia como un ideal.

En la figura 3.18 se muestra el modelo en población general (N=385), el cual explica apenas un 17% de la varianza en las actitudes respecto del ideal democrático. Esto sugiere que los aspectos de evaluación de desempeño, cultura política y orientaciones ideológicas abordados son insuficientes para dar cuenta de ellas. Una de las posibles explicaciones radica en la alta deseabilidad que parecen haber generado los ítems que conforman esta dimensión abstracta. En este sentido, la mayoría de las personas tendían a dar respuestas positivas –por ejemplo, el 21% de los/as participantes estuvieron totalmente de acuerdo con las 4 afirmaciones sobre el ideal democrático- generando una escasa variabilidad que puede afectar la posibilidad de explicar esta dimensión.

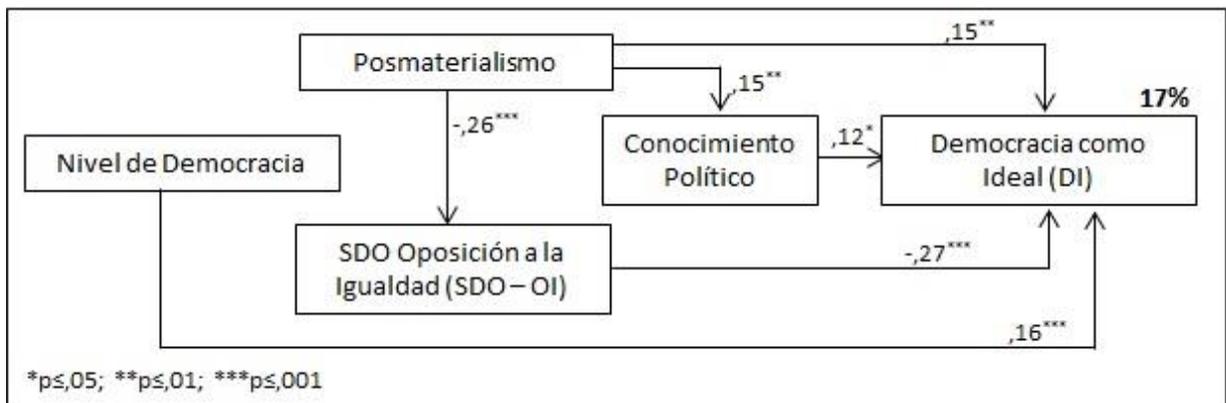


Figura 3.18. Modelo de Democracia como Ideal (N=385).

De cualquier modo, los indicadores de ajuste fueron adecuados (Tabla 3.39). Por su parte, en la tabla 3.40 se exponen los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables que ingresan al modelo con su intervalo de confianza. Recordamos que se señalan los efectos sobre cada variable dependiente (endógenas mediadoras y puras).

Tabla 3.39 Índices de adecuación del modelo de Democracia como Ideal (N=385).

	X ²	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	4.518 ^a	1.130	.029	.995	.995	.018 ^b

^agl=4; p=.340; ^b IC: .000 - .081

Tabla 3.40
Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Democracia como Ideal (N=385).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A SDO – OI									
Posmaterialismo	-.261	-.405	-.118	-	-	-	-.261	-.405	-.118
A Conocimiento									
Posmaterialismo	.155	.055	.247	-	-	-	.155	.055	.247
A DI									
Nivel de Democracia	.159	.043	.250	-	-	-	.159	.043	.250
Posmaterialismo	.150	.038	.273	.090	.047	.159	.240	.109	.380
SDO – OI	-.272	-.374	-.157	-	-	-	-.272	-.374	-.157
Conocimiento	.122	.023	.219	-	-	-	.122	.023	.219

Las orientaciones ideológicas y los valores son los que tienen el mayor poder predictivo: los valores posmaterialistas tienen un efecto positivo (.240) sobre la valoración del ideal democrático, mientras que el efecto de la SDO es inverso (-.272). En este sentido, los resultados coinciden con lo propuesto por Inglehart (2007) que asocia a la predominancia de valores posmaterialistas al desarrollo de culturas democráticas. Además, es la dimensión de oposición a la igualdad de la SDO la que ingresa a este modelo, lo cual es esperable en tanto recoge valoraciones relativas a uno de los ideales democráticos: la igualdad. Asimismo, también consistente con las perspectivas de cultura política desde una perspectiva de posmodernización, parece que la experiencia de vivir en un contexto que se valora como democrático impacta positivamente en el apoyo a una noción ideal, lo cual se evidencia en el enlace entre el nivel de democracia percibido y la VD (.159). Finalmente, un mayor conocimiento político también predice un mayor apoyo (.122).

A continuación, se presentan los modelos segmentados por subgrupos, donde evidencia que esta variable es la que muestra mayores inconsistencias entre los mismos.

Democracia como ideal según Autoposicionamiento Ideológico

Previo a la estimación de los modelos path, se realizó un ANOVA y se comprobó que, respecto de esta VD, no había diferencias significativas en los grupos según su autoposicionamiento ideológico ($F=,289$; $gl=2$; $p=,749$). En términos de tendencias, las personas de centroizquierda/izquierda mostraron puntuaciones relativamente más bajas ($M=19,95$) que las de centro ($M=20,09$) y centroderecha/derecha ($M=20,35$), pero estas diferencias fueron pequeñas.

En la [figura 3.19](#) se expone el modelo path para el grupo de ciudadanos/as que se identifican con la centroizquierda/izquierda.. Nuevamente, el porcentaje de varianza explicado por el modelo no es alto. Además, en la [tabla 3.41](#) se muestran los índices de ajuste del modelo, que son adecuados, y en la [tabla 3.42](#) los efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables incluidas.

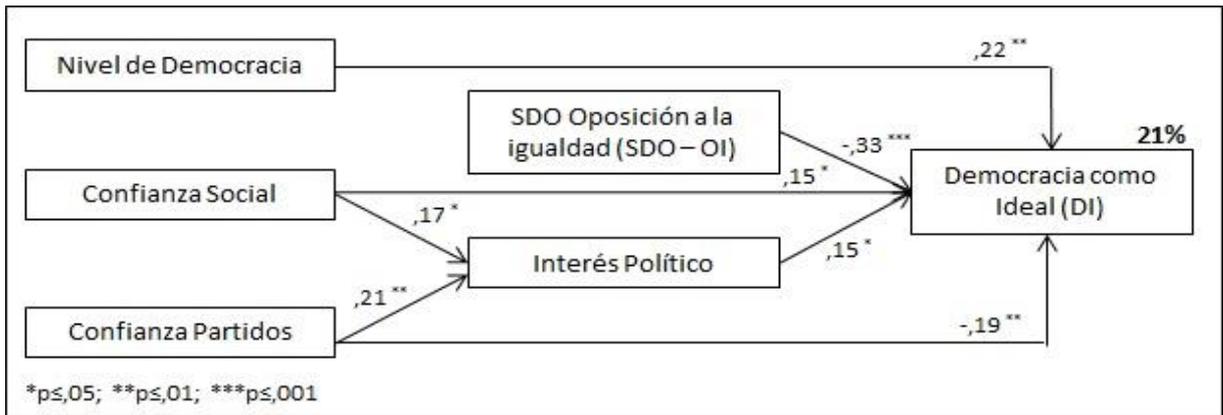


Figura 3.19
Modelo Path para Democracia como Ideal en una submuestra de ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=385).

Tabla 3.41.
Índices de adecuación para el modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	5.875	1.175	.037	.989	.987	.032

^a gl=5; $p=.319$; ^b IC: .000 - .116

Tabla 3.42.
Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Democracia como ideal en una ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda (N=168).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A Interés									
Confianza Social	.168	-.026	.316	-	-	-	.168	-.026	.316
Confianza Partidos	.214	.043	.378	-	-	-	.214	.043	.378
A DI									
Nivel de Democracia	.221	.088	.368	-	-	-	.221	.088	.368
Confianza Social	.152	-.003	.288	.025	-.001	.085	.177	-.003	.288
Confianza Partidos	-.186	-.316	-.032	.031	-.001	.097	-.155	-.285	-.007
SDO – OI	-.326	-.486	-.155	-	-	-	-.326	-.486	-.155
Interés	.147	-.019	.322	-	-	-	.147	-.019	.322

Nuevamente, la dimensión de oposición a la igualdad de la SDO (-.326) y el nivel de democracia (.221) se ubican entre los predictores más relevantes y, además, sus efectos no

se ven mediados por otras variables. Además, dos aspectos relacionados a la confianza son incluidos en este modelo: mientras que una mayor confianza social se vincula con una mayor creencia en el ideal democrático (.177) -consistente con los abordajes de capital social-, la confianza en los partidos políticos lo hace negativamente (-.155). Finalmente, en este modelo se destaca el aporte positivo del interés político, aunque con un efecto menor (.147).

Por su parte, el modelo path para la submuestra de personas de centro (figura 3.20) explica un porcentaje significativamente mayor de la varianza en la VD, aunque incluye también un número mayor de variables independientes. Particularmente, recupera variables sociodemográficos y contextuales, ideológicas y una variable del grupo de predictores cognitivos. En la tabla 3.43 se muestran los indicadores de ajuste que evidencian un ajuste adecuado, apoyando la validez de nuestro modelo; mientras que en la tabla 3.44 se exponen los efectos directos, indirectos y totales estandarizados sobre las variables dependientes mediadoras y puras.

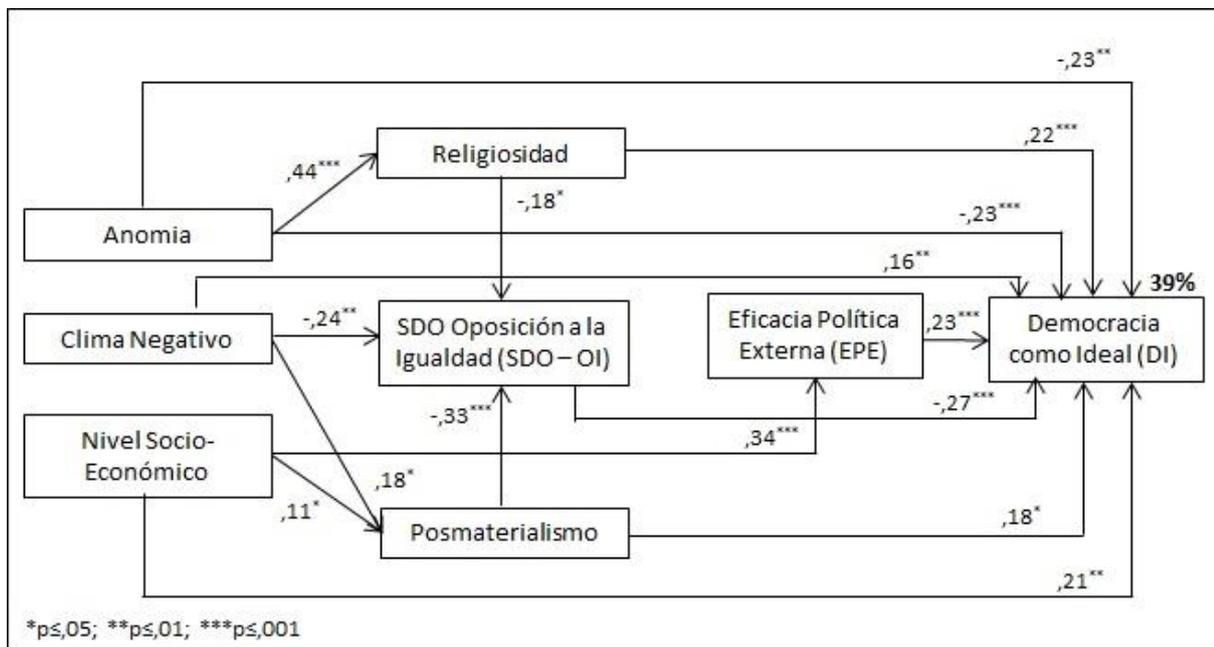


Figura 3.20
Modelo de Democracia como Ideal en ciudadanos/as de Centro (N=137).

Tabla 3.43.
Índices de adecuación de modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de Centro (N=137).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	13.168 ^a	1.197	.052	.976	.987	.038 ^b

^a gl=11; $p=.282$; ^b IC: .000 - .102

Tabla 3.44.

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de Centro (N=137).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A Religiosidad									
Anomia	.436	.300	.552	-	-	-	.436	.300	.552
A Posmaterialismo									
Clima Negativo	.177	-.066	.393	-	-	-	.177	-.066	.393
NSE	.115	-.084	.302	-	-	-	.115	-.084	.302
A SDO – OI									
Anomia	-	-	-	-.077	-.148	-.021	-.077	-.148	-.021
Clima Negativo	-.239	-.393	-.069	-.058	-.189	.010	-.297	-.489	-.067
NSE	-	-	-	-.037	-.113	.010	-.037	-.113	.010
Religiosidad	-.177	-.315	-.028	-	-	-	-.177	-.315	-.028
Posmaterialismo	-.326	-.516	-.076	-	-	-	-.326	-.516	-.076
A EPE									
NSE	.337	.177	.467	-	-	-	.337	.177	.467
A DI									
Anomia	-.230	-.438	-.043	.117	.040	.215	-.113	-.293	.051
Clima Negativo	.162	.031	.304	.111	.016	.268	.273	.080	.435
NSE	.215	.080	.350	.108	.048	.199	.322	.197	.450
Religiosidad	.221	.018	.382	.047	.011	.132	.269	.082	.443
Posmaterialismo	.189	-.013	.434	.087	.010	.207	.268	.029	.519
SDO – OI	-.268	-.452	-.106	-	-	-	-.268	-.452	-.106
EPE	.228	.088	.356	-	-	-	.228	.088	.356

En este caso, la mayoría de las variables tienen un efecto parejo, aportando a la explicación de la VD en una medida similar. La única variable de movilización cognitiva incluida es la EPE, cuyo efecto directo es positivo (.228) y solo recibe un efecto directo del NSE (.337)-. Por su parte, el efecto del NSE sobre la VD es consistente con los antecedentes (Corporación Latinobarómetro, 2013; 2015); así como también lo es el efecto directo que tiene sobre los valores posmaterialistas (.115). Por su parte, la SDO tiene un efecto desde su dimensión de oposición a la igualdad y, a la vez, media la intervención de los valores religiosos y posmaterialistas, así como de la percepción de clima negativo sobre la VD. Es interesante destacar que los valores religiosos y posmaterialistas se comportan aquí del mismo modo, prediciendo negativamente la SDO (-.177 y -.326 respectivamente) y positivamente la valoración del ideal democrático (con un efecto total de .269 y .268 respectivamente). Este es un rol no esperado para los valores religiosos que, en la literatura,

se asocian con actitudes conservadoras y autoritarias (Inglehart et al., 1998; 2000; Pereira et al., 2001).

Respecto de la percepción de clima negativo, nuevamente nos presenta un resultado llamativo en tanto se vincula de modo positivo con nuestra VD pura ($,273$) y con los valores posmaterialistas ($,177$) y también lo hace -pero de modo inverso- con la dimensión de oposición a la igualdad de la SDO. Así, quienes perciben negativamente el clima son también quienes tienen actitudes más progresistas en términos de estas variables, lo cual podría explicar por qué esta variable exógena predice positivamente a las actitudes favorables al ideal democrático. Finalmente, la percepción de anomia tiene un efecto menor sobre la VD ($-,113$) al verse moderado por los valores religiosos: si bien su efecto directo es negativo ($-,230$), al verse modelado por la religiosidad, se reduce. La anomia es un fuerte predictor de actitudes conservadoras a través de todos los modelos explicativos expuestos. En este caso, esto se evidencia en el enlace directo con la religiosidad ($,436$). Sin embargo, esta última no se comporta de ese modo en relación con la dependiente, sino que, como mencionábamos, las personas más religiosas también valoran más a la democracia en su dimensión ideal.

Para el grupo de personas de centroderecha/derecha, el modelo explica un 34% de la varianza en las actitudes hacia el ideal democrático (figura 3.21).

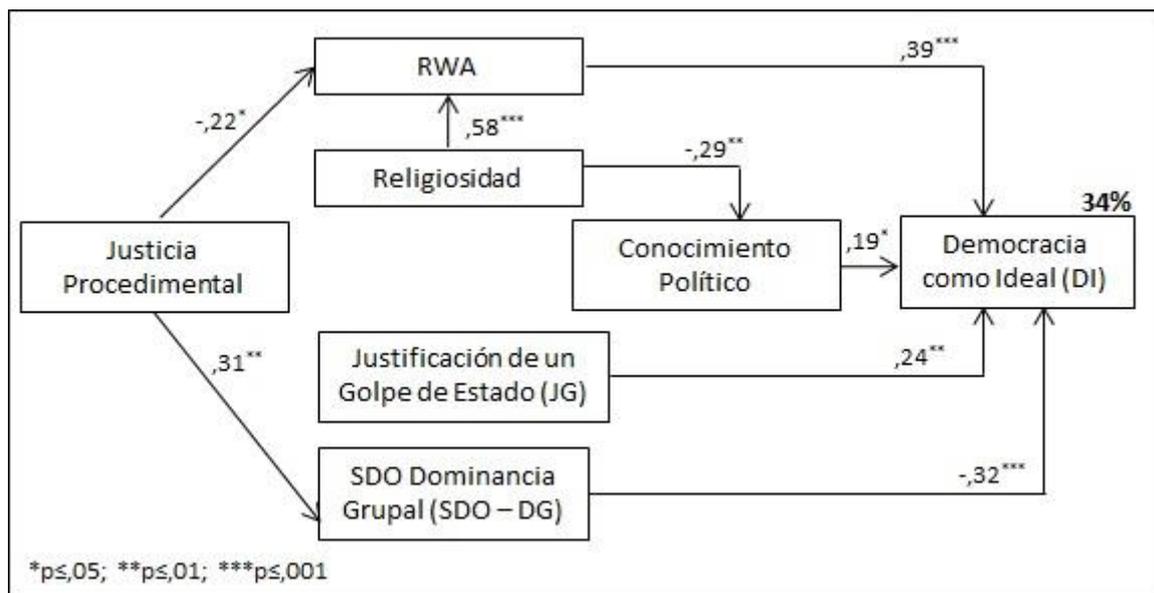


Figura 3.21

Modelo de Democracia como Ideal en ciudadanos/as de centroderecha/derecha ($N=80$).

En la [tabla 3.45](#) se exponen los indicadores del adecuado ajuste del modelo estimado y en la [tabla 3.46](#) los efectos directos, indirectos y totales estandarizados sobre las variables endógenas, junto con los correspondientes intervalos de confianza.

Tabla 3.45

Índices de adecuación del modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de centroderecha/derecha (N=80).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	10.828	,910	,071	.961	1,000	.000

^a gl=13; $p=.542$; ^b IC: .000 – 103

Tabla 3.46

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de centroderecha/derecha (N=80).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A RWA									
JP	-.222	-.403	.039	-	-	-	-.222	-.403	.039
Religiosidad	.576	.438	.720	-	-	-	.576	.438	.720
A SDO – DG									
JP	.308	.078	.512	-	-	-	.308	.078	.512
A Conocimiento									
Religiosidad	-.295	-.492	-.088	-	-	-	-.295	-.492	-.088
A DI									
JP	-	-	-	-.186	-.309	-.069	-.186	-.309	-.069
RWA	.389	.198	.548	-	-	-	.389	.198	.548
Religiosidad	-	-	-	.167	.038	.295	.167	.038	.295
Justifica Golpe (JG)	-.243	-.416	-.043	-	-	-	-.243	-.416	-.043
SDO – DG	-.322	-.488	-.115	-	-	-	-.322	-.488	-.115
Conocimiento	.193	.024	.333	-	-	-	.193	.024	.333

Este modelo nos presenta algunos resultados consistentes con los modelos anteriores, pero también algunos resultados inesperados que resultan inquietantes. Respecto de los primeros, las SDO sigue siendo uno de los predictores más potentes de esta VD y lo hace de modo directo y con signo negativo (-,322). Del mismo modo sucede con la justificación de un golpe de estado (-,243). Así, son las personas que más creen en un orden social donde existan grupos que dominen por sobre otros y las que están más dispuestas a justificar un golpe de estado las que menos valoran el ideal de la democracia. Además, al igual que en casos anteriores, un mayor conocimiento político tiene efectos positivos sobre actitudes favorables hacia este ideal (.193). A su vez, esta variable recibe un efecto negativo de los valores religiosos (-,295), de modo que -en este grupo- las personas que más valoran

la religión tienen menos conocimiento. Es a través de este último que ejercen un efecto sobre la VD pura ($,167$).

Ahora bien, en este punto evidenciamos resultados inesperados: no sólo la religiosidad tuvo efecto positivo sobre la valoración del ideal democrático (como en el modelo anterior), sino también el RWA ($,389$). Como mencionábamos, las perspectivas de justificación de sistema esperan que las creencias defensivas del estatus quo sean predictores positivos del sostenimiento de sistema políticos vigentes. Sin embargo, no es esperable que esto suceda con algunas de ellas mientras que otras muestran la relación opuesta (como la SDO). Además, en este caso, la variable dependiente recoge actitudes abstractas hacia aspectos deseables de la democracia. Lo mismo sucede con la percepción de justicia procedimental que aporta negativamente a la explicación de la VD ($-,186$), aunque mediada por aspectos ideológicos. Estas mediaciones evidencian las contradicciones que señalábamos ya que, mientras que predice positivamente a la SDO ($,308$), lo hace negativamente con la RWA ($-,222$). La evidencia previa no permite hacer una interpretación adecuada de estos resultados, así como no se identifican aspectos contextuales que puedan estar interviniendo. La explicación más plausible remite no sólo al tamaño de la muestra y el carácter exploratorio de este análisis, sino a las mencionadas características del formato de evaluación de nuestra variable dependiente.

Democracia como Ideal según Sofisticación Política

Finalmente, exponemos los modelos path para la explicación de las actitudes hacia el ideal democrático en función de los niveles de sofisticación política. Al igual que en apartados anteriores, previo a ello examinamos las diferencias entre estos grupos utilizando una prueba t para muestras independientes y encontramos diferencias significativas ($t=3,475$; $gl=169$; $p\leq,001$): las personas con mayores niveles de SP manifestaron mayor apoyo a la democracia como ideal ($M=20,59$) comparadas a las de menor SP ($M=18,55$).

En el caso del grupo de baja SP, las variables incluidas explican un 37% de la varianza en la VD (figura 3.22). Consistentemente con modelos previos en grupos de baja SP, los aspectos de movilización cognitiva no realizaron aportes significativos y, además, primaron variables vinculadas a la cultura política y el capital social que recogen evaluaciones coyunturales más concretas.

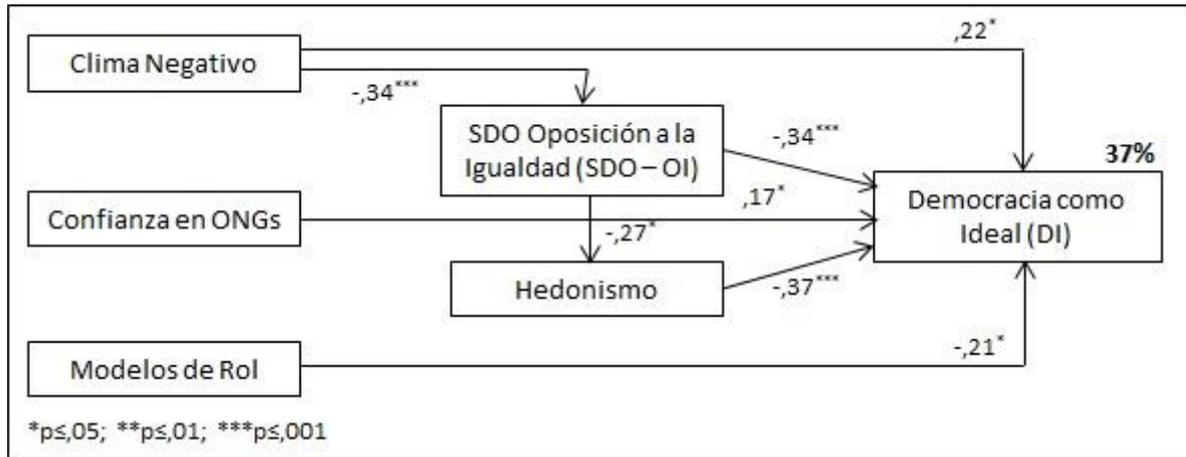


Figura 3.22 Modelo de Democracia como Ideal en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

En la tabla 3.47 se consignan los indicadores que, de acuerdo con los parámetros de referencia, dan cuenta de un ajuste adecuado del modelo estimado. Además, en la tabla 3.48 se muestran los efectos directos, indirectos y totales estandarizados sobre cada variable dependiente, junto con sus intervalos de confianza.

Tabla 3.47 Índices de adecuación del modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	5.554 ^a	1.111	.058	.979	.990	.036 ^b

^a gl=5; $p=.352$; ^b IC: .000 - .159

Tabla 3.48 Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de Baja Sofisticación Política (N=86).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A SDO – OI									
Clima Negativo	-.338	-.547	-.076	-	-	-	-.338	-.547	-.076
A Hedonismo									
Clima Negativo	-	-	-	.080	.001	.234	.080	.001	.234
SDO – OI	-.237	-.447	.019	-	-	-	-.237	-.447	.019
A DI									
Clima Negativo	.216	.025	.420	.085	-.008	.245	.301	.065	.540
Confianza ONG	.169	-.021	.344	-	-	-	.169	-.021	.344
Modelos de Rol	-.213	-.391	-.040	-	-	-	-.213	-.391	-.040
SDO – OI	-.339	-.613	-.068	.087	.007	.205	-.252	-.491	.117
Hedonismo	-.368	-.561	-.177	-	-	-	-.368	-.561	-.177

Para este modelo, una de las variables de mayor poder explicativo es la que remite a valores hedonistas (placer, sensualidad, vida excitante, sensualidad) (-,368). Desde un punto de vista teórico, era esperable que estos valores o bien no tuvieran relación con las actitudes hacia la democracia, o bien -en tanto sería expresiones de culturas posmaterialistas- la tuvieran de modo positivo. Sin embargo, aquí el resultado es inverso al esperado en tanto quiénes más adscribieron a valores hedonistas manifestaron actitudes menos positivas hacia la democracia como ideal. Otras variables relevantes son la dimensión de oposición a la igualdad de la SDO (-,252) y el clima negativo (,301), cuyo aporte ocurre de modo similar a otros modelos. Además, se destacan aquí dos aspectos vinculados al capital social, que era esperable que predijeran mejor los aspectos más difusos/abstractos del apoyo al sistema. Sin embargo, nuevamente, las personas que percibían menos modelos positivos de rol en su comunidad estaban más dispuestas a creen en el ideal democrático (-,231), contradiciendo lo esperado desde los enfoques más sociológicos.

Finalmente, en la [figura 3.23](#) se expone el modelo para esta VD en el subgrupo de ciudadanos/as de mayor nivel de sofisticación política. Este modelo, con un pequeño número de variables ingresadas, permite explicar sólo un 27% de la varianza, aunque los indicadores de ajuste resultan adecuados ([tabla 3.49](#)).

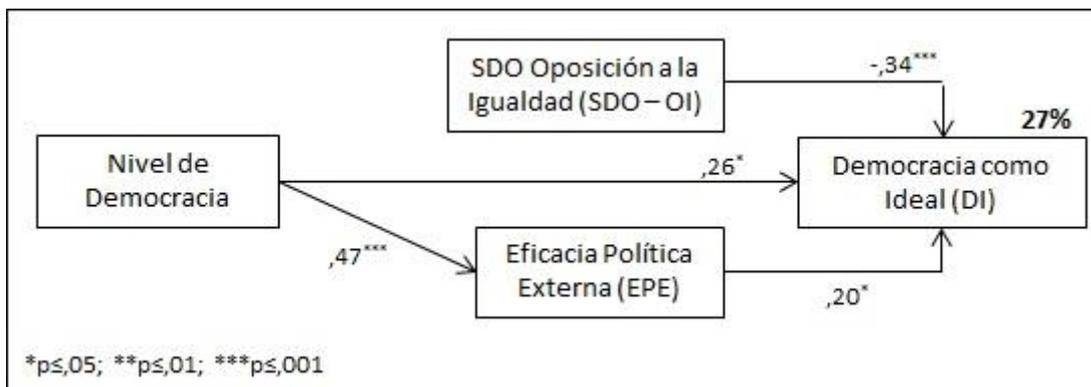


Figura 3.23.

Modelo de Democracia como Ideal en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

Tabla 3.49

Índices de adecuación para el modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

	χ^2	CMIN /gl	SRMR	GFI	CFI	RMSEA
Modelo	2.120 ^a	1.060	.054	.986	.997	.028 ^b

^a gl=2; $p=.347$; ^b IC: .000 - .232

En la [tabla 3.50](#) se consignan los efectos directos, indirectos y totales estandarizados sobre las variables dependientes mediadoras y pura y los intervalos de confianza (IC 95%).

Tabla 3.50.

Efectos directos, indirectos y totales estandarizados de las variables del modelo de Democracia como ideal en ciudadanos/as de Alta Sofisticación Política (N=85).

Efectos	Directos			Indirectos			Totales		
	Coef	IC 95%		Coef	IC 95%		Coef	IC 95%	
		Inf	Sup		Inf	Sup		Inf	Sup
A EPE									
Nivel Democracia	.469	.263	.636	-	-	-	.469	.263	.636
A DI									
Nivel Democracia	.260	.021	.432	.094	-.001	.196	.354	.150	.512
SDO – OI	-.341	-.528	-.091	-	-	-	-.341	-.528	-.091
EPE	.201	-.022	.361	-	-	-	.201	-.022	.361

Como puede observarse, para este grupo -al igual que en la muestra general y para los ciudadanos/as de centroizquierda/izquierda- vuelve a ser relevante el nivel de democracia percibido para la explicación de la VD (.354) cuyo efecto es mayoritariamente directo. Así, la experiencia de vivir en democracia fortalecería actitudes favorables hacia este sistema político en términos ideales. Además, esta variable es un predictor importante de la EPE (.469), que media una pequeña proporción del efecto sobre la democracia como ideal; al tiempo que la EPE tiene un efecto directo sobre esta última (.201). Es consistente que sea en el grupo de mayor SP donde puedan identificarse estos enlaces que muestran no sólo de la importancia de la experiencia con el sistema político, sino también del procesamiento que las personas hacen de la misma. Por su parte, la dimensión de oposición a la igualdad registra un efecto negativo significativo sobre la VD (-.341); aspecto que se replica en casi todos los modelos. Este efecto no se ve modelado por la EPE.

Consideraciones Finales

En este apartado sintetizamos dos cuestiones centrales. Por un lado, aspectos vinculados al poder explicativo de nuestros modelos y sus variables centrales, identificando cuáles son las que más consistentemente predicen cada tipo de actitudes. Por otro lado, mencionamos algunas particularidades del comportamiento de las variables en los distintos grupos, procurando identificar cuáles son las que permiten diferenciar mejor entre ellos. Estos aspectos se integrarán a los resultados de nuestros otros estudios y en relación con antecedentes teóricos y empíricos en las conclusiones y discusión general ([Capítulo 9](#)).

Respecto del poder predictivo de los modelos, fueron las actitudes más difusas hacia la democracia, que se suponen más estables y fuente del apoyo básico y su sostenimiento, las que resultaron más difíciles de explicar a partir de variables del campo psico-político. Esto se ve reflejado no sólo en los bajos porcentajes de varianza explicada de nuestros modelos donde la *democracia ideal* es la variable dependiente, sino también en las dificultades de identificar predictores centrales que mantengan poder explicativo en los distintos grupos. Desde un punto de vista teórico, era esperable que la cultura política, ideología y valores fueran buenos predictores de ésta (Inglehart, 1999; 2003; 2007; Pereira et al., 2001). Sin embargo, debido a la alta deseabilidad de los ítems de la dimensión, la variabilidad de las actitudes de la ciudadanía es baja; obstaculizando la posibilidad de explicar la conformación de estas actitudes desde una perspectiva psicopolítica. De hecho, entre el 83 y el 90% de las personas manifestaban acuerdo en cada uno de los ítems de esta dimensión y, por ejemplo, sólo el 2,6% respondió que la democracia era una forma de gobierno muy mala. Así, nos encontramos explicando actitudes hacia un objeto político que, en las evaluaciones abstractas, no sólo goza de un apoyo generalizado; sino que, además, es percibido de un modo relativamente homogéneo, según identificamos en nuestro estudio sobre RS sobre democracia argentina. Justamente, la noción de un ideal democrático, al que se le asigna una valencia positiva, forma parte del sentido común de la ciudadanía y, en este marco, adquiere un carácter de verdad, una entidad propia; convirtiéndose en algo que no parece cuestionable (Jodelet, 1986). En consecuencia, este marco sociocultural puede no ser el apropiado para estudiar actitudes de apoyo básico. Por esta razón resulta relevante analizar particularmente a aquellas personas que no se identifican con este ideal o no manifiestan una preferencia por la democracia y conocer si existen diferencias en relación con quiénes sí lo hacen. Este será uno de los ejes del próximo capítulo.

Respecto del rol de los distintos grupos de variables en la explicación de las actitudes hacia el sistema político, en la [tabla 3.51](#) se sintetizan cuáles de ellas ingresan a cada modelo, junto con el signo de la relación con cada variable dependiente. Además, se consigna cuáles fueron las variables que no participaron en ninguno de estos. Se muestran aquí sólo los resultados de la muestra general, pero su discusión contempla en qué medida estas variables resultan consistentes a través de los subgrupos, procurando una visión más general. Es preciso destacar que muchas de las variables que aparecen excluidas en esta tabla, sí tuvieron participación en los modelos segmentados según ideología y sofisticación

política. De hecho, la cohesión social, la tolerancia política y la participación fueron las únicas variables que no intervinieron en ningún modelo.

Tabla 3.51.

Participación de las variables independientes en la predicción de las actitudes hacia el sistema político en sus 4 dimensiones para la muestra general. Relaciones positivas (+), negativas (-) y ausencia en el modelo (x)

	Democracia ideal	Preferencia por la Democracia	Satisfacción con la Democracia	Justificación de la democracia argentina
Variables de Desempeño				
Nivel de Democracia	(+)	x	x	(+)
Confianza en Partidos Políticos	x	x	x	(+)
Confianza en Poderes del Estado	x	x	(+)	(+)
Variables de Cultura Política				
Cinismo Político	x	x	x	(-)
Percepción de Anomia	x	(-)	(-)	x
Clima Positivo	x	x	(-)	x
Valores Materialistas	x	(-)	x	x
Valores Posmaterialistas	(+)	(+)	x	x
Conocimiento Político	(+)	x	x	x
Eficacia Política Externa	x	x	x	(+)
Variables de Justificación de Sistema				
Autoposicionamiento Ideológico	x	x	x	(+)
RWA	x	(-)	(-)	x
SDO – Dominancia Grupal	x	(-)	(-)	x
SDO – Oposición a la Igualdad	(-)	x	x	x
Creencia en un Mundo Justo	x	x	x	(+)
Justificación de un Golpe de Estado	x	(-)	x	x
Variables Excluidas				
Edad	x	x	x	x
Nivel Educativo	x	x	x	x
Nivel Socioeconómico	x	x	x	x
Clima Negativo	x	x	x	x
Justicia Procedimental	x	x	x	x
Percepción de Corrupción	x	x	x	x
Confianza en ONGs	x	x	x	x
Confianza Social	x	x	x	x
Cohesión Social	x	x	x	x
Modelos de Rol	x	x	x	x
Valores Religiosos	x	x	x	x
Valores Hedonistas	x	x	x	x
Tolerancia Política	x	x	x	x
Interés Político	x	x	x	x
Eficacia Política Interna	x	x	x	x
Participación Política	x	x	x	x

Para las actitudes hacia el ideal democrático, a pesar de su bajo poder explicativo, puede señalarse el predominio de aspectos ideológicos y, principalmente, de valores psicosociales. Además, la experiencia democrática parecía ser importante, en tanto el nivel de democracia percibido resultó aquí una variable significativa. Estos resultados son consistentes con la literatura previa que, desde un enfoque sociológico señala cómo la presencia de valores propios de una *cultura democrática* fortalece las actitudes de apoyo a la misma (Inglehart & Welzel, 2003; Welzel & Inglehart, 2009).

Por su parte, la preferencia por la democracia, que también tiene un carácter abstracto -aunque anclado en la noción de gobierno- fue una de las dimensiones mejor explicadas por nuestras variables; tanto en la muestra general como en muchos de los subgrupos (hasta un 48% de varianza explicada). Esta dimensión se vio casi exclusivamente predicha por variables ideológicas -principalmente pertenecientes a la perspectiva de justificación de sistema- y valores. Los aspectos de evaluación de desempeño no parecen impactar en este tipo de actitudes. Sin embargo, se identificó un aspecto de la cultura política que fue particularmente relevante en este caso: la percepción de anomia. Así, las personas que percibían en la sociedad una anomia mayor tendían a preferir menos a la democracia. Esto es consistente con la perspectiva de justificación de sistema dado que las orientaciones conservadoras tienden a asociarse con una mayor percepción del contexto como amenazante (Jost, 2017c; Lambert et al., 1999). Además, el 74% de las personas de nuestra muestra sostuvieron que las democracias no son buenas para mantener el orden, de modo que es esperable que la percepción del contexto como anómico se relacione con un mayor rechazo a las formas democráticas de gobierno.

Por otra parte, es destacable cómo los elementos de la movilización cognitiva y particularmente aquellos que remiten a la vinculación ciudadano/sistema político (EP, participación), están ausentes en la mayoría de estos modelos explicativos sobre actitudes generales: a la hora de legitimar a un sistema político, no parece ser tan relevante si las personas creen que éste responde a las demandas de la ciudadanía, o bien, si ellos/as como actores tienen capacidad de agencia en el mismo. Esto puede verse explicado por el carácter más concreto de estas actitudes, en relación con una valoración abstracta de la democracia. Consecuentemente, se esperaba una mayor presencia en los modelos explicativos de actitudes específicas que, al menos parcialmente, se ve concretada.

Entre las actitudes más específicas, se evaluó la satisfacción con la democracia como sistema político y la justificación de la democracia argentina. Este último es un indicador que, desde la perspectiva de justificación de sistema, recoge un conjunto de valoraciones sobre el apoyo y evaluación de la democracia, pero en su aplicación al contexto local. Estos modelos recogieron porcentajes similares de varianza para ambas variables dependientes que van desde un 28 a un 55%. Se destaca que fueron los grupos segmentados según sofisticación política los que nos permitieron generar modelos más sólidos. Además, como podía esperarse, los aspectos de contexto fueron más importantes como predictores de estas dimensiones, principalmente aquella anclada en el contexto político local, mientras que la satisfacción con la democracia mostró mayores variaciones entre los grupo. Así, las variables de carácter más coyuntural fueron más importantes en los modelos que recogían actitudes hacia la democracia local, mientras que las más vinculadas a la idea de cultura política -con un carácter relativamente menos variable- fueron mejores predictores de la satisfacción con la democracia como tal.

Por otra parte, mientras que en la satisfacción con la democracia se registra un efecto significativo de algunas variables ideológicas (como RWA y SDO), en las actitudes hacia el sistema político argentino su efecto es casi nulo. Además de estas dos variables ideológicas, la percepción de clima positivo fue una variable de cultura política que consistentemente aportó un efecto significativo a la explicación de la satisfacción con la democracia que, sin embargo, resultó opuesto al esperado teóricamente en todos los casos. Si bien esto resulta difícil de explicar en términos teóricos, es pertinente señalar aquí la distancia entre el *deber ser* de la democracia y el *ser real*: el hecho de percibir negativamente el contexto no parece traducirse en una visión negativa del sistema en sí. De este modo, la relación clima-satisfacción con la democracia puede estar respondiendo a otros aspectos, por ejemplo, ideológicos. Retomaremos estas hipótesis en nuestras conclusiones. También se sostiene aquí la relevancia del predictor percepción de anomia, en el mismo sentido que lo hacía respecto de la preferencia por la democracia. En el caso de la justificación de la democracia argentina, predominan las variables de confianza y cinismo, así como el nivel de democracia percibido, destacándose el rol explicativo de la eficacia política (principalmente la externa) que da cuenta de la valoración de la ciudadanía de la capacidad de respuesta del gobierno. Además, resulta llamativo que la percepción de corrupción no fuese más

relevante, teniendo en cuenta que era un aspecto central en las RS sobre la democracia argentina.

En términos generales, no se identifican variables que sean consistentemente predictoras de las distintas actitudes hacia el sistema político. Entendemos que esto da cuenta de que las dimensiones estudiadas efectivamente recuperan aspectos diferentes de la vinculación de la ciudadanía con este y merecen ser analizadas en sus particularidades. Así, identificamos dos grupos de actitudes: aquellas vinculadas a la noción del ideal democrático y aquellas que responden a su ser real; lo cual resulta consistente con nuestros hallazgos provenientes de la perspectiva de representaciones sociales. Sin embargo, el constructo *satisfacción con la democracia* parece implicar actitudes de ambos tipos, en tanto remite a aspectos específicos del funcionamiento democrático, pero no los sitúa en el contexto local. Es interesante destacar cómo las posiciones favorables a la democracia en general responden a actitudes de carácter menos conservador (menores niveles en variables como RWA, SDO o Religiosidad) mientras que las actitudes favorables hacia la democracia argentina dan cuenta de posiciones más conservadoras (como una ideología de derecha o mayor creencia en un mundo justo). Esto parece constituir otra evidencia que señala la distancia entre la *idea de* democracia y el sistema político argentino. Resta preguntarse si lo que subyace a estas diferencias es que no se percibe a Argentina en términos de la idea que se tiene de la democracia o si, cuando se indaga por las actitudes hacia la democracia local, en realidad se está accediendo a las valoraciones del gobierno vigente.

En relación con el segundo aspecto que nos interesaba destacar, enfatizamos aquí sobre algunas variables que nos permiten diferenciar entre grupos, dando cuenta de sus modos de vinculación particulares.

Una de estas variables relevantes es el nivel de democracia percibido; significativa en la mayoría de los grupos, principalmente como predictor de las actitudes específicas hacia el sistema político argentino. Sin embargo, no está presente en ninguno de los modelos explicativos en el grupo de personas de derecha. A su vez, es en este grupo junto al grupo de personas de centro en el que la corrupción tiene un rol predictor, estando ausente en todos los modelos de los grupos restantes, a excepción del grupo de alta SP donde es predictor (en sentido negativo) de la satisfacción con la democracia. Otro aspecto que comparten estos grupos (ideología de derecha y de centro) es el rol de la religiosidad como predictor (+)

del apoyo al ideal democrático, ausente en otros modelos; hallazgo llamativo en tanto se trata de una actitud asociada a valores conservadores.

Respecto de las variables vinculadas a la confianza (política y social), encontramos que, mientras que para el resto de los grupos la confianza en actores políticos (partidos y poderes del estado) tiene un poder predictivo mayor (particularmente respecto de las actitudes hacia el sistema político argentino y la satisfacción con la democracia), en el grupo de personas de izquierda son más relevantes los aspectos vinculados a la confianza social. De hecho, este es el único grupo en que esta variable resulta significativa y en el que, las variables de confianza predicen también las actitudes más generales hacia el sistema político. Esto podría indicar que, en este grupo, las actitudes más específicas (como la confianza) pueden generalizarse impactando sobre los niveles de apoyo al sistema en sí. El otro aspecto vinculado al capital social que se incluye es la presencia de modelos de rol que sólo resulta significativa como predictor de las actitudes hacia el sistema político argentino en el grupo de derecha y hacia el ideal democrático en el grupo de baja sofisticación. Por su parte, la confianza en organizaciones de la sociedad civil (ONGs) es también significativa en el último caso mencionado y como predictor de la satisfacción con la democracia para las personas de alta SP.

Vinculadas a estas nociones, la variable percepción de anomia tiene un rol relativamente parejo entre los grupos. Sin embargo, puede destacarse que su aporte explicativo es mayor en los grupos de centro y de baja SP, donde opera como una de las variables centrales, particularmente en la satisfacción y preferencia por la democracia. Es en el grupo de personas de derecha donde esta tiene un rol menor. De modo complementario, las variables de clima son predictores de la satisfacción con la democracia en todos los grupos, aunque están ausentes en las actitudes hacia el sistema político argentino (a excepción del grupo de baja sofisticación política). Esto es consistente con la perspectiva que sostiene que estas actitudes no remiten a una evaluación del contexto ni a aspectos emocionales individuales, sino que tiene el carácter de hecho social que remite al predominio de determinadas emociones, sentimientos y juicios sobre la sociedad en un período sociopolítico (Páez et al., 1997). Es interesante examinar su rol en la predicción de las actitudes de preferencia por la democracia dado que el clima negativo se relaciona inversamente con estas actitudes en el grupo de izquierda, mientras que lo hace de modo positivo en el de ideología de derecha. Esto da cuenta de que el posicionamiento ideológico

posiblemente tiene un efecto moderador de esta relación, aspecto que discutiremos en las conclusiones

Por su parte, los valores posmaterialistas son mejores predictores de las actitudes menos específicas en los grupos de izquierda y centro, mientras que el materialismo lo es para los grupos de derecha y de baja sofisticación política. En este caso, la dirección de las relaciones coincide con lo esperado teóricamente, de modo que la preferencia por valores posmaterialistas se asocia positivamente con actitudes favorables hacia la democracia a la vez que el materialismo lo hace negativamente. Por su parte, la justificación de un golpe de estado es un predictor de actitudes generales sólo en los grupos de ideología de centro y de derecha; en los que, además, las variables ideológicas tienen en conjunto un peso explicativo mayor que en el resto de los grupos para estas variables. Las restantes variables ideológicas tienen -como se mencionó- un rol diferencial en relación con los distintos conjuntos de actitudes hacia la democracia, pero no manifiestan grandes diferencias entre los grupos.

Finalmente, los aspectos de la movilización cognitiva sí nos arrojan algunas diferencias interesantes. Como mencionábamos, la eficacia política externa es un predictor consistente de las actitudes específicas hacia la democracia argentina; sin embargo, en los grupos de izquierda y de alta sofisticación política, la eficacia política interna también lo es. Además, en ambos casos, es de signo negativo. Esto implica que las personas que creen menos en su propia capacidad de agencia en el ámbito político son también las que legitiman más el orden político vigente. También, es en el grupo de personas de alta SP donde la eficacia política (tanto interna como externa) es un predictor más relevante, aún en relación con las actitudes hacia el *ideal* democrático. Respecto de las variables de interés y conocimiento político, no tuvieron el rol significativo que se esperaba. De cualquier modo, el interés predijo significativamente las actitudes más generales hacia la democracia en el grupo de izquierda. Sin embargo, su efecto fue positivo respecto de la democracia como ideal, pero negativo respecto de la preferencia por la democracia. Esto indica que las personas que, dentro de este grupo, se encontraban más interesadas valoraban más la democracia en un sentido ideal, pero tenían una menor preferencia por este régimen en relación con otras alternativas. En este último caso, el interés político mediaba parte del efecto del clima negativo, otra de las variables que había mostrado resultados contradictorios en este modelo.

A modo de síntesis, señalamos que la experiencia democrática y los aspectos cognitivos (interés y eficacia política), parecen ser más relevantes en los grupos de izquierda y centro y entre los más sofisticados; mientras que para las personas menos sofisticadas políticamente aspectos más vinculados a la coyuntura (como la confianza o la justicia procedimental) cobran más relevancia. Las variables ideológicas participaron de todos los modelos.

CAPÍTULO 7: DEMÓCRATAS INSATISFECHOS. ANÁLISIS DE PERFILES PSICO-POLÍTICOS

Tal como mencionábamos en nuestro marco teórico, parte de la literatura que aborda la legitimidad política se ha centrado en los últimos años en el abordaje empírico de lo que se denominó *ciudadanos críticos* o *demócratas insatisfechos*. Este interés viene dado, principalmente, por la búsqueda de explicar la coexistencia de una aprobación creciente de la democracia con una, también creciente, insatisfacción y desconfianza respecto de las instituciones y actores políticos (Fuks et al., 2017). A esta brecha nos hemos referido antes y se ve reflejada también en el contexto latinoamericano (Corporación Latinobarómetro, 2013; 2015; 2016.). Como mencionábamos, conviven en estos análisis las orientaciones pesimistas y optimistas respecto de las características de estos grupos de ciudadanos, su incidencia a nivel poblacional y las consecuencias en el mediano y largo plazo para la estabilidad y calidad de las democracias. En la misma línea que estos antecedentes, buscamos aplicar esta perspectiva al ámbito local, identificando los perfiles de demócratas en función de sus actitudes generales y específicas hacia el sistema político democrático. Así, conformamos tres grupos. El primero de ellos lo hemos denominado *no demócratas*, compuesto por ciudadanos/as que, no sólo perciben negativamente el funcionamiento de la democracia (baja satisfacción), sino que también muestran un bajo apoyo al sistema democrático como tal. Un segundo grupo se compone de aquellos que podemos denominar demócratas *satisfechos*, que son aquellos que tienen una alta valoración del sistema junto con una alta satisfacción respecto de su funcionamiento. Finalmente, el grupo que nos interesa particularmente es el de aquellos que acordamos definir como *demócratas insatisfechos* que son quiénes, a pesar de manifestar un alto apoyo a la democracia en términos generales, tienen una baja satisfacción con su funcionamiento.

Aspectos metodológicos generales

Las características de la población, muestra, instrumentos y procedimiento de recolección de datos son idénticos a los expuestos para el estudio poblacional (Capítulo 6), ya que este estudio corresponde a una profundización en la interpretación de los resultados de aquel.

Procedimiento de Análisis de Datos

En términos operativos, el procedimiento para la conformación de estos grupos siguió los mismos criterios que los antecedentes en el área, dicotomizando las variables que componen el perfil (Doorenspleet, 2012). Así, aquellos/as participantes que puntuaron por debajo de la media teórica en la variable preferencia por la democracia fueron considerados como “no demócratas” (0), mientras que quienes lo hicieron por encima se clasificaron como “demócratas” (1). Además, contábamos con nuestro estudio con dos formas de medir aspectos específicos del apoyo a la democracia. Por un lado, una variable de carácter más general (satisfacción con la democracia) y, por el otro, una variable situada en el contexto político local (justificación de la democracia argentina). Por esta razón, cada una de ellas se combinó, en dos análisis independientes y sucesivos, con la variable “demócratas /no demócratas”. Específicamente, la clasificación de los ciudadanos según nivel de apoyo específico se realizó del mismo modo: quienes puntuaban por debajo de la media teórica en la variable (a) satisfacción con la democracia / (b) Justificación de la democracia argentina fueron considerados “insatisfechos” (0) y quienes lo hicieron por encima “satisfechos” (1) (tabla 4.1). Es preciso destacar que fueron excluidos de este análisis todos los casos que puntuaban igual que la media teórica y también quienes, siendo “no demócratas” se manifestaban satisfechos. Los grupos surgieron de la combinación entre estas dos variables.

Tabla 4.1.

Clasificación de los perfiles de demócratas

	Preferencia por la Democracia	(a) Satisfacción con la Democracia / (b) Justificación Sistema Político Argentino
No demócratas	0	0
Demócratas Insatisfechos	1	0
Demócratas Satisfechos	1	1

Así, para el caso de los grupos conformados según el nivel de satisfacción general con la democracia, la muestra total queda compuesta por 413 participantes¹⁵, de los cuales sólo el 5,1% quedan definidos como no demócratas (21 casos), el 16,7% como demócratas insatisfechos (69 casos) y el 78,2% (323 casos) restante se clasifican como demócratas satisfechos; lo cual significa un porcentaje muy alto de la población con alta adhesión a la

¹⁵ La muestra general sobre la que se realizó este análisis es la misma que en el estudio poblacional (Capítulo 6, p.278)

democracia y alta satisfacción con el sistema. Por su parte, para los grupos conformados según la valoración situada en el contexto político local, la muestra quedó compuesta por 422 participantes, de los cuales el 5,1% fueron no demócratas (23 casos), el 60,7% demócratas insatisfechos (276 casos) y el 27% como demócratas satisfechos (123 casos). Como puede notarse, el número de demócratas insatisfechos se incrementa significativamente cuando se pasa de preguntar por aspectos generales del sistema, a la valoración específica de una democracia real como la argentina.

Teniendo en cuenta estas diferencias y las implicancias que pueden tener desde un punto de vista teórico es que se deciden presentar las comparaciones entre grupos utilizando las dos fórmulas distintas como variable de clasificación. De este modo, expondremos primero los resultados correspondientes a los perfiles ciudadanos respecto de las actitudes hacia la democracia en general y, en un segundo momento, incluyendo la valoración situada de la democracia en argentina.

En términos estadísticos, se realizaron análisis de asociación utilizando el estadístico V de Cramer para identificar relaciones entre variables sociodemográficas y comportamiento electoral y la pertenencia a un grupo. Posteriormente, para conocer las diferencias entre grupos se estimaron una serie de análisis de varianza de un factor para grupos de tamaño desigual (ANOVA) que contrastan estos grupos en todas las variables incluidas en nuestro estudio. Además, para identificar qué grupos tenían diferencias significativas entre sí se estimaron contrastes pos hoc utilizando la prueba de Bonferroni.

Comparación de Perfiles: actitudes generales hacia la democracia

En este apartado se presentan los resultados correspondientes a la comparación de perfiles construidos con las valoraciones generales sobre democracia. Como se mencionó, realizamos un análisis de asociación utilizando el coeficiente V de Cramer para identificar si la pertenencia a uno de estos grupos y las variables sociodemográficas (sexo, edad, nivel educativo y nivel socioeconómico) se relacionan. Los resultados arrojaron asociaciones moderadas, pero estadísticamente significativas entre las actitudes hacia el sistema político y el sexo ($,137; p \leq ,05$), el nivel educativo ($,251; p \leq ,001$) y el nivel socioeconómico ($,232; p \leq ,001$). La edad no mostró relación. De este modo, los hombres tenían una tendencia ligeramente mayor a ubicarse en el grupo de los no demócratas y las mujeres en el de demócratas satisfechos. A su vez, la proporción de demócratas satisfechos crecía conforme

se incrementaba tanto el nivel educativo como el nivel socioeconómico, a la vez que disminuían tanto las proporciones de demócratas insatisfechos como de no demócratas. La única excepción a ello es el segmento de participantes con primario incompleto, donde casi la totalidad se ubican como demócratas satisfechos, aunque se trata de una frecuencia baja (5 casos), como para extraer una conclusión específica al respecto.

Además, se controló la asociación entre la pertenencia a uno de los perfiles y el comportamiento de voto en las elecciones presidenciales de 2015, pero no se encontraron diferencias significativas. Esto es interesante, ya que la variable incluía las opciones *no voté* y *en blanco/impugné*, pero aun así se encontró que la actitud hacia el sistema democrático no parecía tener relación con la participación electoral. De hecho, se registró una proporción mayor de participantes clasificados como *no demócratas* entre los votantes de Mauricio Macri (8,4%) que entre aquellos que votaron en blanco /impugnaron (3,3%) o directamente no fueron a votar (5,9%). Para un mayor detalle de estas asociaciones dirigirse al Anexo 6, tablas A1 a A3, donde se exponen completas las tablas de contingencia correspondientes.

A continuación, se muestran los resultados correspondientes al ANOVA. En la [tabla 4.2](#) se exponen los datos descriptivos para cada variable en cada grupo (media y desviación estándar) así como el coeficiente F y su correspondiente significación estadística. En este análisis se incluyeron todas las variables de evaluación de desempeño (nivel de democracia, percepción de justicia procedimental, percepción de corrupción política y confianza política), de cultura política (capital social, valores sociales y movilización cognitiva y de justificación de sistema (RWA, SDO, CMJ y autopoicionamiento ideológico de derecha).

Como puede observarse, existen diferencias significativas entre grupos en 19 de las 29 variables en estudio, principalmente en lo que respecta a aspectos de valores y de justificación de sistema, donde las diferencias son más amplias. No encontraron diferencias significativas entre grupos en los niveles de participación política y EPI. Además, la diferencia significativa entre grupos en los niveles de eficacia política externa no se confirma al estimar los contrastes pos hoc. Tampoco se registraron diferencias en los niveles de democracia percibidos, en la percepción de corrupción, ni en los niveles de confianza en partidos políticos y poderes del estado, lo que parece indicar que no es la evaluación de desempeño del sistema político argentino la que afecta los niveles de satisfacción con la democracia como sistema político, aportando evidencia en la dirección de que la insatisfacción no se generalizaría a nivel sistémico. Respecto de orientaciones ideológicas y

de valores, sólo los valores hedonistas y la dimensión de oposición a la igualdad de la SDO no arrojaron diferencias significativas.

Tabla 4.2

Media, Desviación estándar y análisis de varianza de un factor de grupos de ciudadanos/as clasificados según sus actitudes generales hacia el sistema político democrático

	No Demócratas		Demócratas Insatisfechos		Demócratas Satisfechos		F
	M	SD	M	SD	M	SD	
	Nivel de Democracia Percibido	3.48	1.47	4.07	1.45	4.01	
Justicia Procedimental	3.71	1.55	3.97	1.81	4.58	1.53	6.46**
Percepción de Corrupción	7.09	.94	6.87	1.23	6.63	1.06	2.87
Confianza en Poderes del Estado	12.67	4.62	13.35	5.14	13.53	4.61	.35
Confianza en Partidos Políticos	3.62	1.50	3.93	1.93	4.16	1.67	1.38
Anomia	34.43	7.29	31.27	7.48	26.38	7.17	22.89***
Clima Positivo	18.29	6.95	19.35	5.47	15.77	5.06	14.61***
Clima Negativo	9.62	3.47	11.01	2.41	11.07	2.67	2.908
Cinismo Político	18.90	5.26	19.46	3.95	16.68	4.83	11.22***
Confianza Social	4.81	2.27	6.14	2.53	7.19	2.41	13.54***
Cohesión Social	7.86	2.92	10.20	3.24	10.08	2.87	5.86**
Modelos de Rol	1.57	.87	1.77	.93	1.69	1.00	.35
Confianza en ONGs	6.00	2.30	5.94	2.03	6.66	1.85	4.89**
Valores Posmaterialistas	70.86	17.65	75.39	11.38	78.42	9.45	7.04***
Valores Materialistas	26.33	7.42	24.01	7.42	20.04	8.08	12.07***
Valores Religiosos	20.95	12.03	21.04	12.65	13.90	11.20	13.49***
Valores Hedonistas	27.86	6.13	26.56	8.06	24.14	8.77	3.78
Tolerancia Política	24.05	7.47	27.45	10.41	29.92	9.70	4.95**
Justificación de un Golpe de Estado	32.67	1.16	19.16	14.18	11.85	10.66	41.66***
Conocimiento Político	5.43	3.97	6.11	3.72	8.22	3.52	14.41***
Interés Político	17.00	7.39	16.32	6.96	18.96	7.58	3.95*
Eficacia Política Interna	13.38	4.41	11.10	4.98	10.94	4.93	2.43
Eficacia Política Externa	8.57	3.26	9.54	3.76	10.23	3.15	3.52*
Participación Política	.24	.54	.19	.52	.34	.72	1.58
RWA	24.81	4.17	19.96	6.61	14.72	6.76	36.74***
SDO Dominancia Grupal	15.43	5.90	12.14	4.09	8.81	3.58	46.50***
SDO Oposición a la Igualdad	9.19	4.20	8.13	3.26	8.13	3.63	.86
Creencia en un Mundo Justo	22.19	9.60	21.52	8.24	16.79	7.33	16.93***
Autoposicionamiento Ideológico	4.47	1.12	4.19	1.23	3.41	1.26	12.84***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Por otra parte, con el objetivo de estimar cuáles grupos tienen diferencias entre sí, se estimaron los contrastes *post hoc* utilizando la prueba de Bonferroni, cuyos resultados para las variables con diferencias significativas entre grupos se exponen clasificados según se trate de variables de evaluación de desempeño, distintas dimensiones de la perspectiva de cultura política (capital social, valores sociales y movilización cognitiva) y justificación de sistema. Además, en este apartado incluimos los gráficos de las medias para apoyar la interpretación visual de los datos y en el Anexo 5, tablas A4-A9 se exponen los resultados de las pruebas *post hoc*.

La única variable dentro de este conjunto que evidenció diferencias significativas entre grupos fue la justicia procedimental; mientras que la confianza política, la percepción de corrupción y el nivel de democracia no permitían diferenciar entre estos perfiles. Los demócratas insatisfechos se diferencian significativamente de los otros dos grupos en relación con esta variable, mostrando puntuaciones intermedias (gráfico 4.1; tabla A4, Anexo5).

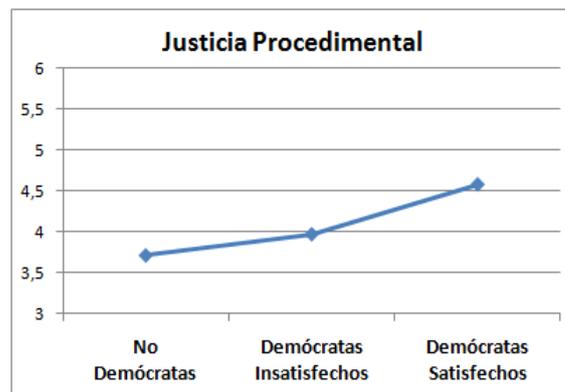


Gráfico 4.1
Puntuaciones Medias de Justicia procedimental según actitudes hacia la Democracia

Adicionalmente, los gráficos 4.2, 4.3 y 4.4 se muestran las puntuaciones medias de los grupos en las variables del capital social vinculadas a la evaluación del contexto sociopolítico. Si bien son aún sólo se registran diferencias significativas en algunas de las variables, sí hay valoraciones diferenciales en estos aspectos evaluativos con un carácter más estable (cultura política). Respecto de la anomia, los demócratas satisfechos son los que perciben un menor nivel y se diferencian significativamente de los otros dos grupos, ($p \leq 0,001$). Sin embargo, son el grupo que peor evalúa clima positivo, aunque tienen menores niveles de cinismo; en estos casos sólo se diferencia significativamente de los demócratas insatisfechos ($p \leq 0,001$) (Anexo 5. Tabla A5).

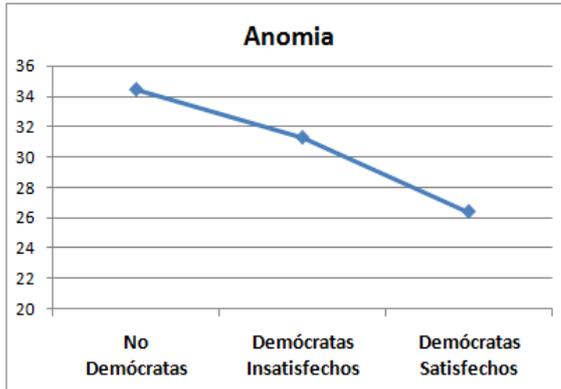


Gráfico 4.2
Puntuaciones Medias de Anomia según actitudes hacia la Democracia

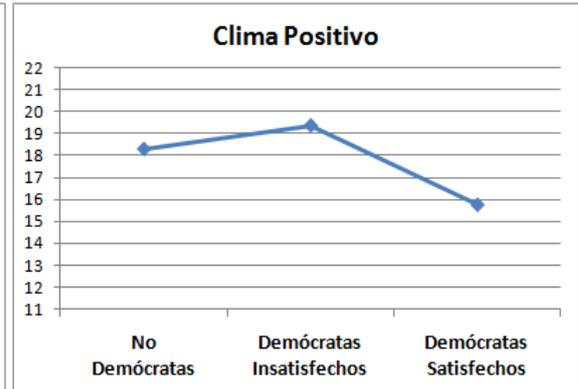


Gráfico 4.3.
Puntuaciones Medias de Clima positivo según actitudes hacia la Democracia

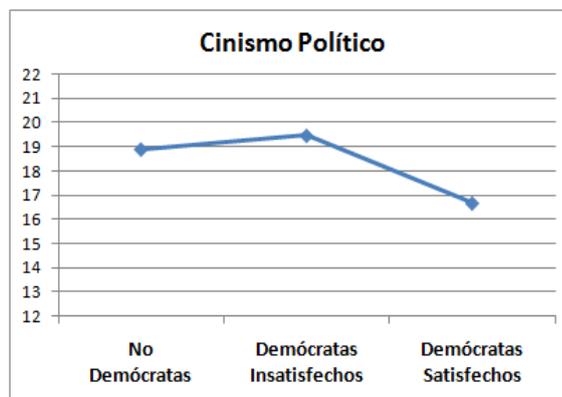


Gráfico 4.4
Puntuaciones Medias de Anomia según actitudes hacia la Democracia

Respecto de las variables de relación y confianza social del capital social, si bien los grupos tienen en la mayoría de los casos diferencias significativas, las percepciones de los demócratas insatisfechos no se diferencian de los no demócratas en su percepción de la confianza social, ni de los demócratas satisfechos respecto de la cohesión social. Así, mientras que tienen niveles intermedios de confianza social (donde los no demócratas son los más desconfiados), son los que perciben una mayor cohesión en toda la muestra (gráfico 4.5 y 4.6). Respecto de la confianza en las organizaciones de la sociedad civil, demócratas insatisfechos y no demócratas tienen percepciones similares, siendo los demócratas satisfechos los que se diferencian significativamente de los no satisfechos ($p \leq 0,05$) y confían más (gráfico 4.7) (Anexo 5. Tabla A6).

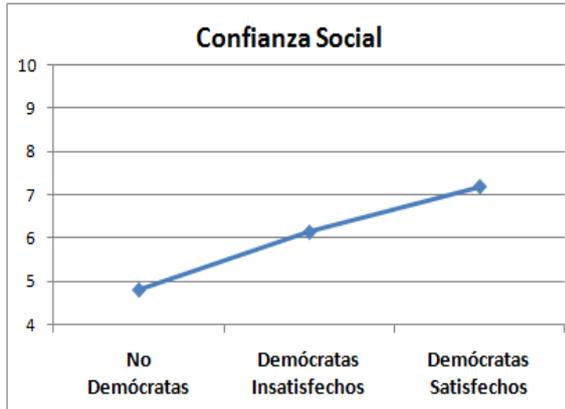


Gráfico 4.5
Puntuaciones Medias de Confianza social según actitudes hacia la Democracia

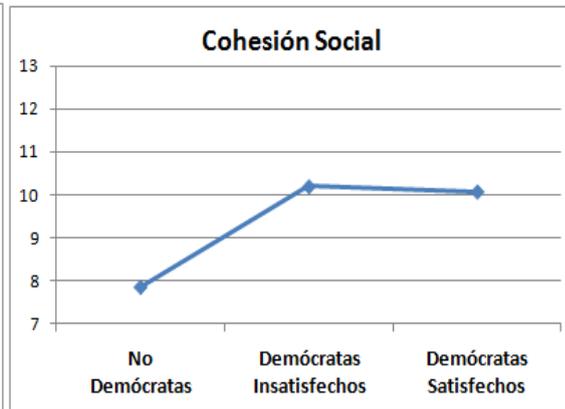


Gráfico 4.6
Puntuaciones Medias de Cohesión social según actitudes hacia la Democracia

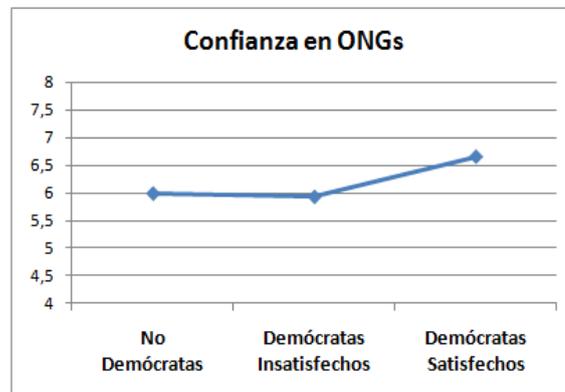


Gráfico 4.7
Puntuaciones Medias de confianza en ONGs según actitudes hacia la Democracia

Por su parte, los gráficos 4.8 a 4.12 muestran las puntuaciones medias de las dimensiones de los valores que mostraron diferencias significativas y la tolerancia política y justificación de un golpe de estado. En estos casos, el grupo de demócratas insatisfechos sostiene consistentemente una posición intermedia y sólo se diferencia significativamente de los demócratas satisfechos en relación con valores materialistas ($p \leq 0,01$) y religiosos ($p \leq 0,1$) y en la justificación de un golpe de estado ($p \leq 0,1$). Además, no demócratas y demócratas satisfechos se diferencian entre sí en todas estas variables: valores posmaterialistas ($p \leq 0,1$), materialistas ($p \leq 0,01$) y religiosos ($p \leq 0,1$), tolerancia política ($p \leq 0,05$) y justificación de un golpe de estado ($p \leq 0,01$) (Anexo 5. Tabla A.7).

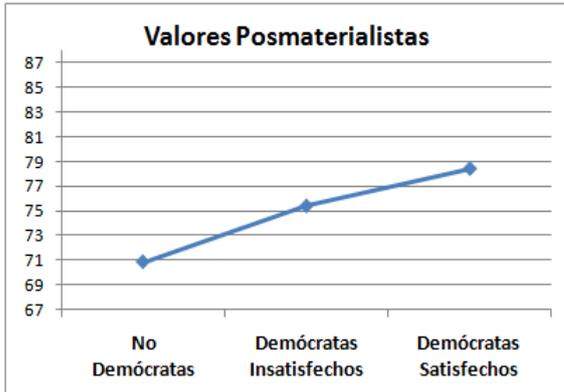


Gráfico 4.8
Puntuaciones Medias de Valores Posmaterialistas según actitudes hacia la Democracia

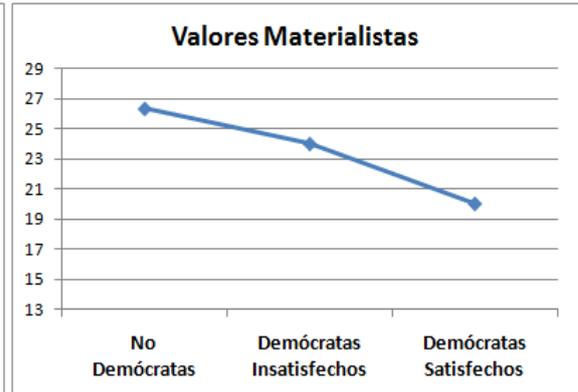


Gráfico 4.9
Puntuaciones Medias de Valores Materialistas según actitudes hacia la Democracia

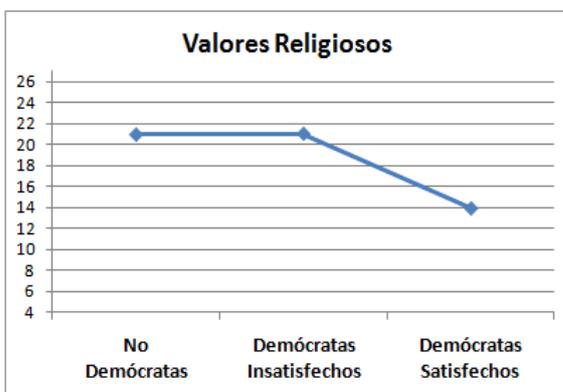


Gráfico 4.10
Puntuaciones Medias de Valores Religiosos según actitudes hacia la Democracia

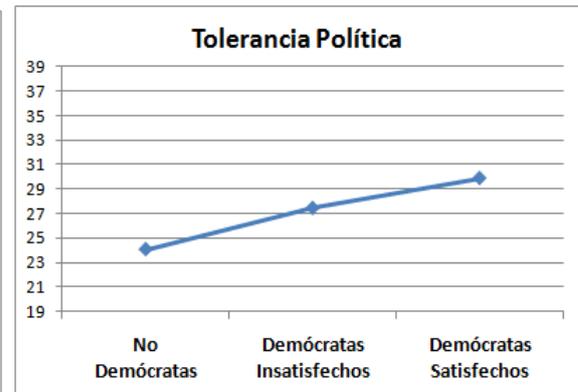


Gráfico 4.11
Puntuaciones Medias de tolerancia política según actitudes hacia la Democracia

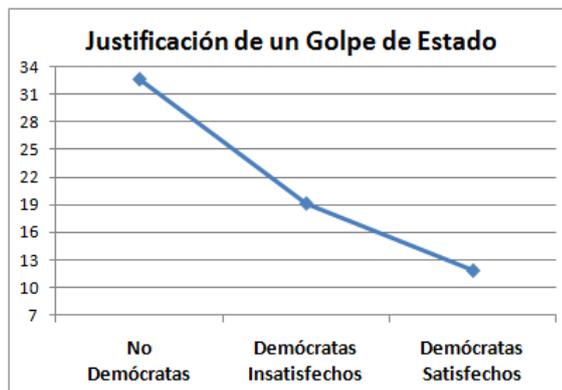


Gráfico 4.12
Puntuaciones Medias de Justificación de un golpe de estado según actitudes hacia la Democracia

En relación con las variables de movilización cognitiva e involucramiento político, nuestros datos no confirman la hipótesis de que sean los demócratas insatisfechos quienes tengan un perfil crítico más activo; dado que en realidad tienen características similares a los no demócratas (gráficos 4.13, 4.14 y 4.15). Más concretamente, respecto del nivel de conocimiento político, son los demócratas satisfechos los que manifiestan un nivel más alto

y significativamente diferente de los otros dos grupos ($p \leq,01$ respecto a no demócrata y $p \leq,001$ respecto a demócrata insatisfechos). En relación con el interés político, son los demócratas insatisfechos los que muestran los niveles más bajos y se diferencian significativamente sólo de los demócratas satisfechos ($p \leq,05$). Además, si bien el análisis de varianza arrojaba diferencias significativas en relación con la eficacia política externa ($p \leq,05$), la prueba de Bonferroni no nos permitió identificar esas diferencias entre grupos (Anexo 5. Tabla A.8).

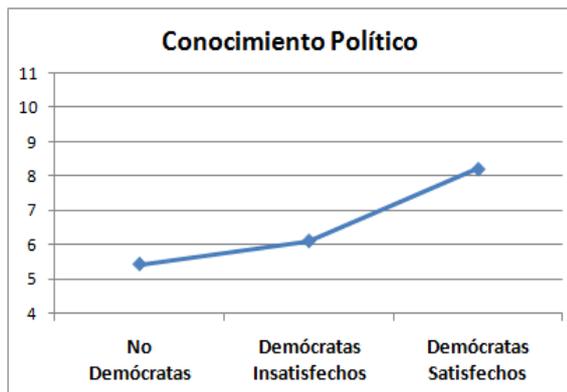


Gráfico 4.13
Puntuaciones Medias de Conocimiento Político según actitudes hacia la Democracia

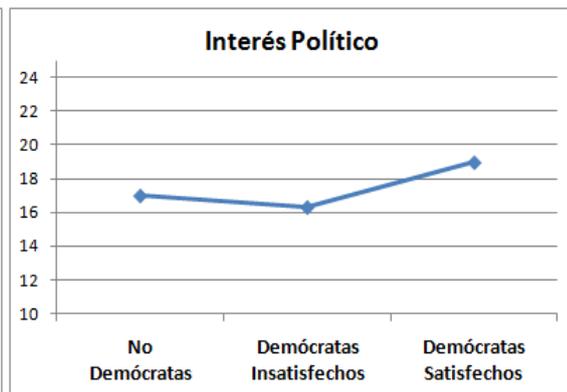


Gráfico 4.14.
Puntuaciones Medias de Interés Político según actitudes hacia la Democracia

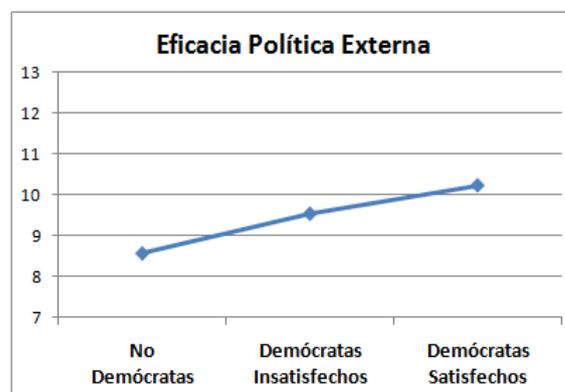


Gráfico 4.15
Puntuaciones Medias de Eficacia Política Externa según actitudes hacia la Democracia

Finalmente, las variables de justificación de sistema, expuestas en [gráficos 4.16 a 4.19](#), tienen un comportamiento similar a los valores y las dimensiones más ideológicas del capital social_ en todos los casos los demócratas insatisfechos representan una posición de carácter más *central* frente a un mayor conservadurismo/autoritarismo entre los no demócratas y un mayor progresismo entre los demócratas satisfechos. De modo más específico, en las variables RWA, orientación a la dominancia grupal y justificación de un golpe de estado, todos los grupos manifestaron diferencias significativas entre sí (con

distintos niveles de significación estadística) (Anexo 5. Tabla A.9). Por su parte, en las variables CMJ y autopoicionamiento ideológico, fueron los demócratas satisfechos quienes se diferenciaron de los otros dos grupos, siendo estas diferencias más significativas en relación con demócratas insatisfechos ($p \leq,001$) que con no demócratas ($p \leq,01$). Respecto de la tolerancia política, sólo hay diferencias significativas entre no demócratas y los demócratas satisfechos ($p \leq,05$).

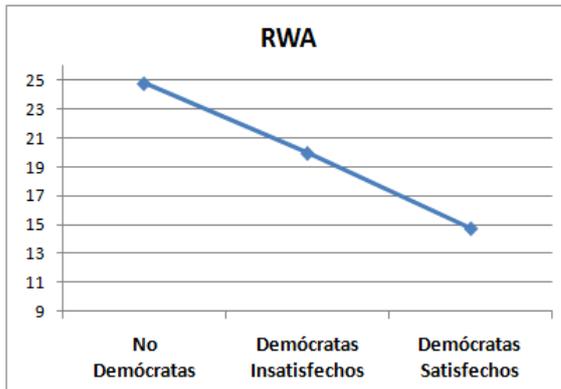


Gráfico 4.16
Puntuaciones Medias de RWA según actitudes hacia la Democracia

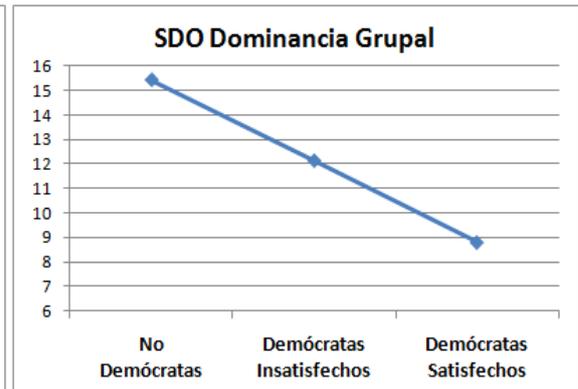


Gráfico 4.17
Puntuaciones Medias de Orientación a la dominancia grupal según actitudes hacia la Democracia

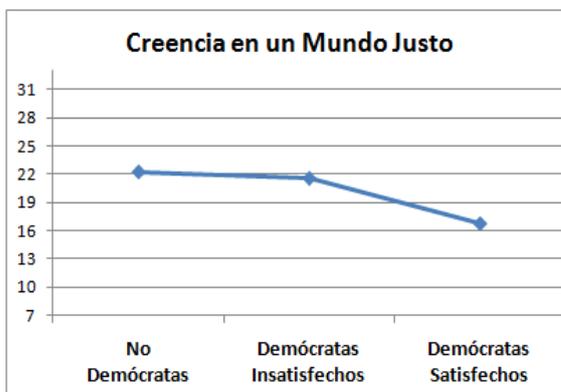


Gráfico 4.18
Puntuaciones Medias de Creencia en un Mundo Justo según actitudes hacia la Democracia

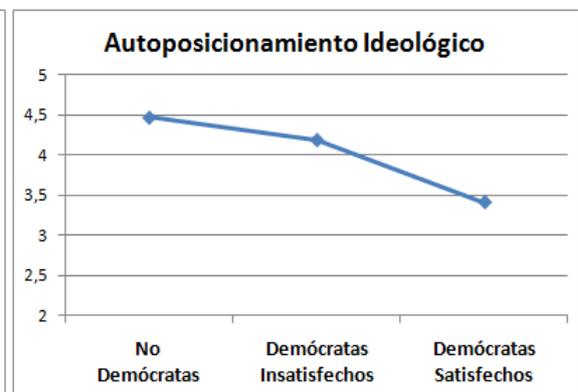


Gráfico 4.19
Puntuaciones Medias de Autoposicionamiento Ideológico según actitudes hacia la Democracia

Tomados en conjunto, estos resultados nos permiten identificar perfiles ciudadanos diferentes en función de la vinculación que tengan con el sistema político. Sin embargo, los resultados no permiten caracterizar a los demócratas insatisfechos como un grupo particularmente informado, crítico y con una vinculación más interesada con el sistema político. En cambio, se trata de un grupo que manifiesta características similares a los no demócratas, pero que tiende a diferenciarse de ellos en términos fundamentalmente ideológicos.

A continuación, trataremos de identificar si estas características se sostienen cuando clasificamos el nivel de satisfacción/insatisfacción en función de actitudes más específicas hacia la democracia situada en Argentina.

Comparación de Perfiles: actitudes específicas hacia la democracia argentina

Para examinar este conjunto de datos, ahora con grupos conformados en función de la preferencia por la democracia en combinación con actitudes específicas hacia la democracia argentina, se repitió el mismo procedimiento de análisis de datos expuesto en el apartado anterior, ahora utilizando esta nueva variable de clasificación.

En primer lugar, la asociación entre la pertenencia a un grupo y las variables sociodemográficas es más débil en este caso y sólo significativa respecto del nivel educativo ($,166$; $p \leq ,01$) y el socioeconómico ($,149$; $p \leq ,05$). Además, las tendencias son menos claras que en el caso anterior. Respecto del NSE, la proporción de demócratas satisfechos se incrementa levemente a medida que aumenta el NSE, a la vez que disminuye la proporción de no demócratas. Respecto de los demócratas insatisfechos, se concentran más en los NSE medios. En relación con el nivel educativo, las tendencias marcan mayor proporción de no demócratas entre los de menor nivel educativo, un ligero incremento de los demócratas insatisfechos entre universitarios y mayor satisfacción entre los extremos.

Finalmente, al igual que en el caso anterior, se estimó la asociación entre la pertenencia a uno de los perfiles y el comportamiento electoral, aunque en este caso sí se encontraron asociaciones moderadas pero significativas ($,155$; $p \leq ,01$). Los porcentajes de votantes de Scioli y Macri se distribuyen de modo parejo entre ambos grupos de demócratas, pero las diferencias significativas surgen en relación con los no demócratas, siendo esta proporción más elevada entre los votantes de Macri (el 8,8% de sus votantes fueron "no demócratas" contra el 0,7% de Daniel Scioli). Por su parte, la enorme mayoría de los votos en blanco/impugnados y personas que no votaron provienen de los demócratas insatisfechos (destacando que este es también el grupo más numeroso). Si estimamos estos porcentajes en función de los perfiles, la mayoría de los no demócratas y demócratas insatisfechos votaron a Macri, mientras que entre los demócratas satisfechos la proporción se revierte respecto de Scioli (quién en términos absolutos tiene un número menor de casos). En el anexo 5, tablas A.10, A.11 y A.12 se expone el detalle de esta distribución.

Respecto del análisis de varianza, los datos de la [tabla 4.3](#) permiten identificar diferencias significativas entre grupos, pero con signo diferente a las del análisis anterior.

Tabla 4.3

Media, Desviación estándar y análisis de varianza de un factor de grupos de ciudadanos/as clasificados según sus actitudes específicas hacia el sistema político democrático argentino

	No		Demócratas		Demócratas		F
	Demócratas		Insatisfechos		Satisfechos		
	M	SD	M	SD	M	SD	
Nivel de Democracia Percibido	3.70	1.49	3.80	1.08	4.58	.95	23.73***
Justicia Procedimental	3.48	1.47	4.30	1.60	4.87	1.57	9.77***
Percepción de Corrupción	7.17	.94	6.80	1.05	6.37	1.17	8.991***
Confianza en Poderes del Estado	12.30	4.38	12.65	4.45	15.24	4.66	14.73***
Confianza en Partidos Políticos	3.83	1.61	3.83	1.63	4.86	1.78	16.50***
Anomia	35.00	4.99	27.40	7.33	26.89	7.69	11.82***
Clima Positivo	17.87	6.58	15.80	5.05	18.08	5.82	8.39***
Clima Negativo	9.56	3.34	11.17	2.59	10.80	2.54	4.35*
Cinismo Político	18.83	4.99	17.87	4.61	15.42	4.72	15.38***
Confianza Social	5.09	2.41	6.79	2.43	7.56	2.48	11.34***
Cohesión Social	8.09	3.50	10.02	2.94	10.33	2.73	6.36**
Modelos de Rol	1.65	.98	1.69	.97	1.76	1.02	.269
Confianza en ONGs	6.22	2.23	6.33	1.94	7.00	1.82	5.42**
Valores Posmaterialistas	72.52	13.06	77.66	10.24	78.48	8.88	3.42*
Valores Materialistas	26.78	5.94	20.14	8.44	21.90	7.61	8.17***
Valores Religiosos	20.26	10.90	15.13	11.63	15.51	11.74	2.04
Valores Hedonistas	27.87	5.49	24.87	8.42	24.54	8.42	1.54
Tolerancia Política	24.83	8.78	28.75	9.88	29.11	9.92	4.01*
Justificación de un Golpe de Estado	30.13	12.87	13.68	12.09	11.74	10.36	24.44***
Conocimiento Político	5.39	3.85	7.81	3.54	7.89	3.83	4.91**
Interés Político	17.52	7.38	18.23	7.67	19.69	6.98	1.89
Eficacia Política Interna	12.74	5.00	10.80	4.78	11.39	5.05	2.02
Eficacia Política Externa	8.17	3.23	9.30	3.04	11.93	3.23	34.61***
Participación Política	.09	.29	.34	.71	.23	.62	2.35
RWA	24.56	4.03	15.20	6.86	16.28	7.10	20.14***
SDO Dominancia Grupal	14.70	5.65	9.10	3.77	10.02	4.09	21.65***
SDO Oposición a la Igualdad	9.22	4.19	8.27	3.75	7.82	3.03	1.67
Creencia en un Mundo Justo	21.96	10.54	16.73	6.64	19.14	7.77	8.95***
Autoposicionamiento Ideológico	4.41	1.18	3.40	1.28	3.81	1.30	7.73**

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

En este caso, las diferencias significativas se dan en 22 de las 29 variables en estudio y –como podría esperarse– son más significativas en los aspectos relacionados al desempeño y al clima social y política que en los ideológicos y de valores como ocurría respecto de las actitudes más generales hacia la democracia.

Como puede observarse, aquí tampoco se encuentran diferencias significativas entre grupos en los niveles de participación política y eficacia política interna, a los que se suma el interés político, uno de los aspectos que nos interesaba en función de identificar si el grupo de demócratas insatisfechos efectivamente representa un segmento crítico, pero políticamente involucrado y agente potencial de cambio social. Además, tampoco se encuentran diferencias en la dimensión de oposición a la igualdad de la SDO y los valores hedonistas, a los que se suman los valores religiosos. En este caso, todas las variables vinculadas al desempeño sí muestran diferencias significativas entre los perfiles propuestos.

Adicionalmente, se estimaron los contrastes pos hoc a través de la prueba de Bonferroni, permitiéndonos dar cuenta de cuáles son los grupos que manifiestan diferencias significativas entre sí para cada variable. Del mismo modo que en el apartado anterior, los resultados detallados se exponen en el anexo 5, tablas A.13-A.18, clasificando las variables en grupos según se trate de variables de desempeño, las dimensiones de la cultura política de capital social, valores y movilización cognitiva (incluyendo aquí participación) y las variables de justificación de sistema. Además, también en este apartado incluimos los gráficos de las medias para apoyar la interpretación visual de la información.

En los [gráficos 4.20 a 4.24](#) se muestran las puntuaciones medias para cada grupo en las variables de desempeño. En la mayoría de los casos, el grupo de demócratas insatisfechos representa una posición intermedia, pero con un perfil similar al de los no demócratas. La única variable en que los tres grupos difieren significativamente entre sí es la percepción de justicia procedimental. Los demócratas satisfechos se diferencian de los otros dos grupos (que no lo hacen entre sí) en el nivel de democracia, la percepción de corrupción y la confianza tanto en los poderes del estado como en los partidos políticos; siendo el que sostiene evaluaciones más positivas (Anexo 5, tabla A.13).

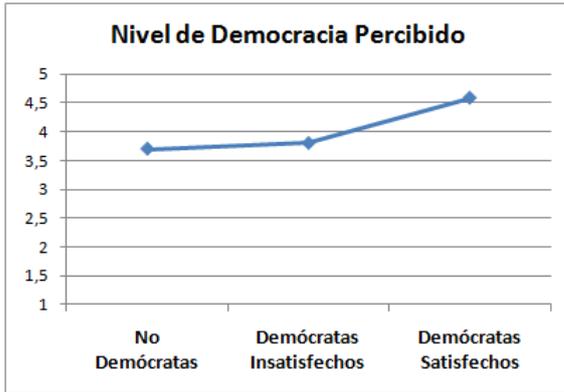


Gráfico 4.20
Puntuaciones Medias de Nivel de democracia según actitudes hacia la democracia argentina

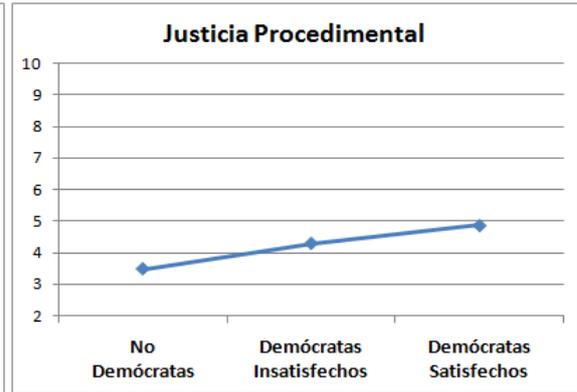


Gráfico 4.21
Puntuaciones Medias de Justicia Procedimental según actitudes hacia la democracia argentina

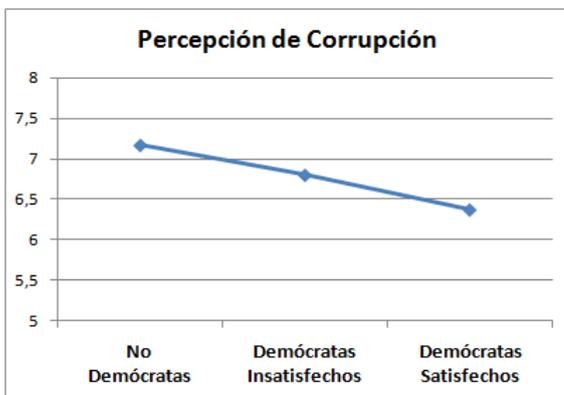


Gráfico 4.22
Puntuaciones Medias de Percepción de Corrupción según actitudes hacia la democracia argentina

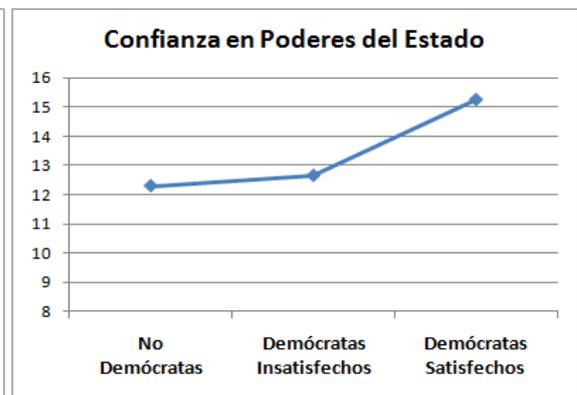


Gráfico 4.23
Puntuaciones Medias de Confianza en poderes del estado según actitudes hacia la democracia argentina

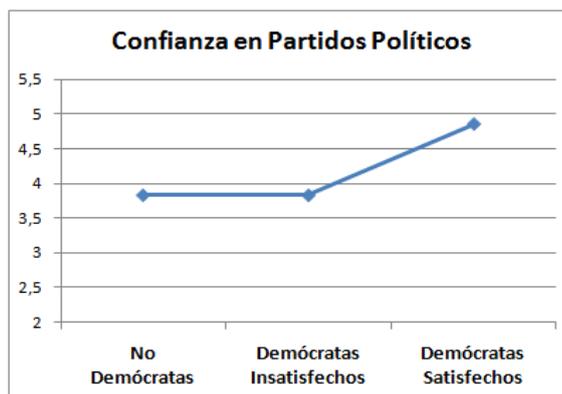


Gráfico 4.24
Puntuaciones Medias de Confianza en partidos políticos según actitudes hacia la democracia argentina

Respecto de las dimensiones sociopolíticas del capital social, el grupo de no demócratas se diferencia de los dos grupos de demócratas (que no lo hacen entre sí) en los niveles de anomia, siendo estos significativamente más altos ($p \leq 0,001$) (gráfico 4.25). Sin embargo, son los demócratas insatisfechos quienes tienen una peor percepción del clima socioemocional; grupo que se diferencia de los demócratas satisfechos en la percepción del

clima positivo ($p \leq,001$) (gráfico 4.26) y de los no demócratas en la percepción del clima negativo ($p \leq,05$) (gráfico 4.27). Por su parte, el grupo de demócratas satisfechos se diferencia de los otros dos grupos (que no lo hacen entre sí) en los niveles de cinismo político, siendo -como mencionábamos- el que presenta las valoraciones más positivas (similar a las evaluaciones de confianza política y desempeño) (gráfico 4.28) (Anexo 5, tabla A.14).

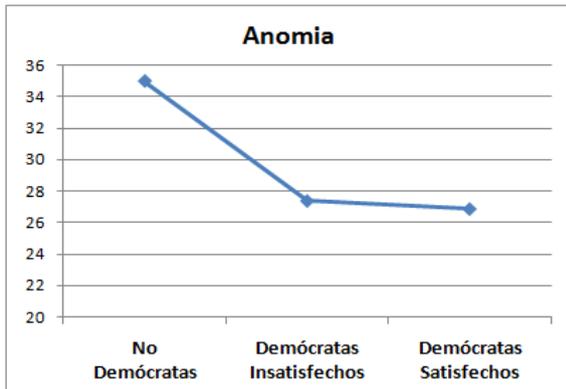


Gráfico 4.25
Puntuaciones Medias de la percepción de anomia según actitudes hacia la democracia argentina

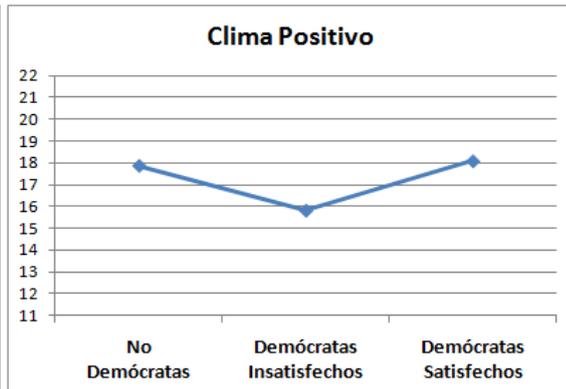


Gráfico 4.26.
Puntuaciones Medias de Clima positivo según actitudes hacia la democracia argentina

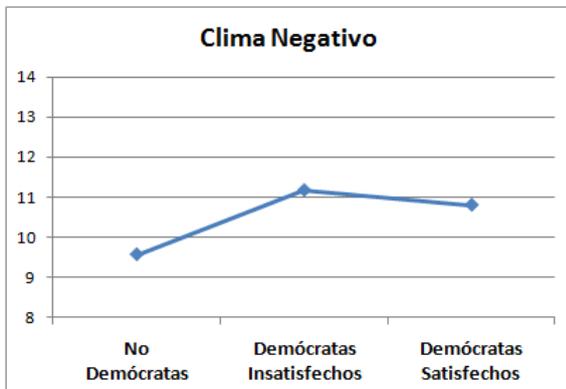


Gráfico 4.27
Puntuaciones Medias de Clima negativo según actitudes hacia la democracia argentina

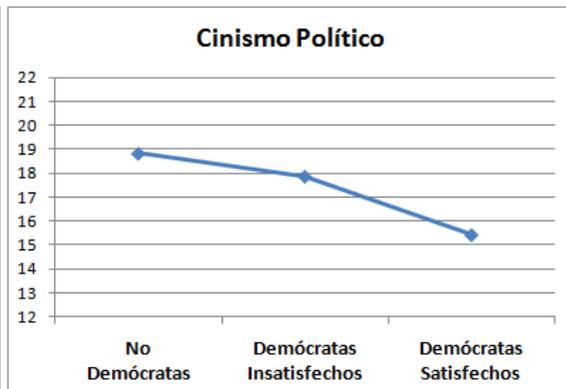


Gráfico 4.28.
Puntuaciones Medias de Cinismo político según actitudes hacia la democracia argentina

Veíamos hasta acá que los demócratas insatisfechos tenían perfiles más similares a los no demócratas respecto de los aspectos de desempeño y evaluaciones de carácter sociopolítico; veremos ahora que son relativamente más cercanos a los demócratas satisfechos en lo que refiere a las bases sociales e ideológicas de la democracia (gráficos 4.29 a 4.31). Efectivamente, esto se corrobora cuando examinamos los contrastes pos hoc en estas dimensiones del capital social: si bien todos los grupos tienen diferencias significativas entre sí en los niveles de confianza social, son mayores las distancias de los no

demócratas -quienes manifestaron los menores niveles de confianza social de la muestra- con los otros dos grupos. En el caso de la cohesión social, los no demócratas – que nuevamente sostienen evaluaciones más negativas- tienen diferencias significativas con los otros dos grupos, que no la tienen entre sí. Para el caso de organizaciones de la sociedad civil, demócratas insatisfechos y satisfechos se diferencian significativamente ($p \leq 0,05$), siendo estos últimos quienes sostuvieron evaluaciones más positivas; el grupo de no demócratas no se diferencia significativamente de ninguno de los otros dos (Anexo 5, tabla A.15).

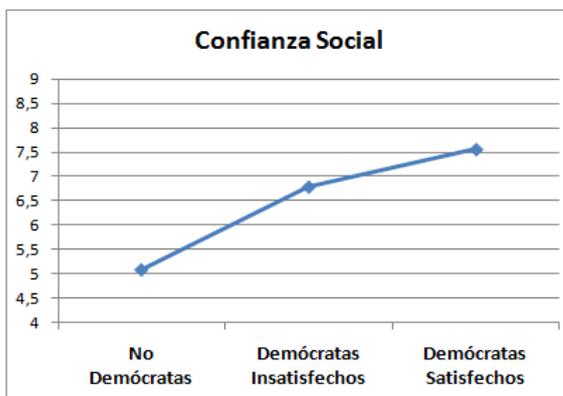


Gráfico 4.29
Puntuaciones Medias de Confianza social según actitudes hacia la democracia argentina

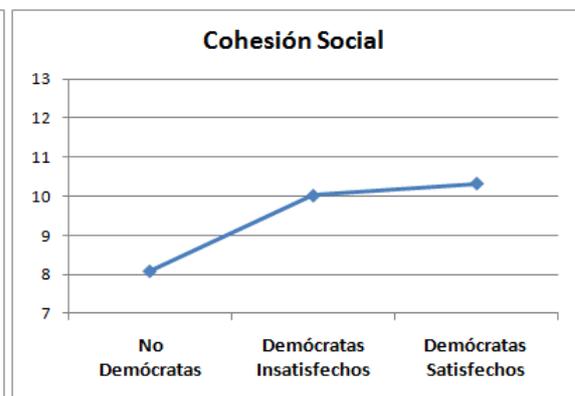


Gráfico 4.30.
Puntuaciones Medias de cohesión social según actitudes hacia la democracia argentina

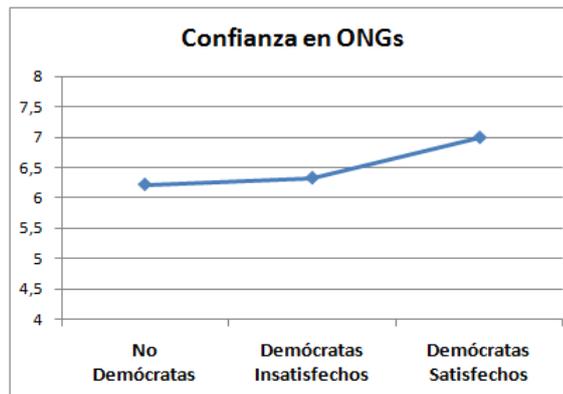


Gráfico 4.31
Puntuaciones Medias de Confianza en ONGs según actitudes hacia la democracia argentina

Por su parte, sólo los valores materialistas y posmaterialistas manifestaron diferencias significativas entre grupos (gráficos 4.31 y 4.33). En ambos casos, el perfil de demócratas insatisfechos fue más similar al de demócratas satisfechos; mientras que los no demócratas fueron significativamente diferentes de los demócratas satisfechos ($p \leq 0,05$) en sus posicionamientos sobre valores posmaterialistas (menos valoración) y de estos ($p \leq 0,05$) y los demócratas insatisfechos ($p \leq 0,001$) respecto de los valores materialistas (mayor

valoración). Además, los no demócratas tuvieron mayores niveles de intolerancia política en comparación con los demócratas satisfechos ($p \leq 0,05$), pero no se diferenciaron significativamente de los insatisfechos (gráfico 4.34); además justificaban más un golpe de estado y se diferenciaba significativamente de los otros dos grupos ($p \leq 0,001$) (gráfico 4.35). Así, los demócratas insatisfechos se ubican sistemáticamente más cerca de los satisfechos en variables del capital social con contenido ideológico y más cerca de los no demócratas variables más relacionadas al contexto sociopolítico (Anexo 5, tabla A.16).

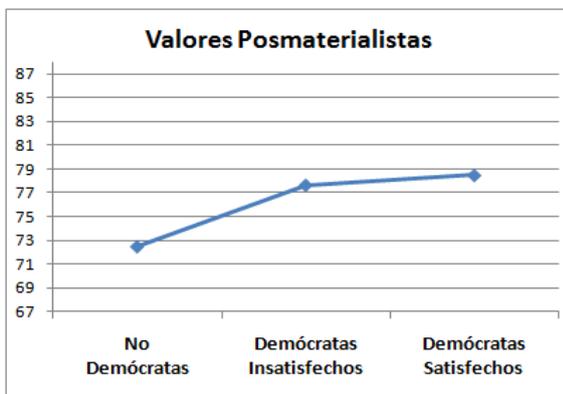


Gráfico 4.32
Puntuaciones Medias de Valores Posmaterialistas según actitudes hacia la democracia argentina.

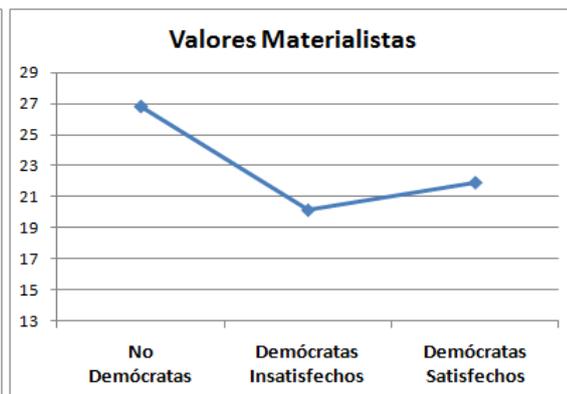


Gráfico 4.33.
Puntuaciones Medias de Valores Materialistas según actitudes hacia la democracia argentina

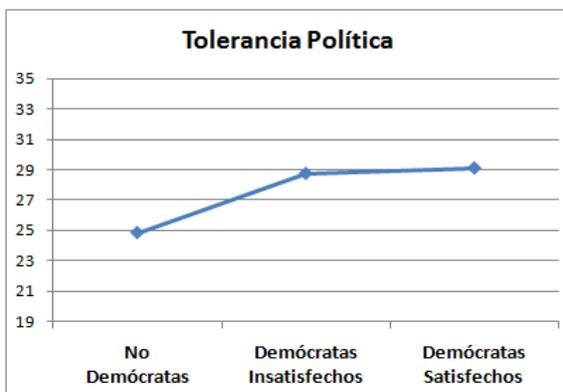


Gráfico 4.34
Puntuaciones Medias de Tolerancia Política según actitudes hacia la democracia argentina

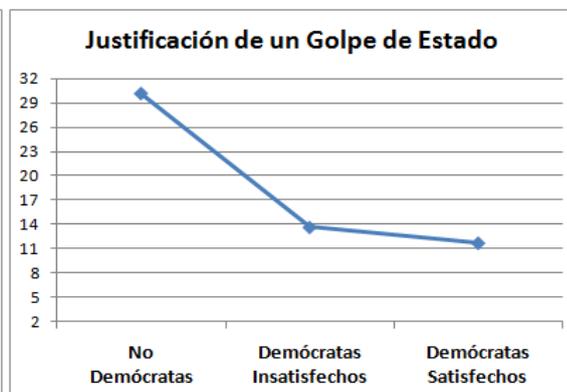


Gráfico 4.35.
Puntuaciones Medias de Justificación de un Golpe de Estado según actitudes hacia la democracia argentina

Respecto de la movilización cognitiva e involucramiento político, el conocimiento político y la eficacia política externa evidenciaron diferencias significativas entre grupos (gráficos 4.36 y 4.37). En el caso del conocimiento político, los no demócratas manifestaron los menores niveles, significativamente diferentes ($p \leq 0,01$) a los de los otros dos. Así, no se cumple la premisa de que los demócratas insatisfechos tuviesen mayor conocimiento y movilización cognitiva que quienes se encuentran satisfechos o no apoyan a la democracia.

Respecto de la eficacia política externa, como podría esperarse, es el grupo de demócratas satisfechos el que evidencia los niveles mayores y significativamente diferentes que los de los otros dos perfiles ($p \leq,001$), quienes no tienen diferencias entre sí (Anexo 5, tabla A.17).

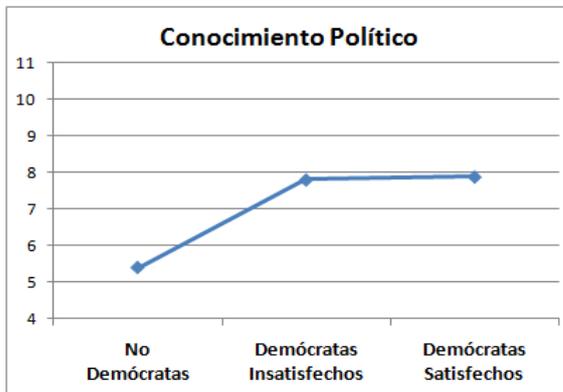


Gráfico 4.36
Puntuaciones Medias de Conocimiento Político según actitudes hacia la democracia argentina

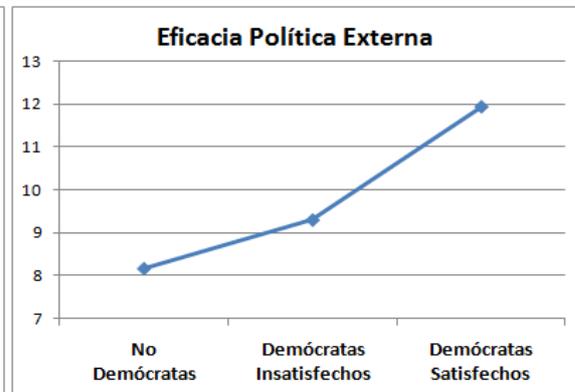


Gráfico 4.37
Puntuaciones Medias de Eficacia Política Externa según actitudes hacia la democracia argentina

Finalmente, en relación con la justificación de sistema, los posicionamientos de los demócratas insatisfechos son lo más progresistas de la muestra y similares a la del grupo de demócratas satisfechos. Estas interpretaciones a partir de la representación gráfica, se corroboran estadísticamente al estimar los contrastes pos hoc (Anexo 5. Tabla A.18). Así, los no demócratas tienen posiciones significativamente diferentes (y más conervadoras) que los dos grupos de demócratas en las variables RWA (gráfico 4.38) y Dominancia grupal del a SDO ($p \leq,001$) (gráfico 4.39). Por su parte, las variables creencia en un mundo justo y autoposicionamiento ideológico fueron aquellas en que el perfil de los demócratas insatisfechos se diferenció significativamente de los otros dos perfiles, siendo en ambos casos menos conservador (gráficos 4.40 y 4.41).

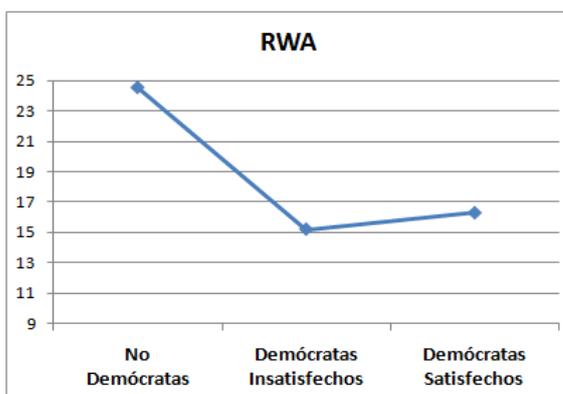


Gráfico 4.38
Puntuaciones Medias de RWA según actitudes hacia la democracia argentina

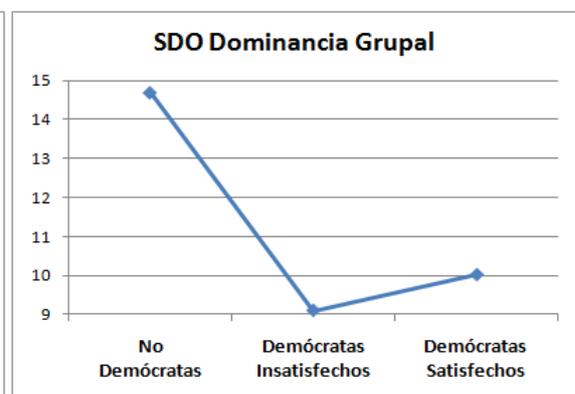


Gráfico 4.39.
Puntuaciones Medias de Orientación a la Dominancia Grupal según actitudes hacia la democracia argentina

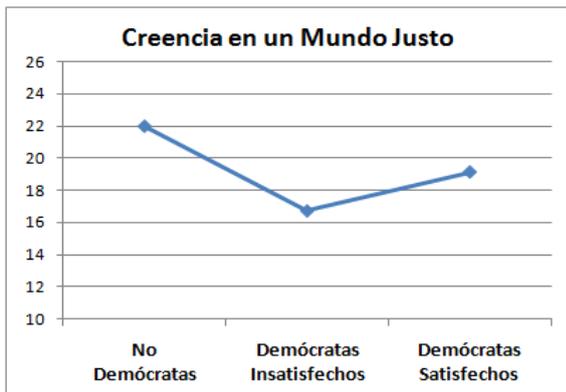


Gráfico 4.40
Puntuaciones Medias de Creencia en un Mundo Justo según actitudes hacia la democracia argentina

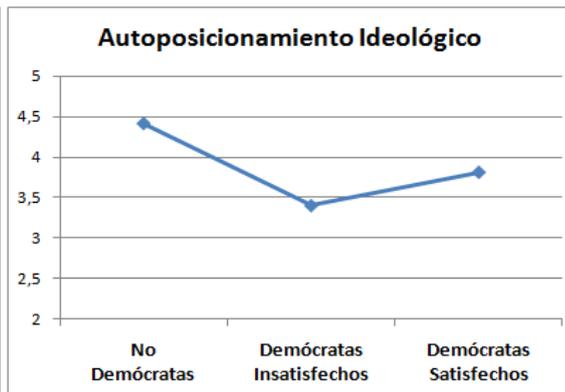


Gráfico 4.41
Puntuaciones Medias de Autoposicionamiento Ideológico según actitudes hacia la democracia argentina

Tomados en conjunto, estos datos evidencian diferencias significativas en todas las variables de desempeño, el capital social, solo dos que refieren a la movilización cognitiva y el involucramiento político y la mayoría de las ideológicas. Los no demócratas y los demócratas insatisfechos tienden a compartir más características en la evaluación del desempeño y el contexto sociopolítico; mientras que se parecen más a los demócratas satisfechos en sus orientaciones ideológicas. Respecto de los aspectos cognitivos, si bien presentaron un nivel de conocimiento relativamente alto, su sentimiento de eficacia política externa era casi tan bajo como el de los no demócratas.

CAPÍTULO 8: LA SOFISTICACIÓN POLÍTICA Y LA DEMOCRACIA PROSPECTIVO-IDEAL

"La educación no cambia al mundo. Cambia a las personas que van a cambiar el mundo".

Paulo Freire

Hasta aquí pudimos presentar evidencia de la existencia de un apoyo relativamente hegemónico al sistema político democrático con una baja identificación de sus ideales en su aplicación real en el contexto. Además, encontramos que la ciudadanía no es un conjunto homogéneo, sino que existen diferencias en sus visiones y actitudes en función del tipo de vínculo que se establece con el sistema político. Uno de nuestros objetivos era analizar el potencial de la ciudadanía como agente de cambio positivo para el desarrollo de las democracias, en consonancia con las líneas que actualmente proponen visiones más participativas de la democracia a partir del ejercicio de una ciudadanía crítica (Dahlberg et al., 2015; Geissel, 2008; Qi & Shin, 2011). Sin embargo, nuestros datos muestran que -para una mayoría- estas posibilidades no parecen evidentes, plasmándose en un distanciamiento de la política y lo político, con una concepción principalmente negativa del funcionamiento de la democracia en Argentina (evidenciada en sus RS y en la baja justificación de la democracia local), una alta desconfianza de los actores políticos tradicionales y elevados niveles de cinismo (ver anexo 4, tablas A.6 a A.9): casi el 90% de la muestra cree que casi todos o todos los políticos y funcionarios son corruptos, el 70% cree que el trato que recibirá por parte de un funcionario dependerá de los contactos que tenga, entre un 57 y un 62% creen que los distintos actores políticos tienen un mal desempeño y entre un 65 y un 75% creen que son deshonestos (porcentaje que supera el 90% si se incluyen quienes creen que son algo deshonestos), siendo los partidos políticos los peor evaluados.

Por otra parte, estas valoraciones, conviven con bajos niveles de involucramiento y movilización cognitiva en relación con lo político (anexo 4. Tablas A.10 a A.13). Uno de los datos más preocupantes son los bajos niveles de conocimiento político: alrededor de un 50% no puede nombrar el organismo encargado de promulgar leyes provinciales, apenas el 30% sabe qué partido tiene la mayoría en el poder legislativo provincial, sólo el 8% conoce quiénes son responsables de nombrar a los jueces de la Corte Suprema de Justicia y aún hay un 30% que no reconoce correctamente los 3 poderes del estado. Además, en línea con lo

que venimos exponiendo, si bien el interés por la política no es particularmente alto, es mayor hacia la política en general (alrededor de un 45% de las personas manifiestan interés) que cuando remite a campañas y partidos políticos (alrededor de un 30% de personas interesadas). Por el lado de la eficacia política, las personas tienen una bajísima confianza en la capacidad del gobierno de responder a sus necesidades y demandas: apenas entre el 9 y el 12% de las personas creen que el gobierno opera en función del bienestar y opiniones de las personas o creen que su opinión puede ser tomada en cuenta, porcentaje que se eleva casi al 50% cuando se lo evalúa en contexto de campaña. Es decir, las personas creen que los gobiernos sólo son responsivos cuando necesitan del apoyo electoral. Por el lado de la eficacia política interna, la mayoría de las personas (alrededor de un 70%) no tienen interés por participar en el gobierno. Como es esperable, esto se traduce en una baja participación: sólo el 20% de las personas participaban (o lo habían hecho en el último año) de alguna organización política, movimiento social o de la sociedad civil (incluyendo cooperadoras escolares, centros vecinales, centros de estudiantes, etc.) y de estos, más del 25% correspondían a participación en organizaciones religiosas. Sin embargo, en la mayoría de los casos, esa participación era altamente significativa para quien la llevaba adelante.

Estos factores, como vimos en nuestro marco teórico, son indicadores de sentimientos de alienación e impotencia política que, en general, son desmovilizantes en términos de orientación a la acción política y al cambio. Sin embargo, en nuestra muestra aún 25% de personas manifiestaron mucho interés en seguir y hablar sobre temas políticos y alrededor de un 50% cree que tiene capacidades para actuar en política. Así, creemos relevante analizar las características demográficas, culturales y actitudinales asociadas a una mayor movilización cognitiva e involucramiento político. Al respecto, Tessler y Gao (2003) proponían tres dimensiones centrales del involucramiento político: el conocimiento, el interés y la participación política. Si bien son tres variables que incluimos en nuestro estudio, nuestra medición de participación se orienta sólo a la pertenencia a organizaciones sociales y políticas y no incluye una evaluación exhaustiva de la acción política individual o colectiva no organizada. Además, evaluada en estos términos, los niveles muestrales de participación eran muy bajos; razón por la cual se la excluye como variable de clasificación, aunque se la analiza como variable de contraste.

Así, recuperamos a la sofisticación política como aproximación a la movilización cognitiva y el involucramiento político; decisión que se ve apoyada por las diferencias

representacionales de los grupos sofisticados políticamente en comparación con otros: realizaban mayor cantidad de menciones, con contenido representacional más complejo y reconocían más la dimensión de acción ciudadana. Consecuentemente, nos preguntamos acerca del rol de la sofisticación política en relación con el involucramiento político y la capacidad de agencia y ejercicio de ciudadanía crítica, orientada hacia una dimensión prospectivo-ideal de la democracia. Retomamos, entonces, lo propuesto por la perspectiva de la modernización que asignaba un rol central a la movilización cognitiva como elemento de desarrollo de la cultura cívica (Inglehart, 2003) y nos preguntamos si el rol marginal de esta variable en términos explicativos en nuestros modelos puede radicar más en el bajo involucramiento político general que en su irrelevancia. Por esta razón, analizamos descriptivamente esta dimensión con el objetivo de conocer si existen grupos que se aproximen a la noción de ciudadanía crítica y si es la sofisticación política un elemento diferencial. El objetivo último es plantear nuevas hipótesis que permitan, a futuro, complejizar nuestra comprensión de las bases ciudadanas de la democracia, en la búsqueda de potenciales participativos que fortalezcan los procesos democráticos reales.

Aspectos metodológicos generales

Este apartado es un subproducto de los anteriores, de modo que se realizó con datos de la misma muestra con la que se estimaron los modelos teóricos ([capítulo 6](#)) y, por consiguiente, las características de población, muestra, instrumentos de recolección de datos y procedimiento de aplicación son idénticos. Respecto del análisis de datos, utilizamos a la variable de clasificación de niveles de sofisticación política (conocimiento e interés político) aplicada en la estimación de dichos modelos (pp-234-235) que, en función de puntuaciones medias y desviaciones estándar permite conformar tres grupos: SP baja (N=85), SP media (N=284) y SP alta (N=86). En este caso, se incluyen los tres grupos en el análisis en lugar de tomar en cuenta sólo los polos. El tipo de análisis es igual al aplicado en la descripción de los perfiles de demócratas: en primer lugar, estimamos las asociaciones entre el la SP y las variables sociodemográficas y el comportamiento de voto utilizando el estadístico V de Cramer. Luego, realizamos un análisis de varianza de un factor (ANOVA) comparando estos tres grupos respecto de nuestras variables de análisis vinculadas a la percepción de desempeño, cultura política y justificación de sistema. Además, se los compara en función de sus orientaciones generales y específicas hacia el sistema político en

términos de legitimidad. Para aquellas variables con diferencias significativas, estimamos contrastes pos-hoc utilizando la prueba de Bonferroni que permite conocer cuáles grupos se diferencian entre sí. Finalmente, para conocer el aporte explicativo multivariado de cada variable, las introducimos en un modelo de regresión múltiple estimado a través de pasos sucesivos donde la VD es la sofisticación política medida de modo continuo y las VI son todas aquellas que mostraron diferencias significativas entre grupos.

Resultados

Respecto de las asociaciones entre la SP y variables sociodemográficas, el sexo y la edad no se relacionaron con la SP; mientras que el NSE ($,262$; $p \leq ,001$) y el nivel educativo ($,310$; $p \leq ,001$) sí lo hicieron, siendo las personas de mayor NSE y mayor NE las más sofisticadas políticamente. Respecto del comportamiento electoral, también se registraron asociaciones significativas con la SP ($,21$; $p \leq ,001$): la mayoría de los votos a Mauricio Macri provenían de los niveles bajo y medio de SP y los votos a Daniel Scioli de los niveles medio y alto de SP (tabla 5.1). Por su parte, la mayoría de quienes votaban en blanco/impugnaban o no votaban provenían de niveles medio y bajo de SP.

Tabla 5.1
Asociación entre Comportamiento de Voto y nivel de SP

		SP Baja	SP Media	SP Alta	Total
Daniel Scioli	Recuento	10	89	46	145
	% dentro de SP	11,8%	31,3%	53,5%	31,9%
Mauricio Macri	Recuento	51	133	31	215
	% dentro de SP	60,0%	46,8%	36,0%	47,3%
En Blanco/Impugnó	Recuento	5	28	3	36
	% dentro de SP	5,9%	9,9%	3,5%	7,9%
No Votó	Recuento	19	34	6	59
	% dentro de SP	22,4%	12,0%	7,0%	13,0%
Total	Recuento	85	284	86	455
	% dentro de SP	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

En la tabla 5.2 presentamos los resultados de los ANOVA, junto con las puntuaciones medias y desviación estándar de cada variable para cada grupo. Se registraron diferencias significativas en 23 de las 31 variables estudiadas: los grupos se diferenciaron en niveles de legitimidad percibida a nivel de los indicadores de apoyo al sistema en sí, pero no en lo que refiere a la justificación de la democracia argentina como tal. Además, las mayores diferencias se concentraron en aspectos ideológicos y de movilización cognitiva, siendo menos marcadas respecto de la percepción del desempeño político. Esto es interesante dado que sugiere que una mayor sofisticación política puede operar al nivel de actitudes

más básicas y estables y no únicamente afectar la capacidad y la forma de interpretar la coyuntura política.

Tabla 5.2.

Media, Desviación estándar y análisis de varianza de un factor de grupos de ciudadanos/as clasificados según su nivel de sofisticación política (SP)

	SP Baja		SP Media		SP Alta		F
	M	SD	M	SD	M	SD	
Justificación de la democracia argentina	17,75	5,46	17,39	5,15	17,63	6,09	,17
Satisfacción con la democracia	10,08	3,50	11,64	3,78	13,13	3,11	15,34***
Preferencia por la democracia	18,47	4,21	19,95	4,44	21,34	3,39	9,76***
Democracia como ideal	18,55	4,16	19,91	4,09	20,59	3,48	5,94**
Nivel de democracia percibido	3,99	1,16	3,98	1,14	4,05	1,08	,107
Justicia procedimental	4,09	1,74	4,44	1,56	4,78	1,63	3,87*
Percepción de corrupción	7,03	1,18	6,75	1,05	6,32	1,03	9,68***
Confianza en poderes del Estado	13,46	5,65	13,55	4,42	13,10	4,43	,30
Confianza en partidos políticos	3,70	1,88	4,13	1,72	4,41	1,55	3,75*
Anomia	30,73	7,88	28,06	7,37	24,07	6,70	18***
Clima positivo	16,40	5,16	17,17	5,49	15,34	5,44	3,92*
Clima negativo	10,78	2,75	10,91	2,64	11,25	2,70	,77
Cinismo político	19,46	3,88	17,40	5,62	15,10	5,35	18,85***
Confianza social	6,10	2,60	6,98	2,47	7,55	2,30	7,49***
Cohesión social	9,92	3,19	9,90	2,93	10,38	2,91	,89
Modelos de rol	1,83	,95	1,66	,99	1,74	,98	1,14
Confianza en ONGs	5,86	2,21	6,62	1,84	6,65	1,81	5,62**
Valores posmaterialistas	73,63	14,38	78,02	9,68	79,01	7,27	7,18***
Valores materialistas	23,39	8,25	21,67	7,91	18,15	8,25	9,76***
Valores religiosos	19,28	12,27	15,94	11,64	10,68	10,05	12,42***
Valores hedonistas	24,83	9,50	25,27	8,19	23,62	8,42	1,25
Tolerancia política	24,90	9,49	29,21	9,93	32,71	8,50	14,24***
Justificación de un golpe de Estado	20,77	14,03	13,96	12,28	8,87	7,57	21,62***
Eficacia política interna	7,83	4,00	11,24	4,80	13,59	4,30	34,58***
Eficacia política externa	8,97	3,52	10,05	3,18	10,78	3,24	6,77***
Participación Política	,12	,42	,25	,63	,58	,93	11,36***
RWA	20,28	5,93	16,51	6,92	11,77	6,35	35,44***
SDO Dominancia grupal	11,46	4,38	9,97	4,09	8,14	3,93	14,00***
SDO Oposición a la igualdad	8,70	3,69	8,14	3,33	7,95	4,11	1,09
Creencia en un mundo justo	20,83	7,75	18,10	7,42	15,02	6,63	13,41***
Autoposicionamiento ideológico	4,33	1,01	3,61	1,27	3,05	1,28	17,96***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Por cuestiones de espacio no se exponen aquí las tablas correspondientes a los contrastes pos hoc, de las cuáles se resumen los datos centrales en los próximos apartados; pero éstas pueden ser consultadas en el Anexo 6, tablas A1 – A7.

La atribución de legitimidad política en los indicadores de satisfacción con la democracia, preferencia por la democracia y democracia como ideal, se incrementa en la medida que lo hace la SP: las personas políticamente más sofisticadas apoyan más a la democracia. Respecto de los primeros dos, la diferencia es significativa entre todos los grupos entre sí, mientras que respecto de la democracia ideal es el grupo de baja SP el que se diferencia de aquellos de media ($p \leq,05$) y alta SP ($p \leq,01$). Es interesante que este incremento no conlleva un mayor apoyo y justificación del modo en que la democracia funciona en Argentina.

Respecto de las evaluaciones de desempeño, éstas también se vuelven más positivas en la medida en que se incrementan los niveles de SP, lo cual contradeciría la hipótesis de que sean los grupos más involucrados quienes realicen una mayor crítica al funcionamiento político e iría en la línea con lo que planteaban Inglehart y Welzel (2003; 2005) al señalar que las personas que tienen un mayor conocimiento e involucramiento político tienen mayor posibilidad para interpretar la complejidad de las cuestiones políticas y reconocer las constricciones que el sistema impone para el desempeño, amortiguando los niveles de criticismo. Así, el grupo de alta SP se diferencia significativamente del de baja SP en la percepción de justicia procedimental y en la confianza en los partidos ($p \leq,05$); mientras que los de alta ($p \leq,001$) y media SP ($p \leq,01$) lo hacen significativamente de los de baja.

Por su parte, en las dimensiones más sociopolíticas del capital social, la tendencia es similar: los niveles de percepción de anomia y cinismo decrecen en la medida en que se incrementa la sofisticación política. Sin embargo, para la percepción de clima positivo se incrementa en el grupo de SP política media, pero decae en el grupo de alta SP y lo hace por debajo de los niveles del grupo de baja SP. Así, los más sofisticados son los que perciben menos positivamente el clima en términos socioemocionales. Respecto de qué grupos difieren significativamente entre sí, en relación con el cinismo político y la percepción de anomia, todos lo hacen significativamente; mientras que respecto del clima socioemocional positivo, los grupos de alta y media SP son los que lo hacen. A su vez, las diferencias en la dimensión relacional del capital social son más pequeñas, sólo significativas respecto de la confianza social y la confianza en organizaciones de la sociedad civil, que se incrementan junto con la SP. En ambos casos, es el grupo de baja SP el que tiene diferencias significativas respecto de los otros dos grupos, que no las tienen entre sí.

Por otro lado, los valores sociales muestran tendencias acordes con la propuesta de Inglehart (1979; 1999), con una visión optimista de las implicancias de la movilización cognitiva. Así, a medida que se incrementa la SP también lo hacen los valores posmaterialistas, al tiempo que decrece la relevancia de metas materialistas y religiosas. Respecto del primer grupo, la diferencia radica en una baja SP: este grupo se diferencia significativamente del de SP media ($p \leq 0,01$) y alta ($p \leq 0,05$); sin embargo, respecto de los valores materialistas y religiosos, la diferencia se hace significativa cuando se alcanza un nivel de SP alto: el grupo de alta SP se diferencia del de SP media y SP baja, mientras que estos no lo hacen entre sí. Además, son particularmente relevantes las grandes diferencias registradas en los niveles de tolerancia política y justificación de un golpe de estado entre estos grupos: la SP se asocia con incrementos significativos en los niveles de tolerancia y oposición a salidas no democráticas. En estos casos, todos los grupos tienen diferencias significativas entre sí.

También muy importantes resultan las diferencias en 3 variables muy asociadas a la movilización cognitiva y el involucramiento político: a medida que se incrementan los niveles de SP también lo hacen la EPI, la EPE y la participación. Respecto a esto último, si bien los niveles muestrales de participación son en general bajos, las diferencias son significativas. Todos los grupos difieren significativamente entre sí en lo que respecta a la EPI, lo cual sugiere que efectivamente tener un mayor conocimiento e interés se asocia a una mayor confianza en las propias capacidades para intervenir en el ámbito político. A su vez, las diferencias en los niveles de EPE y participación sólo se dan a niveles altos de SP; siendo este grupo el que se diferencia significativamente de los grupos de SP media y baja, que no lo hacen entre sí.

Finalmente, se registraron diferencias entre grupos en todas las variables de orientación ideológica, a excepción de la dimensión de oposición a la igualdad de la SDO que, de cualquier modo, mostró la misma tendencia que las restantes. Así, una mayor SP conlleva menores niveles de autoritarismo, orientación a la dominancia grupal y creencia en un mundo justo. Respecto del autopoicionamiento ideológico, las personas de baja SP tienden a ubicarse hacia la centroderecha, mientras que la posición se corre hacia la centroizquierda en la medida en que se incrementa la SP. Es interesante destacar que las diferencias entre grupos en estas variables fueron significativas en todos los casos y para todos los grupos entre sí.

Para complementar este análisis descriptivo, presentamos los datos de una regresión múltiple utilizando el método de pasos sucesivos y tomando como variable dependiente la variable continua SP y no los grupos conformados según sus puntuaciones. Recordamos que esta variable suma las puntuaciones estandarizadas en los niveles de interés y conocimiento político, de modo que ambas dimensiones tienen un mismo peso en este constructo. Así, podemos estimar el aporte relativo de las variables en las que los grupos manifestaron diferencias significativas a la explicación de los niveles de sofisticación política. Sólo se excluyen de este modelo las dimensiones de legitimidad política, ya que la mayoría de la literatura sugiere que la dirección de la relación causal entre SP y legitimidad política iría desde la primera a la segunda y no al revés.

En la [tabla 5.3](#) se expone el modelo de regresión, con los pesos β de cada una de las variables ingresadas, los correspondientes niveles de significación estadística y los términos de error. Este modelo permite explicar el 47% de la varianza en SP y evidencia que efectivamente el nivel educativo es uno de los principales predictores ($\beta=,22$) y, en menor medida, el NSE lo es ($\beta=,11$). Respecto de estos, la literatura es bastante unánime en sugerir que ambos afectarían directamente a la SP tanto por proveer mayor acceso a información y conocimiento, como mayores herramientas para interpretarlo (Inglehart, 2003; Inglehart & Welzel, 2003; 2005). Sin embargo, el principal predictor en nuestro modelo es la EPI ($\beta=,305$): las personas que tienen una mayor EPI son políticamente más sofisticadas, aunque la dirección de la relación no es clara y es posible que estas variables en realidad se retroalimenten. En esta línea, es particularmente importante el aporte que hace la participación política a la explicación de la SP ($\beta=,127$), sostenido también a nivel multivariado, apoyando la idea de que los ámbitos de participación son también espacios de aprendizaje de habilidades políticas y socialización política. Por su parte, los aspectos de evaluación de desempeño no tuvieron ningún poder explicativo a nivel multivariado, pero sí lo tuvieron dos variables de cultura política relacionadas a la percepción del contexto sociopolítico: el cinismo político –en sentido negativo– y el clima positivo. Además, el posmaterialismo, menor autoritarismo y un posicionamiento ideológico más cercano a la izquierda también fueron predictores significativos de la SP a nivel multivariado. La justificación de un golpe de estado, por su parte, tuvo un aporte explicativo pequeño, pero en el signo esperado según los antecedentes.

Tabla 5.3
Modelo de Sofisticación Política (regresión múltiple)

	Error típ.	β
(Constante)	,665	
Nivel Educativo	,067	,221***
NSE	,067	,111*
Cinismo Político	,014	-,162***
Clima positivo	,013	,126**
Valores Posmaterialistas	,006	,181***
RWA	,012	-,104*
Autoposicionamiento ideológico de derecha	,056	-,156***
Justificación de un golpe de estado	,006	-,092*
Eficacia Política Interna	,013	,305***
Participación Política	,091	,127***
R		,69
R ²		,47

Así, estos datos permiten señalar que tener una mayor sofisticación política implica no sólo un mayor involucramiento con el espacio político, sino también una mayor adhesión a valores y principios centrales de la democracia y una mayor confianza en las propias capacidades para intervenir en el mismo, así como del sistema de dar respuesta a las demandas. También, las personas políticamente sofisticadas tienen posiciones ideológicas menos conservadoras, lo cual las orientaría más positivamente hacia el cambio. En relación con esto, no podemos saber si es que –como señala la perspectiva de justificación de sistema- en función de las motivaciones epistémicas, existenciales y relacionales, las personas menos conservadoras están más abiertas a exponerse a información contrastante con sus perspectivas (menor necesidad de cierre cognitivo), toleran más la ambigüedad y, por lo tanto, se informan más y están más interesados; o si el proceso es inverso y es el involucramiento político el que moviliza hacia opciones más progresistas. Cualquiera sea la dirección de estas relaciones, la SP parece ser relevante en relación con el desarrollo de una cultura cívica asertiva y participativa. Discutiremos en las conclusiones las implicaciones de esto resultados.

CAPÍTULO 9. CONCLUSIONES GENERALES Y DISCUSIÓN

"Los inventores de fábulas que todo lo creemos nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía, donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra."

Gabriel García Márquez

(Discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura, Estocolmo, 1982).

En esta sección final procuramos integrar los hallazgos y conclusiones de los distintos estudios y ponerlos en tensión con las teorías, antecedentes empíricos e hipótesis, así como con el contexto sociopolítico actual. Además, procuramos señalar cuáles son los aportes fundamentales de este trabajo, sus implicancias en términos de la profundización de una cultura cívica asertiva, los nuevos interrogantes que de este se desprenden y sus limitaciones metodológicas.

Breve Reseña de la Consolidación Democrática en Latinoamérica

El panorama de la democracia en Latinoamérica ha sido y es particularmente complejo. Hasta mediados de la última década del siglo XX los regímenes democráticos no eran predominantes en la región y, cuando existían, no se daban por garantizados: la oscilación entre democracias y regímenes autoritarios no era infrecuente (Aguilar García & Zepeda Martínez, 2015). Sin embargo, desde lo que Huntington (1991) denominó *tercera ola de democratización en el mundo moderno* (que excede, pero incluye, a los estados latinoamericanos), su consolidación ha sido creciente y se ha generalizado a punto tal de convertirse en un elemento normativo de la cultura política regional; de modo que no se vislumbra un horizonte que ponga en riesgo su estabilidad. De hecho, los datos aportados en esta tesis respecto de los altos niveles de adhesión a los ideales democráticos y su preferencia generalizada por sobre otras formas de gobierno, apoyan esta hipótesis. Así, en los últimos 40 años la mayoría de los estados de la región han garantizado la instauración de democracias plenas en términos procedimentales, desarrollando elecciones libres, competitivas y transparentes y, en la mayoría de los casos, alternancias y cambios de poder en el marco de procesos institucionales *normales* (Aguilar García & Zepeda Martínez, 2015). Sin embargo, los procesos de democratización se dieron mayormente en conjunto con la

instauración de modelos económicos neoliberales que se ofrecían como garantes de la modernización pero que, en la práctica, implicaban un achicamiento del rol del estado como responsable del bienestar (básico) de la ciudadanía, al que se culpaba del estancamiento, al tiempo que se criticaba su *ideologización* y *politización* (Jiménez Cabrera, 1992). Si bien no ahondaremos acá en sus consecuencias, sí podemos señalar que éste modelo -junto a otras variables estructurales, macropolíticas y de inserción internacional- terminó por conspirar contra la posibilidad de avanzar hacia una implementación sustantiva de la democracia orientada al desarrollo económico, político y social; la inclusión de sectores excluidos y la reducción de la desigualdad, que redundara en una mejora visible en la calidad de vida y el bienestar de las personas (Aguilar García & Zepeda Martínez, 2015). En términos políticos, los modelos neoliberales han tenido un carácter profundamente desmovilizador y despolitizador (acentuado por el hecho de estar precedidos por procesos dictatoriales que – en el caso de Argentina– fueron prolongados) (Jiménez Cabrera, 1992): se promueve una *des-ideologización* coincidente con una tecnificación de la política y la búsqueda del consenso por sobre la gestión del conflicto. Así, se produce un nuevo sentido común desde un "estado gerencial" que sustituye la idea de ciudadanía por lógicas de empresa/cliente (Monedero Fernández, 2016). Consecuentemente, gran parte de las aspiraciones del ideal democrático se han visto frustradas y la categoría misma de democracia habría pasado de ser una aspiración revolucionaria a un slogan universal vacío de contenido (Santos & Avritzer, 2004).

Recuperamos estos aspectos dado que sobre ellos se ha fundamentado la llamada *crisis de representación*, término ampliamente utilizado para nombrar una multitud de fenómenos que se muestran como vicios del modelo político y que terminan refiriendo de modo general a un todo que enmarca las críticas, problemas y mal funcionamiento de la democracia representativa (Ramírez Nárdiz, 2014). Si bien para algunos autores este malestar se traduce en una mayor inclinación a acciones sociales radicales y la posibilidad de una crisis de gobernabilidad que amenace la estabilidad del sistema político (Gerbasi, 2015); para otros, se asocia más a un retiro de la ciudadanía de la vida política, con el resultado de democracias de baja intensidad (Monedero Fernández, 2016). Santos y Avritzer (2004) conceptualizan este escenario como el de una doble patología: patología de la participación –señalando el abstencionismo y la baja movilización- y patología de la representación –señalando la pérdida de representatividad de la clase dirigente y, en particular, de los

partidos políticos—. Por su parte, Mair (2007) la entiende como una semi-soberanía: una democracia cada vez más sin pueblo, funcional a la despolitización y tecnificación de la política; que a su vez justifica el retiro del estado a través de la idea de que el objetivo de la política es –eventualmente– volverse superflua a partir de la auto-organización progresiva de las sociedades. Veremos cómo nuestros hallazgos nos permiten repensar esta idea de crisis de la democracia representativa.

Características de la cultura política: ¿Crisis de Representación?

Hasta acá, y de acuerdo con nuestras hipótesis previas sobre los distintos niveles de abstracción de la legitimidad política democrática, planteamos la coexistencia de una adhesión global a los ideales de la democracia con una frustración de las expectativas ciudadanas debido a sus escasos resultados en términos de mejoras en la calidad de vida, lo que se evidencia en la baja satisfacción con su funcionamiento real y cierta alienación de la política. Todo ello, asociado a múltiples facetas del desarrollo de los sistemas político-económicos en las últimas décadas (Monedero Fernández, 2016). Esto se ve replicado también en numerosos estudios en una gran cantidad de democracias (e.g. Abdelzadeh et al., 2015; Dahlberg et al., 2015; Dalton, 2004; Norris, 2011), incluyendo nuestros datos sobre la población cordobesa: mientras que más del 95% de las personas tenían puntuaciones superiores a la media teórica en el apoyo explícito a la democracia, apenas el 50% manifestaba esos niveles de apoyo al sistema político argentino. Esta distancia conduce a preguntarse no sólo sobre las potenciales consecuencias sistémicas, en el mediano plazo, de esta baja legitimidad del sistema representativo local; sino también sobre si, como señalan Santos y Avritzer (2004), la democracia efectivamente se ha convertido en una categoría vacía, de modo que el apoyo explícito de la ciudadanía al sistema democrático se tornase irrelevante.

Sin embargo, presentando un panorama general de nuestros resultados, encontramos evidencia de que la democracia sigue siendo una categoría socialmente relevante y que, si bien –en consonancia con nuestras hipótesis generales sobre su contenido representacional– tiene un contenido de carácter hegemónico; resulta un objeto político con el que la ciudadanía se vincula de modos diferentes en función de variables como sus niveles de sofisticación política y sus posicionamientos ideológicos. Además, pudimos identificar cómo sostener visiones positivas o negativas del sistema político

conllevaba nociones diferenciales sobre lo que la democracia argentina representa. También, encontramos que las personas construyen de modo diferente sus valoraciones de la legitimidad del sistema político como principio o sistema en términos ideales y como realidad y obtuvimos evidencia de ello tanto a partir del análisis de las RS como de los modelos teóricos propuestos. En este sentido, no resultó posible –y creemos que tampoco deseable– pensar en un modelo teórico único que agotase la noción de legitimidad política y fue necesario estudiarla como un objeto complejo en cuya producción interactúan aspectos políticos, sociales e inclusive individuales. Finalmente, identificamos elementos centrales de la cultura cívica que nos permitieron repensar la relación individuo/sistema político, señalando las características diferenciales de los y las ciudadanas políticamente sofisticadas y repensando la centralidad de la participación cívica y política.

Así, el primer aporte de nuestro trabajo sobre el que deseamos discutir es la confirmación de nuestra hipótesis general que sostenía que existen diferencias tanto en los niveles como en los predictores significativos de legitimidad política en función de su abstracción. A un nivel descriptivo, encontramos que cuando las personas evalúan el tipo de régimen, el reconocimiento de la democracia como una buena forma de gobierno supera el 90%, mientras que este porcentaje es de apenas un 13% cuando se indaga por gobiernos dictatoriales, aunque es atendible que crezca a un 54% cuando se evalúa un gobierno de expertos¹⁶, conceptualmente más cercano al régimen político actual. Por su parte, el compromiso con el ideal democrático es aún más estable (entre un 85 y un 90% de acuerdo con cada uno de sus elementos) reconociendo que sólo en sistemas democráticos las personas y las sociedades pueden desarrollarse plenamente. Estos indicadores tuvieron la fortaleza de indagar, no sólo por el apoyo explícito y directo a la democracia, sino también por el rechazo a otras alternativas no democráticas; lo cual sugiere que no se trata de una adhesión trivial o superficial, hecho que se ve reflejado en que efectivamente aún registramos un grupo (pequeño) de ciudadanos/as que pueden comprenderse como no demócratas y sobre los que fue relevante conocer sus características. Adicionalmente, estos niveles de legitimación política tenían su correlato en aspectos de la cultura política: altos niveles de tolerancia (reconocimientos de libertades y derechos a grupos con los que se desacuerda), baja disposición a justificar un golpe de estado ante distintas situaciones de crisis económica, social o política (entre un 80 y un 90% de oposición), adhesión a valores

¹⁶ Todos los datos descriptivos que se expresan en este capítulo se encuentran en el Anexo 5. Tablas A.4 a A.9

posmaterialistas y baja centralidad normativa de la religiosidad y el materialismo. Además, efectivamente no demócratas y demócratas tuvieron diferencias significativas en estas variables: los primeros mostraban menores niveles de tolerancia política y adhesión a valores posmaterialistas y mayor disposición a justificar un golpe de estado, valores religiosos y materialistas. Estas variables son señaladas como indicadores de una cultura política democrática (Inglehart & Welzel, 2003; 2005; 2010). En este sentido, nuestros resultados se orientan en la línea de las perspectivas teóricas que sostienen que la cultura política es más que una superestructura efímera (Putnam et al., 1988). Así, la adhesión a la democracia contiene más que una expresión de lo socialmente deseable o una adscripción acrítica a una categoría vacía; tiene correlatos sociales y culturales sólidos indicativos de una cultura cívica *relativamente* desarrollada.

Por su parte, de modo también consistente tanto con los antecedentes empíricos (e.g. Abdelzadeh et al., 2012; Dahlberg et al., 2015; Dalton, 2004; Norris, 2008) como con nuestras hipótesis previas, los indicadores más específicos de la legitimidad política (satisfacción con la democracia y el apoyo al sistema político argentino) presentaron un contraste con este apoyo explícito, siendo la adhesión a ellos mucho menor. Respecto de la satisfacción con la democracia, se trata de un indicador globalmente utilizado –y quizás abusado– en la literatura en el área, del cual no se tiene certeza respecto de cómo debe interpretarse: si como una aproximación a la confianza política, como un indicador de apoyo específico o de una adhesión más amplia al sistema político (Canache et al., 2001). A partir de los resultados –tanto descriptivos como de los modelos explicativos– encontramos evidencia de que, consistentemente con lo que planteaban Canache et al. (2001), se trata de una variable con un nivel de abstracción medio entre los aspectos más específicos y cercanos a la confianza política y la adhesión general al sistema político como principio. De hecho, la satisfacción con la democracia tuvo relaciones moderadas con los indicadores de apoyo difuso y sólo una correlación pequeña (aunque significativa) con la justificación de la democracia argentina. Además, los porcentajes de valoración positiva de sus ítems (por ejemplo, sobre el funcionamiento de la economía y el orden), también manifestaron niveles intermedios. Así, si bien en nuestras hipótesis era una forma de apoyo específico, es preciso relativizar su posición y situarlo como un constructo intermedio.

Por su parte, nuestro indicador más específico provenía de la teoría de justificación de sistema y evaluaba la legitimidad política (justificación) de la democracia pero situada en

el contexto local. Así, cuando se llevaba la legitimidad política a la democracia argentina, los niveles de apoyo iban de un 9% (el sistema funciona como debería) a un 23% (el sistema político es justo), convirtiéndose en expresión de un gran descontento. Esto también tenía su correlato en la reportada percepción de que la corrupción política se encuentra generalizada y los bajos niveles de desempeño y honestidad que se adscribieron a las instituciones y actores políticos. En conjunto, estos datos parecieran apoyar la idea de una crisis de representación y de confianza, cuyas consecuencias sistémicas no parecen ser evidentes.

Al respecto, Rodríguez (2017) –en un análisis de la política argentina– señalaba que más que a una crisis de representación, estos fenómenos remiten a una mutación de la misma: lo que estaría en crisis es una forma particular de gobierno representativo y, particularmente, el agotamiento de la *democracia de partidos* y su transición hacia lo que denomina la *democracia de lo público*, consistente con nuevas formas fragmentarias y volátiles de identificación política, con pérdida de relevancia de los clivajes sociales tradicionales y una constante interpelación de esos lazos por parte de la ciudadanía. En este sentido, la vinculación con el sistema político conllevaría cierto nivel de desconcierto y habría perdido sus puntos de referencia tradicionales (principalmente encarnados en los partidos políticos de masas), adquiriendo los líderes políticos más centralidad, vinculándose directamente con la ciudadanía en el espacio público mediatizado (ficción de proximidad). Según los análisis políticos, estos fenómenos estarían en la base de la emergencia de los populismos en la región; donde se privilegia el liderazgo como forma de representación y los aspectos emocionales e identitarios ganan protagonismo (Panizza, 2009). En un marco así, Monedero Fernández (2016) vislumbra un escenario propicio para la superación del modelo hegemónico de democracia por vía de la acción política ciudadana. En la misma línea, Elizalde (2001) proponía que esta crisis de los partidos políticos y de los mecanismos representativos tradicionales atañe a la dimensión restringida de la ciudadanía (participación cívica-electoral) y moviliza hacia una ampliación de su injerencia a través nuevas formas de ejercicio ciudadano, como los nuevos movimientos sociales y las formas de organización de la sociedad civil; que podrían propiciar la distribución del poder en las mayorías, en lugar de concentrarlo en las elites políticas. Sin embargo, tal como señalan González y Oliveira de Castro (2007) bajos niveles de capital social y político atentan contra la posibilidad de su realización.

En efecto, en nuestro contexto, la dimensión participativa no parece evidente: este escenario de desconfianza generalizada en los actores tradicionales de la democracia representativa se da junto con bajos niveles de movilización cognitiva en torno a lo político y baja participación; lo que se expresa también en notablemente bajos niveles de conocimiento político, un escaso interés en participar –principalmente de los espacios tradicionales de la política (como las campañas, partidos políticos, función pública)– y poco reconocimiento de la capacidad de respuesta de los gobiernos y las propias posibilidades de influencia en sus decisiones. En conjunto, estos datos nos brindan un panorama amplio de la posición de la ciudadanía en relación con el sistema político que no es ajeno a lo que la literatura señala, ilustrada en la idea de *paradoja de la democracia actual* (González Aguilar, 2016): existiría un desfase entre las expectativas -cada vez más altas- que la ciudadanía tiene respecto de lo que debería ser un sistema político democrático y la percepción que tiene de la realidad. Esto coincide con la evidencia producida en el marco de las teorías de la posmodernización (Dalhberg et al., 2013; Dalton, 2004; Doorenspleet, 2012), sobre las que no teníamos hipótesis previas respecto de su desarrollo en el contexto local. En nuestros datos, este desfase se evidenció en que apenas un 33% de los/as cordobesas que participaron en nuestro estudio creía que Argentina es bastante o muy democrática. En línea con estos resultados, Jorge (2015) entiende a la cultura política argentina como una cultura híbrida, característica propia de las democracias de desarrollo medio, que alberga orientaciones democráticas sustantivas, pero inconclusas y con cierto nivel de volatilidad y en la que las aspiraciones de orden superior (en términos de Inglehart, posmaterialistas) alternan con reclamos básicos (materialistas). Es en estas características culturales que el autor ubica –al menos parte de– la complejidad del sistema político argentino y su supuesta inestabilidad. Vemos a continuación cómo estos aspectos se ven plasmados también en nuestro análisis de RS sobre democracia argentina, permitiéndonos una interpretación descriptivamente más compleja de qué nociones subyacen a la legitimación y deslegitimación de los distintos niveles de evaluación de los sistemas políticos.

Representaciones Sociales sobre Democracia y Legitimidad política

Si bien ya presentamos una discusión parcial de los resultados de nuestro análisis de RS, queremos articularlas aquí con los datos provenientes de los otros estudios, lo cual nos

permite contextualizarlas y recuperar su aporte específico a nuestros objetivos de investigación.

Lo primero que encontramos es que, como veníamos esbozando, efectivamente la democracia no es una categoría vacía: más del 95% de las personas pudieron brindar alguna definición del estímulo y, además, el promedio de evocaciones por participante fue alto, indicando que la mayoría de las personas pudieron asociar varios significados. Asimismo, la mayoría de las evocaciones eran pertinentes al objeto y se recogió una amplia cantidad de definidoras diferentes. También, su connotación evidenciaba estas contradicciones expuestas en el apartado anterior, donde convivían orientaciones positivas con otras negativas, lo cual confirma nuestra hipótesis y es consistente con la evidencia previa producida en el contexto regional (e.g. Echebarría & Álvarez, 1996; Lozada, 1997; Rodríguez Cerda et al., 2016; Yépez Hernández, 2002). Este análisis en particular nos permitió identificar cual es la magnitud de esas visiones negativas, en tanto su peso tendía a ser mayor que el de las positivas para la mayoría de los grupos analizados. Sin embargo, las connotaciones negativas solían limitarse a la dimensión de lo real, sin generalizarse a la noción abstracta del ideal democrático; de modo que esta valoración negativa no parece atacar a la democracia a nivel sistémico, ni discutir su pertinencia y continuidad: el apoyo a la democracia parece tener raíces normativas e ideológicas sólidas, se encuentra culturalmente arraigado y es posible que no sea reversible. Esto constituye evidencia convergente con nuestra discusión de los datos cuantitativos descriptivos.

Respecto del contenido de la RS y más allá de la dispersión de significados y la polisemia del concepto, sí se recuperó un núcleo representacional relativamente hegemónico que –con algunas variaciones– permanecía a través de distintos grupos de ciudadanos/as. Así, pudimos identificar que, en línea con la mayoría de la literatura antecedente (Echebarría & Álvarez, 1996; González Aguilar, 2016; Magioglou, 2000; Rodríguez Cerda et al., 2016; Yépez Hernández, 2002) el eje deber ser / ser real de la democracia estructuraba la RS sobre democracia argentina y, además, la noción ideal se articulaba principalmente en torno a un visión liberal representativa de la misma, definida de modo restrictivo en términos procedimentales (por ejemplo: voto, elecciones, libertad, derechos), coincidiendo también con lo esperado en función la literatura previa (Bruno & Barreiro, 2015; Dalton et al., 2007; Moodie et al., 1995; Staerklé, et al., 2015; Zovatto, 2002). Además, refería a una visión individualista de los valores democráticos, alineada con

representaciones globalizadas / hegemónicas. En este sentido, si bien las orientaciones negativas de la ciudadanía se dirigían principalmente hacia los actores de las democracias liberales representativas, en su visiones esencialmente positivas de las aspiraciones democráticas surgían pocos elementos de otras formas de representación y de inclusión de la ciudadanía en el sistema político, con una baja identificación de lo que denominamos *democracia prospectivo-ideal* (Lozada, 1997). Por parte del polo de lo real, la perspectiva fue esencialmente negativa, asociada fuertemente a la corrupción y la mentira, pero también a la idea de que no hay realmente democracia; coincidiendo con lo que encontraban, por ejemplo, Bruno y Barreiro (2015) y Cárdenas et al. (2007). En esta línea, los análisis cualitativos de la información nos permitieron identificar la centralidad de una gran cantidad de elementos de bajo nivel de sofisticación que, además, resultaban nucleares en la mayoría de los casos: las adjetivaciones (principalmente negativas) y aspectos emocionales (también negativos). Estas categorías sólo se encontraron ausentes en los grupos de los extremos ideológicos y los de alta legitimidad política. Sin embargo, sus implicaciones para estos grupos fueron diferentes: si bien para personas de derecha y alta percepción de legitimidad esta ausencia podía corresponderse con una valoración efectivamente más positiva de la democracia; en el grupo de izquierda (donde apenas un 27% de las personas daba definiciones positivas) su ausencia posiblemente era producto del uso de categorías conceptuales que, si bien también eran negativas, fueron relativamente más sofisticadas. De hecho, como mostraron los resultados expuestos en el capítulo 8, los ciudadanos políticamente más sofisticados eran también los que se orientaban más hacia la izquierda en el espectro ideológico. Discutiremos esto más adelante.

Dos aspectos adicionales son destacables: por un lado, las referencias a visiones sustantivas de la democracia fueron escasas, casi nunca formaron parte del núcleo representacional y, en general, se aludían por su ausencia (por ejemplo: injusticia, pobreza, desigualdad). Esto contradice con lo que esperaban Dalton et al. (2007) al entenderlas como expresiones aspiracionales típicas de contextos de menor desarrollo político y económico. Si bien en nuestro caso estuvieron más presentes en las muestras de baja SP, su rol fue pequeño en general. Por otro lado, si bien la noción mayoritaria de democracia fue la liberal representativa, las referencias a instituciones, procesos y actores de la política estuvieron casi ausentes y sólo constituyeron elementos de la segunda periferia (por ejemplo: funcionarios, legisladores, partidos políticos). La única excepción fue la mención al poder

ejecutivo nacional, anclada principalmente en la figura de Alfonsín que es un elemento nuclear (también presente en la literatura previa: Bruno & Barreiro, 2015) y la mención al Kirchnerismo en el grupo de alta legitimidad política (principalmente a través de las figuras de Néstor Kirchner y Cristina Fernández y casi nunca por mención al partido político Frente para la Victoria). Esto fortalece la idea de que, tal como proponía Rodríguez (2017), lo que se encuentra en crisis no es la noción de representación en sí (el voto, por ejemplo, sigue siendo una condición omnipresente de la noción de democracia) sino el tipo de vínculo con el sistema en general y con sus actores en particular: las personas se vincularían directamente con las figuras salientes de la política (mayormente del ejecutivo nacional) y no canalizarían ni sus demandas ni su identidad política a través de los partidos u otros clivajes ideológicos. De hecho, la categoría ideología, la noción de poder y su disputa estuvieron prácticamente ausentes de la representación social. En este marco, era esperable que hayan sido los grupos que atribuyeron mayor legitimidad al sistema político argentino los que más recuperaron expresiones vinculadas al gobierno y la idea de representación y delegación del poder.

Por otra parte, como sugerimos antes, este eje de construcción de las RS dejaba poco espacio para lo que Lozada (1997) denominó *dimensión prospectivo-ideal* de la democracia, intentando recuperar la representación del potencial de cambio como una orientación hacia lo que es realizable del ideal. Esta dimensión la identificamos en contenidos que remiten a la acción ciudadana contestataria y a aspiraciones de más democracia (lucha, soberanía, poder del pueblo, manifestaciones, esperanza) y es la única que recupera el protagonismo ciudadano. Sin embargo, en consonancia con la literatura precedente (González Aguilar, 2016; Lozada, 1997; Rodríguez Cerda et al., 2016; Yépez Hernández, 2002) surgía apenas como un elemento contrastante; lo que hace suponer que es una proporción relativamente pequeña de la ciudadanía la que identifica ese horizonte de posibilidades y le atribuye la suficiente relevancia como para incluirlo en sus definiciones. En cualquier caso, la participación política (que incluye la participación convencional) fue más importante para las personas de izquierda y para aquellas que atribuían más legitimidad al sistema político; mientras que la noción de poder del pueblo (con un contenido más contestatario) sólo fue central para el grupo de alta sofisticación política. Además, este grupo tenía representaciones sociales menos homogéneas y reflejaba el mayor nivel de reconocimiento de las instituciones y actores de la democracia representativa; a la vez que

se centraba menos en los procedimientos electorales y más en el rol de la ciudadanía. En contraste, el grupo de baja SP recuperaba en mayor medida definidoras negativas inespecíficas que evidenciaban bajos niveles de conocimiento e involucramiento con el objeto. Así, serían grupos pequeños los que poseerían las orientaciones que la literatura señalaba como condicionamientos de la emergencia de procesos de democratización de la participación y la distribución del poder (Norris, 2011) y sobre ellos realizamos un análisis particular al final de esta discusión.

En conjunto, aportamos evidencia que confirma nuestras hipótesis formuladas en función de los estudios previos en el área (Dalton et al., 2007; Zovatto, 2002): las RS sobre democracia argentina no resultaron controversiales y tuvieron un contenido hegemónico y relativamente poco sofisticado centrado en visiones liberales representativas e individualistas de la democracia. Además, reflejaron la distancia que documentamos a nivel descriptivo cuantitativo entre una visión positiva del ideal democrático y una – principalmente- negativa de su *ser real*, que coexisten en una misma representación (Bermúdez et al., 2004; Lozada, 1997). Esto no sólo fortalece nuestro abordaje empírico de la legitimidad política aportando datos convergentes, sino que nos permite comprender mejor el tipo de vinculación predominante con el sistema político y contextualizar–como lo hicimos– la idea de crisis de representación. Finalmente, el aspecto teóricamente más notable es aquel que nos permite identificar diferencias entre los grupos en función del autoposicionamiento ideológico, la sofisticación política y la legitimidad política. Así, encontramos evidencia que nos permiten formular nuevas hipótesis, coincidiendo con lo propuesto por Crow (2010), sobre las implicancias que puede tener la forma de conceptualizar a la democracia respecto de la atribución de legitimidad, siendo fenómenos que se retroalimentan. Además, coincidiendo con la propuesta de Magioglou (2000), encontramos evidencia de que la ideología política es un elemento organizador de las representaciones sociales; especialmente en lo que respecta al rol que se atribuye a la ciudadanía en los procesos democráticos. Estas diferencias propiciaron el desarrollo de dos capítulos específicos que, en la búsqueda de una mejor comprensión de las características de cultura cívica y orientaciones individuales asociadas al reconocimiento y activación de la capacidad de agencia de la ciudadanía, nos llevaron a profundizar en la idea de ciudadanía crítica y sofisticación política. Priorizando una presentación ordenada de estas conclusiones retomaremos estos aspectos más adelante.

Modelos teóricos de legitimidad política democrática

Uno de los objetivos centrales de esta tesis era probar modelos explicativos de legitimidad política desde una perspectiva multidimensional que, anclada en la psicología política, permitiera integrar aportes de tres vertientes teóricas complementarias: explicaciones institucionalistas (desempeño) (Marenco dos Santos, 2006; McAllister, 1999; Mishler & Rose, 2001), culturalistas (Almond & Verba, 1963; Etzioni, 2011; Inglehart, 1990; Putnam et al., 1988) y teorías de justificación de sistema (Jost & Banaji, 1994; Cichocka & Jost, 2014). Antes de presentar los modelos, es preciso señalar que la diferenciación establecida entre variables que responden a uno y otro enfoque en algunos casos tuvo un fin práctico, ya que muchas de ellas remiten a constructos complejos que se encuentran en el límite entre distintos enfoques. Por ejemplo, señalábamos cómo el clima socioemocional tiene un carácter relativamente durable, siendo menos sensible al contexto que otras variables relacionadas como el humor social (Páez et al., 1997), lo cual lo ubicaría como una variable propia de los enfoques de cultura política. Sin embargo, también expusimos que los gobiernos –y otros aspectos de la coyuntura, como la información que proveen los medios de comunicación masiva– tienen un rol en la construcción de los climas socioemocionales; de modo que estas percepciones no serán tampoco extrañas a aspectos institucionales y vinculados al desempeño (De Rivera, 1992). Algo similar sucede con las variables de movilización cognitiva que, si bien han tenido un desarrollo importante desde la perspectiva cultural de la posmodernización (Inglehart, 2003), también son constructos relevantes para la teoría de justificación de sistema en términos del procesamiento de información política (Jost, 2017c). Asimismo, los valores resultan elementos nodales de las teorías culturales (Inglehart & Welzel, 2005; 2010); pero, desde nuestra perspectiva, se incluye su dimensión política e ideológica (Pereira et al., 2005), de modo que terminan por vincularse también con las teorías de justificación de sistema (Dimdins et al., 2016). Así, entendemos que las perspectivas teóricas recuperadas no son compartimentos estancos y conllevan un diálogo entre sí; la riqueza de nuestro abordaje radica en poder tensionar los análisis fragmentarios que ofrece gran parte de la literatura y analizar las distintas dimensiones de la compleja relación de la ciudadanía con el sistema político.

En primer lugar, nuestra perspectiva de análisis fue consistentemente más potente para predecir las actitudes de apoyo a la democracia/rechazo a alternativas no democráticas

(apoyo difuso) y las orientaciones hacia el sistema político argentino (apoyo específico) que para explicar las dimensiones del ideal democrático y la satisfacción con su funcionamiento. En los primeros dos casos se consiguieron niveles aceptables de varianza explicada, a la vez que pudieron identificarse un conjunto de variables relativamente consistente en el estudio de subgrupos al interior de la ciudadanía. Sin embargo, el análisis tanto la satisfacción con la democracia como el apoyo a la democracia como ideal resultaron en modelos menos sólidos, donde no fue posible identificar un conjunto de variables que consistentemente las explicaran. Así, creemos que el eje central de discusión radica en los modelos más potentes que representan dos dimensiones centrales de la literatura en el área: los niveles específicos y difusos de legitimidad política (Dalton, 2004; Easton, 1965; Norris, 2011).

En consecuencia, el aporte central del análisis global de nuestros modelos es la comprobación de que, en consonancia con las visiones clásicas que diferencian apoyo específico y difuso (Easton, 1975) y los resultados con datos de encuestas globales (Dalton, 2004; Norris, 2011), estas dimensiones no sólo recogen niveles de adhesión diferentes como hemos señalado, sino que también se ven predichas por variables diferentes y, además, lo hacen en el sentido esperado por nuestra hipótesis general (Alister Sanhueza et al., 2015; Dalton, 2004): mientras que la justificación de la democracia argentina (apoyo específico) se veía explicada principalmente por variables vinculadas al desempeño y aspectos culturales concernientes al contexto sociopolítico (principalmente la confianza política, el cinismo político y el nivel de democracia percibido); en la medida en que se incrementa el nivel de abstracción de las actitudes de apoyo, el rol de éstas disminuye y las explicaciones culturales e ideológicas se hacen más potentes. Señalábamos en nuestro marco teórico que los países con una trayectoria democrática relativamente más corta podían ser particularmente vulnerables a las fluctuaciones en el desempeño institucional, dado que la vinculación de la ciudadanía con el sistema político podía asentarse más en la coyuntura que en una cultura cívica poco desarrollada (Katz & Levin, 2017; Mishler & Rose, 2005; Pavlovic, 2014; Thomassen & van der Kolk, 2009). En función de esto, esperábamos que –dado que nuestro país se ubica apenas entre los de desarrollo democrático medio (Índice de Desarrollo Democrático de Latinoamérica, 2016), con una historia de crisis económicas y políticas de carácter cíclico– el apoyo a la democracia fuera más vulnerable a aspectos coyunturales, aún analizado en el nivel más difuso. Sin embargo, a pesar de que el contexto tuvo algún rol, las actitudes generales de apoyo a la democracia mostraron una fuerte base en la cultura

política de la ciudadanía y no parecen ser especialmente sensibles al contexto político-institucional; coincidiendo con tendencias de las democracias *desarrolladas* (Easton, 1965; Norris, 2011).

En términos teóricos, esto implica que las variables analizadas desde las perspectivas del desempeño (e.g. Dahlberg et al., 2015; Klingemann & Fuchs, 1995; Marengo dos Santos, 2006; McAllister, 1999; Stecker & Tausendpfund, 2016) sólo tienen un rol central en nuestra muestra en la explicación de la legitimidad del sistema político argentino (apoyo específico). Además, aún en este caso, las orientaciones favorables al sistema político sólo en un grupo de baja sofisticación política podían ser explicadas exclusivamente en términos de desempeño, mientras que en el resto de los casos interactuaban con variables de otros niveles, principalmente con la eficacia política externa que mediaba parte de sus efectos.

Complementariamente, las hipótesis de la posmodernización (e.g. Inglehart 1990; 1997; 2003; Welzel & Inglehart, 1999) tampoco parece tener asidero en nuestros datos: si bien el capital social (principalmente en lo que respecta a variables de confianza y cohesión social) y el cambio de valores han sido centrales en los análisis de la cultura cívica posmoderna (Inglehart (1990; 1997); estos tuvieron un rol apenas marginal en nuestros modelos explicativos, contradiciendo parcialmente lo esperado. Exponíamos antes que la perspectiva clásica del capital social asignaba un rol central a las dimensiones relacionales en los procesos de democratización y desarrollo de las bases de la democracia (Almond & Verba, 1963; Putnam, 1993; 2000); al tiempo que recibía críticas debido a la evidencia empírica contradictoria sobre su rol que sugieren una relación menos lineal entre capital social y democracia (e.g. Badescu, 2003; Dowley & Silver, 2003; Newton & Norris, 2000; Rose & Weller, 2003). Nuestros resultados se alinean con estas perspectivas críticas: no sólo no pudo comprobarse un efecto directo de las dimensiones relacionales del capital social en la explicación de la legitimidad democrática; sino que también se detectaron bajos niveles de confianza, cohesión e involucramiento en la sociedad civil que coexisten con altos niveles de tolerancia y orientaciones normativas favorables a la democracia. Esto es consistente con la evidencia que presentaba Marengo dos Santos (2006) que señalaba que, si bien las sociedades no democráticas tienen bajos niveles de capital social; muchas sociedades democráticas –especialmente las menos longevas- también los tienen. En este sentido, la confianza interpersonal no parece ser condición necesaria de la consolidación democrática. Sin embargo, como veremos en nuestra discusión sobre el involucramiento político, sí es

una variable que intervino en esta dimensión, por lo que es posible que tenga un efecto, si bien no en la consolidación, sí en la calidad de los procesos democráticos; hipótesis que debería someterse a prueba con datos longitudinales y comparativos.

Adicionalmente, los aspectos sociodemográficos que –principalmente en análisis de nivel agregado– son recuperados en las perspectivas culturales de la posmodernización como dimensiones relevantes en la explicación del desarrollo de sociedades democráticas, tampoco fueron centrales en nuestro análisis. Esto iría en contradicción con la hipótesis de Inglehart et al. (1998) que sostenía que los clivajes sociodemográficos serían más relevantes en sociedades menos desarrolladas; o, alternativamente, podría interpretarse como un indicador positivo del desarrollo de una cultura cívica consolidada en Argentina. De cualquier modo, sí puede señalarse que –confirmando lo propuesto por la hipótesis positiva (cultural) sobre el rol del estatus – un incremento en el NSE y el nivel educativo se relacionan con actitudes más democráticas, lo cual es también consistente con el rol atribuido a variables de movilización cognitiva en la disminución de las orientaciones autoritarias (Napier & Jost, 2008). Sin embargo, su potencial explicativo se volvía no significativo cuando se consideraban otras variables independientes. Desde nuestro punto de vista, esto implicaría que los clivajes sociodemográficos son insuficientes y, si bien pueden condicionar la expresión de actitudes democráticas (por ejemplo, a través de su asociación positiva con la SP y con orientaciones ideológicas menos conservadoras), no resultan determinantes de ellas.

En la misma línea, el aporte explicativo a la legitimidad política de las variables de movilización cognitiva e involucramiento político fue marginal, posiblemente como consecuencia de su bajo nivel en términos generales. Sin embargo, el análisis de los subgrupos según SP (tanto en términos de sus representaciones sociales como de los modelos explicativos), evidenciaba diferencias que sugieren que el nivel de movilización cognitiva en torno a lo político efectivamente modifica el tipo de relación de la ciudadanía con el sistema político, siendo posible que esta dimensión sea en efecto un articulador central de la cultura política democrática y la capacidad de agencia de la ciudadanía, aspecto que discutiremos con base en resultados específicos en la próxima sección. En esta línea, la dimensión subjetiva de la competencia cívica, tal como la entienden Welzel e Inglehart (2010), fue comparativamente más importante: la percepción de eficacia política fue un elemento mediador del rol de variables tanto de desempeño como normativas e

ideológicas en la explicación de la legitimidad política democrática, principalmente en términos de apoyo específico. Esto es consistente con lo que proponían Lee et al. (2015) acerca de que, si bien se supone que la EP es una característica relativamente estable, en contextos como el latinoamericano respondía más a aspectos contextuales. Además, confirma nuestra hipótesis que proponía que sería más relevante en la explicación de los niveles específicos que difusos de la legitimidad política. También, es importante destacar que, mientras que la eficacia política externa siempre tenía un efecto positivo sobre la legitimidad política, la eficacia política interna tenía un efecto negativo, confirmando también nuestra hipótesis previa, sostenida desde la perspectiva de justificación de sistema (e.g. Chen, 2017): en la medida en que las personas confían más en sus capacidades para intervenir en política, están menos dispuestas a legitimar el orden instituido. Que las personas políticamente más eficaces manifiesten mayor descontento es particularmente relevante, teniendo en cuenta el protagonismo que asigna la literatura a esta variable en la decisión de participar políticamente, especialmente en lo que respecta a la movilización colectiva (Osborne, Yogeeswaran & Sibley, 2015; Torcal, 2006)

Finalmente, fueron las orientaciones ideológicas las que permitieron explicar mejor las actitudes (difusas) democráticas y, además, algunas de ellas modularon el rol de los aspectos vinculados al desempeño y al contexto sociopolítico en la construcción de la legitimidad política también en niveles específicos. Estos hallazgos nos parecen particularmente relevantes al permitirnos enfatizar en la dimensión ideológica que subyace a la legitimidad, en tanto implica a las relaciones de poder y refiere, tal como proponía Matheson (1987), a estructuras de dominación: las personas adhieren voluntariamente a la cesión del poder a otros agentes, lo cual en ocasiones conlleva la aceptación de decisiones y condiciones contrarias a los propios intereses e, inclusive, a las propias convicciones y valores personales. Es por esta razón que creemos que la mayoría de los abordajes liberales de la legitimidad política, que ubican la justificación de esa adhesión en la racionalidad y el procedimentalismo, no permiten captar su generalización y estabilidad aun cuando no resultan *racionales*. En este sentido, Etzioni (2011) sostenía que la legitimidad excede la racionalidad de un individuo, que no toma decisiones sobre ésta en el vacío ni de modo totalmente libre e independiente; por el contrario, la atribución de legitimidad implica procesos colectivos que reflejan dimensiones normativas de la cultura que condicionan orientaciones personales sólo parcialmente autónomas. Así, el aspecto normativo e

ideológico resulta particularmente relevante en el condicionamiento de la expresión de actitudes y comportamientos políticos. En nuestro enfoque, el análisis del contenido ideológico de la cultura política recurría a la perspectiva de justificación de sistema que recoge este doble carácter de la dimensión ideológica, en la encrucijada entre orientaciones producto de procesos de socialización y experiencias sociales y políticas (*bottom up*) y condicionamientos normativos del contexto social, económico y político (*top down*) (Jaume & Etchezahar, 2013; Jost, 2017). En esta línea, no sólo tuvieron un rol central en la predicción de la legitimidad política en término difusos, como proponíamos en nuestras hipótesis, sino que aún en los modelos que predecían las actitudes más específicas hacia el sistema político, los aspectos normativos e ideológicos modulaban parte del efecto de los indicadores de desempeño sobre la legitimidad política.

En términos del signo de estas relaciones, si bien la teoría sostiene que las orientaciones ideológicas conservadoras (como el RWA, SDO y la CMJ) permiten predecir actitudes favorables al sostenimiento del estatus quo (en este caso, el sistema político), cuando analizamos la legitimidad de la democracia se encuentra en evaluación una concepción ideal de un sistema esencialmente igualitario (recordemos que al evaluar la legitimidad remitimos a noción *abstracta* de democracia) y, de hecho, los ítems recogen explícitamente una oposición al autoritarismo. En consecuencia, como hipotetizábamos, las variables del conglomerado ideológico conservador predijeron negativamente las actitudes difusas favorables hacia la democracia; siendo esto consistente con la literatura antecedente (Brandt & Reyna, 2012; Mikikowska, 2012; Rottenbacher & Schmitz, 2012; Stevens et al., 2006). Sin embargo –y también de modo consistente con los antecedentes (Klingemann & Fuchs, 1995)– cuando estas variables predecían el apoyo específico, sí lo hacían de modo positivo: cuando se evalúa de modo situado al sistema político son las personas más conservadoras las que más lo legitiman y lo mismo sucede –en general– con variables de confianza política. En el caso particular de nuestro contexto político, la asociación entre el conservadurismo y el apoyo específico puede sustentarse también –desde una visión institucionalista, centrada en el desempeño– en lo hipotetizado respecto de la consistencia ideológica: son las personas más conservadoras las que muestran un mayor apoyo al sistema político argentino en un marco en que el gobierno es ejercido por un partido identificado con la centroderecha/ derecha. En término generales, el rol de las variables ideológicas brinda evidencia de la complementación entre elementos *racionales* y

culturales/normativos, a la vez que fortalece por otra vía la hipótesis de que la ciudadanía se orienta de modo diferencial hacia la democracia según se trate de un objeto aspiracional o del sistema de gobierno real, con sus contradicciones e inequidades.

En el próximo apartado discutimos más específicamente la interacción entre las dimensiones institucionales y culturales/normativas para, finalmente, abordar la relevancia de la sofisticación política en relación con las actitudes democráticas y el involucramiento político.

Desempeño, sociedad y orientaciones normativas: la cultura democrática

Hasta aquí presentamos –de modo amplio– el rol de las distintas perspectivas explicativas en nuestros modelos explicativos de legitimidad política en función del nivel de abstracción de las orientaciones evaluadas. En esta sección, discutimos teórica y específicamente el rol e interacción de las variables involucradas. Para ello, complementamos la evidencia de los análisis multivariados y la obtenida en función de perfiles de demócratas. Consecuentemente, esta sección sintetiza nuestros aportes teóricos fundamentales, permitiendo identificar en qué medida las perspectivas *importadas* de otros contextos son o no aplicables a la democracia argentina; facilitando, además, la comprensión de las interacciones entre los elementos político-institucionales y los culturales-normativos. Es preciso señalar que se discuten sólo aportes centrales, teniendo en cuenta que muchos datos han sido analizados ya en los correspondientes capítulos de resultados.

El primer aspecto que nos interesa discutir es el rol de la confianza y el cinismo político; variables relacionadas entre sí, ubicadas por la literatura como condiciones básicas de legitimidad política (e.g. Almond & Verba, 1963; Denters et al., 2007; Godefroidt et al., 2017): mientras que la primera es una actitud efectivamente más específica (e.g. Mishler & Rose, 2001; Turper & Aarts, 2017; Van deer Meer & Hakhverdian, 2017); la segunda es uno de los indicadores de la alienación y distanciamiento de la ciudadanía del ámbito político en general, más allá de la valoración específica de sus actores centrales (Pattyn et al., 2012). En ambos casos, lo que está en juego es la hipótesis de que, si una persona no confía en las instituciones y actores políticos, difícilmente pueda extender legitimidad al sistema político en conjunto. Al respecto, nuestra evidencia sugirió que, tanto la desconfianza como el cinismo político, efectivamente contenían evaluaciones del funcionamiento del sistema

político local; dado que, al tiempo que tuvieron un rol marginal en la explicación de las bases normativas de la legitimidad política democrática, fueron predictores de la atribución de legitimidad a la democracia en términos situados. Esto coincide con la literatura que señala que la desconfianza política no necesariamente erosiona las bases normativas de la democracia, amenazando su estabilidad (Doorenspleet; 2012; Fuks et al., 2017). Sin embargo, el carácter transversal de nuestra evidencia no excluye la posibilidad de que la hipótesis de Klingermann y Fuchs (1995) sea cierta y que la prolongación de altos niveles de desconfianza por largos períodos puede redundar en una erosión paulatina de las bases de la legitimidad política a nivel sistémico. De cualquier modo, en nuestro análisis de perfiles, la confianza política no permitía diferenciar entre demócratas satisfechos, no satisfechos y no demócratas cuando se trataba de orientaciones actitudinales sistémicas; aunque sí lo hacía cuando se evaluaban perfiles respecto de su descontento con el sistema político argentino. En ese caso, no demócratas y demócratas satisfechos eran igualmente desconfiados, mientras que los demócratas satisfechos confiaban significativamente más. Nuevamente, la desconfianza política no parece alcanzar niveles sistémicos y lo que parece ponerse en juego es más la forma de representación que la noción de democracia. Esto sigue lo señalado anteriormente respecto de la propuesta de Rodríguez (2017) sobre la *crisis de la democracia de partidos* y la transición hacia una *democracia de lo público*. Esta interpretación, constituye en sí misma una nueva hipótesis que debería probarse con otro tipo de evidencia empírica complementaria.

De cualquier modo, que estas actitudes no tengan alcance sistémico no sugiere que sean irrelevantes; efectivamente pueden ser indicadores de altos niveles de descontento que, si coexisten con bajos niveles de eficacia e interés político, podrían conducir a la alienación política; o, en caso contrario, a acciones participativas de protesta o contestatarias que pongan en cuestionamiento el sistema de representación (Fu et al., 2011; Malkoum, 2004; Sorribas, 2012; van Zomeren et al., 2012). Así, en acuerdo con la evidencia previa sobre el alcance de la ciudadanía crítica, la desconfianza política podría tener implicaciones que debiliten tanto como profundicen los procesos democráticos hacia formas más participativas (Abdelzadeh et al., 2015; Dalton, 2004; Dalton & Welzel, 2014; Doorenspleet, 2012; Norris, 1999). Consistentemente con ello, el rol de estas dimensiones en la explicación de la legitimidad política de la democracia argentina (como forma de gobierno) se veía mediada –principalmente– por la eficacia política externa y, para los

grupos más progresistas y los más sofisticados políticamente, también por la eficacia política interna. Así, no sólo parece importante confiar en la capacidad y honestidad de los actores políticos, sino también creer que estos responden a las necesidades y demandas de la ciudadanía. Además, coincidiendo con los resultados de Chen (2017) y con nuestra hipótesis formulada en base a esa perspectiva, para las personas más progresistas y más involucradas políticamente, una mayor eficacia política interna conllevaba una *menor* legitimación del sistema político actual y modulaba el impacto positivo de la confianza política. De este modo, estaban menos dispuestas a delegar la representación legitimando el orden político actual. Por otra parte, los aspectos ideológicos intervenían aún de otro modo: las personas conservadoras desconfiaban más de los partidos políticos y eran más cínicas, pero para ellos esto tenía un impacto menor en la legitimidad política.

También, la relevancia de la confianza y el desempeño político fue mayor para las personas poco sofisticadas, donde fueron los únicos predictores del apoyo específico (a diferencia de otros grupo donde intervenían también variables culturales e ideológicas, así como de movilización cognitiva), mientras que fue mucho menor para las personas de alta sofisticación política donde primaba la experiencia democrática y, como mencionábamos, la percepción de autoeficacia política. En función de esto, podemos formular una hipótesis respecto de que la confianza sería en sí misma una evaluación poco sofisticada y también, en función de su relación con el conservadurismo político, la confianza en los poderes de gobierno sea en este caso la expresión de la justificación de un gobierno ideológicamente congruente (Stecker & Tausendpfund, 2016). Retomaremos esta línea de razonamiento en nuestro análisis del rol del clima socioemocional en la expresión de actitudes democráticas.

Por su parte, -y contradiciendo lo esperado- la percepción de corrupción y la percepción de justicia procedimental, dos aspectos centrales del contexto político argentino, de altísima presencia en los medios de comunicación masiva y de gran preocupación en los informes sobre la calidad de la democracias (Índice de Desarrollo Democrático de Latinoamérica, 2016; Transparency International, 2017), estuvieron prácticamente ausentes en el desarrollo de orientaciones (des)favorables hacia la democracia. Así, no fueron predictores significativos de la legitimidad política en ninguno de los modelos con la muestra general, aun cuando se trataba de explicar sus dimensiones específicas y sólo tuvieron algunos efectos en los subgrupos, cuyas direcciones sí coincidían con lo esperado teóricamente (e.g. Bohn 2012; Epstein et al., 2013; Kershaw & Alexander,

2003; Linde, 2012; Magalhaes, 2016; Seligson 2002, 2006; Tyler, 1994) y no se veían mediadas por otras variable. Así, entre las personas de orientación ideológica de centro y derecha, quienes percibían que los funcionarios eran más corruptos y actuaban de modo más injusto, atribuían menos legitimidad al sistema político argentino. Sin embargo, como señalábamos antes, las valoraciones negativas de los actores políticos en términos de estas variables son altísimas en la muestra, de modo que es esperable que no sean elementos centrales de las variaciones individuales en la atribución de legitimidad política. Esto no implica necesariamente su irrelevancia, sino que posiblemente sean más pertinentes en la explicación de variaciones transculturales (e.g. Donovan & Karp, 2017; Van deer Meer & Hakhverdian, 2017). De cualquier modo, el análisis complementario de perfiles de *demócratas* permite señalar que efectivamente quienes, además de apoyar la democracia, estaban más satisfechos con el funcionamiento del sistema político argentino percibían menos corrupción y más justicia; aunque estas diferencias eran más pequeñas si se consideraba la satisfacción con la democracia en sí. Así, estas evaluaciones (de corrupción y justicia procedimental) parecen ser contextualmente específicas y sesgadas por la tendencia a justificar el orden político cuando este coincide con los propios posicionamientos ideológicos. En este sentido, es viable la hipótesis de que las personas podrían inferir sus evaluaciones de desempeño en función de si aprueban o no a un gobierno y no al revés, tal como señalaban algunos análisis de la justicia procedimental (e.g. Baird, 2001; Gibson, 1991; Gibson & Caldeira, 2005); expresando también una motivación de justificación de sistema subyacente (Bai et al., 2014). De este modo, formulamos una nueva hipótesis señalando que es posible que la justificación del sistema político y las evaluaciones del desempeño se retroalimenten.

Por otra parte, resulta interesante que las personas políticamente más sofisticadas fueran las que tenían una perspectiva más benevolente en relación con estos aspectos de desempeño del sistema político. Esto coincide con lo que proponía Galston (2001) respecto de la mayor disposición de las personas que tienen más conocimientos sobre política a contemplar los favores contextuales que condicionan deficiencias institucionales, en lugar de atribuir el déficit democrático únicamente a sus actores o a falencias del sistema en sí. También, iría en contra de las afirmaciones de los enfoques de posmodernización que entienden que, en la medida en que las personas adquieren herramientas y habilidades políticas, pueden responsabilizar más a los actores políticos por los resultados de las

acciones de gobierno, sosteniendo orientaciones más críticas (e.g. Dalton, 2004; Gómez & Wilson, 2007; Inglehart, 2000; 2003; Lisi, 2010) y de la perspectiva latinoamericana de Carreras (2014) que sugería que un mayor conocimiento político en nuestro contexto implicaría también un mayor conciencia de las ineficiencias estructurales crónicas. Igualmente, es posible que las personas políticamente más sofisticadas no sean necesariamente menos críticas, sino que la orienten a otros aspectos que no estamos evaluando (por ejemplo, políticas públicas). Alguna evidencia de este trabajo fortalece esta hipótesis: la connotación de sus RS no fue significativamente más positiva que la de las personas no sofisticadas y, además, su confianza en los poderes del estado se ubicaba por debajo de la de estos. En la próxima sección discutiremos la relevancia de estos hallazgos en relación con la cultura política democrática.

Por su parte, la intervención del clima socioemocional brindó algunos resultados que pueden parecer intrigantes y sólo pueden comprenderse apropiadamente en función del contexto político en el que se desarrolló el estudio. Esta variable intervino principalmente en el nivel intermedio de legitimidad política, expresado en la satisfacción con la democracia. En este sentido, dado que es reconocida como una dimensión de la cultura política (Páez et al., 1997), nuestra hipótesis proponía que su rol en la predicción de los niveles específicos de apoyo sería menor y se vincularía más a las bases sociales de la democracia. Por otra parte, la literatura reconoce que las acciones y orientaciones de los gobiernos tienen también relación con la instauración de determinados climas socioemocionales (De Rivera, 1992). En función de esto, era esperable no sólo que las personas que percibían más positivamente el clima socioemocional manifestasen también actitudes más favorables hacia la democracia, sino también que quienes tuvieran una congruencia ideológica mayor con el gobierno perciban más positivamente el clima. Sin embargo, solo lo segundo es cierto en nuestro caso, constituyendo la consistencia ideológica un elemento lo suficientemente relevante como para revertir lo esperado teóricamente en términos generales: las personas que percibían el clima de modo más positivo tendían a estar *menos satisfechas con la democracia* y las que lo percibían más negativamente *más satisfechas*. Esto podría comprenderse sólo desde la perspectiva de congruencia ideológica y asumiendo que se reconoce al gobierno de turno como conservador. La evidencia que sugiere esta línea de razonamiento es que la asociación entre haber votado a Mauricio Macri y ser políticamente más conservador era

alta y significativa ($.74$; $p \leq .001$) y, además, que quienes lo habían votado percibían significativamente más emociones positivas y menos emociones negativas en el clima social que quienes habían votado a Daniel Scioli o a ninguno de los dos. Esto sucede en un escenario político electoral y poselectoral de alta polarización (Alonso & Brussino, 2018), donde la evaluación del clima socioemocional parecía tener un alto contenido ideológico y defensivo de (u opuesto a) la posición política del gobierno nacional. De hecho, variables de conservadurismo ideológico mediaron gran parte del efecto de estas dimensiones sobre la satisfacción con la democracia, mostrando una fuerte relación positiva con estas. Estos hallazgos son consistentes con la hipótesis del sesgo ideológico: en función de la evitación de la disonancia cognitiva, las personas serían más benevolentes en la evaluación de gobiernos congruentes con sus posicionamientos. Esto fortalece la hipótesis –recuperada en dimensiones anteriores– de que las evaluaciones de desempeño pueden ser también *producto de* la justificación de un sistema político y no sólo una de las causas de atribución de legitimidad, lo cual tiene asidero en evidencia empírica previa (e.g. Baird, 2001; Gibson, 1991; Gibson & Caldeira, 2005). Esto conlleva la inferencia de que las personas efectivamente responsabilizan –al menos en parte– al gobierno nacional del clima socioemocional predominante y, en ese caso, es la asociación de la percepción del clima socioemocional con el conservadurismo político la que nos permite comprender que quienes lo evaluaban más positivamente estuviesen menos satisfechos con la democracia y que suceda lo inverso cuando el clima es percibido como negativo.

Si bien estas aseveraciones tienen carácter hipotético, el análisis de los perfiles de *demócratas* brinda evidencia convergente: el clima era más positivo para quienes estaban satisfechos con el gobierno pero más negativo para quienes tenían actitudes más favorables a la democracia como sistema. Si bien estos datos tienen un carácter descriptivo y necesitan de comprobación adicional, apoyan la hipótesis de que la evaluación de clima respondía más a dimensiones ideológicas (defensivas) de acuerdo/desacuerdo con el gobierno, que a percepciones reales de las emociones predominantes. Así, esta dimensión no sería ajena a aspectos político-institucionales y sería –efectivamente– una de las variables que contiene tanto aspectos culturales como de desempeño político.

Además del rol del clima socioemocional, la percepción de anomia fue una de las dimensiones sociopolíticas del capital social de mayor relevancia para la explicación de la

legitimidad política democrática en nuestra muestra. Es preciso mencionar que sus niveles fueron notablemente altos (muy por encima de la media teórica), pudiendo interpretarse como un indicador más de alienación política. En términos explicativos, si bien no tuvo efecto en el apoyo al sistema político argentino (apoyo específico), fue uno de los predictores centrales tanto de la satisfacción con la democracia como de la preferencia por esta (dimensiones explicativas de nivel intermedio y apoyo difuso). Como mencionábamos, remite a la ruptura entre las personas y la sociedad, debilitando la identificación de unas con otras (Rodríguez García, 2006), erosionando las bases del capital social y político (Norasakkunkit & Uchida, 2011; Teymoori, et al., 2017): el efecto negativo que tuvo sobre las actitudes democráticas aporta evidencia sobre la importancia de la integración social en el desarrollo democrático, coincidiendo con las hipótesis culturales sobre legitimidad. No sucedía lo mismo con las dimensiones relacionales clásicas del capital social de la perspectiva de Putnam (1993; 1995) (confianza y cohesión y participación cívica) que solo habían tenido un rol explicativo marginal en los subgrupos de personas de izquierda y de baja sofisticación política, a la vez que la tolerancia política estuvo ausente en todos los casos; sugiriendo que no sería tan lineal la relación de aspectos microsociales y las actitudes democráticas (Badescu, 2003).

Además, gran parte del efecto negativo que tiene la percepción de un contexto anómico fue mediado por dimensiones ideológicas: una alta percepción de anomia se asociaba a actitudes más conservadoras (principalmente a través del RWA, la dimensión de dominancia grupal de la SDO y una mayor justificación de un golpe de estado) que a su vez profundizaban el rechazo a la democracia. Estos datos apoyan la hipótesis de que la percepción de un contexto como amenazante incrementa los niveles de conservadurismo como forma de recuperar el control (Jugert & Duckitt, 2009; Oesterreich, 2005), lo cual redundaba en actitudes menos democráticas (Laca Arocena et al., 2011). Al respecto, es preciso señalar que nuestra medición de anomia recogía no sólo aspectos de la integración social más cercanos a nociones clásicas del capital social (e.g. lo que escasea hoy en día son el antiguo tipo de amistades que duraban toda la vida), sino también otros vinculados a la incertidumbre y sensación de amenaza (e.g. hoy en día con las cosas tan inciertas, parece que casi cualquier cosa podría suceder). Aquí, efectivamente los más conservadores parecen ser más sensibles a la percepción negativa de la sociedad y del contexto como amenazante. Además, los análisis de perfiles reforzaron estos resultados y nuestras hipótesis al respecto,

dado que los no demócratas eran también quienes percibían el contexto como más anómico, mientras que esta percepción disminuía para los demócratas insatisfechos y, más aún, para los satisfechos. Finalmente, la comparación de la percepción de anomia según niveles de sofisticación política aportó resultados consistentes con los hallazgos de Laca Arocena et al. (2011) con población mexicana que señalaban que un contexto anómico se relaciona con menor interés político. En nuestro caso, efectivamente las personas menos sofisticadas políticamente (que tienen menos conocimiento e interés) percibían significativamente más anomia que las más sofisticadas; aportando también a su comprensión como uno de los indicadores de alienación política según lo que señalaban Cichocka y Jost (2014).

Por otra parte, las perspectivas culturales de la posmodernización ubicaban en el desarrollo de las sociedades y en el cambio de valores que éste conlleva una de las bases sociales centrales de las orientaciones democráticas (Welzel & Inglehart, 1999). En esta línea, si bien es cierto que en nuestro estudio -confirmando lo hipotetizado- los valores posmaterialistas fueron predictores positivos de la preferencia por la democracia y la valoración del ideal democrático, al tiempo que los valores materialistas disminuían estas orientaciones; su rol fue relativamente pequeño y parcialmente mediado por orientaciones ideológicas. En términos generales, tuvieron baja vinculación con las variables de evaluación del desempeño y con aspectos sociodemográficos y de movilización cognitiva, no replicando la centralidad que les asignaba la teoría. Esto podría ser evidencia –tal como señalan los críticos de esta perspectiva– de que el efecto de estas dimensiones ha sido sobreestimado en la literatura (Marenco dos Santos, 2006); o bien podría señalar que su rol es menor debido a las características particulares de este contexto cultural y político de menor desarrollo democrático (McAllister, 1999). De cualquier modo, el aporte explicativo de estas variables en nuestros modelos, así como la dirección de sus efecto, sugieren que efectivamente la cultura política mediatiza el impacto de los aspectos institucionales y macrosociales sobre las actitudes hacia la democracia; apoyando la noción de la complementariedad entre perspectivas institucionalistas y culturalistas: tal como propone Etzioni (2011), las evaluaciones institucionales no ocurrirían en el vacío sino que se verían moduladas tanto por orientaciones normativas como ideológicas.

Respecto de su bajo poder explicativo de la legitimidad política en sí, no significa necesariamente que estas dimensiones normativas sean poco relevantes, pero es posible que su rol sea más claro en comparaciones transculturales que hacia el interior de las comunidades políticas. Efectivamente, la literatura previa en esta línea se orientaba a ese tipo de comparaciones, y no atendía particularmente a la explicación de las variaciones individuales (e.g. Dalton, 2004; Gibson & Duch, 1994; Inglehart, 1990; 1997; 2007). Así, la mayoría de las variables que aborda esta perspectiva culturalista de la posmodernización (desarrollo socioeconómico, valores psicosociales, movilización cognitiva y capital social) tienen una intervención relativamente baja en nuestros modelos explicativos, pero proveen datos significativos en nuestras comparaciones intergrupales (perfiles) que son consistentes con la literatura previa (e.g. Dalton & Welzel, 2014; Inglehart, 2000; 2003; 2007): los grupos de no demócratas manifestaron menos confianza y cohesión social; sugiriendo –en la misma línea que lo hallado respecto de la anomia– que la integración social efectivamente podría ser relevante para el desarrollo de actitudes democráticas. Por su parte, los aspectos normativos también mostraban diferencias entre grupos, de modo que los no demócratas tendían a asignar mayor importancia a valores materialistas y religiosos y relativamente menos prioridad a valores posmaterialistas. En la misma línea, tenían significativamente menos niveles de tolerancia política y justificaban más un golpe de estado (con diferencias muy grandes respecto de los dos grupos restantes). En este tipo de abordajes, las bases sociales y normativas de la cultura política democrática parecen claras, pero se diluyen al examinarlas en la población general.

Finalmente, puntualizamos en algunos aspectos ideológicos que –por su intervención mediadora del efecto de otras variables– hemos venido recuperando fragmentariamente. Tal como hemos expuesto, las orientaciones ideológicas conservadoras tuvieron un rol central en la predicción tanto de la satisfacción con la democracia como de la preferencia por ésta. En este sentido, algunos estudios previos en Latinoamérica (Mora Solano et al., 2014; Rottenbacher & Schmitz, 2012) reportaban resultados poco consistentes que indicaban la posibilidad de que –en tanto las democracias regionales tienen características diferentes de aquellas donde se originaron las tradiciones teóricas sobre estas variables– era posible que las orientaciones ideológicas no tuviesen un rol o fuese opuesto al esperado (por ejemplo, en una muestra peruana la SDO se relacionó

negativamente con el apoyo difuso a la democracia). Sin embargo, nuestros resultados coincidieron con las hipótesis hegemónicas y mostraron que –de modo consistente con lo hallado por los antecedentes (Brandt & Reyna, 2012; Mikikowska, 2012; Stevens et al., 2006)– el conservadurismo político (como conglomerado de variables de justificación de sistema) sólo predecía positivamente la legitimación del sistema político local (sistema desigual); mientras que lo hacía negativamente con el apoyo a la democracia en términos de su ideal (sistema igualitario).

De modo más específico, fueron el RWA y la dimensión de dominancia grupal de la SDO las orientaciones ideológicas que más consistentemente predijeron la (i)legitimidad de la democracia, mediando el efecto de variables de desempeño y dimensiones normativas y –principalmente– sociales e institucionales de la cultura política. En esta línea, el RWA fue uno de los predictores más relevantes de la preferencia por la democracia, lo cual resulta esperable dado que refiere directamente a evaluaciones sobre el tipo de autoridad y gobierno. Respecto de la SDO, la dimensión de dominancia grupal fue relativamente más consistente que el RWA en la predicción de la insatisfacción con la democracia, aunque también tuvo un rol en relación con la preferencia por ésta. En línea con lo propuesto por la teoría, es posible que el RWA sea expresión de las dimensiones sociales del conservadurismo (adhesión a la autoridad conservadora, convencionalismo normativo), mientras que las SDO recoja más las económicas (preferencia por órdenes desiguales) (Duckitt & Silbey, 2010; Nicol, 2007; Pratto et al, 1994). Apoyan esta hipótesis el hecho de que la percepción de anomia (amenaza al orden social) se relacione más fuerte y consistentemente con el RWA que con la SDO; mientras que esta última lo haga más con valores materialistas (orientación hacia una dimensión económica del bienestar) en comparación con el RWA. Por su parte, la CJM fue uno de los predictores positivos de la justificación de la democracia argentina con un efecto directo pequeño, pero mediando el efecto de las evaluaciones de desempeño. Además, su aporte a la explicación de actitudes difusas favorables a la democracia fue negativo (también en línea con el resto de las orientaciones ideológicas de justificación de sistema). Sin embargo, para el grupo de personas de alta SP el efecto de esta variable sobre la legitimidad democrática era positivo, lo cual se veía determinado porque la CMJ mediaba parte del efecto negativo del RWA amortiguándolo: una mayor creencia en un mundo justo incrementaría el apoyo a la democracia entre personas autoritarias, reduciendo el efecto negativo del RWA. Por otra

parte, el autopoicionamiento ideológico en términos de izquierda/derecha no tuvo un rol predictivo significativo de la legitimidad democrática; coincidiendo con lo propuesto por Rutto et al. (2014) que entendían que estas dimensiones remitirían a la justificación de la inequidad económica y social, más que hacia orientaciones políticas sistémicas.

Adicionalmente, es preciso señalar que en la comparación de perfiles, los demócratas satisfechos eran más progresistas en todas las dimensiones cuando se clasificaban según sus orientaciones generales hacia la democracia; pero cuando se clasificaban según la justificación de la democracia argentina (sistema político desigual en el marco de un gobierno conservador), eran los demócratas insatisfechos los menos conservadores: efectivamente estas evaluaciones situadas de la democracia parecían recoger evaluaciones de desempeño favorables apoyadas en la congruencia ideológica. En conjunto, los resultados no sólo evidencian la relevancia de las orientaciones ideológicas para explicar las diferencias individuales en los niveles de legitimidad política tal como sugerían, por ejemplo, Brandt y Reyna (2012); sino que también recuperan su relevancia como elementos de una cultura política democrática y la necesidad de analizarlos en interacción con el contexto.

Hasta acá presentamos los principales aportes teóricos de nuestro trabajo y las particularidades que adquieren las distintas perspectivas al aplicarlas al contexto de una democracia como la argentina; con cierto grado de consolidación, pero identificada con aquellas de desarrollo medio. Además, señalamos que las perspectivas institucionales, culturales y de justificación de sistema tienen relaciones de complementariedad y varían su relevancia en función del nivel de abstracción del objeto político sobre el que se evalúa la legitimidad. Asimismo, relativizamos la aplicabilidad de la perspectiva de posmodernización fuera de las comparaciones transculturales, pero reconociendo los elementos normativos de la cultura cívica, en tanto nos permiten diferenciar entre ciudadanos *demócratas* y *no demócratas*. Sin embargo, queremos finalizar nuestra discusión realizando un aporte que, a nivel exploratorio, permita plantear la aplicabilidad de estos hallazgos a través de la comprensión de la relevancia de la sofisticación política para el desarrollo y profundización de una cultura democrática participativa.

Involucramiento Político y profundización de la democracia

En secciones anteriores señalábamos una crisis del sistema de representación en términos del extrañamiento de la ciudadanía respecto de las instancias que mediatizan su capacidad de influencia en el sistema político, principalmente encarnadas en la figura de los partidos políticos. Así, presentamos evidencia de nuestra muestra cordobesa de los altos niveles de alienación política que, si bien parecen afectar en alguna medida la legitimidad del sistema político argentino, conviven con un fuerte apoyo explícito a la democracia en sí. De acuerdo con la terminología de Santos y Avritzer (2004) esto podría entenderse como signo de una democracia *slogan*, que se vacía de contenido, donde la acción ciudadana se vea cada vez más limitada a la participación electoral periódica, que –sin embargo– también muestra tendencias decrecientes en muchas democracias, aún en aquellas identificadas como *desarrolladas* (Mair, 2007). No obstante, este tampoco parecía ser el caso en nuestra muestra, dado que estas actitudes tenían un correlato en las propias representaciones sobre la democracia y en un fuerte compromiso con los valores democráticos básicos. En esta línea, en un análisis de la política latinoamericana, Levine y Molina (2007) señalaban que los procesos de transición hacia la democracia en la región se dieron juntamente con altas expectativas respecto de la emergencia de una sociedad civil activa y un sistema de representación que responda a ella; expectativas que se habrían visto sistemáticamente frustradas, ubicando la causa de esto en la ruptura del vínculo entre actores de la sociedad civil entre sí y de estos con los líderes políticos. Si bien no existe evidencia empírica de que este escenario efectivamente esté erosionando la estabilidad de las democracias (en función de la mencionada supervivencia de aspectos normativos democráticos socialmente arraigados), sí puede –y la literatura sugiere que lo hace (Kaase & Newton, 1995; Mishler & Rose, 2001)– impactar negativamente en la calidad de los procesos institucionales, los mecanismos de rendición de cuentas (*accountability*) y, principalmente, en la capacidad de la ciudadanía de intervenir en el sistema político y de éste de mejorar las condiciones de vida de las mayorías (Levine & Molina, 2007). Así, la promesa de una democracia sustantiva que aplique efectivamente el ideal de la igualdad parece cada vez más lejana.

En el caso argentino en particular, la dimensión institucional del funcionamiento de la democracia es uno de los aspectos más problemáticos. Quizás como consecuencia de ello y de la existencia de una protección a las libertades civiles básicas, se trata también de un

contexto donde la movilización social y la protesta tienen niveles comparativamente altos, aún en momentos de desarrollo económico (IDD-LAT, 2016), siendo definida como una democracia *vibrante* (Freedom House, 2016). Según el informe, serían las clases emergentes (principalmente las clases medias urbanas) y los jóvenes quienes, con fines principalmente pragmáticos, protagonizarían estos grupos altamente involucrados; coincidiendo con la perspectiva culturalista de la posmodernización: los orígenes del descontento radicarían en asuntos políticos y sociales antes que económicos, en función del incremento de las expectativas políticas de una ciudadanía más educada, heterogénea y compleja (Inglehart, 1990; Inglehart & Welzel, 2005; 2010). Este panorama parece entrar en contradicción con los niveles generalizados de apatía y alienación política que identificamos, no sólo en nuestro estudio, sino en otros antecedentes locales (e.g. Beramendi et al., 2016; Jorge, 2015). Esto podría implicar, o bien que nuestros abordajes sólo captan las dimensiones convencionales y tradicionales de la relación con el sistema político, no pudiendo identificar las nuevas formas de involucramiento; o, alternativamente, que se trata de grupos relativamente minoritarios que luego tienen un protagonismo social y político a través de formas de acción colectiva y protesta que son muy visibles. Es posible que la respuesta a este interrogante contenga algo de estas dos opciones, razón por la cual realizamos abordajes complementarios que nos permitiesen analizar las características de los grupos más involucrados políticamente.

Al respecto, la literatura previa esperaba que la ciudadanía implicada críticamente (que coincidiría con aquella capaz de articular acciones colectivas y de protesta) sería aquella que manifestaba una fuerte orientación democrática, pero estaría insatisfecha con el funcionamiento de la política; esperando encontrar entre este grupo de *ciudadanos críticos* mayores niveles de sofisticación y orientación a la profundización de la democracia (e.g. Abdelzadeh, et al., 2015; Fuks et al., 2017; Geissel, 2008; Inglehart, 1999). Si bien parte de esta literatura halla evidencia consistente con esa hipótesis, también se evidencian resultados contradictorios como los que encuentra Doorenspleet (2012) y como los que expusimos en el [capítulo 7](#): los denominados ciudadanos críticos, en realidad, tendían a manifestar mayores niveles de alienación política (menos interés, conocimiento y eficacia política, mayores niveles de cinismo y desconfianza) que aquellos demócratas satisfechos con el funcionamiento de la política; aunque eran efectivamente *más democráticos* que quienes, además de estar insatisfechos, apoyaban menos a la democracia en general. En

este sentido, si bien era un grupo relativamente más crítico que las personas satisfechas con el sistema político, esta crítica no se daba juntamente con mayores niveles de eficacia, involucramiento político y participación civil o política. Como señalan los antecedentes, la influencia que tengan la insatisfacción o variables como la desconfianza y el cinismo en las actitudes y el involucramiento político va a depender de otros aspectos como la eficacia política, que operan en la transformación de las demandas en acciones (Osborne et al., 2015; Torcal, 2006). Así, no pudimos replicar en nuestro contexto el rol que la literatura atribuye a estos grupos en el fortalecimiento de los procesos y la calidad de las democracias (e.g. Geissel, 2008; Qi & Shin, 2011). De este modo, la brecha entre altas expectativas para el sistema democrático (apoyo difuso a la democracia) y la frustración respecto de los resultados obtenidos (satisfacción con su funcionamiento) no fue en nuestra muestra una dimensión que nos permitiera identificar a los segmentos políticamente involucrados y orientados favorablemente a una dimensión *prospectivo-ideal* de la democracia.

Alternativamente, analizamos las características diferenciales de las personas que se interesan por la política y saben más sobre ella. Así, contrastamos personas de baja, media y alta sofisticación política, comprendiéndola como un modo de aproximación a la dimensión de movilización cognitiva e involucramiento político, como recurso relevante para la toma de decisiones políticas y la participación en el proceso democrático (Michaud et al., 2009; Delli Carpini & Keeter, 1996). Nuestros resultados permitieron evidenciar que las características de los grupos más políticamente sofisticados eran más cercanas a aquellas atribuidas a una ciudadanía asertiva, propias de las sociedades posmodernas (e.g. Dalton, 2004; Inglehart, 1997; 1999; 2003; Norris, 2011) y resultaban una dimensión de análisis más potente que la de los demócratas insatisfechos. En términos demográficos, no registramos un efecto de cohorte en la movilización cognitiva, contradiciendo lo que se esperaba respecto de una mayor sofisticación política o involucramiento entre la cohortes más jóvenes (e.g. Inglehart, 1990; 1997; 2000; Norris, 2011); así, la edad no se asociaba con la SP en nuestra muestra. Por otra parte, y confirmando nuestra hipótesis, el estatus sí fue una variable importante que merece discusión: las personas de mayor nivel educativo y socioeconómico manifestaron más actitudes de movilización respecto de lo político, coincidiendo con lo señalado por los antecedentes empíricos y las perspectivas tanto de cultura política como de justificación de sistema (e.g. Almond & Verba, 1963; Cohen et al., 2017; Klingemann & Fuchs, 1995; Norris, 2011). Este resultado tiene una doble

interpretación: por un lado, como proponían Sullivan y Transue (1999), el hecho de que estos grupos de mayor estatus sean los políticamente más sofisticados y comprometidos redundaría en un efecto positivo sobre el futuro de la democracias; dado que estas son las personas que tienen mayores posibilidades de intervenir en el espacio político. En esta línea, es un signo positivo que este grupo sea –además– ideológicamente más progresista. Sin embargo, la contracara de este hallazgo es la constatación de la brecha entre los grupos que acceden y quienes no acceden al capital simbólico y político que provee el estatus social y la educación formal. En esta línea, Gibson y McAllister (2015) señalaban que la expansión del acceso a la información política ha incrementado, antes que reducir, la brecha entre quienes tienen más y menos conocimiento político; dado que, como sostenía Prior (2005), esta mayor disponibilidad suele impactar sobre quienes ya accedían previamente. Si bien este autor lo remite a una cuestión motivacional (quiénes están más interesados accederán más a las nuevas fuentes de información), nosotros creemos que la brecha en la SP asociada al estatus socioeconómico y educativo, señala razones más profundas.

Respecto del rol de la SP en relación con las orientaciones democráticas y la legitimación del sistema político, nuestra evidencia sigue la línea de los estudios del desarrollo de culturas cívicas posmodernas: al tiempo que mostraban una mayor adhesión a la democracia y sus principios fundamentales, las personas políticamente más sofisticadas no legitimaban más el sistema político a nivel local ni confiaban más en los poderes del estado que las menos sofisticadas (no se volvían *acríticos*). Esto es consistente también con lo que señalaba la literatura previa respecto del impacto del conocimiento político en particular y la movilización cognitiva en general, sobre la legitimación del sistema político democrático (e.g. Erlingsson et al., 2014; Laca Arocena et al., 2011; Linde, 2012; Linde & Erlingsson, 2013; Memoli, 2011). Además, si bien en algunos estudios también se asociaba a la SP con la actitud más específica de confianza política (Galston, 2001; Turper & Aarts, 2017); en el ámbito regional, Carreras (2014) no encontraba relación. En este sentido, una mayor SP aparece relacionada a una mayor adhesión normativa a la democracia, pero no implica una legitimación acrítica del orden instituido.

En términos generales, también de modo coincidente con la literatura previa (Galston, 2001), las personas con mayor nivel de SP efectivamente mostraban menores niveles de alienación, percibiendo menores niveles de anomia, un clima socioemocional más positivo, menores niveles de corrupción y mayor justicia, al tiempo que confiaban más en

los partidos políticos, en la capacidad de respuesta de los gobiernos (EPE) y en su propia capacidad de influencia política (EPI). Respecto de la vinculación con los partidos políticos, alguna literatura sugería que la alta movilización cognitiva conduciría a una baja adhesión partidaria (Dalton, 1984), al tiempo que –contrariamente– la evidencia reciente reportaba que los ciudadanos políticamente más sofisticados confiaban más en las afiliaciones partidarias como heurísticos en la toma de decisiones (Albright, 2009; Carreras, 2014; Lisi, 2010; Marthaler, 2008). En nuestro caso, no evaluamos específicamente la identificación partidaria, pero sí identificamos que las personas más sofisticadas les reconocían mayor capacidad y honestidad a los partidos políticos, sugiriendo que es posible que sean identificados en mayor medida como actores legítimos del proceso democrático. Complementariamente, cuando analizábamos las RS sobre democracia, este era el grupo que daba definiciones más orientadas a la noción de gobierno, representación y delegación del poder, así como menciones directas a partidos políticos; lo cual sucedía en conjunto con una menor centralidad del proceso electoral. Así, la noción de democracia de estos grupos era compatible con la democracia liberal representativa; pero se complementaba con la asignación de un mayor protagonismo ciudadano, no limitado al acto electoral. De hecho, es en este grupo donde la participación, la idea de ciudadanía y el poder del pueblo tenían un peso mayor, junto a nociones de igualdad, derechos y desarrollo. Contrariamente, en los grupos de baja sofisticación política se registraba la ausencia de menciones a instituciones y actores de los gobiernos representativos, quedando limitado al voto y las elecciones.

En conjunto, no parece evidente que la impugnación de la *forma de representación* provenga particularmente de las personas más involucradas políticamente, que no son necesariamente más críticas de su funcionamiento. En este sentido, es posible que nuestra forma de evaluación de la sofisticación política sea más adecuada para captar el capital político de las personas *en relación con* la democracia representativa, que un capital político asociado a la movilización y la capacidad de agencia fuera de los canales convencionales. En cualquier caso, sí parece claro que este grupo tiene expectativas más altas respecto de su propia capacidad de intervenir políticamente, asignando un mayor protagonismo a la ciudadanía en la relación con los representantes; lo cual se refleja también en sus mayores niveles de eficacia política interna. Además, y de modo consistente con los antecedentes (e.g. Brussino et al., 2009; Carreras, 2014; Delli Carpini & Keeter, 1996; Galston, 2001; Turper & Aarts, 2017) y con nuestras propias hipótesis, las personas de este grupo

participaban significativamente más, lo cual es especialmente importante teniendo en cuenta los bajos niveles de participación en la muestra en general y el carácter acotado de nuestra medición. Así, las personas más activamente involucradas fueron también más sofisticadas políticamente; lo cual puede tener dos significados diferentes: es posible tanto que la sofisticación política conduzca un mayor involucramiento político, como que la experiencia participativa –como ámbito de socialización política– otorgue más herramientas para la comprensión y actuación en el mundo político (Almond & Verba, 1963). Por nuestra parte, creemos que la hipótesis de una relación de retroalimentación es la más plausible, entendiendo que son procesos que se refuerzan mutuamente. En conjunto, la sofisticación política parece tener como correlato una vinculación más sólida, pero no acrítica, con el sistema político y una mayor confianza en la propia capacidad de agencia e intención de intervenir políticamente. Esto es particularmente relevante en vistas de que, como veremos, este grupo es también el que tiene actitudes y orientaciones políticas más *democráticas*.

En esta línea, las dimensiones normativas y del capital social también permitieron diferenciar a estos grupos: las personas más sofisticadas políticamente tenían mayores niveles de confianza social, priorizaban valores posmaterialistas, a la vez que otorgaban menos importancia a las dimensiones normativas materialistas y religiosas. Asimismo, las diferencias se extendían al nivel de las orientaciones ideológicas: las personas de SP más alta eran menos autoritarias, menos orientadas a la dominancia grupal, creían menos en un mundo justo, al tiempo que eran políticamente más tolerantes, rechazaban mucho más la posibilidad de un golpe de estado y tenían menos probabilidades de haber votado a un partido de centro/derecha, ubicándose también más hacia la izquierda en el espectro ideológico. Estos hallazgos son coincidentes con la evidencia empírica previa que, salvo escasas excepciones (por ej.: Carreras, 2014; Delfino & Zubieta, 2011a), provenía de las llamadas *democracias occidentales desarrolladas* (Delli Carpini & Keeter, 1996; Finkel & Smith, 2011; Galston, 2001; Peterson et al., 2002). Este hallazgo es relevante por sus implicancias teóricas, apoyando la hipótesis que sugiere una menor movilización cognitiva de las personas políticamente más conservadoras; coincidiendo con resultados de la teoría de justificación de sistema que abordan específicamente esas relaciones en otros contextos (e.g. Jost, Glaser et al., 2003; Thorisdottir et al., 2007; Van Hiel et al., 2000), incluyendo un estudio en la región (Rottenbacher (2012b). Sin embargo, creemos que estos resultados son

especialmente relevantes por sus aplicaciones prácticas: que sean los grupos políticamente más sofisticados e involucrados los que manifiesten una mayor adhesión a orientaciones progresistas y democráticas (en el sentido, por ejemplo, de la tolerancia, la igualdad de oportunidades y la libertad de expresión) sugiere el carácter democratizador que tiene el acceso al conocimiento y al capital político.

Complementariamente, los análisis multivariados permitieron enfatizar en la relevancia de la eficacia política interna como elemento central en el involucramiento político. Además, el nivel educativo y socioeconómico que –hasta aquí– solían tener un rol marginal cuando se contemplaban otras variables de la cultura política, ideológicas o del contexto en la predicción de actitudes políticas, fueron aquí predictores centrales de los niveles de participación política. También la participación política tuvo un efecto positivo significativo sobre la SP, junto con otros aspectos sociopolíticos como el clima positivo, la percepción de cinismo (en sentido negativo) y orientaciones normativas e ideológicas progresistas. Como señalábamos, es particularmente relevante la dimensión de la eficacia política como elemento subjetivo de la competencia política (Welzel & Inglehart, 2010) que, por sus consecuencias motivacionales, actitudinales y comportamentales, es fundamental en relación con la capacidad de movilización política. Así, cuando los sentimientos de desconfianza política o el surgimiento de demandas y crítica coexisten con sentimientos de impotencia política, profundizan la alienación y es poco probable que generen acciones orientadas al cambio (Lovseth, 2001). Esto es lo que sucedía en nuestro grupo de baja sofisticación política que, a la vez que realizaba las valoraciones más críticas del funcionamiento de la política, la democracia y sus actores, tenía un bajo involucramiento político y percibía negativamente su capacidad de intervenir en esta esfera: están más insatisfechos, confían menos y evalúan más negativamente el desempeño tanto en términos de confianza, como de justicia y corrupción, pero no manifiestan intencionalidad de involucrarse en el espacio político. Por su parte, nuestro grupo de alta sofisticación política tenía mayor conocimiento del funcionamiento del sistema, reconocía sus actores centrales y confiaba más en la capacidad de agencia de la ciudadanía, siendo el único en el que pudimos identificar la dimensión *prospectivo-ideal* de la democracia (Lozada, 1997). En conjunto, los datos fortalecen nuestra hipótesis de que una mayor sofisticación política es un correlato no sólo de un mayor acceso a la educación y a los espacios y bienes simbólicos que provee un mayor NSE, sino que expresa también un mayor involucramiento político –

aunque no necesariamente una mayor orientación crítica o contestataria—, mayor valoración de las propias capacidades de actuar en política y, principalmente, una mayor adhesión a los principios democráticos básicos de forma no autoritaria (mayor tolerancia, posmaterialismo, progresismo) (Finkel & Smith, 2011; Galston, 2001).

Sin embargo, resulta problemático que sean los sectores social y políticamente más desfavorecidos los que tengan menores competencias políticas, no sólo en términos de habilidades, sino también de motivación y confianza en las propias capacidades y en la capacidad de respuesta del sistema. En última instancia, esto cooperaría en la reproducción de la alienación política de amplios sectores de la ciudadanía, que son justamente aquellos más desfavorecidos por el funcionamiento actual del sistema social y político. En la misma línea, Osborne et al. (2015) analizando el efecto paradójico de la eficacia política externa sobre la participación política —específicamente aquella no convencional o contestataria—, proponían que la percepción del sistema como más justo y responsivo disminuyen el enojo y fortalecen la justificación del sistema: así, que los grupos más involucrados políticamente, que son también los más favorecidos por el orden vigente, no sean más críticos; puede atender contra la posibilidad de articular demandas que promuevan el cambio. Al mismo tiempo, la baja eficacia política interna y movilización cognitiva de los grupos más desfavorecidos y más críticos de la política, estimula la alienación por otra vía. Consecuentemente, la combinación de variables vinculadas al estatus social y la alienación política puede resultar problemáticas en función de pensar en una orientación hacia el sistema político que articule una dimensión de cambio social y político. Como señalamos antes, el carácter descriptivo de estos análisis nos alerta sobre la necesidad de entender estas interpretaciones en términos de hipótesis que sirvan de punto de partida para nuevos estudios.

Al respecto, González y Oliveira de Castro (2007) proponían que el desarrollo de mecanismos de democracia participativa (como una de las formas de profundizar los procesos democráticos) no sólo requiere de una institucionalidad política fuerte (en tanto son complementos de los procesos representativos, pero no los suplantán) sino también de un capital social y político sólido; de lo contrario, es posible que sean cooptados por intereses ideológicos hegemónicos o grupos de poder y, además, es probable que grupos con mayor capacidad organizativa se vean sobre-representados, de modo que no se resolvería la exclusión de los sectores que hoy no sólo no pueden intervenir en política, sino

que además no tienen otro tipo de capital –por ejemplo económico- para conseguir sus intereses (Levine & Molina, 2007; Panizza, 2009; Rendón Corona, 2004). Así, a modo de síntesis, queremos enfatizar en la centralidad del desarrollo del capital político de la ciudadanía en la profundización de los procesos democráticos: la implicación política tiene como correlato una mayor integración en la sociedad civil, una mayor confianza en las propias capacidades de ejercer influencia política y un interés e intencionalidad de hacerlo; pero también se asocia a una mayor adhesión normativa a los valores centrales de la democracia, con una mayor tolerancia y menor conservadurismo en términos ideológicos amplios. Sin embargo, son los sectores socialmente más favorecidos los que tienen más probabilidades de encontrarse en este grupo de ciudadanos, alertando sobre la necesidad de profundizar la democratización del acceso al conocimiento político y su capital simbólico. De lo contrario, tal como señalaban Gibson y McAllister (2015), los procesos de posmodernización no hacen más que ampliar la brecha de recursos cognitivos y políticos entre quienes acceden a ellos y quiénes no.

Alcances, limitaciones y nuevos interrogantes

En esta sección final queremos puntualizar sobre el alcance de estos resultados en función de las limitaciones teóricas y metodológicas de esta tesis y, también, dejar planteados los interrogantes que surgen de estos hallazgos y que hemos venido esbozando.

Creemos necesario señalar el aporte técnico de esta tesis al reportar evidencia de validez y confiabilidad de escalas adaptadas al contexto local para el abordaje de un conjunto de variables relevantes para el área de la psicología política. Destacamos particularmente la evaluación multidimensional y el correspondiente análisis psicométrico de una escala de la legitimidad política que, a diferencia de la mayoría de la literatura, no medía directamente y a través de un único ítem cada dimensión, sino que lo hacía a través de la apreciación de distintos niveles de actitudes hacia el sistema. También, aplicamos y evaluamos escalas de una perspectiva psicosocial de los valores, la percepción de anomia y la creencia en un mundo justo que, hasta el momento en que desarrolló este trabajo, no habían sido probadas en nuestra población. Este es un aporte relevante ya que la mayoría de los trabajos con un enfoque teórico-disciplinar cercano al nuestro se encuentran con la limitación de que la mayoría de los constructos provienen de tradiciones de investigación

desarrolladas en contextos muy diferentes al local y regional y, en consecuencia, requieren de procedimientos previos de desarrollo de instrumentos ecológicamente válidos.

En términos teóricos, aportamos evidencia respecto de la multidimensionalidad de la legitimidad política democrática y la necesidad de abordajes complejos que analicen distintos niveles de la vinculación de la ciudadanía con el sistema político. Nuestros resultados apoyaron las hipótesis de las teorías de justificación de sistema que sugieren que, más allá de las particularidades de los sistemas políticos y características culturales, es posible identificar procesos psicosociales básicos que subyacen a la legitimación del sistema político. Pero, al mismo tiempo, reportamos evidencia sobre la intervención de aspectos de la cultura política y la evaluación del desempeño político en la explicación de las actitudes hacia el sistema político; señalando la necesidad de un análisis complejo y multidimensional, en el que estos enfoques resultan complementarios más que mutuamente excluyentes. Finalmente, exploramos la relevancia de la movilización cognitiva y el involucramiento político para re-pensar la idea de crisis de representación democrática y la posibilidad de profundización de los procesos democráticos.

Respecto de las limitaciones de este trabajo, éstas provienen principalmente del diseño de investigación y tipo de datos con los que contamos. En este sentido, se trató de estudios no experimentales y de carácter transversal; lo cual implica no sólo que no pudieron manipularse las variables independientes, sino que además no pudo analizarse su evolución en el tiempo. De este modo, solo pudimos inferir la dirección causal de las relaciones de las variables entre sí en función de nuestra evidencia en conjunción con los antecedentes empíricos. Además, debido a los costos económicos y de recursos humanos que requiere el relevamiento de muestras de gran tamaño y de carácter probabilístico, debimos recurrir a muestreos relativamente más pequeños y cuotificados que, si bien procuran representar proporcionalmente los distintos segmentos poblacionales en función de aspectos sociodemográficos, no garantizan la capacidad de generalización de los resultados a toda la población de Córdoba. En la misma línea, pero en función del tamaño de las muestras, los modelos explicativos segmentados en función de autopoicionamiento ideológico y sofisticación política fueron exploratorios, dado que esta segmentación nos dejó con un número reducido de casos en cada dimensión. También, es preciso señalar que la selección de las variables a estudiar se realizó con un criterio teórico y disciplinar, identificando los principales predictores analizados por el marco teórico de referencia, pero

de ningún modo agota la explicación de la legitimidad política democrática que, por su propia complejidad, ameritaría estudios transdisciplinarios. Sin embargo, la complementación de distintas fuentes de datos y también de técnicas de análisis proveyó evidencia empírica convergente sobre los procesos estudiados, fortaleciendo la validez de nuestros resultados.

En relación con nuestras mediciones, señalábamos antes que nuestros abordajes empíricos tanto de la sofisticación política como de la participación constituyen límites a la capacidad de esta investigación de abordar los procesos de involucramiento político y la orientación hacia la democracia prospectivo-ideal. En este sentido, la evaluación de la sofisticación política está orientada a elementos tradicionales de la democracia liberal representativa y, posiblemente, no sea la forma más apropiada de captar una movilización cognitiva crítica. Por su parte, la medición de participación política sólo analiza el involucramiento a nivel organizado (organizaciones sociales, civiles, políticas, sindicales) que, si bien pueden tener objetivos y prácticas tanto convencionales como no convencionales, excluyen la consideración de acciones específicas no organizadas. En este sentido, futuros estudios deberían complejizar el abordaje de estos constructos.

Para concluir, nos gustaría introducir algunos interrogantes que creemos pueden dar origen a nuevos abordajes. En primer lugar, creemos relevante ahondar en las consecuencias sistémicas a largo plazo de los altos niveles de desconfianza política y baja legitimación del sistema político local. Si bien la evidencia transversal parece sugerir que la democracia se encuentra consolidada desde la perspectiva del apoyo de la ciudadanía, los indicadores de alienación política y cinismo resultan preocupantes, principalmente en función de sus implicancias para la calidad de los procesos democráticos. En este sentido, estudios cualitativos y longitudinales podrían aportar evidencia respecto de las nuevas hipótesis que fuimos consignando a lo largo de nuestra discusión; siendo particularmente relevante profundizar en las orientaciones de la ciudadanía respecto de las instancias de intermediación y representación. Así, queda pendiente de comprobación si lo que evidencian nuestros datos es efectivamente un distanciamiento de la forma de representación tradicional y un desarrollo gradual de otras formas de vinculación con la política, o si tiene bases más generales. En la misma línea, creemos necesario un control mayor de la identificación partidaria como variable que interviene en la interpretación y

valoración del contexto político, principalmente en un momento de alta polarización y conflictividad.

Adicionalmente, nuestros datos sobre el rol de la sofisticación y el involucramiento político tienen un alcance limitado, no sólo por la limitación técnica mencionada respecto del tipo de medición aplicado, sino también por su carácter descriptivo en una muestra relativamente pequeña. En función de ello, entendemos que sería relevante realizar estudios tanto cualitativos como cuantitativos con población activista para poder identificar no sólo las características de cultura política y orientaciones ideológicas asociadas al involucramiento político, sino también analizar las motivaciones y los procesos de toma de decisión orientados a la participación. En esta línea, sería relevante conocer cuáles son las actitudes, posicionamientos ideológicos y recursos cognitivos que subyacen a la acción participativa y si estos difieren en función de si se trata de acciones convencionales, no convencionales o anti sistémicas y también organizadas o no organizadas. Esto permitiría comprender mejor los mecanismos para generar acciones participativas en grupo más amplios, aspirando al fortalecimiento del capital simbólico y la capacidad de agencia de la ciudadanía.

Finalmente, en términos de la aplicación de estos resultados, entendemos que la democratización del capital político es un eje fundamental en el desarrollo de una ciudadanía verdaderamente democrática, implicada y asertiva; que pueda efectivamente intervenir en los procesos políticos, en la búsqueda de la realización de las promesas democráticas de inclusión e igualdad. En esta línea, no podemos desconocer que esta dimensión también se distribuye de modo desigual en distintos sectores de la ciudadanía, respondiendo más que a aspectos motivacionales individuales: las orientaciones individuales contribuyen a la explicación de la vinculación con el sistema político democrático y la atribución de legitimidad, pero que estas no son ajenas a condicionamientos culturales, de la coyuntura política, pero también del estatus social y económico.

REFERENCIAS

- Abdelzadeh, A., & Ekman, J. (2012). Understanding critical citizenship and other forms of public dissatisfaction: An alternative framework. *Politics, Culture and Socialization*, 3(1-2), 179-196.
- Abdelzadeh, A., Özdemir, M., & Van Zalk, M. (2015). Dissatisfied Citizens: an asset to or a liability on the democratic functioning of society? *Scandinavian Political Studies*, 38(4), 410-436.
- Abric, J. C. (2001a). Las representaciones sociales: aspectos teóricos. En J. C. Abric (dir.). *Prácticas sociales y representaciones* (pp. 11-32). México D.F.: Presses Universitaires de France. Ediciones Coyoacán.
- Abric, J. C. (2001b). Metodología de recolección de las representaciones sociales. En J. C. Abric (dir.). *Prácticas sociales y representaciones* (pp. 53-74). México D.F.: Presses Universitaires de France. Ediciones Coyoacán.
- Acuña, M., Fernigrini, R. & Brussino, S. (2003). *Análisis Psicosocial de la Vinculación Política* (Tesis para la obtención del Título de Licenciado en Psicología). Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba (AR).
- Adnanes, M. (2007). Social transitions and anomie among post-communist Bulgarian youth. *Young*, 15(1), 49-69.
- Adorno, T., Frankel-Brunswick, E., Levinson, D., & Sanford, R. (1950). *The Authoritarian Personality*. Nueva York: Harper & Brothers
- Agroskin, D. & Jonas, E. (2010). Out of control: How and why does perceived lack of control lead to ethnocentrism? *Review of Psychology*, 17(2), 79-90.
- Aguilar García, J., & Zepeda Martínez, R. (2015). Política neoliberal y democracia en América Latina. *Contextualizaciones Latinoamericanas*, 5(9), 1-17.
- Albano, R., & Barbera, F. (2010). Social capital, welfare state, and political legitimacy. *American Behavioral Scientist*, 53(5), 677-690.
- Albright, J. J. (2009). Does political knowledge erode party attachments?: A review of the cognitive mobilization thesis. *Electoral Studies*, 28(2), 248-260.
- Alister Sanhueza, C. E., Cea Sánchez, C., & Guerrero Chinga, A. (2015). Democracia en Latinoamérica ¿Qué factores influyen en la satisfacción y apoyo a la Democracia? *Fronteras*. 2(1), 85-113.

- Alonso, D., & Brussino, S. (2012). Legitimidad y percepciones generales de justicia de las autoridades legales de Córdoba (Argentina): Un abordaje desde las valoraciones de justicia procedimental. *Interdisciplinaria*, 29(2), 271-286.
- Alonso, D. & Brussino, S. (2014). *Dimensionalidad de las percepciones de legitimidad sobre instituciones políticas de Argentina: la Corte Suprema*. Trabajo presentado en el I Congreso Internacional de Psicología, IV Congreso Nacional de Psicología "Ciencia y Profesión". Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba (Córdoba – AR).
- Alonso, D & Brussino, S. (2018). Cultura política en un escenario electoral de polarización en Argentina. *Revista de Investigación Psicológica (RIP)*. (en prensa)
- Almond, G. A., & Verba, S. (1963). *The civic culture: Political attitudes and democracy in five nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Altemeyer, B. (1981). *Right-wing authoritarianism*. Manitoba: University of Manitoba press.
- Altemeyer, B. (1996). *The authoritarian specter*. Massachusetts: Harvard University Press.
- Alves, H., & Correia, I. (2010). Personal and general belief in a just world as judgement norms. *International Journal of Psychology*, 45(3), 221-231.
- Anderson, C.; Blais, A.; Bowler, S; Doonovan, T. & Listhaug, O. (2005). The Winner-Loser Gap. En C. Anderson et al. (Eds.) *Losers' consent: Elections and democratic legitimacy* (pp. 17-69). Nueva York: Oxford University Press.
- Anderson, C. J., & Tverdova, Y. V. (2001). Winners, losers, and attitudes about government in contemporary democracies. *International Political Science Review*, 22(4), 321-338.
- Araya Umaña, S. (2002). Las representaciones sociales: Ejes teóricos para su discusión. *Cuaderno de Ciencias Sociales*, (127). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Arbuckle, J. L. (2003). *Amos user's guide*. Chicago: Small Waters
- Arnold, J. R. (2012). Political awareness, corruption perceptions and democratic accountability in Latin America. *Acta Política*, 47(1), 67-90.
- Aron, A., & Aron, E. (2001). *Estadística para psicología*. Buenos Aires: Pearson Educación.
- Aspelund, A., Lindeman, M., & Verkasalo, M. (2013). Political conservatism and left-right orientation in 28 Eastern and Western European countries. *Political Psychology*, 34(3), 409-417.

- Avery, J. M. (2009). Videomalaise or virtuous circle? The influence of the news media on political trust. *The international journal of press/politics*, 14(4), 410-433.
- Azevedo, F., Jost, J. T., & Rothmund, T. (2017). "Making America great again": System justification in the US presidential election of 2016. *Translational Issues in Psychological Science*, 3(3), 23
- Bäck, M., & Kestilä, E. (2009). Social capital and political trust in Finland: an individual-level assessment. *Scandinavian Political Studies*, 32(2), 171-194.
- Bai, B. Y., Liu, X. X., & Kou, Y. (2014). Belief in a just world lowers perceived intention of corruption: the mediating role of perceived punishment. *PloS one*, 9(5), 1-6
- Baird, V. A. (2001). Building institutional legitimacy: The role of procedural justice. *Political Research Quarterly*, 54(2), 333-354.
- Badescu, G. (2003). Social Trust and Democratization in the post-communist societies. En G. Badescu & E.M. Uslaner (eds). *Social Capital and the transition to democracy* (pp. 120-139). London: Routledge.
- Barberá, P., Jost, J. T., Nagler, J., Tucker, J. A., & Bonneau, R. (2015). Tweeting from left to right: Is online political communication more than an echo chamber? *Psychological science*, 26(10), 1531-1542.
- Barnea, M. F., & Schwartz, S. H. (1998). Values and voting. *Political psychology*, 19(1), 17-40.
- Barreiro, A., Etchezahar, E., & Prado-Gasco, V. (2014). Creencia global en un mundo justo: validación de la escala de Lipkus en estudiantes universitarios de la Ciudad de Buenos Aires. *Interdisciplinaria*, 31(1), 57-71.
- Barros, T. S., Torres, A. R. R., & Pereira, C. (2009). Autoritarismo e adesão a sistemas de valores psicossociais. *PsicoUSF*, 14(1), 47-57.
- Becker, R. (2004). Political efficacy and voter turnout in East and West Germany. *German Politics*, 13(2), 317-340.
- Bègue, L. (2002). Beliefs in justice and faith in people: Just world, religiosity and interpersonal trust. *Personality and Individual Differences*, 32(3), 375-382.
- Begue, L., & Bastounis, M. (2003). Two spheres of belief in justice: Extensive support for the bidimensional model of belief in a just world. *Journal of Personality*, 71(3), 435-463.
- Beierlein, C., Werner, C. S., Preiser, S., & Wermuth, S. (2011). Are just-world beliefs compatible with justifying inequality? Collective political efficacy as a moderator. *Social Justice Research*, 24(3), 278.

- Benbenaste, N., Etchezahar, E., & Del Río, M. (2008). Psicología de la anomia. *Anuario de investigaciones*, 15, 187-193
- Benedicto, J. (1995). La construcción de los universos políticos de los ciudadanos. En: Benedicto, J. y Morán, M.L. (Eds.) *Sociedad y Política. Temas de Sociología Política* (pp. 227-268). Madrid: Editorial Alianza.
- Benesh, S. C. (2006). Understanding public confidence in American courts. *Journal of Politics*, 68(3), 697-707.
- Beramendi, M. (2011). ¿Cómo se conceptualiza a la norma en el contexto argentino y cuáles son las razones para cumplirla? Trabajo presentado en el V Congreso Marplatense de Psicología, Facultad de Psicología (Universidad Nacional de Mar del Plata).
- Beramendi, M. (2011). Percepción de clima social, confianza institucional y problemas sociales en el contexto argentino. Trabajo presentado en el IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XIX Jornadas de Investigación y VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología (Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires).
- Beramendi, M., Delfino, G., & Zubieta, E. (2016). Confianza Institucional y Social: Una Relación Insoslayable. *Acta de Investigación Psicológica*, 6(1), 2286-2301.
- Beramendi, M., Sosa, F., & Zubieta, E. (2012). Anomia y percepción de control en el contexto argentino. *Psicología Política*, (45), 43-60.
- Beramendi, M. R., & Zubieta, E. M. (2015). Un estudio exploratorio sobre la relación entre la legitimidad institucional y la transgresión normativa en Argentina. *Ciencias Psicológicas*, 9(1), 15-26.
- Bermúdez, M. N., Savino, L. D., & Zenklussen, L. A. (2004). Representaciones sobre democracia y participación en la juventud de la ciudad de Córdoba. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Jujuy*, (22), 129-150
- Bernardes de Moraes, T. P., Motttinha Santos, R., & da Silva Torrecillas, G. L. (2014). Qualidade democrática, percepção de corrupção e confiança política na América Latina. *Revista do Instituto do Direito Brasileiro*, 3(7), 5129-5152
- Birch, A. H. (2007). Chapter 7: Democracy. En A.H. Birch. *Concepts and theories of modern democracy* (pp. 109-132). Nueva York: Routledge.

- Bjarnason, T. & Merton, R. (2009). Anomie among European adolescents: Conceptual and empirical clarification of a multilevel sociological concept. *Sociological Forum*, 24(1), pp. 135-161).
- Blader, S.L; Tyler, T.R. (2009). Testing and Extending the Group Engagement Model: Linkages Between Social Identity, Procedural Justice, Economic Outcomes, and Extrarole Behavior. *Journal of Applied Psychology*; 94(2), 445-464.
- Blais, A., Morin-Chassé, A., & Singh, S. P. (2017). Election outcomes, legislative representation, and satisfaction with democracy. *Party Politics*, 23(2), 85-95.
- Bohn, S.R. (2012). Corruption in Latin America: The Perception—Exposure Gap. *Journal of Politics in Latin America*, 4(3): 67-95.
- Booth, J. A., & Bayer Richard, P. (2009). Descifrando el capital social en las democracias de América Latina. En L. Heras Gómez & J. A. Booth (eds.), *Perspectivas para la democracia en América Latina*, Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México,
- Booth, J.A. & Seligson, M.A. (2005). Political Legitimacy and Participation in Costa Rica: Evidence of Arena Shopping. *Political Research Quarterly*; 58(4), 537-550.
- Booth, J. A., & Seligson, M. A. (2009). *The legitimacy puzzle in Latin America: Political support and democracy in eight nations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Borre, O. (2000). Critical issues and political alienation in Denmark. *Scandinavian Political Studies*, 23(4), 285-309.
- Borre, O., & Andersen, J. G. (1997). *Voting and political attitudes in Denmark: A study of the 1994 election*. Aarhus: Aarhus Universitetsforlag
- Braithwaite, V. (1998). The value orientations underlying liberalism-conservatism. *Personality and Individual Differences*, 25(3), 575-589.
- Braithwaite, V., Makkai, T., & Pittelkow, Y. (1996). Inglehart's Materialism-Postmaterialism Concept: Clarifying the Dimensionality Debate Through Rokeach's Model of Social Values. *Journal of Applied Social Psychology*, 26(17), 1536-1555.
- Brandt, M. J. (2013). Do the disadvantaged legitimize the social system? A large-scale test of the status–legitimacy hypothesis. *Journal of personality and social psychology*, 104(5), 765.
- Brandt, M. J., & Reyna, C. (2012). The functions of symbolic racism. *Social Justice Research*, 25(1), 41-60.

- Brandt, M. J., Wetherell, G., & Reyna, C. (2014). Liberals and conservatives can show similarities in negativity bias. *Behavioral and Brain Sciences*, 37(3), 307-308.
- Brehm, J., & Rahn, W. (1997). Individual-level evidence for the causes and consequences of social capital. *American journal of political science*, 41(03)999-1023.
- Bromley, C. & Curtice, J. (2004). Are non-voters cynics anyway? *Journal of Public Affairs*, 4(4), 328-337.
- Bruno, D., & Barreiro, A. (2015). La representación social de la democracia de adolescentes argentinos. *Escritos de Psicología*, 8(3), 33-40.
- Brussino, S., Alonso, D., & Imhoff, D. (2015). Dimensiones culturales, afectivas y cognitivas del comportamiento de voto al kirchnerismo. *Revista Psicología & Sociedade*, 27(2), 351-361
- Brussino, S., Alonso, D., & Dreizik, M. (2013). Psicología Política del Comportamiento de Voto: la elección presidencial 2011 en Argentina. *Revista Psicología Política*, 13(28), 453-470.
- Brussino, S., Imhoff, D., & Alonso, D. (2016). Posicionamientos ideológicos de quienes se ubican en el "centro" o "no poseen ideología". *Quaderns de Psicologia*, 18(1), 107-118.
- Brussino, S.; Imhoff, D.; Paz García, A.P.; Dreizik, M. & Rabbia, H.H. (2016). ¿Qué Son la Izquierda y la Derecha en Argentina? Esquemas Cognitivos de Ciudadanos Cordobeses. *Temas em Psicologia*, 24(4), 1249-1264.
- Brussino, S., Imhoff, D., Rabbia, H. H., & Paz Garcia, A. P. (2013). Ideología política en torno a issues y valores sociales: un estudio correlacional en ciudadanos de Córdoba/Argentina. *América Latina Hoy*, 65, 161-182
- Brussino, S. A., Rabbia, H. H., Imhoff, D., & García, A. P. P. (2011). Dimensión operativa de la ideología política en ciudadanos de Córdoba. *Psicología Política*, (43), 85-106.
- Brussino, S., Rabbia, H. H., & Sorribas, P. (2009). Perfiles sociocognitivos de la participación política de los jóvenes. *Interamerican Journal of Psychology*, 43(2), 279-287.
- Brussino, S., Sorribas, P., & Medrano, L. (2008). Características psicométricas de la medición del conocimiento político. *Revista Iberoamericana de diagnóstico y evaluación psicológica*, 25(1), 179-192.
- Brussino, S., Sorribas, P., Rabbia, H., & Medrano, L. (2006). *Informe investigación*. Córdoba, España: Universidad Nacional de Córdoba.

- Caldeira, G. A., & Gibson, J. L. (1992). The etiology of public support for the Supreme Court. *American journal of political science*, 36(3), 635-664.
- Campbell, R. (2015). Winners, losers and the Grand Coalition: Political satisfaction in the Federal Republic of Germany. *International Political Science Review*, 36(2), 168-184.
- Canache, D., Mondak, J. J., & Seligson, M. A. (2001). Meaning and measurement in cross-national research on satisfaction with democracy. *Public Opinion Quarterly*, 65(4), 506-528.
- Cárdenas, M., Páez, D., Arnoso, M., & Rimé, B. (2013). Percepción del clima socioemocional y la confianza institucional en víctimas de violencia política: Valoración del impacto de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. *Psykhé (Santiago)*, 22(2), 111-127.
- Cárdenas, M., Parra, L., Picón, J., Pineda, H., & Rojas, R. (2007). Las representaciones sociales de la política y la democracia. *Ultima década*, 15(26), 53-78.
- Caricati, L., & Lorenzi-Cioldi, F. (2012). Does status matter? Testing hypotheses from strong form of system justification theory. *Revue internationale de psychologie sociale*, 25(1), 67-95.
- Carrasquero, J. V., Varnagy, D., & Welsch, F. (2003). Cultura política, capital social y calidad de la democracia en Venezuela: un análisis comparado. *Politeia*, (30), 95-117
- Carreras, M. (2014). Political knowledge and the quality of democratic citizenship in Latin America. Unpublished manuscript, Department of Political Science, University of Pittsburgh, PA.
- Carvacho, H., & Haye, A. (2008). Configuración ideológica y estructura social: resucitando el tema desde la psicología política. *Revista de Psicología*, 17(2), 81-94
- Castelli, L., & Carraro, L. (2011). Ideology is related to basic cognitive processes involved in attitude formation. *Journal of Experimental Social Psychology*, 47(5), 1013-1016.
- Castorina, J. A., Barreiro, A. & Toscano, A. G. (2005). Dos versiones del sentido común: las teorías implícitas y las representaciones sociales. En J.A. Castorina (coord.). *Construcción conceptual y representaciones sociales. El conocimiento de la sociedad* (pp. 205-238). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Castro Solano, A., & Nader, M. (2006). La evaluación de los valores humanos con el Portrait Values Questionnaire de Schwartz. *Interdisciplinaria*, 23(2), 155-174.

- Catterberg, G., & Moreno, A. (2006). The individual bases of political trust: Trends in new and established democracies. *International Journal of Public Opinion Research*, 18(1), 31-48.
- Chen, D. (2017). Local Distrust and Regime Support: Sources and Effects of Political Trust in China. *Political Research Quarterly*, 70(2), 314-326.
- Cho, Y. (2014). To know democracy is to love it: A cross-national analysis of democratic understanding and political support for democracy. *Political Research Quarterly*, 67(3), 478-488.
- Chong, A., De La O, A. L., Karlan, D., & Wantchekon, L. (2014). Does corruption information inspire the fight or quash the hope? A field experiment in Mexico on voter turnout, choice, and party identification. *The Journal of Politics*, 77(1), 55-71.
- Christensen, T., & Læg Reid, P. (2003, September). Trust in government—the significance of modernism, political cynicism and integration. Trabajo presentado en *EGPA Annual Conference, Workshop on Quality, Satisfaction, and Trust in Government: Reassessing Trust in a Reinvented Government*.
- Cichocka, A. & Jost, J. T. (2014). Stripped of illusions? Exploring system justification processes in capitalist and post-Communist societies. *International Journal of Psychology*, 49(1), 6–29.
- Ciobanu, M. (Agosto, 2005). Theoretical and historical dimensions of the concept of Political Legitimacy: lessons from socialist and post-socialist societies. Trabajo presentado en annual meeting of the American Sociological Association, Philadelphia, PA, Aug 12, 2005.
- Clarke, H. D., Dutt, N., & Kornberg, A. (1993). The political economy of attitudes toward polity and society in Western European democracies. *The Journal of Politics*, 55(4), 998-1021.
- Cohen, M. J., Lupu, N., & Zechmeister, E. J. (2016). The Political Culture of Democracy in the Americas, 2016/17. A comparative study of democracy and governance, *Americas*, 17.
- Colomer, J. M., & Escatel, L. E. (2005). La dimensión izquierda-derecha en América Latina. *Desarrollo Económico*, 44(177), 123-136.
- Colquitt, J. A., Conlon, D. E., Wesson, M. J., Porter, C. O., & Ng, K. Y. (2001). Justice at the millennium: a meta-analytic review of 25 years of organizational justice research. *Journal of applied psychology*, 86(3), 425-445

- Conejero, S., & Etxebarria, I. (2007). The impact of the Madrid bombing on personal emotions, emotional atmosphere and emotional climate. *Journal of social issues, 63*(2), 273-287.
- Conroy-Krutz, J., & Kerr, N. (2015). Dynamics of democratic satisfaction in transitional settings: Evidence from a panel study in Uganda. *Political Research Quarterly, 68*(3), 593-606.
- Corporación Latinobarómetro (2013). *Informe 2013*. Recuperado de: http://www.latinobarometro.org/documentos/LATBD_INFORME_LB_2013.pdf
- Corporación Latinobarómetro (2015). *Informe 1995-2015*. Recuperado de <http://www.latinobarometro.org/latContents.jsp>
- Corporación Latinobarómetro (2016). *Informe 2016*. Recuperado de: <http://www.latinobarometro.org/latContents.jsp>
- Correia, I., Batista, M. T., & Lima, M. L. (2009). Does the belief in a just world bring happiness? Causal relationships among belief in a just world, life satisfaction and mood. *Australian Journal of Psychology, 61*(4), 220-227.
- Craig, S. C., Niemi, R. G., & Silver, G. E. (1990). Political efficacy and trust: A report on the NES pilot study items. *Political behavior, 12*(3), 289-314.
- Crawford, J. T., & Pilanski, J. M. (2014). Political intolerance, right and left. *Political Psychology, 35*(6), 841-851.
- Crawford, J. T., Jussim, L., Cain, T. R., & Cohen, F. (2013). Right-wing authoritarianism and social dominance orientation differentially predict biased evaluations of media reports. *Journal of Applied Social Psychology, 43*(1), 163-174.
- Crow, D. (2010). The party's over: citizen conceptions of democracy and political dissatisfaction in Mexico. *Comparative Politics, 43*(1), 41-61.
- Crowson, H. M., Thoma, S. J., & Hestevold, N. (2005). Is political conservatism synonymous with authoritarianism?. *The Journal of Social Psychology, 145*(5), 571-592.
- Curini, L., Jou, W., & Memoli, V. (2012). Satisfaction with democracy and the winner/loser debate: The role of policy preferences and past experience. *British Journal of Political Science, 42*(2), 241-261.
- Cutler, F., Nuesser, A., & Nyblade, B. (2013, Septiembre). Evaluating the Quality of Democracy with Individual Level models of Satisfaction: Or, a complete model of

satisfaction with democracy. Trabajo presentado en ECPR, *General Conference Sciences Po. Bordeaux* (pp. 4-7).

Dahl, R. (2004). La Democracia. *Posdata*, 10. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-96012004000100002&script=sci_arttext&tlng=es

Dahlberg, S., & Holmberg, S. (2014). Democracy and bureaucracy: How their quality matters for popular satisfaction. *West European Politics*, 37(3), 515-537.

Dahlberg, S., & Linde, J. (2016). Losing Happily? The Mitigating Effect of Democracy and Quality of Government on the Winner-Loser Gap in Political Support. *International Journal of Public Administration*, 39(9), 652-664.

Dahlberg, S., Linde, J., & Holmberg, S. (2015). Democratic discontent in old and new democracies: Assessing the importance of democratic input and governmental output. *Political Studies*, 63(S1), 18-37.

Dahlum, S., & Knutsen, C. H. (2017). Democracy by demand? Reinvestigating the effect of self-expression values on political regime type. *British Journal of Political Science*, 47(2), 437-461.

Dalbert, C. (2009). Belief in a just world. En M.R. Leary y R.H. Hoyle (Eds). *Handbook of individual differences in social behavior* (pp. 288-297). Nueva York: Guilford Press

Dalbert, C., Lipkus, I. M., Sallay, H., & Goch, I. (2001). A just and an unjust world: Structure and validity of different world beliefs. *Personality and Individual Differences*, 30(4), 561-577.

Dalton, R. J. (1984). Cognitive mobilization and partisan dealignment in advanced industrial democracies. *The Journal of Politics*, 46(1), 264-284.

Dalton, R. J. (1996). Democracy and its Citizens: Patterns of Political Change. *UC Irvine: Center for the Study of Democracy*. Recuperado de: <https://escholarship.org/uc/item/9pn25985>

Dalton, R. J. (1999). Political Support in Advanced Industrial Democracies. En P. Norris (ed). *Critical Citizens: global support for democratic governance* (pp.57-77). Oxford: Oxford University.

Dalton, R.J. (2000). Value Change and Democracy. En S. Pharr & R. Putnam (eds.), *Disaffected Democracies* (pp-252-269). Princeton: Princeton University Press.

Dalton, R. J. (2004). *Democratic challenges, democratic choices*. Nueva York: Oxford university press.

- Dalton, R. J. (2007). Partisan mobilization, cognitive mobilization and the changing American electorate. *electoral Studies*, 26(2), 274-286.
- Dalton, R. J. (2017). Political trust in North America. En S. Zmerli & T. Van Der Meer (Eds.). *Handbook on Political Trust* (375-394). Cheltenham: Edward Elgar Publishing.
- Dalton, R. J., Sin, T. C., & Jou, W. (2007). Understanding democracy: Data from unlikely places. *Journal of Democracy*, 18(4), 142-156
- Dalton, R. J., & Welzel, C. (2014). Political culture and value change. En R.J. Dalton & C. Welzel (eds). *The civic culture transformed. From allegiant to assertive citizens* (pp.1-16). Nueva York: Cambridge University Press.
- Dancey, L. (2012). The consequences of political cynicism: How cynicism shapes citizens' reactions to political scandals. *Political Behavior*, 34(3), 411-423.
- Dassonneville, R. (2012). Electoral volatility, political sophistication, trust and efficacy: A study on changes in voter preferences during the Belgian regional elections of 2009. *Acta Politica*, 47(1), 18-41.
- D'Avirro, M. J. (2007). *La construcción de la noción de democracia en jóvenes*. Trabajo presentado en las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- De Cremer, D.; Tyler, T.R. (2007). The effects of trust in authority and Procedural Fairness on Cooperation. *Journal of applied Psychology*; 92(3), 639-649.
- DeLeon, R. E., & Naff, K. C. (2004). Identity politics and local political culture: Some comparative results from the social capital benchmark survey. *Urban Affairs Review*, 39(6), 689-719.
- Delfino, G. I., & Muratori, M. (2011, Noviembre). *Análisis factorial confirmatorio de la escala de valores de Schwartz*. Trabajo presentado en el 3er Congreso Internacional de Investigación. La Plata. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Psicología.
- Delfino, G., & Zubieta, E. (2011a). Interés por la política y preferencias políticas en estudiantes universitarios de la ciudad de Buenos Aires. *Perspectivas en Psicología: Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 8(2), 30-39
- Delfino, G. I., & Zubieta, E. M. (2011b). Valores y política: Análisis del perfil axiológico de los estudiantes universitarios de la ciudad de Buenos Aires (República Argentina). *Interdisciplinaria*, 28(1), 93-114.

- Delgado Sotillos, I. (2015). La satisfacción con la democracia en España: ¿qué efectos genera ganar o perder en elecciones generales? *RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 14(2), 9-32
- Delli Carpini, M. X., & Keeter, S. (1993). Measuring political knowledge: Putting first things first. *American Journal of Political Science*, 37(4), 1179-1206.
- Delli Carpini, M. & Keeter, S. (1996). *What Americans know about politics and why it matters*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Del Tronco, J. (2012). Las causas de la desconfianza política en México. *Perfiles latinoamericanos*, 20(40), 227-251.
- Denters, B.; Gabriel, O. & Torcal, M. (2007). Political Confidence in representative democracies. Social vs. political explanations. En J.W. Van Deth, J.R. Montero & A. Westholm (eds). *Citizenship and Involvement in European Democracies. A Comparative Analysis* (pp.66-87). Nueva York: Routledge.
- De Rivera, J. (1992). Emotional climate: Social structure and emotional dynamics. En KT Strongman (Eds.). *International review of studies on emotions* (pp. 197-218). Nueva York: John Wiley & Sons Ltd
- De Rivera, J., & Páez, D. (2007). Emotional climate, human security, and cultures of peace. *Journal of social issues*, 63(2), 233-253.
- De Vreese, C. H. (2005). The spiral of cynicism reconsidered. *European Journal of communication*, 20(3), 283-301.
- Dimdins, G., Sandgren, M., & Montgomery, H. (2016). Psychological variables underlying political orientations in an old and a new democracy: A comparative study between Sweden and Latvia. *Scandinavian journal of psychology*, 57(5), 437-445.
- Dinerstein, A. C. (2004). Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10(1), 241-269.
- Dirilen-Gumus, O. (2011). Differences in system justification with respect to gender, political conservatism, socio-economic status and religious fundamentalism. *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 30, 2607-2611.
- Doherty, D., & Wolak, J. (2012). When do the ends justify the means? Evaluating procedural fairness. *Political Behavior*, 34(2), 301-323.
- Dogan, M. (2009). Political legitimacy: new criteria and anachronistic theories. *International Social Science Journal*, 60(196), 195-210.

- Donovan, T., & Karp, J. (2017). Electoral rules, corruption, inequality and evaluations of democracy. *European Journal of Political Research*, 56(3), 469-486.
- Doorenspleet, R. (2012). Critical citizens, democratic support and satisfaction in African democracies. *International Political Science Review*, 33(3), 279-300.
- Dowley, K.M & Silver, B.D. (2003). Social Capital, ethnicity and support for democracy in the pos-communist states. En G. Badescu & E.M. Uslaner (eds). *Social Capital and the transition to democracy* (pp.95-119). London: Routledge.
- Downs, A. (1957). An economic theory of political action in a democracy. *Journal of political economy*, 65(2), 135-150.
- Duarte Moller, A., & Jaramillo Cardona, M. C. (2009). Cultura política, participación ciudadana y consolidación democrática en México. *Espiral (Guadalajara)*, 16(46), 137-171.
- Duch, R. M., & Gibson, J. L. (1992). "Putting Up With" Fascists in Western Europe: a Comparative, Cross-Level Analysis of Political Tolerance. *Western Political Quarterly*, 45(1), 237-273.
- Duckitt, J. (2006). Differential effects of right wing authoritarianism and social dominance orientation on outgroup attitudes and their mediation by threat from and competitiveness to outgroups. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 32(5), 684-696.
- Duckitt, J., & Bizumic, B. (2013). Multidimensionality of right-wing authoritarian attitudes: Authoritarianism-conservatism-traditionalism. *Political Psychology*, 34(6), 841-862.
- Duckitt, J., & Sibley, C. G. (2007). Right wing authoritarianism, social dominance orientation and the dimensions of generalized prejudice. *European Journal of Personality*, 21(2), 113-130.
- Duckitt, J., & Sibley, C. G. (2010). Personality, ideology, prejudice, and politics: A dual-process motivational model. *Journal of personality*, 78(6), 1861-1894
- Duriez, B., Van Hiel, A., & Kossowska, M. (2005). Authoritarianism and social dominance in Western and Eastern Europe: The importance of the sociopolitical context and of political interest and involvement. *Political Psychology*, 26(2), 299-320.
- Durkheim, E. (1928). *El suicidio*. Madrid, España: Reus.
- Easton, D. (1975). A Re-Assessment of the Concept of Political Support. *British Journal of Political Science*, 5(4), 435-457.

- Easton, D., & Dennis, J. (1967). The child's acquisition of regime norms: Political efficacy. *American Political Science Review*, *61*(1), 25-38.
- Echebarría, A., & Álvarez, J. (1996). Representaciones sociales de la democracia y el sistema electoral: estudio comparativo entre México y el País Vasco. *Revista de psicología social*, *11*(1), 47-69.
- Eckart, D. R., & Durand, R. (1975). The effect of context in measuring anomia. *The Public Opinion Quarterly*, *39*(2), 199-206.
- Eckstein, H. (1988). A culturalist theory of political change. *American Political Science Review*, *82*(3), 789-804.
- Eidelman, S., Crandall, C. S., Goodman, J. A., & Blanchard, J. C. (2012). Low-effort thought promotes political conservatism. *Personality and Social Psychology Bulletin*, *38*(6), 808-820.
- Ellis, C., & Stimson, J. (2005, Abril). Operational and symbolic ideology in the American Electorate: the paradox revisited. Trabajo presentado en *Annual Meeting of the Midwest Political Science Association*, Chicago, IL.
- Epstein, L. M., Goff, P. A., Huo, Y. J., & Wong, L. H. (2013). A taste for justice: Unpacking identity politics in a nascent democracy. *Political Psychology*, *34*(5), 779-789.
- Elizalde, A. (2001). Democracia representativa y democracia participativa. *Interações, Revista internacional de desenvolvimento local*, *1*(2), 27-36.
- Erlingsson, G. Ó., Linde, J., & Öhrvall, R. (2014). Not so fair after all? Perceptions of procedural fairness and satisfaction with democracy in the nordic welfare states. *International Journal of Public Administration*, *37*(2), 106-119.
- Espinosa, A., & Córdova, C. (2013). Autoritarismo, actitudes políticas y participación política. *Cuadernos de Investigación, N°3, Instituto de Opinión Pública de la Pontificia Universidad Católica del Perú*.
- Espinosa, A., Pacheco, M., János, E., & Páez, D. (2016). Relaciones entre el clima socio-emocional y la identidad nacional peruana en estudiantes universitarios limeños. *Límite*, *11*(37), 56-65
- Etchezahar, E., Cervone, N., Biglieri, J., & Quattrocchi, P. (2011). Adaptación y validación de la versión reducida de la escala de autoritarismo de derechas (RWA) al contexto argentino. *Anuario de investigaciones*, *18*, 237-242.

- Etchezahar, E., Prado-Gascó, V., Jaume, L., & Brussino, S. (2014). Validación argentina de la Escala de Orientación a la Dominancia Social. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 46(1), 35-43.
- Etzioni, A. (2011). On Communitarian and Global sources of Legitimacy. *The review of politics*; 73, 105-122.
- Farnsworth, S. J. (2003). Congress and citizen discontent: Public evaluations of the membership and one's own representative. *American Politics Research*, 31(1), 66-80.
- Feldman, S. (2017). Authoritarianism, threat, and intolerance. En E. Borgida, C. Federico, & J. Miller (eds.). *The forefront of political psychology: Essays in honor of John L. Sullivan*. New York, NY, USA: Routledge.
- Feldman, S., & Johnston, C. (2014). Understanding the determinants of political ideology: Implications of structural complexity. *Political Psychology*, 35(3), 337-358.
- Feygina, I., Jost, J. T., & Goldsmith, R. E. (2011). Justificación del Sistema y negación de los problemas ambientales: prospecto para un cambio" avalado por el Sistema". *Psicología Política*, (43), 37-64.
- Finkel, S. E. (1985). Reciprocal effects of participation and political efficacy: A panel analysis. *American Journal of political science*, 29(4), 891-913.
- Finkel, S. E. (1987). The effects of participation on political efficacy and political support: Evidence from a West German panel. *The Journal of Politics*, 49(2), 441-464.
- Finkel, S. E., & Smith, A. E. (2011). Civic education, political discussion, and the social transmission of democratic knowledge and values in a new democracy: Kenya 2002. *American Journal of Political Science*, 55(2), 417-435.
- Fischer, J. (2011). Living under the 'right' government: does political ideology matter to trust in political institutions? An analysis for OECD countries. *Munich Personal RePEc Archive*, Paper No. 33344,
- Fischer, R., Hanke, K., & Sibley, C. G. (2012). Cultural and institutional determinants of social dominance orientation: A cross-cultural meta-analysis of 27 societies. *Political Psychology*, 33(4), 437-467.
- Freedom House (2018). *Freedom in The World. 2018. Highlights from Freedom House's annual report on political rights and civil liberties*. Recuperado de: https://freedomhouse.org/sites/default/files/FH_FITW_Report_2018_Final_SinglePage.pdf

- Frimer, J. A., Gaucher, D., & Schaefer, N. K. (2014). Political conservatives' affinity for obedience to authority is loyal, not blind. *Personality and Social Psychology Bulletin, 40*(9), 1205-1214.
- Fuks, M., Casalecchi, G. A., & Araújo, M. M. (2017). Are dissatisfied democrats critical? Reevaluating the concept of the critical citizen. *Opinião Pública, 23*(2), 316-333.
- Friedman, D., & Hechter, M. (1988). The contribution of rational choice theory to macrosociological research. *Sociological theory, 6*(2), 201-218.
- Fritsche, I., Jonas, E., & Kessler, T. (2011). Collective reactions to threat: Implications for intergroup conflict and for solving societal crises. *Social Issues and Policy Review, 5*(1), 101-136.
- Fu, H., Mou, Y., Miller, M. J., & Jalette, G. (2011). Reconsidering political cynicism and political involvement: A test of antecedents. *American Communication Journal, 13*(2), 44-61.
- Gabriel, O.W. (1998). Political Efficacy and Trust. En J. W. Van Deth & E. Scarbrough (Eds). *The Impact of Values. Beliefs in government Volume Four* (pp. 357-389). Oxford: Oxford University Press.
- Gabriel, O.W. & Van Deth, J.W. (1998). Political Interest. En J. W. Van Deth & E. Scarbrough (Eds). *The Impact of Values. Beliefs in government Volume Four*. Oxford: Oxford University Press.
- Galston, W. A. (2001). Political knowledge, political engagement, and civic education. *Annual Review of Political Science, 4*, 217-234
- Gangl, A. (2003). Procedural justice theory and evaluations of the lawmaking process. *Political Behavior, 25*(2), 119-149.
- García Mazzieri, S. N. (2011). *Clima Social Emocional y criterios de Bienestar Psicosocial*. Trabajo presentado en el III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.
- Gatica, L., Martini, J. P., Dreizik, M., & Imhoff, D. (2017). Predictores psicosociales y psicopolíticos de la justificación de la desigualdad social. *Revista de Psicología (PUCP), 35*(1), 279-310.

- Geissel, B. (2008). Reflections and findings on the critical citizen: Civic education—What for? *European journal of political research*, 47(1), 34-63.
- Genov, N. (1998). Transformation and anomie: Problems of quality of life in Bulgaria. *Social Indicators Research*, 43(1-2), 197-209.
- Gerbasi, F. (2015). La democracia en la América Latina. *Pizarrón Latinoamericano: Realidad y Contexto de América Latina*, 1(1), 27-36
- Gibson, J.L. (1991). Institutional Legitimacy, Procedural Justice and Compliance with Supreme Court decisions: a Question of Causality. *Law and Society Review*. 25(3), 631-636.
- Gibson, J. L. (2007). The legitimacy of the US Supreme Court in a polarized polity. *Journal of empirical legal studies*, 4(3), 507-538.
- Gibson, J. L. (2009). "New-style" judicial campaigns and the legitimacy of state high courts. *The Journal of Politics*, 71(4), 1285-1304.
- Gibson, J. L., & Caldeira, G. A. (1993). The European Court of Justice: A Question of Legitimacy. *Zeitschrift für Rechtssoziologie*, 14(2), 204-222.
- Caldeira, G. A., & Gibson, J. L. (1995). The legitimacy of the Court of Justice in the European Union: Models of institutional support. *American Political Science Review*, 89(2), 356-376.
- Gibson, J.L. & Caldeira, G.A. (2005). Why People accept Public Policies They Oppose? Testing Legitimacy Theory with a Survey-Based Experiment. *Political Research Quarterly*; 58(2), 187-201.
- Gibson, J. L., & Caldeira, G. A. (2009). Knowing the Supreme Court? A reconsideration of public ignorance of the high court. *The Journal of Politics*, 71(2), 429-441.
- Gibson, J.L; Caldeira, G.A. & Spence, L.K. (2003a). Measuring Attitudes toward the United States Supreme Court. *American Journal of Political Science*; 42(2), 354-367.
- Gibson, J. L., Caldeira, G. A., & Spence, L. K. (2003b). The Supreme Court and the US presidential election of 2000: Wounds, self-inflicted or otherwise? *British Journal of Political Science*, 33(4), 535-556.
- Gibson, J. L., & Duch, R. M. (1994). Postmaterialism and the emerging Soviet democracy. *Political Research Quarterly*, 47(1), 5-39.
- Gibson, R. K., & McAllister, I. (2015). New media, elections and the political knowledge gap in Australia. *Journal of Sociology*, 51(2), 337-353.

- Godbout, J. F., & Bélanger, É. (2007). Economic voting and political sophistication in the United States: A reassessment. *Political Research Quarterly*, 60(3), 541-554.
- Godefroidt, A., Langer, A., & Meuleman, B. (2017). Developing political trust in a developing country: the impact of institutional and cultural factors on political trust in Ghana. *Democratization*, 24(6), 906-928.
- Golder, M., & Stramski, J. (2010). Ideological congruence and electoral institutions. *American Journal of Political Science*, 54(1), 90-106.
- Gómez, B. T., & Wilson, J. M. (2007). Economic voting and political sophistication: Defending heterogeneous attribution. *Political Research Quarterly*, 60(3), 555-558.
- González-Aguilar, F. (2016). Representaciones sociales de la democracia en estudiantes universitarios: avances y claves conceptuales. *Revista Mexicana de Orientación Educativa*, 13(31), 12-20
- González, R., Manzi, J., Cortés, F., Torres, D., De Tezanos, P., Aldunate, N., Aravena, M.T. & Saíz, J. L. (2005). Identidad y actitudes políticas en jóvenes universitarios: el desencanto de los que no se identifican políticamente. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 25(2), 65-90.
- González, R. S., & Oliveira de Castro, H. D. (2007). Democracia participativa desarrollo y capital social. *Política. Revista de Ciencia Política*, 48, 105-121
- Gonzalo, E. & Requejo, F. (1999). Las Democracias. En M. Caminal Badía (Ed). *Manual de Ciencia Política* (pp. 179-235). Madrid: Tecnos.
- Gouveia, V. V., Pimentel, C. E., de Miranda Coelho, J. A. P., Maynard, V. A. P., & dos Santos Mendonça, T. (2010). Validade fatorial confirmatória e consistência interna da Escala Global de Crenças no Mundo Justo-GJWS. *Interação em Psicologia*, 14(1), 21-29
- Greene, C., Sprott, J. B., Madon, N. S., & Jung, M. (2010). Punishing processes in youth court: Procedural justice, court atmosphere and youths' views of the legitimacy of the justice system. *Canadian Journal of Criminology and Criminal Justice*, 52(5), 527-544.
- Grigera, A.; Pascale, B.G. & Alsina, R. (2015, Agosto). La sociedad frente al espejo. Algunos elementos para pensar la democracia desde el capital social. Trabajo presentado en el XII Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

- Grimes, M. (2006). Organizing consent: The role of procedural fairness in political trust and compliance. *European Journal of Political Research*, 45(2), 285-315.
- Hahn, C. (1999) Citizenship Education: an empirical study of policy, practices and outcomes. *Oxford Review of Education*, 5(1-2), 231-250.
- Hair, J.F., Anderson, R.E., Tatham, R.L. & Black, W.C. (1999). *Análisis Multivariante*. Madrid: Prentice Hall Iberia.
- Hakhverdian, A., & Mayne, Q. (2012). Institutional trust, education, and corruption: A micro-macro interactive approach. *The Journal of Politics*, 74(3), 739-750.
- Hall, J. P. (2014). Effects of Political Knowledge on Political Tolerance. *Journal of Political Science Education*, 14(1), 104-122.
- Hanson, G., Haridakis, P. M., Cunningham, A. W., Sharma, R., & Ponder, J. D. (2010). The 2008 presidential campaign: Political cynicism in the age of Facebook, MySpace, and YouTube. *Mass Communication and Society*, 13(5), 584-607.
- Hardin, C. D., & Higgins, E. T. (1996). Shared reality: How social verification makes the subjective objective. In E. T. Higgins & R. M. Sorrentino (Eds.), *Handbook of Motivation and Cognition: The Interpersonal Context*, 3, (pp. 28-84). New York: Guilford Press.
- Haye, A., Carvacho, H., González, R., Manzi, J., & Segovia, C. (2009). Relación entre orientación política y condición socioeconómica en la cultura política chilena: una aproximación desde la psicología política. *Polis (Santiago)*, 8(23), 351-384.
- Heaven, P. C., & Connors, J. R. (2001). A note on the value correlates of social dominance orientation and right-wing authoritarianism. *Personality and Individual Differences*, 31(6), 925-930.
- Hegtvedt, K. A., Clay-Warner, J., & Johnson, C. (2003). The social context of responses to injustice: Considering the indirect and direct effects of group-level factors. *Social Justice Research*, 16(4), 343-366.
- Hegtvedt, K. A., & Johnson, C. (2000). Justice beyond the individual: A future with legitimation. *Social Psychology Quarterly*, 63(4), 298-311.
- Henry, P. J., & Saul, A. (2006). The development of system justification in the developing world. *Social Justice Research*, 19(3), 365-378.

- Hennes, E. P., Nam, H. H., Stern, C., & Jost, J. T. (2012). Not all ideologies are created equal: Epistemic, existential, and relational needs predict system-justifying attitudes. *Social Cognition, 30*(6), 669-688.
- Heydari, A., Teymoori, A., Haghish, E. F., & Mohamadi, B. (2014). Influential factors on ethnocentrism: The effect of socioeconomic status, anomie, and authoritarianism. *Social Science Information, 53*(2), 240-254.
- Hibbing, J. R., Smith, K. B., & Alford, J. R. (2014). Differences in negativity bias underlie variations in political ideology. *Behavioral and Brain Sciences, 37*(3), 297-307.
- Hind, L., & Murphy, K. (2007). Public satisfaction with police: Using procedural justice to improve police legitimacy. *Australian & New Zealand Journal of Criminology, 40*(1), 27-42.
- Hinz, A., Brähler, E., Schmidt, P., & Albani, C. (2005). Investigating the circumplex structure of the Portrait Values Questionnaire (PVQ). *Journal of Individual Differences, 26*(4), 185-193.
- Hirsh, J. B., DeYoung, C. G., Xu, X., & Peterson, J. B. (2010). Compassionate liberals and polite conservatives: Associations of agreeableness with political ideology and moral values. *Personality and Social Psychology Bulletin, 36*(5), 655-664.
- Hirsh, J. B., Walberg, M. D., & Peterson, J. B. (2013). Spiritual liberals and religious conservatives. *Social Psychological and Personality Science, 4*(1), 14-20.
- Ho, A. K., Sidanius, J., Pratto, F., Levin, S., Thomsen, L., Kteily, N., & Sheehy-Skeffington, J. (2012). Social dominance orientation: Revisiting the structure and function of a variable predicting social and political attitudes. *Personality and Social Psychology Bulletin, 38*(5), 583-606.
- Hollander-Blumoff, R. (2011). The psychology of procedural justice in the federal courts. *Hastings LJ, 63*, 127-178
- Hu, L., & Bentler, P. M. (1995). Evaluating model fit. En R.H. Hoyle (Ed.) *Structural equation modeling: concepts, issues and applications* (pp.76-99). Thousand Oaks, CA: Sage
- Huntington, S. P. (1991). Democracy's third wave. *Journal of democracy, 2*(2), 12-34.
- Huschka, D., & Mau, S. (2005). Aspects of Quality of Life. Social Anomie in South Africa. *Discussion Papers, Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung. WZB. Berlin.*

- Ikeda, K. I., Kobayashi, T., & Hoshimoto, M. (2008). Does political participation make a difference? The relationship between political choice, civic engagement and political efficacy. *Electoral Studies*, 27(1), 77-88.
- Imhoff, D., & Brussino, S. (2013). Estudio Exploratorio de las Características Psicométricas del Portrait Values Questionnaire en el Contexto de Córdoba-Argentina. *Revista colombiana de psicología*, 22(1), 135-149.
- Inglehart, R. (1979). Value priorities and socioeconomic change. En S. H. Barnes & M. Kaase (Eds.), *Political action; Mass participation in five Western democracies* (pp. 305-342). London: Sage.
- Inglehart, R. (1988). The renaissance of political culture. *American political science review*, 82(4), 1203-1230.
- Inglehart, R. (1990). *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, R. (1997). *Modernization and postmodernization*. Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, R. (1999). Posmodernization Erodes Respect for authority but increases support for democracy. En P. Norris (ed). *Critical Citizens. Global Support for democratic government* (pp-236-256). Nueva York: Oxford University Press.
- Inglehart, R. (2000). Globalization and postmodern values. *Washington Quarterly*, 23(1), 215-228.
- Inglehart, R. (2003). How solid is mass support for democracy—and how can we measure it?. *Political Science and Politics*, 36(01), 51-57
- Inglehart, R. (2007). Mapping Global Values. En Y. Esmer & T. Pettersson (eds). *Measuring and Mapping Cultures: 25 Years of Comparative Value Surveys* (pp.115-136). Leiden: Brill.
- Inglehart, R.; Basañez, M. & Moreno, A. (1998). *Human values and beliefs: a cross-cultural sourcebook: political, religious, sexual, and economic norms in 43 societies*. Ann Harbor: University of Michigan Press
- Inglehart, R., & Flanagan, S. C. (1987). Value change in industrial societies. *American Political Science Review*, 81(4), 1289-1319.
- Inglehart, R., & Welzel, C. (2003). Political culture and democracy: Analyzing cross-level linkages. *Comparative Politics*, 36(1), 61-79.

- Inglehart, R., & Welzel, C. (2005). *Modernization, cultural change, and democracy: The human development sequence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Inglehart, R., & Welzel, C. (2010). Changing mass priorities: The link between modernization and democracy. *Perspectives on Politics, 8*(2), 551-567.
- Iyengar, S. (1980). Subjective political efficacy as a measure of diffuse support. *The Public Opinion Quarterly, 44*(2), 249-256.
- Janos, E., Espinosa, A., & Pacheco, M. (2018). Bases Ideológicas de la Percepción del Sistema Normativo y el Cinismo Político en Adultos de Sectores Urbanos del Perú. *Psyche, 27*(1), 1-14.
- Jaume, L., & Etchezahar, E. (2013). La justificación del sistema: diferencias teórico conceptuales entre la perspectiva sociológica y psicológica. Trabajo presentado en las *X Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Jiménez Cabrera, E. (1992). *El modelo neoliberal en América Central. El caso de Panamá*. San José: CEDAL/Friedrich Ebert Stiftung.
- Johnson, I. (2005). Political trust in societies under transformation: A comparative analysis of Poland and Ukraine. *International Journal of Sociology, 35*(2), 63-84.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici. *Psicología Social II*. Buenos Aires: Paidós.
- Jodelet, D. (2011). Returning to past features of Serge Moscovici's theory to feed the future. *Papers on Social Representations, 20*, 39.1-39.11
- Jorge, J. E. (2015). La cultura política argentina: una radiografía. *Question, 1*(48), 372-403
- Joslyn, M. R., & Cigler, A. (2001). Group involvement and democratic orientations: Social capital in the postelection context. *Social Science Quarterly, 82*(2), 357-368.
- Jost, J. T. (2006). The end of the end of ideology, *American Psychologist, 61*(7), 651-670.
- Jost, J. T. (2009). "Elective affinities": On the psychological bases of left-right differences. *Psychological Inquiry, 20*(2-3), 129-141.
- Jost, J. T. (2017a). Asymmetries abound: Ideological differences in emotion, partisanship, motivated reasoning, social network structure, and political trust. *Journal of Consumer Psychology, 27*(4), 546-553.

- Jost, J. T. (2017b). The marketplace of ideology: "Elective affinities" in political psychology and their implications for consumer behavior. *Journal of Consumer Psychology, 27*(4), 502-520.
- Jost, J. T. (2017c). Ideological asymmetries and the essence of political psychology. *Political psychology, 38*(2), 167-208.
- Jost, J. T., & Amodio, D. M. (2012). Political ideology as motivated social cognition: Behavioral and neuroscientific evidence. *Motivation and Emotion, 36*(1), 55-64.
- Jost, J. T., & Banaji, M. R. (1994). The role of stereotyping in system-justification and the production of false consciousness. *British journal of social psychology, 33*(1), 1-27.
- Jost, J. T., Banaji, M. R., & Nosek, B. A. (2004). A decade of system justification theory: Accumulated evidence of conscious and unconscious bolstering of the status quo. *Political psychology, 25*(6), 881-919.
- Jost, J. T., & Burgess, D. (2000). Attitudinal ambivalence and the conflict between group and system justification motives in low status groups. *Personality and Social Psychology Bulletin, 26*(3), 293-305.
- Jost, J. T., Glaser, J., Kruglanski, A. W., & Sulloway, F. J. (2003). Political conservatism as motivated social cognition. *Psychological Bulletin, 129*(3), 339-375.
- Jost, J. T., Hawkins, C. B., Nosek, B. A., Hennes, E. P., Stern, C., Gosling, S. D., & Graham, J. (2013). Creencia en un Dios justo: La religión como una forma de justificación del Sistema. *Psicología Política, (47)*, 55-89.
- Jost, J., & Hunyady, O. (2003). The psychology of system justification and the palliative function of ideology. *European review of social psychology, 13*(1), 111-153.
- Jost, J. T., & Hunyady, O. (2005). Antecedents and consequences of system-justifying ideologies. *Current directions in psychological science, 14*(5), 260-265.
- Jost, J. T., Kay, A. C., & Thorisdottir, H. (2009). *Social and psychological bases of ideology and system justification*. Oxford: Oxford University Press.
- Jost, J. T., Krochik, M., Gaucher, D., & Hennes, E. P. (2009). Can a psychological theory of ideological differences explain contextual variability in the contents of political attitudes?. *Psychological Inquiry, 20*(2-3), 183-188.
- Jost, J. T., Langer, M., Badaan, V., Azevedo, F., Etchezahar, E., Ungaretti, J., & Hennes, E. P. (2017). Ideology and the limits of self-interest: System justification motivation and

conservative advantages in mass politics. *Translational Issues in Psychological Science*, 3(3), 1-26

Jost, J. T., Ledgerwood, A., & Hardin, C. D. (2008). Shared reality, system justification, and the relational basis of ideological beliefs. *Social and Personality Psychology Compass*, 2(1), 171-186.

Jost, J. T., Liviatan, I., van der Toorn, J., Ledgerwood, A., Mandisodza, A., & Nosek, B. A. (2010). System justification: How do we know it's motivated? En D. R. Bobocel, A. C. Kay, M. P. Zanna, & J. M. Olson (Eds.), *Ontario symposium on personality and social psychology: Vol. 11. The psychology of justice and legitimacy* (pp. 173-203). New York, NY, US: Psychology Press.

Jost, J. T., & Major, B. (Eds.). (2001). *The psychology of legitimacy: Emerging perspectives on ideology, justice, and intergroup relations*. Cambridge: Cambridge University Press.

Jost, J. T., Napier, J. L., Thorisdottir, H., Gosling, S. D., Palfai, T. P., & Ostafin, B. (2007). Are needs to manage uncertainty and threat associated with political conservatism or ideological extremity? *Personality and social psychology bulletin*, 33(7), 989-1007.

Jost, J. T., Nosek, B. A., & Gosling, S. D. (2008). Ideology: Its resurgence in social, personality, and political psychology. *Perspectives on Psychological Science*, 3(2), 126-136.

Jost, J. T., Pelham, B. W., Sheldon, O., & Sullivan, B. (2003). Social inequality and the reduction of ideological dissonance on behalf of the system: Evidence of enhanced system justification among the disadvantaged. *European journal of social psychology*, 33(1), 13-36.

Jost, J. T., Stern, C., Rule, N. O., & Sterling, J. (2017). The politics of fear: is there an ideological asymmetry in existential motivation? *Social cognition*, 35(4), 324-353.

Jost, J. T., & Thompson, E. P. (2000). Group-based dominance and opposition to equality as independent predictors of self-esteem, ethnocentrism, and social policy attitudes among African Americans and European Americans. *Journal of Experimental Social Psychology*, 36(3), 209-232.

Jugert, P., & Duckitt, J. (2009). A motivational model of authoritarianism: Integrating personal and situational determinants. *Political Psychology*, 30(5), 693-719.

Kaase, M., & Newton, K. (1995). *Beliefs in government* (Vol. 5). Oxford: OUP Oxford.

- Katz, G., & Levin, I. (2017). Varieties of political support in emerging democracies: A cross-national analysis. *Social Science Research*, 70, 55-70.
- Kelemen, L., Szabó, Z. P., Mészáros, N. Z., László, J., & Forgas, J. P. (2014). Social cognition and democracy: The relationship between system justification, just world beliefs, authoritarianism, need for closure, and need for cognition in Hungary. *Journal of Social and Political Psychology*, 2(1), 197-219.
- Kelman, H. C. (1969). Patterns of personal involvement in the national system: a social-psychological analysis of political legitimacy. En J. N. Rosenau (ed). *International politics and foreign policy: a reader in research and theory (Review Edition)* (pp. 276-288). New York: The Free press.
- Kelman, H.C. (2001). Reflections on social and psychological processes of legitimation and delegitimation. En J.T. Jost & B. Major (Eds). *The Psychology of legitimacy, Emerging perspectives on ideology, justice, and intergroup relations* (pp. 54-75). Cambridge; Cambridge University Press.
- Kemmelmeier, M. (2008). Is there a relationship between political orientation and cognitive ability? A test of three hypotheses in two studies. *Personality and Individual Differences*, 45(8), 767-772.
- Kershaw, T. S., & Alexander, S. (2003). Procedural fairness, blame attributions, and presidential leadership. *Social Justice Research*, 16(1), 79-93.
- Kim, M. (2009). Cross-National Analyses of Satisfaction with Democracy and Ideological Congruence. *Journal of Elections, Public Opinion and Parties*, 19(1), 49-72.
- Kugler, M. B., Cooper, J., & Nosek, B. A. (2010). Group-based dominance and opposition to equality correspond to different psychological motives. *Social Justice Research*, 23(2-3), 117-155.
- Kumlin, S. (2006). Learning from politics? The causal interplay between government performance and political ideology. *Journal of Public Policy*, 26(2), 89-114.
- Kline, R. B. (2011). *Principles and practice of structural equation modeling* (3rd edn). New York: Guilford Press
- Klingemann, H.D.. (1999). Mapping Political Support in the 1990s: A Global Analysis. En P. Norris (ed). *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government*. Oxford: Oxford University Press.

- Klingemann, H.D. (2013). Diatified Democrats. Evidence from old and New Democracies. En R. J. Dalton & C. Welzel (eds.). *The Civic Culture Revisited: From Allegiant to Assertive Citizens*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Klingemann, H.D., & Fuchs, D. (1995). *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- Kluegel, J. R., & Mason, D. S. (2004). Fairness matters: social justice and political legitimacy in post-communist Europe. *Europe-Asia Studies*, 56(6), 813-834.
- Laca Arocena, F. A., Mejía Ceballos, J. C., & Yañez Velasco, C. (2010). Identidad mexicana e interés político: Predictores de bienestar social y anomia. *Acta Universitaria*, 20(2). 40-49.
- Laca Arocena, F. A., Santana Aguilar, H., Ochoa Madrigal, Y., & Mejía Ceballos, J. C. (2011). Percepciones de bienestar social, anomia, interés e impotencia política en relación con las actitudes hacia la democracia. *Liberabit*, 17(1), 7-18.
- Lambert, A. J., Burroughs, T., & Nguyen, T. (1999). Perceptions of risk and the buffering hypothesis: The role of just world beliefs and right-wing authoritarianism. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 25(6), 643-656.
- Laurin, K. (2012). Social disadvantage and the self-regulatory function of justice beliefs (Tesis para optar por el grado de doctor en psicología). University of Waterloo.
- Lavine, H., & Gschwend, T. (2007). Issues, party and character: The moderating role of ideological thinking on candidate evaluation. *British Journal of Political Science*, 37(1), 139-163.
- Lee, H., Randall, G., & Vaught, J. (2015). Los bajos niveles de eficacia externa pueden aumentar mediante esfuerzos gubernamentales para proveer mejores resultados. *Perspectivas desde el Barómetro de las Américas, Vanderbilt University*, 115.
- Lelkes, Y. (2016). Winners, losers, and the press: The relationship between political parallelism and the legitimacy gap. *Political Communication*, 33(4), 523-543.
- Lerner, M. J. (1980). *The belief in a just world*. Nueva York: Springer US.
- Lerner, M. J., & Simmons, C. H. (1966). Observer's reaction to the "innocent victim": Compassion or rejection?. *Journal of Personality and social Psychology*, 4(2), 203-210.
- Levi, M., Sacks, A., & Tyler, T. (2009). Conceptualizing legitimacy, measuring legitimating beliefs. *American Behavioral Scientist*, 53(3), 354-375.

- Levi, M., & Stoker, L. (2000): Political Trust and Trustworthiness; *Annual Review of Political Science*, 3, 475-507
- Levina, J., Mārtinsons, K., & Kline, K. (2016, May). Relations between anomia and values of the inhabitants of the Baltic states. In *Proceedings of the International Scientific Conference*, 1, 431-446.
- Levine, D. H., & Molina, J. E. (2007). La calidad de la democracia en América Latina: una visión comparada. *América Latina Hoy*, 45, 17-46
- Linde, J. (2012). Why feed the hand that bites you? Perceptions of procedural fairness and system support in post-communist democracies. *European Journal of Political Research*, 51(3), 410-434.
- Linde, J., & Erlingsson, G. Ó. (2013). The eroding effect of corruption on system support in Sweden. *Governance*, 26(4), 585-603.
- Lindner, N. M., & Nosek, B. A. (2009). Alienable speech: Ideological variations in the application of free-speech principles. *Political Psychology*, 30(1), 67-92.
- Lipkus, I. (1991). The construction and preliminary validation of a global belief in a just world scale and the exploratory analysis of the multidimensional belief in a just world scale. *Personality and Individual Differences*, 12(11), 1171-1178.
- Lipset, S. M. (1959). Some social requisites of democracy: economic development and political legitimacy. *The American Political Science Review*, 53(1), 69-105.
- Lipset, S.M. (1994). The Social requisites of democracy revisited: 1993 presidential address. *American Sociological Review*, 59(1), 1-22.
- Lisi, M. (2010, Agosto). The consequences of cognitive mobilization in comparative perspective: political sophistication and voting behavior in old and new democracies. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.1664881>
- Lodola, G. & Seligson, B. (2011). *Cultura Política de la Democracia en Argentina, 2010*. America's Barometer, Latin American Public Opinion Project, Vanderbilt University.
- Lodola, G. & Seligson, B. (2013). *Cultura Política de la Democracia en Argentina y en la Américas, 2012: hacia la igualdad de oportunidades*. America's Barometer, Latin American Public Opinion Project, Vanderbilt University.
- López-López, W., Roa, D., Roa, M. A., Correa-Chica, A., Pérez-Durán, C., & Pineda-Marín, C. (2016). El rol de la filiación política en las creencias y discursos legitimadores de la corrupción. *Psychosocial Intervention*, 25(3), 179-186.

- Lovseth, T. (2001, Abril). Corruption and Alienation. Trabajo presentado en ECPR Joint Sessions, Grenoble.
- Lozada, M. (1997). Democracia y representaciones: la cuestión de lo social. *Fermentum*, 7(20), 93-106
- Luskin, R. C. (1987). Measuring political sophistication. *American Journal of Political Science*, 31(4), 856-899.
- Luskin, R. C. (1990). Explaining political sophistication. *Political Behavior*, 12(4), 331-361.
- Lusoli, W., Ward, S., & Gibson, R. (2005). (Re) connecting politics? Parliament, the public and the Internet. *Parliamentary Affairs*, 59(1), 24-42.
- Magalhães, P. C. (2014). Government effectiveness and support for democracy. *European Journal of Political Research*, 53(1), 77-97.
- Magalhães, P. C. (2016). Economic evaluations, procedural fairness, and satisfaction with democracy. *Political Research Quarterly*, 69(3), 522-534.
- Magioglou, T. (2000). *Social representations of democracy; Ideal versus reality. A qualitative study with young people in Greece*. Paris: Maison des Sciences de l'Homme.
- Magré Ferran, J., & Herrera, E. M. (1996). La cultura política. . En M. Caminal Badía (ed). *Manual de ciencia política* (pp-263-287). Madrid: Tecnos
- Mair, P. (2007). ¿Gobernar el vacío. *New Left Review*, 142(1), 22-46.
- Malahy, L. W., Rubinlicht, M. A., & Kaiser, C. R. (2009). Justifying inequality: A cross-temporal investigation of US income disparities and just-world beliefs from 1973 to 2006. *Social Justice Research*, 22(4), 369-383.
- Maldonado, G. (2011). *Desapego político y desafección institucional en México: ¿desafíos para la calidad de la democracia?*. México DF: Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
- Malka, A., Lelkes, Y., Srivastava, S., Cohen, A. B., & Miller, D. T. (2012). The association of religiosity and political conservatism: The role of political engagement. *Political Psychology*, 33(2), 275-299.
- Malkoun, J. (2005). Why We Feel Powerless? How Income, Education and Race Influence Political Alienation within the United States. *Verge: the goucher journal of undergraduate writing*, DOI: doi:10.13016/M2144V
- Mannarini, T., & Legittimo, M. & Taló, C. (2008). Determinants of social and political participation among youth: A preliminary study. *Psicología política*, (36), 95-117.

- Marenco dos Santos, A. (2006). Instituciones o cultura: ¿de qué materia prima está hecha la legitimidad de las nuevas democracias? *Revista Desarrollo y Sociedad*, (58), 261-289.
- Marquez, X. (2016). The irrelevance of legitimacy. *Political Studies*, 64(1) 19-34.
- Markus, A. (2014). *Mapping Social Cohesion. The Scanlon Foundation surveys 2014*. Victoria: ACJC, Faculty of Arts, Monash University.
- Markus, A. (2016). Cultural Diversity: The Australian Social Cohesion Surveys. En F Bean & S. Brown (eds) *Encyclopedia of Migration*. Dordrecht: Springer,
- Marthaler, S. (2008). The paradox of the politically-sophisticated partisan: The French case. *West European Politics*, 31(5), 937-959.
- Mateos Díaz, A. (2011). Satisfacción con el funcionamiento de la democracia: diferencias estatales en México. En S. Martí, I Puig, R. Y. Ortega Ortiz & M. F. Somuano Ventura (coords.). *La democracia en México: un análisis a 10 años de la alternancia* (pp. 163-189). Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Matheson, C. (1987). Weber and the Classification of Forms of Legitimacy. *British Journal of Sociology*, 38(2), 199-215.
- Mauro, S. (2014). Representación política y movilización social en la Argentina postneoliberal (2003-2013). *Política*, 52(1), 171-193.
- Mayne, Q., & Hakhverdian, A. (2017). Ideological congruence and citizen satisfaction: Evidence from 25 advanced democracies. *Comparative Political Studies*, 50(6), 822-849.
- Mazepus, H. (2015, Marzo). *A cross-national study of perceived legitimacy: what factors matter in the evaluation of governments in different political contexts?* Trabajo presentado en ECPR Joint Sessions of Workshops, Warsaw..
- McAllister, I. (1999). The economic performance of governments. En P. Norris (ed). *Critical Citizens. Global Support for democratic government* (pp. 188-203). Nueva York: Oxford University Press.
- McClosky, H., & Schaar, J. H. (1965). Psychological dimensions of anomy. *American sociological review*, 30(1), 14-40.
- McCoy, S. K., Wellman, J. D., Cosley, B., Saslow, L., & Epel, E. (2013). Is the belief in meritocracy palliative for members of low status groups? Evidence for a benefit for self-esteem and physical health via perceived control. *European Journal of Social Psychology*, 43(4), 307-318.

- Memoli, V. (2011). How does political knowledge shape support for democracy? Some research based on the Italian case. *Bulletin of Italian Politics*, 3(1), 79-102.
- Merton, R. (1965). *Teoría y estructuras sociales*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- Michaud, K. E., Carlisle, J. E., & Smith, E. R. (2009). The relationship between cultural values and political ideology, and the role of political knowledge. *Political Psychology*, 30(1), 27-42.
- Michelson, M. R. (2000). Political efficacy and electoral participation of Chicago Latinos. *Social science quarterly*, 81(1), 136-150.
- Mierina, I. (2014). Political alienation and government-society relations in post-communist countries. *Polish Sociological Review*, 1(185), 1-24
- Miklikowska, M. (2012). Psychological underpinnings of democracy: Empathy, authoritarianism, self-esteem, interpersonal trust, normative identity style, and openness to experience as predictors of support for democratic values. *Personality and Individual Differences*, 53(5), 603-608.
- Miller, A. H. (1974). Political issues and trust in government: 1964–1970. *American political science review*, 68(3), 951-972.
- Miller, P. R. (2011). The emotional citizen: Emotion as a function of political sophistication. *Political psychology*, 32(4), 575-600.
- Miller, A. H., & Listhaug, O. (1990). Political parties and confidence in government: A comparison of Norway, Sweden and the United States. *British Journal of Political Science*, 20(3), 357-386.
- Mirisola, A., Sibley, C. G., Boca, S., & Duckitt, J. (2007). On the ideological consistency between right-wing authoritarianism and social dominance orientation. *Personality and Individual Differences*, 43(7), 1851-1862.
- Mishler, W., & Rose, R. (1999). Five Years After the Fall: Trajectories of Support for Democracy in Post-Communist Europe. En P. Norris (ed). *Critical citizens: Global support for democratic government* (pp.78-99). New York: Oxford University Press.
- Mishler, W., & Rose, R. (2001). What are the origins of political trust? Testing institutional and cultural theories in post-communist societies. *Comparative political studies*, 34(1), 30-62.

- Mishler, W., & Rose, R. (2005). What are the political consequences of trust? A test of cultural and institutional theories in Russia. *Comparative Political Studies*, 38(9), 1050-1078.
- Moeller, J., De Vreese, C., Esser, F., & Kunz, R. (2014). Pathway to political participation: The influence of online and offline news media on internal efficacy and turnout of first-time voters. *American Behavioral Scientist*, 58(5), 689-700.
- Molina Guzmán, J., & Rottenbacher, J. M. (2015). Ideología política y justificación de la inequidad en dos muestras limeñas de sectores socioeconómicos opuestos. *Liberabit*, 21(1), 21-36.
- Moliner, P. & Abric, J.C. (2015). Central Core Theory. En G. Sammut, E. Andreouli, G. Gaskell & J. Valsiner (Eds). *The Cambridge Handbook of Social Representations* (pp. 83- 95). Cambridge: Cambridge University Press.
- Mondak, J. J. (1993). Institutional legitimacy and procedural justice: Reexamining the question of causality. *Law and Society Review*, 27(3), 599-608.
- Mondak, J. J., Carmines, E. G., Huckfeldt, R., Mitchell, D. G., & Schraufnagel, S. (2007). Does familiarity breed contempt? The impact of information on mass attitudes toward Congress. *American Journal of Political Science*, 51(1), 34-48.
- Monedero Fernández, J.C. (2016). Política tras la derrota de la política: posdemocracia, postpolítica y populismo. En B.D.S.Santos & J.M. Mendes (eds). *Demodiversidad: imaginar nuevas posibilidades democráticas* (pp. 199-228). Madrid: Akal.
- Montecinos, E. (2007). Análisis del comportamiento electoral: De la elección racional a la teoría de redes. *Revista de Ciencias Sociales*, 13(1), 9-22.
- Montero, I., & León, O. G. (2007). A guide for naming research studies in Psychology. *international Journal of clinical and Health psychology*, 7(3), 847-862.
- Moodie, E., Markova, I., & Plichtova, J. (1995). Lay representations of democracy: A study in two cultures. *Culture & Psychology*, 1(4), 423-453.
- Mora Solano, S., Solís Salazar, M., & Soto Kiewit, L.D. (2014). Entre el apoyo a la democracia y el autoritarismo en Costa Rica. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, (40), 37-60.
- Morales Quiroga, M. (2008). Evaluando la confianza institucional en Chile: Una mirada desde los resultados LAPOP. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 28(2), 161-186.

- Morlino, L. (2009). Legitimacy and the quality of democracy. *International Social Science Journal*, 60(196), 211-222.
- Morris, S. D., & Klesner, J. L. (2010). Corruption and trust: Theoretical considerations and evidence from Mexico. *Comparative Political Studies*, 43(10), 1258-1285.
- Moscovici, S. (1979). La representación social: un concepto perdido. En S. Moscovici. *El Psicoanálisis, su imagen y su público* (pp.27-42). Buenos Aires: Huemul.
- Muratori, M., Delfino, G. I., & Zubieta, E. M. (2013). Percepción de anomia, confianza y bienestar: la mirada desde la psicología social. *Revista de Psicología (PUCP)*, 31(1), 129-150.
- Muratori, M., & Zubieta, E. (2013). Miedo al delito y victimización como factores influyentes en la percepción del contexto social y clima emocional. *Boletín de psicología*, (109), 7-18.
- Muratori, M., & Zubieta, E. M. (2015). Clima emocional, inseguridad y miedo al delito. Percepciones diferenciales en función del auto-posicionamiento ideológico. *Revista de Psicología*, 11(22), 7-18.
- Muraro, O. (2012). El NSE en la encuesta anual de hogares urbanos (INDEC). *Sociedad Argentina de Investigadores de Marketing y Opinión*. Recuperado de: <http://www.saimo.org.ar/archivos/observatorio-social/NSE-en-la-EAHU.pdf>
- Murillo, M. V., & Visconti, G. (2017). Economic performance and incumbents' support in Latin America. *Electoral Studies*, 45, 180-190.
- Murphy, K. (2008). Enforcing tax compliance: to punish or persuade?. *Economic analysis and policy*, 38(1), 113-135.
- Napier, J. L., & Jost, J. T. (2008). The "Antidemocratic Personality" revisited: A cross-national investigation of working-class authoritarianism. *Journal of Social Issues*, 64(3), 595-617.
- Netelenbos, B. (2016). *Political Legitimacy Beyond Weber: An Analytical Framework*. London: Macmillan Publishers Ltd.
- Newman, B. J., Johnston, C. D., & Lown, P. L. (2015). False consciousness or class awareness? Local income inequality, personal economic position, and belief in American meritocracy. *American Journal of Political Science*, 59(2), 326-340.
- Newton, K. (2001). Trust, social capital, civil society, and democracy. *International Political Science Review*, 22(2), 201-214.

- Newton, K. (2006). Political support: Social capital, civil society and political and economic performance. *Political Studies*, 54(4), 846-864.
- Newton, K., & Norris, P. (2000). Confidence in Public Institutions: Faith, Culture or Performance? En S. Pharr & R. Putnam (eds.): *Disaffected democracies: What's Troubling the Trilateral Countries* (pp. 52-74). Nueva Jersey: Princeton University Press
- Nicol, A. A. (2007). Social dominance orientation, right-wing authoritarianism, and their relation with alienation and spheres of control. *Personality and Individual Differences*, 43(4), 891-899.
- Niemi, R. G., Craig, S. C., & Mattei, F. (1991). Measuring internal political efficacy in the 1988: National Election Study. *American Political Science Review*, 85(4), 1407-1413.
- Norasakkunkit, V., & Uchida, Y. (2011). Psychological consequences of postindustrial anomie on self and motivation among Japanese youth. *Journal of Social Issues*, 67(4), 774-786.
- Norris, P. (Ed.) (1999). *Critical citizens: Global support for democratic government*. New York: Oxford University Press.
- Norris, P. (Ed) (2011). *Democratic deficit: Critical citizens revisited*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Oesterreich, D. (2005). Flight into security: A new approach and measure of the authoritarian personality. *Political Psychology*, 26(2), 275-298.
- Oppenheimer, L. (2006). The belief in a just world and subjective perceptions of society: A developmental perspective. *Journal of Adolescence*, 29(4), 655-669.
- Osborne, D., Yogeeswaran, K., & Sibley, C. G. (2015). Hidden consequences of political efficacy: Testing an efficacy–apathy model of political mobilization. *Cultural Diversity and Ethnic Minority Psychology*, 21(4), 533-540
- Páez, D. (1987). Características, funciones y proceso de formación de las representaciones sociales. En D. Páez (coord.). *Pensamiento, Individuo y sociedad. Cognición y representación social* (pp.297-317). Madrid: Fundamentos.
- Páez, D., Espinosa, A. & Bobowik, M. (2013). Emotional climate: How is it shaped, fostered, and changed? En D. Hermans, B. Rimé & B. Mesquita (Eds.), *Changing emotions* (pp. 113-119). Hove, Reino Unido: Psychology Press.

- Páez, D., Ruiz, J. I., Gailly, O., Kornblit, A. L., Wiesenfeld, E., & Vidal, C. M. (1997). Clima Emocional: Su Concepto y Medición mediante una investigación transcultural. *Revista de Psicología Social, 12*(1), 79-98.
- Panizza, F. (2009). Nuevas izquierdas y democracia en América Latina. *Revista CIDOB d'afers internacionals, (85-86)*, 75-88.
- Parales-Quenza, C. J. (2005). On the structural approach to social representations. *Theory and Psychology, 15*(1), 77-100.
- Parales-Quenza, C. J. (2008). Anomie and public mental health. *Revista de Salud Pública, 10*(4), 658-666.
- Parales-Quenza, C.J. & Vizcaíno-Gutiérrez, M. (2007). Las relaciones entre actitudes y Representaciones sociales: Elementos para una integración conceptual. *Revista Latinoamericana de Psicología, 39*(2), 351-361.
- Paramio, L. (1999). Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias. *Revista Española de Ciencia Política, 1*(1), 81-95
- Pattyn, S., Van Hiel, A., Dhont, K., & Onraet, E. (2012). Stripping the political cynic: A psychological exploration of the concept of political cynicism. *European Journal of Personality, 26*(6), 566-579.
- Pavlović, Z. (2014). Intrinsic or instrumental support for democracy in a post-Communist society: The case of Serbia. *European Quarterly of Political Attitudes and Mentalities, 3*(1), 31-42.
- Paxton, P. (2002). Social capital and democracy: An interdependent relationship. *American sociological review, 67*(2), 254-277.
- Peiró, S., & Palencia, E. (2009). Adaptación transcultural del cuestionario The Portrait Values Questionnaire (PVQ) IV versión basada en el modelo de HRQOL instruments. *Revista Educación en Valores, 1*(11), 9-17.
- Pereira, C., Camino, L., & Bastos da Costa, J. (2004). Análise fatorial confirmatória do Questionário de Valores Psicossociais-QVP24. *Estudos de psicologia, 9*(3), 505-512.
- Pereira, C., Camino, L., & Bastos da Costa, J. (2005). Um estudo sobre a integração dos níveis de análise dos sistemas de valores. *Psicologia: reflexão e crítica, 18*(1), 16-25.
- Pereira, C., Lima, M. E., & Camino, L. (2001). Sistemas de valores e atitudes democráticas de estudantes universitários de João Pessoa. *Psicologia: Reflexão e Crítica, 14*(1), 177-190.

- Perera Pérez, M. (2003). A propósito de las representaciones sociales: apuntes teóricos, trayectoria y actualidad. *Informe de Investigación*, La Habana: CIPS – Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.
- Pérez López, C. (2010). Muestreo Probabilístico y Estimadores. Distribuciones en el muestro y propiedades. En C. Pérez López. *Técnicas de Muestreo Estadístico* (pp. 43-118). Madrid: Ibergaceta.
- Pérez, E. R., & Medrano, L. A. (2010). Análisis factorial exploratorio: bases conceptuales y metodológicas. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento (RACC)*, 2(1), 58-66.
- Pérez, E., Medrano, L. A., & Sánchez Rosas, J. (2013). El Path Analysis: conceptos básicos y ejemplos de aplicación. *Revista Argentina de Ciencias del Comportamiento*, 5(1), 52-66.
- Peterson, B. E., Doty, R. M., & Winter, D. G. (1993). Authoritarianism and attitudes toward contemporary social issues. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 19(2), 174-184.
- Peterson, B. E., Duncan, L. E., & Pang, J. S. (2002). Authoritarianism and political impoverishment: Deficits in knowledge and civic disinterest. *Political Psychology*, 23(1), 97-112.
- Pinkleton, B.E. & Austin, EW. (2010). Individual motivations, perceived media importance, and political disaffection. *Political Communication*, 18(3), 321-334.
- Porter, J. (2008). Using structural equation modeling to examine the relationship between political cynicism and right-wing authoritarianism. *Sociological Spectrum*, 28(1), 36-54.
- Pratto, F. (1999). The puzzle of continuing group inequality: Piecing together psychological, social, and cultural forces in social dominance theory. In M. P. Zanna (Ed.), *Advances in experimental social psychology, Volumen 31* (pp. 191-263). San Diego, CA: Academic Press.
- Pratto, F., Sidanius, J., & Levin, S. (2006). Social dominance theory and the dynamics of intergroup relations: Taking stock and looking forward. *European review of social psychology*, 17(1), 271-320.

- Pratto, F., Sidanius, J., Stallworth, L. M., & Malle, B. F. (1994). Social dominance orientation: A personality variable predicting social and political attitudes. *Journal of personality and social psychology*, 67(4), 741-763.
- Prior, M. (2005). News vs. entertainment: How increasing media choice widens gaps in political knowledge and turnout. *American Journal of Political Science*, 49(3), 577-592.
- Puerta Riera, M. I. (2016). Crisis de la democracia: Un recorrido por el debate en la teoría política contemporánea. *Espiral (Guadalajara)*, 23(65), 09-43.
- Putnam, R. (1993). *Making democracy work: civic traditions in modern Italy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Putnam, R. (1995). Bowling alone: America's declining social capital. *Political Science & Politics*, 28(4), 65-78.
- Putnam, R. D. (2000). *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Putnam, R. D., Leonardi, R., & Nanetti, R. Y. (1988). Institutional performance and political culture: Some puzzles about the power of the past. *Governance*, 1(3), 221-242.
- Pye, L.W. (1965). Introduction: Political culture and political development. En L.W. Pye & S. Verba (eds.). *Political culture and political development* (pp.3-27). Princeton: Princeton University Press.
- Qi, L., & Shin, D. C. (2011). How mass political attitudes affect democratization: Exploring the facilitating role critical democrats play in the process. *International Political Science Review*, 32(3), 245-262.
- Quaranta, M., & Martini, S. (2016). Does the economy really matter for satisfaction with democracy? Longitudinal and cross-country evidence from the European Union. *Electoral studies*, 42, 164-174.
- Rabbia, H.H. & Dreizik, M. (2017). Movimientos sociales y acciones colectivas de protesta: desafíos y contribuciones para su estudio desde la Psicología Política. En S. Brussino (coord.). *Políticamente. Contribuciones desde la Psicología Política en Argentina* (pp. 157-184). Córdoba: CONICET.
- Ramírez, L. Y. Á., Ramírez, V. M. G., & Flórez, N. E. H. (2013). Actitudes hacia la política en estudiantes universitarios, sus correlaciones con la edad, el estrato socioeconómico y el nivel educativo, y diferencias según el género en la ciudad de Bucaramanga (Colombia). *Reflexión Política*, 15(29), 120-138-

- Ramírez Nárdiz, A. (2014). La participación como respuesta a la crisis de la representación: el rol de la democracia participativa. *Revista de derecho político*, (90), 177-210.
- Rauber, I. (2001). *Actores Sociales, luchas reivindicativas y política popular*. Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente XXI.
- Reher, S. (2015). Explaining cross-national variation in the relationship between priority congruence and satisfaction with democracy. *European Journal of Political Research*, 54(1), 160-181.
- Rahn, W. M., Aldrich, J. H., Borgida, E., & Sullivan, J. L. (1990). A Social Cognitive Model of Candidate Appraisal. In R. G. Niemi, & H. F. Weisberg (Eds.), *Controversies in Voting Behavior* (pp. 187-206). Washington, DC: Congressional Quarterly.
- Real Academia Española (RAE) (2014). *Diccionario de la lengua española. Edición del Tricentenario*. Disponible en: <http://dle.rae.es/?w=diccionario>
- Rendón Corona, A. (2004). Los retos de la democracia participativa. *Sociológica*, 19(54), 183-211.
- Retamozo, M. (2011). Movimientos sociales, política y hegemonía en Argentina. *Polis. Revista Latinoamericana*, (28).
- Rhee, J. & Capella, J. (1997). The role of political sophistication in learning from news: measuring schema development. *Communication Research*, 24(3), 197-233.
- Richey, S. (2010). The impact of corruption on social trust. *American Politics Research*, 38(4), 676-690.
- Rodríguez, D. (2017). Mutación y crisis de la representación política en la Argentina reciente (1983-2015). *Cuadernos del CIESAL*, 16, 139-164.
- Rodríguez Cerda, Ó., Cadena Herrera, C. A.; Saldívar Moreno, D. M. & Mendoza Romero, A. (2016). Representación social de la democracia: de lo ideal a lo real. *Revista Polis*, 1(2), 33-56.
- Rodríguez García, J. M. (2006). Análisis comparativo de confiabilidad y validez de dos escalas de anomia. *Interamerican Journal of Psychology*, 40(2), 193-204.
- Rodríguez Hernández, G., & Cruz Calderón, K. P. (2014). Percepción del clima emocional, problemas sociales y confianza institucional en tiempos de violencia. *Avances en psicología latinoamericana*, 32(1), 159-166.
- Rokeach, M. (1973). *The nature of human values*. Michigan: Free press.

- Rose, R., & McAllister, I. (1990). *The loyalties of voters: A lifetime learning model*. London: Sage.
- Rose, R. & Weller, C. (2003). What does social capital add to democratic values? En G. Badescu & E.M. Uslaner (eds). *Social Capital and the transition to democracy* (pp. 200-218).. London: Routledge.
- Rothstein, B. (2014). What is the opposite of corruption? *Third World Quarterly*, 35(5), 737-752.
- Rottenbacher, J. M. (2012a). Vigencia del continuo ideológico izquierda/derecha durante las elecciones presidenciales de 2011 en Lima-Perú. *Revista de Psicología (PUCP)*, 30(2), 281-315.
- Rottenbacher, J. M. (2012b). Conservadurismo político, homofobia y prejuicio hacia grupos transgénero en una muestra de estudiantes y egresados universitarios de Lima. *Pensamiento psicológico*, 10(1), 23-37.
- Rottenbacher, J. M., & Córdova Cáceres, C. (2014). El Autoritarismo y la justificación de la inequidad como condicionantes ideológicos de los niveles de deliberación y participación política. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 32(3), 495-513
- Rottenbacher, J. M., & Schmitz, M. (2012). Conservadurismo político y tolerancia hacia comportamientos transgresores. *Revista Psicología Política de la Universidad de Valencia*, 44, 31-56.
- Rottenbacher, J. M., & Schmitz, M. (2013). Condicionantes ideológicos de la criminalización de la protesta social y el apoyo a la democracia en una muestra limeña. *Revista de Psicología (PUCP)*, 31(2), 371-394.
- Ruiz, J. I., & Coy, A. (2004). Esquemas cognitivos de base, contenido semántico y estructura de las representaciones sociales de la democracia. *Acta Colombiana de Psicología*, (12), 5-17
- Rutto, F., Russo, S., & Mosso, C. (2014). Development and Validation of a Democratic System Justification Scale. *Social indicators research*, 118(2), 645-655.
- Santos, B de S., & Avritzer, L. (2004). Introducción: para ampliar el canon democrático. En Santos B. de S. (ed). *Democratizar la Democracia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

- Scheepers, P. L. H., Felling, A., & Peters, J. (1992). Anomie, authoritarianism and ethnocentrism: Update of a classic theme and an empirical test. *Politics and the Individual*, 2(1), 43-59.
- Schiffman, L., Thelen, S. T., & Sherman, E. (2010). Interpersonal and political trust: modeling levels of citizens' trust. *European Journal of Marketing*, 44(3/4), 369-381.
- Schlenker, B. R., Chambers, J. R., & Le, B. M. (2012). Conservatives are happier than liberals, but why? Political ideology, personality, and life satisfaction. *Journal of Research in Personality*, 46(2), 127-146.
- Schneider, C., & Avenburg, K. (2015). Cultura política: un concepto atravesado por dos enfoques. *Postdata*, 20(1), 109-131.
- Schoon, I., Cheng, H., Gale, C. R., Batty, G. D., & Deary, I. J. (2010). Social status, cognitive ability, and educational attainment as predictors of liberal social attitudes and political trust. *Intelligence*, 38(1), 144-150.
- Schyns, P., & Nuus, M. (2007, Abril). *Political cynicism and social cohesion in Europe and the United States*. Trabajo presentado en el ECPR Joint Session, Nicosia, Cyprus.
- Schyns, P., & Koop, C. (2010). Political distrust and social capital in Europe and the USA. *Social Indicators Research*, 96(1), 145-167.
- Schwartz, S. H. (1992). Universals in the content and structure of values: Theoretical advances and empirical tests in 20 countries. *Advances in experimental social psychology*, 25, 1-65.
- Schwartz, S. H. (1994). Are there universal aspects in the structure and contents of human values?. *Journal of social issues*, 50(4), 19-45.
- Schwartz, S. H. (2003). A proposal for measuring value orientations across nations. *Questionnaire Package of the European Social Survey*, 259-290.
- Schwartz, S. H. (2005). Basic human values: Their content and structure across countries. *Valores e comportamento nas organizações*, 21-55.
- Schwartz, S. H. (2007). Value orientations: measurement, antecedents and consequences across nations. En R. Jowell, C. Roberts, R. Fitzgerald & G. Eva (eds). *Measuring Attitudes Cross-Nationally: Lessons from the European Social Survey* (pp. 161-193). California: SAGE Publications Ltd
- Schwartz, S. H., & Bardi, A. (2001). Value hierarchies across cultures: Taking a similarities perspective. *Journal of cross-cultural psychology*, 32(3), 268-290.

- Schwartz, S. H., & Davidov, E. (2011). Basic personal values and the meaning of left-right political orientations in 20 countries. *Political Psychology, 32*(4), 537-561.
- Scribano, A., & Schuster, F. (2001). Protesta social en la Argentina de 2001: entre la normalidad y la ruptura. *Observatorio Social de América Latina, 5*, 17-22.
- Segovia, C., Haye, A., González, R., Manzi, J., & Carvacho, H. (2008). Confianza en instituciones políticas en Chile: un modelo de los componentes centrales de juicios de confianza. *Revista de ciencia política (Santiago), 28*(2), 39-60.
- Seligson, M. A. (2000). Toward a model of democratic stability: Political culture in Central America. *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, 11*(2), 5-29
- Seligson, M. A. (2002). The impact of corruption on regime legitimacy: A comparative study of four Latin American countries. *The Journal of Politics, 64*(2), 408-433.
- Seligson, M. A. (2006). The measurement and impact of corruption victimization: Survey evidence from Latin America. *World Development, 34*(2), 381-404.
- Sen, A. (1999). Democracy as a universal value. *Journal of Democracy 10*(3), 3-17.
- Sengupta, N. K., Osborne, D., & Sibley, C. G. (2015). The status-legitimacy hypothesis revisited: Ethnic-group differences in general and dimension-specific legitimacy. *British Journal of Social Psychology, 54*(2), 324-340.
- Sheperd, S. (2012). *On the Perpetuation of Ignorance: System Dependence, System Justification, and the Motivated Avoidance of Socio-Political Information* (Tesis para optar por el grado de doctor en psicología), University of Waterloo.
- Shin, D. C. (2015). Assessing citizen responses to democracy: A review and synthesis of recent public opinion research. *Center for the Study of Democracy Working Paper Series*. The University of California, Irvine.
- Shook, N. J., & Clay, R. (2011). Valence asymmetry in attitude formation: A correlate of political ideology. *Social Psychological and Personality Science, 2*(6), 650-655.
- Shook, N. J., & Fazio, R. H. (2009). Political ideology, exploration of novel stimuli, and attitude formation. *Journal of Experimental Social Psychology, 45*(4), 995-998.
- Sibley, C. G., & Duckitt, J. (2010). The ideological legitimization of the status quo: Longitudinal tests of a social dominance model. *Political Psychology, 31*(1), 109-137.
- Sibley, C. G., Robertson, A., & Wilson, M. S. (2006). Social dominance orientation and right-wing authoritarianism: Additive and interactive effects. *Political Psychology, 27*(5), 755-768.

- Sidanius, J. (1984). Political interest, political information search, and ideological homogeneity as a function of sociopolitical ideology: A tale of three theories. *Human Relations*, 37(10), 811-828.
- Silván-Ferrero, M. D. P., & Bustillos, A. (2007). Adaptación de la escala de Orientación a la Dominancia Social al castellano: validación de la Dominancia Grupal y la Oposición a la Igualdad como factores subyacentes. *Revista de Psicología Social*, 22(1), 3-15.
- Simkin, H., & Azzollini, S. (2014). Personalidad, Valores Sociales y su relación con la orientación ideológica y el interés por la actualidad política: factores que median entre la propaganda y la opinión pública. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 18(2), 178-197.
- Singh, S., Karakoç, E., & Blais, A. (2012). Differentiating winners: How elections affect satisfaction with democracy. *Electoral Studies*, 31(1), 201-211.
- Singh, S., Lago, I., & Blais, A. (2011). Winning and competitiveness as determinants of political support. *Social Science Quarterly*, 92(3), 695-709.
- Skitka, L. J., Bauman, C. W., & Mullen, E. (2004). Political tolerance and coming to psychological closure following the September 11, 2001, terrorist attacks: An integrative approach. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 30(6), 743-756.
- Sodaro, M.J. (2010). La Democracia (I) ¿Qué es? En M.J. Sodaro. *Política y Ciencia Política. Una introducción* (pp. 127-144). Madrid: Mc Graw Hill.
- Solano Silva, D. (2018). Conservadurismo y orientación política, ¿su relación es similar en Latinoamérica y Occidente?. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 17(1), 1-11.
- Sorribas, P. M. (2012). *Participación Política: desarrollo de un modelo explicativo desde el enfoque de la cognición social* (Tesis para optar por el grado de Doctora en Psicología). Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. .
- Sorribas, P.M. & Brussino, S. (2016). Dimensiones y factores explicativos de la participación política: la relevancia del enfoque psicosocial. En S. Brussino (coord.). *Políticamente. Contribuciones desde la Psicología Política en Argentina* (pp. 105-132). Córdoba: CONICET.
- Southwell, P. L. (1985). Alienation and nonvoting in the United States: a refined operationalization. *Western Political Quarterly*, 38(4), 663-674.
- Southwell, P. L. (2008). The effect of political alienation on voter turnout, 1964-2000. *Journal of political and military sociology*, 36(1), 131-145.

- Southwell, P. (2012). Political alienation: Behavioral implications of efficacy and trust in the 2008 US presidential election. *Review of European Studies*, 4(2), 71-77.
- Southwell, P. L., & Everest, M. J. (1998). The electoral consequences of alienation: Nonvoting and protest voting in the 1992 presidential race. *The Social Science Journal*, 35(1), 43-51.
- Srole, L. (1965). A Comment on "Anomy". *American Sociological Review*, 30(5), 757-762.
- Staerke, C., Falomir-Pichastor, J. M., Pereira, A., Berent, J., & Butera, F. (2015). Global value perceptions: The legitimising functions of western representations of democracy. *European Journal of Social Psychology*, 45(7), 896-906.
- Stecker, C., & Tausendpfund, M. (2016). Multidimensional government-citizen congruence and satisfaction with democracy. *European journal of political research*, 55(3), 492-511.
- Steinmetz, H., Isidor, R., & Baeuerle, N. (2012, April). Testing the circular structure of human values: A meta-analytical structural equation modelling approach. *Survey Research Methods*, 6(1), 61-75.
- Solt, F. (2012). The social origins of authoritarianism. *Political Research Quarterly*, 65(4), 703-713.
- Stevens, D., Bishin, B. G., & Barr, R. R. (2006). Authoritarian attitudes, democracy, and policy preferences among Latin American elites. *American Journal of Political Science*, 50(3), 606-620.
- Stockemer, D., & Sundström, A. (2013). Corruption and citizens' satisfaction with democracy in Europe: what is the empirical linkage? *Zeitschrift für Vergleichende Politikwissenschaft*, 7(1), 137-157.
- Stolle, D. (1998). Bowling together, bowling alone: The development of generalized trust in voluntary associations. *Political psychology*, 19(3), 497-525.
- Stouffer S.A. (1955). *Communism, Conformity, and Civil Liberties*. New York: Doubleday.
- Strauss, A. L., Corbin, J., & Zimmerman, E. (2002). *Bases de la investigación cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Sturgis, P., & Smith, P. (2010). Fictitious issues revisited: Political interest, knowledge and the generation of nonattitudes. *Political Studies*, 58(1), 66-84.

- Sullivan, J. L., & Transue, J. E. (1999). The psychological underpinnings of democracy: A selective review of research on political tolerance, interpersonal trust, and social capital. *Annual review of psychology, 50*(1), 625-650.
- Sulmont, D. (2009). Conocimiento político, opinión pública y democracia en la sociedad peruana. En *Opinión Pública: una mirada desde América Latina* (pp. 299-322). Buenos Aires: Emecé
- Sunshine, J. y Tyler, T. R. (2003). The Role of Procedural Justice and Legitimacy in Shaping Public Support for Policing. *Law & Society Review, 37* (3), 513-548.
- Tabachnick, B., & Fidell, L. (2013). Multiple Regression. En B. Tabachnick & L. Fidell. *Using multivariate statistics* (6ª edición) (pp. 117-196).. Boston: Pearson
- Taguenca Belmonte, J. A., & Lugo Neria, B. (2011). Percepción de la democracia de los jóvenes mexicanos. *Política y gobierno, 18*(2), 179-230.
- Tan, X., Liu, L., Huang, Z., Zheng, W., & Liang, Y. (2016). The effects of general system justification on corruption perception and intent. *Frontiers in psychology, 7*, 1107.
- Tchintian, C. (2017). Los índices de democracia y la política argentina. Sobre la validez de las mediciones. *Colección, (23)*, 69-98.
- Teixeira, C. P., Tsatsanis, E., & Belchior, A. M. (2014). Support for democracy in times of crisis: diffuse and specific regime support in Portugal and Greece. *South European Society and Politics, 19*(4), 501-518.
- Tessler, M., & Gao, E. (2008). Democracy and the political culture orientations of ordinary citizens: a typology for the Arab world and beyond. *International Social Science Journal, 59*(192), 197-207.
- Teymoori, A., Bastian, B., & Jetten, J. (2017). Towards a psychological analysis of anomie. *Political Psychology, 38*(6), 1009-1023.
- Thomassen, J. & van der Kolk, H. (2009). Effectiveness and Political Support in Old and New Democracies. En H.D. Klingemann (ed). *The Comparative Study of Electoral Systems* (pp. 333-346). Nueva York: Oxford University Press.
- Thorisdottir, H., Jost, J. T., & Kay, A.C. (2009). On the Social and Psychological Bases of Ideology and System Justification. En J.T. Jost, A.C. Kay & H. Thorisdottir (eds.). *Social and Psychological Bases of Ideology and System Justification* (pp. 3-26). Oxford: Oxford University Pres.

- Thorisdottir, H., Jost, J. T., Liviatan, I., & ShROUT, P. E. (2007). Psychological needs and values underlying left-right political orientation: Cross-national evidence from Eastern and Western Europe. *Public Opinion Quarterly*, 71(2), 175-203.
- Torcal, M. (2006). Political disaffection and democratization history in new Democracies. En M. Torcal & J.R. Montero (eds). *Political disaffection in contemporary democracies. Social capital, institutions and politics* (pp.157-189). Nueva York: Routledge.
- Torcal, M. & Montero, J.R. (2006). Political disaffection in comparative perspective. En M. Torcal & J.R. Montero (Eds.). *Political disaffection in contemporary democracies. Social capital, institutions and politics* (pp. 3-20). Nueva York: Routledge.
- Torres, A. R. R., Pereira, C., Guimarães, J., Albernaz, M., Vieira, S. & Barros, T. (2001). Valores e psicologia social: Modelos de análise. *Estudos*, 28(4), 539-559
- Torres Stöckl, C. M., & Zubieta, E. M. (2015). Consenso y divergencias en las representaciones sociales de la dirigencia política. *Revista de Psicología (PUCP)*, 33(1), 87-129.
- Treisman, D. (2000). The causes of corruption: a cross-national study. *Journal of public economics*, 76(3), 399-457.
- Turper, S., & Aarts, K. (2017). Political trust and sophistication: Taking measurement seriously. *Social indicators research*, 130(1), 415-434.
- Tverdova, Y. V. (2011). See no evil: Heterogeneity in public perceptions of corruption. *Canadian Journal of Political Science/Revue canadienne de science politique*, 44(1), 1-25.
- Tyler, T.R. (1990). *Why People Obey the Law*. Princeton: Princeton University Press
- Tyler, T. R. (1994). Governing amid diversity: The effect of fair decisionmaking procedures on the legitimacy of government. *Law and Society Review*, 28(4), 809-831.
- Tyler, T. R. (1997). The psychology of legitimacy: A relational perspective on voluntary deference to authorities. *Personality and social psychology review*, 1(4), 323-345.
- Tyler, T.R. (2001). A psychological perspective on the legitimacy of institutions and Authorities. En Jost, J.T; Major, B. (2001) *The Psychology of Legitimacy. Emerging Perspectives in Ideology, Justice, and intergroup relations* (416-436). New York: Cambridge University Press.
- Tyler, T. R (2006). Psychological perspectives on legitimacy and legitimation. *Annual Review of Psychology*, 57, 375-400.

- Tyler, T. R. (2009). Procedural justice, identity and deference to the law: What shapes rule-following in a period of transition?. *Australian Journal of Psychology*, 61(1), 32-39.
- Tyler, T. R., & Lind, E. A. (1992). A relational model of authority in groups. *Advances in experimental social psychology*, 25, 115-191.
- Tyler, T. R., & Mitchell, G. (1994). Legitimacy and the empowerment of discretionary legal authority: The United States Supreme Court and abortion rights. *Duke Law Journal*, 43(4), 703-815.
- Ulbig, S. G. (2002). Policies, procedures, and people: Sources of support for government?. *Social Science Quarterly*, 83(3), 789-809.
- Uslaner, E.M. (1999). Democracy and Social Capital. En M. Warren (ed). *Democracy and Trust* (pp.121-150). Cambridge: Cambridge University Press.
- Uslaner, E.M. (2003). Trust and civic engagement in East and West. En G. Badescu & E.M. Uslaner (eds). *Social Capital and the transition to democracy* (pp. 81-94). London: Routledge.
- Vairo, D. (2012). El "consenso de los perdedores" y la legitimidad de la democracia en América del Sur. *Política y gobierno*, 19(1), 41-69.
- Valencia Abundiz, S. (2007). Elementos de la construcción, circulación y aplicación de las representaciones sociales. En T. Rodríguez Salazar & M. de L. García Curiel (coord.). *Representaciones Sociales. Teoría e Investigación* (pp. 51-88). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Valentino, N. A., Beckmann, M. N., & Buhr, T. A. (2001). A spiral of cynicism for some: The contingent effects of campaign news frames on participation and confidence in government. *Political Communication*, 18(4), 347-367.
- Valles, J. M. (2007a). Capítulo 7. Estado, Monocracia y Democracia: (1) Las dictaduras. En M.J. Valles (auth). *Ciencia Política. Una Introducción* (pp. 99-112). Barcelona: Ariel S.A.
- Valles, J. M. (2007b). Capítulo 8. Estado, Monocracia y Democracia: (2) Las poliarquías. En M.J. Valles (auth). *Ciencia Política. Una Introducción* (pp. 113-130). Barcelona: Ariel S.A.

- Van der Meer, T., & Hakhverdian, A. (2017). Political Trust as the Evaluation of Process and Performance: A Cross-National Study of 42 European Countries. *Political Studies*, *65*(1), 81-102.
- Van der Toorn, J., Feinberg, M., Jost, J. T., Kay, A. C., Tyler, T. R., Willer, R., & Wilmoth, C. (2015). A sense of powerlessness fosters system justification: Implications for the legitimation of authority, hierarchy, and government. *Political Psychology*, *36*(1), 93-110.
- Van der Toorn, J., Tyler, T. R., & Jost, J. T. (2011). More than fair: Outcome dependence, system justification, and the perceived legitimacy of authority figures. *Journal of experimental social psychology*, *47*(1), 127-138.
- Van Deth, J. W., & Elff, M. (2001). *Politicisation and political interest in Europe: a multi-level approach*. Mannheim: Mannheimer Zentrum für Europäische Sozialforschung (MZES).
- Van Deth, J. W., & Zmerli, S. (2010). Introduction: Civicness, equality, and democracy—A “dark side” of social capital? *American Behavioral Scientist*, *53*(5) 631–639.
- Van Elsas, E. (2015). Political trust as a rational attitude: A comparison of the nature of political trust across different levels of education. *Political Studies*, *63*(5), 1158-1178.
- Van Hiel, A., Kossowska, M., & Mervielde, I. (2000). The relationship between openness to experience and political ideology. *Personality and Individual Differences*, *28*(4), 741-751.
- Van Hiel, A., & Mervielde, I. (2002). Explaining conservative beliefs and political preferences: A comparison of social dominance orientation and authoritarianism. *Journal of Applied Social Psychology*, *32*(5), 965-976.
- van Zomeren, M., Postmes, T., & Spears, R. (2012). On conviction's collective consequences: Integrating moral conviction with the social identity model of collective action. *British Journal of Social Psychology*, *51*(1), 52-71.
- Vargas-Cullell, J., Rosero-Bixby, L., & Seligson, M. A. (2005). *La cultura política de la democracia en Costa Rica, 2004: un estudio del Proyecto de Opinión Pública en América Latina (OPAL)*. San José, Costa Rica: Centro Centroamericano de Población.
- Vergara, A. I. & Balluerka, N. (2000). Metodología en la Investigación Transcultural: Perspectivas Actuales. *Psicothema*; *12*(2), pp. 557-562

- Villoria, M., Van Ryzin, G. G., & Lavena, C. F. (2013). Social and political consequences of administrative corruption: A study of public perceptions in Spain. *Public Administration Review*, 73(1), 85-94.
- Wachelke, J. (2012). Social representations: a review of theory and research from the structural approach. *Universitas Psychologica*, 11(3), 729-741.
- Wang, C. H. (2016). Government Performance, Corruption, and Political Trust in East Asia. *Social Science Quarterly*, 97(2), 211-231.
- Wakslak, C. J., Jost, J. T., Tyler, T. R., & Chen, E. S. (2007). Moral outrage mediates the dampening effect of system justification on support for redistributive social policies. *Psychological Science*, 18(3), 267-274.
- Weisberg, H. F., & Nawara, S. P. (2010). How sophistication affected the 2000 presidential vote: Traditional sophistication measures versus conceptualization. *Political Behavior*, 32(4), 547-565.
- Welzel, C. (2007). Are levels of democracy affected by mass attitudes? Testing attainment and sustainment effects on democracy. *International Political Science Review*, 28(4), 397-424.
- Welzel, C., & Inglehart, R. (1999). Analyzing democratic change and stability: A human development theory of democracy. *WZB Discussion Paper No. FS III 99-202*.
- Welzel, C., & Inglehart, R. (2008). The role of ordinary people in democratization. *Journal of democracy*, 19(1), 126-140.
- Welzel, C., & Inglehart, R. (2009). Political culture, mass beliefs, and value change. En W. Haerpfer; P. Bergngagem, R. Inglehart & C. Welzel. *Democratization* (126-143). Oxford: Oxford University Press.
- Welzel, C. & Inglehart, R. (2010). Chapter 17: Political Culture. En D. Caramani (ed). *Comparative Politics* (pp. 284-301). Oxford: Oxford University Press.
- Welzel, C., Inglehart, R., & Klingemann, H. D. (2003). The theory of human development: A cross-cultural analysis. *European Journal of Political Research*, 42(3), 341-379.
- Wilson, M. S., & Sibley, C. G. (2013). Social Dominance Orientation and Right-Wing Authoritarianism: Additive and interactive effects on political conservatism. *Political Psychology*, 34(2), 277-284.
- Wolfradt, U., & Dalbert, C. (2003). Personality, values and belief in a just world. *Personality and Individual Differences*, 35(8), 1911-1918.

- Wood, M. (2014). *Political Alienation in American Society*. UVM Honors College Senior Theses. Paper 38. Recuperado de: <https://scholarworks.uvm.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1007&context=hcoltheses>
- Wroe, A., Allen, N., & Birch, S. (2013). The role of political trust in conditioning perceptions of corruption. *European Political Science Review*, 5(2), 175-195.
- Yépez Hernández, M. (2003). Representaciones sociales de democracia en estudiantes universitarios de la UNAM. *Investigación de la comunicación. México en los albores del siglo XXI*, 123-139
- Zimmerman, J. L., & Reyna, C. (2013). The meaning and role of ideology in system justification and resistance for high-and low-status people. *Journal of Personality and Social Psychology*, 105(1), 1-23.
- Zmerli, S., & Castillo, J. C. (2015). Income inequality, distributive fairness and political trust in Latin America. *Social science research*, 52, 179-192.
- Zmerli, S., & Newton, K. (2008). Social trust and attitudes toward democracy. *Public opinion quarterly*, 72(4), 706-724.
- Zmerli, S.; Newton, K. & Montero, J.R. (2007). Trust in people, confidence in political institutions, and satisfaction with democracy. En J.W. Van Deth, J.R. Montero & A. Westholm (eds). *Citizenship and Involvement in European Democracies. A Comparative Analysis* (pp. 35-65). Nueva York: Routledge.
- Zovatto, D. (2002). Valores, percepciones y actitudes hacia la democracia: una visión comparada latinoamericana, 1996-2002. *América Latina Hoy*, 32, 29-53.
- Zubieta, E., & Barreiro, A. (2006). Percepción social y creencia en el mundo justo. Un estudio con estudiantes argentinos. *Revista de Psicología*, 24(2), 175-196
- Zubieta, E., Delfino, G., & Fernández, O. (2007). Confianza Institucional y el rol mediador de creencias y valores. *Revista de Psicología*, 3(6), 101-120.
- Zubieta, E., Fernández, O., & Sosa, F. (2012). Bienestar, valores y variables asociadas. *Boletín de Psicología*, 106, 7-27.
- Zubieta, E. M., Muratori, M., & Mele, S. (2012). Bienestar, clima emocional, percepción de problemas sociales y confianza. *Anuario de investigaciones*, 19(1), 97-106.

ANEXOS

ANEXO 1. ESTUDIOS INSTRUMENTALES. DATOS COMPLEMENTARIOS.	1
ANEXO 2. REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE DEMOCRACIA ARGENTINA.	10
ANEXO 3. CUESTIONARIO APLICADO EN EL ESTUDIO POBLACIONAL.	23
ANEXO 4. MODELOS EXPLICATIVOS DE LEGITIMIDAD POLÍTICA DEMOCRÁTICA. DATOS DESCRIPTIVOS	33
ANEXO 5. DEMÓCRATAS INSATISFECHOS. ANÁLISIS DE PERFILES PSICO- POLÍTICOS. DATOS COMPLEMENTARIOS.....	39
ANEXO 6. LA SOFISTICACIÓN POLÍTICA Y LA DEMOCRACIA PROSPECTIVO- IDEAL.....	51

ANEXO 1. ESTUDIOS INSTRUMENTALES. DATOS COMPLEMENTARIOS.

En el siguiente anexo se exponen tablas y gráficos que complementan la presentación de resultados de los estudios instrumentales expuestos en el Capítulo 4. La información sigue el orden de presentación en el cuerpo del trabajo y las tablas y gráficos se ven precedidos por una letra A que indica su pertenencia al anexo.

Tabla A.1.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la Escala Global de Creencias en un Mundo Justo.

	Componente
	1
Pienso que las recompensas y castigos son atribuidos de forma justa	.77
Las personas obtienen lo que merecen	.73
Las personas reciben lo que tienen derecho a tener	.71
Las personas obtienen los castigos y recompensas que merecen	.67
Cuando una persona se esfuerza, es reconocida y recompensada	.58
Yo generalmente pienso que el mundo es un lugar justo	.54
Las personas se encuentran con las desgracias que ellas mismas ocasionan	.48

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

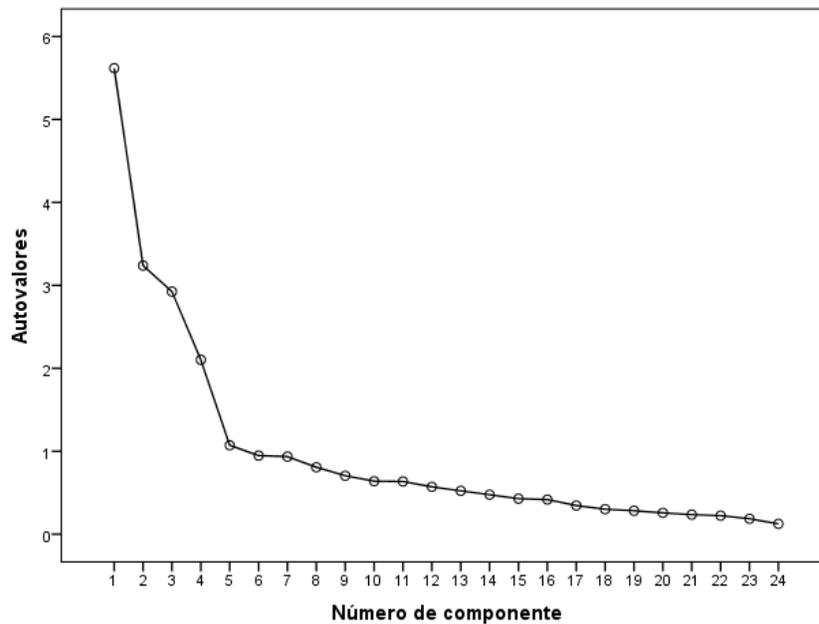


Gráfico A1.

Gráfico de sedimentación. AFE de la escala de Valores Psico-sociales

Tabla A.2.
Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de Estructura de la Escala de Valores Psico-sociales

	Componente			
	Posmaterialismo	Religiosidad	Hedonismo	Materialismo
Igualdad	.77			
Fraternidad	.70			
Justicia Social	.67			
Realización Profesional	.67			
Responsabilidad	.66			
Dedicación al trabajo	.60			
Libertad	.55			
Amor	.53			
Autorrealización	.50			
Salvación del Alma		.94		
Obediencia a la ley de Dios		.92		
Religiosidad		.87		
Temor de Dios		.84		
Placer			.82	
Sexualidad			.79	
Sensualidad			.76	
Una vida excitante			.66	
Status				.84
Riqueza				.76
Autoridad				.76
Lucro				.68

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Método de rotación: Normalización Promax con Kaiser.

Tabla A3.
Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de Estructura de la escala de Actitudes hacia la Democracia.

	Componente		
	1	2	3
La democracia es esencial para el buen funcionamiento de un país	.85		
La democracia puede tener problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno	.84		
Solo en un país democrático las personas pueden desarrollarse plenamente	.83		
Tener un sistema político democrático	.75		
En democracia, el sistema económico funciona mal ^a		.85	
Las democracias son indecisas y tienen muchas disputas ^a		.83	
Las democracias no son buenas para mantener el orden ^a		.78	

Es mejor una dictadura competente que una democracia incompetente	.75
Tener un régimen militar ^a	.71
Tener un líder fuerte que no tenga que preocuparse por el congreso y las elecciones ^a	.63
Tener expertos, no gobernantes, que tomen decisiones acerca de lo que piensan que es lo mejor para el país ^a	.60
Las elecciones no son necesarias para tener un buen gobierno ^a	.37

Método de extracción: Análisis de componentes principales.
Método de rotación: Normalización Promax con Kaiser.
^a Ítem Invertido

Tabla A4.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de Justificación de la democracia argentina.

	<u>Componente</u> 1
En general, el sistema político argentino funciona como debería funcionar	.81
El funcionamiento de la política está establecido de manera que las cosas puedan mejorar	.81
En general, creo que nuestro sistema democrático es justo	.80
La mayoría de las políticas públicas contribuyen al bien común	.78
El sistema político argentino necesita ser profundamente reformado*	.68
Nuestro sistema democrático es el mejor posible.	.66
Los partidos políticos representan los diferentes espíritus de la sociedad	.49
Los políticos en la actualidad actúan más en favor de los lobbies (y presiones) que de otros ciudadanos*	.44

Método de extracción: Análisis de componentes principales.
* Ítem invertido

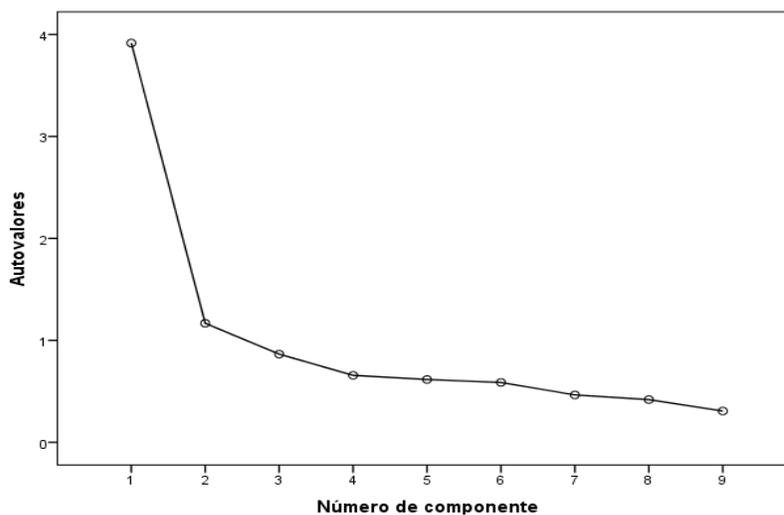


Gráfico A2.

Gráfico de Sedimentación. Análisis Factorial Exploratorio. Escala de Percepción de Anomia.

Tabla A5.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la Escala de Percepción de Anomia.

	Componente 1
La gente estaba mejor en los tiempos de antes, cuando todos sabían exactamente qué es lo que tenían que hacer.	.76
Con tal estado de desorden en que están las cosas, para una persona es difícil saber qué le va a pasar de un día para otro.	.74
Lo que escasea hoy en día son el antiguo tipo de amistades que duraban toda la vida.	.74
A menudo siento que muchas cosas que eran valiosas para nuestros padres se están perdiendo frente a nuestros ojos	.71
Hoy en día con las cosas tan inciertas, parece que casi cualquier cosa podría suceder.	.67
El problema con el mundo de hoy es que la mayoría de la gente realmente no cree en nada.	.64
En estos días todo cambia tan rápidamente que frecuentemente tengo problemas para decidir cuáles son las reglas correctas a seguir.	.59
Me parece que a otras personas se les hace más fácil que a mi decidir qué es lo correcto.	.59
A menudo me siento incómodo y fuera de lugar.	.50

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Tabla A6.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes rotados de la Escala de Confianza Política.

	Componente				
	1	2	3	4	5
Confianza Poder Judicial	.93				
Honestidad Poder Judicial	.92				
Desempeño Poder Judicial	.89				
Confianza Poder Ejecutivo		.91			
Honestidad Poder Ejecutivo		.89			
Desempeño Poder Ejecutivo		.84			
Honestidad Partidos Políticos			.90		
Confianza Partidos Políticos			.90		
Desempeño Partidos Políticos			.82		
Honestidad Funcionarios Públicos				.89	
Desempeño Funcionarios Públicos				.86	
Confianza Funcionarios Públicos				.81	
Honestidad Poder Legislativo					.84
Desempeño Poder Legislativo					.80
Confianza Poder Legislativo					.79

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Método de rotación: Normalización Varimax con Kaiser.

Tabla A7.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de Autoritarismo del Ala de Derechas (RWA)

	Componente 1
Los hechos muestran que debemos ser más duros con el crimen y la inmoralidad sexual con el fin de mantener la ley y el orden	.83
Hay muchas personas extremistas e inmorales tratando de arruinar las cosas; la sociedad debe detenerlos	.79
Si la sociedad así lo quiere, es deber de todo buen ciudadano ayudar a eliminar el mal que destruye nuestro país desde adentro	.79
Nuestros ancestros debieron ser más honrados por la forma en que construyeron esta sociedad, por ello, es necesario poner fin a las fuerzas que la están destruyendo	.76
Nuestro país necesita un líder poderoso que pueda enfrentar a los extremistas e inmorales que actualmente prevalecen en nuestra sociedad	.74
Las leyes de dios sobre el aborto, la pornografía y el matrimonio deben ser seguidas estrictamente antes de que sea demasiado tarde, sus transgresiones deben ser castigadas	.66

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

a. 1 componentes extraídos

Tabla A8.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes rotados de la escala de Orientación a la Dominancia Social.

	Componente	
	1	2
La igualdad entre grupos de personas debería ser nuestro ideal	.82	
Sería deseable que todos los grupos fueran iguales	.78	
Habría menos problemas si tratáramos a los diferentes grupos de manera más igualitaria	.73	
Debemos luchar por conseguir ingresos más igualitarios para todos	.67	
Se debe aumentar la igualdad social	.65	
Es normal que haya grupos superiores y grupos inferiores		.75
Probablemente es bueno que ciertos grupos estén en una posición superior y otros en una posición inferior		.73
Los grupos inferiores deberían mantenerse en su posición		.68
Todos los grupos superiores deberían dominar a los grupos inferiores		.68
Para salir adelante en la vida, algunas veces es necesario pasar por encima de otros grupos de personas		.65

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Método de rotación: Normalización Promax con Kaiser.

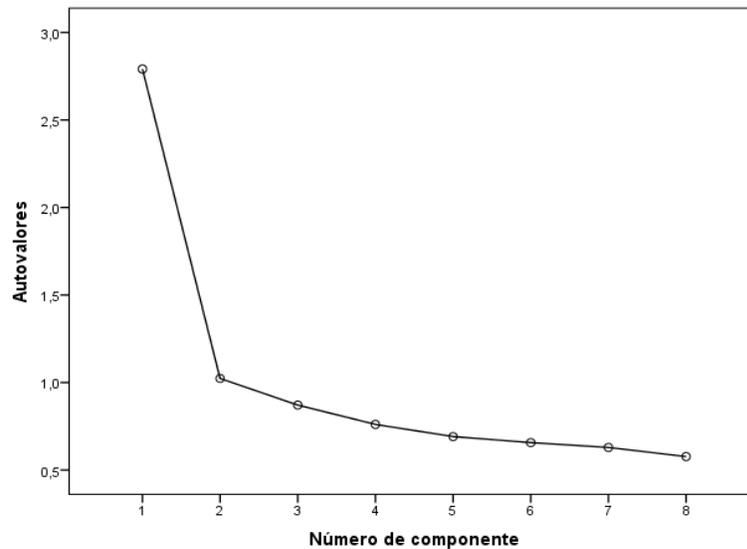


Gráfico A3.

Gráfico de Sedimentación. Análisis Factorial Exploratorio. Escala de Conocimiento Político

Tabla A9.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de Conocimiento Político.

	Componente
	1
Responsables del nombramiento de Jueces de la Suprema Corte de Justicia	,71
Organismo encargado de promulgar leyes provinciales	,69
Denominación de los 3 poderes del Estado	,64
Partido con más miembros en el poder legislativo provincial	,59
¿Un ciudadano puede asistir a las sesiones del Poder Legislativo?	,58
Organismo de decisión sobre la constitucionalidad de las leyes	,53
Partido al que pertenece Ramón Mestre	,47
Mayoría requerida en el Senado para vetar un decreto presidencial	,46

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Tabla A10

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de interés Político.

	Componente
	1
Leer información sobre política es interesante	,90
Usualmente estoy interesado en los asuntos de política	,89
Escuchar o ver noticias sobre política es interesante	,89
Disfruto teniendo conversaciones sobre asuntos políticos y de gobierno	,88
Me interesa averiguar cómo funcionan los partidos políticos	,84
Me atrae el momento donde se dan las campañas políticas	,77

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Tabla A11.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de estructura de la escala de Eficacia Política

	Componente	
	1	2
Me considero competente para participar en política	.86	
Podría desempeñarme en un puesto político tan bien como cualquier persona	.85	
Sería interesante postularse para un puesto político	.81	
Disfrutaría siendo del grupo donde eligen los candidatos a los puestos políticos	.75	
¿Cuánta atención cree Ud. que el Gobierno le presta a lo que la gente piensa, cuando decide lo que debe hacer?		.84
¿Cree Ud. que su opinión ejerce alguna influencia sobre las decisiones del Gobierno?		.82
Las acciones del gobierno ¿mejoran el bienestar de la gente?		.69
¿En qué medida Ud. siente que tener elecciones hace que el Gobierno preste atención a lo que la gente piensa?		.59

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Método de rotación: Normalización Promax con Kaiser.

Tabla A12

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de Cinismo Político.

	Componente
	1
La mayoría de las personas que entran en la política se vuelven deshonestas.	.89
Casi todos los políticos traicionarían sus ideales o romperían sus promesas si eso incrementara su poder	.87
Esté quien esté en el poder, siempre busca sus intereses personales.	.86
La mayoría de los políticos hablan mucho, pero hacen poco para resolver las cosas realmente importantes.	.83

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

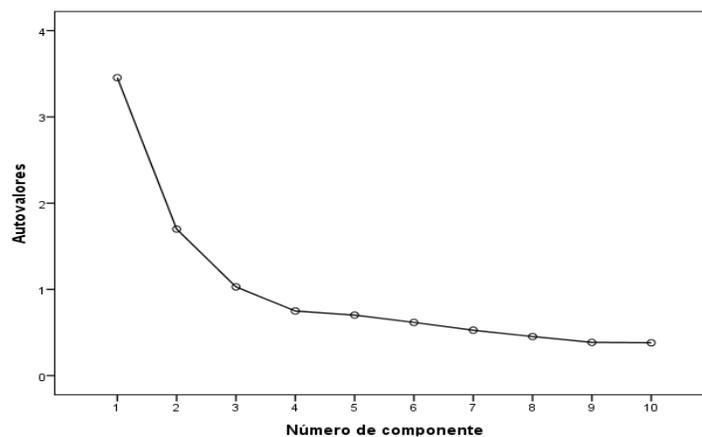


Gráfico A4.

Gráfico de Sedimentación. Análisis Factorial Exploratorio. Escala de Percepción de Clima Socioemocional

Tabla A13.
Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de estructura de la escala de Percepción de Clima Socioemocional

	Componente	
	1	2
De alegría, confianza, contento	.82	
Solidario, de ayuda mutual	.72	
De esperanza, esperanzado	.71	
El clima o ambiente general afectivo de su país es muy bueno	.66	
De confianza en las instituciones	.59	
De tranquilidad para hablar	.58	
La situación económica es muy buena	.55	
De enojo, hostilidad, agresividad entre las personas		.81
De tristeza, Pasividad, bajo estado de ánimo		.78
De miedo, ansiedad, preocupación		.77

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Método de rotación: Normalización Promax con Kaiser.

Tabla A14.
Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de Confianza Política

	Componente		
	1	2	3
Desempeño. Poder Ejecutivo	.87		
Honestidad. Poder Ejecutivo	.90		
Desempeño. Poder Legislativo	.54	.38	
Honestidad. Poder Legislativo	.51	.37	
Honestidad. Poder Judicial	.71		
Desempeño. Poder Judicial	.69		
Honestidad Partidos Políticos		.93	
Desempeño Partidos Políticos		.92	
Honestidad Organizaciones Civiles			.92
Desempeño Organizaciones Civiles			.92

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Método de rotación: Normalización Promax con Kaiser.

Tabla A15.
Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de Confianza Social

	Componente
	1
Si no somos cuidadosos, los demás pueden aprovecharse de nosotros.	.74
Existen sólo unas pocas personas en las que puedo confiar plenamente	.73
La mayoría del tiempo podemos estar seguros que los demás desean lo mejor para nosotros	.68

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Tabla A16.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de Cohesión Social

	Componente
	1
Los vecinos se hacen favores como prestarse herramientas	.82
Los adultos vigilan que los niños estén seguros	.75
Cuando una casa está sola otros la cuidan	.88

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Tabla A17

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de Componentes de la escala de Modelos de Rol

	Componente ^a
	1
Modelos de rol destacados en el deporte	.77
Modelos de rol destacados por ser gente muy trabajadora	.89
Modelos de rol destacados por ser muy cooperativos en la resolución de problemas	.84

^a Análisis de Componentes principales con matrices tetracóricas

Tabla A18

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de tolerancia política

	Componente
	1
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba que estas personas puedan postularse para cargos públicos?	.91
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba el que estas personas puedan llevar a cabo manifestaciones pacíficas con el propósito de expresar sus puntos de vista?	.86
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba que estas personas salgan en la televisión para dar un discurso?	.85
¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba el derecho de votar de esas personas?	.76

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

Tabla A19.

Análisis Factorial Exploratorio. Matriz de componentes de la escala de Justificación de un Golpe de Estado

	Componente
	1
Frente a la alta inflación, con aumento excesivo de precios	.92
Frente al Desempleo muy alto	.90
Frente a mucha delincuencia	.89
Frente a muchas protestas sociales	.88
Frente a mucha corrupción	.86

Método de extracción: Análisis de componentes principales.

ANEXO 2. REPRESENTACIONES SOCIALES SOBRE DEMOCRACIA ARGENTINA.

A continuación, se exponen las palabras reemplazadas en orden alfabético. En la columna izquierda se consigna la forma adoptada, en todos los casos prefiriendo la de mayor frecuencia en la muestra. Para evitar información redundante, se omiten en esta tabla las palabras para las que sólo se realizó reemplazo de singulares/plurales y/o género, consignando sólo aquellos que implicaban el uso de sinónimos o formas diferentes de un mismo concepto (ej: ambición, ambiciosa).

Tabla A1
Palabras Reemplazadas

PALABRA	CONTIENE
1983	83, 80S
Abuelas de Plaza de Mayo	Abuelas
Abuso de poder	Abuso de la palabra, abuso
Alfonsín	Raúl Alfonsín
Ambición	Ambiciosa
Ambigua	Ambigüedad
Aparente	Apariencia
Arreglada	Arreglo, Arreglos
Atraso	Atrasada
Bien Común	Bien para la Sociedad
Buena	Bueno, Buena para el Pueblo
Burocrática	Burocracia, Burocratización
Caos	Caótica
Capitalismo	Capitalista
Censura	Censurada, Censura al derecho al Voto, No se Permite Opinar
Comienzo	Comienzo de algo Nuevo
Compañerismo	Compañeros
Compleja	Complicada
Compra de Votos	Compro de Votos, Los Políticos Compran Votos
Compromiso	Compromiso Social
Comunicación	Comunicación Colectiva, Comunicación para Todos y con Todos
Conciencia	Concientización
Conflicto	Conflicto de Intereses
Confusa	Confusión
Conquista	Conquistas, Conquista de Derechos
Constitución Nacional	Constitución, Constitución Argentina

Contradictoria	Contradicción, Contradicciones
Corporaciones	Corporativa
Correcta	Correcto, Correcto manejo
Corrupción	Corrompida, Corrupta
Crecimiento	Creciente, Crecimiento Económico
Crisis	Crisis Económica, En Crisis
Cristina	Cristina Fernández de Kirchner
Cuidarla	Cuidado de la Democracia, Protegerla, Hay que Cuidarla
Debate	Debatir
Débil	Poco Firme, Debe Afianzarse, Poco Sólida, Poco Firme
Decisión Compartida	Decisiones Compartidas, Decisión Conjunta, Decisión Popular
Decisión	Decidir, Decisión Individual
Deficiente	Defectuosa, Deficiencias
Déficit	Deficitaria, Falta Mucho
Delincuencia	Demasiada Delincuencia
Derecho al Voto	Derecho a Elegir, Derecho a Votar, Derecho del Pueblo a Elegir, Poder Votar, Poder Elegir, Poder de Decisión
Derechos Civiles	Derechos del Pueblo, Derechos Ciudadanos
Desastre	Desastroso
Deshonestidad	Deshonesto
Desinterés	Desinterés Social, Apatía
Desorden	Falta de Orden
Deuda	Deudas con la sociedad
Dictadura	Dictadura Militar, Dictatorial, Régimen Militar
Diferencias	Diferente
Dignidad	Digna
Diversidad de Opiniones	Diversidad de Voces
División de poderes	Independencia de Poderes, Poder Distribuido
División	Fragmentación
Egoísmo	Acción Egoísta
Elección de Representantes	Elección de Mandatarios, Elecciones Presidenciales
Elección del Pueblo	Elección Popular, Elección Popular del Gobierno, Elección Soberana, Elección de Todos, Elección de la Mayoría, Elegido por el Pueblo
Elecciones	Elección, Decisión Electoral, Elección Propia
Elitista	Elite
Engaño	Engañosa
Equidad	Equitativa
Escucha	Escuchar
Evita	Eva Perón, Eva
Expresión	Expresarse, Expresiones, Expresión Popular

Falacia	Falaz
Falla	Fallada, Fallas
Falsa	Falsa Democracia, Falsedad
Falta	Falta de Democracia, Falta de Democracia Actual, Faltante
Falta de Respeto	No se Respeta, Irrespetada, Irrespeto al Pueblo, Poco Respeto
Ficticia	Ficción
Fin de la Dictadura	Pos dictadura, No más Dictaduras, No Dictadura
Fraude	Alto Fraude, Fraudulenta
Gobierno corrupto	Gobierno Deshonesto
Gobierno	Gobernar, Forma de Gobierno
Golpe de estado	Golpe, Golpes, Golpe Militar, Golpes de Estado,
Hermandad	Hermanos
Hipocresía	Hipócrita
Historia	Histórico
Honor	Honra
Ignorancia	Ignorante
Igualdad	Igualitaria, Igualitario, Igualdad Social, Igualdad en la Diferencia
Ilegitimidad	Ilegítima
Importante	Importancia, Importante para un País
Inclusión	Incluidos, Inclusividad, Inclusivo
Inconstante	Fluctuante, Discontinua
Independencia	Independencia del Pueblo
Ineficiente	Ineficiencia, Ineficacia, No Funciona
Inestable	Inestabilidad
Inexistente	Inexistencia, No Existe, No Hay, No Real, No Tenemos, Nula, Ausente, No Existe
Injusticia	Injusta, Injusto, Falta de Justicia,
Inmadura	Falta de Madurez, Inmadurez,
Inseguridad	Insegura,
Instituciones	Institución, institucionalista, Instituciones Democráticas,
Intereses	Interés, Intereses Individuales, Intereses Personales, Intereses Creados
Juicios	Juicio
Justicia	Justicia para Todos
Ladrones	Corros, Choros
Legitimidad	Legítima, Legitimación, Legítima Voluntad del Pueblo
Leyes	Ley, Ley Pareja
Liberal	Liberalismo
Libertad de Elección	Libertad de Decisión, Libertad de Elegir, Libre Elección
Libertad de Expresión	Libre Expresión, Expresión Libre, Libertad de Opinión, Libertad de Opinar
Libertad	Libre, Libres, Libertad para Todos y Todas, Mayor Libertad para

	la Gente, Pueblo Libre
Manifestaciones	Manifestación, Manifestaciones Públicas, Marcha
Manipulación	Manipulada
Medios de Comunicación	Medios
Mentira	Mentiras, Mentirosos, Verso
Militares	Militar, Milicos, Militarismo
Movimientos	Movimiento, Movimientos sociales
Néstor Kirchner	Néstor
No representativa	No me siento Representada, Falta de Representatividad, Poco Representativa
Nueva	Reciente
Objetivos Comunes	Objetivo Común, Objetivos en Común
Obsoleta	Anticuada, Caduca, Desactualizada, Retrógrada
Oligarquía	Oligarca
Opinión	Opiniones, Opinar
Participación	Participar, Participativo
Partidos Políticos	Partidos, Partido
Participación Ciudadana	Participación Popular
Paz	Paz Social
Perfectible	Perfeccionable, Perfeccionar, Debe ser Perfeccionado
Perón	Juan Domingo Perón
Personas	Gente, Población, Seres Humanos
Pluralidad	Pluralidad de Opiniones
Pobreza	Pobre, Pobres, Gente Pobre, Miseria
Poder del Pueblo	Poder Popular, Poder Público
Poder Legislativo	Legislativo, Legislatura
Políticos	Político
Posibilidad	Posibilidades, Posibilidad de Todos, Posible
Precaria	Precariedad
Presidencialista	Presidencialismo, Énfasis en el Presidente, Centrada en el Poder Ejecutivo
Presidente/a	Presidente, Presidenta, Presidentes
Pueblo	Populum, Pueblo Argentino
Radicalismo	Radicales, UCR, Unión Cívica Radical
Representación	Representación de la Voluntad Popular, Representación del Pueblo, Sistema Político Representativo, Sistema Representativo
República	República Federal, Republicanismo
Sistema de Gobierno	Forma de Gobierno, Sistema Organizativo
Soberanía	Soberanía Argentina, Soberanía del Pueblo, Soberanía Popular, Soberano
Soborno	Sobornos, Coimas

Sociedad	Social
Tristeza	Triste
Unión	Unión del Pueblo, Unidad
Urna	Urnas
Utopía	Utópica
Voz del Pueblo	Voz Popular
Votantes	Electores
Votar	Sufragar
Voto Popular	Voto del Pueblo
Voto	Votación, Sufragio, Votos

A continuación, se exponen las 70 categorías en que fueron agrupadas las definidoras para el análisis estructural de las RS. Se encuentran presentadas en orden alfabético de acuerdo con sus etiquetas. En la fila final se detallan aquellas palabras que no fueron incluidas en ninguna categoría por no resultar pertinentes.

Tabla A2.

Categorías de palabras y contenidos

NOMBRE DE LA CATEGORÍA	PALABRAS INCLUIDAS
1. Abuso de Poder	abuso, abuso de poder, represión, coerción, persecución, falta de derechos, falsa libertad, abuso de la palabra, políticas represivas, libertad truncada, de los de arriba, patoteo, tiranía, opresor, opresión, autoritarismo, violación a los derechos humanos
2. Adjetivos Calificativos Negativos hacia el sistema	inútil, contradictoria, contradicción, desastre, inservible, mediocre, absurda, incoherencia, incorrecta, indeterminada, deformada, parcial, sesgada, deficiente, lastimada, retrógrada, vacía, confusa, arruinada, atentada, deplorable, lerda, vapuleada, obsoleta, anticuada, obturada, salvaje, un asco, amenazada, agonística, infantil, irrumpida, aparatosa, desconocida; trabajosa, no representativa, falta de representatividad, retraso, desconfianza, degradación, imposible, malos partidos políticos, quilombo, perversa, podrida, presidente títere, cortoplacista, sucio, viciada, porquería, turbia, podrida, desgracia, opaca, ciega, desacreditada, rota, ambigua
3. Adjetivos Calificativos Negativos hacia los Actores del Sistema.	pisoteada, irrespetada, no se respeta, ineptitud, peste, hipocresía, hipócrita, acomodada, arreglada, arrogante, abusada, funestos, hegemonía, manoseada, burla, promesas incumplidas, oportunismo, bastardo, malinterpretan, todos iguales, parásitos,

	maldad, traición; malgastar, complicidad, deuda, siempre los mismos, vagancia, egoísmo, individualismo, libertinaje, incumplimiento, deslealtad, discordancia entre la clase política y los ciudadanos representados, robada, demagogia, infravalorada, poco valorada, operadores, Macri garca, Macri no la respeta, tirada a la basura gracias a Macri, chantas, ejecutivo inexperto, legislativo venal, judicial sin agallas, mala, cooptada
4. Adjetivos Calificativos Positivos	bueno, buena, genuino, privilegio, hermosa, alcanzada, saludable, vital, enorme, prestigiosa, regalo, digna, inquebrantable, consolidada, resguardo, eficiencia, correcto, grandeza, lo mejor
5. Apatía y Desinterés	desinterés social, poco participativa, apatía, necesidad de comprometerse, desinterés, poca participación de la gente, silencio, no me siento representada, no opinión, falta de participación, falta de compromiso, desvalorizada, indiferencia
6. Avance y Desarrollo	futuro, progreso, logro, crecimiento, crece, creciente, avance, avanza, madurez, evolución, avance social, crecimiento económico, desarrollo, construcción, oportunidad, oportunidades, posibilidad, posible, posibilidades, trabajo, educación, más educación, proyecto, proyectos, aprendizaje; salud, ciencia, cultura, crear, metas
7. Bienestar Social y Económico	vida plena, plenitud, bienestar común, protección, bienestar, equilibrio, amparo a los que más lo necesitan, beneficio
8. Cambio	cambio, cambios, cambiar, transformación, reformar, nuevo país, cambiante
9. Censura	censura, censura a la libertad de expresión, censurada, presión, prohibición, no hay libertad de opinión, falta de libertad
10. Corrupción	políticos corruptos, corrupción de la clase política, garcas, cagador, zoretas, lavado de dinero, soborno, coima, fraude, compro de votos, pagar el voto, mafia, políticos se aprovechan, nos quieren manipular, gobierno corrupto, clientelismo, ventajera, juego sucio, estafa, aprovechamiento de los pobres, choros, ladrones, deshonesto, deshonestidad, chantaje, corruptos, dedocracia, negocios, gobierno aprovechador, acomodo, pago, nepotismo corrupción, corrupta, corrompida, estado corrupto, manipuladora, malversada, curro, falta de transparencia
11. Cuidar la democracia	cuidado, cuidado de la democracia, defenderla, defendida, cuidarla, defensa
12. Debilidad e Inestabilidad	débil, frágil, frágil en Argentina, inestabilidad, inestable, precaria, precariedad, vulnerable, vulnerabilidad, permanente?, inconstante,

	insostenible
13. Decisión sin referencia electoral	decisión, decidir, elegir, poder elegir, capacidad de elección, poder de decisión, opción, opciones, consulta, decisión compartida, decisiones compartidas, elección propia
14. Democracia Imperfecta	faltante, falta, déficit, deficitaria, incompleta, limitada, falta mucho, escasa, falla, necesita reformas, democracia para algunos, para algunos, para pocos, relativa, sistema perfectible, mejorable, gobierno de pocos, mal gobierno, lo que tendría que ser el gobierno, casi real, limitada, floja, ineficiente, no está bien llevada a cabo, poca, falluta, imperfecta, falta de gestión económica, criticable, condicionada
15. Democracia Delegativa	representación, representativa, representativismo, representantes, de mayorías, delegativa, instituciones representativas, indirecta, presidencialista, personalista, alternancia, campaña, mandato
16. Derechos	derechos, derecho, más derechos, derechos humanos, derecho al sufragio, derecho al voto, derecho del pueblo, derechos igualitarios, derechos civiles, derecho inherente, derechos ganados, protección a los derechos humanos, protección a la propiedad, derechos sociales, derechos laborales, garantías
17. Desconocimiento	desinformación a la hora de votar, desconocimiento, pueblo ignorante, ignorancia, falta de pensamiento crítico,
18. Desigualdad y Desigualdad Social	desigualdad, clases sociales, pobreza, pobre, pobres, desempleo, hambre, inequidad, exclusión, necesidades
19. Desinformación	propaganda, desinformación, falsa publicidad, Clarín mente, Lanata mente
20. Dictadura	dictadura, militares, militar, régimen militar, dictadura militar, de facto, gobierno de facto, desaparecidos, militarismo, milicos, dictatorial, lesa humanidad, guerrilla, setenta, golpes, golpe de estado, fascismo, dictadura blanda, monarquía, reinado, interrupción
21. Discriminación y Prejuicio	discriminación, prejuicios, racismo
22. Equidad	equidad social, equitativa, equidad, equidad de participación
23. Emociones Negativas	tristeza, triste, indignación, vergüenza, decepción, desesperanza, temor, desilusión, humillación, incredulidad, horror, incertidumbre, sufrimiento, preocupación, lástima, pena, dolor, descontento, hartazgo; frustración, tensión
24. Emociones	alegría, tranquilidad, gratitud, satisfacción, esperanza, orgullo,

Positivas	felicidad, optimismo, amor, me hace feliz, creer
25. Falsedad	falso, falsa, falsedad, farsa, falluta, ficción, ficticia, quimera, irreal, fantasía, ilusión, apariencia, fachada, falacia
26. Falta de Respeto	poco respeto, irrespeto al pueblo, falta de respeto
27. Gobierno y Sistema Político	gobierno, sistema, sistema político, sistema de gobierno, organización, forma de organización social, organización social, forma de estado, forma de gobierno, organización del país, sistema tripartito, república federal, sistema organizativo, modelo político, estados, estado, gobernar, constitucional, república, modo de ser, republicanismo, burocracia, institucionalista, institución, división de poderes, poderes, independencia de poderes, audiencias pública, políticas
28. Historia y Referentes de la historia	historia, primera junta, Rivadavia, Moreno, Belgrano, San Martín, Saénz Peña, Roca
29. Ideología	derecha, ideología, identidad, populismo, socialismo, nacionalismo, nacional y popular, fascismo
30. Igualdad	igualdad, igualdad de oportunidades, igualdad de género, igualdad de opinión, igualdad de compromisos, igualdad de derechos, posibilidad de todos, igualitaria
31. Importancia de la democracia	necesaria, necesario, importante, importante para un país, importancia, valiosa, esencial, salvación del país, conquista, esperada, aprovecharla, indiscutible, valoración, ha sido costoso tenerla, legitimación, legitimidad, principio básico, ventajas -triunfo
32. Inclusión	inclusión, inclusivo, incluidos, inclusividad, no discriminación, integración, pobreza cero, acceso
33. Inexistencia de la Democracia	no existe, inexistente, falta de democracia actual, inexistencia, no es democracia, cero democracia, nula, inaplicable, perdida, lo que se supone que debería ser el gobierno, ojalá estuviera, fracaso, no la vivo, dónde está
34. Injusticia	injusticia/s, injusta, sin justicia, falta de justicia, injusto, falta de leyes, justicia primitiva, impunidad
35. Inmadurez del Sistema	nueva, pañales, en camino, inmadura, reciente, joven, poco tiempo, comienzo, comienzo de algo nuevo, en construcción, inicio
36. Inseguridad	inseguridad, robo, robos, delito, delincuencia, drogas, traficante, violaciones
37. Justicia	justicia, justo, justicia social
38. Libertad	libertad, libre, libres, libertad de apropiación del espacio público con

	<p>finde de demostrar inconformidad o alegrías sobre una causa colectiva, libertad de acción, libertad de pensamiento, libertad de asociación, libre albedrío, albedrío, pueblo libre, libertad de desarrollar la ideología que nos parece mejor, dejar ser, patria libre, libertad de culto</p>
39. Libertad de Elección	libertad de elección, libertad de elegir, elección libre, libre elección
40. Libertad de Información y Expresión.	expresión, expresiones, libertad de expresión, libre expresión, libertad de opinión, libertad de prensa, libre acceso a la información
41. Medios (sin connotaciones)	periodismo, prensa, medios, medios de comunicación, comunicación, información, diarios, directv, tn, clarín
42. Mentira y Engaño	mentira, mentiras, mentirosos, cuenteros, manipulación, engaños, engañoso, engañosa, ocultamiento, cuentos del abuelo
43. Obligaciones	obligaciones, obligación, deberes, rendición de cuentas, obligatorio, responsabilidad, ciudadanía responsable
44. Opiniones y Debate	diferentes opiniones, opinión de todos, la voz de todos, diversidad de voces, voz propia, opiniones, opinión, debate/s, debatir, voz, voces, palabras, palabra, discusión, demostración, ideas, pensamiento, propuestas, discernir, diversidad de posturas, puntos de vista, diferentes perspectivas, pluralidad, diferencia, diferencias, diferente, diversidad, voz del pueblo
45. Otras Definidoras Negativas Inespecíficas	lágrimas, chiste, cansancio, sinsabor, circo, una lástima, rara, problemas, tropiezo, desdibujados, mala presidencia actual, difícil, muerte, dolor, trampas, trampa, no me gusta, pornografial, costoso, mierda, mala política, atraso, fea, falta de ética, no hay fe en esta democracia, abismo, bastardeada, errores, teatro, credulidad, desorden, caos, ajeno a la comunidad, desmadre, desconcertante, ambigua, gris, inoperancia, basura, caos, irresponsabilidad para el que tiene plata, no proyección, nada a favor
46. Otras referencias a políticos	políticos, dirigentes, mandatario, gobernantes, clase política, intendentes, candidato, candidatos, gobernadores, autoridad, autoridades, Macri, gobernador
47. Participación	participación, participar, lucha, compromiso, militancia, participación ciudadana, participación de los ciudadanos, participación popular, participativo, movimientos, movilización, cacerolazo, protestas, resistencia, revolución, movimientos sociales, pueblo presente

48. Partidos políticos	partidos políticos, partidos, partidista, existencia de varios partidos, política, bipartidista, agrupaciones políticas, FIT
49. Patria, País y Nación	patria, país, nación, territorio, Argentina, nacional, tierra, nacionalidad, federal, federalismo
50. Poder	poder, lucha de poder, lucha de poderes, poder repartido, jerarquía, ambición, elite
51. Poder del pueblo	poder del pueblo, gobierno del pueblo, poder popular, popular, soberanía popular, poder público, construcción ciudadana, poder entre todos, el estado es de todos, para todos y con todos, gobierno popular, patrimonio de todos, hacia un gobierno popular
52. Poder Ejecutivo Nacional	presidencia, presidencial, presidentes, presidenta, presidente, ejecutivo
53. Poder Judicial	poder judicial, judicial
54. Poder Legislativo	legislativo, legislación, legislatura, senadores, diputados
55. Referencias a la recuperación de la democracia	Memoria, Abuelas y Madres de Plaza de Mayo, abuelas, nietos recuperados, nietos, Estela de Carloto, HIJOS, 1983, '83, '80s, nunca más, juicios/juicio, 30 años, 30 años de democracia ininterrumpidos, pos dictadura, no más dictadura, fin de la dictadura
56. Referencias al Kirchnerismo	Cristina, CFK, Kirchner, Néstor, kirchnerismo, Scioli, década
57. Referencias al Peronismo	Perón, Juan Domingo Perón, Evita, María Eva Duarte de Perón, peronismo, peronista, Cámpora, Duhalde, antiperonismo
58. Referencias al Radicalismo	Alfonsín, radicales, radical, Illia, Alianza, UCR, Yrigoyen
59. Referencias al sistema económico	capitalismo, neoliberalismo, liberalismo, liberal, empresas, industria, economía, burguesa, corporación, corralito, empresarios, oligarquía, riquezas, corporaciones, establishment, producto interno
60. Respeto, Tolerancia y Convivencia	respeto, tolerancia, respeto a otras formas de pensamiento, respeto por pensamiento y opiniones diferentes, reconocimiento al otro, convivencia, comprensión, aceptación, todos, prójimo, escuchar, escucha, posturas, diálogo, consenso, acuerdos, compañerismo, empatía
61. Seguridad	seguridad jurídica, seguridad, seguridad democrática,
62. Símbolos patrios y de la democracia	cabildo, preámbulo, plaza de mayo, constitución, bandera, casa rosada, cadenas rotas, simbolismo, Malvinas, código civil, leyes, la casa está en orden.
63. Soberanía	soberanía, independencia, autonomía, emancipación, gobierno independiente, país soberano

64. Sociedad, Comunidad y Ciudadanos.	sociedad, social, colectivo, pueblo argentino, personas, seres humanos, gente, población, colectividad, sociales, argentinos, comunidad, ciudadanía, ciudadanos, pueblo, pueblos, naturaleza del argentino, clase popular, jóvenes, juventud -, trabajadores, aborígenes mujer, mujeres, familia, construcción social, ciudadanía política, ciudadanía responsable, validación de la ciudadanía
65. Unión	unión, unidad, encuentro, objetivo común, objetivos comunes, hermandad, hermanos, pueblo unido
66. Utopía	utopía, utópico, sueño, anhelo
67. Valores	valores, valor, ética, verdad, solidaridad, transparencia, paz, lealtad, conciencia, honestidad, ideal, sinceridad, honra, generosidad, credibilidad, honor, dignidad, orden, hacer el bien, cooperación, compartir, coraje, voluntad de ser más humanos, no corrupción, confianza, gobierno transparente, convicción
68. Violencia y Conflicto	poca tolerancia, intolerancia, falta de escucha, peleas, barbarie, todo vale, violencia, falta de códigos, oposición, conflictos, conflicto, división, rebelión, desacuerdos, bandos, litigio, polarizado
69. Voto y Elecciones	voto, votos, sufragio, voto secreto, elecciones, elección, electoralismo, votación, votaciones, votar, sufragar, voto popular, voto femenino, voto de la mujer, elección de la mayoría, elección del pueblo, elecciones presidenciales, elección soberana, voto obligatorio, boleta única, decisión electoral, voto igualitario, urna, PASO, electores, voto universal, voto electrónico, elección de representantes, junta electoral, ballotage, campaña
Definidoras Excluidas / No pertinentes	deficiente democracia, UNC, Ypf, Aerolíneas Argentinas, Favaloro, soldados, Grecia, Estados Unidos Países nórdicos, injerencia extranjera, Latinoamérica, América, servicio, el único camino, perder, creer, universal, real, tradicional, contralor, perfeccionar, concientización, increíble, sacrificio, distinto, tímida, gente en la calle, ocuparse, vencimos, asistencialismo, límites, proceso, la que supimos conseguir, intereses, ni una menos, responsabilidad falsa, formación ética y ciudadana, secreto, presente/ voluntad, salud, esfuerzo, sueño, capacidad, triunfo, ayuda, particular, particularidad, época, fuerza, amor, duda, hijo, mejor, finalidad, ganancias, tiempo, pendientes, experiencia, fe, drogas, hacer, politiquizada, juego, permanente?, plan, recta, carácter, pobre Sócrates, mal expresada a través de actos formales como elecciones gubernamentales, intención, reconocimiento, otros, lo mismo,

	Luchesi, búsqueda, amigos, Cristina No, ¿y las obligaciones?, sin palabras, cadena nacional, pasado, tratar, telón, litigio, infancia, acción, más, condición, actualidad, hoy, deseo, Conjunto, días, agradecimiento, claridad, herencia, ritual, estudiar los candidatos, pisos, costoso, presencia, en fin, hijos incontrolables, números, ciudad, aventura, sensaciones, termómetro, tren, fiesta, terreno, frontera, corto, quinto grado, Buenos Aires, hay, querer, gracias, vida cotidiana, intentar
--	---

ANEXO 3. CUESTIONARIO APLICADO EN EL ESTUDIO POBLACIONAL.

Este trabajo es un estudio sobre la percepción de legitimidad política de los ciudadanos de Córdoba. Es llevado a cabo por investigadores/as de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba y es parte de un proyecto de Doctorado y de una beca del CONICET. Las respuestas dadas por usted serán confidenciales y anónimas, y se utilizarán con fines exclusivamente académicos. Su colaboración es muy importante para nosotros/as por eso le pedimos que se tome el tiempo necesario para cada pregunta, de tal modo que se sienta seguro al responder. Le agradecemos mucho su colaboración. En primer lugar, le realizaremos una serie de preguntas referidas a aspectos socioeconómicos que serán utilizadas para analizar las respuestas por Ud. brindadas. Luego avanzaremos sobre las preguntas referidas al objeto de este estudio. Completar el cuestionario nos llevará unos 45 minutos aproximadamente.

1. Sexo		Hombre	1			
		Mujer	2			
2. Edad						
3. Nivel Educativo del Entrevistado	1-Nunca asistió	4- Secundaria incompleta	7- Terciaria Completa	10- Escuela especial		
	2- Primaria incompleta	5-Secundaria completa	8- Universitaria incompleta	99- Ns/Nc		
	3- Primaria Completa	6- Terciaria incompleta	9- Universitaria completa			
4. Cantidad de personas que habitan en su hogar (bajo el mismo techo)						
5. Cantidad de personas que aportan ingresos en su hogar						
6. Ocupación del Principal Sostén del Hogar (PSH)	1- Desocupado	3- Jubilado o pensionado	5- Rentista	Otro. Especificar _____		
	2-Ocupado <i>(pase a pgta 7 a 10)</i>	4- Ama de casa	6- Estudiant	99- Ns/Nc		
7. Modalidad de inserción laboral del PSH.	Es el PSH ... ?	1- Empleador , Patrón	3- Trabajador por cuenta propia / Independiente (<i>no se contrata, aunque se puede contar con socios</i>)			
		2- Empleado				
8. ¿Cuál es la ocupación del PSH? (Preguntar de modo específico. Preguntar si tiene personas a cargo en el trabajo y cuántos)					

9. Nivel Educativo del PSH	1- Nunca asistió	4- Secundaria incompleta	7- Terciaria Completa	10- Escuela especial		
	2- Primaria incompleta	5- Secundaria completa	8- Universitaria incompleta	99- Ns/Nc		
	3- Primaria Completa	6- Terciaria incompleta	9- Universitaria completa			
10. ¿Tiene Cobertura de Sa	1. Sí (prepaga u Obra Social)		2. No		99. Ns/Nc	

11. **Representaciones Sociales sobre Democracia Argentina:** ¿Qué se le viene a la mente si yo le digo: **“DEMOCRACIA ARGENTINA”**? Anotar hasta 5 palabras o conceptos (No se aceptan frases enteras, pero si expresiones compuestas, por ejemplo: “gobierno del pueblo”). A continuación, pedir a la persona que los ordene según su relevancia.

CONCEPTO	ORDEN

12. **Valores Psicosociales:** Voy a leerle una lista de valores sociales y le voy a pedir que usted le asigne una nota de 1 a 10, considerando el grado de importancia de cada uno de esos valores para la **construcción de una sociedad ideal para vivir**. Mientras menor sea la nota, menor será la importancia del valor y mientras mayor sea la nota, mayor será su importancia.

a. Alegría		i. Justicia Social		q. lucro	
b. Amor		j. Libertad		r. sexualidad	
c. Autorrealización		k. Realización Profesional		s. Obediencia a la ley de Dios	
d. Competencia		l. responsabilidad		t. Religiosidad	
e. Comodidad		m. autoridad		u. Salvación del Alma	
f. Dedicación al trabajo		n. Status		v. Temor de Dios	
g. Fraternidad		o. Riqueza		w. Sensualidad	
h. Igualdad		p. Una vida excitante		x. Placer	

13. **Apoyo al Sistema Política Argentino:** A continuación, verás una serie de afirmaciones para las que deberás indicar tu grado de desacuerdo o acuerdo en función de la escala presentada. Te pedimos que lo hagas pensando en el **SISTEMA POLÍTICO ARGENTINO**.

Totalmente en Desacuerdo	Algo en Desacuerdo	Ni de acuerdo ni en Desacuerdo	Algo de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo
1	2	3	4	5

En general, creo que nuestro sistema democrático es justo	1	2	3	4	5	9
En general, el sistema político argentino funciona como debería	1	2	3	4	5	9

funcionar						
El sistema político argentino necesita ser profundamente reformado	1	2	3	4	5	9
Nuestro sistema democrático es el mejor posible.	1	2	3	4	5	9
La mayoría del las políticas públicas contribuyen al bien común	1	2	3	4	5	9
El funcionamiento de la política está establecido de manera que las cosas puedan mejorar	1	2	3	4	5	9
Los partidos políticos representan los diferentes espíritus de la sociedad	1	2	3	4	5	9
Los políticos en la actualidad, actúan más en favor de los lobbies (y presiones) que de otros ciudadanos.	1	2	3	4	5	9

14. **RWA:** Ahora te presentamos una serie de afirmaciones referidas a distintos temas. Te pedimos que indiques tu grado de acuerdo o desacuerdo con cada una de ellas.

Totalmente en Desacuerdo	Algo en Desacuerdo	Ni de acuerdo ni en Desacuerdo	Algo de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo
1	2	3	4	5

Nuestro país necesita un líder poderoso que pueda enfrentar a los extremistas e inmorales que actualmente prevalecen en nuestra sociedad	1	2	3	4	5	9
Las leyes de dios sobre el aborto, la pornografía y el matrimonio deben ser seguidas estrictamente antes de que sea demasiado tarde, sus transgresiones deben ser castigadas	1	2	3	4	5	9
Nuestros ancestros debieron ser más honrados por la forma en que construyeron esta sociedad, por ello, es necesario poner fin a las fuerzas que la están destruyendo	1	2	3	4	5	9
Hay muchas personas extremistas e inmorales tratando de arruinar las cosas; la sociedad debe detenerlos	1	2	3	4	5	9
Los hechos muestran que debemos ser más duros con el crimen y la inmoralidad sexual con el fin de mantener la ley y el orden	1	2	3	4	5	9
Si la sociedad así lo quiere, es deber de todo buen ciudadano ayudar a eliminar el mal que destruye nuestro país desde adentro	1	2	3	4	5	9

15. **SDO:** nuevamente indique su grado de acuerdo con cada una de estas afirmaciones, según la misma escala.

Para salir adelante en la vida, algunas veces es necesario pasar por encima de otros grupos de personas	1	2	3	4	5	9
Habría menos problemas si tratáramos a los diferentes grupos de manera más igualitaria	1	2	3	4	5	9
Todos los grupos superiores deberían dominar a los grupos inferiores	1	2	3	4	5	9

d. La igualdad entre grupos de personas debería ser nuestro ideal	1	2	3	4	5	9
Es normal que haya grupos superiores y grupos inferiores	1	2	3	4	5	9
Se debe aumentar la igualdad social	1	2	3	4	5	9
Probablemente es bueno que ciertos grupos estén en una posición superior y otros en una posición inferior	1	2	3	4	5	9
Debemos luchar por conseguir ingresos más igualitarios para todos	1	2	3	4	5	9
Los grupos inferiores deberían mantenerse en su posición	1	2	3	4	5	9
Sería deseable que todos los grupos fueran iguales	1	2	3	4	5	9

16. **Actitudes hacia la Democracia:** A continuación, le voy a describir 4 formas en las que se podría gobernar un país y le voy a pedir que me indique que piensa de cada forma de acuerdo con la siguiente escala. Es una forma de gobernar el país...

Muy mala						Muy buena
1	2	3	4	5	6	

Tener un líder fuerte que no tenga que preocuparse por el congreso y las elecciones.	1	2	3	4	5	6	9
Tener expertos, no gobernantes, que tomen decisiones acerca de lo que piensan que es lo mejor para el país	1	2	3	4	5	6	9
Tener un régimen militar	1	2	3	4	5	6	9
Tener un sistema político democrático.	1	2	3	4	5	6	9

17. **Actitudes hacia la Democracia:** Ahora voy a leerle opiniones de algunas personas acerca de la democracia y le voy a pedir que usted me indique su grado de acuerdo o en desacuerdo con cada afirmación, según la siguiente escala (**TARJETA 3**):

Totalmente en Desacuerdo	Bastante en Desacuerdo	Ligeramente en Desacuerdo	Ligeramente de Acuerdo	Bastante de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo
1	2	3	4	5	6

a. En democracia, el sistema económico funciona mal	1	2	3	4	5	6	9
b. Las democracias son indecisas y tienen muchas disputas	1	2	3	4	5	6	9
c. Las democracias no son buenas para mantener el orden	1	2	3	4	5	6	9
d. La Democracia puede tener problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno	1	2	3	4	5	6	9
e. Solo en un país democrático las personas pueden desarrollarse plenamente	1	2	3	4	5	6	9
f. La democracia es esencial para el buen funcionamiento de un país	1	2	3	4	5	6	9
g. Es mejor una dictadura competente que una democracia incompetente	1	2	3	4	5	6	9
h. Las elecciones no son necesarias para tener un buen gobierno	1	2	3	4	5	6	9

18. **Creencias Globales en un Mundo Justo:** Ahora verás una serie de frases que ponen de manifiesto distintas formas de pensar, sentir y comportarse. Indica aquí tu grado de acuerdo o desacuerdo siguiendo la escala que usamos en la pregunta anterior.

Las personas obtienen los castigos y recompensas que merecen	1	2	3	4	5	6	9
Cuando una persona se esfuerza, es reconocida y recompensada	1	2	3	4	5	6	9
Las personas obtienen lo que merecen	1	2	3	4	5	6	9
Pienso que las recompensas y castigos son atribuidos de forma justa	1	2	3	4	5	6	9
Las personas se encuentran con las desgracias que ellas mismas ocasionan	1	2	3	4	5	6	9
Las personas reciben lo que tienen derecho a tener	1	2	3	4	5	6	9
Yo generalmente pienso que el mundo es un lugar justo	1	2	3	4	5	6	9

19. **Conocimiento Político:** Aquí le haré algunas preguntas sobre el gobierno. Aún si no está muy seguro, le pido que me dé su mejor respuesta

0. No sé	1. Incorrecta	2. Parcialmente Correcta	3. Correcta		
Denominación de los 3 poderes del Estado	0	1	2	3	9
Organismo de decisión sobre la constitucionalidad de las leyes.....	0	1	2	3	9
Partido con más miembros en el poder legislativo provincial.....	0	1	2	3	9
Responsables del nombramiento de Jueces de la Suprema Corte de Justicia	0	1	2	3	9
Organismo encargado de promulgar leyes provinciales	0	1	2	3	9
¿Un ciudadano puede asistir a las sesiones del Poder Legislativo?	0	1	2	3	9
Partido al que pertenece Ramón Mestre	0	1	2	3	9
Mayoría requerida en el Senado para vetar un decreto presidencial.....	0	1	2	3	9

20. **Interés Político:** De acuerdo con la escala siguiente indique ¿Qué interés le producen cada una de las siguientes situaciones?

Ningún Interés	1	2	3	4	5	Mucho Interés
Disfruto teniendo conversaciones sobre asuntos políticos y de gobierno	1	2	3	4	5	9
Usualmente estoy interesado en los asuntos de política	1	2	3	4	5	9
Me interesa averiguar cómo funcionan los partidos políticos	1	2	3	4	5	9
Escuchar o ver noticias sobre política es interesante	1	2	3	4	5	9
Me atrae el momento donde se dan las campañas políticas	1	2	3	4	5	9
Leer información sobre política es interesante	1	2	3	4	5	9

21. Eficacia Política Externa: Ahora le haré algunas preguntas sobre la influencia que tienen personas como Ud. con respecto al acontecer político del país.

Nada	1	2	3	4	5	Mucho
-------------	---	---	---	---	---	--------------

¿En qué medida Ud. siente que tener elecciones hace que el Gobierno preste atención a lo que la gente piensa?	1	2	3	4	5	9
¿Cuánta atención cree Ud. que el Gobierno le presta a lo que la gente piensa, cuando decide lo que debe hacer?	1	2	3	4	5	9
¿Cree Ud. que su opinión ejerce alguna influencia sobre las decisiones del Gobierno?	1	2	3	4	5	9
Las acciones del gobierno ¿mejoran el bienestar de la gente?	1	2	3	4	5	9

22. Eficacia Política Interna: Considerando la misma escala del 1 al 5, ¿en qué medida Ud. está de acuerdo o no con las siguientes afirmaciones?

Totalmente en Desacuerdo	Algo en Desacuerdo	Ni de acuerdo ni en Desacuerdo	Algo de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo
1	2	3	4	5

Sería interesante postularse para un puesto político	1	2	3	4	5	9
Disfrutaría siendo del grupo donde eligen los candidatos a los puestos políticos	1	2	3	4	5	9
Me considero competente para participar en política	1	2	3	4	5	9
Podría desempeñarme en un puesto político tan bien como cualquier persona	1	2	3	4	5	9

23. Cinismo Político: Le pedimos que usted indique su grado de acuerdo o desacuerdo (según escala) con cada una de las siguientes afirmaciones

Totalmente en Desacuerdo	Bastante en Desacuerdo	Ligeramente en Desacuerdo	Ligeramente de Acuerdo	Bastante de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo
1	2	3	4	5	6

Esté quien esté en el poder, siempre busca sus intereses personales.	1	2	3	4	5	6	9
Casi todos los políticos traicionarían sus ideales o romperían sus promesas si eso incrementara su poder	1	2	3	4	5	6	9
La mayoría de las personas que entran en la política se vuelven deshonestas.	1	2	3	4	5	6	9
La mayoría de los políticos hablan mucho, pero hacen poco para resolver las cosas realmente importantes.	1	2	3	4	5	6	9
Sí un político mantiene sus principios y sus ideales, probablemente no alcance el éxito en esta profesión.	1	2	3	4	5	6	9

24. **Clima Socioemocional:** Quisiera que ahora evalúe el estado actual del país.

Totalmente en Desacuerdo	Algo en Desacuerdo	Ni de acuerdo ni en Desacuerdo	Algo de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo
1	2	3	4	5

La situación económica es muy buena	1	2	3	4	5	9
El clima o ambiente general afectivo de su país es muy bueno	1	2	3	4	5	9

25. **Clima Socioemocional:** El ambiente o clima social es..... (TARJETA 5)

Nada	1	2	3	4	5	Mucho
------	---	---	---	---	---	-------

De esperanza, esperanzado	1	2	3	4	5	9
Solidario, de ayuda mutual	1	2	3	4	5	9
De confianza en las instituciones	1	2	3	4	5	9
De miedo, ansiedad, preocupación	1	2	3	4	5	9
De enojo, hostilidad, agresividad entre las personas	1	2	3	4	5	9
De tristeza, Pasividad, bajo estado de ánimo	1	2	3	4	5	9
De alegría, confianza, contento	1	2	3	4	5	9
De tranquilidad para hablar	1	2	3	4	5	9

26. **Tolerancia Política:** Ahora le voy a pedir que me responda a las siguientes preguntas **Pensando en las personas que siempre hablan mal de la forma de gobierno de Argentina, no sólo del gobierno actual, sino de la forma de gobierno...**

1= Desapruero totalmente	2	3	4	5	6	7	8	9	10= Apruebo totalmente
--------------------------	---	---	---	---	---	---	---	---	------------------------

¿Con qué firmeza aprueba o desapruera el derecho de votar de esas personas?	
¿Con qué firmeza aprueba o desapruera el que estas personas puedan llevar a cabo manifestaciones pacíficas con el propósito de expresar sus puntos de vista?	
¿Con qué firmeza aprueba o desapruera que estas personas puedan postularse para cargos públicos?	
¿Con qué firmeza aprueba o desapruera que estas personas salgan en la televisión para dar un discurso?	

27. **Participación Política:** En el último año, ¿Ud. ha participado en alguna organización social? ¿Cuál? ¿Con qué frecuencia? ¿Qué tan significativo fue para usted?

Tipo de organización	No	SÍ (FRECUENCIA)	Significación De 1 a 10
a. Religiosa, ¿Cuál?	0		
b. Sobre temas Sexuales/ de género, ¿Cuál?	0		
c. Ambientalista, ¿Cuál?	0		

d. Estudiantil (Incluye cooperadora escolar), ¿Cuál?	0		
e. Centro vecinal / cooperativa barrial, ¿Cuál?	0		
f. Organización Política (Incluye partidos), ¿Cuál?	0		
g. Gremio o Sindicato (participación activa)- ¿Cuál?	0		
f. Otra organización- ¿Cuál?	0		

28. **Justificación de un golpe de estado:** Ahora hablemos de otros temas. Algunos dicen que en ciertas circunstancias se justificaría que hubiera un golpe de estado. En su opinión, de 1 a 10, bajo qué situaciones se justificaría que hubiera un golpe de estado.

1= no se justificaría	2	3	4	5	6	7	8	9	10= se justificaría		
Frente al Desempleo muy alto	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
Frente a muchas protestas sociales	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
Frente a mucha delincuencia	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
Frente a la alta inflación, con aumento excesivo de precios	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99
Frente a mucha corrupción	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	99

¿Cree Ud. que alguna vez puede haber razón suficiente para un golpe de estado o cree que nunca hay suficiente razón para eso?	Sí, podría haber	Nunca habría razón
---	------------------	--------------------

29. **Percepción de Justicia Procedimental:** En tu opinión, ¿con qué frecuencia crees que los funcionarios públicos tratan con justicia a las personas como vos?

1. Casi Nunca	2. Raramente	3. Ocasionalmente	4. Frecuentemente	5. Casi Siempre
------------------	-----------------	----------------------	----------------------	--------------------

30. **Percepción de Justicia Procedimental:** ¿Crees que el trato que recibe la gente por parte de los funcionarios públicos depende de a quién conocen?

1. Definitivamente no	2. Probablemente No	3. En ocasiones sí y en ocasiones No	4. Probablemente Sí	5. Definitivamente Sí
--------------------------	------------------------	---	------------------------	--------------------------

31. **Percepción de Anomia:** A continuación, le leeré una serie de afirmaciones. Le pedimos que indique su grado de desacuerdo o acuerdo con cada una de ellas teniendo en cuenta la escala indicada.

Totalmente en Desacuerdo	Algo en Desacuerdo	Ni de acuerdo ni en Desacuerdo	Algo de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo		
1	2	3	4	5		
Hoy en día con las cosas tan inciertas, parece que casi cualquier cosa podría suceder.	1	2	3	4	5	9
Lo que escasea hoy en día son el antiguo tipo de amistades que duraban	1	2	3	4	5	9

toda la vida.						
Con tal estado de desorden en que están las cosas, para una persona es difícil saber qué le va a pasar de un día para otro.	1	2	3	4	5	9
En estos días todo cambia tan rápidamente que frecuentemente tengo problemas para decidir cuáles son las reglas correctas a seguir.	1	2	3	4	5	9
A menudo siento que muchas cosas que eran valiosas para nuestros padres se están perdiendo frente a nuestros ojos	1	2	3	4	5	9
El problema con el mundo de hoy es que la mayoría de la gente realmente no cree en nada.	1	2	3	4	5	9
A menudo me siento incomodo y fuera de lugar	1	2	3	4	5	9
La gente estaba mejor en los tiempos de antes, cuando todos sabían exactamente qué es lo que tenían que hacer.	1	2	3	4	5	9
Me parece que a otras personas se les hace más fácil que a mi decidir qué es lo correcto	1	2	3	4	5	9

32. **Confianza Política:** A continuación, te voy a pedir que evalúes, de 1 a 5 el desempeño y la honestidad de cada una de las siguientes instituciones o grupos de personas (esto es, la medida en que cumplen adecuadamente con sus funciones). En esta escala, 1 indica una valoración negativa hasta 5 que indica una valoración óptima.

1= Negativo	2	3	4	5= óptimo	Desempeño	Honestidad
Poder ejecutivo nacional (presidencia y ministros/as)						
Poder legislativo nacional (diputados/as y senadores/as)						
Poder judicial nacional (corte suprema y jueces/as federales).						
Partidos Políticos						
Organizaciones Civiles						

33. **Confianza Social:** Ahora, pensando en las personas en general, te voy a pedir que me indiques tu grado de desacuerdo o acuerdo con las siguientes afirmaciones, según la escala propuesta.

Totalmente en Desacuerdo	Algo en Desacuerdo	Ni de acuerdo ni en Desacuerdo	Algo de Acuerdo	Totalmente de Acuerdo						
1	2	3	4	5						
Existen sólo unas pocas personas en las que puedo confiar plenamente					1	2	3	4	5	9
La mayoría del tiempo podemos estar seguros que los demás desean lo mejor para nosotros					1	2	3	4	5	9
Si no somos cuidadosos, los demás pueden aprovecharse de nosotros.					1	2	3	4	5	9

34. **Cohesión Social.** Pensando en las personas en tu barrio, en tus vecinos, en qué medida realizan las siguientes acciones de acuerdo a la siguiente escala.

1- Casi Nunca	2- Raramente	3- Ocasionalmente	4- Frecuentemente	5- Casi siempre	
Los adultos vigilan que los niños estén seguros					
1	2	3	4	5	9
Cuando una casa está sola otros la cuidan					
1	2	3	4	5	9
Los vecinos se hacen favores como prestarse herramientas					
1	2	3	4	5	9

35. **Modelos de Rol.** ¿En tu barrio, hay personas que los niños o jóvenes puedan admirar por...

Destacar en el deporte?	Sí	No
Ser Gente muy trabajadora?	Sí	No
Ser muy cooperadoras en la solución de problemas?	Sí	No

36. Percepción de Corrupción. En tu opinión....	Casi Ninguno	Pocos	Muchos	Casi todos	Ns/Nc
Cuántos Políticos están involucrados en la corrupción	1	2	3	4	9
Cuántos funcionarios públicos están involucrados en la corrupción.	1	2	3	4	9

37. **Voto.** ¿A quién voto en la segunda vuelta en las últimas elecciones presidenciales?

Daniel Scioli	Mauricio Macri	En Blanco/Impugnó	No voté
---------------	----------------	-------------------	---------

38. **Autoposicionamiento Ideológico.** En política a veces se habla de "izquierda" y "derecha" para definir la orientación ideológica de una persona. Usando la siguiente escala, me gustaría que usted se posicione de acuerdo con su propia ideología.

Totalmente de Izquierda	Bastante de Izquierda	Algo de Izquierda	Centro	Algo de derecha	Bastante de derecha	Totalmente de Derecha
1	2	3	4	5	6	7

No leer estas opciones, solo marcar si la persona las nombra:

Apolítico	Apartidario	Independiente	Ninguna	No puede ubicarse, NS/NC
8	9	10	11	99

39. **Nivel de Democracia Percibido:** Finalmente... ¿En qué medida crees que Argentina es un país democrático?

1= Nada Democrático	2	3	4	5	6= Muy democrático
---------------------	---	---	---	---	--------------------

ANEXO 4. MODELOS EXPLICATIVOS DE LEGITIMIDAD POLÍTICA DEMOCRÁTICA. DATOS DESCRIPTIVOS

Exponemos aquí los análisis descriptivos de las variables independientes analizadas en nuestros modelos path de legitimidad política. No se consignan las variables dependientes dado que estas se reportan en el cuerpo de la tesis (Capítulo 6).

Tabla A1.

Media, desviación estándar, asimetría y curtosis de las variables independientes.

	Min.	Max.	M	SD	Asimetría	Curtosis
Variables de Desempeño						
Nivel de democracia	1	6	4,00	1,13	,42	,08
Percepción de Justicia procedimental	2	10	4,44	1,62	,34	,02
Percepción de corrupción política	2	8	6,72	1,09	-,45	,07
Confianza en los poderes del Estado	6	30	13,45	4,67	,31	-,40
Confianza en partidos políticos	2	10	4,10	1,73	,42	-,45
Variables de Cultura Política						
Clima positivo	7	35	16,68	5,45	,25	-,51
Clima negativo	3	15	10,95	2,67	-,43	-,11
Cinismo político	4	24	17,35	4,82	-,69	-,10
Percepción de anomia	9	45	27,81	7,62	,02	-,47
Confianza social	3	15	6,92	2,50	,37	-,29
Cohesión social	3	15	10,00	2,98	,30	-,49
Modelos de Rol	0	3	1,71	,98	,32	-,89
Confianza en ONGs	2	10	6,48	1,92	-,46	-,06
Valores posmaterialistas	9	90	77,39	10,49	-2,09	8,00
Valores materialistas	4	40	21,32	8,19	-,29	-,75
Valores religiosos	4	40	15,57	11,76	,64	-,94
Valores hedonistas	4	40	24,87	8,49	-,60	-,12
Tolerancia política	4	40	29,07	9,87	-,62	-,61
Justificación de un golpe de estado	5	50	14,27	12,44	1,30	,60
Variables de Movilización Cognitiva						
Conocimiento político	0	16	7,56	3,74	-,26	-,72
Interés político	6	30	18,31	7,52	-,08	-1,16
Eficacia política Interna (EPI)	4	20	11,05	4,90	,03	-1,15
Eficacia política Externa (EPE)	4	20	9,98	3,30	,29	-,15
Participación política	0	4	,30	,68	2,74	8,10
Variables de Justificación de Sistema						
RWA	6	30	16,32	7,13	,14	-1,19
SDO – Orientación a la dominancia grupal	5	25	9,90	4,23	,73	-,18
SDO – Oposición a la igualdad	5	25	8,21	3,56	1,39	2,24
Creencia en un mundo justo (CMJ)	6	42	18,03	7,54	,72	,01
Posicionamiento ideológico de derecha	1	7	3,60	1,29	,13	-,02

En las próximas páginas se expone la distribución de frecuencias de los ítems de las escalas de legitimidad política, percepción de justicia procedimental, percepción de corrupción, confianza política, conocimiento, interés, eficacia y participación política. Se seleccionan estas variables dado que son aquellas más relevantes para la caracterización de la cultura política local que discutimos en el capítulo 9.

Tabla A2

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable preferencia por la democracia (%)

	Totalmente en desacuerdo	Bastante en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Algo de acuerdo	Bastante de acuerdo	Totalmente de acuerdo
Líder Fuerte	48,4	14,7	13,6	11,4	6,2	5,7
Expertos	17,4	11,9	16	18,5	18	18,2
Régimen Militar	72,1	8,8	5,9	5,5	4,4	3,3
Mejor una dictadura Competente	58,5	17,1	7,5	7,3	5,1	4,6
Sistema Democrático	2,6	1,8	5,7	7,5	23,7	58,7

Tabla A3

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable apoyo a la democracia como ideal (%)

	Totalmente en desacuerdo	Bastante en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Algo de acuerdo	Bastante de acuerdo	Totalmente de acuerdo
La Democracia puede tener problemas, pero es mejor que cualquier otra forma de gobierno	2,9	3,7	6,2	14,7	27,7	44,8
Solo en un país democrático las personas pueden desarrollarse plenamente	4,4	4,0	7,9	17,1	30,3	36,3
La democracia es esencial para el buen funcionamiento de un país	2,9	3,7	5,5	18,9	30,5	38,5
Sistema Democrático como buena forma de gobierno	2,6	1,8	5,7	7,5	23,7	58,7

Tabla A4

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable apoyo a la democracia como ideal (%)

	Totalmente en desacuerdo	Bastante en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Algo de acuerdo	Bastante de acuerdo	Totalmente de acuerdo
En democracia, el sistema económico funciona mal	29,9	16,5	17,5	20,4	15,4	9,5
Las democracias no son buenas para mantener el orden	35,8	23,7	14,5	10,8	8,6	6,6
Las democracias son indecisas y tienen muchas disputas	9,9	17,4	14,3	28,4	18,2	11,9

Tabla A5

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable apoyo al sistema político argentino (%)

	Totalmente en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo de acuerdo	Totalmente de acuerdo
En general, creo que nuestro sistema democrático es justo	31,4	30,5	14,7	19,8	3,5
En general, el sistema político argentino funciona como debería funcionar	46,2	34,1	10,3	7,9	1,5
El sistema político argentino necesita ser profundamente reformado	4,0	9,7	12,7	28,8	44,8
Nuestro sistema democrático es el mejor posible.	40,9	31,4	16,7	7,9	3,1
La mayoría del las políticas públicas contribuyen al bien común	30,1	32,5	17,8	15,6	4,0
El funcionamiento de la política está establecido de manera que las cosas puedan mejorar	27,7	33,0	17,4	18,2	3,7
Los partidos políticos representan los diferentes espíritus de la sociedad	29,9	19,8	19,3	21,3	9,7
Los políticos en la actualidad, actúan más en favor de los lobbies (y presiones) que de otros ciudadanos.	7,5	6,6	10,8	31,9	43,3

Tabla A6

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable percepción de Justicia procedimental (%)

	Casi Nunca	Raramente	Ocasionalmente	Frecuentemente	Casi Siempre
¿Con qué frecuencia crees que los funcionarios públicos tratan con justicia a las personas como vos?	21,3	30,3	36,7	9,9	1,8
¿Crees que el trato que recibe la gente por parte de los funcionarios públicos depende de a quién conocen?	1,8	3,1	26,2	34,9	34,1

Tabla A7

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable percepción de corrupción política (%)

	Casi ninguno	Pocos	Muchos	Casi todos
Cuántos Políticos están involucrados en la corrupción	0,4	4	50,1	45,5
Cuántos funcionarios públicos están involucrados en la corrupción.	0,4	6,4	53,8	39,3

Tabla A8

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable confianza política (%)

	Negativo	2	3	4	Óptimo
Desempeño Poder Ejecutivo	30,1	20,2	32,7	13,4	3,5
Honestidad Poder Ejecutivo	39,6	19,1	20,0	15,6	5,7
Desempeño Poder Legislativo	19,6	36,9	35,2	7,5	0,9
Honestidad Poder Legislativo	28,8	36,7	28,6	4,6	1,3
Desempeño Poder Judicial	27,5	35,2	26,8	9,5	1,1
Honestidad Poder Judicial	33,6	35,8	20,4	8,6	1,5
Desempeño Partidos Políticos	30,3	30,5	30,5	6,8	1,8
Honestidad Partidos Políticos	38,2	36,0	22,2	3,1	0,4

Tabla A9

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable participación política (%)

	Si	No
Participa en alguna organización	20,4	79,6
Religiosa	5,5	94,5
Sobre temas Sexuales/ de género,	1,8	98,2
Ambientalista	2,0	98
Estudiantil	5,1	94,9
Centro vecinal / cooperativa barrial	2,9	97,1
Organización Política (Incluye partidos)	4,8	95,2
Gremio o Sindicato (participación activa)	2,0	98
Otra organización	5,7	94,3

Tabla A10

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable conocimiento político (%)

	No sabe/ Incorrecta	Parcialmente Incorrecta	Correcta
Denominación de los 3 poderes del Estado	20,4	9,5	70,1
Organismo de decisión sobre la constitucionalidad de las leyes	72,5	12,3	15,2
Partido con más miembros en el poder legislativo provincial	55,6	16	28,4
Responsables del nombramiento de Jueces de la Suprema Corte de Justicia	42,1	48,8	8,1
Organismo encargado de promulgar leyes provinciales	39,6	5,7	54,7
¿Un ciudadano puede asistir a las sesiones del Poder Legislativo?	35,2	1,5	63,3
Partido al que pertenece Ramón Mestre	15,8	1,8	82,4
Mayoría requerida en el Senado para vetar un decreto presidencia	85,7	13	1,3

Tabla A11

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable interés político (%)

	Ningún Interés	2	3	4	Mucho interés
Disfruto teniendo conversaciones sobre asuntos políticos y de gobierno	19,8	16,5	18,5	18,7	26,6
Usualmente estoy interesado en los asuntos de política	19,8	15,4	17,8	21,3	25,7
Me interesa averiguar cómo funcionan los partidos políticos	26,8	16,7	20,7	18,2	17,6
Escuchar o ver noticias sobre política es interesante	16	13,6	23,7	24,6	22,0
Me atrae el momento donde se dan las campañas políticas	29,5	17,6	20,4	18,5	14,1
Leer información sobre política es interesante	18,5	15,2	17,6	23,3	25,5

Tabla A12

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable eficacia política externa (%)

	Nada	2	3	4	Mucho
¿En qué medida Ud. siente que tener elecciones hace que el Gobierno preste atención a lo que la gente piensa?	12,1	15,8	23,7	22,9	25,5
¿Cuánta atención cree Ud. que el Gobierno le presta a lo que la gente piensa, cuando decide lo que debe hacer?	25,9	33,8	27,7	8,8	3,7
¿Cree Ud. que su opinión ejerce alguna influencia sobre las decisiones del Gobierno?	49,7	21,8	19,1	6,8	2,6
Las acciones del gobierno ¿mejoran el bienestar de la gente?	20,7	31,0	38,0	5,5	4,8

Tabla A13

Distribución de las respuestas a los ítems de la variable eficacia política interna (%)

	Totalmente en desacuerdo	Algo en desacuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	Algo de acuerdo	Totalmente de acuerdo
Sería interesante postularse para un puesto político	40,7	12,7	15,6	20,7	10,3
Disfrutaría siendo del grupo donde eligen los candidatos a los puestos políticos	38,9	13,4	14,3	21,1	12,3
Me considero competente para participar en política	27,9	13,2	17,4	25,5	16,0
Podría desempeñarme en un puesto político tan bien como cualquier persona	24,8	9,2	16,0	26,4	23,5

ANEXO 5. DEMÓCRATAS INSATISFECHOS. ANÁLISIS DE PERFILES PSICO-POLÍTICOS. DATOS COMPLEMENTARIOS

En este anexo se presenta la información complementaria al análisis de perfiles presentado en el capítulo 7. Contiene las tablas de contingencia que exponen la asociación entre las variables no métricas y también los contrastes pos-hoc de los análisis de varianza de un factor que nos permiten comparar los distintos grupos en relación con el conjunto de variables de nuestro interés. El orden de presentación sigue el propuesto en el capítulo.

Tabla A1.

Asociación entre el sexo y las actitudes generales hacia el sistema político democrático

		No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	Demócratas Satisfechos	Total
Hombre	Recuento	16	34	146	196
	% dentro de Sexo	8.2%	17.3%	74.5%	100.0%
Mujer	Recuento	5	35	177	217
	% dentro de Sexo	2.3%	16.1%	81.6%	100.0%
Total	Recuento	21	69	323	413
	% dentro de Sexo	5.1%	16.7%	78.2%	100.0%

Tabla A2

Asociación entre el Nivel Educativo (N.E.) y las actitudes generales hacia el sistema político democrático

		No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	Demócratas Satisfechos	Total
Primario Incompleto	Recuento	0	1	5	6
	% dentro de N.E.	.0%	16.7%	83.3%	100.0%
Primario Completo	Recuento	1	7	4	12
	% dentro de N. E.	8.3%	58.3%	33.3%	100.0%
Secundario Incompleto	Recuento	9	19	37	65
	% dentro de N. E.	13.8%	29.2%	56.9%	100.0%
Secundario Completo	Recuento	5	19	69	93
	% dentro de N. E.	5.4%	20.4%	74.2%	100.0%
Terciario/Universitario Incompleto	Recuento	5	17	119	141
	% dentro de N.E.	3.5%	12.1%	84.4%	100.0%
Terciario/Universitario Completo	Recuento	1	6	89	96
	% dentro de N.E.	1.0%	6.3%	92.7%	100.0%
Total	Recuento	21	69	323	413
	% dentro de N.E.	5.1%	16.7%	78.2%	100.0%

Tabla A3.

Asociación entre el Nivel Socioeconómico (NSE) y las actitudes generales hacia el sistema político democrático.

		No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	Demócratas Satisfechos	Total
E	Recuento	0	2	0	2
	% dentro de NSE	.0%	100.0%	.0%	100.0%
D2	Recuento	6	19	28	53
	% dentro de NSE	11.3%	35.8%	52.8%	100.0%
D1	Recuento	9	19	100	128
	% dentro de NSE	7.0%	14.8%	78.1%	100.0%
C3	Recuento	6	20	93	119
	% dentro de NSE	5.0%	16.8%	78.2%	100.0%
C2	Recuento	0	7	73	80
	% dentro de NSE	.0%	8.8%	91.3%	100.0%
AB	Recuento	0	2	29	31
	% dentro de NSE	.0%	6.5%	93.5%	100.0%
Total	Recuento	21	69	323	413
	% dentro de NSE	5.1%	16.7%	78.2%	100.0%

Tabla A4.

Contrastes Pos Hoc en variables de desempeño entre perfiles de demócratas. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Justicia Procedimental	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.26
		Demócratas Satisfechos	-.86*
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.26
		Demócratas Satisfechos	-.60**
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	.86*
		Demócratas Insatisfechos	.60**

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A5.

Contrastes Pos Hoc en variables socio políticas del capital social Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Anomia	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	3.15
		Demócratas Satisfechos	8.05***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-3.1
		Demócratas Satisfechos	4.90***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-8.05***
		Demócratas Insatisfechos	-4.90***

Clima Positivo	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-1.06
		Demócratas Satisfechos	2.52
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	1.06
		Demócratas Satisfechos	3.58***
Cinismo Político	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-2.52
		Demócratas Insatisfechos	-3.58***
	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.56
		Demócratas Satisfechos	2.22
Cinismo Político	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.56
		Demócratas Satisfechos	2.78***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-2.22
		Demócratas Insatisfechos	-2.78***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A6.

Contrastes Pos Hoc en variables de relación y confianza social del capital social. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Confianza Social	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-1.33
		Demócratas Satisfechos	-2.38***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	1.33
		Demócratas Satisfechos	-1.05**
Confianza Social	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	2.38***
		Demócratas Insatisfechos	1.05**
	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-2.34**
		Demócratas Satisfechos	-2.22**
Cohesión Social	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	2.34**
		Demócratas Satisfechos	.12
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	2.22**
		Demócratas Insatisfechos	-.12
Confianza en ONGs	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	.06
		Demócratas Satisfechos	-.66
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-.06
		Demócratas Satisfechos	-.72*
Confianza en ONGs	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	.66
		Demócratas Insatisfechos	.72*

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A7

Contrastes Pos Hoc en variables de Valores Psicosociales, tolerancia política y justificación de un golpe de estado entre perfiles de demócratas. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Valores Posmaterialistas	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-4.53
		Demócratas Satisfechos	-7.56**
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	4.53
		Demócratas Satisfechos	-3.03
Demócratas Satisfechos	No Demócratas	7.56**	
	Demócratas Insatisfechos	3.03	
Valores Materialistas	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	2.32
		Demócratas Satisfechos	6.30***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-2.32
		Demócratas Satisfechos	3.98***
Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-6.30***	
	Demócratas Insatisfechos	-3.98***	
Valores Religiosos	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.09
		Demócratas Satisfechos	7.05*
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.09
		Demócratas Satisfechos	7.14***
Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-7.05*	
	Demócratas Insatisfechos	-7.14***	
Tolerancia Política	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-3.40
		Demócratas Satisfechos	-5.87*
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	3.40
		Demócratas Satisfechos	-2.47
Demócratas Satisfechos	No Demócratas	5.87*	
	Demócratas Insatisfechos	2.47	
Justificación de un Golpe de Estado	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	13.51***
		Demócratas Satisfechos	20.81***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-13.51***
		Demócratas Satisfechos	7.30***
Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-20.81***	
	Demócratas Insatisfechos	-7.30***	

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A8.

Contrastes Pos Hoc en variables de movilización cognitiva e involucramiento político entre perfiles de demócratas. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Conocimiento Político	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.68737
		Demócratas Satisfechos	-2.79**
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.69
		Demócratas Satisfechos	-2.11***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	2.79**
		Demócratas Insatisfechos	2.11***
Interés Político	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	.68
		Demócratas Satisfechos	-1.96
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-.68
		Demócratas Satisfechos	-2.64*
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	1.96
		Demócratas Insatisfechos	2.64*
Eficacia Política Externa	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.96
		Demócratas Satisfechos	-1.66
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.96
		Demócratas Satisfechos	-.70
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	1.66
		Demócratas Insatisfechos	.70

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A9.

Contrastes Pos Hoc en variables Ideológicas entre perfiles de demócratas. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
RWA	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	4.85*
		Demócratas Satisfechos	10.08***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-4.85*
		Demócratas Satisfechos	5.23***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-10.08***
		Demócratas Insatisfechos	-5.23***
SDO Dominancia	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	3.28**
		Demócratas Satisfechos	6.61***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-3.28**
		Demócratas Satisfechos	3.33***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-6.61***
		Demócratas Insatisfechos	-3.33***
Creencia en un Mundo Justo	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	.67
		Demócratas Satisfechos	5.40**
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-.67
		Demócratas Satisfechos	4.7***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-5.40**
		Demócratas Insatisfechos	-4.73***

	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	.28
		Demócratas Satisfechos	1.06**
Autoposicionamiento Ideológico	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-.28
		Demócratas Satisfechos	.78***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-1.06**
		Demócratas Insatisfechos	-.78***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A10.

Asociación entre el Nivel Socioeconómico (NSE) y las actitudes específicas hacia el sistema político democrático argentino

		No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	Demócratas Satisfechos	Total
E	Recuento	0	1	0	1
	% dentro de NSE	.0%	100.0%	.0%	100.0%
D2	Recuento	7	31	16	54
	% dentro de NSE	13.0%	57.4%	29.6%	100.0%
D1	Recuento	9	93	34	136
	% dentro de NSE	6.6%	68.4%	25.0%	100.0%
C3	Recuento	7	81	33	121
	% dentro de NSE	5.8%	66.9%	27.3%	100.0%
C2	Recuento	0	53	25	78
	% dentro de NSE	.0%	67.9%	32.1%	100.0%
AB	Recuento	0	17	15	32
	% dentro de NSE	.0%	53.1%	46.9%	100.0%
Total	Recuento	23	276	123	422
	% dentro de NSE	5.5%	65.4%	29.1%	100.0%

Tabla A11

Asociación entre el Nivel Educativo (NE) y las actitudes específicas hacia el sistema político democrático argentino

		No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	Demócratas Satisfechos	Total
Primario Incompleto	Recuento	0	3	3	6
	% dentro de N.E.	.0%	50.0%	50.0%	100.0%
Primario Completo	Recuento	2	8	3	13
	% dentro de N.E.	15.4%	61.5%	23.1%	100.0%
Secundario Incompleto	Recuento	10	35	19	64
	% dentro de N.E.	15.6%	54.7%	29.7%	100.0%
Secundario Completo	Recuento	5	66	27	98
	% dentro de N.E.	5.1%	67.3%	27.6%	100.0%
Terciario/Universitario Incompleto	Recuento	4	102	38	144
	% dentro de N.E.	2.8%	70.8%	26.4%	100.0%
Terciario/Universitario Completo	Recuento	2	62	33	97
	% dentro de N.E.	2.1%	63.9%	34.0%	100.0%
Total	Recuento	23	276	123	422
	% dentro de N.E.	5.5%	65.4%	29.1%	100.0%

Tabla A12

Asociación entre el Comportamiento Electoral (Voto) y las actitudes específicas hacia el sistema político democrático argentino

		No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	Demócratas Satisfechos	Total
Daniel Scioli	Recuento	1	86	54	141
	% dentro de Voto	.7%	61.0%	38.3%	100.0%
Mauricio Macri	Recuento	17	127	50	194
	% dentro de Voto	8.8%	65.5%	25.8%	100.0%
En Blanco/Impugné	Recuento	1	29	5	35
	% dentro de Voto	2.9%	82.9%	14.3%	100.0%
No Voté	Recuento	4	33	14	51
	% dentro de voto	7.8%	64.7%	27.5%	100.0%
Total	Recuento	23	275	123	421
	% dentro de Voto	5.5%	65.3%	29.2%	100.0%

Tabla A13

Contrastes Pos Hoc en variables de desempeño entre perfiles de demócratas según actitudes específicas hacia la democracia argentina. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente (I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)	
Nivel de Democracia Percibido	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.10
		Demócratas Satisfechos	-.88***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.10
		Demócratas Satisfechos	-.78***
Justicia Procedimental	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	.882***
		Demócratas Insatisfechos	.780***
	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.83*
		Demócratas Satisfechos	-1.39***
Percepción de Corrupción	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.83*
		Demócratas Satisfechos	-.56**
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	1.39***
		Demócratas Insatisfechos	.56**
Confianza Poderes del Estado	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	.37
		Demócratas Satisfechos	.80**
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-.37
		Demócratas Satisfechos	.43***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-.80**
		Demócratas Insatisfechos	-.43***
	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.35
		Demócratas Satisfechos	-2.94*
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.35
		Demócratas Satisfechos	-2.59***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	2.94*
		Demócratas Insatisfechos	2.59***

	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.00
		Demócratas Satisfechos	-1.03*
Confianza Partidos Políticos	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.00
		Demócratas Satisfechos	-1.03***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	1.03*
		Demócratas Insatisfechos	1.03***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A14

Contrastes Pos Hoc en variables socio políticas del capital social Prueba de Bonferroni

Variable dependiente (I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)	
Anomia	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	7.60***
		Demócratas Satisfechos	8.10***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-7.60***
		Demócratas Satisfechos	.50
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-8.10***
		Demócratas Insatisfechos	-.50
Clima Positivo	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	2.07
		Demócratas Satisfechos	-.21
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-2.07
		Demócratas Satisfechos	-2.28***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	.21
		Demócratas Insatisfechos	2.28***
Clima Negativo	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-1.6*
		Demócratas Satisfechos	-1.24
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	1.6*
		Demócratas Satisfechos	.36
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	1.24
		Demócratas Insatisfechos	-.36
Cinismo Político	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	1.96
		Demócratas Satisfechos	4.40***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-1.96
		Demócratas Satisfechos	2.45***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-4.40***
		Demócratas Insatisfechos	-2.45***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A15.

Contrastes Pos Hoc en variables de Confianza entre perfiles de demócratas según actitudes específicas hacia la democracia argentina. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Confianza Social	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-1.70**
		Demócratas Satisfechos	-2.47***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	1.70**
		Demócratas Satisfechos	-.77*
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	2.47***
		Demócratas Insatisfechos	.77*
Cohesión Social	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-1.93**
		Demócratas Satisfechos	-2.36***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	1.93**
		Demócratas Satisfechos	-.42
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	2.36***
		Demócratas Insatisfechos	.42
Confianza en ONGs	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-.11
		Demócratas Satisfechos	-.78
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	.11
		Demócratas Satisfechos	-.67**
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	.78
		Demócratas Insatisfechos	.67**

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A16.

Contrastes Pos Hoc en variables de Valores entre perfiles de demócratas según actitudes específicas hacia la democracia argentina. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Valores Posmaterialistas	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-5.14
		Demócratas Satisfechos	-5.96*
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	5.14
		Demócratas Satisfechos	-.82
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	5.96*
		Demócratas Insatisfechos	.82
Valores Materialistas	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	6.64***
		Demócratas Satisfechos	4.88*
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-6.64***
		Demócratas Satisfechos	-1.76
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-4.88*
		Demócratas Insatisfechos	1.76

Tolerancia Política	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-3.92
		Demócratas Satisfechos	-5.90*
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	3.92
		Demócratas Satisfechos	-1.98
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	5.90*
		Demócratas Insatisfechos	1.98
Justificación de un Golpe de Estado	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	16.45***
		Demócratas Satisfechos	18.39***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-16.45***
		Demócratas Satisfechos	1.94
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-18.39***
		Demócratas Insatisfechos	-1.94

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A17

Contrastes Pos Hoc en variables de movilización cognitiva e involucramiento político entre perfiles de demócratas según actitudes específicas hacia la democracia argentina. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Conocimiento Político	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-2.42**
		Demócratas Satisfechos	-2.49**
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	2.42**
		Demócratas Satisfechos	-.074
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	2.49**
		Demócratas Insatisfechos	.074
Eficacia Política Externa	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	-1.13
		Demócratas Satisfechos	-3.75***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	1.13
		Demócratas Satisfechos	-2.63***
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	3.75***
		Demócratas Insatisfechos	2.63***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A18

Contrastes Pos Hoc en variables Ideológicas entre perfiles de demócratas según actitudes hacia la democracia argentina. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
RWA	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	9.36***
		Demócratas Satisfechos	8.29***
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-9.36***
		Demócratas Satisfechos	-1.07
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-8.29***
		Demócratas Insatisfechos	1.07

Orientación a la Dominancia Grupal	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	5.60 ^{***}
		Demócratas Satisfechos	4.67 ^{***}
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-5.60 ^{***}
		Demócratas Satisfechos	-.93
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-4.67 ^{***}
		Demócratas Insatisfechos	.93
Creencia en un Mundo Justo	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	5.23 ^{**}
		Demócratas Satisfechos	2.81
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-5.23 ^{**}
		Demócratas Satisfechos	-2.42 ^{**}
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-2.81
		Demócratas Insatisfechos	2.42 ^{**}
Autoposicionamiento Ideológico	No Demócratas	Demócratas Insatisfechos	1.01 ^{**}
		Demócratas Satisfechos	.60
	Demócratas Insatisfechos	No Demócratas	-1.01 ^{**}
		Demócratas Satisfechos	-.41 [*]
	Demócratas Satisfechos	No Demócratas	-.60
		Demócratas Insatisfechos	.41 [*]

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

ANEXO 6. LA SOFISTICACIÓN POLÍTICA Y LA DEMOCRACIA PROSPECTIVO-IDEAL

En este anexo se presentan los contrastes pos hoc estimados a través de la prueba de Bonferroni, correspondientes al análisis de varianza entre grupos segmentados según niveles de sofisticación política (SP). Sólo se muestran aquellos análisis en los que los grupos tuvieron diferencias entre sí respecto de las variables de percepción de legitimidad política, evaluación de desempeño político, cultura política, capital social y justificación de sistemas. En estos se consigan las significaciones estadísticas para mostrar cuáles son los grupos que difieren entre sí en cada variable.

Tabla A1.

Contrastes Pos Hoc en percepción de legitimidad democrática según SP. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Satisfacción con la Democracia	SP Baja	SP Media	-1,57***
		SP Alta	-3,06***
	SP Media	SP Baja	1,57***
		SP Alta	-1,48**
	SP Alta	SP Baja	3,06***
		SP Media	1,48**
Preferencia por la Democracia	SP Baja	SP Media	-1,48*
		SP Alta	-2,87***
	SP Media	SP Baja	1,49*
		SP Alta	-1,39*
	SP Alta	SP Baja	2,87***
		SP Media	1,39*
Democracia como Ideal	SP Baja	SP Media	-1,36*
		SP Alta	-2,0**
	SP Media	SP Baja	1,36*
		SP Alta	-,677
	SP Alta	SP Baja	2,04**
		SP Media	,67

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A2

Contrastes Pos Hoc en variables de desempeño según SP. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Percepción de Justicia Procedimental	SP Baja	SP Media	-,35
		SP Alta	-,68*
	SP Media	SP Baja	,35
		SP Alta	-,34
	SP Alta	SP Baja	,68*
		SP Media	,34
Percepción de Corrupción	SP Baja	SP Media	,28
		SP Alta	,71***
	SP Media	SP Baja	-,28
		SP Alta	,431**
	SP Alta	SP Baja	-,71***
		SP Media	-,43**
Confianza en Partidos Políticos	SP Baja	SP Media	-,42
		SP Alta	-,71*
	SP Media	SP Baja	,42
		SP Alta	-,29
	SP Alta	SP Baja	,71*
		SP Media	,29

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A3.

Contrastes Pos Hoc en variables político-sociales de la cultura política según SP. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Percepción de Anomia	SP Baja	SP Media	2,67*
		SP Alta	6,66***
	SP Media	SP Baja	-2,67*
		SP Alta	3,99***
	SP Alta	SP Baja	-6,66***
		SP Media	-3,99***
Percepción de Clima Positivo	SP Baja	SP Media	-,77
		SP Alta	1,06
	SP Media	SP Baja	,77
		SP Alta	1,8*
	SP Alta	SP Baja	-1,06
		SP Media	-1,8*
Cinismo Político	SP Baja	SP Media	2,06***
		SP Alta	4,3***
	SP Media	SP Baja	-2,06***
		SP Alta	2,30***
	SP Alta	SP Baja	-4,3***
		SP Media	-2,30***

* $p \leq .05$; ** $p \leq .01$; *** $p \leq .001$

Tabla A4.

Contrastes Pos Hoc en variables de interacción social del capital social según SP. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Confianza Social	SP Baja	SP Media	-,87*
		SP Alta	-1,44***
	SP Media	SP Baja	,872*
		SP Alta	-,57
	SP Alta	SP Baja	1,44***
		SP Media	,57
Confianza en ONGs	SP Baja	SP Media	-,76**
		SP Alta	-,79*
	SP Media	SP Baja	,76**
		SP Alta	-,03
	SP Alta	SP Baja	,79*
		SP Media	,03

*p≤.05; **p≤.01; ***p≤.001

Tabla A5.

Contrastes Pos Hoc en valores, tolerancia política y justificación de un golpe de estado según SP. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
Valores Posmaterialistas	SP Baja	SP Media	-4,38**
		SP Alta	-5,38*
	SP Media	SP Baja	4,38*
		SP Alta	-,99
	SP Alta	SP Baja	5,38*
		SP Media	,99
Valores Materialistas	SP Baja	SP Media	1,72
		SP Alta	5,24***
	SP Media	SP Baja	-1,72
		SP Alta	3,52***
	SP Alta	SP Baja	-5,24***
		SP Media	-3,52***
Valores Religiosos	SP Baja	SP Media	3,33
		SP Alta	8,61***
	SP Media	SP Baja	-3,33
		SP Alta	5,27***
	SP Alta	SP Baja	-8,61***
		SP Media	-5,27***

Tolerancia Política	SP Baja	SP Media	-4,31 ^{***}
		SP Alta	-7,81 ^{***}
	SP Media	SP Baja	4,31 ^{***}
		SP Alta	-3,50 ^{**}
	SP Alta	SP Baja	7,81 ^{***}
		SP Media	3,50 ^{**}
Justificación de un golpe de estado	SP Baja	SP Media	6,82 ^{***}
		SP Alta	11,90 ^{***}
	SP Media	SP Baja	-6,82 ^{***}
		SP Alta	5,08 ^{**}
	SP Alta	SP Baja	-11,90 ^{***}
		SP Media	-5,08 ^{**}

*p≤.05; **p≤.01; ***p≤.001

Tabla A6

Contrastes Pos Hoc en variables de movilización cognitiva según SP. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
EPI	SP Baja	SP Media	-3,40 ^{***}
		SP Alta	-5,76 ^{***}
	SP Media	SP Baja	3,40 ^{***}
		SP Alta	-2,35 ^{***}
	SP Alta	SP Baja	5,76 ^{***}
		SP Media	2,35 ^{***}
EPE	SP Baja	SP Media	-1,08 [*]
		SP Alta	-1,81 ^{***}
	SP Media	SP Baja	1,08 [*]
		SP Alta	-,73
	SP Alta	SP Baja	1,81 ^{***}
		SP Media	,73
Participación Política	SP Baja	SP Media	-,15
		SP Alta	-,46 ^{***}
	SP Media	SP Baja	,15
		SP Alta	-,32 ^{***}
	SP Alta	SP Baja	,46 ^{***}
		SP Media	,32 ^{***}

*p≤.05; **p≤.01; ***p≤.001

Tabla A7.

Contrastes Pos Hoc en variables de justificación de sistema según SP. Prueba de Bonferroni

Variable dependiente	(I) Perfil	(J) Perfil	Diferencia de medias (I-J)
RWA	SP Baja	SP Media	3,77 ^{***}
		SP Alta	8,51 ^{***}
	SP Media	SP Baja	-3,77 ^{***}
		SP Alta	4,74 ^{***}
	SP Alta	SP Baja	-8,51 ^{***}
		SP Media	-4,74 ^{***}

SDO – Orientación a la dominancia grupal	SP Baja	SP Media	1,49*
		SP Alta	3,32***
	SP Media	SP Baja	-1,49*
		SP Alta	1,8***
	SP Alta	SP Baja	-3,32***
		SP Media	-1,83***
CMJ	SP Baja	SP Media	2,74**
		SP Alta	5,81***
	SP Media	SP Baja	-2,74**
		SP Alta	3,07**
	SP Alta	SP Baja	-5,81***
		SP Media	-3,07**
Autoposicionamiento Ideológico SP Media	SP Baja	SP Media	,72*
		SP Alta	1,27***
		SP Baja	-,72***
		SP Alta	,55**
	SP Alta	SP Baja	-1,27***
		SP Media	-,55**

*p≤.05; **p≤.01; ***p≤.001